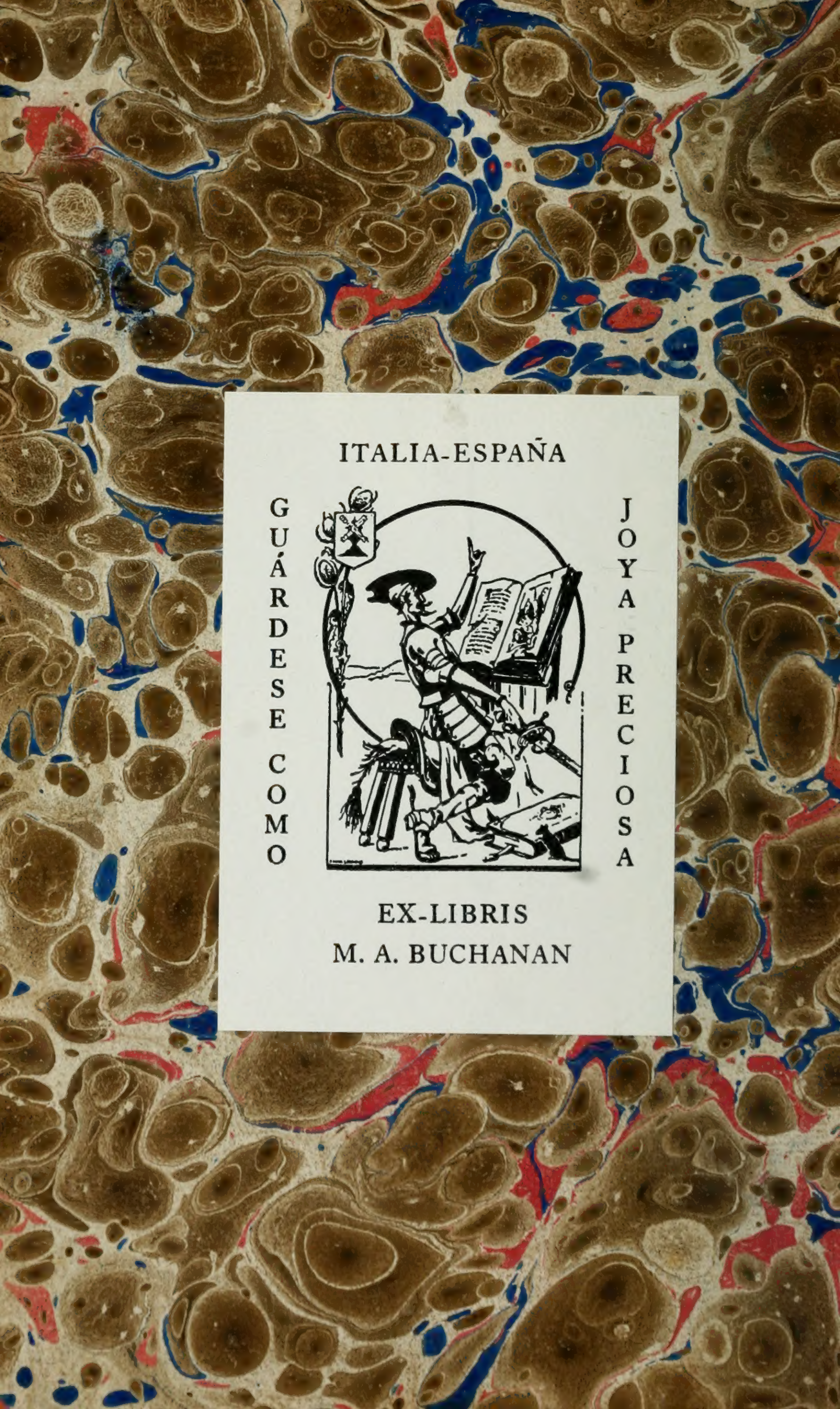
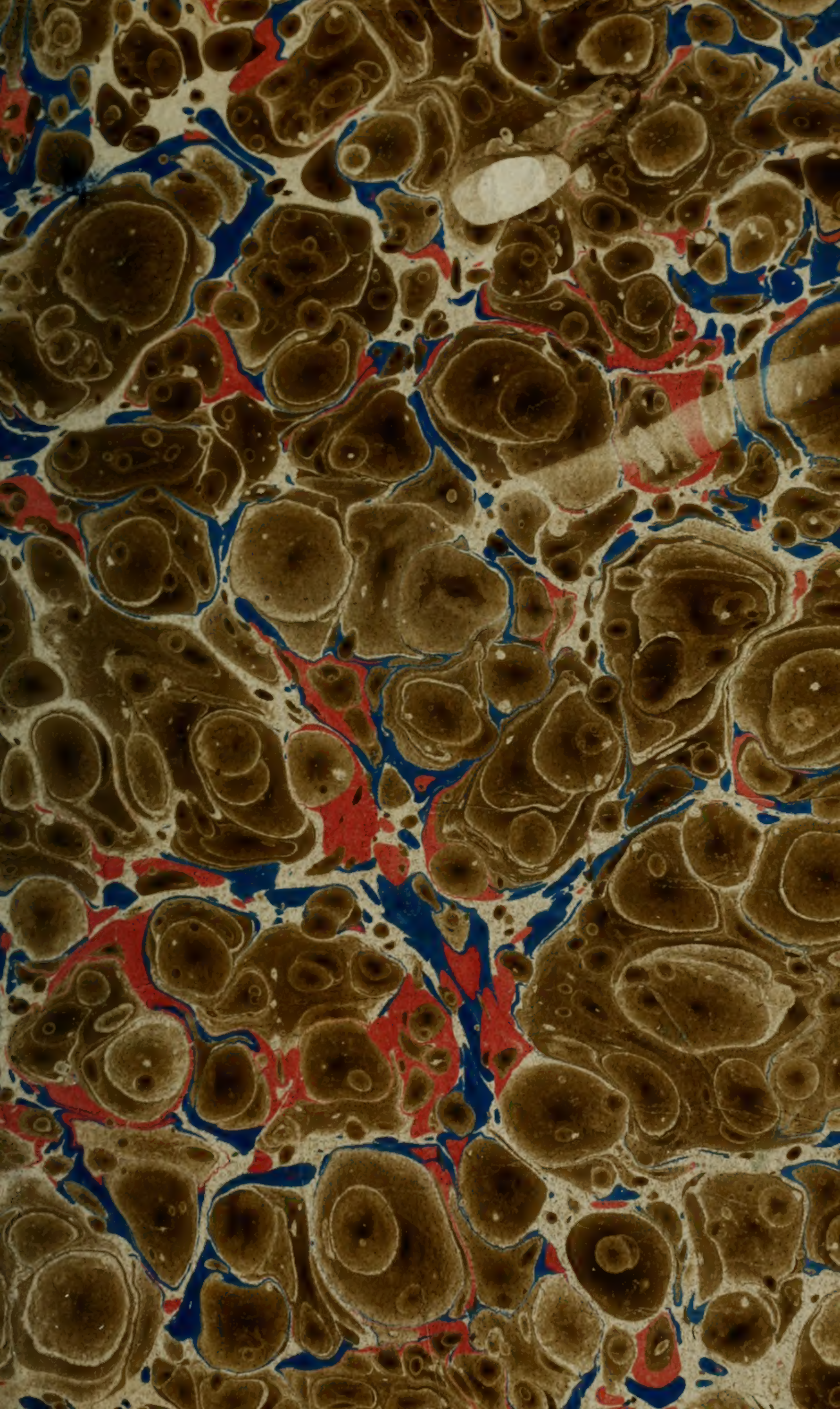



ITALIA-ESPAÑA
GUÁRDESE COMO
JOYA PRECIOSA
EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN



HISTORIA

DE LA

COMPAÑÍA DE JESÚS.

Varios Prelados de España han concedido 2400 dias de indulgencia á todos los que leyeren ú oyeren leer un capítulo ó página de cualquiera de las publicaciones de la Librería religiosa.

HISTORIA

RELIGIOSA, POLÍTICA Y LITERARIA

DE LA

COMPAÑÍA DE JESÚS,

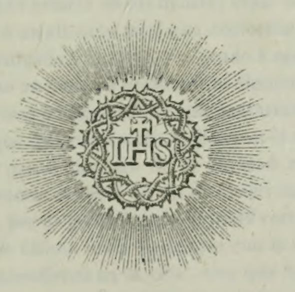
ESCRITA EN FRANCÉS

POR CRETINEAU-JOLI,

traducida al castellano

POR E. I. D. D. J. C.

TOMO VI.



Con aprobacion del Ordinario.

BARCELONA:

LIBRERÍA RELIGIOSA:

IMPRENTA DE PABLO RIERA.

1858.

INTRODUCCION

DEL SEXTO Y ÚLTIMO TOMO DE LA HISTORIA

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

Al concluir el quinto volúmen de la Historia de la Compañía de Jesús, no se me ocultaba que mi obra no seria completa hasta poder reunir en un solo cuadro todas las vicisitudes que los Jesuitas han debido sufrir desde 1814 en que Pio VII restableció su Instituto en sus antiguas bases. La dificultad empero de tratar hechos recientes consumados por hombres que aun existen, como lo hará la historia, sin animosidad ni adulacion; los obstáculos que debian necesariamente entorpecer la clara relacion de aquellos hechos, la imposibilidad de procurarse los datos necesarios, imposibilidad que procedia de la prudente reserva de unos, y de la maligna astucia de los demás, eran otras tantas causas que parecian condenarme á un silencio fatal que deploraba, y cuyas consecuencias no obstante me veia obligado á aceptar, resignado á aguardar tiempos mejores. En el momento en que audaces se presentaron algunos con sus novelas obscenas, calumnias filosóficas é imposturas parlamentarias á arrojar el guante á la Compañía de Jesús, que solo contestaba á ellas con la oracion, con sus útiles y elocuentes trabajos, y con el ejercicio de la caridad mas ardiente; he creido que era digno de la historia el hacer oir en medio de ese desbordamiento general su voz autorizada, por si podia lograr en parte restituir la calma.

No se tratará en este último tomo de aclarar con la luz de la verdad los actos de aquellos que nos precedieron en la vida, sino que tratarémos en él de nuestros contemporáneos, por lo cual no nos será preciso penetrar en la noche de los tiempos ni interrogar á los archivos cubiertos de polvo. Los hechos que voy á narrar han pasado á nuestra vista: los hombres de que voy á ocuparme á causa de sus actos, discursos y obras, existen todavía. Los unos han caido ya del poder, al paso que otros han sido encumbrados á él por la revolucion; obrando unos y otros bajo la inspiracion de una conciencia obcecada, ó bajo la tortura moral de un terror que puede calificarse de ridículo en hombres de genio.

Ese mismo terror que se procura infundir á las masas, exagerando las fuerzas y la influencia de la Compañía de Jesús, nunca ha llegado á turbar mi inteligencia. He visto de muy cerca á los Jesuitas; les he estudiado profunda-

mente en su vida pública y privada, en sus correspondencias mas íntimas, en sus misiones de allende los mares, en sus relaciones con los pueblos y los príncipes; y nunca me han hecho temer en lo mas mínimo sus progresos, así como tampoco nunca me han desalentado enteramente sus desgracias. Hasta la época de su restablecimiento, he referido su existencia llena de ocultos peligros, de sacrificios cotidianos, penibles deberes y trabajos no interrumpidos. Y en una época en que la verdad dicha sin acrimonia, pero tambien sin pusilanimidad, acarrea con harta frecuencia al escritor independiente injustos odios é infundadas acusaciones que no deben probarse para ser creidas; ha merecido esta obra la general aprobacion á que me habia acostumbrado ya la *Historia de la Vendée militar.*

He desvanecido muchas preocupaciones, desenmascarado muchas imposturas, y disipado infinitos errores. Para llegar á este resultado he tenido todo cuanto un autor puede ambicionar: preciosos datos bebidos en las fuentes mas puras así como en las mas encharcadas; así es que he entrado en la relacion de los acontecimientos, apoyado en tantas autoridades irrecusables á la vez, que nadie ha podido resistir la esplendente luz que arrojaban sobre cada una de las páginas de la presente historia. En ella se justifica á los Jesuitas plenamente de una multitud de crímenes imposibles, pero que la calumnia habia hecho creer á causa de su misma imposibilidad, sin que los mas encarnizados enemigos de la Compañía me hayan declarado por ello partidario ó prosélito del Jesuitismo. Cuando mi pasion por lo cierto me ha obligado á condenar los actos reprensibles de algunos jesuitas, ó á combatir tendencias y opiniones que me han parecido contrarias al Instituto fundado por san Ignacio de Loyola, los partidarios mas ardientes de esta Sociedad, léjos de acriminar, aprobaron por el contrario mis juicios. Los mismos Jesuitas fueron los primeros en alentarme y respetar mi independencia; así fue que por un favor especial proclamaron los dos opuestos campos mi franqueza, callándose uno y otro ante la severidad y justicia de la historia.

La mayor parte de los periódicos de Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, España, Bélgica, Suiza, y de los Estados-Unidos, se han ocupado de la presente obra, por reunir al interés de la novedad el de actualidad que es mucho mas poderoso todavía. Todos han discurrido desde el punto de vista en que se han colocado sobre el mayor ó menor mérito literario de la obra; pero ni uno siquiera ha puesto en duda los hechos y los documentos que despues de profundos estudios, largos viajes y felices descubrimientos me he propuesto revelar. Habia juzgado sin prevencion á la Compañía de Jesús, y hé aquí por qué los periódicos políticos y literarios de Europa han juzgado mi obra con la misma imparcialidad: he procurado conservarme siempre en los límites de la justicia y la equidad, por esto se ha sido tambien justo conmigo; y en medio de la exaltacion de los ánimos causada por la diversidad de principios, ese elogio tributado á la conciencia del escritor, me ha causado una emocion profunda.

Muchas han sido las falsas publicaciones que fuera de Francia se han hecho de la Historia de la Compañía de Jesús, numerosas las traducciones que de ella se han hecho en todas las lenguas, pero solo han servido todas ellas para

proclamar un resultado al que ha contribuido mucho mas la audacia de la verdad que el talento. Nunca habria pensado en continuar mi trabajo, á no haber sido algunas voces amigas que por la prudencia de sus consejos han ejercido siempre un grande imperio sobre mi voluntad, las cuales me obligaron á terminar una obra que con tanto favor acogieran la Iglesia y el mundo católico.

Como al poeta se me obligaba á andar por entre las llamas. Se me llamaba á explicar cosas inexplicables para aquellos que no conocen á fondo el juego de las intrigas parlamentarias: se me imponia el deber de minar el frágil edificio de grandeza que solo existió en la mente de un reducido número de hombres cuyas mentiras popularizaron su nombre y aumentaron su fortuna; pedíaseme demostrara palpablemente los hechos de los Jesuitas desde 1814 hasta nuestros dias; se me imponia como ley el seguirles tanto en Europa como en los vastos continentes del Nuevo Mundo; queria saberse lo que habia de real ó de falso en esa omnipotencia de una Sociedad, á la cual se atribuian las medidas mas nefastas de la Restauracion, los actos mas sangrientos del reinado de Fernando VII en España, la tenaz resistencia de los católicos belgas en la reaccion protestante de Guillermo de Nassau; y, por fin, se me interrogaba sobre los acontecimientos que desde las revoluciones de 1830 habian hecho público el nombre de algunos Padres del Instituto. Ora se les acusaba sin pruebas, ora se les defendia con todo el fuego de la conviccion. En la prensa como en la tribuna, en los consejos de la Santa Sede, así como en medio de las calamidades de la guerra intestina, aparecia la Sociedad de Jesús dominando siempre la situacion, ya soplando en el corazon de unos el fuego de las discordias civiles, ya inspirando á los demás un sentimiento de terror de que aparentaban participar ellos mismos para mejor comunicarlo.

Antes de decidirme á trazar esta última fase del Instituto, debia procurarme todas las luces y estudiar profundamente todos los conflictos que la imprudencia ambiciosa de algunos agentes subalternos habia provocado entre la Santa Sede y el Gobierno francés. Deseaba conocer á fondo qué parte habian tomado la corte apostólica y los Jesuitas en el drama de que ha sido y será teatro la Suiza: anhelaba saber asimismo como al través de sacudidas tan violentas y luchas cruentas, habia podido constituirse la Compañía nuevamente en Europa; por qué medios habia reconquistado en el universo aquella autoridad moral con tanto calor disputada; por qué misteriosas combinaciones habia podido escapar á tan inminentes peligros, y llegado á ser un objeto de admiracion y de terror á un mismo tiempo. Importábame en gran manera apreciar debidamente léjos de París todos estos hechos tan contradictorios, que la malevolencia, especulando sobre la credulidad, se complacia en desnaturalizar de aquel modo.

Repugnábame atenerme á las solas declaraciones oficiales, por no ocultárseme que podian ser estas únicamente artificios de cancillería. En tal perplejidad fuíme á Roma, donde sin pedir á las partes interesadas el secreto que no les pertenecia por entero, ví y supe lo bastante para dar exacta cuenta de ese escamotaje diplomático en el que tan triste papel desempeñaron algunos eclesiásticos franceses, tanto por el carácter de que están revestidos como por su propia dignidad personal.

Las relaciones de la Santa Sede con las potencias han sido siempre veladas en parte por el misterio, ó por aquella prudente reserva que nunca pierde de vista en todos sus actos la corte pontificia, por comprender que además de los intereses humanos que buscan para robustecerse su aprobacion tácita ó patente, tiene una fuerza divina cuyo prestigio debe conservar ocultándola en lo posible á todas las miradas. Obra pacífica y lentamente, mientras la fe y la conciencia de los pueblos no se ven amenazadas, así como sabe obrar con prudente firmeza en caso contrario, conforme lo demostró desde 1814 hasta 1845, por verse aquellas amenazadas, dando con ello visibles pruebas de que sabrá conservar siempre la energía de su justicia, así como no ha cesado ni cesará de conservar siempre la energía de su virtud. En todas las circunstancias difíciles en que se ha visto y se ve la Compañía de Jesús, nunca le faltó el apoyo de la Santa Sede, por no ocultarse á su alta penetracion que todas las imprecaciones dirigidas á los Jesuitas tanto en Alemania, como en Francia, Suiza y España, eran tan solo un grito de guerra, una señal de reunion, dada por la ridícula hipocresía de la impiedad revolucionaria para agrupar bajo su negra bandera á todos los fanáticos. Solo faltaba un paso mas para que quedara satisfecho el supuesto furor de aquellos que, despues de haber derribado los tronos, aspiraban á romper la piedra sobre la cual edificó Dios su Iglesia. Para triunfar de un modo mas pronto y seguro, habian formado el complot de asociar el Papado á un plan, cuyas ramificaciones y objeto no ocultaban, procurando arrastrar á la Santa Sede en la funesta senda de las concesiones; pero habiendo conocido esta sus miras, supo evitar el lazo que tan hábilmente le tendieran. Perseguir á la Compañía de Jesús hasta acabar con ella, era para los impíos el medio mas seguro de llegar sin ser vistos hasta el corazon del Catolicismo que se proponen desgarrar. El Padre comun de los fieles supo resistir heróicamente á las obsesiones hasta entonces inauditas en los fastos de la diplomacia, á las amenazas irrealizables, á las promesas falaces, á los compromisos ficticios, prefiriendo mejor atender al grito de su conciencia que prestar atento oido á las hermosas mentiras con que pretendian engañarle. La corte de Roma siguió en un todo el ejemplo de su jefe.

Es por lo tanto una historia intachable la que voy á escribir en presencia de semejantes datos. Preciso es demostrar cuál es el imperio que ejercen ciertas palabras en el ánimo de algunos cuya credulidad no les permite descubrir las miras de los que se las inculcan con otras estúpidas preocupaciones en pro de sus interesadas miras é irreligiosos cálculos. La Historia de la Compañía de Jesús fue empezada cuando tronaba todavía á lo léjos la tempestad contra los Jesuitas, y se termina en el momento en que se desencadena sobre ellos con mas furia. Las guerras civiles por un principio político cualquiera, que no tengan mas objeto que el poder real ó la libertad de los pueblos, son ya de todo punto imposibles. Solo queda en el corazon de la Europa una agitacion febril, que arrastra sin cesar á todos sus hijos hácia las ideas religiosas. Unos pretenden conservar á todo trance la integridad y pureza de su fe, mientras que los otros aspiran á pasar el nivel de las innovaciones y de la incredulidad sobre los antiguos cultos; pudiéndose en verdad decir que tambien en el siglo XIX ha venido á

ser el mundo un vasto campo teológico. Ese movimiento general que se interpreta de tan distintos modos, y que agita la Francia, Inglaterra, Alemania, Rusia polaca, las provincias Rhenanas, Prusia, Bélgica, Sajonia, España, Italia y Suiza, no es de aquellos movimientos que se eviten por medio de un choque, ni que se dejen reprimir por los caprichos de un soberano.

El origen de esta conflagracion se remonta hasta el desencanto político, y está basado en esperanzas irrealizables y en la necesidad de tener el mundo atento al rumor que piensan hacer esos intrigantes á quienes la casualidad un dia encumbró al poder. Emplearon esos ambiciosos todos los resortes terrestres para sostenerse en su encumbramiento; pero como los que debian sostenerles han llegado á convencerse de que no tenian mas Dios que su interés, ni otro móvil que sus cálculos individuales, han opuesto por dique á su irrisorio escepticismo el ardor de antiguas creencias, ó el de un nuevo proselitismo.

Tiende la Europa en los tiempos presentes á una disolucion cristiana, ó á una restauracion católica, no tardando en llevarse una ú otra á cabo por el supremo esfuerzo del pensamiento humano. Llegado el momento decisivo, marchará cada cual bajo la enseña de sus convicciones, ó de sus ambiciosos sueños; ni uno solo habrá que no defienda con denuedo su fe amenazada, ó que no combata en las filas del ateismo legal, que empieza ya á inaugurar su reinado pidiendo el destierro ó la muerte de los Jesuitas.

No quiero defender á los proscritos, ni tampoco atacar á los que los proscribieron, porque ese doble papel lo está desempeñando ya la prensa militante, y de ningun modo corresponde á la imparcialidad y templanza de la historia, á la que nunca he pretendido convertir en panegírico ni folleto, sino que por el contrario he procurado hacerle conservar siempre incólume toda la dignidad de su independencia. Necesario es, pues, descubrir todos los manejos, correr el velo que oculta ciertas miras; en una palabra, revelarlo todo, porque no es solamente el Instituto de Loyola, sino que es el Catolicismo en general, el que se ve en inminente peligro. Léjos de nosotros la idea de excitar pasiones, esperanzas ni terrores; solo procurarémos llenar, lo mejor posible, el deber que nos hemos impuesto, apoyados siempre en la verdad. Si algunas veces se halla esta en oposicion con algunos errores diestramente acreditados ó exageraciones de antemano convenidas; si otras hiere esta misma verdad algunas susceptibilidades exageradas; si descubre los mas ocultos manejos; si arroja la máscara con que se cubrian algunas hipocresías diplomáticas, ya parlamentarias, ya sacerdotales; no al escritor, sino á los documentos oficiales, será únicamente debido. Impávido el escritor habrá cumplido con su deber, sin que le preocupen las consecuencias que podia acarrearle una demostracion lógica, continuando su resuelta marcha por entre los acontecimientos que en interés de su propia causa cada cual procuró desnaturalizar, con un paso sostenido y firme que no moderará el temor, ni hará acelerar la arrogancia.

Estamos en posicion de penetrar el secreto de un gran número de injusticias calculadas. De cualquier parte que procedan, ora sean efecto de la cobardía ó de la traicion, ora de la impericia ó de la perversidad, procurarémos patenti-

zarlas á fin de ponerlas al alcance de todos. Respetamos como el que mas las personas y las convicciones; pero nos es de todo punto imposible el transigir con los deberes del historiador ni con la alta mision que, como tales, debemos cumplir. En estos tiempos en que todo se permite, debe tambien decirse todo.

J. Cretineau-Joly.

Portici 4 de setiembre de 1845.

HISTORIA

DE LA

COMPAÑÍA DE JESÚS.

CAPÍTULO PRIMERO.

Jesuitas expulsados de Rusia. — Su situacion en el Imperio. — Envidia de los Popes y de las Universidades. — Alejandro encarga á los Padres las misiones de Siberia y Odesa. — El duque de Richelieu y el abate Nicolle. — Bzrozowski, general de los Jesuitas, y el conde José de Maistre. — Su plan para emancipar la educacion. — Exigencias de las Universidades. — Bzrozowski se dirige al conde Rasoumoffski. — Los extranjeros destinados á la instruccion. — Piden los Jesuitas que el colegio de Polotsk sea erigido en universidad. — Perplejidad de Alejandro. — Toma el conde de Maistre el partido de los Padres. — Retrato de José de Maistre. — Sus cartas al Ministro de Instruccion pública. — Manda el Czar que el colegio de los Jesuitas sea elevado á universidad. — Proyecto de los Jesuitas de pasar á España en 1812 para restablecer el Instituto. — La Sociedad bíblica y el príncipe Galitzin, ministro de Cultos. — Carácter de Alejandro I. — Acoge la idea de las Sociedades bíblicas. — Los Obispos del rito romano, alentados por el príncipe Galitzin, entran en la Sociedad bíblica. — Los Jesuitas rehusan tomar parte en ella. — La combaten. — Aumento de los Católicos. — Causas que lo produjeron. — Alejandro Galitzin abraza el Catolicismo. — Cólera de su tio. — Carta del P. Billy. — Las Sociedades bíblicas preparan la caida de la Compañía. — Medios empleados para lograrlo. — Las ideas de la Santa Alianza explotadas contra los Jesuitas por los Protestantes y los Cismáticos griegos. — Úkase por el cual se destierra á los Jesuitas de San Petersburgo. — Basa Alejandro en asuntos religiosos su decreto de proscripcion. — El *Inválido ruso* y el P. Rozaven. — Causas secretas de las consideraciones del Emperador respecto á los Jesuitas. — Ocupacion de sus papeles. — Bzrozowski escribe á Alejandro. — Pide marchar á Roma. — Conviértese el vasto imperio de Rusia en simple provincia de la Órden. — Los Jesuitas son expulsados de Rusia. — Relacion del príncipe Galitzin. — Acusaciones que contiene. — Los Jesuitas misioneros. — Sus trabajos. — El P. Grivel en Volga. — El P. Coince en Riga. — Sus obras de caridad y educacion popular. — Sus instituciones. — El marqués Pallucci y el Jesuita. — El Padre Gil Henry en el Cáucaso. — Las colonias de Mozdok. — Corresponden-

cia del Misionero. — Propone el Gobierno ruso á los Jesuitas que no salgan de sus misiones. — Rehusan los Jesuitas adherirse á ello. — Dispersion de los Padres. — La Compañía de Jesús en Roma. — Trabajo interior de sus miembros. — Situacion del Instituto. — Sus primeros colegios. — Noviciado de San Andrés. — Entra en la Compañía de Jesús el rey Cárlos Manuel de Cerdeña. — Muere en el noviciado. — Muerte de Bzrozowski, general de la Órden. — El P. Petrucci, designado vicario, fija la Congregacion general. — El cardenal della Genga y su oposicion. — Manda Petrucci á los profesos deputados suspender su viaje. — El P. Rozaven les escribe que lo continúen. — Nuevas exigencias del cardenal della Genga para retardar la eleccion. — Sospechas de los Jesuitas. — Acuden al Papa. — El cardenal Consalvi les tranquiliza. — Plan de la intriga fraguada para modificar las Constituciones. — Reúnese la Congregacion. — Procura alejar Petrucci á los Padres que no depositan en él su confianza. — La Congregacion destituye al Vicario general. — Luis Fortis es nombrado general de la Órden. — Condénase á cuantos intentaron llevar la discordia en el Instituto. — Comisarios nombrados para la revision del *Ratio studiorum.*

Apenas acababa de reconstituirse en el mundo católico la Sociedad de Jesús, cuando se vió esta expulsada del Imperio que habia venido á ser para ella su segunda cuna por los cuidados de la emperatriz Catalina y de Pablo I. Habia llegado el dia de las restauraciones; los Reyes de la casa de Borbon, así como el soberano pontífice Pio VII, procuraban reparar en lo posible la grande iniquidad contra la cual Catalina de Rusia y Federico II de Prusia protestaron tan enérgicamente. Los Jesuitas habian sido rehabilitados por la Santa Sede y por los Soberanos todos que antes proscribieron el Instituto, en el momento mismo en que Rusia, su patria adoptiva, los arrojaba de su seno. Despues de haberles recibido generosamente cuando desterrados, parecia arrepentirse la Rusia de la buena fe de su hospitalidad y querer denunciar á la Europa á aquellos religiosos que antes preservara de la muerte. Este notable cambio en las ideas de un gran pueblo podia ser en extremo fatal á la Compañía de Jesús, por exponerla á ser blanco de las sospechas que inevitablemente debian despertar contra ella antiguos odios, así como por hacer mas difíciles los primeros pasos que iba á dar en un terreno inseguro todavía. El Czar, que se hallaba en el mas alto grado de su poder militar y moral, habria podido ser para los discípulos de san Ignacio un terrible enemigo; pero Alejandro, poseido de un sentimiento de justicia, no permitió se desnaturalizaran los motivos que promovieron la expulsion de los Jesuitas, ni menos consintió se propagaran contra ellos falsedades, que sus ene-

migos de todos los tiempos habrian acogido con la mayor avidez. Nada tuvo de denigrante esta expulsion, ni para la conciencia, ni aun á los ojos de los hombres, por ser únicamente el resultado de una rivalidad de religion, segun lo manifestaron el mismo Emperador y el Gobierno ruso á la faz de Europa, que lo creyó del mismo modo: para hacerla comprender mejor, solo falta desenvolver los acontecimientos y los caractéres.

Mientras que los Jesuitas, en reducido número, se ocuparon en reconstruir su Sociedad con los despojos del naufragio, ninguna desconfianza abrigó el clero ruso ni la corporacion dedicada á la enseñanza contra aquellos proscritos. Sin infundirles ningun recelo su aptitud por la enseñanza ó educacion de la juventud, se les dejó plantear en el fondo de la Rusia Blanca, ó en medio de las colonias del Volga, el Evangelio y la civilizacion. Tan pronto, empero, como la amistad de Pablo I con el P. Gruber y los rápidos progresos de una milicia apenas reorganizada y siempre tan moderada como sabia, permitieron á los Jesuitas emprender el cultivo de mas vasto campo, no se ocultó á los popes ni á los universitarios de Vilna el funesto golpe que por aquel acrecentamiento iba á recibir su omnipotencia. La comparacion que trataron de establecer entre su inteligencia con la de los Jesuitas no debió de serles muy satisfactoria, cuando llegaron á confesarse entre sí su inferioridad tanto en las letras humanas, como en las ciencias divinas. Demasiado humillados para levantarse de aquella postracion normal, procuraron conservar á todo trance el último reflejo de poder que debia asegurar su existencia precaria. El pope ruso no puede ser considerado como el sacerdote católico, por haber carecido siempre de su obediencia razonada, y no tener su educacion, su caridad, ni su ardiente celo; nunca se le ve, como al sacerdote católico, limosnero del rico y padre del pobre, inspirar á todas las clases el respeto y la confianza. El espectáculo de las virtudes que los Jesuitas ofrecian á su vista, la consideracion de que gozaban, ese cúmulo de deberes cumplidos, todo hizo una profunda impresion en el clero cismático, cuya admiracion en un principio no tardó en degenerar en negra envidia. Siendo enteramente imposible á los sacerdotes griegos imitar á los discípulos de san Ignacio en la enseñanza y el apostolado, se concertaron con los universitarios para declararles una guerra sorda y terrible. Para ello empezaron por espiar sus palabras, desnaturalizar sus ideas, infundir sospechas acerca de sus actos aun los mas indi-

ferentes; y, como no fuesen aun bastantes todos estos medios, se puso tambien en juego el orgullo nacional, y hasta se afectaron temores quiméricos sobre la perpetuidad de la religion del país, suponiéndola amenazada por el proselitismo. Hábilmente imbuidas estas falsas ideas en todos los corazones, se aguardó la hora de su desenvolvimiento, que por desgracia no se hizo aguardar por mucho tiempo.

Alejandro habia seguido, respecto á los Jesuitas, la misma conducta adoptada por su padre y su abuelo: los protegia y alentaba, y en 1811 les abrió las puertas de la Siberia. Formóse luego una mision en aquellos inhospitalarios desiertos, quedando así complacida el alma cristiana del Emperador por ver que ya en lo sucesivo no iban á carecer de los auxilios de la religion los católicos desterrados, ni aquellos á quienes el cebo de la ganancia les obligaba á permanecer en medio de sus eternos hielos. Tres Padres de la Compañía designados por el Monarca, fueron los que se encargaron de aquella mision que debia colmar los votos del Emperador; asimismo salieron otros para Odesa con el propio objeto. Debió aquella naciente colonia á dos franceses la parte mas maravillosa de su prosperidad y pujanza; pujanza y prosperidad que debieron complacer no poco al duque de Richelieu y al abate Nicolle, cada cual en su esfera, por considerar los efectos del plan de gobierno y de educacion que ambos propusieran. Habian pedido Jesuitas para dar á su obra toda la extension de que era susceptible, y ensanchar en lo posible el círculo de los verdaderos progresos sociales. Los misioneros del Instituto poseian el don de lenguas; por medio de la persuasion y caridad tomaban fácilmente un ascendiente irresistible sobre los bárbaros; al poco tiempo los reunieron ya en familia á fin de inducirles insensiblemente á bendecir el yugo de la civilizacion. Quiso el Emperador asociarse á los proyectos de Richelieu y de Nicolle: otros hijos de san Ignacio fueron enviados por él á Odesa, cuya ciudad vino á ser el centro de una nueva mision que difundió en Crimea los beneficios del Cristianismo.

Estudiaba el P. Tadeo Bzrozowski el trabajo de la Órden de que era jefe, procurando secundar el pensamiento dominante del Emperador; pensamiento dominante que tendia nada menos que á propagar la instruccion hasta las tierras mas remotas. Á fin de secundar, pues, tan noble proyecto, no temió Bzrozowski empeñarse en un conflicto ó motin con las ambiciones universitarias. Dotado

de una inteligencia rara, y de un espíritu sufrido y tenaz, y apoyado por un hombre que disfrutaba en la corte de Rusia de una autoridad mas bien debida á su genio que á su título diplomático; tal era el conde José de Maistre, embajador de Cerdeña cerca del Czar, el cual con la franqueza de sus convicciones y la rigidez algo absoluta de su carácter pronunciado en favor de los Jesuitas sostuvo, como si fuera la piedra angular del edificio social, aquel laborioso engendro de un plan de educacion popular, excitando constantemente á Brzozowski á que creara á su Instituto una posicion independiente. Todas las casas de los Jesuitas estaban subordinadas á las universidades de sus respectivos distritos; convenia por lo tanto librar á los colegios de esa dependencia interior, si no queria verse comprometido su porvenir por el espíritu de monopolio que iba creciendo á medida que iban progresando los nuevos colegios. Suscitáronse mas de una vez fuertes discusiones entre la academia de Vilna y los Padres de Polotsk, por desear la Universidad, á fuerza de impertinente vigilancia y minuciosas prescripciones, alterar en su esencia la educacion dada por los Jesuitas. Deseando servir de rémora á su marcha y progresos, pretendia la Universidad que todos los jóvenes, al salir del colegio de la Compañía, fuesen á recibir en su seno el complemento de la instruccion.

Aumentada á la sazon la universidad de Vilna por un gran número de doctores extranjeros y catedráticos cosmopolitas, haciase en ella públicamente alarde por parte de estos de profesar y hasta enseñar principios anticatólicos. Si bien debia la Universidad profesar la religion del Estado, y hacer que aquella misma religion fuese respetada en todos los púlpitos, no podia sin embargo inmiscuirse ni discutir sobre la fe y las creencias de los demás súbditos rusos, ni mucho menos matar esta con las armas de la arbitrariedad. Allí, como en todas partes, solo invocaban los Jesuitas la libertad: sometidos á la inspeccion de los visitadores universitarios, no se oponian de modo alguno los Padres á los rigurosos exámenes que debian sufrir sus alumnos. Aunque este estado de inferioridad legal no perjudicaba visiblemente á la Sociedad de Jesús, contribuia, no obstante, á atizar en los ánimos una irritacion que tarde ó temprano debia impedir tanto á los novicios de la Compañía como á los profesores de Vilna entregarse á sérios y profundos estudios. Aquella cuestion de preeminencia habia sido á menudo discutida bajo los dos diferentes puntos de vista; los debates fueron cada dia mas sé-

rios, por lo que fué abultándose mas y mas aquella, hasta que por último se convirtió en cuestion de Estado. Esforzábase el P. Bzrozowski en poner término á aquella instabilidad, como lo demuestra el haber escrito al conde Rasoumoffski el 24 de agosto de 1810 en estos términos: «Es muy importante que se inculquen á la juven-«tud del Estado principios de patriotismo, sentimientos de sumi-«sion, respeto y adhesion á la persona del Soberano; pero ¿qué cer-«teza puede tenerse de que se infundan cuidadosamente esos senti-«mientos en las Universidades, en las cuales muchos profesores no «tienen apego alguno al Imperio sino por las dotaciones que per-«ciben, que son sus intereses distintos é independientes de los del «Estado, y que por lo mismo parecen estar mas dispuestos á sofo-«car que á enardecer el patriotismo en el corazon de la juventud?»

El método de enseñar de los Jesuitas, así como sus resultados, se veian sériamente atacados por todos los hombres de Oriente y Occidente á quienes se apelara para fecundizar la Rusia. Defendian los hijos de Loyola su *Ratio studiorum;* al paso que la Universidad, recelosa de sus privilegios y confiando en su monopolio para atajar el progreso literario ó científico, podia sujetar á los Padres á sus leyes y á sus reglamentos. Por el contrario, los Jesuitas pretendian que de la libre competencia en los diversos métodos de enseñanza debia nacer por preciso resultado una generacion mas fuerte y sólidamente instruida; y á fin de estimular esa noble emulacion, proponian al Emperador que elevase su colegio de Polotsk á universidad, bajo la vigilancia inmediata y especial del Gobierno. El 11 de setiembre de 1811, dirigia el General de la Órden al conde Rasoumoffski una nota en la cual le decia: «Nada absolutamente pedimos, «sino que se nos conserve en la posesion de los bienes de que al «presente disfrutamos: lo que hace que sean las Universidades tan «onerosas al Estado, son los honorarios de los profesores, que de-«ben hacerse venir muchas veces de países extranjeros causando «con ello gastos de gran consideracion. No sucede otro tanto con «respecto á nosotros, por ser nuestra Órden la que se encarga de «procurarnos todos los profesores que podemos necesitar, y estos «profesores están obligados á desempeñar su mision sin ningun suel-«do, sin ninguna mira de interés temporal, y únicamente para lle-«nar el deber de su vocacion.»

Esta correspondencia del P. Bzrozowski con el ministro del Czar, estas notas que consultaba Alejandro, y que tan en armonía estaban

con su espíritu de justicia y con las aspiraciones de sus súbditos católicos, eran redactadas con tanta sabiduría y prudencia, que podian ser consideradas como una verdadera teoría sobre la educacion. Lo que solicitaban los Jesuitas y los habitantes de la Rusia Blanca era de rigurosa justicia, como así lo comprendió el mismo Alejandro: pero existian en las regiones inferiores del poder ciertas preocupaciones, rivalidades, ambiciones de secta ó de culto que se opusieron constantemente á aquel acto de emancipacion. Unos figuraban á la religion griega en peligro, otros proclamaban que pronto los Jesuitas habrian invadido los diversos ramos de la administracion pública; todos estaban conformes en decir que la Compañia abusaria de la libertad para acabar con los demás institutos de enseñanza. Cási imposible parecia á los hijos de Loyola obtener lo que pedian, cuando el conde José de Maistre abrazó su causa con toda su elocuencia incisiva y su recta razon, sin preocuparse por los obstáculos que podian oponérsele.

Era el conde de Maistre, mas bien que un diplomático, un grande escritor, un pensador audaz y profundo: habia en su espíritu y en su corazoa un foco tal de vida, una abnegacion tan completa de sí mismo por la idea que le parecia ser la verdad revelada, ó á lo menos demostrada por el razonamiento, que por hacerla triunfar, hubiera hecho cuantos sacrificios puede hacer la debilidad humana. Ni las exigencias del espíritu de partido, ni la oposicion de la inteligencia, ni las dificultades de todo género procedentes de la época ó del lugar, pudieron servir de obstáculo á aquel genio verdaderamente emprendedor que dejaba impresa en cuantos objetos tocaba su huella de gigante. Poseido de un inmenso amor por lo verdadero, bueno y justo, aunque demasiado entregado quizás á su mordaz ironía, á la originalidad de su carácter, y á una oposicion apasionada y constante, supo José de Maistre crearse en San Petersburgo una posicion tan nueva como ventajosa. Católico ardiente, supo hacerse entre los griegos cismáticos algunos amigos que honraban su fe, que admiraban sus virtudes privadas, que se mostraban orgullosos de su genio. La lucha entre los universitarios rusos y los Jesuitas iba haciéndose á cada momento mas encarnizada, por ser para unos cuestion de evitar á todo trance un poderoso rival, y ser para los otros la cuestion de vida ó muerte. El Embajador de Cerdeña en la corte del Czar, que, en carácter de tal, ninguna parte podia tomar en aquellas interiores desavenencias, descubrió en ellas, co-

mo católico, una importante mision á llenar, y se encargó de llevarla á cabo.

Combatió Bzrozowski á los universitarios de Vilna con las poderosas armas de la lógica, mientras que elevaba de Maistre aquel asunto hasta la alta region en que él se veia colocado. Ocupábase Alejandro á la sazon en fundar sobre bases sólidas la educacion de su Imperio, cuando por deber, por conviccion y reconocimiento, el grande escritor piamontés que enriqueció la Francia con sus inmortales obras, vino á ofrecer su tributo á la causa de la libertad religiosa y paternal. Habíase dirigido ya el General de los Jesuitas al Ministro de Instruccion pública; á aquel mismo personaje se dirigió tambien José de Maistre. En sus cinco cartas inéditas aun, no aboga solamente por la Compañía de Jesús, sino que ensancha además cási involuntariamente la esfera de sus ideas, desenvolviendo el sistema que considera mas conforme á las costumbres, carácter y leyes de Rusia. Son sus escritos sobre el particular un conjunto de imágenes y consideraciones ó ideas nuevas que arrebatan; solo llega á su objeto principal en la cuarta de sus cartas, puesto que las tres primeras son consagradas á la idea filosófica; siéndolo tan solo las dos últimas en su conjunto y detalles á la Sociedad de Jesús, á la que procura seguir, ó mejor estudiar en todas sus relaciones con los pueblos y los Príncipes. Luego, presentando á todas las miradas el triste cuadro de locuras y crímenes que produjo en todos tiempos el espíritu revolucionario, exclama con un acento profético, que los acontecimientos de 1812 no pudieron desmentir mejor que los de 1845: «Esa secta que es a la vez una y muchas, circunda la Rusia, «ó mejor penetra en ella y la ataca por todas partes hasta en sus «mas profundas raíces; bástale por ahora que le presten atento oido «los jóvenes de todas las edades y que la toleren los Monarcas: ya «se verán mas tarde sus progresos, y se oirá al fin su explosion.» Despues de haber trazado estas líneas, mas verdaderas cada dia á medida que se va ensanchando el círculo de la revolucion y que se propaga de un modo tan nefasto por la incuria criminal de los Príncipes, José de Maistre añade: «En tan inminente peligro, nada «hay tan útil á los intereses de S. M. I. como una sociedad de hom«bres esencialmente enemigos de aquella, de quien la Rusia debe «temerlo todo, en particular para la instruccion de la juventud: es «de todo punto imposible que pueda sustituir á la Compañía de Je«sús otro preservativo mas ventajoso. Será esta Sociedad el perro

«guardian que nunca debeis despedir, aunque no le permitais mor-«der á los ladrones; dejadle por el contrario dar vueltas al rededor «de vuestra casa para que os despierte cuando llegue el caso, si no «quereis ver descerrajadas sus puertas, ó que entren en ella por la «ventana.»

No deja el escritor diplomático sin contestacion á cuantas objeciones se le pueden hacer: explica á continuacion el modo como entienden los Jesuitas la soberanía; y por medio de imágenes o comparaciones sacadas de las costumbres militares, demuestra claramente que nunca trataron de crear para sí una autoridad independiente de la autoridad. «Los Jesuitas, se dice, quieren formar un «Estado en el Estado; ¡qué absurdo! esto equivaldria á decir que «un regimiento intenta levantar un Estado dentro el Estado, por-«que no quiere depender mas que de su coronel, y que se conside-«raria humillado y hasta ofendido si se le sometia al exámen e «inspeccion de otro coronel extraño. Este regimiento que no se en-«cierra en su cuartel para hacer el ejercicio, sino que por el con-«trario lo hace públicamente y en presencia de los generales ins-«pectores y del mismo Emperador, que sabrian castigarlo si hiciese «mal sus maniobras; ¿no seria sumamente ridículo que bajo el frí-«volo pretexto de unidad se obligara á ese regimiento (que con «razon supongo intachable y modelo de decision y bizarría, como «lo ha demostrado durante tres siglos), á que dejara de regirse por «sus jefes, y se le sometiera al capricho de un capitan de milicia «urbana que no hubiese desenvainado nunca su espada? Esto seria «en verdad risible, en el caso de que no fuesen sus consecuencias «en extremo funestas. Hé aquí, no obstante, señor Conde, á lo que «se reduce ese funesto espantajo del Estado en el Estado. Un Esta-«do en el Estado es un Estado oculto en el Estado, ó indepen-«diente del Estado: los Jesuitas, así como todas las demás socieda-«des legítimas, y aun mas que todas las otras, están bajo la mano «del soberano; solo falta dejar caer esta y quedarán aplastados.»

Bzrozowski habia preparado el triunfo de la Sociedad de Jesús; el conde de Maistre tuvo la gloria de decidirlo. En 1812, fue erigido el colegio de Polotsk en universidad por órden del Czar, con todos los privilegios anexos á las demás academias; concesion que fue hecha en la víspera de las calamidades y las glorias de que iba la Rusia á ser vasto teatro. Llevaba ya Napoleon la guerra al corazon mismo del Imperio moscovita amenazando su nacionalidad;

cuando preocupado Alejandro por cuidados mucho mas arduos aun que los de la instruccion pública, hizo un llamamiento á sus pueblos para que se alzaran en masa á combatir aquella agresion tan injusta. Solícitos acudieron los rusos todos á la voz de su Soberano, dando á la Europa entera un ejemplo de adhesion y esfuerzo. Bzrozowski, que, aunque ruso, no podia tomar parte en aquella lucha á causa de su carácter sacerdotal, vió ya desde el primer momento que las circunstancias por que iba á atravesar el Imperio debian ser consideradas como el preludio de la reconstitucion de su Órden.

Entregada España á un hermano de Napoleon por medio de una alevosía que nunca podrá atenuar ni encubrir el humo de los campos de batalla; debilitada España en aquella época por el reinado de su último monarca, supo encontrar no obstante en el recuerdo de su gran Pelayo un nuevo bautismo de fuerza. Á la voz de sus sacerdotes y de sus guerrilleros, se alzó como un solo hombre para defender su independencia. No se ocultó á los Jesuitas que la hora de entrar nuevamente en la Península habia dado ya, porque su nombre era todavía en ella popular, como lo demostraban á todas luces las simpatías de que habian sido constante objeto por parte de los españoles durante su destierro. Presentábaseles la ocasion de devolver á los Borbones un beneficio por un ultraje, y las víctimas de un error de Cárlos III no titubearon en hacérselo trabajando eficazmente en favor de la restauracion de su posteridad. Decidiósé Bzrozowski á entrar en España con cinco Padres mas del Instituto en 28 de agosto de 1812, á fin de preparar en ella el regreso de su Compañía. Como era á la sazon España un campo abierto á todos los enemigos de la idea revolucionaria, decidiéronse los Jesuitas á pasar á ella y combatir con las armas que les son y serán siempre propias. Pedia en aquella época Luis Felipe, duque de Orleans, á la España alzada contra la Francia, el honor de pelear á la sombra de su pabellon, á fin de rehabilitar su nombre tan fatalmente comprometido en los excesos de 1793. En el mes de noviembre de 1812 contestó el ministro de Cultos, príncipe de Galitzin, en estos términos al General de los Jesuitas:

«Muy reverendo Padre:

«He elevado hasta S. M. I. la carta que en 30 de octubre os dignásteis dirigirme, junto con la nota que teneis intencion de pre-

«sentar á la Junta Suprema concerniente al restablecimiento de «vuestra Órden en España. S. M. me manda os prevenga que no «se opondrá en lo mas mínimo á la ejecucion de vuestro proyecto, «en el que considera no deber tomar parte alguna por serle entera- «mente extraño, puesto que el establecimiento en cuestion debe «verificarse fuera de su Imperio.»

Mientras que procuraban los Jesuitas reconquistar el terreno que la filosofía del siglo XVIII les habia hecho perder, se organizaba en el seno de Rusia un cúmulo de intereses que debia preparar su caida. Esta agregacion era la Sociedad bíblica. La invasion de los ejércitos franceses en el territorio moscovita habia unido á la Inglaterra con el gabinete de San Petersburgo, por ser aquella la aliada natural de cuantos Estados Napoleon se declaraba enemigo. Ofreció á Alejandro ayudarle en su lucha contra el hombre que soñaba la ruina de la Gran Bretaña; y en arras de aquel tratado que iba á cambiar la faz de Europa, obtuvo desde 1811 que la Sociedad bíblica de Lóndres, ese inmenso bazar que cubre el mundo con sus productos y transforma una obra de piedad en especulacion mercantil, podria establecer una sucursal en San Petersburgo. Pocos meses despues sentaron su planta en el continente ruso los doctores Patterson y Pinkerton con la mision de vulgarizar la Biblia protestante.

El incendio de Moscou, los desastres calculados y las victorias de su ejército, victorias que no fueron enteramente debidas á la pericia de sus generales ni al valor y decision de sus soldados, las desgracias de lo presente, las esperanzas de lo por venir, todo habia contribuido á modificar en gran manera el carácter asaz impresionable de Alejandro. Dotado de una alma apasionada, siempre dispuesta á lanzarse en lo vago de las ideas para evitar la realidad de sus íntimas turbaciones y de sus recuerdos, veíase el Czar aterrado ante la responsabilidad que iban acumulando los acontecimientos sobre su cabeza. En medio del triste aspecto que ofrecian sus ciudades devastadas, sus sangrientas campañas y su ejército mancomunándose con los elementos para acabar con los franceses, elevaba aquel Príncipe, jóven todavía y siempre hermoso, su corazon al cielo á fin de calmar las fugitivas impresiones que le agitaban sin cesar. Tan indiferente al placer como á la gloria, solo ambicionaba Alejandro la paz de su conciencia; hé aquí por qué su ministro Galitzin le indicó las santas Escrituras como el puro manantial de todo

consuelo. Oyó su corazon en el silencio la voz de Dios que se le hacia oir; la Vulgata, traducida al francés, vino á ser para el Monarca ruso un libro consolador que le procuró inefables dichas. Propúsosele entonces poner al alcance de los moscovitas la obra divina que tan miraculosamente acababa de triunfar de todas sus angustias é inocentes remordimientos. Como no se explicó al Emperador la diferencia que habia entre las dos Biblias, ni podia este por otra parte figurarse que la mano del hombre hubiese osado alterar el texto primitivo de la palabra de Dios, autorizó en 18 de diciembre de 1812 la Sociedad bíblica, animado de un sentimiento de gratitud por la calma y bienestar que habia producido su lectura en su agitado espíritu.

El Emperador cayó en el lazo. Y ¿cómo no ser así, cuando el príncipe Galitzin, su ministro de Cultos, los mas altos funcionarios del Estado, la mayor parte de los obispos rusos, y hasta el mismo Estanislao Siestrzencewicz, arzobispo católico de Mohilow, se declararon patronos de aquella institucion que debia dar mas tarde un golpe mortal á la religion griega y al Catolicismo? Fue tal el entusiasmo que hubo entonces en Rusia por las Sociedades bíblicas, que con una asombrosa rapidez se vió propagarse el anglicanismo no solo en las orillas del mar Negro, sí que tambien en las riberas del océano Glacial, llegando á extenderse hasta las fronteras de la misma China. Sirviendo de ciegos instrumentos á su propagacion, los prelados católicos excitados por Galitzin alentaban á su rebaño para que favoreciera aquella obra, cuyas funestas tendencias ignoraban. Los Jesuitas fueron los únicos que dejaron de impulsar aquel movimiento herético; mas acostumbrados que los obispos rusos á las luchas del pensamiento, y por lo tanto mas dispuestos á conocer el mal que debia necesariamente reportar aquella innovacion, léjos de apoyarla, la combatieron con toda la firmeza de su carácter, sin que bastaran las súplicas ni las amenazas de Galitzin, hasta entonces su protector y su amigo, á hacerles desistir de su glorioso empeño. Expresó el papa Pio VII por un breve su sorpresa y dolor al arzobispo de Mohilow, á quien reprendia severamente por haber cooperado al triunfo del anglicanismo; siendo esta misma reprobacion que con tanta justicia se lanzó al Prelado, un homenaje indirecto tributado á los discípulos de san Ignacio, los cuales, mejor penetrados del verdadero espíritu de la Iglesia, se opusieron á hacer causa comun con el error. Vivamente ofendidos los partida-

rios de las asociaciones bíblicas; no ocultándoseles por otra parte que siempre serian los Jesuitas sus mas decididos adversarios, y que atajarian á cada paso los progresos de su secta, se coligaron contra la Compañía á instancias del Ministro de Cultos. Acababa la Sociedad de oponerse á un deseo de Galitzin, y no debia por lo tanto extrañar que el propio Galitzin explotara la cólera de la Universidad contra los Jesuitas para poder mejor llevar á cabo sus esperanzas y sus planes de venganza. Como diestro político, aguardó el momento propicio para hacer estallar la conjuracion.

Ibase organizando en el ínterin la propaganda anglicana, siempre á la sombra de los ministros rusos y á la de los prelados del rito romano y del rito griego; solo los Jesuitas trataron de contraminarlo. Á este fin compusieron un Catecismo en el idioma del país destinado á los hijos de padres católicos; pero Galitzin no autorizó su impresion: así las cosas, ocurrieron nuevos acontecimientos que avivaron mas y mas la llama de la venganza en el corazon del Ministro. El favor de que gozaba el colegio de los Jesuitas en San Petersburgo iba siempre en aumento; no menos floreciente era el colegio de Polotsk, pues contaba en sus bancos un gran número de jóvenes de las primeras familias del Imperio. Colocados entre el deseo, muy natural, de proselitismo y el deber tácito de respetar la conciencia de sus discípulos, deber que ellos mismos se habian impuesto, nunca dieron los Jesuitas ni el mas leve motivo de queja sobre un punto tan sumamente difícil. Católicos hasta el fondo de su corazon, formaban para la honestidad, así como para las bellas letras, á un gran número de jóvenes que pertenecian á todos los cultos, hasta al rito griego; sin que en el decurso de mas de cuarenta años fuese su circunspeccion ni una sola vez desmentida: nunca pudo acusárseles de haber abusado de la confianza de los padres en provecho de la fe romana. Sin embargo, el número de los Católicos aumentaba cada año considerablemente.

Eran debidos todos estos triunfos de la unidad á las familias francesas emigradas, á la lectura de las obras religiosas, y sobre todo al prudente celo de los Jesuitas. El Czar habia cerrado los ojos ante un estado de cosas que nada hacia temer por la seguridad del país: todos admiraban el modo con que los nuevos católicos se distinguian así en el mundo como en la corte por sus nuevas virtudes. Nunca quiso Alejandro hacerles arrepentir de haber cedido al grito interior de su conciencia; como príncipe que comprendia admirablemente

la libertad del pensamiento, no se atrevió á sujetarlo en los límites de una arbitrariedad en apariencia legal; como él mismo iba en busca de la verdad, no podia parecerle mal que siguiesen los rusos su ejemplo. No eran, sin embargo, las conversiones muy frecuentes; porque antes los Padres no las acogian y sancionaban, eran necesarias muchas pruebas: puede decirse que habian pasado aquellas conversiones cási desapercibidas, hasta que á mediados de diciembre de 1814 abrazó públicamente el Catolicismo el jóven Príncipe de Galitzin, sobrino del Ministro de Cultos. Hé aquí en qué términos explica el P. Billy en su correspondencia inédita con sus hermanos de Francia esta conversion: «Nuestro P. de Clorivière, «escribe de San Petersburgo el 15 de marzo de 1815, está al frente «de un numeroso noviciado en París, calle de Correos; habrá, pues, «de hecho en Francia una Compañía de Jesús, antes de que pueda «en ella existir de derecho. En cuanto á nuestra existencia en esta «de Petersburgo, es sin duda muy útil pero muy precaria y pesa«da, sobre todo desde la ausencia del Emperador; siendo la princi«pal causa de ello la envidia de los popes y de los obispos rusos. El «ministro de Cultos, príncipe Alejandro Galitzin, es un jóven to«davía, que se deja arrastrar por sus popes, y que por lo mismo «no nos deja en sosiego en cuantas ocasiones se le presentan para «saciar su animosidad y la de los popes. Hace uno ó dos meses que «se le presentó uno que hizo gran sensacion y que puede tener gra«ves consecuencias. El jóven príncipe Alejandro Galitzin, sobrino «del Ministro de Cultos, alumno hacia ya dos años de nuestro Ins«tituto, que podrá tener á lo mas quince años de edad, jóven reco«mendable bajo todos conceptos, pues ha sido considerado siempre «como un modelo de piedad, diligencia, aprovechamiento en los «estudios, política, docilidad, y lo que es mas raro aun, tan sin«gularmente adicto á la religion greco-rusa, que pretendia hacerla «abrazar á todos sus amigos y aun hasta á los mismos Jesuitas, á «impulsos de su ardiente celo por la salvacion de los demás, y que «para mejor lograr su fin tomaba dos ó tres veces por semana lec«cion de un doctor en teología ruso, acaba de convertirse repenti«namente al Catolicismo en la última pascua de Navidad. ¡Qué «asombro para todos, y en particular para aquellos que tantas ve«ces le habian visto y oido hablar en favor de la religion rusa! Ha«biendo sido llamado por su tio el Ministro de Cultos, á fin de ha«cerle patentes los peligros á que se exponia, en virtud de la ley

«que prohibe en Rusia á todos los súbditos del Emperador abrazar «el Catolicismo, contestó enérgicamente haciendo una clara y es«pontánea profesion de fe, añadiendo que estaba pronto, si nece«sario fuera, á sellarla con su propia sangre.

«Sacósele entonces de nuestro Instituto, y se le destinó junto «con su hermano menor al cuerpo de pajes, prohibiéndosele al pro«pio tiempo toda comunicacion con los Jesuitas. Pero ¡oh sorpresa! «Ocupasele á los pocos dias un cilicio y disciplinas. ¿Qué es esto, «Dios mio? Encontró aquellos instrumentos de mortificacion en el «cuarto de un jesuita que poco antes saliera de Petersburgo para «ir á Pololsk. En vano se le hizo comparecer ante los obispos y los «popes para ser interrogado y argüido: contesta de un modo asom«broso a los argumentos que se le dirigen, llegando á poner á los «mismos obispos *ad metam non loqui*. Atribúyese desde luego á los «Jesuitas su facilidad de controversia, por mas que no tengan en «ello parte alguna, y se aguarda el regreso del Emperador para ver «la decision que debe tomarse sobre aquel negocio. En el ínterin se «ven privados los Jesuitas de recibir á ningun ruso en su Instituto, «y sí tan solo reciben en él á los Católicos, para sustraerse á la per«secucion de los popes, sin que por ello puedan no obstante librarse «de ser objeto de su rencor y odio. Diferentes personas notables se «ven acusadas de haber abrazado el Catolicismo; pero como no re«sulta probado, se destina á un gran número de espías para que las «sigan y observen de cerca; lo que es en realidad una verdadera «persecucion. Se ha prohibido terminantemente á los misioneros je«suitas de la Siberia el que hagan extensivos los beneficios del Ca«tolicismo á los tártaros idólatras, debiendo limitarse á prodigar «sus cuidados á los católicos que existen en aquellos vastos desier«tos. Hasta se les priva de confesar y administrar los Sacramentos á «los greco-unidos que carecen de sacerdotes de su comunion. ¡Quién «lo creyera! ¡Hé aquí la tan ponderada tolerancia de este pais en «tiempo de su ministro Galitzin! La ciudad de Petersburgo ofrece «en este momento un espectáculo digno de llamar la atencion: dos «príncipes que llevan el mismo nombre y apellido de Alejandro Ga«litzin, tio el uno y sobrino el otro, siendo el primero el persegui«dor mas cruel de la religion católica y de los Jesuitas, al paso que «es el segundo, católico de corazon, ardiente é imperturbable, que «solo procura defender á sus maestros, y no abriga mas deseo que «el de morir por su Religion, viviendo de modo que pueda mere-

«cer esta gracia, si esta gracia de predestinado pudiese merecerse.
«Despues de haberse apelado en vano á todas las razones para atraer
«de nuevo al jóven Príncipe al cisma, echóse mano de los placeres;
«acompañábasele cada noche al teatro: sin que este medio haya
«producido hasta aquí el menor cambio en su vocacion, lo mismo
«que todos los anteriormente empleados.»

En la intimidad de su correspondencia, declinan los Jesuitas toda participacion en la conversion del ferviente neófito; por esto no se vanaglorian de ello, ni se acusan en el caso de que no corresponda aquella á las esperanzas que puede en un principio haber hecho concebir. El jóven Galitzin tomó por sí mismo aquel partido: así es que se limita el P. Billy á referir sencillamente su regreso á la fe romana, sin entrar en ninguna consideracion de otra clase. Declara el príncipe Alejandro, que ningun discípulo del Instituto le ha inducido á cambiar de culto; al contrario, añade que ni uno solo ha podido encontrar que quisiera recibir su abjuracion. La carta del Padre Billy corrobora plenamente estos hechos. Como no era posible que por medio de la verdad pudiesen verse satisfechos ni el amor propio del Ministro, ni la cólera de los popes: se fraguó una conspiracion en la cual se hicieron entrar todos los intereses de secta, las humilladas vanidades universitarias, y las preocupaciones todas de la nacion. Importaba en gran manera disponer todos los ánimos en contra de los Jesuitas; por esto se les vituperó sus actos mas indiferentes; se alteró el sentido de sus palabras; se les espió en el púlpito, y llegó á seguírseles hasta al pié del confesonario y del altar. El P. Balandret, de nacion francés, que disfrutaba á la sazon en San Petersburgo de la mayor confianza, fue el blanco de todos aquellos infundados tiros. Todos los disc pulos de los colegios y del Instituto fueron interrogados; obligóse asimismo á cuantos habian salido de ellos en los dos ó tres últimos años, á que revelaran todas las obsesiones á que se hubiesen visto expuestos por abrazar el Catolicismo. Unánime fue la contestacion que dieron aquellos jóvenes: esto es, que nunca les habian hablado los Jesuitas de la diferencia de religiones, dejando á cada cual en plena libertad de practicar la suya.

Galitzin y la Sociedad bíblica minaban el terreno bajo los piés de los Padres, secundados por el metropolitano Ambrosio y las universidades con una particular maestría: previnieron ademas al Emperador y la Emperatriz que á su regreso despues de la campaña de

1815, debian descargar el último golpe contra la Compañía. Todo estaba preparado en este sentido. Si bien no eran las conversiones entonces mas frecuentes que antes, procurábase no obstante rodearlas de cierto esplendor, propio á determinar que todos aquellos regresos á la unidad, eran debidos á la accion ó influencia que tenia algun jesuita en la familia. Los grandes intereses que en aquella época se debatian en el mundo, Napoleon vencido, la Europa triunfante en Waterloo de la Francia abatida, los Borbones restablecidos en el trono y la Santa Alianza promulgada; todos estos grandes acontecimientos desaparecian ó se perdian de vista en San Petersburgo ante la actitud resignada y silenciosa de algunos Padres de la Órden de Jesús. Acababa el Czar de arrojar su espada en la balanza de los destinos europeos, y el peso de esa misma espada la hacia inclinar del lado de los diplomáticos moscovitas. Impuso Alejandro la ley en el Congreso de Viena; inspiró á Luis XVIII una Carta constitucional, y los Reyes legítimos de Europa le saludaban como el libertador de las monarquías; pues bien, todas esas glorias que debian henchir de orgullo á sus súbditos, se borraban enteramente de su corazon al contacto de algunas oscuras predicaciones en una iglesia católica. Marchaba á la sazon la Rusia á la cabeza de todas las naciones, mientras que sus ministros afectaban temblar de espanto porque un reducido número de damas de la corte renunciaba á los placeres mundanales para escuchar en la soledad y el retiro la voz de Dios que se habia dignado hablar á sus corazones.

Aquella situacion que los Jesuitas no habian provocado, no dejaba de exponerlos por esto á un doble peligro: acusábaseles de haberse hecho algunos prosélitos, que ni siquiera nunca habian conocido; si bien no dejaron de presentarse algunos en su tribunal, y era de todo punto imposible á un sacerdote el poder desatender sus votos. Pesaba la persecucion sobre la fe, que como en todos los grandes apuros hacia nacer de esa misma persecucion ardientes neófitos. Durante este tiempo llegó el emperador Alejandro á su capital. Las grandes crísis que habia presidido, la caida de unos, el encumbramiento de los demás, y los inconcebibles cambios que así en los hombres como en las cosas acababan de verificarse en Europa, contribuyeron á dar á sus ideas un curso mas melancólico, y á hacer experimentar á su alma impresionable un inmenso disgusto por cuanto le rodeaba. Para llenar ese vacío, se lanzó con toda la fuerza de su corazon en el nuevo mundo de ideas místicas que abrió la

baronesa de Krudener á su inteligencia fatigada ya de voluptuosidades, de ambicion y de gloria. Entregado Alejandro á creencias individuales, no descansaba en ningun principio fijo: en vano aspiraba á imponerlas como convicciones, pues carecia del vigor y perseverancia necesarios para poder lograr su objeto. Se le mecia en la seductora idea de que podia presentarse como jefe visible de la antigua cristiandad regenerada por él, á fin de inducirle á que se declarase mortal enemigo de los Jesuitas de su Imperio. Vanagloriábase de haber reunido en un mismo centro de fraternidad los cultos disidentes introducidos por él en las Sociedades bíblicas, que eran el instrumento privilegiado de la fusion tolerante en que soñaba al abrigo de su cetro. No debia formar ya por mas tiempo el Papa el lazo de la unidad: y el reino del Catolicismo iba á ceder su puesto á la union de todos los pueblos cristianos. No se ocultaba á Alejandro que nunca se prestarian los Jesuitas á semejante utopia; así es que celoso de acelerar en lo posible los progresos que le fascinaban, dejó á los odios que encontró al rededor de su trono el cuidado de adormecer su justicia. No tardó en hablársele de herir á la Compañía de Jesús, empezando la obra de proscripcion por un destierro léjos de Petersburgo; el Emperador, que no quiso acceder de pronto á semejante iniquidad, se prestó insensiblemente á las exigencias de su Ministro y de sus popes.

En 20 de diciembre de 1815 dió el úkase siguiente:

«Despues de haber arreglado de un modo satisfactorio y feliz los «asuntos exteriores, hemos regresado al Imperio que Dios nos con«fió, habiendo sido en él informados por muchos datos, quejas y «relaciones, de las circunstancias siguientes:

«La Órden religiosa de los Jesuitas de la Iglesia católica romana «fue abolida por una bula del Papa: á causa de esta medida se ex«pulsó á los Jesuitas no solo de los Estados de la Iglesia, sí que tam«bien de todos los demás países; siéndoles enteramente imposible «permanecer en parte alguna de aquellas do hasta entonces se les «habia permitido vivir. Solo la Rusia, guiada siempre por senti«mientos de humanidad y tolerancia, conservó en ella a los Jesui«tas, les concedió un asilo, y aseguró su tranquilidad á la sombra «de una proteccion poderosa. No puso ningun obstáculo al libre ejer«cicio de su culto, ni procuró distraer de él á los Jesuitas por me«dio de la fuerza, la persecucion ni las seducciones; pero á su vez «se prometió la Rusia por parte de ellos fidelidad, adhesion y pro-

«vecho. Animada por esta esperanza les permitió dedicarse á la edu«cacion y enseñanza de la juventud: confiáronles los padres á sus «hijos sin el menor recelo para que les enseñaran las ciencias y for«maran sus costumbres.

«Queda fuera de toda duda que no han cumplido los deberes que «les imponian el reconocimiento y esa humildad que previene la re«ligion cristiana; y que en lugar de vivir los Jesuitas como pacífi«cos moradores en un país extranjero, han tratado de turbar la re«ligion griega que desde los mas remotos tiempos es la religion do«minante en nuestro Imperio, y sobre la cual, como sobre una «indestructible peña, descansan la tranquilidad y la dicha de los pue«blos sometidos á nuestro cetro. Empezaron ya desde un principio «á abusar de la confianza que se les dispensara; arrancaron despues «de nuestro culto á algunos jóvenes cuya educacion les estaba en«cargada, y á algunas mujeres de espíritu débil é inconsecuente, «que atrajeron á su Iglesia.

«Inducir á un hombre á que abjure su fe, la fe de sus mayores; «apagar en él su amor hácia aquellos que profesan el mismo culto; «hacerle extraño á su patria; sembrar la zizaña y la animosidad en «las familias; arrancar al hijo del padre y á la hija de la madre; «causar la division entre los hijos de una misma Iglesia; ¿puede ser «esto acaso la voz y voluntad de Dios y de su divino Hijo Jesucris«to nuestro Salvador, que derramó por nosotros su sangre preciosa, «á fin de que llevásemos una vida apacible y tranquila en la prácti«ca de todos los ejercicios de piedad, pureza y amor? Despues de «semejantes acciones, ya no nos admiramos de que la Órden de «esos religiosos haya sido alejada de todos los países y que no se la «tolere en parte alguna. ¿Cuál es, en efecto, el Estado que podrá to«lerar en su seno á aquellos que siembran en él la division y el odio?

«Constantemente ocupado en velar por la dicha de nuestros fieles «súbditos, y considerando como un deber prudente y sagrado el «cortar el mal en su orígen á fin de que no pueda madurar y pro«ducir sus amargos frutos, resolvemos mandar:

«I. Que la Iglesia católica, tolerada en nuestro suelo, sea re«puesta bajo el mismo pié en que se hallaba durante el reinado de «nuestra abuela de gloriosa memoria la emperatriz Catalina II, y «en el que se halló hasta el año 1800.

«II. Que deban salir inmediatamente de San Petersburgo todos «los religiosos de la Órden de los Jesuitas.

«III. Se les prohibe en lo sucesivo la entrada en nuestras dos «capitales.

«Hemos dado ya las órdenes particulares á nuestros ministros de «Policía é Instruccion pública para la pronta ejecucion de lo man-«dado, así como sobre lo concerniente á la casa del Instituto ocu-«pado hasta aquí por los Jesuitas. Á fin de que no haya interrup-«cion alguna en el servicio divino, hemos prescrito al metropolita-«no de la Iglesia católica romana que reemplace los Jesuitas por «otros sacerdotes del mismo rito, de los que se encuentran en la ca-«pital, hasta la llegada de los religiosos de otra Órden católica, «que á este efecto hemos hecho llamar.—*Firmado:* ALEJANDRO.»

Hubiérase dicho que la mision de conservar los Jesuitas en Rusia habia terminado para siempre, puesto que el Czar no juzgaba deber tolerar por mas tiempo á los proscritos que tan generosa hospitalidad encontraran bajo el cetro de Catalina II y de Pablo I. Es verdad que Alejandro les repelia tambien á su vez; pero á lo menos demostró en esa repulsion un sentimiento de dignidad, aunque príncipe cismático, que podia servir de ejemplo á mas de un soberano católico, al limitarse á apoyar su decreto de destierro en causas puramente religiosas. Repugnaba á su conciencia apelar á la calumnia ni á otras mezquinas pasiones; dotado de un gran corazon, le era imposible echar mano de falsas acusaciones para mancillar á unos sacerdotes á quienes poco antes honraba aun con su benevolencia. Fue recto y equitativo en medio del rigor y severidad de su ukase. El Arzobispo de Mohilow, que tanto contribuyó á sostener la Sociedad de Jesús en el momento de su supresion en el papado de Clemente XIV, cumplió despues al pié de la letra las órdenes que Galitzin le intimó: adoptó las medidas necesarias para que el culto público no se resintiese de la separacion de los Jesuitas, cuando en la noche del 20 al 21 de diciembre penetró el general de policía en en el colegio de los Jesuitas al frente de la fuerza armada. Ocupáronse desde luego todas las puertas ó salidas; y sin haber interrogado ni á un solo Padre, sin decirles siquiera la causa de aquella nocturna invasion, se les pusieron centinelas de vista mientras que el ministro leia á Brzozowski el decreto de destierro. Aunque anciano el Superior de los Jesuitas, sabia conocer el precio de las ignominias; así es que aceptándolas con resignacion y placer se limitó á contestar: «S. M. será obedecido.»

Hízose salir en la noche siguiente á todos los Padres para Polotsk,

despues de haberse sellado por órden del Gobierno todas sus correspondencias y manuscritos, y haber confiscado sus muebles, su biblioteca, su museo y su gabinete de física.

En 20 de febrero de 1816, escribia el P. Tadeo Bzrozowski en los siguientes términos al P. de Clorivière en París: «He recibido vuestra carta del 8 de enero en Polotsk, donde me encuentro hace seis «semanas. Nuestra situacion en este país ha cambiado mucho desde «la última carta que os he escrito: sin duda ya sabréis por los periódicos nuestra expulsion de San Petersburgo, que tuvo lugar el «3 de enero, y para la que se nos fijó el perentorio término de veinte «y cuatro horas: esto prueba cuán culpables serémos á los ojos del «Gobierno. He aquí los dos delitos de que se nos acusa y que se expresan en el decreto de nuestra expulsion: 1.° Haber atraido á la «religion católica á algunos discípulos confiados á nuestro cuidado; «2.° haber hecho abrazar igualmente el Catolicismo á algunas mujeres de espíritu débil é inconsecuente. Con respecto á este segundo punto, puede haberse cometido alguna imprudencia en algunos «actos que no habré podido evitar porque no han llegado á mi noticia; pero en este caso no debian comprometer mas que al que los «cometió. En cuanto al primer cargo, es enteramente supuesto, y «por lo mismo debido tan solo al distinto punto de vista bajo el cual «se han presentado las cosas á S. M. I. No solamente nuestros Padres han dejado de hacer proposicion alguna á nuestros discípulos «para atraerlos á la religion católica; sí que por el contrario cuantas veces han mostrado algunos jóvenes el deseo de hacerse católicos, lo que ha debido acontecer algunas veces en el largo período de trece años, y sobre todo en un colegio en el que eran católicos todos los maestros; nuestros Padres se han opuesto constantemente á admitirlos á la participacion de los Sacramentos. Hé «aquí la verdad de todo lo ocurrido; no es nuestra la culpa si no «ha sido de todos conocida: es tal la condicion de los mejores príncipes, que cási siempre llegan á conocer la verdad todavía mas «difícilmente que los demás hombres. Es este acontecimiento muy «triste y doloroso para la Compañía; pero no nos ha admirado del «todo, porque hacia ya mucho tiempo que veíamos formarse la «tempestad que tarde ó temprano debia estallar sobre nuestras cabezas.»

Nunca se permite en Rusia criticar los actos que emanan del poder, así como tampoco apenas se permite aprobarlos por escrito: á

nadie es dado discutir las medidas que adopta la autoridad. Es un Gobierno arbitrario cuyo reinado es el del silencio, sin que por esto cuente mas víctimas en su registro político, del que tienen en el suyo los reinos donde se afianza la libertad de hablar en una Constitucion cuyos artículos los mas poderosos ó los mas astutos interpretan siempre á su grado. Sin embargo, los números correspondientes al 3 y 15 de marzo de 1816 del *Inválido ruso* contenian, por una rara excepcion, injustos ataques contra los Jesuitas. En su vista, encargó el General del Instituto al P. Rozaven que vindicara á sus hermanos de los ultrajes que por aquel periódico se dirigian á los proscritos. Defendió el P. Rozaven su Órden con una lógica de hechos mas elocuente que todos los discursos, mostrándose claro, sensato, hábil y profundo. Habia sido su contestacion remitida al Ministro de Cultos para obtener su insercion en el *Inválido;* pero como era tan perentoria, clara y terminante, Galitzin la condenó al silencio. Desde aquel momento quedó entablada una querella entre el poder y la Compañía; no se ocultaba á ésta que era el úkase del 20 de diciembre de 1815 el preludio de una proscripcion mas fuerte y decisiva; pero escudada con su inocencia, no quiso dejar expedito á la impostura ministerial el derecho de calumniar.

En el alto conflicto que media entre la autoridad civil y la Sociedad de Jesús, prescindiendo de los usos y fórmulas de cancillería, reina cierta igualdad que difícilmente se encuentra entre perseguido y perseguidor. Notábase que nunca desesperaban los Jesuitas de la justicia de Alejandro, y que en cuanto escribian aparentaban mas bien dictar la ley que acatarla. Habia entre el Czar y los hijos de san Ignacio algo de misterioso que no se revelaba ni aun al ministro favorito: fijaban los dos partidos límites á su venganza, límites que ni uno ni otro se atrevieron á salvar, como si se hubiesen visto contenidos entrambos por intuicion. En cada nueva fase de aquel destierro, se descubre el mismo extraño cúmulo de circunstancias, la misma consideracion por parte de los contendientes. Conocidas eran ya de todos las ideas innovadoras de Alejandro; no se ocultaba á este Príncipe que serian para ellas los Jesuitas un obstáculo eterno, y sin embargo, no habia adoptado aun la resolucion de arrojarlos de su Imperio. Por el contrario, trataba a los desterrados con benevolencia; era el invierno riguroso, y el camino que debian hacer los Jesuitas largo y difícil, por lo que mandó el Autócrata que se dieran á cada uno de ellos pieles forradas y cierta porcion de

arack (aguardiente) para calentar sus miembros entumecidos por el frio. De este modo evitaba en parte el rigor de sus golpes cuando mas excitado se veia á la crueldad por los enemigos de la Compañía; mandó el Autocrata sellar los archivos del Instituto, en todo el cual no pudo hallarse ni una huella de complot, ni un vestigio de conversion, ni un papel siquiera que se rozara en lo mas mínimo con la política.

Necesita este misterio algunos detalles que procuraremos dar con toda la claridad que exige el interés de la historia. Muchos eran los beneficios de que era deudora la familia de los Romanoff á la Compañía de Jesús: algunos Padres se habian visto honrados á su pesar por Catalina II con las mas íntimas confidencias; así es que tenian sobre el reinado de Pablo I importantes detalles que convenia en gran manera quedasen sepultados para siempre en las tinieblas. Tanto el P. Gruber como los demás generales de la Órden habian sabido por este último Soberano el tratado definitivo de muchas transacciones diplomáticas: estaban iniciados por viva voz, ó por correspondencia, en todas las amarguras de su vida de gran duque hereditario, en todos los sufrimientos de su vida de emperador. Los Jesuitas habian sido constantemente los depositarios de sus secretos de familia; y le habian hecho tan importantes servicios que ni aun los mismos reyes eran bastante ingratos para poderlos olvidar. Esta reciprocidad de favores estableció una especie de solidaridad, ó mejor afecto, que ninguno de los interesados se atrevió á romper su prestigio: puede decirse que existia sobre él una seguridad mútua entre ambas partes. La confianza hizo nacer la discrecion, y aquel singular contrato no pudo ser anulado ni aun por la intolerancia. Dejáronse proscribir los Jesuitas por el hijo de Pablo I, teniendo la generosidad de tomar el camino de su destierro sin invocar una venganza que les hubiera sido tan fácil obtener. Mostráronse dignos de la estimacion del Czar, hasta en el momento mismo en que procuraban sus ministros hacerles para siempre odiosos al país.

El príncipe Galitzin y la policía rusa eran dueños absolutos de todos los papeles de la Órden; podian, pues, fácilmente descubrir los complots de que pretendian hacer sospechosos á los Jesuitas; practicáronse á este efecto las mas escrupulosas investigaciones, y ¿cuál fue el resultado que estas produjeron? El que ya de antemano sabia Alejandro que debian tener, cuando ni demostró por él la menor admiracion en público. Así es que cuando el P. Brzozowski pidió

que el conde Litta, ú otro personaje designado por él, asistiese al exámen de los archivos de la Compañía, se desechó esta proposicion en sí muy fundada, y dejó de procederse al solicitado exámen. Conocia el Emperador por tradicion de familia la sagacidad de los Jesuitas; por esto no queria darles un triunfo, ni tampoco ser él humillado ó vencido en aquella cuestion. Pesaban algunas deudas sobre la iglesia católica de San Petersburgo, por haber salido los Padres garantes de ellas á los prestamistas. Era por lo tanto esta deuda considerada ya desde su orígen, ó sea desde 1806, como deuda de la Iglesia, y sobre la cual expidió Alejandro un úkase el 25 de mayo de 1816 declarando:

«Que todas las pretensiones pecuniarias que pesasen sobre los Pa«dres del Instituto debian recaer sobre sus bienes raíces, sin poder «venir á cargo del edificio nuevamente construido junto á la igle«sia católica.»

No amedrentaban á los Jesuitas en lo mas mínimo aquellas vejaciones locales, que con una sola palabra habrian podido evitar; pero como esta palabra era contraria á su discrecion habitual, prefirieron sufrir antes que faltar á ella. Hé aquí lo que escribia el Padre Bzrozowski al Emperador en 31 de agosto de 1816: «Cuando «se hizo público el asunto del sobrino del Ministro de Cultos, quise «elevar una súplica á V. M. exponiéndole claramente los hechos, «pero el Ministro la rechazó; resultando de ahí que mientras se «enviaban á V. M. acusaciones contra mi Órden, se me quitaban á «mí todos los medios de hacer llegar hasta Vos su defensa. Ya que «no me era posible presentar mi justificacion sobre lo pasado, tomé «mis medidas para lo por venir, y declaré que á fin de evitar todas «las sospechas, no admitiria en lo sucesivo en nuestros colegios mas «que á los alumnos que profesasen la religion católica. Remití, pues, «mi declaracion formal á los ministros de Instruccion pública y de «Cultos; y desde el mes de enero de 1815, ningun alumno de la «religion griega ha sido recibido en el Instituto, á pesar de las vi«vas instancias de un gran número de familias... Tal era, Señor, «el sentimiento que me animaba de alejar cuanto pudiese parecer «sospechoso á vuestro Gobierno. Suplico á S. M. I. se digne pres«tarme por un instante mas su atencion: si mi Órden fuese tal co«mo la han descrito á V. M., se habria encontrado alguna prueba «de ello en sus papeles, durante los ocho meses que se estan exami«nando; y sin embargo léjos de esto, ha debido decirse á S. M. que

«aun en mi correspondencia mas secreta, cuantas veces se ha pre-«sentado la ocasion de hablar de vuestra sagrada persona ó de su «Gobierno, lo he hecho siempre con los sentimientos de respeto y «veneracion que tan arraigados tengo en mi alma. No pido, Señor, «que revoque con respecto á nosotros V. M. sus órdenes; al contra-«rio, sabrémos con resignacion, y sin que salga de nuestros labios «ni una sola queja, conformarnos á ellas: permanezca la Órden pa-«ra siempre excluida de las capitales del Imperio, cuya permanen-«cia en ellas nos ha sido tan funesta. Toda nuestra ambicion se li-«mita á poder ser útiles á nuestros semejantes en cualquier punto «que V. M. se digne emplearnos: V. M. sabe muy bien que no nos «hemos dedicado con menos celo al penoso servicio de los católicos «de la Siberia, del que desplegamos en otros destinos menos oscu-«ros y mas agradables que nos confiásteis. Nuestra abnegacion será «siempre la misma, así como será siempre tambien el mas ardiente «de nuestros votos el probar al mundo todo que el recuerdo de los «beneficios que debemos á V. M. está grabado en nuestro corazon «con caractéres indelebles. Solo necesitamos la seguridad de que «nuestros esfuerzos son gratos á V. M. I., y que no nos considera-«rá en lo sucesivo como corazones ingratos indignos de sus régias «bondades. Atrévome, Señor, á pediros una prenda de esa seguri-«dad, suplicando á V. M. se digne acordarme una gracia que soli-«cito en vano hace mas de diez y ocho meses á vuestros ministros, «esto es, el permiso de pasar á Roma, acompañado de dos Padres «de mi Órden. Mi reconocimiento hácia el Soberano Pontífice y los «asuntos esenciales de mi Órden me llaman allí hace ya mucho tiem-«po: permitidme, Señor, el placer de manifestar á los países ex-«tranjeros lo mucho que debe mi Órden á V. M. así como los sen-«timientos de que estoy penetrado.»

Ese viaje á Roma, que era el último pensamiento, el supremo ensueño del anciano Bzrozowski, era contrario á las esperanzas de tolerancia ó mejor de fusion religiosa que abrigaba el Emperador. Animado todavía este Príncipe de todo el fervor de la Santa Alianza, buscaba por aquel acto de confederacion reunir todos los cultos en uno solo que entreveia en sus religiosos sueños, y que debia realizar la tolerancia universal. Bzrozowski, proscrito de Petersburgo y Moscou, tenia por prision el vasto imperio ruso. Ocupábase Alejandro con febril actividad en la emancipacion religiosa y constitucional del mundo entero, al paso que obligaba al General

de los Jesuitas á morir prisionero en sus Estados, cuando los intereses del Catolicismo y de su Instituto le llamaban imperiosamente á Roma.

Desde el fondo de la Rusia Blanca continuó dirigiendo Bzrozowski á los hijos de san Ignacio: desde ella alentó sus esfuerzos, asistió á sus primeros combates, abrió sus misiones transatlánticas; espirando en 5 de febrero de 1820, despues de haber designado por vicario al P. Mariano Petrucci, rector del noviciado de Génova. Esta muerte ya de mucho tiempo prevista iba á poner fin á una anomalía que, por deferencia al poder, habian los Jesuitas respetado siempre.

Era imposible que el general de una Sociedad esparcida por todos los puntos del globo, y que partia del principio católico como de su puro manantial, pudiese residir en otro punto que no fuese el mismo centro del Catolicismo. No se ocultaba á los profesos que la permanencia del general en Polotsk ó Witebsk era un obstáculo para los trabajos de su Órden y la difusion del Evangelio; pero se sometieron sin murmurar, porque honraban en la persona de Bzrozowski á todos aquellos Padres que con tan noble esfuerzo se dedicaran al restablecimiento de la Compañía, y que tantos sacrificios hicieron para conservarla en toda su integridad.

Acababa la muerte de dejar vacante el poder: los Jesuitas resolvieron unánimemente que el nuevo sucesor de Loyola, Laynez y Aquaviva, estaria mejor junto al trono pontificio que bajo el cetro de los Romanoff. Al dia siguiente de haber entregado Bzrozowski su alma al Criador transformóse la residencia del General del Instituto en simple provincia, cuya direccion se confió al P. Estanislao Swietockowski. Presentó el nuevo Provincial una exposicion al Czar, en la que le pedia permiso para enviar sus diputados á la Congregacion que iba á reunirse en Roma. Todas las provincias tenian el derecho de votar por sus mandatarios; pero esta eleccion era contraria á las condiciones bajo las cuales permitió Catalina II de Rusia la existencia de la Sociedad de Jesús, y al modo con que habia pensado ella establecerla. Privaba semejante eleccion al Gobierno del Emperador de aquella autoridad moral que podia ejercer sobre un Instituto que contando tan solo el número de ciento setenta y ocho miembros en 1786, se habia elevado ya en 1816 al de seiscientos catorce [1].

[1] *Catalogus sociorum et officiorum Societatis Jesu in imperio Rossiaco in annum* **1816.**

Habíanse instalado los Jesuitas como por escalones de Polotsk á Odessa; así es que se les encontraba en Witebsk y Astrakhan, en Ormsk como en Irkoutsk, poseyendo en todas partes colegios florecientes é importantes misiones que habian tenido el fino tacto de hacerse indispensables; de todas partes les invocaban por preceptores las mas ilustres familias. Era indispensable cerrarles la Rusia ó circunscribir su ardiente celo en los apartados límites de sus fronteras: por medio del P. Swictockowski, pidieron reformar la naturaleza del contrato que les unia al Imperio. Galitzin, siempre hostil á los hijos de san Ignacio, aconsejó al Czar que aprovechara aquella ocasion que se le presentaba para arrojarlos de su Imperio, á lo que accedió el Autócrata decretando su expulsion el 13 de marzo de 1820; y cuyo decreto fue precedido de una relacion del Ministro de Cultos. Era el príncipe de Galitzin un enemigo cruel en demasía de la Sociedad de Jesús, para que puedan hacer sus asertos ninguna fe en el tribunal de la historia: sin embargo, los admitimos como uno de esos documentos oficiales que jamás prueban lo que intentan demostrar. Léese en aquel documento:

«El destierro de los Jesuitas de San Petersburgo no les ha hecho «cambiar en lo mas mínimo de conducta: todas las relaciones de «las autoridades civiles y militares están contestes en probar que «continúan obrando en un sentido contrario á nuestras leyes. Trabajan sin descanso en hacer abrazar sus creencias á los alumnos «del rito griego que se hallan en el colegio de Mohilow; y cuando «para quitarles los medios de lograrlo se prescribió que únicamente «se permitiria á los Católicos romanos continuar en lo sucesivo sus «estudios en aquel colegio, empezaron los Jesuitas á seducir los «militares del rito griego acantonados en Witebsk, para que fuesen «infieles á la fe de sus padres.

«Tampoco en Siberia corresponde su conducta al objeto con que «fueron allí instituidos: so pretexto de atender á las funciones de «su sacerdocio, frecuentaban diferentes puntos en los que no vivia «ningun católico romano, únicamente al objeto de obcecar á las «gentes del pueblo y hacerles cambiar de creencia. Los mismos principios dirigen su conducta en el gobierno de Saratow. — Tanto las «bulas del Papa como las leyes del Imperio prohiben excitar á los «greco-unidos á que pasen al culto católico romano; y sin embargo, «el Padre General de los Jesuitas oponia á sus reglamentos otra bula «que permitia á los greco-unidos, en defecto de sacerdotes de otro

«rito, presentarse á la comunion ante los sacerdotes católicos roma-«nos. Contravenian además los Jesuitas á las disposiciones de esta «bula, en cuanto hacian extensiva su seduccion hasta los puntos «en que no faltaban sacerdotes del rito greco-unido. Víme por lo «tanto obligado en 1815 á recordar al Padre General de los Jesui-«tas el contenido siguiente del decreto imperial del 4 de julio de «1803: «Esta tolerancia que induce al Gobierno á abstenerse de «toda influencia sobre la conciencia de los hombres en asuntos de «religion, debe servir igualmente de ejemplo á las autoridades ca-«tólicas en sus relaciones con los greco-unidos, y prohibirles toda «especie de tentativas para retraer á aquellos sectarios de su culto. «Si la religion dominante no se permite sobre este punto ningun «medio coercitivo, mucho mas debe abstenerse de ellos una reli-«gion tolerada.»

«Tambien en las colonias seducen los Jesuitas á los indivíduos «de la profesion evangélica, sembrando en las familias los gérme-«nes del desórden y la discordia. En 1811 emplearon los Jesuitas «hasta la violencia por convertir á los judíos: conducta incompati-«ble con las disposiciones del decreto imperial del 2 de agosto de «1801, como con los principios generales de la religion cristiana, «que no tolera coaccion de ninguna clase, y con las leyes positivas «del Imperio, que castigan severamente toda especie de seduccion. «Debióse apelar al auxilio de las autoridades locales para arran-«car á los jóvenes judíos de la casa de los Jesuitas.

«Si algunas veces, empero, fueron entonces reprimidos, no por «esto desistieron los Jesuitas en lo sucesivo de su propósito, sino «que por el contrario han procurado seguir siempre la misma con-«ducta, á pesar de contravenir con ello á todas las órdenes del Go-«bierno. Ni el uso mismo que hacen de sus bienes está en armonía «con los preceptos de la caridad cristiana: el estado de los labrado-«res que viven en las tierras poseidas por los Jesuitas en la Rusia «Blanca demuestra claramente cuán poco esta Sociedad se ocupa de «su bienestar.

«Hasta V. M. I. ha visto por sí mismo á algunos de esos infor-«tunados á quienes privaron sus males físicos de todo medio de sub-«sistencia, que iban provistos de un pasaporte [1] para poder men-

[1] En este punto del documento oficial, se ve que procura el Ministro afectar la sensibilidad del Emperador presentándole á los Padres de la Compañía de Jesús como amos que no se tomaban ningun interés por sus colonos. Las tier-

«digar su pan. Penetrado V. M. de su extrema miseria, me man-«dásteis, Señor, que escribiera al Padre General de los Jesuitas, «cuán contrario era á los principios cristianos el abandonar de aquel «modo á la caridad pública á unos seres tan pobres y débiles, sobre «todo cuando no carecian los Jesuitas de medios para acudir á su «socorro.

«Tales son los verdaderos hechos relativos á los Jesuitas que tu-«vieron lugar en Rusia, ese floreciente y poderoso Estado que les «dispensó una acogida honrosa y digna, en la época misma en que «eran el blanco de la persecucion en todos los demás países. Á su «protectora sombra disfrutaron los Jesuitas de todos los beneficios «que podia dispensarles la Rusia; pero no tardaron en ultrajar «abiertamente las leyes que los recibieron bajo su égida, oponiendo «á su influencia saludable una resistencia obstinada, usurpando el «título de misioneros, prohibido en Rusia por el Reglamento de «1769, al Clero católico romano, y, por fin, obrando en medio de «un pueblo eminentemente cristiano como si se hallasen entre hor-«das salvajes que hubiesen ignorado hasta la existencia de Dios.

«Y cuando eran el blanco de la desconfianza general y del justo «descontento de la Europa, fueron los Jesuitas acogidos en Rusia «con generosidad; mientras se les prodigaban las mas sensibles «pruebas de confianza y estimacion, y se les imponia el deber sagra-«do de educar una parte de sus hijos que eran correligionarios su-«yos, y de derramar en su espíritu las luces de las ciencias y en su «alma las de la Religion; entonces fue cuando empleando el bene-«ficio contra el bienhechor, abusaron de la inexperiencia de la ju-«ventud para seducirla, se prevalieron de la tolerancia con ellos «ejercida para infundir á las víctimas de su traicion una intoleran-«cia cruel, minaron los cimientos del Estado, el amor á la reli-

ras que pertenecian á los Jesuitas habian sido el teatro de las guerras de 1812, y como es natural quedaron devastadas, tanto por los ejércitos enemigos como por las tropas del país, siendo la miseria la precisa consecuencia de aquella devastacion. Es cierto que los mas indigentes ó vagabundos divagaban á veces hasta las puertas de Petersburgo; pero es absolutamente inexacto que fuesen los Jesuitas los que les librabau pasaportes, ni que les autorizasen para mendigar. No podian los Jesuitas sobre este punto sustituir al Gobierno; si alguno podia ser responsable de aquella miseria revelada por el mismo Emperador, debian ser los empleados de policía de la provincia, y no la Compañía, cuya sola obligacion consistia en socorrer á los pobres labradores que vivian en sus dominios.

«gion de la patria, y destruyeron la felicidad de las familias llevando «á ellas el fuego de la discordia. No reconocen las acciones todas de «los Jesuitas otro móvil que su interés, pues todas ellas se dirigen al «ilimitado acrecentamiento de su poder: sumamente hábiles en es- «cudar cada uno de sus actos con algun reglamento de su Compañía, «han llegado á formarse una conciencia tan vasta como dócil.

«Segun el testimonio del papa Clemente XIV, dedicáronse ya los «Jesuitas desde su instalacion á las mas rastreras intrigas; estaban «en continua pugna en Europa, Asia y América, no solamente en- «tre sí, sí que tambien con las demás Órdenes monásticas, el Clero «secular y los establecimientos de instruccion pública; hasta llega- «ban á obrar contra los Gobiernos. Quejábanse todos de su doctri- «na, como contraria á las buenas costumbres y al verdadero espí- «ritu del Cristianismo; así como se les acusaba tambien de ser de- «masiado ávidos de los bienes de este mundo. Cuantas medidas se «tomaron por los Papas al objeto de poner fin á aquel escándalo, «fueron completamente infructuosas; el descontento aumentaba, las «quejas se sucedian sin cesar, los espíritus se sublevaban, y hasta «los mismos lazos del Cristianismo habian perdido toda su antigua «fuerza. Algunos de los monarcas católicos, que no vieron otro medio «de evitar la tormenta que amenazaba destruir á su Iglesia, que «expulsando á los Jesuitas, se vieron obligados á arrojarlos de sus «Estados. En este sentido se expresaba entonces el Papa, cuya alta «penetracion descubrió la causa de tantos males en los principios «fundamentales de la Compañía de los Jesuitas, decidiéndose por «lo mismo á disolver aquella Compañía para devolver el órden y la «paz á su Iglesia.

«Cuando se desterró de San Petersburgo á los Jesuitas, tratóse ya «de expulsarlos de Rusia; pero V. M. I. declinó esta medida, por «la razon de que antes de llevarse á cabo era indispensable procu- «rarse eclesiásticos que poseyeran las lenguas extranjeras, á fin de «poder reemplazar á los Jesuitas, tanto en las colonias como en los «demás puntos.

«Ahora que, segun todos los informes que he tomado, pueden «las demás Órdenes monásticas del culto católico romano procurar- «nos un número suficiente de sacerdotes para llenar debidamente «las funciones de su ministerio en las colonias, y que, por otra «parte, aparecen los Jesuitas mas culpables que nunca, me atrevo «á proponer á V. M. I. el siguiente decreto:

«No mereciendo los Jesuitas por su conducta la proteccion de las «leyes del Imperio, pues han faltado no solamente á los sagrados «deberes de la gratitud, sí que aun mas á todos aquellos que su «juramento de fidelidad les imponia; serán enviados fuera de las «fronteras del Imperio, bajo la vigilancia de la policía, sin que «puedan jamás volver á entrar en él, sea cual fuere la forma ó «denominacion con que pretendiesen hacerlo.»

Hay diez artículos mas que regulan, explican ó corroboran el decreto de expulsion, procurando en todos sus detalles hacer mas cruel aquel destierro, que no se apoya ó funda en ningun hecho cierto. Luego el Ministro de Cultos concluye de esta manera:

«En el caso de que V. M. I. se digne aceptar estas proposicio-«nes, me atreveré á suplicarle igualmente encargue á los ministros «del Interior, de Hacienda, y al que suscribe, la pronta ejecucion «de los artículos citados.

«De este modo se pondrá un término en Rusia á la existencia de «los Jesuitas, siempre desobedientes á las leyes y autoridades del «Estado, á las cuales deben, segun san Pablo, estar sometidos, no «solo por el temor del castigo, sino tambien por el deber de la con-«ciencia. Así se alejará á esos hombres privados de la luz divina, «sordos á la voz de san Jaime, cuyas santas palabras terminan la «bula por la cual el papa Clemente XVI suprimió la Compa-«ñía de Jesús: «¿Hay alguno que sea tenido por prudente ó sábio «entre vosotros? que haga en tal caso aparecer sus obras en la ob-«servancia de una vida sin tacha con una prudencia llena de dul-«zura. Si abrigais, empero, en vuestra corazon una envidia llena «de amargura y un espíritu de contencion, no podeis vanagloriaros «de ser sábios y prudentes, porque faltaríais abiertamente á la ver-«dad; pues que léjos de ser aquella sabiduría ó prudencia proce-«dente del cielo, es una sabiduría terrena, animal, diabólica. Don-«de existe la envidia, domina un espíritu de discordia, y por pre-«cisa consecuencia, deben residir tambien la confusion y toda clase «de desórdenes. La sabiduría, empero, que deriva de lo alto, es «ante todo casta, amiga de la paz, moderada, equitativa, dócil, «llena de misericordia y del sabroso fruto de las buenas obras; no «aspira á dominar, ni es falsa y disimulada. Los frutos de la jus-«ticia deben, pues, sembrarse en la paz por aquellos cuyas obras «son de paz.»

Hé aquí un nuevo edicto de expulsion contra los discípulos del

Instituto: la Rusia á su vez los arroja de su seno como lo hicieron Francia, España, Portugal, Nápoles y el ducado de Parma en el siglo XVIII. Un nieto de Catalina la Grande aplica á los Jesuitas, preservados de la muerte por su abuela, las mismas palabras que les fulminaba Clemente XIV al licenciar el mas distinguido cuerpo del ejército cristiano. Por una de aquellas anomalías á que nos ha acostumbrado forzosamente la historia de la Compañía, ni los monarcas que en mal hora se dejaron arrastrar á la funesta senda de la arbitrariedad, ni los ministros que firmaron aquellos decretos de proscripcion, ni aun los pueblos que vieron pasar á aquellos desterrados, pensaron en preguntarse cuál era el crímen de que se les acusaba. Subsiste una ley que sirve de base á todo código criminal, y que es por lo mismo el fundamento de toda justicia; pues bien, esa ley tan antigua como el mundo, prohibe castigar á nadie antes de haber sido juzgado y de quedar plenamente justificados los cargos que se han dirigido contra el procesado. Nunca han podido disfrutar los Jesuitas del beneficio de esta ley: en Lisboa les condenó el marqués de Pombal sin atender mas ley que su capricho; en España los suprimieron Cárlos III y su ministro el conde de Aranda; los Parlamentos de Francia, por órden de Choiseul y de madama de Pompadour, publicaron algunos decretos contra los Jesuitas en los que resaltan del modo mas notable la iniquidad y la ignorancia. Hasta en la misma Roma, en un momento de obcecacion pontificia, destruye Clemente XIV aquella Sociedad que los mas ilustres y mas santos de sus predecesores en la cátedra de Pedro habian glorificado sus servicios, y honrado sus virtudes. Entre todos esos pueblos de costumbres tan diversas, en los que hay, sin embargo, una legislacion natural que es la garantía de sus derechos, ha encontrado en todos ellos la Compañía de Jesús acusadores, magnates que han decretado su expulsion, y hasta verdugos, sin que nunca les haya sido dado encontrar en tantos pueblos magistrados íntegros. Puede verdaderamente decirse que ha sido la Compañía de Jesús condenada, infamada, desterrada y diezmada, sin que haya sido nunca juzgada.

La relacion del príncipe Galitzin, obra del consejero Tourgueneff y del conde Capo d'Istria, no lleva impreso el sello de ese odio mortal que solo se ve entre hombres que pertenecen á un mismo culto. No se imputan en ella á los Jesuitas crímenes imaginarios, ni trata de darse á sus correspondencias ó escritos un sentido que no tienen; al contrario, parece invocarse en ella el pretexto mas plau-

sible para sacrificarles al triunfo de las Sociedades bíblicas y á los ensueños de union que halagaban la mente de Alejandro; guardando siempre el documento oficial los límites de una moderacion calculada. Poseia el Gobierno ruso los papeles de la Compañía, sus correspondencias con Roma y con los Jesuitas de todos los países: por lo tanto es presumible que á ser cierto lo que se quiso suponer en Petersburgo de que todos los rusos que abrazaban el Catolicismo recibian por medio de los Jesuitas un breve de la Santa Sede autorizándoles á practicar exteriormente el cisma, con tal que en su interior continuasen unidos á la Iglesia romana; y mucho mas aun lo que se suponia tambien de que obraban en poder del Gobierno moscovita las pruebas de semejante hipocresía, no habria dejado de hacerse mencion de ella en el documento oficial, ni dejado de utilizarse en aquella época, así las Sociedades bíblicas como el neocristianismo del Czar, una arma tan poderosa contra Roma.

Tenemos, sin embargo, á la vista algunas copias de esos breves que se suponen auténticas y sacadas del verdadero original; pero como el historiador debe preservarse mucho de las falsificaciones y documentos apócrifos sugeridos por el espíritu de partido; y como por otra parte estas copias han merecido por la Santa Sede y los Jesuítas la reputacion de falsas, nos abstenemos de dar á ellas ninguna fe y crédito, ínterin no obren en nuestro poder pruebas mas convincentes.

No hay duda que de la relacion aceptada por el Emperador se desprenden algunos excesos de celo católico; pero ¿podian merecer acaso estos hechos individuales, por mas demostrada que quedase su veracidad, el rigor de la pena que se impuso á toda una Órden? Solo databan aquellos hechos, segun la autoridad, de muy pocos años; ¿es acaso presumible que los Jesuitas buscaran comprometerse, precisamente cuando eran objeto de la desconfianza y odio de Galitzin, de las intrigas de las Sociedades bíblicas y de las Universidades, cuyo triunfo acababa de sancionar el Emperador?

Al recibirse el úkase que rompia para siempre los lazos existentes despues de dos siglos entre los católicos de la Rusia Blanca y la Compañía de Jesús, la consternacion fue general: todos los habitantes salian del fondo de sus cabañas con los ojos arrasados en lágrimas á fin de ver por la última vez á aquellos que llevaron con tanta frecuencia la resignacion y el consuelo á los Católicos. En todas las ciudades do existia una casa de la Órden, nombró el Gobier-

no comisiones, compuestas de un magistrado, de un eclesiástico secular y de un religioso, las cualesdebian preguntar individualmente á cada jesuita si queria renunciar al Instituto, ofreciéndole en este caso ventajas sin límites y todo el favor del poder. Solo tres ó cuatro Padres ancianos, sobre setecientos que habia, se dejaron seducir por tan brillantes promesas.

Para formarse una idea, aunque incompleta, de la constante ocupacion á que se dedicaban los Jesuitas en Rusia, no debemos admirarlos en el centro de las ciudades ni entre los niños que bendecian su nombre, por medio de un reconocimiento cuyas pruebas subsisten aun, en razon á los beneficios de la instruccion cristiana ó educacion primera que les dispensaran. No es, en verdad, allí donde aparecieron mas grandes ya por el sacrificio de los goces humanos, ya por el asiduo trabajo á que se dedicaban; donde importa dirigirles una mirada es en medio de aquellas importantes misiones que el Gobierno ruso les dió á desbrozar. Hé aquí lo que sobre ellas escribia el P. Fidel Grivel desde las riberas del Volga á uno de sus amigos de Francia en 5 de abril de 1805: «Veinte meses hace que «está encargada la Compañía de estas misiones, y se nota ya en «ellas un cambio notable. Hay cien mil católicos diseminados por «todo el país de Saratof, divididos en diez misiones, de las cuales «hay seis en la orilla izquierda, y cuatro en la derecha del Volga, «componiéndose cada una de dos, tres, cuatro ó cinco colonias ó «aldeas: la mia está en Krasnopolis sobre la orilla izquierda. Tengo «novecientos sesenta y dos comulgantes en cuatro colonias con una «hermosa iglesia de madera en cada una de ellas.

«No es esto el Japon, ni el país de los Hurones, ni tampoco el «Paraguay; es un diminutivo de la Alemania en cuanto á lo moral, «y por lo mismo ya podeis ver que no es probable que logremos en «este país la palma del martirio. Vivo aquí tan satisfecho y tran«quilo, que de buena gana pasaria entre estas colonias el resto de «mis dias.»

Carecian los Jesuitas en Rusia del atractivo del peligro y de la resistencia de los pueblos salvajes para excitarles; pero tenian en cambio la autoridad militar, que mas de una vez habia puesto á prueba su ardiente celo, aunque circunscrito este á muy estrechos límites que les era imposible salvar sin exponerse á ser considerados como verdaderos criminales. Debian los Jesuitas moderar su ambicion de civilizar por la fe, tanto por tener que luchar con los vicios

inveterados de aquellas poblaciones sin patria, y con la natural desconfianza de los griegos, como sucedió en Riga, como con las susceptibilidades protestantes que rehusaron constantemente á los Católicos un poco de aquel espacio y aire libre que para sí habian sabido tan bien conquistarse. Era la capital de la Livonia siempre la ciudad intolerante por principio, y la que mas se complacia á nombre de Lutero en oprimir la religion romana. Cada culto podia levantar su templo dentro los muros de la ciudad; solo á los Católicos les estaba prohibido el gozar de una prerogativa que con razon disputaban despues de tres siglos. Hácia el año 1802 levantaron los Católicos su voz hasta el emperador Alejandro pidiéndole algunos Jesuitas; y á consecuencia de esta peticion recibió el P. Gruber la órden de hacer pasar tres de ellos á la Livonia, siendo los designados José Kamienski, Marcinkiewicz y Puell, que llegaron á su destino el 10 de febrero de 1804. El príncipe de Wurtemberg y los magistrados moscovitas recibieron con el mayor entusiasmo á aquellos religiosos; pronto no obstante conocieron estos las secretas enemistades con que iba su ministerio á ponerles en lucha. La mayor parte de los católicos de Riga se habian dejado arrastrar por esa fiebre de disipacion que absorbe todos los grandes centros comerciales: empezaban ya á dudar los tres misioneros del resultado de su santa empresa, cuando se les presentó como auxiliar el P. José Coince en 1806.

Apenas conoció este último la posicion moral en que gemian los habitantes de Riga, empleó todos sus esfuerzos por arrancarles de ella. Por una de aquellas inexplicables corrupciones de las que no debe acusarse á ningun culto, por no ser ninguno de ellos responsable de semejantes monstruosidades, resultó que el catecismo luterano que los padres se veian obligados á poner en manos de sus hijos, no era mas que un código de ateismo y de lascivia. Entonces presentó Coince un catecismo que recibió la sancion de la autoridad; pero faltaba aun hacerlo aceptar á las familias, que era lo mas urgente y necesario, á fin de poder arrancar del vicio á aquella juventud de ambos sexos, y destruir en ella el gérmen de su precocidad al mal. No se ocultaba á Coince la extension del mal; por esto procuró conjurarlo publicando libros de moral adecuados á la inteligencia degenerada de aquellos pueblos, y creando inmediatamente diferentes escuelas. Á fin de granjearse la confianza de los padres, encargó las funciones de institutrices á algunas nobles damas francesas y alemanas, que bajo la direccion de la condesa de

Cossé-Brissac y de la baronesa de Holk, dieron á aquella especie de salas de asilo de la infancia un admirable desarrollo. De este modo coadyuvando la beneficencia de la mujer á la caridad del Jesuita, pudo triunfarse en poco tiempo de todas las prevenciones y de los malos instintos que infestaban antes la Livonia.

No se contentó Coince con hacer casta y piadosa á la generacion naciente, sino que quiso tambien hacerla libre. Leyes inícuas pesaban, hacia ya tres siglos, sobre los Católicos, á quienes habian logrado los protestantes suecos privar del derecho de ciudadanía. Para esos emancipadores del pensamiento humano son considerados los Católicos como judíos del siglo XIV, á los cuales se les negaban los privilegios de la patria y hasta el honor de morir bajo la bandera nacional. Con ánimo esforzado emprendió el Jesuita la destruccion de aquel abuso de fuerza: hallábase á la sazon el marqués de Pallucci de gobernador de Riga en nombre del Czar. Comunicóle el P. Coince su plan de rehabilitacion, que no solo adoptó Pallucci, sino que se obligó además á favorecerlo con todo el ascendiente de la alta posicion en que se veia colocado. Reunió á este fin los notables de Livonia para someterles las proposiciones que el Jesuita le inspirara, y que fueron recibidas por estos con un grito de indignacion. Acusóse á Coince de sembrar la discordia en el país y de atentar á las leyes eclesiásticas y civiles. Vista la nulidad de las amenazas é insultos hechos al Jesuita para hacerle desistir de su generoso intento, procuróse suscitarle nuevos obstáculos, que no dieron á sus autores mas apetecidos resultados. Hasta se pretendió encausarle como perturbador, dando por resultado su enjuiciamiento, un decreto del Emperador que garantia á los Católicos la libertad de creer y de orar en comun.

Tampoco habian tenido hasta entonces los Católicos el triste privilegio de hacer abrir á sus pobres ó enfermos las puertas de los hospicios públicos. Coince fue el primero que triunfó del Protestantismo, y que concibió la generosa idea de ofrecer un asilo al sufrimiento cuyo único consolador era. Aunque le faltaban todos los medios, y no tenia otro apoyo que su celo, supo aquel hombre esperar contra toda esperanza, teniendo al fin la gloria de llevar á feliz término las mar arduas empresas. Juzgó indispensable un hospital; interesó al marqués de Pallucci en sus proyectos; dirigióse á todos los demás que podian secundarle en su generosa idea; conmovió los corazones, despertó en las almas el sentimiento de la piedad;

siendo el resultado de tantos afanes la colocacion de la primera piedra de aquel edificio en 16 de julio de 1814. En 15 de agosto de 1815 consolaba ya aquella morada de la indigencia todas las miserias.

No obstante, la tempestad dirigida por las Sociedades bíblicas empezaba á amenazar de cerca á la Compañía de Jesús. El P. Coince, que era uno de los adversarios mas temibles de su sistema, fue el primero que recibió la órden de abandonar aquella nueva patria que regara tantas veces con sus sudores, fecundizando en ella sin mas apoyo que la irresistible fuerza de su voluntad tantos milagros de civilizacion. Preciso le era renunciar á sus obras favoritas tan laboriosamente empezadas, ó abjurar el Instituto de san Ignacio; pero ni el P. Coince ni sus compañeros titubearon un momento: entraron proscritos en el imperio de Rusia, volviendo á salir de él tambien proscritos. En vano se apiñaban los Católicos en su derredor, y les pedian con las lágrimas en los ojos que no les abandonasen; en vano tambien Coince y Krukowski lloraban con sus fieles: el sacrificio estaba consumado, los Jesuitas debian partir. Manifestó el pueblo su justo dolor con las mas tiernas demostraciones; tambien el Gobernador de Riga se asoció al quebranto general, como lo demuestra claramente la siguiente carta que escribió en 13 de julio de 1820 al discípulo del Instituto, y que puede ser considerada como un tierno resúmen de las obras de piedad debidas al ardiente celo de los Jesuitas.

«Mi muy reverendo Padre:

«Si no he contestado hasta el presente á la carta con que me honrásteis en 1.º de abril último, es porque conservé siempre durante «este tiempo la esperanza de ver aplazar el dia fatal de vuestra par«tida; hoy, empero, que está ya este fijado, apresúrome, mi re«verendo Padre, á preveniros que he dado las órdenes necesarias «para que se os facilite, así como á los demás Padres que parten «con vos, todo lo que podais necesitar durante el viaje. Los no«bles sentimientos de que os sentís animado hácia mí, y que me «demostrais en vuestra carta, me han recordado, reverendo Pa«dre, el vivo dolor que experimenté algunas veces por no po«der contribuir como lo hubiera deseado á todo el bien que hi«císteis y deseásteis hacer, y me han afectado sensiblemente no «solo por la pérdida que va á experimentar la comunidad católica

«y todos los habitantes de Riga en general, sino tambien por la «orfandad en que van á quedar las escuelas, el hospital, la Socie-«dad de damas seculares de la Misericordia, y todos los monumen-«tos en fin que bastarian por sí solos á atestiguar vuestro celo y «asiduos cuidados por la ciudad de Riga, si además vuestra con-«ducta y la de los demás Padres no os dieran los mayores derechos «al sincero pesar que causa vuestra separacion. Persuadido como es-«toy, reverendo Padre, de que afectará vuestro corazon vivamente el «tener que separaros del bien que habeis hecho, me apresuro á cal-«mar un tanto vuestro pesar, asegurándoos que haré todos los es-«fuerzos posibles por conservar en su estado actual todos los esta-«blecimientos de que os es deudora esta ciudad. Dirijo al cielo los «mas ardientes votos por vuestra felicidad, y solo me resta deciros «que podeis disponer de mí en cuantas ocasiones me considereis «útil, y creerme siempre un amigo á vos sinceramente unido.— «P. MARQUÉS DE PALLUCCI.»

El mismo amor hácia la humanidad se nota en todos los puntos mas míseros y apartados de la Rusia, pues en ellos es donde con preferencia van á morar los Jesuitas, y desde los cuales atienden, como madre tierna y cariñosa, á todos aquellos dolores del alma y del cuerpo, que nadie, excepto ellos, ha parecido siquiera notar. Existe en Mozdok, á orillas del Cáucaso, una colonia formada de prisioneros y de desgraciados de todos los pueblos, la cual yace en la mas estúpida ignorancia, sin pensar mas que en satisfacer sus vicios y sus odios; ni aun la misma fuerza habia podido ablandar la dureza de aquella naciente colonia. Visto por el emperador Alejandro el ningun resultado de sus esfuerzos para civilizar á aquel pueblo feroz, quiso que los Jesuitas se encargasen de una mision tan difícil, y que hiciesen la última prueba. En efecto, dirígense los Padres á aquel punto al cual su deber y su generosidad les llaman; sufren gustosos todas las persecuciones y ultrajes de que son, desde su llegada, el blanco; pero finalmente hácia el año 1810 llegan á la solucion del problema. Vencidos los colonos de Mozdok por la perseverancia de los Jesuitas, les entregan sus armas, y ya el P. Woyzevillo se lanza en el Cáucaso para anunciar á los indígenas el Dios muerto en la cruz. Levántanse nuevos obstáculos que logran contener en un principio el rápido progreso de los Jesuitas; pero pronto son vencidas todas las dificultades que tiendan á entorpecer su marcha por la paciencia y asombroso aliento de los Padres Su-

ryn y Gil Henry, apóstoles de aquellos hombres semibárbaros, que pronto se convierten en ángeles protectores de las tropas rusas acampadas en aquellas regiones, expuestas cada dia al doble azote de la peste y la guerra.

¡Cuántas inauditas privaciones y horrorosos sufrimientos estaban reservados á los Jesuitas al levantar su tienda en las ásperas montañas! Ninguno, sin embargo, retrocede á la voz de su jefe; antes al contrario, impulsados por un nuevo ardor ante la perspectiva de tantos sufrimientos, saben aceptar gustosos la vida de tribulaciones y peligros á que va á exponerles su caridad ardiente. Véase en prueba de ello la siguiente carta que escribió el P. Gil Henry desde Mozdok, el dia 29 de junio de 1814: «Acaba de publicarse «una órden para que partan los polacos inmediatamente á su patria: «si bien participo de la satisfaccion que les causa el alzamiento de «su destierro, se me oprime sin embargo el corazon al ver partir «á esos desgraciados á quienes regeneramos, por decirlo así, al «transformarlos de osos en mansos corderos. Me son tan gratos aho«ra los gastos que he hecho en estos últimos dias, como tristes me «serán aquellos dias en que no deberé privarme ya de mi pan ni de «mi comida para saciar al hambriento, ni tampoco desprenderme «de la capa, botas y medias para cubrir los miembros preciosos de los «hermanos muy amados de mi Salvador. Parecerá á la verdad fal«tarme algo, cuando me vea obligado á volverme á casa sin el *nu«meroso cortejo* que me procuraba mi permanencia entre esos des«graciados. Si algo debo sentir, es el no haber confiado lo bastante «en la Providencia, privándome mucho mas de mis alimentos y re«poso por consolar sus dolores.»

En 13 de julio de 1814 escribia el mismo Jesuita: «Ha habido en «Astrakhan una grande alarma por haberse creido que el R. P. Su«ryn habia caido en poder de los paganos: siete años há que «abrigo yo los mismos temores con respecto á nuestro superior. «¿Seria acaso una desgracia el que cayera prisionero alguno de nos«otros ejerciendo su santo ministerio? Yo creo que no; porque «aquel feliz cautiverio romperia probablemente las cadenas con que «sujeta el infierno á los montañeses. ¿Seria una desgracia el que «fuera sacrificado uno de nosotros al furor de los paganos? ¿No «enarbolamos acaso nosotros el glorioso estandarte de la Cruz, per«suadidos de que es la sangre de los mártires la semilla mas fecun«da de los Cristianos?»

El 10 de agosto de aquel mismo año, habia dejado ya el P. Henry de desear tan ardientemente el martirio. Referia las calamidades á que se veian expuestos los pobres cristianos y soldados cautivos confiados á su cuidado: hablaba luego de las nubes de langostas que talaban los campos infestando la atmósfera; y acababa describiendo la peste con todos sus horrores, y pidiendo gracia por su evangélica caridad: «Solo me resta, añadia, pedir perdon de los gastos que «he hecho. ¿Cómo obrar de otro modo? ¿Qué regla podia observar «cuando morian los enfermos por carecer de alimentos, y salian «otros del hospital sin tener siquiera camisa para cubrir sus carnes? «¿Qué hubiérais hecho en mi lugar, si hubiéseis encontrado como «yo al hijo del conde Potocki, descalzo y enteramente desnudo? «¿Podia culpárseme por haber pedido su pañuelo á la primera da«ma que se me hubiese presentado, sus botas á un cosaco, ni su «camisa á otro hombre cualquiera? Son tan frecuentes estos casos, «que ya desde Pascua estoy sin un cuarto, y no obstante debo con«tinuar gastando trescientos rublos por mes, sin haber contraido «hasta ahora, gracias á la Providencia divina, deuda alguna. To«dos estos desgraciados hubieran sucumbido al general azote, sin «que ni uno solo hubiese podido traer noticias nuestras á Polonia, «a no haberme interesado vivamente por ellos, y logrado del General «que expidiese una órden para que salieran inmediatamente todos los «polacos de Mozdok, inclusos los enfermos, que debian trasladarse «en carruajes. ¡Cuántos tristes adioses voy á recibir! Mas ¡consolado«res son en parte los que recibo cada dia de los moribundos, cuando «en el momento de espirar vuelven todavía hácia mí sus apagados «ojos, como para decirme: *¡Hasta el cielo, mi querido Padre!*»

Tales son las vastas conspiraciones en que se ocupaban los Jesuitas sin cesar. Lo que con tanta sencillez describe el P. Henry, lo confirman tambien todos los demás jesuitas dispersos por el vasto imperio de Rusia, mucho mejor que con sus escritos, con sus mismos actos. Pasan los dias y las noches ocupados en procurar pan a los hambrientos, y toda clase de socorros temporales y espirituales á los apestados. No hubo, mientras permanecieron los Jesuitas en aquella tierra de desolacion, ni una sola desgracia que no fuese consolada segun su intensidad, ó segun los medios de que podia disponerse para socorrerla. Cuando sonó mas tarde en ella la hora del destierro, escribió el P. Gil Henry al P. Grivel su última carta, concebida en estos términos:

«Diez y seis años há que vivimos en Mozdok, situado al pié del «monte Cáucaso, sin que nos haya sido permitido durante este «tiempo, á pesar de haberlo intentado repetidas veces, penetrar en «el interior del país habitado por unos bárbaros, paganos ó maho-«metanos, que consideran como una laudable accion el asesinato de «un cristiano. Sin embargo, no han sido nuestros trabajos del todo «inútiles ni para los colonos del país, ni para las tropas que pasan «por él sin cesar, yendo del mar Negro al mar Caspio y de Mozdok «á la Georgia. Desde que se vió la Rusia invadida por los franceses, «puede decirse que no hemos tenido en este país ni un momento de «reposo. El Gobierno ruso envió á estas colonias doce mil polacos «prisioneros, hombres sin fe y sin costumbres, á quienes nos hubie-«ra sido imposible morigerar á no diezmarles la peste y los rigores «del destierro; no obstante, hemos aprovechado las tristes circuns-«tancias de este doble azote para inculcarles mejores sentimientos, «y Dios ha bendecido nuestra obra.

«Tenemos en Mozdok doscientos católicos, en su mayor parte ar-«menios, que no dudo sabrian arrostrar todos los peligros y hasta la «misma muerte por su fe. Como pasan por esta muchos extranjeros «que van ó vienen de Rusia á Georgia, ó á la China, y no hay nin-«guna posada en la poblacion, hemos hecho edificar un grande hos-«picio en el que se recibe indistintamente á todos los viajeros sin re-«tribucion alguna, por todo el tiempo que nos es posible: muchos «son los ingleses á quienes hemos tenido el gusto de dar hospitali-«dad desde que existe este establecimiento. Tambien hemos hecho «construir una grande iglesia. Solo sentimos que despues de haber «trabajado tanto en bien del Estado, quiera expulsársenos de él co-«mo á todos los demás jesuitas; y lo que nos es mas doloroso aun «es, que no contentos con expulsarnos, pretenden todavía deshon-«rarnos hasta el punto de proponernos la apostasía, sin omitir pro-«mesas ni amenazas para hacérnosla abrazar. Infructuosos han sido, «no obstante, todos sus esfuerzos, por haber contestado todos uná-«nimemente, que queríamos, con la gracia de Dios, vivir y morir «en la Compañía de Jesús.»

Expulsábase á los Jesuitas del Cáucaso, en el momento en que el Asia iba á abrirles sus puertas. Los armenios, que despues de haber sacudido el yugo de los persas, pasaron á la dominacion de los rusos, mostraban la mas viva repugnancia en abrazar el cisma de los griegos; hé aquí por qué invocaban sin cesar á los misioneros

para confirmarse en su fe. Animada tambien la Persia del mismo deseo, clamaba igualmente por la Sociedad de Jesús, que le hiciera entrever un dia el emperador Napoleon. Cuando en el mes de enero de 1808 firmó el general Gardana un tratado de alianza con la Persia, queria Napoleon que se le reconociera en Asia como sucesor directo de los reyes sus predecesores, y á este fin hizo insertar sin duda en aquel tratado una cláusula verdaderamente extraordinaria. Exigia la mas decidida proteccion en favor de los Jesuitas, á quienes tendria la Francia el derecho de enviar á Persia, y esto en el momento mismo en que se veian los Jesuitas proscritos de su Imperio, y cuando no habia procedido el Papa todavía á su rehabilitacion [1]. El nombre de jesuita, como se ve, habia resonado ya á lo léjos llevando en pos de sí una significacion que se consideraban felices en admitir los orientales. Napoleon, en presencia del coronel Mazorewicz, embajador de Rusia en Teheran, procuró aceptar desde luego aquel medio de influencia.

Habíase calumniado á los discípulos de Loyola que pasaban su vida entre los hielos de la Siberia y en las montañas del Cáucaso, en medio de la miseria de los indígenas y las tristezas de los desterrados. Cuando supo el Gobierno que la determinacion de estos Padres

[1] El tratado que se firmó á la sazon entre Francia y Persia, contenia en su artículo 15 las siguientes cláusulas:

«Todos los sacerdotes que se hallarán en Persia para instruir y dirigir á los «cristianos, deberán ser honrados con toda la benevolencia de S. A. bajo la «condicion de que no se inmiscuirán los primeros en nada concerniente á la fe «musulmana, ni se permitirán ningun ataque contra esta Religion. Los clérigos, monjes y religiosos de la ley de Jesús que moren en Persia para llenar «las funciones de su culto, estarán á la sombra de la proteccion imperial, sin «poder ser vejados por nadie mientras no se separen del círculo de sus debe«res, ni hieran ó contrarien la creencia musulmana; si algun musulman, ar«menio ó europeo, se mostrase irreverente con aquellos sacerdotes, deberá el «juez del distrito, despues de averiguada la falta, castigar á su autor, á fin de «que tenga en lo sucesivo á los sacerdotes el respeto que les es debido. No po«drán oponerse los jueces á que los cristianos que habiten en el Dagestan, Tau«ricz, Kara-Bagh, Yrak, Farsistan ni en las demás provincias del Imperio, pro«fesen á los sacerdotes el mayor respeto. Nadie podrá molestar tampoco á los «armenios ni á los hijos de estos que permanezcan con los sacerdotes, sea al «objeto de instruirse, ó de servirles. Si desean los religiosos edificar una capi«lla ó templo, no solo no podrán impedírselo, sino que deberá además cedér«seles un terreno, conforme está prevenido en el artículo 2.°» (*Recopilacion de tratados de comercio y navegacion celebrados entre Francia y las Potencias extranjeras*, por el conde de Hauterive).

era tan inmutable como la de sus compañeros; Galitzin, que reconoció la necesidad de conservarlos, les propuso la última transaccion. Consistia esta en que quedarian libres de ser fieles á sus votos, y se les aceptaria como jesuitas, con tal que consintieran en dejar su hábito y su nombre. Los misioneros, empero, que tenian mas apego á su Instituto que al suplicio ó Calvario en que se habian colocado voluntariamente, Calvario ó suplicio que no debia por otra parte faltarles en cualquier parte que se dirigiesen, no quisieron aceptar aquel compromiso. Mas de un año duraron las negociaciones; cuando partieron los Jesuitas de aquellos lugares en que endulzaran tantos sufrimientos y enjugaran tantas lágrimas, fueron colmados por los gobernadores generales del pais de toda clase de atenciones y muestras de estimacion. En la Crimea, como en las orillas del Volga, y en todos los paises que habitaban, no fue menos sentida y cruel su separacion. El marqués de Pallucci deploró su partida, el general del Pozzo que mandaba en Astrakhan murió de dolor, y los cristianos del Cáucaso se expusieron hasta el punto de desobedecer la órden del Autócrata, que les privaba para siempre del consuelo de los Jesuitas. Buscáronse en Alemania y Polonia eclesiásticos para reemplazar á los Jesuitas que evangelizaban aquellas montañas; pero ni uno siquiera se presentó á consolar á los infelices caucasianos que iban á quedar sumidos de nuevo en la orfandad y la miseria.

Las Asociaciones bíblicas iban triunfando en Rusia de la Compañía de Jesús; pero no debia ser de larga duracion su victoria. Habian tomado estas Asociaciones un incremento tal en el reinado de Alejandro, que no tardó en conocer el Czar que léjos de crearse, tolerándolas, súbditos fieles, solo habia logrado imponerse dueños. El alma inquieta del Emperador, que buscaba en todas partes la verdad como un alimento necesario á sus ideas, trató al fin de cortar el vuelo de estas Sociedades, cuyos planes no eran ya para él un misterio, ni mucho menos una ilusion que halagara sus dorados sueños. Cuando, segun se dice, confesó el Emperador en los últimos instantes de su vida la divinidad y preeminencia del Catolicismo [1], legó al

[1] Este regreso á la unidad católica no viene confirmado por ningun documento oficial ni testimonio público. El carácter de Alejandro, su inclinacion por la verdad religiosa y las tristezas de sus últimos años, han contribuido, sin duda, á acreditar un rumor que hasta aquí no ha podido tener otro fundamento que la entrevista del Czar con el Príncipe abad de Hohenlohe, cuyo nombre

mismo tiempo á su sucesor el cuidado de destruir la agregacion protestante. El emperador Nicolás se mostró fiel observador de la última política de Alejandro, por lo que sufrieron las Sociedades bí-

se ha hecho tan célebre en Europa. En sus *Lichtblieken und ergebnissen*, refiere el mismo Príncipe de este modo aquella entrevista:

«S. M. el emperador Alejandro vino á Viena en el mes de setiembre de 1822: este Monarca, que habia profesado siempre una amistad sincera á la familia real de Schwarzenberg, manifestó al príncipe José de esta ilustre casa el deseo de conocerme.

«La audiencia que me señaló S. M. fue para el 21 de setiembre á las siete y media de la tarde, dia que será para siempre considerado por mí como uno de los mas notables de mi vida.

«Señor, le dije; la divina Providencia ha colocado á V. M. en uno de los pues«tos mas encumbrados de la grandeza humana; hé aquí por qué el Señor exi«girá mucho de V. M.: la responsabilidad de los reyes es grande delante de «Dios. Ha elegido á V. M. como instrumento por medio del cual queria resti«tuir la paz á las naciones europeas; y por vuestra parte, Señor, habeis cor«respondido á las miras de la Providencia, exaltando la bendicion de la cruz y «levantando con vuestra voluntad potente á la Religion del abatimiento en que «se hallaba. Considero el dia de hoy como el mas feliz de mi vida, por tener la «dicha de manifestar á V. M. el profundo respeto de que por vos, Señor, estoy «penetrado. ¡Que el Señor os tenga en su gracia y os proteja por medio de sus «santos Ángeles! Tal será el humilde voto que desde ahora dirigiré al cielo «por Vuestra Majestad.»

«Fueron estas palabras seguidas de una páusa durante la cual no cesó el Emperador de mirarme; luego se arrodilló pidiéndome la bendicion sacerdotal. Imposible me seria demostrar por medio de palabras la emocion que sentí en aquel momento solemne: hé aquí lo único que pude decirle en el desbordamiento de mi corazon:

«Solo puedo permitir que un tan gran monarca se incline de este modo de«lante de mí, porque el respeto que V. M. me demuestra no es á mí á quien «va dirigido, sino á aquel á quien sirvo, que así á vos, ó gran Príncipe, co«mo á todos nos redimió con su sangre preciosa. ¡Que el Dios trino y uno der«rame, pues, sobre V. M. el rocío de su celeste gracia! ¡Que os sirva de escu«do contra todos vuestros enemigos, que sea vuestra ayuda en todos los com«bates! Que llene su amor vuestra alma, y que la paz de Nuestro Señor Jesu«cristo esté siempre en vos.»

«No pude continuar por no permitírmelo las abundantes lágrimas que saltaban de mis ojos. Estrechóme S. M. contra su corazon; y luego conmovido yo mismo de un modo inexplicable le apreté á mi vez contra mi seno palpitante.

«Rodó luego nuestra conversacion sobre diversos acontecimientos que no me es permitido revelar por haberme impuesto sobre ellos silencio el Emperador al confiármelos. Permanecí con S. M. hasta las once menos cuarto. ¡Cuán terrible fue el dolor de mi corazon, cuando supe su muerte dos años despues! No se pasa ni un solo dia que no le tenga presente en mis oraciones al Todopoderoso.»

blicas la misma suerte ó destino que ellas prepararan al Instituto de Loyola.

Mientras que servian los Jesuitas de blanco á los herejes que se esforzaban por destruir la fe, entregábase en Roma el Instituto de Loyola, restablecido ya por el soberano pontífice Pio VII, á una grande obra interior [1], despues de haber vuelto á tomar posesion de su convento del Gesu y de su noviciado de San Andrés, en los que volvieron á entrar con el corazon lleno de gozo y de esperanza. Habian querido los Papas conservar aquella su casa primitiva en el mismo estado en que se hallaba el dia que fue arrestado el P. Ricci. Faltaba únicamente la biblioteca, que habia sido vendida en pública almoneda por órden de los comisarios de Clemente XIV: faltaba

[1] El cardenal Pacca, amigo y consejero del papa Pio VII, fue, segun se dice, uno de los príncipes del Sacro Colegio que mas influyó cerca del Pontífice para determinarle á reponer la Sociedad de Jesús, á cuya reposicion ó restitucion se oponia el cardenal Consalvi por motivos puramente políticos. En el manuscrito inédito en que refiere Pacca los acontecimientos de su último ministerio, encontramos un párrafo en el que deja toda la gloria de la iniciativa al inmortal Pio VII. Hé aquí lo que Pacca dice en él:

«Una de las primeras operaciones que deseaba hacer Pio VII, era la tan gloriosa para él, el restablecimiento de la Compañía de Jesús. En todas las conversaciones que tenia cada dia con él durante nuestro destierro á Fontainebleau, hablábamos cási siempre de los graves perjuicios causados á la Iglesia y á la sociedad civil con la supresion de esta Órden, tan justamente célebre, así en la instruccion de la juventud como en las misiones apostólicas. No podia por lo tanto dudar de que estaba próximo el dia en que serian los Jesuitas repuestos por el Papa en Roma, así como en todos los demás países, que, al ejemplo del emperador Pablo de Rusia y de Fernando IV de Nápoles, les reclamaran para sus pueblos. Llegado á Roma el 24 de mayo de 1814, agolpáronse de repente en mi imaginacion aquellas dulces conversaciones de Fontainebleau; pero insiguiendo las miras de la política humana, consideraba prematura la reposicion de los Jesuitas, y hasta imprudente y difícil en aquellas circunstancias. Como por milagro acabábamos de escapar á la tempestad formada por la secta filosófica, que rugia al solo nombre de jesuita, é ignorábamos por otra parte si las cortes extranjeras tomarian á mal el llamamiento de un Instituto que pocos años antes habia sido suprimido por todos los monarcas católicos.

«Á pesar de todos estos motivos, me determiné á últimos de junio, ó sea un mes despues de nuestro regreso á Roma, á tentar nuevamente el ánimo del Papa, á cuyo fin le dije un dia en audiencia: «Santísimo Padre, deberíamos «proseguir algun dia nuestras interrumpidas conversaciones sobre la Compañía «de Jesús,» y sin que añadiera yo otra cosa, el Papa contestó: «Podrémos res«tablecer la Compañía de Jesús en la próxima fiesta de san Ignacio.» Esta contestacion tan espontánea como inesperada de Pio VII me sorprendió en extremo llenándome de gozo y de consuelo.»

asimismo en la iglesia una estatua de plata de san Ignacio, y algunos otros objetos preciosos que adornaban el templo [1]; excepto este tributo pagado á la revolucion francesa, puede decirse que no sufrió la casa ningun cambio. Convertida en comunidad de sacerdotes, de la cual era director el sábio Marchetti, fue cási enteramente habitada por antiguos jesuitas, que vivian, morian y eran sepultados en ella. Hubo entre aquellos respetables ancianos los PP. Alberghini, Hervas, bibliotecario del Papa, Francisco de Silva, Lascaris, Jimenez y Velasco, que terminaron en ella su carrera mucho mas ilustre todavía por sus virtudes sacerdotales que por sus imponderables trabajos científicos. Todo habia sido conservado por ellos en la misma regularidad; no habian interrumpido ni una ceremonia ni una instruccion de las que antes se hicieran en la iglesia. Muzarelli fundó en ella el ejercicio ó fiesta del Mes de María, que fue mas tarde adoptada por todas la diócesis de la cristiandad.

En su tierna solicitud para el cumplimiento de sus deseos, no se ocultó á Pio VII que la ausencia del General debia ocasionar retardos inevitables, y que su permanencia en Rusia haria nacer dificultades para la ejecucion de la bula de restablecimiento. En el momento mismo en que se publicó esta bula, que fue en 27 de agosto de 1814, designó el Pontífice al P. Luis Panizzoni para reemplazar á Bzrozowski en los Estados pontificios, hasta que el General hubiese tomado otras medidas. En 21 de diciembre fue nombrado Juan Perelli provincial de Roma y vicario general. Desterrados los Jesuitas á todos los puntos del globo, habian ido refugiándose al rededor de la cátedra de san Pedro, único asilo á la sazon abierto á su infortunio. No hubo poblacion ni aldea en Romanía que no recibiese en su seno á algun Padre español, portugués ó napolitano: pronto los misioneros del Paraguay, Chile, Perú y el Brasil aumentaron considerablemente el número de aquellos desterrados. En medio de los arduos trabajos que se imponian por la salvacion de las almas ó la gloria literaria de su patria, nunca pudo borrarse en ellos el recuerdo de su antigua Compañía, de ese Belisario colectivo de la Iglesia que despues de haber salvado la cristiandad del furor del

[1] Tal fue el tratado de Tolentino, que obligó á Pio VI á aquellos despojos, por hacerle pagar Bonaparte veinte y cinco millones. Estaba Roma tan atrasada, que en lugar de hacer gravar el Papa sobre el pueblo aquel impuesto de una injusta conquista, juzgó mas prudente privar á las iglesias de sus riquezas artísticas.

Protestantismo, fue condenado por un Papa á la inaccion y á la muerte. Al saber que iba su Sociedad á ser reconstituida, solícitos los Jesuitas acudieron de todas partes á Roma: la libertad de que hasta entonces gozaran solo sirvió para hacerles apreciar mas la dicha de la obediencia.

Pocos meses habian transcurrido desde el 7 de agosto de 1814, y ya los Jesuitas ocupaban los colegios de Terni, Ferrara, Orvieto, Viterbo, Galloro, Tivoli, Urbino, Fano y Ferentino. Por un decreto de fecha 16 de octubre de 1815 les abrió Fernando III, duque de Módena, las puertas de sus Estados. La Italia, cuyas guerras de la Revolucion y del Imperio habian trastornado sus antiguas leyes y variado las costumbres, se habia conservado siempre católica á pesar de los cambios que experimentó y de los diferentes poderes que la sojuzgaron. Por esto deseó despues consagrar el principio que la ocupacion enemiga no pudo vencer en ella, por esto pidió nuevamente á los Jesuitas. Á fin de corresponder á aquella unanimidad de sentimientos, muchos jóvenes de las mas ilustres familias, á quienes sonreia un rico porvenir de esperanzas, se apresuraron á entrar en el noviciado de San Andrés, cuya casa espaciosa no pudo en breve contener á los numerosos postulantes, siendo necesario fundar en 1816 un segundo noviciado en Reggio de Módena, y otro tercer noviciado el año siguiente en Génova. Era tal la afluencia de jóvenes que se presentaban á las nuevas casas de la Compañía para ser admitidos en el número de sus profesos, que aquel celo excesivo que no pudo regularizarse en los primeros años produjo mas tarde ciertos abusos que fue preciso remediar prontamente: la confusion habia sucedido al órden. Se hacia el bien exteriormente, pero quedaba el mal oculto en el interior, por lo que nunca hubiera podido el Instituto sentarse en sus antiguas bases ni recobrar su primitiva disciplina. En una palabra, amenazábale otra vez la disolucion en el momento mismo en que acababa de verse restituido á la existencia.

Aseguraban los noviciados el porvenir, pero no satisfacian ninguna de las necesidades del presente. Era necesario terminaran los postulantes en ellos sus estudios y el tiempo de prueba, á fin de poder despues discernir en ellos la verdadera vocacion de un juvenil entusiasmo, y purificar los sentimientos que podian haberlos hecho nacer. Los ancianos, en su inesperado gozo, parecian remozar como el águila; pero pronto sucumbieron á las fatigas, que nunca puede sobrellevar por mucho tiempo el valor, si son superiores á sus fuer-

zas. Cerca cincuenta de esos venerables ancianos murieron en menos de cuatro años, legando á sus sucesores, como tradicion de familia, las antiguas costumbres y el espíritu del Instituto. Algunos de ellos, tales como Andrés, Iturriaga y Doria, dejaban un justo renombre de sábios que debia sobrevivirles, así como dejaba el Padre Luis Felici el de sus virtudes que conserva Roma con respeto. Era la virtud de Felici generalmente conocida, por haber estado siempre en contacto con el pueblo á causa de las asociaciones piadosas que habia hallado medio de fundar y sostener. En 1819 perdió la Órden de Jesús á uno de sus miembros que habia sido soberano, y que lleva en la historia el nombre de Cárlos Manuel IV, rey de Cerdeña y del Piamonte.

En medio de las crueles pruebas que el último período del siglo XVIII acumulaba sobre la cabeza de los Monarcas, estaban reservadas al jóven Cárlos Manuel, nacido en 1751, dos felicidades muy raras por cierto en la vida de un príncipe. Su educacion fue confiada al cardenal Gerdil, y tuvo por esposa á Clotilde de Francia. Habian llegado á su colmo las calamidades de Italia, cuando en 1796 subió al trono Cárlos Manuel : toda resistencia era ya absolutamente imposible; vióse obligado el nuevo Rey á partir para el destierro cási en el momento mismo de su coronacion, yendo á saludar á su paso por la Cartuja de Florencia al anciano pontífice Pio VI, que tambien como él gemia en el cautiverio. El 7 de marzo de 1802 perdió á su Clotilde amada, cuya santidad era uno de los mas hermosos florones de las coronas de Francia y Cerdeña : en 4 de junio de aquel mismo año abdicó Cárlos en favor de su hermano Víctor Manuel una diadema que solo habia ceñido para hacer mas patente el luto de su monarquía, y se retiró á Roma, donde no quiso oir hablar mas que de las cosas del cielo. El P. Pignatelli y los religiosos mas ilustres de los diferentes Institutos fueron sus únicos amigos y consejeros : cuando la Compañía de Jesús fue nuevamente constituida, demostró Cárlos Manuel el deseo de consagrarla sus últimos dias ; sus votos fueron atendidos, entrando el 11 de enero de 1815 en el noviciado de San Andrés en el Quirinal, donde vistió el hábito de la Sociedad. Mientras lo permitió su salud siguió puntualmente la regla; oraba y meditaba mientras que los demás monarcas acudian al Congreso en busca de sus reinos divididos por la espada de la Revolucion. Tranquilo y feliz en su celda, veia deslizarse apacibles sus últimos dias en medio de los novicios á quienes

amaba como un padre, y en cuyo porvenir se interesaba con el desvelo de un corazon de anciano que ha oido tronar sobre su cabeza todas las tempestades. No podia ser duradera una existencia tan dulce y sosegada; así es que solo vivió cuatro años el nuevo Jesuita en medío de los hermanos que eligiera. Entregó el alma al Criador en 7 de octubre de 1819, y, como lo habia prevenido, se le enterró con el hábito de la Compañia [1].

El 6 de diciembre de 1818 sucedió Luis Fortis al P. Perelli en su cargo de vicario general, por hallarse este debilitado por los años, y deberse en aquellas circunstancias, mas que en otra ocasion alguna, conservar el rigor de la disciplina y la unidad de gobierno. El P. Sineo fue elegido provincial, hasta que en 5 de febrero de 1820 vino la muerte de Tadeo Bzrozowski á poner término al estado excepcional en que se hallaba la Sociedad de Jesús. Designó Bzrozowski por vicario general al P. Mariano Petrucci, el cual acudió inmediatamente á Roma, nombró cuatro consultores para suplir la ausencia de los asistentes, y fijó la Congregacion general para el 4 de noviembre. Muchas eran las dificultades que se oponian á la aplicacion de las reglas que debian observarse en la eleccion de un nuevo jefe; pero el pontífice Pio VII consintió el 2 de junio en validar por la plenitud de su poder las formalidades que no permitian las circunstancias llenar, por lo que quedaron orilladas todas las dificultades. Nombraron todas las provincias los diputados que debian representarlas en la Congregacion; mientras que unos atravesaban los Alpes y otros llegaban ó habian llegado ya á la ciudad pontificia para celebrar la Congregacion, surgió un nuevo obstáculo que la aplazó por algun tiempo. Todo estaba dispuesto para la apertura de la Asamblea, cuando en 1.° de agosto el cardenal Aníbal della Genga, vicario del Papa, escribió en nombre de Pio VII, que en razon de formar los jesuitas polacos una parte muy notable de la Sociedad, no debia celebrarse sin su asistencia la Congregacion general.

No se ocultó á la penetracion de los Padres que aquella nota del cardenal della Genga debia contener un nuevo lazo. Mariano Petruc-

[1] Los ministros de Víctor Manuel, dominados por las *luces* del siglo, no se atrevieron á apreciar debidamente esta gloria de la humildad cristiana y á reconocer al jesuita en el rey Cárlos Manuel. En el mausoleo que hicieron levantar á la memoria de este Príncipe inscribieron todos sus títulos soberanos, olvidando de intento el que le fue mas caro, el de jesuita, pues que bajó voluntariamente del trono para morir con el hábito de la Compañía de Jesús.

ci, sin consultar antes á los provinciales y electores, mandó á los profesos que estaban ya en camino que suspendieran su viaje; esta conducta acabó de admirar á los Jesuitas y de afirmarles mas en sus recelos, sobre todo cuando suplicaron al Vicario general que sondeara las intenciones del Papa, y se negó este á acceder á sus deseos. Decidióse entonces Rozaven á hacer adelantar en lo posible á los profesos su marcha interrumpida por la carta de Petrucci, previniéndoles que no atendiesen en lo mas mínimo las órdenes que en contrario pudiesen recibir. Luego, acompañado de los PP. Sineo y Monzon, se presentó al cardenal della Genga, el cual le dió la seguridad de que se abriria la Congregacion á la llegada de los polacos.

Llegaron á Roma estos Padres á principios de setiembre, sin que nada pudiese ya entonces, al parecer, retardar la apertura de la Asamblea; pero el dia 6 mandó el cardenal della Genga que era necesario añadir nuevos asistentes á los que se hallaban en ejercicio, y que para orillar las dificultades que podrian nacer de la Congregacion, se nombrarian algunos comisarios; por consiguiente los cardenales della Genga y Galeffi fueron puestos á la cabeza de ellos. Tres nuevas disposiciones de della Genga del 14 del propio mes daban cada una de ellas un golpe de muerte á la Asamblea: en la primera conferia al vicario general todas las prerogativas de jefe de la Órden, y segun sus deseos, le nombraba nuevos asistentes; en la segunda declaraba que para zanjar todas las nulidades é irregularidades, deseaba el Santo Padre que della Genga y Galeffi presidieran la eleccion; la tercera de aquellas disposiciones dejó de publicarse.

Como conocian los Jesuitas el afecto que profesaba el Papa á la Sociedad, y que por lo mismo querria conservar intactas sus Constituciones, no concibieron ni la menor idea de que pudiese Su Santidad serles contrario; pero, no obstante, conocian muy bien que iban á ser víctimas de una intriga. Lo que acababa de confirmarles mas en esta opinion, era el modo de obrar de Petrucci, y las relaciones que este conservaba con los que mas contrarios se habian mostrado á la apertura de la Congregacion. Solo una medida extrema podia salvar en su concepto á la Compañía de un peligro que era tanto mayor cuanto mas desconocidas eran las causas que lo originaban; y esta medida fue adoptada. Los asistentes, los provinciales y los diputados ó comisarios en número de diez y nueve, dirigieron una peticion á Pio VII, por conducto del cardenal Consalvi, secretario de Estado, el cual era mas bien un gran diplomático, un hom-

bre de mundo, que un eclesiástico. No era partidario de los Jesuitas, á quienes consideraba como un obstáculo político en medio de las complicaciones de Europa; pero con todo supo ser justo, y negarse á secundar con su poderosa autoridad un complot que habria recaido sobre la tiara con todo el peso de una oscura trama. Aseguró á los Padres que apoyaria su súplica, y que podian desde aquel momento considerar como vencida la intriga que tanto temian.

Esta intriga, cuyo principal agente era el Vicario general, sin considerar todo el peso de su gravedad, tenia por objeto modificar las Constituciones en muchos de sus puntos mas esenciales, é inducir al Soberano Pontífice, ya fuese por descaecimiento ó disgusto, á dejar hundir el monumento que su potente diestra acababa de reedificar. La discordia que iba á estallar en el seno de la Compañía, en el momento mismo en que se trataba de la eleccion de general, debia hacer arrepentir á Pio VII de haberla protegido, ó cuando menos decidirle á no continuar dispensando su proteccion á una Órden que no sabia permanecer unida. Como era el plan tan bien combinado, no dudaban sus autores de que todo iba á salirles segun sus ambiciosas miras. Además tenian de su parte á della Genga, cuya religiosidad habian logrado sorprender, y aunque no pudiesen contar con el apoyo de Consalvi, pensaban que absorto en los cuidados del gobierno exterior, no tomaria por mucho tiempo la defensa de la Compañía de Jesús, y que los cardenales Mattei, Pacca y Galeffi tampoco podrian hacer prevalecer su amistad en pro del Instituto contra un plan tan hábilmente trazado. Solo faltaba impedir se verificara la eleccion de general, á fin de que la Santa Sede se decidiese á abandonar su obra; y á la realizacion de este proyecto se dirigieron todos los esfuerzos de los enemigos de la Compañía.

Consalvi habia prometido que la Congregacion se reuniria inmediatamente, y en efecto se dirigió el 3 de octubre á la Sociedad un rescripto pontificio en este sentido. Procura el Vicario general suspender la apertura creyéndose apoyado por el cardenal della Genga, vivamente excitado por los conspiradores que la Compañía alimenta en su seno, los cuales pretenden anonadarla ó apoderarse de ella á toda costa. Consalvi, que ya desde luego penetró su intencion, decidió á Pio VII á que mandara que fuese prefijado el dia de la apertura de la Asamblea por medio de eleccion. Como lo previera Consalvi, la mayoría decidió que debia abrirse la Congregacion el dia siguiente. Fue esta presidida por Petrucci, el cual apenas abrió la

sesion declaró, á fin de librarse de un elector tan perspicaz como Rozaven, que los diputados por Francia, Inglaterra é Italia no estaban investidos de poderes regulares, y que les invitaba por lo mismo á salir de la sala; cuya órden cumplieron inmediatamente los profesos. Las dificultades creadas por el Vicario fueron examinadas por los demás y resueltas á pluralidad de votos. Entraron los comisarios expulsados para ejercer su derecho, declarándose la Congregacion por unanimidad de sufragios, excepto el de Petrucci, legítimamente convocada y reunida.

Desconcertó esta firmeza todos los planes hostiles; el P. Pietroboni, que era uno de los principales fautores del complot, se niega á intervenir en la eleccion, y arranca á Petrucci una protesta contra la legitimidad de la Asamblea, obligándole asimismo á indicar que acudirá á un tribunal exterior. Era el peligro inminente; destituye la Congregacion por medio de un decreto solemne al Vicario general, y se excluye al dia siguiente, ó sea el 11 de octubre, á Pietroboni de la Asamblea. Protégele el cardenal della Genga, el cual no solo abraza abiertamente su causa, sino que pretende además decidir al Pontífice contra los Jesuitas; Pio VII se niega á asociar la Santa Sede á las intrigas que le ha descubierto Consalvi; continúa en el ínterin la Congregacion sus trabajos, habiendo ya celebrado el 18 de octubre, á pesar de todos los obstáculos, su vigésima asamblea. Nótase entre los Padres que la componen á Fortis, Rozaven, Billy, Cárlos Plowden, Andrés Galan, Sineo, Swietockowski, Montesisto, Vulliet, Delfa, Ramon Bzrozowski, Korsak, Landès, Monzon, Grivel, Grassi y Ganuza. Vióse nombrado aquel mismo dia Luis Fortis general de la Sociedad en el segundo escrutinio.

El P. Vicente Zauli, teólogo de la sagrada Penitenciaria, y Rozaven, Monzon y Bzrozowski fueron elegidos asistentes, José Koriski amonestador del nuevo General, y Monzon secretario de la Compañía.

Cuando se vió el poder regularmente establecido, se constituyó un tribunal para juzgar á los profesos que hubiesen ambicionado ese mismo poder ó procurado llevar el desórden en el seno del Instituto; cuyo tribunal condenó en 27 de octubre á Petrucci y Pietroboni. Sometiéronse estos á la sentencia impuesta, reconocieron su falta, contentándose los Jesuitas con su tardío arrepentimiento. No eran, sin embargo, los dos jefes aparentes del complot todavía los mas culpables: habia en el seno de la Compañía algunos jóvenes en quie-

nes no habia podido moderar la experiencia su fogosidad de carácter, espiritus turbulentos que aspiraban á reformarlo todo, y que entrados recientemente en el Instituto, pretendian trastornar las leyes establecidas en pro de sus ambiciosas miras. La Congregacion, que en vista de su culpable conducta no podia menos de juzgarlos peligrosos, ya como reformadores sin inteligencia, ya como religiosos, decidió expulsarlos.

Necesarias eran estas medidas para asegurar el reposo de la Órden de Jesús: luego de haberlas tomado se ocupó la Congregacion en dar los decretos que reclamaban mas urgencia. Por el sexto de aquellos decretos confirmó, mientras necesario fuese, las antiguas Constituciones, reglas y fórmulas del Instituto; en virtud de otro decreto repuso en toda su fuerza y vigor y explicó de nuevo el voto de pobreza, á fin de evitar los abusos que podia ocasionar la reunion de tantos Padres que por tanto tiempo habian gozado de libertad y podido disponer de su fortuna. Las ideas sobre la educacion habian experimentado en el mundo cambios tan notables, que fue necesario adoptar el *Ratio studiorum*, atendidas las necesidades y aspiraciones de la sociedad moderna. San Ignacio previó ya en su tiempo estas necesidades; por esto dejó á sus discípulos la facultad de atender á ellas. Nombróse una comision compuesta de los jesuitas mas versados en la enseñanza, siendo el resultado de sus investigaciones y profundo exámen sometido al General, el cual con la cooperacion de sus asistentes fue encargado de coordinar las mejoras propuestas.

Era de todo punto indispensable establecer con premura cierta uniformidad, á lo menos en cada provincia, á fin de evitar las tristes consecuencias que se podian seguir de la instruccion confiada hasta entonces á innovadores de arriesgadas, cuando no perversas, doctrinas. No se ocultaba á los Jesuitas que aun entre ellos habria sus diferencias y combates interiores sobre este punto fundamental. Decidióse por ultimo que se someterian á la aprobacion del General las reglas provisionales que se juzgara prudente adoptar, las cuales debian ser obligatorias á todos los maestros. Así terminó la primera Congregacion del renaciente Instituto.

CAPÍTULO II.

Llega á Gallicia el P. Landès. — El Clero y el pueblo piden el restablecimiento de los Jesuitas. — Se funda un colegio en Tarnopol. — El arzobispo Raczynski entra de nuevo en el Instituto.— Entusiasmo con que reciben los gallicianos á los Jesuitas. — El emperador Francisco II visita á los Jesuitas. — Decreto imperial librando á los Jesuitas de todas las medidas hostiles tomadas por José II — El cólera en Gallicia. — El archiduque Fernando y el arzobispo Pistek. — El P. Dunin y los estudiantes pobres. — Los Jesuitas en Styria.— El P. Loeffler en Gratz. — El archiduque Maximiliano les abre la fortaleza de Linz. —Entran en los Estados austríacos. — Política del Austria. — La libertad religiosa en Inglaterra. — Situacion de los Jesuitas y de los Vicarios apostólicos. — El colegio de Lieja. — Los Jesuitas se retiran á la Gran Bretaña. — Cédeles Tomás Weld la tierra de Stonyhurst para que moren en ella maestros y discípulos. — Nuevas disposiciones de los ánimos. — Dejan los anglicanos de demostrarse hostiles á la Compañía. — Progresos de la libertad. — El P. Plowden y el P. Lewall. — Emancipacion de los Católicos. — Bill contra los votos religiosos. — Fundan los Jesuitas algunos colegios. — Edifican diferentes iglesias. — El puseismo y las conversiones. — Los Jesuitas en Irlanda. — El P. Callaghan les sostiene. — Funda el P. Kenney el colegio de Clongowes. —Sistema de embrutecimiento puesto en obra contra los irlandeses. — Procuran los Jesuitas hacer prevalecer las ideas de religion y moral. —Secundan los esfuerzos del R. Mathews, fundador de las Sociedades de Templanza.— Los Padres en Holanda.— Sus trabajos para conservar el Instituto. — El jesuita Fonteyne y los Padres de la Fe. — El príncipe de Broglie, obispo de Gante. — Ofrece un asilo á los Jesuitas. — Carácter de Guillermo de Nassau, rey de los Países Bajos. —Sus instintos monárquicos y sus relaciones revolucionarias. —Discusion entre el Rey y los Obispos de Bélgica. — Los Jesuitas expulsados de su casa por la fuerza armada. —El príncipe de Broglie les ofrece su palacio.— Condena del Obispo de Gante. — Ejecucion del juicio. — Guillermo hace salir á los Jesuitas del palacio episcopal. — Reprimen la indignacion de los Católicos. — Emigran. — El Padre Le Maistre en Bélgica. — Los Jesuitas son el punto de vista de la oposicion católica y liberal. — Apela Guillermo á la arbitrariedad. — Resistencia á la autoridad. — Los constitucionales de Bélgica se unen con los Católicos. — Sres. de Gerlache y de Potter. — Revolucion de Bélgica. — Son los Jesuitas nuevamente llamados. — El P. José de Diesbach y el conde Sineo della Torre en Suiza. — Los Jesuitas en el Valais. — Fontanes y los Padres. — La Universidad imperial hace justicia á los Jesuitas. — Táctica de los radicales suizos contra la Compañía. — Jesuitas antiguos y modernos. — Son llamados por el gran Consejo de Friburgo. — Mision del P. Roothaan en el Valais. — Gregorio Gérard y su sistema. — El Obispo de Lausana y los Jesuitas. — El

motin contra los Jesuitas. — Fundacion del colegio de Friburgo. — Trabajos de los Padres de la Compañía.— Están en Dusseldorf, Brunswick y Dresde.— El P. Gracchi y la familia real de Sajonia. — El P. Ronsin convierte al Catolicismo al duque y la duquesa de Anhalt. — El P. Beck y los protestantes de Koeten. — Progresos de los Jesuitas en Suiza.

Continuaban, sin embargo, los Jesuitas de Rusia el camino del destierro, no obstante de haber entre ellos hombres eminentes tanto por sus virtudes como por la ciencia y los servicios que habian prestado y debian prestar aun á la Iglesia. Los PP. Billy, Roothaan, Ramon Bzrozowski, Rozaven, Landès, Richardol, Balandret, Pierling, Galicz, los dos sobrinos del célebre Poczobut, Coince, Lange, Zranicki, Asum, Dunin, Orlowski, Koriski, Suryn, Kruski, Cytowicz, Brown, Loeffler, Stibel, Korsak, Guillemaint, Nisard, Kulak, Buczynski, Markyanowicz y Parkowski estaban al frente de esta legion de proscritos. Unos se proponian pasar á Italia, otros se dirigian hácia Francia, al paso que los demás marchaban directamente á Gallicia. Pidieron estos últimos permiso para atravesar los Estados austriacos, á lo que accedió el baron de Hauer, gobernador de la provincia, mandando fuesen acogidos como apóstoles perseguidos á causa de su fe. Ocupábanse á la sazon los habitantes de Tarnopol en la fundacion de un colegio, por lo que pidieron al baron de Hauer, que hiciera pagar al Instituto la hospitalidad tan generosamente ofrecida, invitando á los Jesuitas á que se encargaran de hacer progresar el establecimiento en cuestion, lo que seria para todas las familias una prenda de seguridad. Á este fin se dirigió el Baron á Luis Ankwicz, arzobispo de Lemberg, para que le secundara en su propósito, considerando así el Prelado como el Gobernador una gracia inesperada de la Providencia el paso por sus dominios de los desterrados de Rusia. Hoffmann y Poniatowski, canónigos de la metrópoli del rito latino, y Samuel Stefanowicz, que llegó á ser despues arzobispo de la metrópoli armenia, tomaron bajo su proteccion á aquellos religiosos sin asilo, que con tanto empeño se disputaban las ciudades católicas.

Á fin de no servir, empero, por mas tiempo de carga ó gravámen á sus nuevos protectores, se puso el P. Landès en marcha para Viena con una parte del rebaño confiado á su custodia, á cuya capital llegó el 7 de junio de 1820. Si bien permitia á los Jesuitas la corte de Austria atravesar las provincias de su imperio, prohibiales, no obstante, permanecer en ellas, á menos que consintiesen en

abandonar su Órden. Los Jesuitas, que acababan de renunciar á sus bienes, sus colegios y sus misiones de Rusia por no acceder á aquel suicidio, no debian por cierto esperarse de que se les impusiese la misma condicion por el sucesor de José II, si deseaban permanecer en sus Estados. El conde de Sauran expuso en una memoria dirigida al emperador Francisco los motivos que militaban en favor de la admision de la Compañía, y en su vista le invitó el Príncipe á tratar con el P. Landès. Habia querido Francisco II conocer personalmente á los Jesuitas, y hacerse dar cuenta de sus trabajos y de sus esperanzas: así es que en una audiencia concedida á los PP. Swietockowski y Landès, les dijo: «Sé cuánto habeis sufrido por la Re«ligion, y yo, emperador católico, no debo permanecer insensible «á vuestros tormentos. Á pesar del clamoreo de aquellos que os de«testan sin conoceros, os abro las puertas de mi reino de Gallicia, «bajo las mismas condiciones con que se abrieron un dia á vuestros «antiguos Padres. Os señalaré rentas para que puedan vivir en él «cincuenta jesuitas, y si algunos de vuestros estatutos no están en «armonía con las leyes del Estado, os autorizo para que os dispon«gais á obtener la dispensa.»

En 13 de marzo de 1820 proscribia el Emperador de Rusia á los Jesuitas; al paso que el 20 de agosto de aquel propio año les ofrecia el Emperador de Austria una nueva patria. La tempestad que hacia mucho tiempo estalló en Alemania rugia todavía: la guerra hecha al principio demagógico habia despertado, por el contacto de las ideas y por el entusiasmo de los pueblos, sentimientos de independencia religiosa y de manumision en el corazon de la Germania. Era por lo tanto necesario conducir paulatinamente los ánimos hácia las realidades de la vida y á las exigencias de la situacion. Cansado Francisco II de las sacudidas violentas que habian agitado el primer período de su reinado, aspira junto con el príncipe de Metternich á calmar la Europa. Despues de tantas luchas gloriosas, llegaron á convencerse el Soberano y el Ministro, que el único medio que habia para llevar á feliz término el vasto plan que entrambos meditaban, era la educacion. Fundáronse en consecuencia dos colegios, uno en Tarnopol y otro en Lemberg, los cuales llegaron á ser en poco tiempo tan florecientes, que aumentó la poblacion de Tarnopol en mas de la mitad, y acudieron de todos los puntos de la Gallicia las familias para confiar sus hijos á los Padres del Instituto. Hasta los mismos judíos se dejaron llevar del general ejemplo; lo-

graron acallar las preocupaciones de su raza, queriendo que sus hijos fuesen educados por los hijos de san Ignacio.

Pronto el eco del bien que hacian los Jesuitas resonó por todos los ámbitos de Alemania, y sobre todo en el corazon del príncipe Raczynski, arzobispo de Gnesen y primado de Polonia, el cual antes de la supresion de 1773 habia sido miembro de la Compañía. Habia pasado su juventud ocupado en los trabajos y pruebas que deben preceder á la profesion, pronunciando luego los solemnes votos, que al fin de su carrera le hicieron abrazar de nuevo el yugo que en su juventud soportara con tanta felicidad. Solicitó y obtuvo de la Santa Sede el permiso para abdicar las dignidades de la Iglesia; y despues de algunos años que pasó en el Gesu de Roma, convertido el anciano Arzobispo en simple jesuita, tomó el camino de Gallicia. Tenian los Padres una residencia en Przemysl, que se le destinó por retiro, y en la que murió el Príncipe jesuita, mientras que Antonio Gotasza, obispo de la poblacion, sentaba los cimientos de un noviciado para la Compañía. Formábase al propio tiempo otro noviciado en Stara-Wies, á pesar de no ser, como lo indica su nombre, mas que un villorrio, y de contravenir hasta cierto punto los Padres á la voluntad del Fundador colocando allí un noviciado, por haber prescrito aquel que todas las casas consagradas á la vida interior debiesen fundarse en las ciudades. Loyola calculó, sin duda, que para llenar debidamente los Jesuitas su alta mision, no convenia acostumbrar demasiado los jóvenes á la soledad; á mas de que en este caso les hubiera sido imposible practicar lo que él les encargaba de catequizar al pueblo, visitar los hospitales y las cárceles, y ponerse en contacto con todas las necesidades y dolores. Es innegable que una aldea ó villorrio no podia ofrecer esta diversidad de ocupaciones; pero las circunstancias eran decisivas; debia accederse al ardiente deseo de las poblaciones, por lo que la necesidad triunfó de los consejos de san Ignacio.

Á los dos años de su ereccion, contaba ya el colegio de Tarnopol mas de cuatrocientos alumnos: en el mes de octubre de 1823 quiso el Emperador alentar con su presencia á maestros y discípulos, siendo recibido por el P. Pierling en aquella casa improvisada, que no tardó en improvisar una nueva poblacion al rededor de sus muros. La generacion naciente iba acostumbrándose á las ideas de trabajo y de órden; los Jesuitas, cuyo número aumentaba cada año, iban extendiendo cada dia mas el beneficio de su apostolado; el

pueblo agradecido sentia por ellos el mas profundo respeto; los Prelados les empleaban en todas las obras del ministerio, y la fama de su sabiduría y sus virtudes iba extendiéndose hasta las mismas puertas de Cracovia. Pedro Klobuszycki, arzobispo de Colocza y su antiguo hermano en el Instituto, les invitó á pasar á Hungría, á lo que accedieron siendo instalados por el príncipe de Lobkowitz y el obispo Tomás Ziegler en la antigua abadía de los Benedictinos de Tyniec. Tratóse de reformar un pueblo pobre y que estaba entregado á la embriaguez por inclinacion y por sistema: los Jesuitas, mas pobres todavía que él, se dedicaron á esta mision laudable. Véseles desafiar los rigores del invierno para distribuir á aquellos hombres groseros el pan de la palabra de vida; no omiten sacrificio alguno por lograr el fin propuesto, que por cierto raya en lo imposible, hasta que con su perseverancia increible llegan á desterrar del corazon de aquellos hombres medio salvajes un vicio que de tan arraigado en ellos debia ser considerado como una segunda naturaleza. En aquellas excursiones evangélicas fue donde murió Potrykowski, jóven noble ruso que abandonara su país por hacerse jesuita, víctima del peso de las fatigas de su penitente vida y caridad ardiente. Seguia el Gabinete de Viena con ojo atento los progresos y tendencias de la Sociedad; la contemplaba en su continua pugna con los obstáculos de toda clase que se oponian á su marcha triunfante, recogiendo admirado de boca de los gobernadores de provincia los justos elogios que hacian del Instituto. En el mes de noviembre de 1827 quiso el Emperador, en conformidad á un decreto de la Cancillería de corte, fecha del 22, dar á los Padres una prueba oficial de su régia confianza.

«En la esperanza, decia el Soberano, de que los Jesuitas admi«tidos en mi reino de Gallicia prestarán servicios útiles á la instruc«cion y educacion de la juventud, como tambien que darán socorros «temporales á los pastores encargados de la cura de almas; que pon«drán un freno saludable á la impiedad y á la corrupcion de las cos«tumbres; que sabrán hacer de sus discípulos buenos cristianos y «vasallos fieles, contribuyendo con esto á la verdadera civilizacion y «á la felicidad de mis súbditos:

«Me digno acceder á la respetuosa demanda que me han presen«tado, permitiéndoles vivir en mi reino de Gallicia, segun las Cons«tituciones de su Órden y los votos que prestaron en su Instituto.

«Por tanto les permito continuar su correspondencia con el Ge-

«neral de su Órden, sin que pueda inquietárseles por la observan-«cia de la disciplina, ni por ninguna de las demás causas referentes «al régimen interior y á sus Constituciones aprobadas por la Iglesia.

«Sin embargo, en cuanto á lo concerniente á las funciones sacer-«dotales, la celebracion de los divinos oficios, la predicacion, el «ministerio de la confesion y los socorros temporales prestados á los «pastores de las almas, deberán los Jesuitas someterse á los Obispos; «de modo que únicamente su régimen interior y el sosten de la dis-«ciplina deberán estar reservados á los superiones de la Órden, se-«gun lo previene su Instituto.

«Á fin de evitar que los religiosos de la Órden enviados fuera del «país vengan á ser extraños á la vida de comunidad, deberán pres-«társeles los socorros del santo ministerio en Gallicia conforme lo «previenen los Estatutos de la Órden, esto es, bajo la forma de mi-«siones; debiéndose entender el Padre provincial con los Ordina-«rios tanto por las personas que deberán emplearse, como por la «duracion de las misiones.

«Por lo concerniente á los estudios teológicos que se hagan en las «casas de la Órden, deberá observarse lo prevenido en mi decision «de 24 de agosto de 1827.

«En cuanto á los demás estudios, no me opongo á que sigan el «método prescrito por su Instituto, ni á que sea la direccion confia-«da á los superiores de la Órden. No obstante, los libros clásicos «que adoptarán los Jesuitas en sus escuelas deberán someterse á «la inspeccion y aprobacion de las autoridades competentes; y sus «alumnos deberán sufrir los exámenes en el modo y forma que está «prescrito en mis Estados.»

De este modo empezaba la Sociedad de Jesús á reconstituirse en Alemania, á adquirir el derecho de ciudadanía y á desarrollarse á la protectora sombra del cetro imperial. Tranquilos y apacibles transcurrieron algunos años bajo el provincialato del P. Loeffler, ó sea hasta el mes de mayo de 1831, en cuya época invadió el cólera el reino de Gallicia. Mudas de asombro quedaban las poblaciones ante aquel azote desconocido[1], reinando como era natural por todas par-

[1] Antes de los estragos que hizo el cólera-morbo en los años 1831 y 1832, no reconocia la Europa esta enfermedad como epidémica. Apareció este azote por primera vez en el mes de agosto de 1817 en una aldea del Indostan situada en un terreno pantanoso, no muy distante de las bocas del Ganges. La humedad que penetró en las oscuras habitaciones de aquel villorrio, á consecuencia

tes el espanto y el terror : los habitantes del campo se lanzaban á las ciudades para implorar socorro, al paso que los moradores de las ciudades huian al campo para evitar el contagio. La Gallicia solamente perdió mas de noventa y siete mil de sus hijos, y la activa caridad de los Jesuitas parece aumentarse á medida del terror universal que reina en todas partes : hiere de repente un nuevo golpe á los gallicianos y á los Padres. Un solo miembro de la Compañía, llamado Wiesiclewicz, destinado al servicio de los soldados á quienes atacó la enfermedad, sucumbe en medio de ellos [1]. Sostenidos los demás religiosos por su caridad y su valor, parecian estar enteramente al abrigo de la enfermedad, cuando en la noche del 3 de mayo de 1831 cayó un rayo en el colegio de Tyniec, que habia venido á ser el cuartel general de los Padres, por ser el punto desde el cual se lanzaban á ejercer sus obras de abnegacion y caridad doquiera les llamara la voz de los magistrados. Hizo el voraz incendio tan rápidos progresos, que los habitantes, testigos del desastre, comprendieron que los Jesuitas se verian obligados á buscar un asilo léjos de ellos: para evitar aquella retirada cuya sola idea sumia á los gallicianos todos en la mayor desesperacion, se ofrecieron á reconstruir el monasterio que cediera el Emperador á sus apóstoles. Habia centuplicado el cólera asimismo la miseria, y para no separarse el pueblo de los hijos de Loyola, se obliga á compartir con ellos sus insuficientes

de las lluvias que ocasionaron la avenida de algunos torrentes, fue, segun se dice, el origen de esta enfermedad. Al ver los vómitos, contracciones de nervios y demás espantosos síntomas que precedieron á la muerte del primer atacado, creyeron los indios que era un veneno. Pero se propagó tan rápidamente el azote, que ya no se dudó de que era una epidemia, siendo entonces tan general el terror, que se dispersaron los habitantes por todas partes llevando doquiera el gérmen del mal. En el espacio de seis años invadió el cólera una latitud de mil leguas sobre dos mil ochocientas de extension, causando la muerte á nueve millones de habitantes. Despues de haber recorrido la China, los imperios de Siam, de Bengala, de Persia y otros diferentes confines del Asia, se declaró en los cuerpos de tropas rusas que hacian la guerra en la Georgia, las cuales lo llevaron á Rusia, y desde allí pasó á la Gallicia.

[1] Passerat, vicario general de los Redentoristas de Austria, escribia en 2 de julio al jesuita Nisard que á la sazon se hallaba en Gallicia : «Os felicito, mi re«verendo Padre, así como á toda vuestra santa Sociedad, por la especial pro«teccion que acaba de dispensaros la Providencia durante la calamidad que «aflige vuestras comarcas y que amenaza las nuestras. Pero ¿acaso no debia el «Ángel exterminador tener ahora el mismo respeto por el cordero que llevais, «que el que tuvo en otro tiempo por la imágen de su sangre?»

recursos: no habia un momento que perder, la indigencia amenazaba, y las necesidades de toda clase iban á hacerse sentir mas vivamente que nunca. Sin embargo, los Jesuitas comprendieron que no podian abandonar á un pueblo cuyas lágrimas parecian imponerles la obligacion de sufrir como una deuda de reconocimiento hacia él; decidieron quedarse en un país herido á la vez de tantos desastres. El cúmulo de males que asediaba á aquel pobre pueblo por doquiera, fue causa de que tuvieran los Jesuitas á él mas apego.

Todas las poblaciones les vieron desafiar la muerte con faz serena para alentar ó servir á los enfermos; por esto creyó mas tarde la familia imperial, que nadie mas que ella debia recompensar tan heroicos sacrificios. Así es que el año 1833 visitó el archiduque Fernando las casas de la Compañía de Tarnopol, Stara-Wies y Sandetz, y despues de haberse declarado su protector, les dió públicamente las gracias por la caridad y ardiente celo que habian desplegado en los momentos del peligro. Para consagrar esta justicia, hizo el Emperador en 1834 aumentar de quinientos florines la renta que el Estado hacia á cada establecimiento. Francisco Pistek, arzobispo de Lemberg, y el archiduque Fernando manifestaron el deseo de fundar un nuevo colegio en la misma capital de la Gallicia; deseo que se vió inmediatamente cumplido.

Era tan popular en Alemania el nombre de los Jesuitas, como en los tiempos de Canisio, Possevino y Hofföe: en Tarnopol sobre todo supo el P. Pablo Dunin adquirirse entre los estudiantes tal celebridad, que no tardó en ser su nombre conocido y respetado de todas las familias. Este eminente varon, cuyo solo nombre será siempre una de las glorias de su patria, tuvo á menudo ocasion de observar que era la pobreza para muchos jóvenes distinguidos por sus talentos un obstáculo que les impedia continuar su carrera; por lo que se dedicó resueltamente á moderar en ellos cuanto le fuese posible el rigor de su estrella. Á fin de asegurar á aquellos jóvenes los medios de instruirse sin que debiesen ruborizarse á los ojos de los demás por una indigencia que podia humillarles, pidió él de puerta en puerta. Cuando hubo reunido las limosnas que nadie osó negar á su beneficencia, repartió secretamente el oro recogido entre los estudiantes pobres que él solo conocia, continuando esta obra piadosa, á la que debió su celebridad mas de un sábio de Alemania, hasta su muerte, acontecida el 16 de agosto de 1838.

Nacen los bienhechores á medida que los Jesuitas expenden el

beneficio: en todos los puntos do propagan ellos la virtud por medio de la educacion y la elocuencia, hacen revivir el espíritu cristiano. El conde Ladislao Tornowski, la condesa Inés Mier, el consejero de Estado Szaniawski, y los principales del reino se asocian á sus piadosas obras. Tan pronto se ve á los Jesuitas llevando el consuelo hasta el fondo de los hospitales y las cárceles, como arrostrar todos los peligros para hacer penetrar algunas ideas de moral y de arrepentimiento en el corazon de los encarcelados en las mazmorras de Lemberg. Demasiado estrechos los límites de la Gallicia para contener su ardiente celo, ábreles el Gobierno mas ancho campo en el año 1829, ofreciéndoles la Styria y los Estados austríacos. El benedictino Zaengerle, príncipe-obispo de Gratz, fue el primero que ofreció á los Jesuitas una residencia en Gleisdorf, para empezar un noviciado. Pensaba activamente este Obispo en la reforma de su clero, y como creyese que los mejores cooperadores que para lograrlo podia adquirir, los encontraria en la Compañía de Jesús, pidió al Gobierno les permitiera establecerse en Styria. Era el objeto principal del Gabinete de Viena inducir á los Padres á crear una provincia alemana enteramente distinta de la provincia de Polonia. El P. Loeffler, que aceptó este compromiso, obtuvo un decreto imperial en 22 de noviembre de 1828; y en 2 de abril del año siguiente, el P. Everardo Mayer, acompañado de dos jesuitas mas, tomó posesion del convento de Gleisdorf. Como se oponian algunos intereses particulares á aquella primera fundacion que debia reportar un interés general, no tardaron en verse los Jesuitas sin asilo, y en verse obligados, por estar en comunidad, á instalarse en una casa donde vivian numerosas familias y hasta una cantora del teatro. Esta situacion tan extraña como precaria no les desconcertó en lo mas mínimo; como tiene toda sociedad en sí una vida distinta del individuo que pasa y muere, el Instituto de san Ignacio, convencido de esta verdad, sabe admirablemente adherirse á todas las circunstancias, por mas contrarias que le sean. Hemos tenido ocasion de verlo por espacio de tres siglos en sus contiendas con los hombres de genio, de fuerza ó de accion, y de las que salió triunfante siempre su perseverancia. Creyó un Pontífice que podia dar muerte al Instituto; procuró, aunque á su pesar, descargar tan gran golpe al Catolicismo: pero por medios independientes de su voluntad salió la Compañía de Jesús triunfante del sepulcro anticipado en que la encerrara Ganganelli. Tambien en esta ocasion supo conocer la

Compañía sus altos destinos, y vencer cuantos obstáculos materiales se oponian en Alemania á su acrecentamiento.

Los Padres enviados á Styria nada pedian para sí, nada para su Órden: solo se dedicaban á soportar los sinsabores y privaciones inherentes á toda nueva fundacion que cuenta con poderosos enemigos. Nacen á cada paso nuevas dificultades, que, sin preocuparse, saben los Jesuitas dejar al tiempo el cuidado de resolverlas: vencidas ya, ni les enorgullece su triunfo, ni les desalienta una derrota. Al verles tan indiferentes sobre todo lo que no afecta la integridad de la Santa Sede ó los cimientos de la sociedad religiosa, diríase que no tienen ningun peso, ni la victoria ni los reveses, en la balanza de sus deberes; con igual sumision aceptan los Jesuitas el gozo que el dolor. Fueles imposible encontrar en Gratz una morada conveniente; no importa, sabrán instalarse en cualquier parte, aguardando resignados el dia en que esta morada se presentará. Hace durante este tiempo el P. Stœger resonar en las iglesias su palabra inspirada, y no tardan en formarse novicios entre el bullicio del mundo, y algunas veces hasta entre las delicias de los mismos teatros. Tres años transcurrieron de aquel modo, antes de que se regularizara aquel estado excepcional; entonces entraron en el noviciado, con diez y siete jóvenes de distincion, Jacobo Stopper, secretario del Príncipe-obispo, y Javier Werminger, doctor en teología: cuatro meses despues habia ya duplicado el número de los profesos.

El archiduque Maximiliano, el Vauban [1] de Alemania, profesaba á los Jesuitas un afecto tan puro y fundado, como el de que Walstein, Spinola, D. Juan, Sobieski, Condé, Turena y Villars, les habian dado en mas de una ocasion tantas pruebas. Vió en 1835 Maximiliano por sus propios ojos la posicion difícil en que se hallaban los Jesuitas nuevamente establecidos en Gratz: como estaba encargado de fortificar la ciudad de Linz, protegida ya en parte por su posicion topográfica y por el Danubio que corre á sus piés, convierte en casa de campo una de las primeras torres que hizo levantar junto al Fregenberg, uniendo á ella una hermosa iglesia gótica. Para dar á sus trabajos un carácter puramente religioso, propuso al benedictino Tomás Ziegler, obispo de Linz, ofrecer al Instituto

[1] Vauban, mariscal de Francia: fue el primer ingeniero de su tiempo, y sin duda el mejor que ha tenido la Francia. Murió en 1702.

(Nota del Traductor).

aquella casa, que por su estratagema habia venido á ser enteramente inútil á la fortificacion. El 10 de agosto de 1837 se instalaron los Jesuitas en ella; el Archiduque quiso completar su obra, concediendo á los Padres el usufructo de las tierras lindantes con el nuevo colegio, y asignándoles una renta capaz de mantener á treinta jesuitas en aquella montaña que inmortalizó su genio militar.

No habia recibido el Austria á los Jesuitas con entusiasmo, pero sí con la conviccion del bien que reportaria de su enseñanza. La experiencia de Francisco II le hizo recibir con la mayor confianza á los hijos de san Ignacio: amábales por tradicion de familia, por gratitud y sobre todo como un nuevo lazo que debia para siempre unirle con sus pueblos: este amor que no tenia, sin embargo, nada de expansivo, hizo que les obligase el Monarca á ganar á palmos el terreno que se proponian conquistar con sus prodigios de caridad, ó propagando las luces de la verdadera civilizacion hasta los puntos mas recónditos. Calculaba de antemano el Gobierno austriaco sus proyectos, y cuando los tenia ya sazonados con toda la madurez de la calma, los ponia en planta con una determinacion irrevocable: no debia dar á nadie cuenta y razon de sus actos mas que á sí mismo; ni queria que estos actos evocasen censores en la opinion pública. Todo se hacia discretamente y por medio de un trabajo invisible; pero estas formas silenciosas, y absolutas en apariencia, redundaban siempre en bien de los pueblos, cuyas justas aspiraciones eran atendidas.

Sin embargo de su natural reserva, no dejaba el Gobierno duda alguna sobre los sentimientos que abrigaba con respecto á los Padres. En cada poblacion donde hacia oir un jesuita la palabra divina, se agrupaba á la iglesia un pueblo inmenso, ávido de escucharla; los frutos de bendicion quedaban justificados por el Clero secular, el cual en todas partes saludaba la llegada de los misioneros como un especial beneficio. Tanto en el seno de sus colegios, como en medio de las ciudades y los campos, mostraban los Jesuitas ser siempre los mismos. El príncipe de Metternich, que tal vez no les acogiera con la mayor confianza por haber sido educado en la escuela de José II y de Kaunitz, y experimentara por lo mismo una repulsion secreta nacida del contacto de las prevenciones que el odio ó la impiedad supieron fomentar contra los Jesuitas, supo no obstante con su entendimiento recto y despejado discernir prontamente la verdad de la mentira con la cual quiso sorprendérsele.

Habianle pintado á los Jesuitas como unos ambiciosos que aspiraban á todos los poderes para derrocar á cuantos no quisiesen soportar el yugo del Instituto; pero el príncipe de Metternich con aquella calma investigadora que es el sello de su política, conoció que solo podian los Jesuitas ser peligrosos ú hostiles á las malas pasiones. Desde entonces les permitió, sin darles por ello muestras visibles de proteccion, así como tampoco se las dió de oposicion alguna, acudir al llamamiento de los Obispos y de todos los Católicos. Su nombre fue un eco bienhechor que despertó la fe en todas las almas; sus lecciones hicieron revivir las buenas costumbres, al paso que su amenidad hacia muy grato á la juventud su provechoso estudio; pudiendo desde entonces dedicarse con la mayor libertad á los incesantes cuidados del apostolado por medio del púlpito, la educacion y la caridad.

En 17 de octubre de 1838 confió el emperador Fernando á los Jesuitas su antiguo colegio de Innspruck, á instancias del conde de Wilczez, gobernador del Tirol y de todos los Estados de aquella provincia. Fueron tan rapidos los progresos de este colegio, que á los dos años tuvo el P. Pedro Lange, su primer rector, el gusto de ver que ascendia ya á trescientos ochenta y siete el número de sus alumnos. Sin un apoyo manifiesto por parte del Gobierno, lo que vino á ser para los Jesuitas un bien real, supieron estos en algunos años de lucha levantar su Instituto de entre las ruinas en que parecia estar para siempre sepultado. Sin pedir al Gobierno mas que el derecho de anunciar la moral del Evangelio y de compartir los dolores y angustias con los que sufrian, lograron dar á su Sociedad renaciente esa segunda vida que es tan difícil comunicar á las corporaciones. Nada fue capaz de contener ó reprimir el ardiente celo de los Jesuitas en Alemania; ni las antiguas falsedades que se reproducen sin cesar contra ellos, ni las nuevas calumnias que se sembraron para recoger odios, ni cuantos otros medios inventó el espíritu revolucionario y anticristiano para destruir de raíz una Sociedad naciente, cuya heróica resistencia acababa de exasperar su furor. Este duro combate, que continúa todavía, y en cuyas fases hay algo de tan profundamente instructivo para la Alemania, solo ha servido hasta ahora para dar á los Jesuitas mucha mayor extension y aumentar el número de sus admiradores. No es el Gobierno austriaco de aquellos que por debilidad demuestran á sus adversarios mas deferencia, de lo que demuestran estimacion ó fidelidad á sus

adeptos: bajo este poder que parece dormirse sobre su fuerza, hay cierta energía que no escapó desde el primer momento á la penetracion de los Jesuitas. Juzgaron que les era posible luchar con resultado á la sombra de semejante Gobierno, puesto que el Gabinete de Viena, el Episcopado y el pueblo les hacian un doble baluarte con su proteccion y confianza; y hé aquí por qué no se les vió retroceder ante enemigos de ninguna clase, y por qué su valor inspirado por la prudencia ha aumentado tanto su influencia. Los mismos triunfos que obtuvieron en Alemania, les aguardaban tambien en Inglaterra.

Mientras que los Tres Reinos fueron gobernados por sus príncipes legítimos, vióse al último vástago de los Tudor y al primero de los Estuardos presentarse en todas partes como los enemigos personales de la Compañía de Jesús. Ya hemos referido á nuestros lectores esta persecucion que nació con Isabel, y que ni aun se calmó en el lecho de muerte de la Reina-vírgen. Esta persecucion, siempre injusta é inhumana, vino á ser mucho mas ridícula todavía bajo el cetro que Jacobo I convirtió en férula de pedagogo. Cárlos I no supo ni proteger á sus amigos ni combatir á sus adversarios; por esto participó de todas las debilidades y desgracias inherentes á los reyes sin carácter ni voluntad: Cárlos II, su hijo, creyó que el brillo de las fiestas y el lujo y clamoreo de sus placeres egoistas apagaria la voz de los partidos extremos, voz que por otra parte procuraba sofocar por medio de la sangre. Jacobo II buscó un apoyo en la reaccion religiosa; y aunque fue el mas benigno de los tiranos, la Inglaterra castigó en su posteridad los crímenes de sus antepasados. Hízose la revolucion de 1688 al grito de: *¡Mueran los Jesuitas!* Y, sin embargo, luego que se calmó la primera fiebre revolucionaria, tuvieron los Jesuitas mas seguridad que nunca bajo la nueva dinastía.

Acababa de atravesar la Inglaterra un mar de sangre, á fin de llegar á la libertad de conciencia: obtenido su objeto, fue asaz fuerte y justa por permitir que cada uno, dentro el círculo de las leyes, pudiese disfrutar de aquel derecho á costa de tantos sacrificios adquirido. Por medio de los Padres de la Compañía de Jesús se conservó pura la fe romana en el corazon de algunas familias; y tambien, gracias á ellos, se vió propagar esa misma fe durante tres siglos, aumentando con la persecucion y multiplicándose á pesar del cadalso. Los Católicos se purificaron en el crisol del sufrimiento:

habian visto la ruina legal sentarse en el hogar de sus casas invadidas, viéndose obligados á errar por los bosques, y á ocultar sus virtudes del mismo modo que un delincuente oculta sus crímenes. Desde el mas rico propietario inglés hasta el hijo mas oscuro dela pobre Irlanda, todos podian encontrar en sus recuerdos ó en sus archivos de familia una historia de abnegacion y sacrificio por el principio cristiano; hallándose inscrito naturalmente el nombre de los Jesuitas en cada una de aquellas relaciones tan gloriosas como fúnebres. Fueron tantos los sacrificios que hizo la Compañía por preservar la fe de los Católicos de un naufragio inevitable, que nunca se creian estos al abrigo de la apostasía sino cuando podian conservar junto á sí á los misioneros, cuya voz les iniciaba constantemente en el secreto de la perseverancia.

Solo á principios del siglo XVIII, se avergonzó el Gobierno británico de que en un país tan fuertemente constituido se forzaran sin provecho alguno las conciencias, y se impusieran al indivíduo leyes que no estaban en armonía con sus sentimientos y que por lo mismo le repugnaba seguir. Entonces fue cuando perdieron el uso las leyes penales que reducian á una manada de esclavos á los fieles de los Tres Reinos, y cuando se dejó de perseguir á los Jesuitas como si fueran malhechores públicos. Si la fe no hubiese estado tan profundamente arraigada en el corazon de la Gran Bretaña, esta hábil tolerancia despues de semejantes conmociones políticas habria dado de seguro un golpe mortal al Catolicismo. Pero no fue por fortuna así: el bienestar habria podido engendrar la apatía, si los Padres del Instituto con un celo lleno de prudencia y actividad no se hubiesen aprovechado de la calma y tranquilidad que se les concedia para conservar y aumentar en las almas el amor á los deberes religiosos.

Hasta entonces no habian tenido hospitalidad fija; su subsistencia de todos los dias no estaba mas asegurada que su sueño durante las noches, por quedar uno y otro á merced del piadoso reconocimiento de los Católicos. Vivian los Jesuitas en retiros seguros de donde no salian sino para bendecir y reanimar; solo desde el dia en que no fue la libertad una mentira, comprendieron que con la marcha de las ideas y el progreso inaugurado en el espíritu nacional, no debian ya temer aquellos injustos rigores que pesaran sobre ellos en los siglos transcurridos. Sin incurrir en la vindicta de las leyes, podian declararse libremente afectos á la Santa Sede, por lo que em-

pezaron ya á crearse así domicilios fijos en los que vivieron secretamente al principio, hasta que acabaron por vivir en ellos en comunidad.

Tales fueron en su orígen las misiones de Liverpool, de Bristol, Preston, Norwich y otras muchas ciudades. Estaba aneja á la casa en que vivian una pequeña iglesia ó capilla, en la que sin excitar los fieles el menor rumor, tenian la libertad de orar. En este estado vivian los Jesuitas sin que nada turbase su quietud, cuando vino á suprimir la Compañía el breve de Clemente XIV. Un Soberano Pontífice inmolaba el Instituto á los enemigos de la Iglesia; no quedaba mas recurso á los Padres que someterse y gemir. Era muy difícil, por no decir materialmente imposible, el reemplazarles en la Gran Bretaña; los vicarios apostólicos, que mas de una vez habian tenido sus diferencias con ellos sobre puntos de jurisdiccion, se vieron obligados á permitirles el ejercicio del ministerio en sus residencias. Los Jesuitas habian dejado ya de existir de hecho y de derecho, y sin embargo los Católicos no quieren en cuanto les es posible asociarse al suicidio que inspiró el temor á Ganganelli. Los colegios en que eran sus hijos educados, tales como San Omer, Bruges y Gante, caen al golpe del breve *Dominus ac Redemptor*: mas feliz la casa que los Jesuitas fundaron en Lieja, sobrevive á la destruccion de la Órden: alentado el P. Howard por el Príncipe-obispo, puede continuar en ella el bien de que le dieron sus predecesores ejemplos.

Segun la opinion de los Católicos, debia ser aquel colegio un semillero de operarios apostólicos destinados á suceder á los Jesuitas: cuando Pio VI tomó el propio colegio bajo su proteccion y la de la Santa Sede, no ocultó en el decreto ser su intencion la de hacer de aquellos nuevos sacerdotes, *los continuadores y el sosten de la mision primitiva;* la Revolucion francesa hizo fracasar su plan. Su primer cuidado, al caer como un torrente devastador sobre la Bélgica, fue destruir el colegio, expulsando al propio tiempo á maestros y discípulos; ¡ tales han sido siempre en todas partes las hazañas de la revolucion ! Iban á quedar nuevamente aquellos pobres Padres sin esperanza ni asilo para desenvolver el Catolicismo en la Gran Bretaña, cuando un noble y rico inglés, Tomás Weld, se compadeció de las desgracias que pesaban sobre sus correligionarios perseguidos. Acababa de cerrarse el continente á los antiguos Jesuitas, que no renunciaron á formar un clero indígena que les reemplazara en

su patria, cuando les abrió Tomas Weld las puertas de Inglaterra. Esta noble familia, cuyo nombre va siempre unido á todos los grandes infortunios, y que despues de haber recibido á los Jesuitas proscritos, debia treinta y siete años mas tarde poner su antiguo castillo de Lulworth á disposicion de Cárlos X desterrado de Francia, poseia una tierra en el Lancashire, á la que se daba el nombre de Stonyhurst.

Tomás Weld consagró aquellas tierras á los despojos de la Sociedad de Jesús y á los discípulos que les siguieron en su destierro. Apenas instalados en aquel punto tan grato á la Religion, se dedicaron sin descanso los hijos de Loyola, ya que no podian renovarse, á llenar los vacíos que dejaba cada dia la muerte en sus filas. Formaron desde luego sacerdotes virtuosos é ilustrados, jóvenes del país que reanimaron el aliento y la fe en el corazon de sus familias con el ejemplo que no hacian mas que transmitir por haberlo recibido ellos mismos de los Jesuitas. Léjos de condenarse los Padres del Instituto suprimido al silencio y á la inaccion por haber herido Clemente XIV de esterilidad su árbol frondoso, sintieron en sí mismos un principio de vida nacido de los grandes hechos que la misma Sociedad consumara, que les alentó para continuar en la gloriosa carrera que les trazaron sus antecesores. Á pesar de ver á la mayor parte de sus hermanos dispersos, no dudaron ni un solo instante, de que nuevos acontecimientos, inmensos desastres y maduras reflexiones induciran tarde ó temprano á la Santa Sede á revocar el breve de Ganganelli. Contribuia en gran manera á alimentar esta dulce esperanza lo que aconteció en Prusia y Rusia, la maravillosa conservacion de la Órden de san Ignacio, y sobre todo las disposiciones de que se sentia animado en su favor el pontífice Pio VI. Los Jesuitas de la Gran Bretaña, que desde el año 1786 no debieron luchar ya con el Gobierno, y que, excepto el breve que pesaba sobre ellos, se veian en la misma posicion que antes, suplicaron al Vicario general que les incorporara á la Sociedad renaciente. Pero como era absolutamente imposible verificarlo sin contravenir á las disposiciones del Papa, indicó el Vicario general á los Padres de la antigua provincia británica que era indispensable renunciar á su proyecto. Cuando en el año 1800 hubo autorizado Pio VII públicamente la existencia de los Jesuitas en Rusia, reiteraron los ingleses su demanda: como se habian vencido ya á la sazon los mas grandes obstáculos, solicitó Gruber de la Santa Sede el derecho de agregar al

Instituto á todos aquellos que desearan morir en él, despues de haber consagrado su vida al triunfo de la Iglesia. Accedió el Soberano Pontífice á su peticion, encargando al P. William Strickland que elevara al grado de profeso al P. Marmaduch-Stone, rector del nuevo colegio inglés, y que lo nombrase despues provincial, como en efecto así se verificó el 22 de mayo de 1803.

Apenas se divulgó en Inglaterra la noticia de la rehabilitacion de la Órden, cuando se vió acudir á Stonyhurst á todos los antiguos jesuitas, felices por poder abrazar nuevamente el yugo de las reglas de san Ignacio. Distinguiéronse entre los mas diligentes, los PP. Tomás Stanley, Pedro O'Brien, Lawson, Jenkins, Eduardo Church y José Recve, cuyos nombres fueron tan caros á los Católicos, como preciosos para la juventud. Cárlos y Roberto Plowden, Tomás Recve, Lewis, Jacobo Leslie, Eduardo Howard, Prise, Johnson y cierto número de jóvenes sacerdotes vinieron á reforzar la cohorte que solícita se reunia al primer llamamiento. La Compañía, que puede decirse salia del sepulcro, debia perpetuarse. Hallábanse á la sazon los Tres Reinos empeñados en una terrible lucha con Napoleon: la sangre y los tesoros del país se prodigaban en los campos de batalla y en las intrigas diplomáticas: patriotismo y ambicion, odio y egoismo, hé aquí las únicas causas que habian producido aquella guerra cruel de imperio á imperio. La Inglaterra, aunque desmembrada por tantos sacrificios, parecia encontrar nuevas fuerzas en el peligro que la amenazaba. Pitt no tenia ni el tiempo ni la voluntad necesarios para oponerse á la rehabilitacion del Instituto. La Inglaterra, que se mostró indiferente á la muerte de la Compañía, se creyó entonces asaz poderosa para ocuparse de su resurreccion. Todas las miradas se fijaron en el continente; y como vieran los Jesuitas que en todas partes se les dispensaba en él proteccion, se decidieron á crear tambien un noviciado en Inglaterra.

Solo les faltaba para ello una casa y un jardin, que les procuró la generosidad de Tomás Weld. Encargóse al P. Cárlos Plowden la direccion del establecimiento: Tomás Weld, que hasta entonces no habia ofrecido á los Jesuitas mas que lo supérfluo de su fortuna, hizo mas, cedió su hijo á la Compañía. Con aquel jóven entraron en el noviciado Gualter, Clifford y Tomás Tate: con semejantes condiciones de existencia, fué propagándose rápidamente el Instituto, hasta que surgió un obstáculo de la autoridad misma que debia contribuir á su propagacion.

Ocurrieron en diferentes ocasiones sérios conflictos entre los misioneros y algunos vicarios apostólicos; conflictos en que se vieron mezclados los Jesuitas mas bien por las necesidades de la causa católica que por su espíritu de dominacion. Los derechos de unos y otros no habian sido bien definidos ó comprendidos, y esta fue la única causa por que en la administracion de la Iglesia de Inglaterra ocurrieron de vez en cuando ciertas diferencias que comprometieron sériamente lo presente y lo por venir. Era de esperar que despues de la posicion creada á los discípulos de san Ignacio, léjos de despertarse aquellas rivalidades y debates, trabajaria cada cual en la esfera de su poder en favor de la obra comun; pero no fue desgraciadamente así. El nombre de los Jesuitas era popular entre los Católicos de los Tres Reinos, y no podia menos de ser así cuando su sangre se habia mezclado en los cadalsos con la sangre de sus abuelos: los Jesuitas habian habitado y sufrido en su mismo techo; ¿qué extraño, pues, que fueran los dueños de las generaciones pasadas y de la nueva generacion? Ese doble lazo tantas veces estrechado por el hacha del verdugo debia necesariamente establecer entre los Católicos y la Órden de Loyola una intimidad sancionada por el tiempo, por los servicios y por el reconocimiento. Nunca habia sido la autoridad del vicario apostólico disputada; pero transitoria en las personas, quedaba por esto solo expuesta á continuas luchas de amor propio que debian redundar siempre en su grave perjuicio. Algunos de los legados apostólicos se habian exasperado por aquella posicion precaria; procurando, como Ricardo Schmitt, debilitar el prestigio de que, á su pesar, se veian los Jesuitas rodeados; pero siempre en estos casos fue funesta al Catolicismo la accion del vicario apostólico, y solo sirvió para realzar mas al Instituto. Tuvieron los Jesuitas contrarios muy decididos en algunos de estos prelados; si bien hubo otros que, á ejemplo del ilustre Milner, se identificaron completamente con ellos.

No deben ya temerse semejantes conflictos en la situacion actual, porque todo en Inglaterra se hace al presente bajo el nivel de la publicidad. Estará, sin duda, expuesta esta publicidad á muchos errores y hasta fraudes, como lo está toda libertad que vive del monopolio; pero la prensa inglesa, hasta entonces tan hostil á los Jesuitas y tan intolerante, pareció al fin, desde el año 1810, estar animada de mas equitativos sentimientos. Eran aquellos tiempos de intrigas políticas, las cuales debian mas tarde multiplicarse hasta el

punto de absorberlo todo. En aquel movimiento general de pasiones y de ideas que á principios del presente siglo conmovieron la Europa, no puede á la verdad decirse que se inmiscuyeran los Jesuitas en ninguno de los acontecimientos que tuvieron lugar. Mientras los ingleses no vieron á la Compañía libre de su accion y obrando á la luz del dia, no cesaron de dirigir contra ella los mas rudos ataques é injustas imputaciones; mas desde el momento en que se permitió á los Padres del Instituto orar, evangelizar é instruir, sin deber dar cuenta de sus actos mas que á la ley, dejó de acusárseles de que conspiraban, y hasta las sectas que les eran mas hostiles cejaron en su injusta persecucion. Habíase procurado hasta entonces desfigurar la historia de los discípulos de san Ignacio, á fin de que aparecieran igualmente culpables en todos los puntos del globo. La Francia constitucional, la España liberal, la Italia, la Alemania, la Suiza y la Bélgica revolucionarias debian lanzar contra los Jesuitas un prolongado grito de maldicion, y en el país mas opuesto á las tendencias católicas estaba condenado aquel grito ó rugido á quedar sin eco.

Es que los ingleses, con el buen sentido que les distingue, no tardaron en comprender que una guerra eterna hecha á aquellos hombres inocentes de todos los crímenes que se les imputaban, debia necesariamente originar una guerra no menos cruel á las sanas ideas que ellos profesaban. Colocándose los ingleses al frente de la civilizacion europea, no quisieron hacer sufrir semejante derrota á su orgullo nacional: aceptaron, pues, á los Jesuitas, convencidos de que puesto que reclamaban para sus actos la luz del dia, fácil les seria en caso necesario encontrarlos en la sombra. Los Jesuitas, pudiendo obrar libremente, no permanecieron en la sombra, ni el Gabinete inglés ni la prensa inventaron nunca pretextos para perseguirlos, porque ya sabian de antemano que no estaban envueltos en ella.

La posicion que acabamos de describir, y que ambos partidos conservaron desde 1810 hasta 1845, no estaba todavía enteramente despejada, cuando los vicarios apostólicos trataron de sacar á la Sociedad del laberinto en que se hallaba. Las meticulosas precauciones que á veces inspira el temor á los hombres mejor intencionados, obligaban á algunos delegados de la Santa Sede á negarse a reconocer como jesuitas á los sacerdotes que el mismo Pio VII excitaba á proclamarse tales. Cuando el Soberano Pontífice con su bu-

la *Sollicitudo omnium ecclesiarum* de 7 de agosto de 1814 hubo vencido las dificultades, se aferraron estos mismos delegados á una quimera que se les hizo acariciar como una realidad: se imaginaron que la presencia de los Jesuitas en el seno de los Tres Reinos despertaria el antiguo fuego de la discordia, y que ya el poder se aprestaba a suscitar contra los Católicos nuevas persecuciones. Nada de esto habia ni podia suceder; pero aquellas hostilidades y temores dividian el partido y solo tendian á debilitarlo mas, porque era en efecto triste y demasiado cierto que no podia crecer ni aun subsistir aquella fraccion de la unidad católica mientras conservara en su seno la guerra intestina. Para hacerla, pues, cesar, se sometieron los Jesuitas á todas las condiciones, sin dar á conocer en lo mas mínimo su importancia, á pesar de comprender que eran enteramente necesarios.

No pudieron, sin embargo, aquellas diferencias atenuar su ardiente celo. Tomás Weld, el bienhechor del Instituto, espiró santamente en el colegio que habia fundado en 30 de julio de 1810, dia de la fiesta de san Ignacio. Cada año aumentaba el número de los alumnos de esta casa; cada año iban los Jesuitas tambien ganando terreno, pero siempre sin rumor y con la mayor circunspeccion, sofocando el triunfo de hoy con la esperanza del de mañana, sin dar nunca un paso sin prever las consecuencias. En 1817 fue nombrado el P. Grivel visitador de la provincia por Bzrozowski, sin que debiera hacer mas que aprobar lo que ya estaba hecho y los planes en via de ejecucion; nombró á su vez provincial al P. Cárlos Plowden, el cual murió el año 1820, reemplazándole en el provincialato Nicolás Lewall. Seis años despues el P. Brooke fue llamado á suceder á Lewall.

Notables cambios se introdujeron, empero, durante este intervalo en la legislacion inglesa: los Católicos, tolerados hasta entonces, habian reivindicado sus derechos de hombres libres y de ciudadanía, lo que era una reparacion de pasadas iniquidades, la consagracion de un gran principio. Los oradores del Parlamento, al frente de los cuales brillaban Jorge Canning y lord Grey, sostuvieron la justicia de las peticiones á este fin presentadas por los Católicos; y á pesar de que aquellas peticiones herian en lo mas vivo á la Iglesia anglicana, tuvo que accederse á ellas por la razon de Estado y por la razon pública. La emancipacion por tanto tiempo aplazada, por tanto tiempo discutida, fue últimamente tomada por lo sério, y poco

despues admitida como ley del reino. Pero en 1829, cuando estaban aquellas famosas discusiones en su mayor efervescencia, se promulgó un bill que en todas sus partes tendia á dejar sin efecto la ley de emancipacion. Prohibíase á todos los súbditos británicos pronunciar votos religiosos en Inglaterra, ó venir á fijarse en ella despues de haberlos pronunciado en otros países, imponiéndose la pena de destierro á los contraventores. No se ocultó á los Jesuitas que semejante ley era expresamente dirigida contra ellos; pero no hicieron gran caso de ella, por considerarla efecto de las pasiones excitadas por el bill de emancipacion, que habia venido á ser el último parapeto de la ciega cólera del Protestantismo.

Debian demostrar los Jesuitas, como así fue, que libres ó esclavos, nada les obligaria á lanzarse á la arena de las intrigas, manifestando así que tan puntualmente cumplian sus deberes de sacerdotes y de jesuitas en los tiempos de persecucion, como en los tiempos en que se les protegia. Permanecieron por lo tanto mudos y firmes en el puesto confiado á su vigilancia: en aquel mismo puesto tan fielmente guardado, que gracias á sus cuidados, se levantaron en él once iglesias desde el año 1826 al de 1835. Entonces fue cuando empezó aquel movimiento consolador hácia el Catolicismo, que ha ido progresando con tal rapidez, que es enteramente imposible calcular sus inmensos resultados. En presencia de la idea católica que nada ha perdido de su primitiva sávia, no se conmueve ni alarma la Gran Bretaña en lo mas mínimo: ve á los Jesuitas que fundan colegios y hacen edificar iglesias en la misma capital de los Tres Reinos; sondea el grado de fervor que anima al Puseismo [1]; oye á

[1] Designa el Puseismo el sistema moderno de teología anglicana que ha venido á ser tan célebre de algunos años á esta parte: es una escuela de sábios distinguidos, cási todos profesores ó discípulos de la universidad de Oxford. Deriva su nombre del doctor Pusey, y lo recibió en 1833, desde cuya época han sido ciertos proyectos concernientes á la reforma de la Iglesia establecida vivamente agitados en la prensa británica. Ya no eran vanas declamaciones sobre el esplendor y opulencia del Clero, ni soñadas teorías que los charlatanes religiosos ó políticos inventan para levantar un pedestal á su vanidad, siempre sedienta de elogios que se ven sin cesar obligados á tributarse á sí mismos; sino que eran por el contrario planes ó proyectos sérios, discutidos por los partidarios mas ardientes, ó por ciertos miembros de la Iglesia anglicana: aspiraban nada menos que á modificar las constituciones, la liturgia y las fórmulas. Los que hablaban de esta manera, tampoco estaban acordes sobre todos los puntos; empezó á reinar entre ellos una sorda discordia, de la que nació el Puseismo. Poco numerosa aun la nueva escuela en 1833, empezó á publicar los tratados

los catedráticos mas distinguidos de sus universidades proclamar sus dudas anglicanas, ó poner su nueva creencia bajo la égida de la Santa Sede, única autoridad inmutable que hay sobre la tierra. Como el Gobierno británico sentó las premisas del principio de li-

sobre los tiempos presentes, *Tracts fort the times*, y otros escritos polémicos, destinados unos á la defensa del Anglicanismo, y dirigidos otros contra Roma y los protestantes disidentes. El *British critic*, revista trimestral, vino á ser el órgano de esta secta que, al revés de todas las demás, buscaba la luz de la verdad con el mayor entusiasmo y buena fe.

El doctor Hambden, que en 1836 fue nombrado por el gabinete de San James catedrático de teología de Oxford, fue censurado por el consejo universitario, el cual acusó de racionalistas los anteriores escritos del Doctor. Al frente de la oposicion que su sistema levantó en Oxford, veíase á Pusey, Vaughan, Thomas y Newman: publicó entonces Pusey una obra notable en defensa de aquellas ideas, lo que contribuyó á que se diera su nombre al partido que con tanto calor defendia.

No se proponian al principio los jefes del Puseismo otro objeto que el de sostener y reconstituir el Anglicanismo; puesto que, segun los *Tracts* y sus demás escritos polémicos ó dogmáticos, partian los Puseistas del principio de que eran los antiguos reformadores hombres de tendencias sin fe ni vigor, al paso que ellos se esforzarian por el contrario en ser exactos observadores del dogma y de la disciplina. Hé aquí lo que con este motivo decian á los Anglicanos: «Conservad el símbolo de Atanasio y todas las reglas del bautismo: no os dejeis engañar por el espíritu del siglo: ni en la dicha ni en la adversidad no puede nunca transigir el hombre con sus obligaciones: no olvideis los deberes que contrajísteis para con la Iglesia en el momento de operarse vuestra regeneracion en Jesucristo por medio del santo Bautismo. Nunca debe la Iglesia depender del Estado, pero su alianza será siempre un señalado honor para el Estado. Alzad la disciplina de la desuetud en que yace; iluminad vuestra inteligencia con el recuerdo de las virtudes que nuestra Iglesia ha por desgracia descuidado tanto, pero que nunca ha llegado á perder; observad los dias de abstinencia y las fiestas de los Santos; someteos á las rúbricas; conservad abiertos los templos, y nuestra Iglesia aparecerá tal cual es y debe ser, pura, apostólica y rechazando las corrupciones doctrinales, así como las prácticas supersticiosas si no idolátricas de Roma, su hermana infortunada; prácticas claramente reprobadas por la antigüedad, cuyo testimonio evocamos con el mayor respeto.»

Tales fueron las doctrinas primitivas de los Puseistas. Luego empezaron por estudiar el Cristianismo y el estado constitutivo de la unidad católica, no en los teólogos protestantes de los tres últimos siglos, sino en los santos Padres, tradicion viva del apostolado. El ardor del Puseismo igualaba su ciencia y su candor: es verdad que habia atacado muchas veces con violencia la Silla de Pedro en sus primeros *Tracts;* pero era mucho menos para inculcar las verdades católicas consideradas en sí mismas, que para vivificar el sistema anglicano tal cual era comprendido por esta escuela. Aunque emprendida su tarea con fines no muy laudables, el estudio de las antigüedades eclesiásticas produjo en ellos

bertad, debe necesariamente adoptar todas las consecuencias que se le pueden seguir de aquel primer paso. Los Jesuitas son ciudadanos ingleses, y por este título que llevan con orgullo les es permitido enseñar á la juventud, derramar á torrentes la luz de su fe, y guiar

descubrimientos enteramente inesperados. La naturaleza misma de la polémica entablada por los Puseistas les obligó á poner de manifiesto ciertas doctrinas y actos cuya santidad no podian negar, bien que esos actos y doctrinas perteneciesen exclusivamente á la Iglesia romana. En sus espíritus reflexivos y apasionados por la verdad, dieron por resultado semejantes descubrimientos, templar su amargura y modificar sus ideas. Los primeros discípulos del Puseismo, como acontece siempre, malavenidos con la fórmula original, empezaban ya á llevar mas léjos sus investigaciones: se les habia encargado el estudio de la antigüedad, y jóvenes y sinceros se habian dedicado á él concienzudamente. La famosa cuestion de *A Roma potest aliquid boni esse?* les habia sido propuesta, por lo que se lanzaron en alas de su fogosa imaginacion en busca de razones mas concluyentes que las que habian dado hasta entonces en las cátedras los antiguos universitarios, fundados en su impotente lógica; dando por resultado sus investigaciones y profundos estudios conducir al Catolicismo á los doctores Sibthorp, Grant, Seager y muchos otros. Pusey y Newman buscaban tambien la verdad en el mismo centro del Anglicanismo con un ardor enteramente juvenil, dando cada dia grandes pasos en favor de la fe católica, apostólica, romana. En 1843 reconocia ya Pusey el dogma de la transustanciacion tal como lo proclama la Iglesia; y en un sermon que hizo ante la universidad de Oxford en la catedral del Cristo, léjos de ocultarla, desenvolvió públicamente esta idea. Su discurso era una revolucion, y por esto se le censuró el fondo y la forma. Fulminóse la interdiccion universitaria contra el animoso orador: pero su discurso, impreso bajo el título de *La santa Eucaristía, confortacion del penitente*, obtuvo tal publicidad que se vendieron en pocos dias trescientos mil ejemplares. Durante este tiempo renunciaba el Dr. Newman el curato de Santa María de Oxford para poder entregarse mas libremente al estudio y á la práctica de la vida ascética: hasta llegó a retractarse de los asertos que desde 1833 á 1837 podia haber aventurado contra la Iglesia católica; hé aquí lo que en su vista dijo el *Statesman*, periódico protestante de Lóndres: «Esto es «un acontecimiento grave en la crísis de que somos testigos.» El año 1845, Newman y un gran número de sus amigos acabaron de completar la gravedad de aquel acontecimiento, entrando en el seno de la unidad.

Arrastrados los Puseistas, á su pesar, por la evidencia hácia la fe romana, pretendian no obstante que nunca irian á parar al Romanismo, aunque abrazaban ya de hecho una gran parte de sus dogmas y hasta de sus prácticas, y de que volvian espontáneamente un gran número de sus discípulos al Catolicismo. Desde el mes de abril de 1841 se habia suspendido la publicacion de los *Tracts*: pero no por ello faltaban á este partido los medios de propagacion, partido que era ya dominante en muchas universidades ó seminarios, y que iba cada dia extendiéndose por América y hasta en las mismas Indias. El *British critic* continuaba su obra trimestral, si bien renunciando insensiblemente á sus ataques contra Roma, y haciendo pesar sus sábias hostilidades sobre los reformadores

á los hombres por la senda que cada cual tiene el privilegio de trazarse. Así fue que los herejes de la Gran Bretaña, al igual de los de Alemania y Francia, se mostraron mas tolerantes con respecto al Catolicismo, su natural enemigo, de lo que lo fueron los hombres nacidos en el seno de la Iglesia romana que aspiraban á matarla con

del siglo XVI. Á pesar de ser anglicanos todos los redactores de esta revista, no podian menos de juzgar en su alta razon con implacable equidad á todos los hombres que secundaron a Lutero, Calvino y Enrique VIII en su separacion de la Santa Sede.

Esta escuela, cuya actitud pacíficamente progresiva destruia hasta en sus cimientos al Anglicanismo, no tenia mas norte que la verdad: ejercia por otra parte una grande influencia á causa de la extension de sus relaciones y de su literatura, por lo que formó en poco tiempo un gran número de prosélitos, no obstante de ser manifiestos los fines que se proponia, y los medios que para obtenerlos empleaba. Á los hombres instruidos les consagraba algunos tratados de erudicion originales ó reimpresos; á los lectores ordinarios les dedicaba escritos mas sencillos; á los pobres y á los operarios, hechos y disertaciones que estuviesen á su alcance; y finalmente á los niños, cuentos familiares que pudiesen halagar su imaginacion. Si bien no habia en todo esto un pensamiento idéntico ni un sistema regular, se reconocia en ello un fin que manifestaba evidentemente el imperio que ejercian las nuevas doctrinas propagadas por el Puseismo en las creencias inglesas. Tenia sus prosélitos en el Parlamento, en la magistratura; y sobre todo eran muy numerosos sus partidarios en la clase media. Trató de ponerse bajo el pié de igualdad fraternal con los católicos del continente; algunas veces presentó el Puseismo á la Iglesia universal dividida en tres ramas, á saber, griega, romana y anglicana; luego se meció en la esperanza de que existia una comunion invisible sancionada por el Espíritu Santo.

¡Extraña condicion! á aquella benevolencia para los católicos del continente, se unia en algunos puseistas cierta antipatía para con los católicos ingleses. Tampoco podian ver los Puseistas sin dolor que entrasen sus hermanos en el regazo de la unidad; cuando el Dr. Newman y sus principales discípulos dieron en 1845 este último paso, ni aun el mismo Pusey pudo abstenerse de manifestar públicamente su disgusto. Cualquiera creeria que esta nueva escuela habia abrigado la esperanza de que un dia seria seguida por los fieles de los Tres Reinos; hasta se dice que mas de una vez han sido hechas por los Puseistas ciertas insinuaciones en este sentido. Los Católicos, sin embargo, permanecieron inmutables; al contrario muchos puseistas, atraidos por la verdad, no tardaron en renunciar á las soñadas teorías que antes les cautivaran. Buscaban la verdad en todo; la Iglesia romana se la ofreció, y la aceptaron. Por lo demás, se encuentra hoy dia esta escuela en una posicion tan falsa, que debe retroceder ó avanzar, si no quiere morir irremisiblemente. El sistema de exámen ha minado el Anglicanismo, y no quiere, sin embargo, refugiarse en el Catolicismo, al cual han prestado á la vez buenos y malos servicios las tendencias de esta escuela. Empezó la mision del Puseismo por estudios sérios; debe continuar con la ciencia y terminar con la fe.

su escéptica indiferencia, ó á lo menos maniatarla con sus constituciones, de las que se hacian los solos intérpretes y los únicos moderadores.

Nunca la Irlanda se habia visto colocada en situacion tan ventajosa como la Inglaterra católica; por esto los Jesuitas se asociaron á su triste destino, solo por las injustas persecuciones de que fue constante objeto. La Irlanda, país al que la energía de su fe habia dado el privilegio del sufrimiento, era un vivo testimonio de la iniquidad protestante y de la longanimidad cristiana. Desde los primeros dias de su fundacion, la Órden de Jesús habia tenido para la Irlanda consoladores y apóstoles que no habian cesado de protegerla siempre en todas sus desgracias; por esto cuando se vió amenazada la existencia del Instituto, los irlandeses, cuya proscripcion continuaba aun, lloraron amargamente la desgracia de los Padres que les habian sostenido durante aquella prueba de tres siglos. Solo pudieron los Jesuitas practicar en aquel país un bien sin rumor ni ostentacion, sin ninguna de esas ventajas sociales de que les cree el mundo tan preocupados; y sin embargo de que no siempre coronó el éxito sus esfuerzos, y de que ninguna ventaja material podian reportarles sus sacrificios, nunca quisieron abandonar aquel desgraciado suelo en el que todo parecia condenado á la desesperacion. Despues que el breve *Dominus ac Redemptor* hubo anonadado la Compañía de Jesús, no por ello se desalentaron los hijos de Loyola, antes por el contrario, á ejemplo del rebaño, permanecieron unidos á pesar de haberles abandonado su pastor. Licenciaba Roma su mejor milicia la víspera misma del dia en que iba la Santa Sede á verse atacada por todos los puntos á la vez; con todo los Jesuitas obedecieron el breve pontificio, sin abandonar por esto la posicion que les habia sido confiada.

Eran todos ellos pobres como un irlandés; pero como procedia su pobreza del puro manantial de la caridad, no les afligia en lo mas mínimo: pusieron en comun su indigencia, y dedicándose sin tregua al cultivo del campo que Dios confió á su celo, aguardaron dias mas serenos. El P. Ricardo Callaghan, antiguo misionero de las islas Filipinas, que llevaba en sus manos y lengua las huellas del martirio sufrido por la fe, era el que dirigia á los Jesuitas secularizados. Imposible les habia sido fundar en Irlanda un colegio para recibir á los jóvenes que á no tardar esperaban agregar á su Órden, al salir de sus ruinas; pero el colegio de Stonyhurst dilató su seno

para recibirles en él. Otros pasaron á Palermo, donde terminaron sus estudios. En 1807 murió el P. Ricardo Callaghan, que contaba un gran número de años, aunque era mucho mayor el número de sus buenas obras; cuatro años mas tarde, ó sea en 1811, rompió la muerte del P. Tomás Betagh el último lazo que unia en Irlanda á los nuevos escolásticos con la antigua Compañía. Betagh, cuyo nombre es todavía muy popular en Dublin y en todo el país de Irlanda, habia encontrado en su corazon la elocuencia que excita tan vivamente los instintos de aquel pueblo. Sucedióle el P. Kenney en el mes de noviembre: bajo su direccion continuaron los Jesuitas su obra, con aquella paciencia que nada puede alterar ni vencer, como si el Soberano Pontífice hubiese devuelto ya la vida á su Instituto.

No se ocultaban á los Jesuitas los inconvenientes de aquella educacion cosmopolita que no podia arraigar en el corazon de la juventud el bello sentimiento del amor á la patria; pero tambien era innegable el derecho que tenia la Irlanda de ver educar sus hijos en la tierra proscrita, á fin de que educados estos desde su edad temprana en la escuela de la desgracia, pudiesen despues reclamar con mayor fuerza su manumision, su libertad. Esta idea fue la que inspiró á Kenney el proyecto de fundar un colegio nacional, que levantó en Clongowes, cerca de Dublin. La restauracion del Instituto aumentó de tal modo la prosperidad de este colegio, que ya en 1819 contaba mas de doscientos cincuenta discípulos. No tardó en levantarse otro aquel mismo año, merced á la generosidad y beneficios de María O'Brien, en el distrito de King's-County. Necesario era levantar á los irlandeses de la postracion moral á que queria condenarles para siempre la política inglesa: un pueblo al cual la enérgica voz de Daniel O'Connell, discípulo de los Jesuitas, debia enseñar lo que es la libertad, no podia permanecer por mas tiempo en la ignorancia, debia empezarse por hacerle conocer sus deberes, y luego sus derechos: la Compañía de Jesús se encargó de lo primero, O'Connell cumplió lo demás.

Desde Enrique VIII hasta Cromwel, y de Cromwel hasta los reyes de la casa de Hannover, no se habia omitido medio alguno para degradar á los irlandeses y tenerles sumidos en una ignorancia calculada. Se habia abusado, á este fin, de su pasion por las bebidas espirituosas, é insensiblemente se les habia conducido á ese estado de estupor que convierte la vida en una especie de entorpecimiento

ó sueño que denigra al hombre hasta el punto de igualarle al bruto. Á fin de mejor acostumbrar á aquel pueblo siempre católico de corazon á la embriaguez y demás excesos que debian causar su ruina, tuvo el Gobierno la prevision de poner aquellas bacanales bajo la invocacion de algun Santo que fuese reverenciado en la isla. Con tal que conservasen los irlandeses el suficiente vigor corporal para cultivar las tierras, cuyos frutos estaban destinados á saciar el lujo y los placeres de la Inglaterra, ya no se les exigia otra cosa, porque nadie cuidaba ni de su bienestar, ni de su salud, ni de sus familias, ni de su existencia. Se les hacia operarios sin señalárseles jornal, ó soldados en las Indias sin esperanza de ascenso: tal era la conducta, ó mejor, el plan que se habia adoptado contra ellos, y la triste situacion que, á prolongarse, habria podido acarrear tristísimos resultados, cuando un cúmulo de circunstancias inauditas en la historia obligó al Gobierno británico á avergonzarse de su infernal obra, y á abandonar sus planes de desmoralizacion.

Los PP. Kenney, Esmund y Aylmer confesaban con toda la tristeza de su corazon aquella degradacion intelectual, si bien no se les ocultaba que tenian el remedio en sus manos; pero, como este remedio debia ministrarse pronto, era muy difícil que pudiese corregir desde luego abusos que estaban tan profundamente arraigados. Hasta entonces no habia tenido la Religion proscrita ni templos ni altares; así es que los irlandeses no conocian la solemne pompa de sus fiestas, ni habian podido formarse idea del efecto que producen en las masas aquellas procesiones en las que parece que se confunde Dios con los hombres para bendecir sus trabajos y tomar parte en todos sus quebrantos. Ni aun el título de católicos habian podido los irlandeses conservar libremente, puesto que no podian comunicarse con los antiguos Jesuitas ni con el Clero secular sin verse expuestos á inminentes peligros. Aprovecháronse los nuevos discípulos de la tolerancia que estableció una política mas prudente, para iniciar al pueblo irlandés en esos solemnes y triunfantes goces de la Iglesia. Celebróse la fiesta del Corpus en Clongowes el año 1822 en medio de un gentío inmenso: el culto exterior despertó en las almas ideas de fe, é hizo indispensable una reforma interior. Diferentes iglesias fueron desde luego construidas, se abrieron misiones, se crearon asociaciones religiosas; en una palabra, los hijos de los mártires encontraron desde luego en la piedad y la educacion el vigor necesario para llegar pacíficamente á su regeneracion social.

Numerosos fueron los trabajos y sacrificios que costó la realizacion de aquel proyecto laudable, debido únicamente á la constancia de los Jesuitas que supo triunfar de todos los obstáculos. Para que se vea cuán injustamente se les ha acusado de que nunca quieren tomar parte en las instituciones que no son fundadas ó dirigidas por algunos de sus Padres, véase lo que pasó en Irlanda. Mientras que en 1840 enseñaban á las masas por medio de misiones á celebrar la tercera fiesta secular de la fundacion de la Órden de Jesús, fue cuando popularizando la obra de otro, obtuvieron para sí el mas brillante resultado. Dos años hacia que el capuchino Teobaldo Mathew acababa de fundar su Sociedad de Templanza: los Jesuitas, que comprendieron desde luego la inmensa utilidad que podia reportar la Irlanda de que renunciaran sus hijos á las bebidas espirituosas, se convirtieron en los mas ardientes propagadores del pensamiento cristiano del R. Mathew; y merced á sus cuidados, se extendió aquella Sociedad con una rapidez inconcebible. Era la Sociedad de Templanza un auxiliar poderoso para llevar mas fácilmente á cabo la mision que se habian impuesto los Padres, mas no por ello desistieron del objeto que se habian propuesto seguir.

Su número y su ascendiente habian aumentado ya tanto en 1829, que eran considerados como el brazo derecho de los Obispos, y los vivos modelos propuestos al Clero por los Prelados. El General de la Compañía juzgó entonces oportuno separar la Irlanda de Inglaterra, nombrando al efecto un provincial para dirigir á los Jesuitas de aquel primer punto. Recayó la eleccion en Roberto Saint-Leger, dando en breve aquella segregacion opimos resultados. Fundóse en 1841 un colegio en Dublin bajo los auspicios de san Francisco Javier, sin que se alarmara la Inglaterra por aquel rápido acrecentamiento de influencia católica. Aterrado estaba el Anglicanismo por el regreso á la unidad de un gran número de espíritus rectos que habian demostrado con el auxilio del estudio en los Tres Reinos el vacío de sus creencias oficiales. Un trabajo lento, aunque siempre fructífero, se despertaba entre la sociedad británica; nadie ignoraba que eran los Jesuitas los que tomaban en él mayor parte, aunque circunscribiéndose en los límites de la ley. El poder solo vió en ello una de las consecuencias de la libertad, dando el saludable ejemplo de respetar el derecho que él mismo proclamara.

Por una rara coincidencia, ó mejor, por un notable cambio en las ideas, lograron los Jesuitas perpetuarse en los países separados

de la comunion romana: así es que les hemos visto en Rusia y en la Gran Bretaña conservar elementos de reconstitucion y unir lo por venir á lo pasado. El mismo fenómeno se notó en Holanda. Lo propio que la Inglaterra, hizo la república de las Provincias Unidas una guerra cruel á esta Órden religiosa, cuya accion sobre el pueblo era tan manifiesta; pero apenas se vió extinguida, cesaron los insultos y los antiguos odios, y hasta pareció borrarse el recuerdo de la primitiva desconfianza que se abrigaba respecto á la Compañía de Jesús. Comprendieron los Protestantes que no eran ellos á quienes correspondia perseguir á sus enemigos momentáneamente vencidos: dejaron este cuidado á las cortes católicas y á los escritores que aspiraban á destruir todos los cultos.

Esta situacion inesperada permitió á los sacerdotes de la Compañía, diseminados en Holanda, continuar la obra á la que con tanta constancia se habian dedicado: su jefe les colocó de centinelas avanzadas en medio del campo enemigo, y como no se pensó en relevárseles, permanecian en su punto bajo la direccion del P. Thomassen, venerable anciano de la propia Órden. Adan Beckers fué á Amsterdam para ayudarle en los trabajos del apostolado. Tan pronto como fue posible unirse con nuevos votos á la Compañía, se presentaron Beckers, Enrique Groenen, Luyten y Verbek para juntarse nuevamente á ella. El mismo ejemplo siguieron los Jesuitas de Nimega y Culemburgo; en este último punto cedió el P. Huberti una rica herencia que le tocó para mejorar la mision. Supo el P. Arnoldo Luyten desarrollar tan provechosamente aquel gérmen, y el internuncio apostólico Chiamberlani secundó de tal modo sus proyectos, que ya en 1818 pudo fundarse en la ciudad un pequeño seminario. Quiso el Papa Leon XII hacer recobrar á los Jesuitas todos los mismos puntos que ocupaban antes de su supresion; así es que tambien volvieron á entrar en La Haya.

Por aquel mismo tiempo los Padres de la Fe, cuyo orígen hemos tenido ya ocasion de indicar, vivian en Bélgica desde principios del presente siglo, siendo el mas ardiente de sus votos el poder verse un dia incorporados al Instituto de san Ignacio. Los grandes acontecimientos militares de 1814 iban á terminar una gravísima cuestion en la que habia estado sériamente comprometido el interés general de Europa: la caida del Imperio de Napoleon era segura. Los Padres de la Fe dirigidos por Bruson y Leblanc acudieron á Fonteyne, superior á la sazon de los Jesuitas de Holanda; y fueron admitidos

en la Compañía, con la condicion empero de que debian someterse á un noviciado. En medio del trastorno general que agitaba todos los reinos, se hallaba la Sociedad de Jesús, como muchos reyes, sin mas apoyo que sus esperanzas. Felizmente el príncipe Mauricio de Broglie, obispo de Gante, no dejó por mucho tiempo á la Compañía en tan cruel incertidumbre.

Este Prelado, cuyo nombre fue tan célebre en aquella época, era á la vez un fino cortesano y un orador, un hombre de Dios y un hombre de mundo, siempre pronto á socorrer el infortunio, á hacer cualquier acto de valor, y dispuesto á dar á los demás un noble ejemplo. Teníale Napoleon mucho afecto, ya por su nacimiento y virtudes, ya por su piedad y festivo genio. Por su parte Mauricio Broglie se mostró lleno de gratitud y de entusiasmo por el Emperador; pero en el momento en que Bonaparte, cegado por su ambicion ó por su cólera, se declaró perseguidor del Soberano Pontífice, la conciencia del Obispo de Gante triunfó de todos sus sentimientos humanos. Ni en el concilio de París, ni en la torre de Vincennes, ni en la isla de Santa Margarita, nunca retrocedió el príncipe de Broglie ante el cumplimiento del menor de sus deberes. Apenas acababa de salir de su prision, cuando reclamaron los Jesuitas su apoyo, el cual les fue prontamente otorgado. Abriósceles la diócesis de Gante á su primera demanda, y desde aquel dia reinó entre el Prelado y los discípulos de san Ignacio una de aquellas alianzas formadas por la virtud, y que son por lo mismo eternas, como eterno es el principio en que descansan. Como se habia resuelto formar un noviciado, procuró la marquesa de Rhodes los fondos necesarios para la construccion de este primer establecimiento; el conde de Thiennes ofreció su castillo de Rumbeke á la Sociedad, y empezaron los ejercicios desde luego. Pocos meses habian transcurrido desde estos acontecimientos, cuando se vió la Bélgica teatro de un general y decisivo combate. La Europa aguardaba á Napoleon en Vaterloo: sus ejércitos se acercaban á Courtray y á Roulers. Como no era el tumulto de los campos de batalla lo que mas convenia al recogimiento exigido á los novicios, retiróse con ellos el P. Fonteyne á una casa de campo cerca de Distelberg, que le ofreció Mr. Gobert. Se sucedieron los acontecimientos con tal rapidez, que solo habian quedado en Bélgica á los pocos dias algunos restos de ejército y un nuevo trono.

Guillermo Federico de Nassau, hijo del último Estatuder de Ho-

landa, era el que debia ser encumbrado á aquel nuevo trono. Este Príncipe, cuyas cualidades y defectos serán severamente juzgados por la historia á causa del abuso que hizo de unas y otros, vivió por mucho tiempo en Inglaterra en la oscuridad del destierro. Arrojado por la revolucion francesa de sus Estados hereditarios, llamado por los vencedores de esta revolucion á reinar sobre dos pueblos, cuyas costumbres y cultos no tenian entre sí ningun punto de similitud, Guillermo no supo conservar el fiel de la balanza entre sus afecciones y sus deberes. Era rey legítimo en virtud de los tratados, y se hizo revolucionario por ambicion. La Francia de los Borbones arrojaba de su seno á los jueces y verdugos de Luis XVI, y proscribia igualmente á algunos oscuros agitadores de los Cien dias que habian derribado hasta el mismo trono de Guillermo; al paso que este recibia en su propio palacio á los regicidas y conspiradores. Hasta llegó á soñar en la corona de san Luis para su hijo por medio de un complot; procuró en un país eminentemente católico destruir la fe, y hacer por todos los medios posibles al Clero odioso al pueblo, de lo que resultaron graves diferencias entre los belgas fieles, la Iglesia romana y el nuevo Monarca. Cada cual interpretaba á su modo los derechos conquistados, las promesas hechas y las leyes aceptadas. Aquella lucha entablada en medio de las fiestas de una entronizacion debia necesariamente inducir á Guillermo á una enmienda.

Aconsejado por los fanáticos del Protestantismo, ó embriagado por los elogios interesados con que le colmaban los enemigos de todo culto, retrocedió el Rey de los Países Bajos ante las obligaciones que le imponia su corona. Debia contentar á dos naciones rivales reunidas por la casualidad bajo un mismo cetro; los holandeses, sobre todo, se obstinaban en no querer ser belgas. Durante los primeros dias de su reinado, ó sea desde 1814 á 1815, habia proclamado Federico la libertad y destruido grandes monopolios; pronto, no obstante, destruyó con una mano lo que acababa de levantar con la otra.

Vivian los Jesuitas sin tomar ninguna parte en los debates religiosos y políticos sobre la interpretacion de la ley fundamental, cuando de repente mandó Guillermo en 3 de enero de 1816 á los Padres de Distelberg que se disolvieran inmediatamente. Á semejante órden contestaron los Jesuitas: «Basta una sola palabra del Obispo «para hacernos dispersar; pero ínterin el Prelado no pronuncie es-

«ta palabra, únicamente la fuerza armada podrá expulsar á los pa«cíficos habitantes de esta casa.» El P. Vanderbiest, que despues de la muerte de Fonteyne habia sido nombrado superior, comunicó al abate Lesurre, vicario general de Gante, la respuesta que acababa de hacer: Mauricio de Broglie, ausente á la sazon, contestó que era deber de un capitan el no abandonar á sus fieles soldados; que nunca permitiria que quedasen los Jesuitas expuestos á los tiros de sus enemigos, y que seria por lo tanto preciso derribarle á él antes de alcanzarles á ellos. Luego añadia: «Quiero que se les abran de par «en par las puertas de mi palacio, á fin de que puedan albergarse «en el, todo el mayor número posible.»

No satisfecho aun el Prelado con esta declaracion, se presentó á Distelberg para animar á los Jesuitas y hacerles persistir en su designio. Al saber Guillermo esta resistencia, teme que no perjudique sus ulteriores planes, por lo que determina vencerla á toda costa. Á este fin dispone que salgan inmediatamente tropas con direccion al noviciado; pero los Jesuitas lo abandonan á su aproximacion, dirigiéndose al palacio episcopal que les recibió en su seno. Aquella primera señal de oposicion atrajo sobre la cabeza del príncipe de Broglie toda la cólera de Guillermo. El Obispo de Gante que, desde el mes de octubre de 1814, previó aquellas dificultades, las habia sometido ya al Congreso de Viena: en 28 de julio de 1815 acudian todos los demás Diocesanos al Rey en queja sobre algunas medidas adoptadas por su Gobierno. Mauricio de Broglie dirigió en 2 de agosto á su rebaño una instruccion pastoral [1]: en cada línea de este documento notable se revelaban el valor y la necesidad de prevenir los males de que se veia amenazada la Iglesia belga. Luego levantaba en él su voz augusta contra la nueva Constitucion, por considerarla el Prelado inadmisible en un país católico, y acababa por protestar contra ella. Los Obispos habian dicho que aquel pacto legislativo era «de mal agüero para el porvenir, y esto era cabalmente lo que Mauricio de Broglie demostraba. Los extranjeros, que habian logrado captarse la voluntad de Guillermo de Nassau, supieron tambien sin dificultad irritarle contra aquel Prelado faccioso y todos sus demás colegas en el episcopado, á pesar de haberle felicitado el pontífice Pio VII por su ardiente celo. Decretóse el arresto preventivo del Obispo de Gante; pero no pudo llevarse á efec-

[1] *Historia del reino de los Países Bajos,* por Mr. de Gerlache, primer presidente del tribunal de Casacion, t. I, pág. 315.

lo esta injusta disposicion, por haberse refugiado el Prelado á Francia con el rector del noviciado de los Jesuitas. Aprovecháronse los enemigos de la Compañía de esta circunstancia, para proclamar que eran los Padres del Instituto los únicos que debian ser acusados por la resistencia del Príncipe. El Prelado era mortal, al paso que la Órden de Jesús se renovaba: hé aquí por qué los enemigos de la Iglesia católica hicieron á la Órden responsable de la intrepidez de Mauricio de Broglie.

Ningun pensamiento hostil abrigaba este Príncipe contra el poder, pero sus combates y sus sufrimientos por la fe le habian hecho popular, y queria defender con firmeza los derechos de la conciencia. Los belgas tuvieron ocasion de ver en él á un mártir; Guillermo y sus cortesanos revolucionarios quisieron hacerle pasar por un fanático instrumento de la Compañía de Jesús.

«La opresion por via legal, dice Mr. de Gerlache[1], es quizá la «peor de todas, porque siempre va en ella el fraude unido á la vio-«lencia.» Al subir al trono Guillermo de Nassau, no solo se habia mostrado partidario acérrimo del Clero, sino que hasta habia procurado hacer ir á su reino á los hijos de Loyola. Todo lo contrario hizo en 1817: arrebatado por el furor de sus ideas protestantes, entró á velas desplegadas en la reaccion religiosa, que se esforzó en imponer á sus sueños de orgullo la escuma de todos los partidos. Solo podia atacarse á los Jesuitas por medio de la calumnia; pero como para los revolucionarios todas las armas son iguales, no dejó de ponerse en juego. Era el Obispo de Gante una víctima fácil de inmolar, y por esto fue sacrificada á la esperanza de que su castigo aterraria á los demás Prelados. La corte de Bruselas con auto de 9 de octubre de 1817 «condenó á Mauricio de Broglie, á la sazon «fugitivo ó escondido, á la deportacion y á las costas del juicio.» Este drama judicial en el que los Jesuitas fueron encausados sin comparecer ante el jurado, y en el que era todo el proceso dirigido contra ellos y á causa de ellos, no debia aun terminar aquí.

Hallábanse en las cárceles de Gante dos reos convictos de robo con fractura, por cuyo delito fueron condenados á la exposicion pública y á cadena perpétua. El fallo dado contra el Príncipe-obispo debia, segun se desprendia de la propia sentencia, pregonarse en la plaza, violando de este modo la ley del país para arrogarse el derecho de violar las conveniencias sociales. El venerado nombre

[1] *Ibidem*, pág. 341.

del Prelado fue, pues, inscrito en el poste infamante en medio de los dos criminales de quienes se ha hecho antes mencion. Era aquella época la edad de oro del periodismo, puesto que al menos no se sacrificaba la justicia á los mezquinos intereses de partido. El *Observador belga*, diario hostil á la fe romana, no pudo menos de manifestar su justa indignacion [1]. Semejante afrenta fue aceptada como un honor por todos los Católicos.

Si bien no era del carácter de Guillermo, sucesor del Taciturno, comprometer su autoridad con semejantes excesos, habíase logrado sin embargo persuadirle, para obligarle á ello, de que eran los Jesuitas enemigos de su familia y que el Príncipe-obispo los sostenia con todo su poder; hé aquí por qué estallaron contra él los primeros efectos de su cólera. En 24 de febrero de 1818 se declaró abiertamente contra los discípulos del Instituto. Refugiados estos en el palacio episcopal, observaban allí una vida pacífica y retirada, cuando se vió invadida su morada por una partida de tropa á cuyo frente iba el fiscal ó procurador del Rey: se registraron todos sus libros y

[1] El *Observador belga* en el tomo XIV, pág. 181 de su compilacion, se expresaba en los siguientes términos: «En verdad que se habria tomado por loco, «ó quizás perseguido como un malvado, á cualquiera que, despues del 18 bru-«mario ó en la época del Concordato, pero sobre todo en 1814 y á principios «de 1815, hubiese creido que antes de 1818 se condenaria en Bélgica á un obis-«po bajo el reinado de un príncipe no católico por un tribunal secular á una pe-«na infamante, por haber suscrito y publicado un juicio doctrinal sobre la cues-«tion de lo lícito ó ilícito de un juramento; por haber escrito dos cartas al Santo «Padre relativamente á las rogativas públicas que el príncipe podria pedir; y «finalmente por haber recibido una respuesta de Su Santidad conforme á los «deseos del Gobierno, y haberle dado inmediatamente publicidad con el lau-«dable objeto de calmar los ánimos, y justificar la pretension del Gobierno por «aquel acto público y solemne.

«Mucho menos aun habria podido creerse, que sin necesidad, ni provecho, «y contra toda razon, se hubiese ejecutado de la condena toda aquella parte que «podia inferir mas ignominia al procesado, mas ultraje á la Religion de que era «este ministro, mas insulto á la nacion que supo permanecer fiel al culto de «sus padres.»

«Este público insulto hecho al Catolicismo, refiere Mr. de Gerlache en la pá-«gina 343 del primer volúmen de su *Historia del reino de los Paises Bajos*, «esta profanacion hecha á un carácter venerable y sagrado, no hicieron mas que «despertar un sentimiento general de indignacion y de desprecio contra sus au-«tores. En cuanto al Obispo de Gante, por muy dichoso y honrado debió darse «en haber recibido una afrenta que recordaba involuntariamente á todos el su-«plicio de su divino Maestro. No tenemos necesidad de advertir la comparacion «que se hizo respecto á sus perseguidores.»

papeles, se sellaron todos sus muebles, procedióse al arresto del abate Lesurre, y despues de haber llegado al término de sus pesquisas, se expulsó á los Jesuitas del palacio, dándoles á entender que se haria otro tanto en todos los puntos del reino. Considerándose impotentes los Jesuitas para desafiar la tempestad, á causa de los numerosos obstáculos de toda especie que debian vencer, aplazaron la lucha, y con una prudencia que reprobaron sus amigos sin dignarse siquiera penetrar los motivos que les obligaban á obrar de aquel modo, se sometieron al destierro impuesto por el despotismo. La Suiza y los Países Bajos formaban entonces una sola provincia; los novicios fueron conducidos á los cantones católicos.

Hacer viajar y sostener en el extranjero á aquellos proscritos era cosa sumamente difícil; pero madama de Gizighem se encargó de ello. Solamente impuso una condicion, esto es: que cuando amaneciesen para la Bélgica dias mas serenos, deberian aquellos jóvenes entrar nuevamente en su patria, para practicar en ella, como jesuitas, el bien que esperaban realizar por medio de su vocacion. El General de la Órden aceptó en todas sus partes este tratado. Sin embargo, habian quedado en el territorio belga algunos hijos de Loyola, á los cuales dirigia el P. Lemaistre; pero en vista de la lucha violenta que reinaba entre los dos poderes, lucha que debia necesariamente conducir á una revolucion por la tenacidad del Príncipe y la perseverancia del pueblo, se decidieron los Jesuitas á trasladar su noviciado fuera de Bélgica, en cuyo país no hubo ninguno durante trece años. Solo permanecieron en él algunos profesos que combatieron con Lemaistre en clase de voluntarios bajo las banderas de la Iglesia, siendo sus armas la plegaria y el estudio, la resignacion y el ejercicio de la caridad. Apenas podia soportar la Bélgica á un Soberano que tomaba á su cargo empañar sus cualidades régias por el mas inconcebible de los extravíos; animaban á la nacion instintos católicos, y Guillermo se esforzaba en pisotearlos uno en pos de otro: cada palabra que salia de su boca era una nueva aspiracion al mas atroz despotismo. Los Jesuitas, aunque en corto número, ejercian sobre las masas una influencia admirable: ved aquí por qué sus palabras, sus consejos, su actitud, su silencio mismo, eran otros tantos objetos de sospecha, y por consiguiente de acriminacion. Los agentes holandeses investidos por Guillermo de los empleos públicos, y los empleados políticos á los cuales se concedia una hospitalidad que era altamente impolítica, no cesaban de presentar á los Jesuitas como

los mas implacables enemigos de su gobierno. Acusábaseles de reinar en Francia bajo el flordelisado manto de los Borbones, y esto bastaba para decidir á Guillermo de Nassau á perseguir la Compañía á fin de que no pudiese decirse que sucedia otro tanto en su reino. Acababa de abrir la Sociedad algunos retiros en los que confundian sus oraciones los sacerdotes seculares y los láicos identificándose, por decirlo así, en la práctica de las virtudes cristianas. En 1824 intimó el Monarca á los Obispos que prohibieran aquellos ejercicios espirituales: como la cuestion religiosa habia quedado amortiguada por haber encorvado los belgas la cabeza, orgullosos de su triunfo los ministros de Guillermo, le persuadieron de que acabara de una vez por todas con la enseñanza católica.

Algunos meses despues el colegio de Lieja, ofrecido á los Jesuitas por madama de Stas, cerraba tambien sus puertas tras ellos por órden del Rey: la misma suerte estaba reservada al pequeño seminario de Culemburgo, á pesar de haber resuelto los arciprestes de Amsterdam y de Utrecht, junto con los vicarios apostólicos de Holanda, no ceder mas que á la violencia. Guillermo, que habia logrado ya triunfar de la oposicion católica, podia continuar tranquilo su obra de destruccion, ínterin no fuese aquella especie de apatía, ó sentimiento de indiferencia, la señal adoptada por los partidos mas audaces para lanzarse á la arena. Por esto el Rey, así como Goubau y Van Maanen, sus favoritos, creyeron llegado el momento de sojuzgar la Bélgica en provecho de la Holanda, y de aplastar la Iglesia romana bajo el yugo del Protestantismo.

La creacion del colegio filosófico de Louvain, las medidas opresoras, los obstáculos puestos á la libertad de educacion y al derecho imprescriptible de los padres de familia, despertaron en todos los corazones una esperanza que nuevos desengaños debian aplazar. Procuraban los Hermanos de la Doctrina cristiana á los hijos de los pobres y á los jóvenes operarios una educacion apropiada á sus necesidades, que les enseñaba á ser sóbrios, piadosos, activos y sumisos; haciendo de ellos hijos obedientes, á fin de que pudiesen mas tarde llegar á ser buenos ciudadanos. Estos desvelos valieron á los institutores de la indigencia la acusacion de que fomentaban en Bélgica el Ultramontanismo para tramar una revolucion; siendo desde entonces á los ojos de la corte de Guillermo considerados como jesuitas disfrazados[1]. El solo nombre de jesuita aterrorizaba al Rey, el

[1] *Historia del reino de los Paises Bajos*, por Mr. de Gerlache, tomo I, p. 377.

cual se aliaba con los liberales de todas las sectas para asegurar el triunfo de sus ideas heréticas: hizo cerrar las escuelas de los Hermanos, despues de haber hecho sufrir la misma suerte á todos los colegios de la Compañía. Aquella deslealtad real, que todos los periódicos anticatólicos de Francia y de los Países Bajos saludaron con gritos de alegría, infundió nueva fuerza á la oposicion parlamentaria y á las familias cristianas. Diéronse las leyes mas arbitrarias para matar el porvenir del niño que no hubiese estudiado en las escuelas planteadas por el Gobierno; no obstante, la ambicion é interés particular enmudecieron ante la necesidad de conservar la fe y las buenas costumbres. Guillermo se obstinaba cada dia mas en su funesto sistema, y el pueblo empezaba á murmurar; notábase en todas partes aquel sordo rumor, presagio cierto de funestas tempestades. Hacíase tambien en Francia á la sazon una guerra tan inconcebible á los Jesuitas, que los belgas creyeron deber sacrificar á aquellos de sus compatriotas que fuesen miembros del Instituto de Loyola á las preocupaciones de los ministros y á la necesidad de conservar la paz. La alianza formada entre los constitucionales y los católicos, que no tenia por objeto derrocar al Soberano, complacíase en presentar los Jesuitas como peligrosos, al mismo tiempo que declaraba no dar ningun crédito á las calumnias que les imputaban la prensa liberal y el Gobierno de los Países Bajos: esta falta cometida en grave daño del principio de verdad, léjos de proteger, perjudicó en gran manera á la oposicion coligada. Hasta el mismo Mr. de Gerlache, que apoyó semejante táctica en sus discursos, no tardó en arrepentirse de ello [1].

Prometíase Guillermo dar fuerza y estabilidad á su Gobierno por medio de la popularidad que los revolucionarios de Francia habian sabido conquistarse á tan bajo precio: como ellos y con ellos se esforzaba en explotar el nombre de los discípulos de san Ignacio, pretendiendo hacerles responsables de todos los desastres y de todos los

[1] Léese en el tomo II, pág. 80, de la primera edicion de la *Historia del reino de los Países Bajos,* escrita por este magistrado: «Téngase presente una «vez mas que esto (tal es el propio discurso de Mr. de Gerlache) fue escrito en «1825; que por el amor á la paz queríamos hacer al Gobierno, á quien creía-«mos hasta cierto punto sincero en sus aprehensiones contra los Jesuitas, to-«das las concesiones imaginables, á fin de prevenir grandes calamidades. No «obstante, cometimos una grave falta, de la que supieron aprovecharse nuestros «contrarios; puesto que restringiendo el principio, léjos de robustecer debili-«tamos nuestra causa.»

errores. Los belgas, sin embargo, no fueron tan crédulos como los partidarios de la Carta de Luis XVIII. En el mes de noviembre de 1827 un escritor entonces célebre por sus obras anticatólicas, Mr. de Potter, hizo caer de las manos del Monarca protestante esta arma del Jesuitismo: «¡Malditos Jesuitas, exclamaba el jefe de la oposi«sicion constitucional de los Países Bajos [1], ¡cuánto mal han hecho! «pues que, por defendernos contra ellos, como al caballo de la fá«bula se nos ha ensillado, embridado y montado. Era tan grato el «poder contestar á los franceses cuando á los quince dias de perma«nencia en Bruselas, nos decian: —¡Qué! ¿no teneis jurado? — «No, pero tampoco tenemos Jesuitas. —¡Qué! ¿no hay libertad de «imprenta? — No, pero tampoco hay Jesuitas. —¡Qué! ¿careceis de «responsabilidad ministerial é independencia del poder judicial, y «por el contrario teneis un sistema de impuestos exorbitante y anti«popular, una administracion viciada, etc.?—Es verdad, pero tam«poco hay Jesuitas. — Con cuánto gusto preguntaria yo á nuestros «vecinos, ¿cuál es el medio de que debemos echar mano para salir «de tantos apuros? Pero desde el momento en que nos ocupamos de «los negocios que nos están confiados, grítase ¡á los Jesuitas! y hé«nos aquí fuera del derecho comun. —Decidme, señores, de que «á un hombre se le llame jesuita, ¿se sigue de ello que deba encar«celársele, juzgársele, torturársele y condenársele? ¿acaso todas «sus acciones son criminales y absurdas sus palabras?»

Este lenguaje, que era el de la razon, fue castigado por Guillermo, así como fue comprendido por el pueblo. Eran los Padres del Instituto á su pesar la palanca de la oposicion, y el pretexto que siempre tenia el Rey á mano por no hacer ni aun las concesiones mas equitativas. Veíanse desterrados como sociedad, y estaban reducidos á vivir separados: su nombre era un grito de guerra, y sin embargo, reflexionado todo, nunca se veia su impulsion ó su obra en los acontecimientos que se verificaban. Escribíales el Jefe de la Compañía estas palabras significativas: «Por Dios que ninguno se «entrometa en la política.» Tales eran los consejos, ó mejor, las órdenes que recibian del Gesu; las cuales fueron tan puntualmente observadas, que solo una vez pudieron usar dos jesuitas de su prerogativa electoral. El General de la Órden y Van de Velde, obispo de Gante, prohibieron el ejercicio de un derecho que podia prestar armas á los ministros holandeses. Proscribia Guillermo á los Padres

[1] *Carta* de Mr. Potter *al Correo de los Países Bajos.*

de sus Estados, y los belgas se empeñaban en llamarles á ellos; todo estaba desde mucho tiempo preparado para una revolucion que al fin estalló en el mes de setiembre de 1830.

Hízose esta revolucion á nombre de los Católicos y de los Jesuitas; no obstante, su principio era aprobado por todos aquellos que asistian en París al triunfo de otra revolucion bajo una bandera é ideas muy diferentes, los cuales no titubearon en cantar la victoria alcanzada por los belgas. Mientras que Guillermo de Nassau abusó de su autoridad expulsando á los Jesuitas y debilitando el Catolicismo, fue presentado aquel Monarca por la inconsecuencia liberal como un rey tolerante, filósofo é ilustrado. Los adversarios de los Jesuitas, que debian tenerle al parecer algunas consideraciones cuando sonó la hora de su desgracia, fueron por el contrario sus mas encarnizados enemigos desde que le vieron imposibilitado de proscribir la fe, cambiándose de repente sus panegiristas de 1825 en detractores que le cargaron de ultrajes, porque solo vieron en él á un príncipe legítimo. La Revolucion belga fue grande y santa, sobre todo si se atiende que estaba bajo la proteccion de la de julio, cuyas causas y resultados eran diametralmente opuestos. Continuaba tronando en Francia el grito de guerra y maldicion contra los Jesuitas, mientras que por el contrario se les saludaba en Bélgica como mártires de la libertad religiosa y la esperanza de todas las familias. Expulsóles Guillermo del reino de los Países Bajos; pero apenas se habia inaugurado otro Gobierno, cuando se mandó que volviesen los Padres á emprender el interrumpido curso de sus trabajos.

El golpe asestado contra la educacion de la juventud por la supresion de la Órden de Jesús habia resonado á lo léjos haciendo estremecer de horror muchos corazones: sobre todo en el hogar doméstico era donde se recogia con desesperacion y en abundancia el amargo fruto que produjo semejante medida; y hé aquí por qué se levantaron de todos los puntos de Europa voces independientes clamando por el restablecimiento de la Compañía. Sus últimos Padres habian merecido en todas partes la confianza pública; pero iban sucumbiendo paulatinamente al peso de los años y de las privaciones, no quedando mas recurso á los Católicos que volver los ojos hácia la Santa Sede para implorar la resurreccion del Instituto. Nunca consintieron en Suiza los cantones católicos en separarse de los maestros que les inculcaron la fe: Vacquerie, Muller, José de Diesbach y el conde Sinco de la Torre, se ocuparon constantemente en dar nueva

vida á la Sociedad. El Consejo de Soleure, interesado tambien sobremanera en esta cuestion, escribia al P. Vacquerie lo siguiente:

«Desea el Gobierno de Soleure tan ardientemente el restablecimiento de una Órden tan santa, que solo aguarda vuestra opinion «para dirigirse al Santo Padre, con el cual está ya entablada la correspondencia desde algun tiempo por medio del Nuncio apostólico, «que se digna apoyar con ardor las intenciones de nuestro Gobierno; «y como por lo mismo es seguro que el Papa accederá sin dificultad «á nuestros fervientes votos, no se tardará en acudir á él, si el muy «querido y reverendo Padre general se digna apoyarnos con su poderosa cooperacion.»

El mismo celo se notaba tambien por parte de las poblaciones del Valais, el mismo interés en favor de los Jesuitas. Fueron agregados á la Compañía el 31 de julio de 1810 los PP. Godinot, Drach, Rudolph y Staudinger bajo la direccion de José Sineo de la Torre, los cuales renunciaron á la opulencia y las grandezas para abrazar una carrera de humillaciones y trabajo, y se dedicaron á la educacion de la juventud en el colegio del distrito. El Valais, unido entonces al Imperio, formaba el departamento del Simplon; y como Bonaparte estaba en guerra con el Sumo Pontífice, todos sus prefectos y universitarios se mostraban hostiles á aquellos jesuitas. Nunca les reconoció el Estado como tales; pero fuera de los actos oficiales nadie se metia con ellos, porque como no pedian ningun socorro, no servian de carga á la administracion. Tres años estuvieron en el mismo abandono, abandono que era para los hijos de Loyola un beneficio, porque como habian hecho voto de pobreza, no podia en manera alguna contrariarles la indigencia á que se les condenaba. No obstante, el gran Maestre de la Universidad imperial se enterneció á la vista del triste cuadro que Nompère de Champagni, rector de la Academia de Lyon, le trazara de la pobreza y virtud de los Jesuitas; por lo que dirigió al prefecto la carta siguiente:

«La triste posicion de los directores y regentes de los colegios del «departamento del Simplon me inspira el mas vivo interés. El re«tardo que experimentan en el cobro de sus asignaciones confio no «durará mucho tiempo, porque voy desde ahora á poner en juego «todos los medios de que pueda disponer para hacerlo cesar. El Con«sejo de la Universidad se ocupará en una de sus próximas sesiones «de este importante objeto, y tan pronto como haya recaido la re-

«solucion de S. M. sobre las proposiciones que le serán sometidas,
«me apresuraré á ejecutar su decision.

«Os invito por lo tanto, señor prefecto, á alentar con todos vues-
«tros esfuerzos y esperanzas á esos hombres instruidos que están en-
«cargados de la enseñanza en los colegios del Valais. Las pruebas
«de desprendimiento que han dado en estas circunstancias difíciles
«no deben quedar legadas al olvido: es un sacrificio que me será
«muy grato poderles recompensar un dia.»

Mucho fue el aliento y esperanza que infundió á los Jesuitas esta carta de Fontanes: el 2 de diciembre de 1812 escribió Champagni al P. Sineo en estos términos: «Señor Director, no ignoro vuestro «celo, ni la abnegacion y desinterés religioso con que habeis des-«empeñado hasta aquí vuestros deberes, ni que vais á entrar desde «hoy en la carrera eminentemente provechosa y útil que vos mismo «habeis elegido. Podeis estar seguro de que no serán infructuosos «vuestros cuidados, porque la Universidad está ya algo instruida, «no limitándose por lo tanto á una estéril admiracion. Pero ¿qué «recompensa mas preciosa puede ofrecérseos, que la que encontra-«réis en vuestro propio corazon? El que tiene, como vos, fijada la «vista en la eternidad, de muy poco precio debe parecerle la tierra. «Estais dando un ejemplo tan laudable, que la Universidad se hon-«rará en seguirlo y citarlo con orgullo á todos sus miembros presen-«tes y futuros.

«En cuanto á mí, señor Director, que tengo la ventaja de cono-«ceros personalmente, no me admira tanto vuestro noble proceder; «pero esto me decidirá á velar mas particularmente por vuestros in-«tereses, que sabeis tan bien sacrificar.»

Tales fueron las primeras relaciones de la Universidad de Francia con la Compañía de Jesús: teniendo la Universidad á Fontanes, protegia contra las vejaciones del Gobierno á aquellos religiosos á quienes no arredraban la miseria y las persecuciones. Fontanes y Champagni les honraban con su afecto, mientras que el conde de Rambuteau, prefecto del Simplon, queria expulsarles de su departamento. Como fueron los acontecimientos mas poderosos que la voluntad del Emperador, vino á ser en 1814 el pequeño colegio de Sion la cuna de la provincia de la Alta Alemania. Los compañeros del P. Sineo, que por tanto tiempo se sacrificaron en provecho del Valais, recibieron, al fin, una prueba de gratitud de este país que

no pudo olvidar sus largos sufrimientos. El baron de Stockalper, uno de los primeros magistrados del canton, propuso restituir á los Jesuitas su antiguo colegio de Brig, que los franceses habian convertido en fortaleza; cuya proposicion fue recibida con el mayor entusiasmo por parte de los Catolicos y de todo el pueblo en general. Pedro Tobías Yenni, obispo de Lausana, volvió la vista hácia la Compañía, y se disponia á introducirla en Friburgo, cuando recibió una carta de Goeldlin de Tieffenau, vicario apostólico, que acabó de afirmarle mas en su primitiva idea: ved aquí lo que le decia Tieffenau:

«Fundado en la experiencia, estoy íntimamente convencido de «que el único remedio eficaz que podemos oponer á los males de «nuestro siglo, es llamar á los cantones suizos á la Compañía de Je- «sús, restablecida nuevamente por nuestro santísimo padre Pio VII. «Procurará esta Sociedad por segunda vez defensores del poder ecle- «siástico, é institutores para la juventud cristiana; regulará las «ciencias, hará florecer la piedad y continencia entre el Clero, y «será para el pueblo un inexpugnable baluarte contra las corrup- «ciones del siglo. Deseo por mi parte ardientemente ver á los Je- «suitas instalados en la diócesis que me está confiada, y os deseo de «todo corazon la misma felicidad para la vuestra.»

Evangelizó Canisio la Suiza, por lo que era su tumba en Friburgo objeto de la devocion general: apoyados los Católicos en este santo recuerdo, invocaron á los Jesuitas. Todos los Prelados helvéticos les reclamaron á la vez como cooperadores indispensables; tambien el baron de Aregger, gobernador de Soleure, imitó el noble ejemplo del Clero, formando el proyecto de llamar á la Compañía para que se estableciera en su ciudad. Reunióse el gran Consejo en el mes de junio de 1816, decretando que quedaba para siempre la Compañía de Jesús excluida del canton: este contratiempo, empero, ocasionado por las intrigas, calumnias y supuestos temores de los enemigos del Instituto, no entibió en lo mas mínimo el noble ardor de los friburgenses. Ofreció el P. Cornelio Van Eberbroeck á los proscritos de Bélgica un asilo en Hildesheim, asilo que fue aceptado por algunos, mientras que los demás se entregaban á la predicacion y á la enseñanza. Pronto aquella actividad, cuyos saludables efectos empezaron desde luego á hacerse notar, vino á ser para los herejes y radicales perpétuo objeto de inquietud y zozobra: temian, y no sin motivo, el ascendiente que iban tomando los Padres sobre

las poblaciones, porque su influencia debia necesariamente oponerse á los perversos designios de que habian empezado ya á hacer gala. Como el acta federal de 1815 era tambien contraria á sus miras, procuraron los radicales fomentar el descontento é irritar los espíritus, á fin de poder dominar mas tarde la Helvecia por medio de una libertad de la que serian ellos solos apóstoles, censores y usufructuarios. Para mejor ocultar su plan, se trazaron una via que han seguido posteriormente todos los mas hábiles enemigos del Instituto.

Desapareció la Sociedad de Jesús en medio de los aplausos de cuantos se proclamaban hostiles al Catolicismo; cada uno de los enemigos de la Religion contribuyó con todas sus fuerzas á batirla en brecha hasta hacerla desaparecer. Habian logrado ya su objeto todos los impíos y revolucionarios: la Sociedad de Jesús dejó de existir; ¡cosa extraña! entonces fue cuando empezaron los radicales suizos á hacer su apología, y á colmarla de bendiciones y alabanzas. Ella sola tenia el don de hacer la enseñanza agradable: ella sola pudo ver nacer en su seno mártires, apóstoles, oradores, poetas y sábios, coronando así su víctima de flores cuando creyeron que no podria jamás levantarse del sepulcro en que yacia. Luego, merced á una transicion de la que se apoderaron algunos escritores mas ó menos felizmente, se vió á los radicales suizos declarar que la nueva Órden de Jesús nada tenia de comun con la antigua: que los Jesuitas modernos eran hijos degenerados de san Ignacio; que no poseian el secreto de sus Constituciones; que eran enteramente extraños á los progresos de la enseñanza; que rechazaban los principios que tan alta gloria alcanzaron á los antiguos Jesuitas. De este modo fueron condenados los nuevos Jesuitas á la impotencia ó al mal, por aquellos mismos que poco antes ensalzaban tanto sus virtudes. Sin embargo, de Rivaz, gran baile de la república valesiana, confundió con su autorizada voz en 4 de mayo de 1818 todas aquellas injustas acusaciones, y como hablaba á nombre del Estado, tuvo su declaracion fuerza de ley.

Hácia aquella misma época, propuso Baltasar de Muller al gran Consejo de Friburgo, que fuesen llamados los Padres por aquel canton: sesenta y nueve votos contra cuarenta y dos acogieron su proposicion, la cual se encargó de realizar el gobernador Techtermann. Se habia visto en Italia y Alemania á los Jesuitas abandonar las dignidades de que estaban revestidos para irse á morir en el seno de su Sociedad rejuvenecida: Antonio de Hausherr, José de

Schaller y Lorenzo Doller, se apresuraron tambien á imitar aquel rasgo de amor filial. En 1821 reunió Luis Fortis en una viceprovincia, de la que habia sido el P. Godinot nombrado jefe, la Suiza, las misiones de Holanda y de Bélgica y la Sajonia.

Mientras que los cantones católicos procuraban unirse con los Jesuitas, y el P. Juan Roothaan recorria el Valais repartiendo en todas partes los frutos de la salvacion, tronaba embravecida en Friburgo la tempestad sobre los discípulos de Loyola. Veinte años hacia que estaba confiada la instruccion primaria en aquella ciudad á los religiosos Franciscanos, apareciendo al frente de aquella escuela el P. Gregorio Girard. Un nuevo método de enseñanza habia sido adoptado por él, tal era el método lancastriano, la enseñanza mútua y las ideas de Pestalozzi, combinadas y modificadas con ingeniosa habilidad. Nuevo era el plan del P. Girard, y, como todas las novedades, debió sufrir las alternativas de la discusion, teniendo partidarios y contradictores. Aun no habian penetrado los Jesuitas en Friburgo, que ya el Obispo de Lausana, juez competente en materia de educacion, se habia pronunciado contra el sistema nuevamente adoptado, y hasta pidió al gran Consejo que lo prohibiera. Cuando fue puesto el colegio á disposicion del Instituto, conformáronse los Padres en un todo á las prescripciones episcopales, no adoptando los principios de Girard: aprovecharon los enemigos de los Jesuitas esta circunstancia para acusarles de haber impuesto al Prelado la condena del Franciscano. Agitáronse los amigos de este, exaltáronse los ánimos; y como en aquella época podia la menor cosa servir de pábulo á la insurreccion, bastó aquel pretexto para que hubiera un tumulto en la noche del 9 al 10 de marzo de 1823 frente el colegio de los Jesuitas. El P. Girard que solo procuró ser util á los niños en la esfera de sus atribuciones, fue el grito de guerra contra los Jesuitas, á quienes se amenazó de muerte y se ultrajó en su retiro. Aquella rebelion, que solo fue un primer ensayo de las fuerzas radicales, pronto se apaciguó ante la indiferencia pública. Tuvo el P. Girard, sin quererlo, dos auxiliares que en gran manera comprometian su causa: exponiendo el Obispo de Lausana en 26 de mayo los motivos de su interdiccion, justificaba á los Jesuitas de este modo: «El empeño de los periódicos liberales y anti-«católicos de la Suiza en defender este método, y sus declamacio-«nes contra nuestros reverendos Padres Jesuitas, que son absoluta-«mente extraños á la resolucion que hemos tomado, bastan para

«abrir los ojos á las personas de buena fe.» La opinion del Prelado fue acogida por el gran Consejo, y suprimido en su virtud el método del P. Girard.

Veinte años mas tarde la Academia francesa por medio de su órgano Mr. Villemain coronaba solemnemente la obra del Franciscano; pero en el fondo de aquel homenaje tributado al religioso descalzo por los que decretaban el último triunfo póstumo de Voltaire, habia probablemente mas malevolencia epigramática por la prudencia y tacto de los Jesuitas, que justicia en favor de su pretendido rival.

Esta insurreccion, que preparó la ignorancia para asegurar el resultado de la ciencia, murió aislada sin encontrar eco en parte alguna. Los Jesuitas, á quienes preocupara aun menos que á los magistrados, se hallaban entonces ocupados por un pensamiento fecundo en resultados que germinaba en todos los espíritus. Arrojaba Guillermo de Nassau á las fronteras de su reino á los Padres que sembraban la instruccion en Bélgica y Holanda, mientras que el canton de Friburgo se apresuraba á recoger aquellos desperdicios del fanatismo luterano. Concibieron en 1824 Tobías de Gottrau, Cárlos de Gottrau, Felipe de Odet, Nicolás de Buman, Humberto de Boccard, Pedro de Gendre y Teodoro de Diesbach el proyecto de fundar un pensionado en Friburgo; como no encontró esta idea mas que aprobadores, puede decirse que se empezó y terminó el edificio cási á un mismo tiempo. Este pensionado, que se empezó bajo tan buenos auspicios, estaba destinado á ser bajo la direccion de los Jesuitas uno de los mas bellos establecimientos de Europa. «Vense elevar á un mismo tiempo, escribia el célebre baron de «Haller, un pensionado en Friburgo y una casa de correccion en «Ginebra: son dos edificios notables, cada cual en su clase; pero «en cuya eleccion han demostrado los friburgenses tener mas pru«dencia, pues construyen un edificio para prevenir el mal, al paso «que los ginebrinos levantan el suyo para castigarlo despues de «cometido.»

El escaso número de Jesuitas de que podia la Suiza disponer, hacia penosos y hasta alguna vez mortales los trabajos de la enseñanza y el apostolado; porque no solo debian atender los Padres á la educacion de la juventud, sí que tambien debian desempeñar, al propio tiempo, las demás funciones sacerdotales, siendo á la vez regentes, directores espirituales y catequistas. La asignacion seña-

lada por los Gobiernos á los profesores empleados en los colegios jamás excedió de dos mil cuatrocientos reales; tal era la módica subvencion con que debian vivir y atender á todas sus necesidades, debiendo además hacer brillar en todas partes la luz del Evangelio. Eran los Jesuitas, así en el Valais como en Friburgo, institutores y misioneros, sin que se limitara su celo á estos dos cantones: en Schwytz, Zug, Uri, Unterwald, Lucerna, Ginebra, Soleure, Neuchâtel y en Berna habia tambien católicos que les invocaban, sacerdotes que sentian la necesidad de fortificarse en la virtud, pueblos abandonados que reclamaban con instancia los consuelos y socorros de la Iglesia; siendo siempre los Jesuitas los que acudian á su llamamiento, los que colmaban todos sus deseos. Pusiéronse siempre en todas partes á las órdenes de los Obispos ó de los vicarios apostólicos, multiplicándose á fin de encender la caridad en los corazones, y vencer al maligno espíritu de la indiferencia y de la duda. Ocupaban en Dusseldorf una parte de su antiguo colegio, y despues de haber despertado en aquella ciudad los sentimientos de fe y de piedad, combatieron con gloria y buen resultado una nueva secta de Momios, de la que se habia constituido campeon el conde de Beck. Á los mismos cuidados se entregaron en Hildesheim los Padres Lusken, Van Ewerbroeck y Meganck junto con trece Jesuitas mas: en Brunswick no quisieron los magistrados protestantes separarse ya mas del jesuita que por el Obispo de Hildesheim les fue enviado como un mensajero de paz. En Dresde, donde poseia el P. Gracchi la confianza de la familia Real, y dirigia á la vez la confianza del monarca, el hospital de la ciudad y todos los niños católicos, estalló tambien una revolucion en 1830, que no llevaba mas objeto que herir á los Jesuitas, segun lo indica el haber cercado la casa en que vivian algunos eclesiásticos seculares. Gracchi, que se hallaba en medio de ellos, oyó las imprecaciones y amenazas del irritado populacho, y de repente se presentó ante las turbas: «¿Pedis «los Jesuitas? exclamó; yo soy el único de mi Órden que reside en «esta casa, aquí me teneis.» Como era Gracchi muy conocido, y, sobre todo, amado por su caridad, inclinóse la muchedumbre á su vista y se apaciguó el tumulto.

Habiase conmovido pocos años antes la Alemania protestante, por la abjuracion de Federico Fernando, duque de Anhalt-Kœthen: en un viaje que hizo este Príncipe á París en 1825 con su esposa la duquesa Julia, hermana del Rey de Prusia, habia tenido ocasion de

ver muchas veces al P. Ronsin de la Compañía de Jesús, del que quedó prendado tanto por la amenidad de su carácter como por el atractivo de su conversacion. Tuvo el Príncipe con él diferentes entrevistas en las que le propuso sus dudas y objeciones sobre las verdades del Catolicismo; objeciones y dudas que le supo Ronsin tan bien resolver, que en 24 de octubre el duque, la duquesa y el conde de Ingenheim su hermano, abjuraron el Luteranismo para abrazar la fe romana. Apenas volvió á su principado, anunció Fernando de Anhalt á sus súbditos su regreso á la unidad, excitando semejante noticia la indignacion entre los Luteranos, y sobre todo en el ánimo del Rey de Prusia. Profesa este soberano que no es la autoridad ni la tradicion lo que debe regular la fe, sino la razon individual; por esto prorumpe en anatemas contra su hermano y su cuñado por haberse conformado á sus doctrinas, escuchando el grito de sus convicciones.

Un jesuita habia obtenido esta victoria sobre el Protestantismo, y otro jesuita la consolidó. Á instancias del Duque y en virtud de órden del Papa, dirigióse el P. Beck á Kœten, donde gimieran hasta entonces los Católicos en un estado de opresion. Alentó Beck su ánimo decaido, respetando al mismo tiempo los cultos dominantes, y predicó y evangelizó, aunque sin grande esperanza de resultado por no tener sucesion Fernando de Anhalt, y deber pasar sus Estados, despues de su muerte, á un soberano hereje. Aunque conoció Beck estos obstáculos, no por ello dejaba de continuar con ardor su obra: en 1830 la muerte del Duque puso fin á su mision, siguiendo el Jesuita á la duquesa de Anhalt que ofreció á la Europa el ejemplo de todas las virtudes. Supo el P. Beck hacer germinar de tal modo las ideas de tolerancia durante los años de su mision, que á su voz aumentó considerablemente el número de los Católicos, y hasta edificó una iglesia para dejar en el corazon de los fieles indeleble el recuerdo de su paso. El príncipe Enrique de Anhalt, hermano y sucesor de Fernando, que profesaba el culto luterano, no por esto dejó de aceptar el legado del Jesuita; por el contrario, terminóse la iglesia merced á sus cuidados, y cuando en 1833 fué el Vicario general de Osnabruck á consagrarla, quiso el nuevo Duque asistir á aquella ceremonia ó solemnidad con toda su familia y los jefes protestantes.

No permitieron los nuevos elementos que constituian la sociedad europea á los hijos de san Ignacio tomar una parte activa en las ne-

gociaciones del mundo ni en los asuntos eclesiásticos. La Santa Sede no pudo revestirles del carácter de legados ó nuncios extraordinarios y enviarles á todas las cortes del mundo como á Brouet-Pasquier, Francisco de Borja, Canisio, Possevino y Toledo para discutir y arreglar los intereses del Catolicismo ora con los Reyes, ora con los pueblos. El curso natural de las cosas dejó á la Sociedad de Jesús en la posicion que su Fundador le trazó, y de la que nunca se ha separado sino á su pesar y á la fuerza. Al contrario, ha venido á ser mas religiosa que nunca en este siglo que la política lo desborda todo y en el que cada uno se hace un deber de citar en su tribunal individual los actos de los Príncipes y las tendencias de todos los Gobiernos. En medio de semejante confusion en las ideas y los poderes, pensaron los Jesuitas sábiamente que no podian desempeñar mas que un papel, el cual consistia en abstenerse de toda participacion en los acontecimientos públicos, aceptar sin gozo ni dolor sus consecuencias, y marchar en silencio constante y decididamente hácia el fin que les fue propuesto. Su accion no debia hacerse sentir mas que en los colegios y las cátedras evangélicas; no debian tener otra mision que apaciguar los tumultos del alma, fortificar la piedad, conducir ó guiar á la juventud á la dicha y la paz por medio de la educacion cristiana. Nunca se separaron un ápice del plan trazado por el legislador de la Compañía; por mas que debiese exponerles este plan á sospechas, acusaciones y ultrajes, se resignaron resueltamente á seguirlo.

«Los generales y los principales miembros de la Sociedad, así se «expresan los escritores protestantes de la *Revista de Oxford y de «Cambridge*[1], han sido siempre y continúan siendo todavía hombres «de un gran carácter, prudentes, pero con mas resolucion de la «que se encuentra en las demás gentes; son hombres de un juicio «claro, recto y frio, y de un corazon ardiente que nadie puede acu«sar de insensibilidad; puede tenerse en ellos la mayor confianza en «todos los negocios, pues saben tratarlos con una grandeza muy «distinta de esa baja astucia que se reputa algunas veces de habi«lidad y política. Bajo la direccion de esos admirables guias, que «combaten sin descanso por la causa de la virtud, de la pureza y «del órden civil y religioso, marcha compacto el grande ejército «jesuita, grande no por el número, sino por sus obras, por com-

[1] *Revista de Oxford y de Cambridge*, 1845.

«ponerse de predicadores elocuentes, de misioneros á los cuales ni «los mas penosos trabajos han podido hacerles perder la urbanidad «y finura de sus modales, de hombres de letras de exquisito gusto «y viva imaginacion, de sábios que tienen pasion por el estudio sin «tener su monomanía, de hombres, en fin, que viven en el mundo «sin haber sido nunca mundanos.»

Tales son los rasgos con que designan los Anglicanos á los antiguos y modernos Jesuitas, por haberse avergonzado, al fin, de la credulidad é injusticia de sus antecesores; en Suiza, sin embargo, no habia sancionado aun en 1831 el movimiento de las ideas semejante equidad. Permanecian los Jesuitas del todo extraños á las conmociones que agitaban á la Europa; y no obstante, se tomó su nombre para que sirviera de estandarte á las esperanzas revolucionarias: en el momento, empero, de ver los radicales cási asegurado su triunfo, acusaron á los Jesuitas de servir de rémora á la realizacion de sus planes y de su triunfo. El colegio de Friburgo, que iba en progresivo aumento, era un inagotable manantial de riquezas para el país, y una prenda de seguridad para todas las familias. Hallábanse Francia, Bélgica é Italia el año 1830 en una posicion muy próxima á la anarquía; tambien el canton de Friburgo se asoció á su política encumbrando al poder á ciertos radicales que solo proclamaban la libertad para poder gobernar mas arbitrariamente. Veíase por lo tanto la Compañía de Jesús amenazada, hasta que por último el contacto y la responsabilidad del mando calmaron paulatinamente las efervescencias radicales. Aunque triunfante la oposicion de 1818, no se atrevió á separarse del pueblo y del Clero poniendo en práctica sus doctrinas. Los magistrados y el gran Consejo de Friburgo hacian causa comun con la democracia siempre en accion; por último el nuevo Gobierno sacrificó todas las hostilidades al bienestar general. Hizo el radicalismo la paz con los Jesuitas, sin que nada haya turbado desde entonces la buena armonía que no ha cesado de reinar en el canton.

Necesaria, no obstante, fue la lucha para obtener esta union. Llamábase á los jóvenes para que asistieran á las sesiones del Consejo, con el objeto de iniciarles en la vida pública: tambien disfrutaban de este derecho los discípulos externos de los Jesuitas. Como uno de ellos hiciera oir algunos murmullos de desaprobacion respecto al nombramiento de un diputado, se mandó inmediatamente á los Padres que prohibieran á sus discípulos la entrada á la tribuna: exal-

tados los alumnos en vista de semejante órden, y fuertes por el apoyo que les dispensaban las masas, trataron de sublevarse contra la revolucion. Solo un medio habia para apaciguar aquella juventud ardiente, y este medio fue empleado; intervinieron los Jesuitas, y quedó la paz restablecida. La guerra por medio de la pluma era la que precedia y seguia todas las insurrecciones; hé aquí por qué fue la Compañía de Jesús entonces el blanco de envenenados tiros y ataques que ni aun el gran Consejo pudo prever ni evitar. Lanzáronse con este motivo los estudiantes nuevamente á la arena, y como eran los mejores jueces en esta cuestion, refutaron por escrito de un modo que nada dejaba que desear las imputaciones que se dirigian contra el Instituto. Tomando en el Valais el Gobierno en consideracion la pobreza de los Jesuitas, y admitiendo que todos sus viajes no tenian otro objeto que la utilidad pública, mandó que desde el año 1834 todas las mensajerías del Estado debiesen recibirles gratuitamente.

Hácia la misma época se establecieron tambien los Jesuitas en los valles de Schwytz á instancias de sus magistrados. En vano procuraron el P. Drach, rector del colegio de Friburgo, y el provincial Ignacio Broccard diferir aquel proyecto, puesto que los deseos de Felipe de Angelis, nuncio del Papa, las súplicas de la poblacion, y la voz augusta del Soberano Pontífice triunfaron de su resistencia. Por primera vez penetraban los Jesuitas en aquel país célebre por su amor á la independencia y á la libertad; viniendo á ser el baluarte glorioso que adelantaba el Catolicismo desde la Suiza occidental hácia la Suiza oriental. Como para demostrar los Jesuitas que solo tenia su toma de posesion un fin moral y literario, convirtieron en colegio su noviciado de Estavayer; y á fin de asociarse Gregorio XVI en 1842 á los votos del país, dirigió al Obispo de Coira un breve concebido en éstos términos:

«Habiendo sabido, hace algunos años, que en vuestra diócesis de «Schwytz trataban sus principales habitantes de edificar un cole-«gio para que fuese la juventud educada en él por los Padres de la «Compañía de Jesús, hemos aprobado, como era regular, su pia-«doso designio, secundándolo con el mayor placer.

«Felicitamos por lo tanto á ese ilustre canton y á Vuestra Fra-«ternidad, así como nos felicitamos tambien á Nos de que tan pronto «como los religiosos de la susodicha Compañía han sido llamados «por las unánimes aclamaciones del pueblo y del Clero, hayan po-

«dido abrir sus escuelas para el bien de la juventud, y que insen-
«siblemente con las limosnas de los fieles y las dádivas de algunos
«príncipes extranjeros, hayan podido construir una casa bastante
«espaciosa para servirles de colegio.

«Por los brillantes resultados que ya desde un principio obtuvie-
«ron esas escuelas nacientes, se puede presagiar de cuánta utilidad,
«Dios mediante, será ese colegio para la Religion católica y para
«la República.»

CAPÍTULO III.

La restauracion de los Borbones y la Francia de 1814. — Aconseja el príncipe de Talleyrand á Luis XVIII la reposicion de los Jesuitas. — Perplejidad del Rey. — Medidas que toma el Ministro en desgracia. — Situacion de los Padres de la Compañía en Francia. — El P. Varin y los Padres de la Fe. — Los Jesuitas ante la Carta constitucional. — ¿Es legal su existencia ? — Funda el P. Varin el Instituto de Damas del Sagrado Corazon, de la santa Familia, y de Nuestra Señora. — Objeto de esta triple fundacion. — El P. Delpuits crea la Congregacion. — Sus principios y su objeto. — Los primeros congreganistas. Decreto que los disuelve. — El abate Legris-Duval se encarga de su direccion. — Los Jesuitas permanecen indiferentes al movimiento político. — Orígen del liberalismo. — Sus primeros apóstoles. — Los Jesuitas dispersos en 1815. — Los Obispos de la Iglesia galicana llaman á los Jesuitas para dirigir sus pequeños seminarios. — Fundacion de ocho casas. — El cardenal de Bausset y los Padres de la Compañía. — Difícil posicion en que se colocan. — La prensa constitucional se declara contra el Instituto y la soberanía. — Muerte del P. de Clorivière, provincial de Francia. — Simpson le sucede. — Su carta á los superiores que están á sus órdenes. — Los verdaderos *Monita secreta* de los Jesuitas. — Su política puesta en claro. — Comienzo de las misiones. — Obligan los Obispos á los Jesuitas á ser misioneros. — Resígnanse los Padres á la impopularidad para obedecer las órdenes de los Prelados. — Mision de Brest. — El motin y la libertad. — Los principales misioneros de la Compañía. — El P. Guyon. — Efecto producido por sus misiones. — El abate de Lamennais con los Jesuitas. — Carta del P. Rozaven al P. Richardot acerca la neutralidad que debe guardarse sobre el sistema de Mr. de Lamennais. — Conferencia de Rozaven y de Lamennais. — El P. Godinot y el autor del *Ensayo sobre la indiferencia*. — Descontento de Lamennais. — El P. Bzrozowski es partidario de sus doctrinas. — Invita Lamennais á los Jesuitas á marchar bajo su bandera. — Mr. Luis de Carné critica á los Jesuitas. — Los partidos extremos aclaman ó denigran á los Jesuitas. — Influencia que se les supone. — El P. Ronsin al frente de la Congregacion. — Obras de la Congregacion. — La capilla de las misiones extranjeras. — Ejercicios de los Congreganistas. — Fundaciones piadosas. — La sociedad de Buenas Obras. — Los pequeños saboyanos. — La sociedad de san Francisco de Regis. — El Clero y los láicos en la Congregacion. — Cólera del liberalismo contra la Congregacion. — Objeto que se propone con su furor. — Confiérense al P. Ronsin poderes extraordinarios. — Reproches y calumnias dirigidos á los Congreganistas. — La Congregacion domina á la Francia. — Terror de la oposicion anticatólica. — ¿Ha reinado la Congregacion? — Efectos del terror liberal. — El duque de

Rohan y el abate Mateo reemplazan al P. Ronsin. — Congregacion militar. — Logra el liberalismo hacerla disolver.

Acababa de operarse en Francia una revolucion tan decisiva en las ideas como en las costumbres: esta revolucion, cuyo foco permanente era París, pugnaba por entronizarse hasta en los confines del mundo. Á pesar de los reveses militares y la caida del Imperio, la Francia, abandonada por la victoria, reinaba aun moralmente sobre la Europa. El regreso de los Borbones, el entusiasmo universal con que fueron acogidos, los principios de religion, de monarquía y de órden que supo Napoleon reponer en su vigor, todo indicaba á creer que podrian dominarse un dia los instintos demagógicos. Para ello solo debia seguirse la línea trazada por el Emperador con su tan prudente energía: no debia restaurarse de lo pasado mas que lo que era bueno y aceptable en sí, ni permitirse de lo presente sino aquello que e tuviese conforme con el interés general. Los acontecimientos, empero, fueron superiores á los hombres: los Borbones sucumbieron bajo el peso de la alta mision que plugo á la Providencia imponerles.

Despues de calmados los transportes de gozo que en todas partes resonaron unánimemente, la Francia, de monárquica que la dejó Bonaparte, se vió de repente conducida de nuevo hácia sus errores revolucionarios; la habia dejado tambien religiosa, y los Borbones iban á permitir quese corrompiese su fe. Cuando despues de la batalla de Waterloo en 1815, quiso el príncipe de Talleyrand, presidente del Consejo, entenderse con Luis XVIII sobre los medios que debian emplearse para calmar los ánimos y consolidar el trono, no titubeó el antiguo Obispo de Autun en declarar al Rey sobre el particular su parecer. «Señor, le dijo, si V. M. desea conservarse «en las Tullerías, es necesario tomar para ello desde luego todas «las precauciones. Solo una prudente y fuerte educacion puede pro«curar á las nuevas generaciones esa calma interior de que cada «cual demuestra la necesidad: el medio mas eficaz para lograrlo «sin experimentar sacudimiento alguno, es la reconstitucion legal «de la Compañía de Jesús.» Luis XVIII, conforme aun con los decretos de los Parlamentos, deploraba los efectos de la vasta conspiracion que derrocó su trono, sin contar que aquel complot era hijo natural del que causó la destruccion de los Jesuitas. Admirábase de ver á uno de los miembros mas influyentes de la Asamblea nacio-

nal, á un obispo perjuro, que le sometia semejante proyecto. Léjos de imponer á Talleyrand las chanzas filosóficas del Monarca, continuó afirmando con mas autoridad que solo los Jesuitas eran capaces de unir lo pasado á lo presente, y de asegurar lo por venir. Pidió Luis XVIII algun tiempo para reflexionar sobre este punto; pero como durante aquel tiempo cayese Talleyrand del poder, empezó desde luego la guerra incesante de que se vió objeto la Sociedad de san Ignacio. No habia podido el Ministro convencer al Rey de la prudencia de sus consejos; pues bien, comprendió aquel hombre de oposicion que lo que mas convenia á sus planes, era privar á los que debiesen sucederle en el Ministerio de un apoyo considerado por él indispensable, y ya que no se le permitió confiar la educacion á los Jesuitas, se decidió á hacerles la guerra, á fin de que no pudiesen estos sostener con su cooperacion á los que debiesen sucederle en el Ministerio.

Queda fuera de toda duda, que tenian los Jesuitas un adversario que se hubiera convertido de buena gana en su protector mas decidido, bajo las condiciones impuestas por él: Talleyrand, en quien superaban de mucho los defectos á las virtudes, hubiera buscado aquellas condiciones en las necesidades del momento, y no en las conveniencias sociales y religiosas. No era Talleyrand uno de aquellos políticos que transigiese con su egoismo en provecho de la idea cristiana ó moral. Luis XVIII cometió, sin embargo, una gran falta al despreciar el plan del Presidente de su Consejo; falta que hizo expiar á los Jesuitas el Ministro caido.

Era tan precaria en Francia la existencia de los Jesuitas, que á lo mas puede decirse que vivia tan solo su recuerdo en el corazon de algunos ancianos; porque hasta el Clero solo recordaba por tradicion los servicios que prestara un dia la Compañía de Jesús á la Iglesia y al reino. Es verdad que no habia podido olvidar las luchas sostenidas contra los Padres del Instituto por la Universidad, por los Parlamentos y por los filósofos; y por esto los últimos Jesuitas que ofrecian en sus grandes obras á los ojos del Clero francés el modelo de todas las virtudes, lograron avivar en su corazon un sentimiento de gratitud. Profesábales el mayor respeto, y creíase feliz el Clero pudiendo imitar el ardiente celo de tales hombres; pero habíase ido cebando paulatinamente la muerte en sus filas, sin que nunca se cubrieran en ellas los claros que dejaba, hasta el punto de no quedar en breve la Compañía reducida mas que á un recuerdo.

Los Padres de la Fe, que con su superior el abate Varin, no imitaron el ejemplo de sus asociados yendo á reunirse á la Compañía de Jesús, resucitada en Rusia, creian entonces ver realizada la mas hermosa de sus esperanzas. Se habian declarado partidarios decididos del Instituto de san Ignacio cuando todo parecia serle contrario, esperando que seria la piedra angular, por decirlo así, destinada á la reconstruccion del edificio. Pedian ser agregados al Instituto en el momento en que la Europa empleaba el triunfo de sus armas en la restauracion de las ideas de órden.

La intencion del abate Varin se manifestaba en todas sus obras: los Padres de la Fe, así como los antiguos Jesuitas, habian participado y dulcificado, en lo posible, los males de la Iglesia. Proscritos ya una vez por Napoleon, pedian el honor de verse nuevamente proscritos. Entre estos Padres, que habian procurado ya á la Sociedad de Jesús hombres célebres como Rozaven, Grivel, Kohlmann, Sineo, Mutti y Godinot, notábase aun á German Dumouchel, Eloy de Temps, Edmundo Cahier, Nicolás Jennesseaux, Agustin Coulon, Antonio Thomás, Pedro Cuenet, Leblanc, Gloriot, de Brosse, Sellier, Barat, Roger, Gury, Ronsin, Loriquet, Joubert, Boissard, Bequet, Vrindts y Ladevière. Todos estos sacerdotes eran conocidos en París y en las provincias por su ilustrado celo y su caridad ardiente y benéfica. Vióse el P. Clorivière durante este tiempo investido de los poderes necesarios para reponer la Sociedad en Francia y acoger individualmente en su seno á los Padres de la Fe, cuyos antiguos servicios fueron aceptados como un noviciado anticipado. Como habian combatido y enseñado, tenian muchos amigos y alumnos. Algunos jóvenes eclesiásticos y hasta muchos láicos se presentaron a reforzar las filas de los antiguos Jesuitas, adhiriéndose en un todo á las condiciones impuestas por san Ignacio: la Órden, que reconocia la importancia que era para ella el ofrecerse á la Iglesia en el mayor número posible, recibió con amor á sus nuevos afiliados en aquel momento de transicion. Hé aquí el el estado de las cosas en Francia, cuando publicó Pio VII su bula restableciendo la Sociedad. Si bien conocieron los Jesuitas franceses las necesidades de su posicion, y las que procuraba suscitarles con decidido empeño el Gobierno de Luis XVIII; no quisieron, sin embargo, hacer uso del derecho de libertad que concedia la Carta á todos los franceses. Vivamente deseados por los Obispos y los Consejos municipales de las mas importantes ciudades, apenas acababan

de entrar en la vida pública, no quisieron pedir los Jesuitas al Rey ni al poder legislativo un permiso de existencia que les concedia la ley, limitándose á marchar sin ostentacion ni rumor hácia el fin que les habia sido señalado.

Esta situacion anómala, que nunca tendia á regularizarse, era cada dia objeto de graves cuestiones constitucionales, que de cualquier modo que se resolviesen debian destruir, ó la libertad de conciencia, ó los escrúpulos de los terribles partidarios de la Carta, preparando ya en su nombre la revolucion que debia anonadarla. Estos puntos de controversia, que debian agitarse aun por mucho tiempo, surgieron de nuevo con el renacimiento del Instituto: necesario es por lo tanto precisarlos y proceder á su exámen.

De su propia eleccion y efecto de su voluntad, diferentes obispos de la Iglesia galicana apoyados en la Real órden [1] de 5 octubre de 1814, llamaron á los Jesuitas para confiarles las funciones mas difíciles del santo ministerio, y encargarles además la educacion de la juventud. Sometidos los Jesuitas, así como los demás sacerdotes, á la jurisdiccion episcopal y á las leyes del Reino, y sin recibir de los

[1] La Real órden de 5 de octubre de 1814 que dispone que los pequeños Seminarios sean de la jurisdiccion de los Obispos, no ha sido insertada en el *Boletin oficial;* creemos por lo tanto indispensable continuar su texto en la presente historia:

«Luis, por la gracia de Dios, etc.

«Teniendo en consideracion la necesidad en que se ven los Arzobispos y Obis-«pos de nuestro reino, las circunstancias difíciles en que se halla la Iglesia de «Francia para hacer instruir desde la infancia á los jóvenes á fin de que pue-«dan entrar despues con provecho en los grandes seminarios, y deseando pro-«curarles medios de cumplir fácilmente esta piadosa intencion;

«No queriendo, sin embargo, que estas escuelas se multipliquen sin razon «legítima;

«Oida la relacion de nuestro Ministro secretario de Estado del Interior,

«Hemos mandado y mandamos lo que sigue:

«Artículo 1.° Los Arzobispos y Obispos de nuestro reino podrán tener en «cada departamento una escuela eclesiástica, cuyos jefes é institutores nom-«brarán ellos mismos, cuidando de hacer instruir en ellas á los jóvenes desti-«nados á entrar en los grandes seminarios.

«Art. 2.° Deberán plantearse estas escuelas en despoblado ó en los puntos «donde no haya liceo ni colegio comunal.

«Art. 3.° En el caso de que se situaran en poblaciones que hubiese liceo ó «colegio comunal, estarán obligados los escolásticos despues de dos años de es-«tudios á vestir el hábito eclesiástico.

«No se les obligará á asistir á las clases de dichos liceos y colegios.

«Art. 4.° A fin de disminuir en lo posible los gastos de estos establecimien-

Prelados mas que el privilegio de predicar, confesar y enseñar, se contentaron con seguir en su fuero interno la regla de san Ignacio de Loyola. Como corporacion, no tenian ni solicitaron ninguna existencia civil, ningun derecho de poseer ó adquirir, ninguna prerogativa en el órden religioso ó político, ningun carácter mas que el de sacerdote francés.

Si bien es verdad que algunas decisiones judiciales destruyeron en otro tiempo á la Compañía de Jesús, no lo es por desgracia menos el que un edicto real sancionase aquellas decisiones. Al herir de nulidad las leyes revolucionarias á las corporaciones religiosas y seculares que proscribieron, solo lograron darles nuevo vigor y vida; porque la autoridad de la cosa juzgada no puede extenderse mas que sobre lo pasado, esto es, sobre la cosa tal cual existe en el momento en que se juzga, pero de ningun modo sobre su porvenir. La Constitucion de 1791, así como la ley de 1790, declaró no reconocer los votos religiosos; y el decreto de 18 de agosto de 1792 suprimió [1] todas las congregaciones y cofradías en los términos mas generales y absolutos. Fueron estas leyes virtualmente abolidas tan pronto como tomó Bonaparte las riendas del Estado, por haberse

«tos, se eximirá á los escolásticos de la retribucion que pagan á la Universidad «los que cursan en los liceos, colegios, instituciones y pensionados.

«Art. 5.° Los discípulos que hayan terminado sus cursos, podrán presen- «tarse á la Universidad para obtener el grado de bachiller en letras.

«Cuyo grado se les conferirá gratuitamente.

«Art. 6.° No podrá erigirse en cada departamento una segunda escuela «eclesiástica sin nuestra autorizacion, la cual solo se concederá prévia relacion «de nuestro Ministro secretario de Estado del Interior, despues que habrá oido «al obispo y al rector de la Universidad.

«Art. 7.° Podrán admitir las escuelas eclesiásticas legados y donaciones, «conformándose empero á las leyes existentes sobre esta materia.

«Art. 8.° No debe entenderse derogada nuestra órden de 22 de junio último «en lo concerniente á sostener provisionalmente los decretos y reglamentos re- «lativos á la Universidad.

«Únicamente lo serán todos los artículos de dichos decretos y reglamentos «contrarios á la presente.

«Art. 9.° Nuestro Ministro secretario de Estado del Interior quedará en- «cargado de la ejecucion de la presente órden.—Dada en el Palacio de las Tu- «llerías á 5 de octubre del año de gracia 1814.—*Firmado*, Luis.—Por el Rey: «—*Firmado*, el abate de Montesquieu.»

[1] Dióse este decreto cuando el infortunado Luis XVI estaba preso en el Temple; como no fue, pues, sancionado por el Rey, ni aun en virtud de la misma Constitucion, no pudo ser considerado nunca como obligatorio.

hecho un deber y una gloria de levantar los altares de su patria de la postracion y abandono en que yacian. Como la religion católica no puede subsistir sin votos y congregaciones, vióse el Emperador obligado á soportar esta exigencia, que sostuvo, combatió y toleró alternativamente, segun los cálculos de su política, ó los impulsos del momento. Los Padres de la Fe fueron disueltos por un decreto de mesidor del año XII; pero aquel decreto no alcanzaba á los Jesuitas, ni les era aplicable en ningun caso, ni tampoco se llevó á efecto en 1804.

La promulgacion de la Carta introdujo en Francia un nuevo derecho público, y modificó esencialmente las relaciones de la Religion con el Estado.

En otros tiempos era en Francia el Rey obispo exterior y defensor de los Cánones; la Iglesia, en cambio de esta proteccion temporal que los Príncipes le acordaban, les hacia en algun modo partícipes de su poder. «La santa sociedad ó union que reinaba entre estos dos «poderes, dice Bossuet, parecia exigir que ejerciese el uno las fun«ciones del otro; y esto era lo que uno y otro poder hacian en vir«tud de aquel consentimiento mútuo, expreso ó tácito.» Pero la libertad de cultos, proclamada por el artículo 5 de la Carta, modificaba en su esencia el antiguo órden de cosas. Al igual de los demás cultos, estaba la religion católica en posesion de un pleno y entero ejercicio, segun sus propias reglas, y bajo la sancion del Papa y de los Obispos, por todo lo concerniente á lo espiritual: así es que fuera de la esfera de los derechos temporales y civiles, veíase la Iglesia mas libre, emancipada é independiente de derecho, de lo que lo estaba bajo el antiguo régimen. Pero la escuela política que inspiró estas teorías de libertad procuró ya desde un principio circunscribirlas y hacerlas irrealizables en la práctica ó aplicacion. La existencia de corporaciones religiosas sin derechos civiles estaba proclamada. No podia descender la ley hasta el fondo de las conciencias para enterarse de los votos hechos, ni discutir el género de vida que queria abrazar un pequeño número de franceses; solo les prestaba apoyo como á los demás ciudadanos, exigiéndoles en cambio obediencia y respeto en todos los actos de la vida pública. La asociacion desautorizada no podia formar una persona moral y civil, porque sus miembros no eran mas que individuos aislados á los ojos de la ley, dejados por ella en el órden comun: quedaban sujetos á las mismas penas impuestas á los demás ciudadanos, sometidos á la

misma vigilancia y á los mismos cargos; eran católicos en su patria del mismo modo que hubieran podido serlo en la América y la Inglaterra protestantes.

Estos dos últimos Estados interpretaban mas ámpliamente el principio de independencia religiosa. Creyéronse los Jesuitas que despues de las crueles pruebas por que acababa de pasar la Francia no seria celosa de sus nuevos derechos; sin embargo se abstuvieron de despertar dormidos odios por no crear obstáculos al Gobierno. Al devolverles la vida el Soberano Pontífice, les puso bajo la salvaguardia y á la disposicion de los Obispos; la Carta les garantia la libertad y proteccion debidas á cada culto, y èsto les bastaba para emprender resignados y felices aquella nueva senda enteramente legal. No podia el poder civil inmiscuirse en los votos que no causasen ningun perjuicio al Estado; á mas de que eran aceptados los Jesuitas por el Ordinario, y considerados por la ley como simples sacerdotes, por mas que fuesen religiosos en su foro interno. Como era aquella una situacion normal, instaláronse los Jesuitas desde el mes de octubre de 1814 en Burdeos, Forcalquier, Amiens, Soissons, Montmorillon y Santa Ana de Auray, despues de haberse reunido pocos dias antes en comunidad en la casa de la calle de Correos, que las damas de la Visitacion acababan de cederles. El Gobierno, que no les apoyaba ni tampoco les hostilizaba en lo mas mínimo, permitió que se establecieran y procediesen en silencio, obedeciendo la voz de los Obispos, á la práctica de buenas obras que cada cual habia empezado ó realizado durante la dispersion,

Siempre creyeron los antiguos Jesuitas y los nuevos Padres de la Fe, que debian inesperados acontecimientos unirles de nuevo bajo la bandera de san Ignacio; por esto animados de tan santa esperanza se les vió durante aquellos aciagos dias que inundaron de sangre la Francia sembrar, así en Paris como en las provincias, el gérmen de todas las virtudes. Su objeto era comun, aunque no hubiese entre ellos ningun vínculo de asociacion: acababa de destruir la Revolucion los establecimientos religiosos en que aprendia la infancia á ser cristiana, y en que la juventud de ambos sexos se ilustraba con la ciencia y la piedad; y los Jesuitas y los Padres de la Fe procuraron con aquella noble persistencia que nada pudo vencer, levantar el edificio destruido sobre sus mismas ruinas. Creia el abate de Tournely á fines del último siglo, que la princesa Luisa de Condé y la archiduquesa Mariana de Austria le apoyarian en su noble pro-

yecto de fundar una congregacion de religiosas destinadas á la educacion de las niñas; pero sus esperanzas salieron por entonces fallidas. Léjos de desalentarse por ello el P. Varin, confidente de sus planes, se dirigió á una hija del pueblo, ya que consideraban las Princesas como imposible el cumplimiento de semejante voto; encontrando en Magdalena Sofía Barat, hermana del P. Barat, la persona que debia secundarle. Pocos meses despues de estos acontecimientos que ocurrian hácia el año de 1800 presentáronse ya algunas compañeras á la señorita Barat, cuyo número fué aumentando cada dia á medida que empezaron á operar el bien, recibiendo entonces de su fundador el nombre de Damas del Sagrado Corazon. Varin, el amigo de Mr. Portalis, y que fue mas de una vez sostenido por aquel gran ministro [1], les trazó un plan de Constituciones y les impuso las reglas que debian seguir. De este modo fué aumentándose aquella Congregacion, llamada á prestar tantos servicios á las diversas clases de la sociedad.

Hácia aquel mismo tiempo, el P. Bacoffe, otro discípulo del Instituto, concibió en Besanzon la idea de establecer una escuela normal, en la que debian formarse las institutrices para llevar hasta el fondo de las provincias los tesoros de la educacion cristiana. La reposicion de los Jesuitas era todavía un problema, cuando ellos empezaban ya á tomar por su base la continuacion de la obra que les

[1] Las relaciones de los Padres de la Fe con Portalis no son ya un misterio, y honran tanto á los discípulos del Instituto como al mismo Ministro: era Portalis un antiguo parlamentario que procuraba hacer reflorecer en Francia la religion católica. Los obstáculos con que tropezó en su camino le obligaron á tomar muchas veces infinitos rodeos, á pronunciar palabras malsonantes, y á consignar en sus actos oficiales medidas y doctrinas inadmisibles bajo el punto de vista religioso. Pero estos actos fueron tan solo concesiones hechas á la incredulidad para mejor obtener el fin que se proponia. Todo tendia á reconstituir la Iglesia de Francia, y Portalis fue quien se encargó de esta mision tan importante, que supo llevar, con la ayuda del primer Cónsul, felizmente á cabo. Mr. de Crouseilles y la condesa de Grammont pusieron al P. Varin en contacto con el consejero de Bonaparte, el cual tuvo entonces ocasion de conocer y apreciar á la mayor parte de los futuros Jesuitas, llegando á ser su mas íntimo amigo, conforme se lo demostró repetidas veces al protegerles contra las denuncias de la policía. Así es que el 18 fructidor del año X, dió cuenta por escrito á Bonaparte de sus relaciones con el P. Varin, cuya correspondencia habia ido á parar en manos de Fouché. Mas tarde, ó sea en 1804, pareció abandonar Portalis á sus protegidos; pero al través de sus injusticias calculadas veíanse todavía las benévolas intenciones del Ministro de Cultos en favor de las asociaciones religiosas que el cardenal Fesch defendia.

habia sido arrancada de las manos. Las Damas del Sagrado Corazon tomaron á su cargo la mision de instruir á las jóvenes ricas, así como la Congregacion de la Santa Familia fue destinada á educar á las niñas que se viesen en la indigencia. Por ello dió el P. Varin á esta Órden una regla conforme á las necesidades que se proponian satisfacer.

La riqueza y la pobreza tuvieron sus escuelas; tambien quiso Varin que tuviesen igualmente la suya las niñas de la clase media así en las ciudades como en las pequeñas poblaciones [1] fundando, á este fin, con la madre Julia, la Congregacion de Nuestra Señora. Consagraban los últimos Jesuitas sus postreros dias en crear establecimientos cuya utilidad debian apreciar todos los poderes: otro Padre de la Compañía, llamado Juan Bautista Bourdier-Delpuits, natural de Auvernia, realizó en su retiro un tierno pensamiento de igualdad cristiana. Las saturnales de 1793, las locas orgías del Directorio, brillaron con su fatídico esplendor en la exaltada mente de algunos jóvenes, que pronto, no obstante, encontraron en el estudio y la plegaria un preservativo contra semejante desmoralizacion, por haber acudido solícitos á escuchar la palabra del P. Delpuits. Tal era el apóstol de todos aquellos hombres destinados á brillar en el mundo por su ciencia, por sus trabajos ó por la ilustracion de su nacimiento, á quienes sostuvo y alentó el Jesuita en la terrible lucha que iban á emprender. Cuando vió que la regularidad de sus costumbres, así como la inteligencia de su celo y su caridad siempre ardiente no se desmentian entre sí, les refirió como en 1563 habia instituido el P. Leon la Congregacion de la Vírgen santísima, demostrándoles la alta importancia y beneficios de semejante institucion. La proposicion de Delpuits fue aceptada: el cardenal de Belloy, arzobispo de París, aprobó aquella determinacion, y en 2 de febrero de 1801, los doctores Buisson y Fizeau, Regnier, juez del tribunal del Sena, de Marignon, Mateo y Eugenio de Montmorency fueron los seis primeros congreganistas.

Aspiraba el P. Delpuits á salvar del naufragio universal las creencias religiosas y el pudor de los jóvenes que de todas partes acudian á París para estudiar el derecho y medicina, ó para entregarse á la

[1] Planteóse este instituto en Bélgica, donde se retiró la madre Julia, siendo Namur el centro de la Congregacion, y desde donde eran destinadas las Hermanas á todas las provincias. Madama Blin de Bourdon sucedió á la fundadora.

diplomacia, al comercio, á la carrera militar, á la industria y á la instruccion pública. Tal fue el objeto primordial de la Congregacion, cuyos miembros debian ser los misioneros de la familia, de la amistad ó de la confraternidad: visitaban los enfermos, socorrian los pobres vergonzantes, enseñaban así en los salones como en los talleres, mas bien por su ejemplo que por sus consejos, á practicar las leyes del Evangelio. Propagábase rápidamente esta asociacion de buenas obras, llegando á extenderse en pocos años hasta diferentes ciudades, sobre todo desde que le dispensó Pio VII sus piadosos favores. Grenoble, Rennes, Nantes, Lisieux, Toulouse y Poitiers obtuvieron su Congregacion dependiente de la de París; así como Lyon obtuvo tambien la suya aunque distinta é independiente. En el espacio de algunos años, ó sea desde 1801 á 1814, contó el Padre Delpuits en el número de sus neófitos á muchos personajes que debian honrar el Episcopado, la diplomacia, las armas y la ciencia; leyéndose en cada página de los registros de la Congregacion nombres que se hicieron por mas de un concepto ilustres. Tales fueron el médico Laënnec y Alejo de Noailles, los tres Gaultier de Claubry y el conde de Breteuil, Nicolás, Roberto y Justino de Maccarthy y el matemático Binet, Luis Cárlos de La Bedoyère, y el jurisconsulto Portets, el sábio Cauchy y el duque de Béthune-Sully, el elocuente Hennequin y el duque de Rohan, el doctor Cruveilhier y el marqués de Mirepoix, Fernando de Berthier y el marqués de Rosambo. Vense igualmente en aquellas mismas listas los nombres de un gran número de jóvenes ú hombres ya de entrada edad, que el Clero vió ó ve todavía á su frente: hállanse tambien en ellas algunos obispos, tales como Bruté, Martial, Forbin de Janson, Feutrier, de Mazenod y de Jerphanion; así como eminentes sacerdotes que como el sulpiciano Teyssère y los abates Carron, Desjardins, Mansuy, de Retz y Auger prestaron á la Iglesia y al reino importantes servicios que el tiempo no podrá borrar. Empezó en 1810 la Congregacion á revelar su influencia, oponiéndose á los proyectos antireligiosos del Emperador, el cual la suprimió por este motivo en virtud de un decreto. El abate Philibert, que fue despues obispo de Grenoble, se encargó de reunir los congreganistas errantes, quedando su Órden proscrita hasta la caida de Napoleon. Dirigia en aquella época á los congreganistas el abate Legris-Duval cuyo nombre era tan popular á causa de la uncion de su palabra y de su caridad sin límites, reuniéndolos en una capilla interior de las Misiones extran-

jeras: en el mes de setiembre confió Legris su patronato al P. de Clorivière, nombrado pocos dias despues provincial de la Sociedad de Jesús de Francia, el cual procuró en esta cualidad reunir los despojos que habian escapado al naufragio de la Compañía.

Fueron tales los cuidados de los Jesuitas, que aun en el tiempo mismo en que la sola idea de su restablecimiento parecia una quimera, fundaban numerosas instituciones; de este modo iban organizándose, cuando el regreso de Bonaparte acontecido en 20 de marzo de 1815 les diseminó de nuevo. Despues de los Cien dias disfrutaron de algunos años de calma que resolvieron consagrar al triunfo de la fe y á la educacion, alentados por los grandes resultados que habian obtenido, sin contar para ello con grandes medios. La perseverancia entre los Jesuitas supo triunfar de todos los obstáculos, y en medio de la crísis que derrocaba el trono imperial conocian que su cooperacion podia servir de mucho; iban los Padres reconstituyéndose en silencio, sin que les impidiera aquel trabajo interior dedicarse á las obras exteriores. Predicaban unos en las ciudades, al paso que otros enseñaban en los colegios, procurando todos aumentar el número de sus hermanos que, á causa de la decrepitud de los mas de ellos y de ser aquel número tan escaso, era objeto de la mayor inquietud para el porvenir. Deseaban que los novicios pudiesen formarse bajo la direccion ó en la escuela de aquellos maestros que despues de haber visto los últimos dias de la antigua Compañía, terminaban su existencia en las angustias del destierro y en las luchas del martirio: era aquella, para los Jesuitas, una enseñanza preciosa que no quiso el cielo rehusar á sus fervientes votos; sobre todo para aquellos jóvenes llenos de celo, de piedad y de ciencia que solícitos acudieron de todas partes al primer llamamiento de los Jesuitas.

La Restauracion de 1814 reunió en uno solo todos los partidos; lo que fue tanto mas fácil, en cuanto estaba ya cansada la Francia del crímen, de la gloria, y sobre todo de aquella guerra eterna que sacrificaba las generaciones cási en su misma cuna. Estaba por lo mismo la Francia sedienta de paz, de órden y de la felicidad que se disfruta en el seno de la familia; siendo Luis XVIII el que estaba destinado por la Providencia á hacerla disfrutar de tan señalados beneficios. Para mejor lograrlo quiso desempeñar el papel de soberano constitucional, cuando tan solo habria debido pensar en ser el verdadero padre de la patria· así es que se vió á un pueblo que aca-

baba de pasar por los excesos de la demagogia y del despotismo sin protestar siquiera, discutir la inteligencia política, la libertad religiosa y los derechos electorales. De este modo creó el Rey poderes que nunca habian existido, modificó hasta en su esencia el carácter nacional, y, cuando la elasticidad de los artículos del pacto fundamental enseñó ó demostró á cada francés el instrumento de destruccion que acercaba Luis XVIII á su trono, cada cual empezó entonces segun sus pasiones ú odios, necesidades ó intereses, á maldecir ó ensalzar al nuevo Rey legislador.

Sobre todo en las filas de los enemigos de la monarquía fue donde tuvo mas panegiristas el proceder del Rey. La Revolucion, que acababa de verse vencida, se replegó bajo el fuego mortífero que permitia la Carta dirigir contra todas las ideas religiosas y sociales; la Revolucion se declaraba condenada á la impotencia, mientras se transformaba en admiradora del cetro constitucional: adoptó la Carta como el paladion de sus esperanzas, como el ariete con el cual le seria sumamente fácil derribar un dia el trono de los Borbones. Los elementos de fuerza y autoridad existian en todas partes: solo faltaba servirse de ellas con discernimiento y prudencia. Dejó dudar Luis XVIII del poder de que se veria investido por la fuerza de las cosas; por esto se procuró una vana popularidad, halagó á los indiferentes, tembló ante sus adversarios, sin tener el valor necesario para alentar á sus fieles defensores. Tuvo todas las debilidades del amor propio, sin demostrar ni un solo dia un destello de la dignidad Real; así es que no supo ni corresponder dignamente á la grandeza de la alta mision que le estaba confiada, ni hacer frente á los peligros de la situacion. La libertad, que solo debia servir de escudo para proteger los derechos de todos, se convirtió en tajante espada para dar muerte á la Religion y á la soberanía.

Con un instinto conservador, del que carecia desgraciadamente el Monarca, pensaron los Jesuitas que convenia ante todo á sus miras ulteriores vivir enteramente separados de la política. Absortos en las tareas del sagrado ministerio, y procurando sostenerse y aumentarse en un país en que las leyes y las costumbres sufrian tan extrañas modificaciones; en un país donde por medio de elogios llenos de enfáticas imposturas se procuraba hinchar la cándida vanidad de la juventud; donde los mas sábios profesores, los políticos y los escritores mas famosos se envilecian delante de ella hasta al punto de inducir á aquella misma juventud á conspirar en las calles en

provecho de su ambicion, no tenian los Jesuitas ni el tiempo ni la voluntad necesarios para entrometerse en aquellas continuas luchas de los partidos. Imponíales por otra parte el Instituto de san Ignacio la obligacion de observar aquella neutralidad; la experiencia confirmó la observancia de esta regla dictada por su Fundador. Pasáronse los primeros años de su rehabilitacion así en la calle de Correos como en los departamentos, sin que tuviese lugar ningun acontecimiento notable: solo de cuando en cuando brillaba un relámpago, presagio seguro de la tempestad, en la prensa liberal; pero como aquel relámpago ó rayo no tenia ninguna causa eficiente, pasaba cási desapercibido, ó quedaba á lo menos prontamente olvidado. Las opiniones se clasificaban con los hombres, y era el poder con tenacidad disputado para consolidar ó perder la monarquía. En medio de esta conflagracion de palabras y de escritos, quedaban los Jesuitas olvidados, por no conocerles todavía el liberalismo, y por no haber resuelto aun Talleyrand emplear su nombre para el triunfo de sus ambiciosas miras.

Parapetábase la Revolucion tras la Carta, y se titulaba realista constitucional, tributando no obstante su admiracion y su respeto á los hombres y á los acontecimientos de 1793; y se hacia atea con respecto á la ley, al paso que se proponia trazar al Papado y al Episcopado la línea de conducta que debian seguir para hacer respetar su Iglesia. Admitia como principio la libertad de cultos, los cuales aceptaba todos, todos excepto el que proclamaba la Carta religion del Estado. No hablaba el liberalismo como la República, de degollar á los sacerdotes, destruir los templos y embrutecer al pueblo con una impiedad sistemática; no ostentaba ni la grandiosidad del crímen, ni la audacia de la ignorancia; preferia ir paso á paso procediendo con hipocresía, y confeccionando por medio de la calumnia cotidiana un veneno lento, cuya accion debia ser infalible. Era preciso crear en Francia un pueblo aparte, acostumbrarle por grados á una credulidad sobrehumana, enredarle á su pesar en un tejido de imposturas calculadas, y obligarle á recibir como verdades incontestables todas las mentiras que exigia la necesidad y triunfo de su mala causa. Tambien eran asimismo indispensables grandes sacrificios de dinero, de honor y de conciencia; pero los jefes solo cargaron con la menor parte de ellos, haciendo recaer los restantes sobre los incautos que creyeron en su falacidad.

Hay en Francia ciertas palabras que tienen una fuerza y valor en-

teramente desconocidos en el resto de Europa ; con aquellas palabras, pues, se corrompen los corazones, y se ofuscan las inteligencias lograndose que algunos talentos llenos de rectitud y sinceridad individual lleguen á un extremo de credulidad incomprensible para los demas pueblos. Acababa de caer Napoleon en medio de los aplausos del mundo todo ; empero nadie como la cámara de Diputados de 1815, ultimo eco de las pasiones revolucionarias y foco por lo mismo del liberalismo naciente, le ultrajó en la majestad de sus infortunios. Por el organo de algunos abogados, osó concebir esta Cámara la idea de poner fuera de la ley al leon derribado, le anatematizó despues de Waterloo, y aquellos mismos abogados, transformados en patriotas, se esforzaron algunos años despues en resucitar la popularidad del Emperador. Este nombre, grabado en los recuerdos del pueblo con caractéres gloriosos y sangrientos, fue el lábaro que sirvió de guia á las ideas revolucionarias. Exaltaron los liberales con la pólvora de las batallas á aquella juventud que tantas veces maldijera la ambicion insaciable del conquistador ; se jactaron de ser los sucesores de sus beneficios sociales, los vengadores de su memoria ; y los Borbones se dejaron acriminar por la cobardía de sus enemigos.

Cuanto se empleó en favor de la memoria de Napoleon, se puso tambien en juego para lograr lo restante. No conocia la generacion de aquella época ni los servicios ni el nombre de los Jesuitas : solo las personas que se hallaban en relacion con ellos bendecian su influencia, influencia benéfica que despertó en algunos corazones los recuerdos de lo pasado. Túvose entonces presente que durante doscientos cincuenta años se habian dedicado los Jesuitas á mejorar á los hombres y á llevar el Cristianismo hasta los mas apartados confines de la tierra. Vivian aun, por desgracia, á la sazon cierto numero de sofistas que habian combatido en otro tiempo á la Compañia de Jesús por cálculo, por tradicion jansenista, ó por deseo de innovacion ; y estos hablaron de los Jesuitas con el odio y la desconfianza con que lo hicieran en 1762. Se remontaron hasta su cuna en busca de la huella de ciertos sentimientos que largas agitaciones habian casi logrado borrar, poniendo en juego sus antiguas antipatías, las juveniles pasiones y su experiencia solo con el objeto de engañar á los demás hombres. De este modo se vió unirse los restos de la filosofia del siglo XVIII con los constitucionales de 1818, y hacer causa comun contra los Jesuitas.

La Iglesia de Francia procuraba reconstituirse dentro los límites que le señalaba la Carta, y á este fin creaba seminarios cuya direccion la mayor parte de los obispos se mostraban celosos de confiar á la Órden de Jesús. Por el bien operado en los establecimientos de que la propia Órden se encargaba, fácil era prever el que debia realizar mas tarde: nadie como los Jesuitas habia adoptado un tan acertado plan de estudios, ni podian encontrarse profesores tan acostumbrados á la enseñanza, ni que supiesen por lo mismo hacerse amar como ellos de los jóvenes, y obtener su confianza. Bendecia el Episcopado sus trabajos, y el cardenal de Bausset, una de las lumbreras del Clero, patentizaba sus frutos, como se desprende de la siguiente carta que en 28 de julio de 1819 escribia al P. Cuenot: «Pocos «años han bastado, señor, á los respetables directores del pequeño «seminario de Santa Ana para operar grandes bienes: no se ha cir«cunscrito su influencia á los límites de la diócesis que le ha visto «nacer, sino que se ha extendido hasta una gran parte de la Breta«ña. Este establecimiento está llamado á prestar eminentes servicios «á todas las clases de la Sociedad por el beneficio de una educacion «virtuosa, y de una instruccion propia y adecuada á todas las con«diciones.

«El objeto principal de su institucion es sin duda el de preparar «á los jóvenes para el estado eclesiástico; pero será siempre suma«mente útil que aquellos de entre ellos que no sean llamados al sa«cerdocio por una vocacion suficiente, hayan recibido al menos en «su primera edad los principios y costumbres de religion y moral «que tan indispensables son para formar buenos cristianos y buenos «ciudadanos.

«Hé aquí, señor, el verdadero punto de vista bajo el cual he con«siderado siempre la útil institucion de los pequeños Seminarios.

«Ya sé, señor, con qué celo y brillante resultado dirigís ese be«llo y vasto establecimiento: por esto celebro mas que nadie las ben«diciones que la Providencia se ha dignado acordar á vuestros tra«bajos y al mas ardiente voto de vuestro respetable obispo. Los la«zos de la sangre y la amistad que me unen tan tiernamente á él «tantos años há, me hacen partícipe de todos esos sentimientos y de «la satisfaccion que le causa la prosperidad siempre creciente del «pequeño seminario de Santa Ana.

«Ya conoceis, señor, el afecto que he profesado siempre á vues«tra respetable asociacion: puesto que lo he demostrado siempre en

«cuantas ocasiones se me presentaron durante el decurso de mi lar-
«ga vida.»

Iguales, ó enteramente parecidas á esta, eran las demás cartas que de todas las diócesis de Francia recibian diariamente los hijos de san Ignacio.

El Clero y los Católicos reconocian su cualidad de Jesuitas; pero á fin de no comprometer el Instituto, ó por efecto de una costumbre inveterada, solo eran considerados en las relaciones ordinarias de la vida como sacerdotes seculares. Esta posicion mixta tenia algunos inconvenientes, sin que pudiera ocasionar á la Compañía ningun bien real: ofrecia pábulo á las conjeturas, podia hacer acusar á la Sociedad de manejos tenebrosos, y permitir á los ministros hostiles, ó malintencionados, desconfiar de una precaucion que era de todo punto inútil, y en la que nadie se dignó siquiera fijar su atencion. No creyeron los Padres deber solicitar una autorizacion de existencia legal, que en aquel estado de cosas hubiera podido comprometer los intereses de la Iglesia; sino que, sin ir mas léjos, se contentaron con la libertad que les garantia la Carta. Sea por desconfianza hácia la mala intencion administrativa, ó para dar una impotente satisfaccion á sus enemigos, ocultaron los Jesuitas su título de miembros de la Compañía de Jesús bajo una denominacion clerical; cuya concesion enardeció en gran manera al liberalismo. Temian en extremo los Jesuitas el esplendor, pero no por ello pudieron salvarse de él en la semioscuridad en que se envolvieran, pues que de repente se transformó aquella, ó mejor fue considerada como un sordo complot contra la Carta. Solo ganaban terreno los Jesuitas en el campo de la educacion y del púlpito, siendo este el motivo por que se les acusó de aspirar por vias ocultas al gobierno del Estado. Creian que el misterio les protegeria contra las falsedades de que la antigua Sociedad fue víctima; pero aquel misterio solo sirvió, por el contrario, de pretexto á la calumnia: temian presentarse como Jesuitas, y, sin embargo, el liberalismo tomó á cargo el hacerles establecer en todas partes. No eran entonces todavía los liberales bastante aguerridos en esos ataques de pluma, en esa incesante polémica que, ocultando siempre la misma impostura bajo mil colores y formas distintas, acaba al fin por inculcarla en el ánimo de las masas como una verdad incontestable.

El periodismo á la sazon naciente no habia llegado á ser todavía un arte, que ha querido llamarse despues la vida intelectual: fun-

dado por algunos censores que empezaron su carrera en los tiempos de Fouché y Savary, aprendia entonces á balbucear el nombre de libertad. Se identificaba el periodismo con la hipocresía constitucional, procurando por este medio asegurar su poder bamboleante y creyéndose ya el intérprete de la opinion pública. Esta facultad de hablar á las masas en todos los países es un derecho cuyo abuso será siempre imposible evitar; en Francia el abuso se hizo patente ya antes de producir ningun bien.

La prensa revolucionaria no fue venal desde 1817 á 1830, puesto que raramente especuló con sus opiniones; pero aparte de esta justicia que debe hacerle la historia, preciso es decir tambien que llevó tan léjos como le fue posible el cinismo de la mentira. Dos eran los adversarios contra quienes juró combatir, la Religion y la legitimidad, y á entrambas combatió siempre con igual encarnizamiento. Cuando se apercibió de que no siempre eran coronados sus esfuerzos por el éxito que se prometia, buscó una denominacion, que, salvando las apariencias monárquicas, debiese sin embargo confundir á la Iglesia y al Trono, á los sacerdotes y á los realistas en el mismo odio: inventóse entonces el nombre de jesuita.

Mientras que se formaba esta tempestad sobre sus cabezas, solícitos acudian los Padres de la Compañía doquiera les llamaran la salvacion de las almas y la voz de sus primeros pastores. En la casa de la calle de Correos, en el noviciado de Montrouge, y en todos sus pequeños seminarios se organizaban la plegaria y el estudio; buscando menos extenderse que perfeccionarse bajo la inspiracion del P. de Clorivière. En el mes de enero de 1818 debilitado este venerable sacerdote por el peso de los años, sintió que su brazo no conservaba ya la energía necesaria para gobernar, por lo que se retiró á fin de morir como simple jesuita en aquella casa que por tanto tiempo gobernara, despues de haber restablecido en Francia la Sociedad de Jesús. Murió el P. de Clorivière en 9 de enero de 1820, siguiéndole pocos meses despues al sepulcro, ó sea en 5 de octubre, el célebre P. Barruel [1].

Luis Simpson sucedió á Clorivière en las funciones de provincial:

[1] Barruel, cuyas obras fueron por tanto tiempo populares, entró muy jóven en la Órden de Jesús; durante la Revolucion francesa arrostró la muerte diferentes veces con faz serena, pues era hombre aun de mucho mas valor que talento. En 1793 propúsose conducir de nuevo al seno de la Iglesia al anciano Gobel, que habia apostatado hasta su apostasía constitucional y su título de

antiguo jesuita francés, espíritu de órden é inteligencia práctica, habiase reunido hacia mucho tiempo Simpson con los Padres de la provincia de Inglaterra en Stonyhurst. Era Simpson una tradicion viviente que debia con su ejemplo y sus lecciones hacer florecer de nuevo la primitiva disciplina y las antiguas leyes; apenas fue elegido provincial, cuando escribió en 25 de noviembre de 1818 á los directores que habia nombrado para diferentes pequeños seminarios la siguiente carta: «Al nombraros superior de esa casa, es mi de«ber comunicaros la idea que la experiencia me ha hecho concebir «de su gobierno despues de haber pasado veinte y siete años en di«ferentes casas de la Compañía. Debe ser su gobierno una copia exac«ta del de la Iglesia, porque como este será verdaderamente pater«nal: el superior de un colegio, seminario, ó cualquier otra casa, es «el centro de todas las demás autoridades por las cuales gobierna; «puesto que ejerce el mando que le está confiado, menos por sí «mismo que por sus colaboradores, y solo sosteniendo y haciendo «respetar las autoridades inferiores podrá hacer respetar y amar su «superior autoridad. Nuestras Constituciones señalan al superior un «ministro, que es como su mano derecha, puesto que por él se con«serva la disciplina doméstica en el interior de la casa: señálanle «igualmente un procurador que deberá estar encargado de las en«tradas y gasto, debiendo dar cuenta todos los meses al superior «en presencia de su ministro; debe tambien nombrarse un prefecto «para la iglesia por todo lo que concierne al servicio divino; un pre«fecto para las clases por lo que respecta á los estudios; profesores «y regentes para dirigir bajo su dependencia las clases, y finalmen«te prefectos de costumbres para vigilar á los alumnos durante los «estudios y las horas de recreo.

«Informado el superior de las cuentas que se le dan en los tiem«pos señalados, ó que él se hace dar cuantas veces le place, sabe «y ve, por decirlo así, cuanto se pasa, rectifica lo que no está bien, «corrige lo que debe corregirse, y lo dirige todo sin entrar en mi-

obispo intruso de París; al cual llegó á convencer Barruel, queriendo despues el Jesuita hacerle retractar su juramento.

Pero Gobel no tenia valor para ello: «Y bien, le dijo un dia Barruel, ya me «encargaré yo de leer en el púlpito vuestra retractacion, y como la leeré estan«do vos presente en la metrópoli, se apoderarán de ambos, y se nos conducirá «al cadalso, desde el cual subirémos juntos al cielo.» Persistió Gobel en su primitiva idea de no querer publicar la abjuracion de sus errores; sin embargo, pereció tambien algunos meses despues bajo la cuchilla revolucionaria.

«nuciosos detalles que absorberian todo su tiempo, impidiéndole «ocuparse en las cosas mas importantes, y sobre todo no le permi- «tirian estudiar el Instituto y adquirir de él un profundo conoci- «miento, sin el cual seria siempre un superior imperfecto, y por lo «tanto indigno de mandar á sus iguales y dirigirles hácia la perfec- «cion, á la cual, como ellos, debe aspirar. Un superior de la Com- «pañía debe estar siempre pronto á escuchar á sus inferiores, aun- «que sea á los mas humildes de ellos, con paciencia, dulzura, bon- «dad y benignidad, sin que deba jamás demostrar que se le inco- «moda ó importuna: todas las faltas de un superior son sumamente «peligrosas; por lo tanto es necesario que sean todas sus acciones «precedidas de un detenido exámen. Es muy útil que sea temido de «sus súbditos, pero es mucho mas útil aun el que se haga amar de «todos ellos, lo que le será fácil obtener si vive con ellos como un «padre con sus hijos, si sabe descansarles cuando tienen dema- «siado trabajo, si les consuela en sus penas, si anima su valor de- «caido en las circunstancias difíciles, si les cuida en sus enfermeda- «des, y nada omite para el restablecimiento de su salud; debe asi- «mismo evitar en lo posible sus indisposiciones por medio de un ali- «mento sano y abundante, y una habitacion cómoda y ventilada; «acceder á sus peticiones cuando son justas, y aunque no lo sean «no debe rechazarlas bruscamente, sino hacerles conocer con dul- «zura la injusticia ó irregularidad de su peticion; debiendo procu- «rar sobre todo no dejarles jamás salir de su presencia descontentos «ó abatidos.

«Del mismo modo debe obrar con respecto á nuestros discípulos, «los cuales deben hallar siempre en nosotros los padres mas cariño- «sos; procurando amarles verdaderamente y probándoselo de conti- «nuo podrá de este modo granjearse su afeccion y obtener su con- «fianza. Por este medio se les formará y dirigirá con mucha mas se- «guridad y éxito, que por medio de penitencias que seria preciso «repetir cada dia, ó por denigrantes castigos, cuyo efecto es por lo «comun embrutecer y exasperar mas el caracter que se pretende ven- «cer. Si alguna vez son necesarios semejantes castigos y no producen «el efecto esperado, no deberán repetirse, sino por el contrario des- «pedir y enviar de nuevo á sus padres al jóven á quien no habrán «logrado corregir.»

No era nuevo este lenguaje en boca de los Jesuitas: el amor que los subordinados y los discípulos del Instituto han profesado siempre

á sus maestros es la prueba mas evidente de ello; pero sin embargo comprendia Simpson la necesidad de avivar aquel espíritu de los antiguos tiempos, y por esto no cesó nunca de repetir semejantes consejos. En 1.° de julio de 1818, escribió á los Padres del pequeño seminario de Burdeos la carta siguiente: «La piedad que debeis «inspirar á vuestros discípulos ha de ser una piedad sólida, funda«da en principios seguros é inmutables, y de la que no tengais de «ruborizaros nunca: debe esta piedad estar libre de observancias «minuciosas, capaces de provocar la zumba entre aquellos con quie«nes deberan vivir un dia los discípulos fuera del colegio. Debe por «lo tanto procurarse no solo que no oigan ni lean los alumnos cosa «alguna que pueda exaltar su imaginacion, sino tambien que por «vuestros cuidados vengan á ser verdaderos y sólidos cristianos; de «este modo podrán resistir fácilmente todos los ataques á que per«mitirá Dios se vean expuestos algun dia.»

Aconsejaba el mismo Simpson en 27 de julio de 1819 al P. Tomás, jefe de los misioneros de Laval, que mostrara para con el clero de Mans una extrema deferencia: «Tengamos presente, le decia, «que somos tan solo los auxiliares de los sacerdotes seculares, que «profesamos como religiosos un estado humilde y pobre, que de«bemos considerar á los demás como nuestros superiores, y que san «Ignacio dio por título distintivo á nuestra Sociedad, el de pequeña «Sociedad de Jesús.»

Hé aquí los verdaderos *Monita secreta* que despues de tantos años hemos podido descubrir en los archivos del Instituto. No fue ni para el publico ni para una circunstancia determinada el que se dictaran estos consejos; sino porque ponen de manifiesto el pensamiento del fundador, y con él, el verdadero espíritu de las Constituciones y del *Ratio studiorum*; porque nos describen á los Jesuitas tales como han querido ser en el secreto de su correspondencia, y tales como fueron siempre. No es solamente el Provincial de 1818 el que traza estas reglas tan elocuentes por la sabiduría que encierran, sino que tambien el P. Richardot, sucesor de Simpson, vemos encargaba lo propio con la siguiente carta escrita en 8 de mayo de 1822: «Cuan«do nuestros misioneros traten con personas que no pertenezcan á «la Sociedad, deben guardarse muy bien de hablar con calor sobre «lo concerniente á la política, y sobre todo de atacar en sus conver«saciones ó discursos á los enemigos de la Religion y del Rey, á quie«nes se da el nombre de *liberales*, por no convenir á los ángeles de

«paz, tales como debemos ser nosotros, usar palabras irritantes ó «amargas. Solo debemos procurar exponer lisa y llanamente la ver«dad, é invocar sobre todo la proteccion del cielo para que nos alien«te y proteja en la mision que nos está confiada de conducir de nue«vo á la senda de la justicia á los que se separaron de ella.» Despues de ocho años, y en el momento en que los Jesuitas fueron acusados de haber empuñado orgullosamente las riendas de todos los Estados católicos y hasta el timon de la Iglesia, cuando se proclamaba que mandaban imperiosamente en el Vaticano, en las Tullerias, en el Escorial y en todas partes, dirigia el P. Roothaan, general de la Órden, á sus hermanos una encíclica: *De amore Societatis et Instituti nostri.* «La ostentacion, les decia en 7 de junio de 1830, «y el espíritu de vanidad están enteramente opuestos al espíritu de «nuestra Compañía, la cual debe tan solo consagrarse en procurar «á los demás el bien y la gloria de Dios, y no buscar de modo al«guno la gloria humana, que cuando no es el fruto de generosas «acciones, viene á ser siempre vana y engañosa, y nos conduce fi«nalmente al oprobio. Todo lo que hay, empero, de verdaderamente «grande en reputacion y honor, será siempre digno de nuestro Ins«tituto, si segun el espíritu de nuestra vocacion nos esforzamos en «ser útiles a todos los hombres con el ejemplo de una virtud no vul«gar, con una doctrina sólida, y por medio de los socorros espiri«tuales que debemos procurarles segun lo prevenido por nuestras «Constituciones. Solo obrando así podrán adquirir nuestros hechos «alguna gloria, sin que deba alcanzarnos á nosotros ni un solo ato«mo de su vana sombra.» No satisfecho aun el P. Roothaan con esta apreciacion de los honores y del poder bajo el punto de vista religioso, procuraba por todos los medios posibles que fuesen sus saludables consejos puntualmente observados. En vano se pretendió, repitiéndose hasta el fastidio, que la humildad de los Jesuitas como individuos era real, pero que ambicionaban como corporacion la gloria y la influencia de su Compañía; puesto que todos los infundados cargos que contra la propia Compañía fueron dirigidos quedan sin ninguna fuerza y valor ante las irrecusables pruebas y sobre todo ante las ideas que desenvuelve el General en su encíclica cuyas ideas y verdadero espíritu son el norte y guia de todos los Jesuitas. «No ignoro, añade el General en la misma encíclica, cuán «falsa y denigrante es esa acusacion inventada y dirigida contra to«dos los miembros de la Órden por sus implacables enemigos, al

«único objeto de hacerla odiosa. Sin embargo, si uno solo de los «nuestros estuviese animado de ese espíritu de soberbia, podeis es«tar seguros de que seria mi afliccion profunda; y que no sin motivo «temeria que la falta de uno solo fuese funesta á la Corporacion en«tera. Reverendos Padres y Hermanos queridos en Jesucristo, esta «ambicion de la gloria humana que seria un oprobio para la Reli«gion en particular, y un enorme crímen delante de Dios, ¿podria «nadie persuadirse de que buscandola en nombre del Instituto, se «legitimará y será agradable à los ojos de la Compañía? Si la Igle«sia de Jesucristo está designada con el humilde nombre de peque«ño rebaño, y debe, segun opinion del venerable Beda, sea cual «fuere el número de fieles, aumentar por medio de la humildad has«ta la consumacion de los siglos, y alcanzar solo por la humildad el «reino de los cielos; ¿con cuánto mayor motivo no debe una con«gregacion religiosa, que es tan solo una pequeña parte de la Igle«sia, estar obligada á conservar semejantes sentimientos, y en par«ticular nuestro Instituto, al que llamaba ordinariamente el bien«aventurado Padre san Ignacio la muy pequeña Compañía de Je«sús?»

Cuando en 1844 causaron los acontecimientos una nueva crísis, veamos lo que escribia en 14 de abril de aquel mismo año el P. Boulanger, provincial de París, á los superiores que tenia á sus órdenes: «Todos nuestros Padres, así predicadores como misioneros, procura«rán evitar escrupulosamente en sus discursos todo lo que pueda tener «relacion con la política, evitando hasta la mas ligera alusion á ella. «Si alguno faltara en lo mas mínimo á este precepto, considerad, «mi reverendo Padre, como uno de vuestros mas importantes de«beres el darme desde luego conocimiento de ello.»

Pendiente estaba todavía la cuestion de la libertad de enseñanza, á la que unian la cuestion de los Jesuitas, tanto la Universidad, como las dos Cámaras legislativas y la prensa. Hé aquí en qué términos se expresaba el Provincial sobre este punto: «Deberán abste«nerse siempre nuestros Padres de hablar de la libertad de enseñan«za, así en sus sermones ó conferencias, como en las alocuciones «que tendrán ocasion de dirigir á las reuniones de hombres ó mu«jeres.» Tal es la política de los Jesuitas puesta al alcance de todos; cuyo conjunto hemos logrado sorprender en medio de esa intimidad que todo hombre prudente se guardaria muy bien de dejar penetrar á otro hombre. Esas cartas explican y comentan los medios que de-

be emplear todo hijo de san Ignacio para iniciarse en la vida pública, y los cuidados del profesorado y del púlpito. Fortifícanle en la humildad como sacerdote, y sobre todo como jesuita; prohíbenle la tentacion de exponerse al martirio, y, por fin, le invitan á la perfeccion alejándole de los medios, á veces legítimos, que emplea el mundo para llegar al objeto de sus aspiraciones. Sin embargo, sin tener en consideracion semejantes documentos, asestábanse cada dia nuevos tiros contra los Jesuitas. Seguian puntualmente los consejos y órdenes de sus jefes, como lo demuestra el haberles hecho cargos sobre esta ciega obediencia hasta los enemigos mas parciales de la Compañía, convirtiendo en crímen lo que era tan solo un relevante mérito. Con tales instrucciones por guia, ¿podian acaso separarse nunca de la verdadera senda? Como se desconocian estas instrucciones, se crearon los revolucionarios jesuitas de puro capricho y se les soñó ricos y omnipotentes, solo porque no habian logrado penetrar en el fondo de su vida; se supuso que iban á ser temibles, solo porque convenia á las ambiciosas miras de algunos echar mano de aquel fantasma. Supúsoseles complicados en todos los acontecimientos, porque como era necesaria la polémica cotidiana, debia precisamente inventarse un ardid ó ilusion cualquiera para atraer la credulidad, y fomentar en las masas un odio implacable hácia el sacerdote.

No tardó por desgracia este odio en encontrar pábulo. Veian los Obispos que era urgente en gran manera vivificar el espíritu de los pueblos, á los cuales al salir de los brazos del terror revolucionario se les hacia caer en los del ateismo legal. Los diversos ministerios que se sucedieron rápidamente en el poder parecian despues de 1815 haberse coligado contra la Iglesia y la monarquía: haciase por lo tanto indispensable oponer un saludable dique á aquel desbordamiento de ideas; y para ello acudió el Episcopado á los Jesuitas. Pensó que ellos solos podrian por la prudente vivacidad de su celo y por la fuerza misma que recibian del centro de la asociacion, resucitar las maravillas de los primitivos tiempos de la Compañía: formóse, pues, el proyecto de regenerar paulatinamente la Francia por medio de las misiones.

En 4 de agosto de 1806 decia Portalis en una comunicacion al emperador Napoleon lo siguiente: «Hace ya mucho tiempo que son «las misiones conocidas en la Iglesia por los inmensos bienes que «han producido.

«No tienen siempre los pastores locales ocasion de acreditarse en «sus parroquias; pues consta por la comun experiencia, que, salvo «raras excepciones, no pueden los pastores ordinarios refrenar los «desórdenes que acontecen con harta frecuencia. Son esos pastores «los mismos hombres de todos los dias y de todos los instantes; asi «es que se acostumbran sus feligreses á verles y a oirles, sin que al «fin lleguen á hacerles ninguna impresion sus discursos ni sus con«sejos. Un extranjero que se presente y que por su situacion se halle «desprendido en algun modo de todo interes humano y local, indu«cirá mas fácilmente los espiritus y los corazones a la practica de las «virtudes. De ahi procede el uso de las misiones que tantos frutos «produjeron en diferentes circunstancias en bien del Estado y de la «Religion.» A continuacion proponia Portalis al abate de Rauzan por Superior de las misiones, y el Emperador con su alta penetracion gubernamental se apresuraba á adherirse a cuanto acababa de proponerle su Ministro de Cultos. Tomo Napoleon á los misioneros bajo su amparo; les constituyó apóstoles de la familia cubriéndoles en un todo con su poderosa proteccion. Imagináronse los Obispos que los nietos de san Luis no podian negarse á seguir las huellas cristianas de un hijo de la Revolucion; y hé aquí por qué se decidieron a oponer el benéfico influjo de las misiones al torrente devastador de las ideas anticatólicas que amenazaba inundarlo todo. Pidióse, pues, á los Jesuitas que sacrificaran su reposo y su vida por el cumplimiento de esta obra tan santa y necesaria á la cual se dedicaban ya los misioneros de Francia junto con sus superiores, los abates de Rauzan, Forbin de Janson y Fayet. Exponíase sin defensa á los discípulos de san Ignacio á los burlescos furores de la incredulidad; se les comprometia á los ojos de aquella parte del pueblo que aceptaba entonces los diarios como regla de su fe y directores de la opinion: no obstante, los Jesuitas continuaron resueltamente su obra sin dejarse intimidar.

Aunque sabian que se verian abandonados por el Gobierno, y no ignoraban que el bien intentado por ellos seria reputado crímen; no por esto dejaron de asumirse denodadamente toda la responsabilidad que podia resultarles de su generosa accion. Desde entonces, ó sea desde principios de 1818, se les vió recorrer las ciudades, instruir y convencer desde el pulpito, plantar la cruz, llevar la paz en las conciencias, apelar al perdon de las injurias y á la reconciliacion, y unir a las familias que las discordias intestinas habian tenido por mucho

tiempo separadas. Esta obra, sobre todo en las circunstancias en que se empezaba, tenia algo de eminentemente útil, por poder dar felices resultados, á causa de no haber tenido el liberalismo tiempo suficiente para infiltrar en el corazon de las provincias su ignorancia egoista y sus infáustas prevenciones. No era, pues, sin fundamento que el liberalismo temia á esos adversarios que se apoderaban de las masas con la autoridad de la palabra y que las dominaban por la elocuencia, popularizando el arrepentimiento y la virtud: era esto una revolucion operada en provecho de las ideas de trabajo y mejoramiento de la vida social. La Iglesia reemplazaba el club; los cánticos piadosos sucedian á los cánticos deshonestos; la muchedumbre se apiñaba gozosa en los templos y acogia con benevolencia aquel regreso hácia el Cristianismo. Desnaturalizóse aquel principio que producia tan maravillosos frutos; porque importaba á los revolucionarios y herejes oponer la fuerza brutal á aquellas demostraciones pacíficas, por ser el único medio que les quedaba para contener tan rápidos progresos; en Brest fue donde se intentó la primera resistencia. Hé aquí lo que sobre ella anunciaba el *Correo francés*, correspondiente al 21 de octubre de 1819: «La mision que debia tener «lugar en Brest ha abortado; sus habitantes prefieren las induc«ciones morales á las inducciones jesuíticas.» Á fin de exaltar los ánimos, decíase que el cura de la poblacion no habia querido recibir á los hijos de Loyola. Profiriéronse amenazas, y no se omitió plan alguno para hacer fracasar la mision que tantos frutos debia reportar á los habitantes de Brest. Desmintió el párroco la falta que se le atribuia; pero la maledicencia ya encontró entonces medio para suponer que el Obispo de Quimper era enemigo de los Jesuitas; si bien esta suposicion resultó tan falsa como la primera, por haber el mismo Prelado bendecido los primeros trabajos y dispuesto en 24 de octubre que se abrieran las iglesias de San Luis y de Nuestra Señora del Socorro, teniendo aquel mismo dia los Jesuitas el consuelo de ver la poblacion entera reunida en ambas iglesias. Aquella afluencia sedienta de la palabra divina obligó á los constitucionales á ponerse mas presto en campaña, y á explicar de qué modo entendian ellos su cacareada libertad. El Clero, que no quiso acceder á las exigencias del partido liberal, fue confundido en el anatema que fulminó este contra los Jesuitas; tambien la autoridad municipal fue desobedecida y ultrajada hasta el momento en que secundó el motin; solo entonces se vió colmada de alabanzas. Componíase aquel de una

turba de jovenes ú hombres desconocidos por no ser del país, los cuales dictaban la ley, no porque su número no pudiese ser á cada instante contrarestado, sino porque sabian ya de antemano que no se les haria ninguna resistencia; así es que fueron, como siempre acostumbran ser los revolucionarios, fuertes contra la debilidad, atrevidos contra la indecision y la pusilanimidad; y por ello se lanzaron al palenque revolucionario convencidos de que no arrostraban el menor peligro. En 25 del propio mes escribia el Obispo de Quimper al subprefecto de Brest lo siguiente: «No deja de ser extraño que «bajo el gobierno del Rey, que dió la Carta para asegurar la liber«tad de cultos y que proclamó la religion católica religion del Es«tado, no pueda esta misma Religion disfrutar en Brest de la liber«tad concedida: solo reclamo la proteccion de la ley, pero de nin«gun modo su severidad. No es á mí por cierto á quien corresponde «indicar á las autoridades el medio de hacerla respetar.» El 27, ó sea dos dias despues, se dirigió tambien al *maire* ó corregidor, deplorando el mismo atentado. Continuaba en el entre tanto el motin recorriendo la ciudad y gritando: ¡Mueran los Jesuitas! ¡Abajo Jesucristo y la Religion! Los regidores y administradores civiles fueron los que alentaron estas manifestaciones que ya la prensa liberal habia predicho con antelacion, y que el Ministerio no supo reprimir. Los hombres honrados de todos los partidos se resignaron á desempeñar aquel papel indiferente ó pasivo, que solo contribuye á hacer mas audaces á los turbulentos; todos inclinaban la cabeza ante la insurreccion triunfante, limitándose á deplorar los resultados de ella sin que hubiera un solo hombre capaz de alzarse á combatirla. Esta culpable inercia le reveló su poder, y en nombre de una poblacion que sufria en silencio semejante tiranía, pronunció la revolucion que la Francia entera no queria á los misioneros, y que era por lo tanto preciso expulsarles de Brest: sus deseos fueron cumplidos, y los Jesuitas por consiguiente expulsados el dia 28 del propio mes de octubre. Con ello dió el liberalismo un gran paso; su victoria fue completa; solo le faltaba entonces dar á aquel primer acto toda la importancia posible, y eso fue lo que procuró hacer. Animados por aquel primer resultado los revolucionarios de Morlaix, recibieron á su paso á los Jesuitas con cantos obscenos entremezclados de gritos de: ¡Viva la Carta!

Segun el *Monitor*, nada podia justificar aquellos tumultos, á los cuales ni aun las mismas palabras de los misioneros podian servir de

pretexto; pero aquellos hipócritas lamentos solo ofrecian á los liberales la prueba de la impericia ó de secretas connivencias con el Gobierno. Este primer resultado enardeció su temeridad. Las poblaciones de Bourges, Nevers, Saint-Malo, Autun, Châlons-sur-Marne, Lisie-ux, Dòle, Châlons-sur-Saône, Seurre, Mende, Couloummiers, Craon, Seez, Alençon, Chinon, Beaugé, Laigle, Orléans, Amiens, Le Puy, Avrancnes, Niort, Le Mans, Avignon, Aix, Burdeos, Alby, Metz, Rennes, Cosne, La Charité, Issengeaux, Montauban, Clérac, Saumur, Besançon, Doué, Perigueux, Angers, Paimbœuf, Gaillac y Langres vinieron á ser sucesivamente el teatro do hicieron brillar los Jesuitas su ardiente celo. Entre los Padres que se dedicaban de aquel modo al cumplimiento de un deber tan grande, habia elocuentes oradores que sabian dispertar á las masas y tenerlas sujetas al pié del altar. Notábanse entre ellos Antonio Thomas, antiguo doctor de la Sorbona, el cual habia sido por espacio de veinte años superior de Laval; Cárlos Gloriot, cuya vasta ciencia y rica imaginacion le hacian perdonar las faltas de su estilo: desbordaba con tal impetuosidad la elocuencia de Gloriot, que subyugaba ó aterraba á sus oyentes. Junto á él brillaron tambien Calliat, mas dulce y mas florido; Luis Bouet, cuya palabra era irresistible; Luis Sellier, á quien la originalidad de su talento hacia pasar de lo sublime á lo trivial, y que mas admirable que imitable en su vida, sabia electrizar á los pueblos; Nicolás Petit, cuyo solo razonamiento ilustraba; Claudio Besnoin, de espíritu mordaz; Cárlos Balandret, siempre sencillo é instructivo; José Barelle y Máximo de Bussy con su arte de bien decir arrastraban á la multitud por medio de su elocuencia y de su sentimiento; los dos Chanon, cuyas fuerzas aumentó su celo; Máximo de Causans, escritor y predicador en quien ejerció quizás la elocuencia demasiado imperio; Estéban Mollet, Clemente Boulanger, y Pedro Chaignon. Cada uno de estos misioneros tenia un sello particular y un talento aparte: el P. Claudio Guyon les eclipsó no obstante á todos con su poderoso genio. Dotado de todas las ventajas que constituyen el orador verdaderamente popular, era bello y apasionado, ardiente y sensible, haciendo sucesivamente estremecer y llorar; apiñábase con transporte la multitud al rededor de su púlpito y su confesonario, porque su palabra dominante provocaba el arrepentimiento en las almas.

Los frutos recogidos hasta allí por las misiones eran abundantes é incontestables; pero esto que debia servir de gloria á los Jesuitas,

solo les valió el que les fuese achacado como un crímen. En Vincennes evangelizó el P. Guyon las tropas que se hallaban de guarnicion en la fortaleza, hablándoles de Dios y de sus deberes con aquella energía que logra siempre convencer las almas. Otros jesuitas conducidos por el Arzobispo de París procuraban tambien en junio de 1824 hacer descender en Bicêtre los consuelos evangélicos sobre los enfermos, los ancianos, y los culpables á quienes expulsara la sociedad de su seno. De este modo despertaban los Jesuitas los sentimientos de fe, y derramaban por la Francia toda los gérmenes del Cristianismo que para siempre creia la Revolucion haber sofocado: habia poblaciones en las que durante la noche acudia una multitud numerosa delante las puertas de las iglesias, seguíanse continuamente los pasos de los misioneros, llorando y lamentándose la multitud á su partida, no obstante de haber maldecido, algunas veces, su llegada. Sin duda que en aquellas transiciones súbitas habia tanta exaltacion pasajera como remordimientos durables; olvidaban muchos los propósitos hechos al pié de la cruz, pero en el corazon de aquellas muchedumbres vencidas por el ascendiente de los misioneros sobrevivia al entusiasmo del fervor un principio de religion que el Clero secular pudo reconocer despues en diferentes ocasiones y en un sinnúmero de personas. El misionero sembraba por medio de calculadas exageraciones de elocuencia una preciosa semilla, que debia recoger mas tarde el pastor.

Los cuidados del apostolado y de la educacion, los trabajos literarios ó teológicos, á los cuales se entregaban los Jesuitas en el interior de sus casas, los ultrajes que de todas partes se dirigian contra ellos sin alcanzarles jamás; ultrajes sin embargo que solo servian para causar una imbécil estupefaccion á los espíritus fuertes de café, sin impedir á los Padres por ello estudiar la marcha de las ideas y dedicarse á secundar ó suspender su progreso, segun les parecian aquellas útiles ó peligrosas. Apenas acababa de verse restablecida la Compañía de Jesús, cuando ya vino á ser como en los primeros dias de su fundacion un centro en el que el sacerdote, el filósofo y el sábio acudian en busca de la luz, que los Jesuitas derramaban sobre unos á medida que ellos la recibian de los demás. Gustosos se asociaban al movimiento que la ciencia imprimia á todos los estudios, viéndose con este motivo empeñados con el abate de Lamennais en una de aquellas discusiones que es necesario juzgar detalladamente.

Era en aquella época Felicidad de Lamennais un vigoroso genio que atacaba á los enemigos del Catolicismo con las poderosas armas de la elocuencia y de la razon: dotado de un talento apasionado y claro, y de un corazon lleno de amor y de ira, ocultaba el escritor breton un carácter de hierro bajo un aspecto enfermizo. Su tenaz dialéctica, su ironía brillante de genio, y sobre todo su vigoroso estilo, le habian conquistado en pocos años una celebridad que el humilde candor del sacerdote sabia presentar como una ofrenda á la Iglesia. Defendia el abate de Lamennais á los Jesuitas porque su causa era justa, y les amaba por haber tenido ocasion de verles de cerca. Cuando el sistema filosófico presentado por él en el segundo volúmen de la *Indiferencia en materia de Religion* hubo engendrado la discordia entre los teólogos, no tardaron en aparecer algunas nubes que empañaron el claro cielo de la armonía y amistad que antes reinara entre los discípulos de san Ignacio y el Tertuliano del siglo XIX. Las cuestiones que resucitaba el autor en la citada obra le atrajeron un gran número de panegiristas y censores, entre los cuales le saludaron unos como el último Padre de la Iglesia, mientras que otros le criticaron con palabras cuya acrimonia hubieran debido moderar la fraternidad sacerdotal y el respeto que se debe á un inmenso talento. En esta polémica que preparó tan tristemente la caida de Lamennais, cometieron uno y otro de los dos partidos faltas imperdonables. El escritor se declaraba defensor el mas absoluto de la autoridad; con un tono imperiosamente dogmático y con una altivez desdeñosa emplazaba á su tribunal, y juzgaba sin apelacion á las antiguas y modernas escuelas, sustituyendo su propia razon individual á la opinion cási universal de la Iglesia.

Contaba su sistema numerosos partidarios, entre los cuales habia tambien algunos jesuitas: en sus casas, en los seminarios, y hasta en el mundo se retrogradó de un golpe hácia aquella época en que la escolástica tenia los espíritus atentos y sobrexcitaba las inteligencias, ofreciendo semejante situacion inminentes peligros. El P. Richardot, provincial de Francia, tomó sus medidas para conjurarlos, y prohibió las controversias públicas sobre aquellas materias; hé aquí lo que con este motivo le escribió de Roma el P. Rozaven en 12 de octubre de 1821:

«Habeis hecho muy bien en suprimir las tésis en que se combatia «el sistema de Mr. de Lamennais; porque de ningun modo nos con-«viene declararnos en abierta pugna con un hombre justamente cé-

«lebre, y á quien la Religion debe tanto; á mas de que, es siem-«pre un mal medio para hacer triunfar la verdad, pues las disputas «solo sirven para exaltar mas los ánimos. Las discusiones pacíficas «en las que se respeta el amor propio y la delicadeza de cada cual, «son medios mucho mas seguros para llegar al deseado convenci-«miento: por otra parte, es preciso reservar todo el vigor para com-«batir á los enemigos de la Religion y de la Iglesia. —Como me «pedís emita mi opinion sobre la *Defensa del Ensayo*, sea dicho en-«tre nosotros, no me satisface mucho, porque me parece que des-«cansa en un principio falso. Quéjase Mr. de Lamennais de que no «se le haya comprendido, y en ello tiene razon hasta cierto punto; «tambien es cierto que se le atribuyen sentimientos que no tiene, «lo que hace que se defienda admirablemente; pero por su parte «saca tambien de los principios de sus adversarios consecuencias fal-«sas y que no pueden por lo mismo ser consideradas como efectos «de aquellos principios. Nada hay tan fácil, ó mejor diré, tan co-«mun en estas materias de pura metafísica, como el disputar sin «entenderse; en cuyo caso hay siempre culpa y razon en ambas par-«tes. Cuando leo esta clase de obras, paréceme oir disputar á un «avaro y un pródigo: declama el primero contra las funestas conse-«cuencias de la prodigalidad, extendiéndose, ó mejor empeñándo-«se en probar la necesidad y las ventajas de una prudente economía; «tiene á su vez el segundo ancho campo para pintar la avaricia en «todo su horror y fealdad, y hacer al propio tiempo el mas brillan-«te elogio de la generosidad y desprendimiento de los bienes de este «mundo. El avaro tiene razon contra el pródigo, y el pródigo con-«tra el avaro; pero no por esto tienen uno y otro menos culpa en «ser avaro el uno y pródigo el otro. —Yo me ocupo para mi propio «uso en reducir esta controversia á algunos puntos precisos, á fin «de que se pueda discutir sin separarse tan fácilmente de la cues-«tion, y luego pienso enviar mis reflexiones á Mr. de Lamennais, el «cual no creo llegue á destruir el antiguo método.»

Tales eran los términos llenos de aticismo conciliador con que se expresaba el Asistente de los Jesuitas en Roma al dirigirse al Provincial de París. Queria el P. de Rozaven combatir el error involuntario con las armas de la cortesía, y deseaba sobre todo que se respetara la gloria del autor de la *Indiferencia*. Trazada está, pues, la línea de conducta que debian seguir los Padres del Instituto en esta polémica, de la que se separaron sin embargo una sola vez. La

agitacion se perpetuaba, los espíritus se exaltaban hasta el punto de comprometer sériamente la paz interior de la Compañía, cuando á instancias de los jefes de la Órden, hizo el profesor de filosofía del pequeño seminario de Forcalquier sostener públicamente por sus discípulos, á últimos del año escolar de 1822, una tésis en favor de las teorías del abate de Lamennais. En 18 de enero de 1823 quejóse el P. Rozaven á Richardot de esta infraccion: «Habíamos convenido, le decia, segun me prometísteis en vuestras cartas, en que no «se permitiria atacar ni sostener este sistema en las tésis públicas, «por ser este evidentemente el partido que dictaba la prudencia. «Permitir á quienquiera que sea atacar ó defender un sistema que «se dice fundamental, seria introducir en la Compañía la diversidad «de doctrinas, y contravenir á nuestras Constituciones y á la voluntad tantas veces expresada de nuestro santo Fundador. Permitir «solamente defenderla y no atacarla, seria anunciar al público que «la Compañía adopta aquella doctrina, lo que seguramente no es «así, ni espero que lo sea jamás; luego debe desaprobarse igualmente por la misma razon, á saber, porque las tésis no deben contener mas que doctrinas recibidas, ni combatir sino aquellas que «son rechazadas por la Compañía.»

Semejantes imprudencias estaban tan en oposicion con la actitud tomada por los Jesuitas, que hubiera sido de todo punto imposible tolerarlas. Como podian renovarse aquellas en sentido contrario, creyó el general Luis Fortis deber poner á ellas un término; á este fin, de acuerdo con sus asistentes y apoyándose en diferentes reglas de san Ignacio, así como en el decreto 41 de la quinta Congregacion general, prohibió terminantemente enseñar ni combatir las doctrinas del teólogo innovador: «Debe tenerse presente, añadia Fortis en su encíclica de 4 de octubre de 1823, que no es nuestra intencion censurar ni condenar ninguna de aquellas proposiciones u «otras semejantes, ni menos queremos que aquellos que las sostengan pierdan á los ojos de los nuestros en lo mas mínimo la fama «de su reputacion de piedad y de celo hácia la Religion. Pero juzgamos que no conviene enseñar en nuestras escuelas aquellas proposiciones hasta tanto que hayan merecido la aprobacion de aquel «cuya autoridad hacemos profesion de acatar con entera sumision «de espíritu.

«No intentamos por esto declararnos discípulos de Descartes ni de «ningun otro filósofo, puesto que no defendemos el sistema de nin-

«guno de ellos en particular; solo seguimos los principios que son «comunes á todas las escuelas, y que eran ya generalmente soste-«nidos antes de que viniese Descartes al mundo. Reconocemos, sin «embargo, dos doctores á los cuales se glorian nuestras escuelas de «seguir; á santo Tomás, cuya autoridad es tan grande entre los «doctores cristianos, y á san Agustin, filósofo tan sutil como pro-«fundo teólogo.»

Esta prohibicion tan enérgicamente prevenida no podia halagar de ningun modo al abate de Lamennais; mayormente cuando la explícita aprobacion del Instituto habria sido un triunfo para él, como así debió comprenderlo cuando procuró obtenerla. Pasó el Abate al año siguiente á Roma, donde tuvo con el P. Rozaven diferentes conferencias: estos dos hijos de la Bretaña, cuya situacion y carácter estaban tan opuestos, aunque por una mútua estimacion se honraban recíprocamente, no pudieron entenderse. El Escritor profesaba el culto de la autoridad, cuando el Jesuita lo ponia en práctica; solo veia el uno la verdad en su sistema que trataba de imponer con inflexibilidad; al paso que el otro, mas acostumbrado á la obediencia, abrigaba sobre aquel sistema algunas dudas, y no podia por lo tanto aceptarlo hasta que hubiese recaido sobre él el juicio de la Santa Sede. Rugia ya la tempestad en el alma de Lamennais, amenazando estallar: en vano procuraba Rozaven hacerle comprender que las pasiones se precipitan, sobre todo cuando se ven comprimidas en el corazon de un hombre que no debe abrigarlas. Supo Lamennais al cabo de algunos meses que eran sus teorías objeto de una amarga crítica por parte de algunos jesuitas, y con este motivo escribió en 23 de octubre de 1825 al Provincial de la Órden, diciéndole que habia adquirido la certeza de que era su sistema censurado por la Compañía, de lo que resultaba que muchas otras personas se declaraban tambien contrarias á sus doctrinas, en razon á la muy justa estimacion de que disfrutaba el Instituto. Terminaba su carta pidiendo copia de aquella censura ó juicio, cualesquiera que fuesen los términos en que estuviese concebida.

Con un valor igual á su talento, pulverizó á menudo el abate de Lamennais los injustos cargos que se hacian á la Sociedad de Jesús. Admiraban los Padres el primer volúmen del *Ensayo sobre la indiferencia;* pero á la admiracion sucedió la incertidumbre tan pronto como apareció el segundo volúmen. En su contestacion de fecha 5 de noviembre comunicó Nicolás Godinot al autor estas diversas im-

presiones, afirmándole que su doctrina no habia sido censurada ni tenida por sospechosa por el General de la Órden. La guerra que se hacia al rededor de la obra y del nombre del abate de Lamennais contribuyó á dar á su carácter algo de mas imponente; conocia él mismo su fuerza, y le inducian á abusar de ella. En 14 de noviembre de 1825 exigió que se le entregase la carta del General: «No «está prohibido, añadia, el sostener proposiciones que se suponen «indiferentes; por lo tanto el que prohibe acusa.»

Godinot, que no desconocia lo difícil de la posicion, contestóle en 8 de diciembre en estos términos: «Señor Abate, no puedo prescin«dir de empezar por manifestaros el dolor que me causa nuestra «correspondencia, á causa del desagradable objeto que la promue«ve. Estoy vivamente afectado de que sean, muy probablemente para «entrambos nuestras cartas un motivo de pena.

«¿No habria medio para comunicarnos nuestro pensamiento sin «que por ello debiese sufrir el corazon?

«He comprendido muy bien, señor, la demanda que me haceis; «pero os lo confieso, la exigencia de obligarme á comunicar la cor«respondencia de mi superior me ha sorprendido de tal modo, que «he creido que mi silencio os bastaria para comprender mi res«puesta.

«Insistís y exigís que me explique; básteos que os diga que no «puedo de ningun modo comunicaros nada de cuanto el Padre Ge«neral crea deber escribirnos. ¿No tiene este por otra parte derecho «de esperar que en su correspondencia, sea cual fuere su objeto, «nadie sospechará siquiera que pueda faltar á lo que le prescriben la «prudencia, la justicia y la caridad? Vos invocais el principio de «que *quien prohibe acusa:* es posible que en ciertos casos sea ver«dadero este principio; pero no lo es menos tambien, que no es así «como entiende la Compañía usar del derecho en que está de pro«hibir; es además notorio que ha prohibido muchas veces sostener «opiniones sin acusarlas en lo mas mínimo. La necesidad y el valor «de la uniformidad son suficientes en ella para dictar prohibiciones.

«¿Me permitiréis, señor Abate, arriesgar todavía una pregunta? «¿En qué estamos, y cuál es nuestra posicion respectiva? ¿Podria «acaso alterarse la buena inteligencia que ha reinado siempre entre «nosotros? Es verdad que tenemos opiniones diferentes sobre cues«tiones en que es libre á cada cual la opinion; usemos, pues, de esa «libertad unos y otros con sencillez, sin amargura y hasta sin viva-

«cidad, á fin de que nunca queden interrumpidas nuestras buenas «relaciones. En unos tiempos en que la causa comun debe unir-«nos, como estoy cierto que nos une en el fondo de nuestro corazon, «quiero por mi parte evitar y trabajar eficazmente á fin de que todos «aquellos en quienes pueda yo tener algun ascendiente, eviten dar «á los enemigos de la Religion el triste espectáculo de una division «que perjudicaria á los dos partidos delante de Dios y de los hom-«bres. Os suplico no considereis como un mero cumplido la seguri-«dad formal de los sentimientos mas íntimos de veneracion, afecto «y profundo respeto que animan al que tiene el honor de ser, etc.»

En vista de esta carta, cuya firmeza no excluye la gratitud ni el afecto, debia el abate de Lamennais renunciar á llevar mas allá sus exigencias; pero como todos los hombres á quienes circunda la celebridad con su brillante auréola, estaba rodeado Lamennais de neófitos demasiado fervientes y de aduladores entusiastas ó interesados, que le persuadieron no debia retroceder ante una neutralidad que ocultaba designios hostiles. Escribe segunda vez á Godinot, pero el Provincial no juzga conveniente contestar á su última carta. Desde aquel dia empezaron los periódicos adictos á Mr. de Lamennais á declararse en cruda guerra contra la Sociedad de Jesús.

Continuaba sus relaciones de amistad con diferentes Padres, y aunque en divergencia de opiniones sobre muchos puntos, no dejó de ser Lamennais por esto constante amigo de la Compañía. Seria por lo tanto injusto acusarle de una guerra que á su pesar tal vez hacian contra ella algunos jóvenes seides del error. Conocia Lamennais lo bastante á los discípulos de Loyola para comprender que nada obtendria de ellos por medio de la intimidacion, del mismo modo que nada habian obtenido los enemigos de la Órden con quienes estaban á la sazon en guerra, á pesar de ser su actividad mucho mas cruel. Contentóse con exhalar sus quejas en particular, procurando por todos los medios posibles hacer abrazar á los Jesuitas sus ideas; hallábase á la sazon cerca del jefe de la Órden en clase de asistente por Alemania, un Padre que era acérrimo partidario del sistema de Lamennais. Por la influencia que Raimundo Bzrozowski, sobrino del último general, ejercia en la Órden, se habia prometido el escritor vencer la reserva en que se habia encerrado el Instituto. Léjos de desvanecer Bzrozowski aquella idea, escribíale por el contrario, que nunca el General habia prohibido la enseñanza de sus teorías; pero cuando despues de la muerte del P. Fortis

se reunió la Congregacion en el Gesu para proceder á la eleccion de su sucesor, no tuvo gran trabajo Lamennais en conocer que nunca podria contar con la adhesion de los Jesuitas. Raimundo Bzrozowski no fue reelegido asistente, recayendo este honor en Rozaven por unanimidad.

El nuevo General se encerró estrictamente en la regla de conducta trazada por su predecesor, no tomando por lo tanto partido ni en pro ni en contra del sistema de Lamennais. En vano los adeptos del publicista teólogo anunciaban que Roothaan seria favorable á las doctrinas de la controversia; pues que este último dió un mentís á sus futuros asertos en el momento mismo en que tomó posesion del poder. Dirigió el 30 de agosto de 1829 á los provinciales un decreto confirmando el de Fortis, y en el que añadia á continuacion: «Sin embargo, nuestra intencion es como la de nuestro predecesor, «esto es, no intentamos censurar ninguna de aquellas proposicio«nes, por no ser esto de nuestra incumbencia: no pretendemos con «ello, antes por el contrario, sentiríamos mucho hacer sospechosos «de error en materias de fe á cuantos las defiendan. Así es que sin «adoptar en nuestras escuelas semejantes doctrinas, estamos muy «léjos de autorizar por ello á los nuestros á que las ataquen ó com«batan; al contrario, es nuestra voluntad expresa que se evite toda «disputa que podria menoscabar la caridad.»

Pasando á otro órden de ideas inherentes en aquella época á los principios de Lamennais, hé aquí lo que el P. Roothaan decia: «Como se ven en ciertos países agitarse cuestiones con respecto al «poder del Papa sobre los Reyes en materias temporales, recorda«rémos con este motivo á todos los nuestros los preceptos impuestos «en virtud de santa obediencia por los PP. Claudio Aquaviva y «Mucio Vitelleschi. Prohiben terminantemente estos preceptos á to«dos los nuestros ocuparse en semejantes materias, así en los escri«tos como en los discursos ó lecciones públicas, y hasta en las con«versaciones particulares.»

Así el primer acto del Jefe de los Jesuitas, lo mismo que el último de su predecesor, se ve que tendian á proscribir todo aquello que directa ó indirectamente pudiese rozarse con la política. Á pesar de todo se les acusaba de ser los centinelas avanzados del ultramontanismo, y que pretendian en nombre de Roma ocupar todas las sendas del poder; ya han visto nuestros lectores las únicas órdenes que en el secreto de sus consejos dictaba el General. Para que la

Sociedad de Jesús se pronunciara con respecto á las doctrinas del abate de Lamennais, era preciso segun declaraban los superiores del Instituto aguardar la decision de la Iglesia: tal fue el motivo por que no se decidió la Compañía ni en pro ni en contra de semejantes doctrinas. Solo cuando intervino la Iglesia y las condenó, pudo explicarse la neutralidad de los Jesuitas, cuya neutralidad aparente ocultó hasta entonces una retraccion verdadera. Lamennais, á quien no se ocultara ya desde un principio aquella retraccion, por ser mas perspicaz que sus adeptos, no pudo menos de agradecer en su interior la moderacion de los hijos de Loyola. Mientras que los admiradores de su sistema hacian causa comun con el liberalismo para ahogar ó destruir á la Sociedad de Jesús; mas dueño de sí mismo el Abate, llamaba á esta misma Sociedad á nuevos combates.

Soñaba Lamennais en nuevos destinos para el mundo católico, y con la esperanza de realizar sus bellos sueños procuraba ante todo apoyarse en los Jesuitas. Al recibir el General la autoridad suprema en 30 de agosto de 1829, se conservó en la misma posicion que antes adoptara Fortis: sin embargo pocos dias antes, ó sea el 2 de agosto de aquel mismo año, ved aquí lo que escribia Lamennais al P. Francisco Manera residente en Turin:

«La Chenaie 2 de agosto de 1829. — Bien hubiera deseado, mi «muy bueno y querido Padre, daros antes las gracias por la ama«ble carta que de vos recibí; pero una debilidad extrema y sufri«mientos continuos no me han permitido verificarlo hasta ahora. «Puedo decir como Alejandro VIII, *deficiunt vires;* y ojalá que como «él pudiese añadir, *sed non deficit animus;* porque nunca tuvimos «mas necesidad de ese valor interno cuyo principio es la fe, para «sostener el alma oprimida bajo el peso de tantos pensamientos «amargos y presentimientos siniestros. No hay duda que hemos atra«vesado muy malos tiempos, pero es probable que serán aun peores «los que vamos á alcanzar. La gran revolucion que se opera en el «mundo no hace mas que empezar, y hasta que haya derribado des«de el pié hasta su cumbre la antigua sociedad europea, minada en «todas sus bases, no se verán por doquier mas que ruinas amon«tonadas sobre otras ruinas humeantes todavía. Los hombres, siem«pre tardos en instruirse, consideran con una especie de asombro «estúpido ó de perversa curiosidad ese espectáculo aterrador sin «comprender la causa de lo que ven, y lo que es peor aun, sin

«querer comprenderla. Reina por lo general entre aquellos á quie-«nes se llama buenos una ceguedad mas que humana, de modo «que en lugar de oponer al mal una resistencia eficaz, hacen por «el contrario todo aquello que mas puede contribuir á favorecer sus «progresos. No obstante, Dios tiene sus designios, y su sabiduría «lo gobierna todo, de modo que hasta el mismo error y el mismo «desórden contribuyen á la realizacion de lo que Él dispuso. Con-«vencido profundamente, mi muy querido Padre, de que no se pue-«de hoy dia servir útilmente á la Religion sin ejercer en los ánimos «una accion poderosa, cuyas primeras condiciones para ello son «una independencia completa del poder político y un grande y an-«cho desenvolvimiento de todas las doctrinas católicas, presentadas «sobre todo en relacion con las ideas que conmueven el mundo; «convencido, repito, de esta verdad, lo estoy tambien de que es «necesario que la Compañía de Jesús, en la cual existen tan pre-«ciosos elementos del bien, tome una posicion enteramente nueva «para acomodarse á las necesidades presentes de la sociedad, y al «estado actual de los ánimos; cuanto he dicho con respecto á ella, «lo digo asimismo relativamente al Clero en general. Mientras se «apoyará en el poder, tendrá la Compañía en contra la masa activa «de los pueblos, y se verá obligada á contemporizar, á lo menos «por el silencio, con errores muy peligrosos, de lo que resultará una «apariencia de duplicidad é intriga, que la hará decaer muy en «breve del concepto de la opinion pública. Toda la fuerza consiste «hoy dia en presentarse francamente al combate, en demostrar lo «que se es, y dominar las inteligencias por medio del talento y las «virtudes; en una palabra, no contar mas que con sus propias fuer-«zas y con la verdad. Sin estas condiciones indispensables no puede «tener la Compañía ninguna educacion, ninguna vida. Y ¿quién «puede emprender con mas ventajas y esperanzas de éxito que los «Jesuitas esta gran guerra, esta guerra sagrada? Creo que sola-«mente deberian exigir un poco mas de libertad interior de la que «existe entre ellos; y sobre este punto, lo confieso, desearia alguna «modificacion en sus reglas. Por lo demás no es esto sino el consejo «de un hombre sin influencia y sin autoridad, pero, me atrevo á «asegurarlo, partidario de corazon de la santa causa de Dios y de la «Iglesia y de todos aquellos que la defienden, sean cuales fueren. «Continuad, mi buen Padre, os suplico, amándome como hasta

«aquí á pesar de mis grandes miserias, rogad por mí, y creed que «no cesaré de estaros tiernamente agradecido por ello en Jesucristo. «— F. de Lamennais.»

Al remontarnos á la época en que esta carta fue escrita, fácil nos es comprender las ilusiones y los siniestros presagios que agitaban á un mismo tiempo el alma del autor del *Ensayo sobre la indiferencia*. Aquella naturaleza excepcional, que habia herido tanto amor propio, acababa por sentirse herida á su vez, y se replegaba en sí misma. Desde el fondo del abismo que veia Lamennais abierto á sus piés, llamaba á los Jesuitas para que acudiesen en su socorro. El P. Manera, aunque jóven todavía, uno de aquellos caractéres que por la intuicion del genio sabia consolar y hacer llevaderos los mas grandes dolores; profundo teólogo, distinguido literato y filósofo á la vez, admiraba en el escritor francés aquel cúmulo de cualidades que hacen el genio venerable aun á los ojos de aquellos mismos hombres que se ven obligados á combatir sus errores. Fácil le fue demostrarle que nunca los discípulos de Loyola habian dejado de acomodarse á las circunstancias de la época; pero que no correspondia de modo alguno á ellos tomar la iniciativa. Su contestacion fue la de un amigo y de un guia lleno de deferencia: los acontecimientos de 1830, y las consecuencias que llevaron en pos de sí, demostraron que uno y otro habian acertado en sus cálculos. Uniéndose entonces al mismo órden de ideas, Mr. Luis de Carné, escritor cuya reflexion y estudio modificaron despues las tendencias, dirigió mas tarde á los Jesuitas los mismos reproches que el abate de Lamennais. «Inspiraban los Jesuitas, decia [1], ese respeto que tributamos á las ruinas, frio y helado como ellas. Podia la juventud en «sus paternales conversaciones concebir piadosas ideas; tambien «en el tribunal de la penitencia encontraba el cristiano, en su larga experiencia de la vida y en la indulgente caridad con que supieron soportar siempre los Jesuitas las mas rudas pruebas, socorros y ejemplos. Pero cuando pasaba de esas expansiones íntimas «á las realidades de la sociedad moderna, quedábase uno enteramente absorto al descubrir en ellos una ignorancia absoluta de los «hombres y las cosas, y una ligereza tal de juicio que solo podia «compararse con la inofensiva locura de las esperanzas. Solo vagas «tendencias hácia el antiguo régimen, esto es hácia la decrepitud

[1] *Historia contemporánea, ó Ensayo sobre la Historia de la Restauracion*, t. II, pág. 112 (edicion de 1835).

«de Luis XIV, época en que los Jesuitas triunfaban de los Janse-«nistas é hicieron arrasar *Port-Royal*, eran poco mas ó menos las «únicas ideas políticas de que estaba poseido el pequeño número de «entre ellos que se entrometia en los negocios temporales.»

Estos ataques fueron el eco, por decirlo así, de los que hizo oir antes el liberalismo; solo falta ahora examinar cuáles fueron los mas fundados. En tiempo de la Restauracion no representaron ni quisieron representar los Jesuitas ningun papel bajo el punto de vista político; solo se ocupaban entonces en un trabajo de recomposicion, procurando aunar entre sí todas las partes heterogéneas destinadas á formar una sociedad. Veíanse entre ellos todavía algunos restos de la antigua Compañía que habian podida escapar á la muerte ó al hierro de los verdugos, un cierto número de Padres de la Fe, y una multitud de jóvenes que ofrecian un rico porvenir de esperanzas. Semejante agregacion debia ante todo consolidarse y fortalecerse en el espíritu religioso: tal fue la idea que adoptaron sus primeros directores. Hallaban la monarquía de los Borbones restablecida en Francia, y á ella se adhirieron sin ningun cálculo, sin ninguna ambicion: una república, ó el poder imperial que hubiesen protegido la Religion, habrian sido por ellos igualmente aceptados. No entra en el carácter de los Jesuitas abrazar exclusivamente un sistema político, ó procurar hacer triunfar el uno en detrimento del otro; puesto que se contentan con aquel que está en vigor, de modo que si dan alguna preferencia á un Gobierno, nunca es á causa del principio que lo constituye, sino por la razon determinante de que concede mas ó menos proteccion y libertad al Catolicismo.

Es muy cierto que una fraccion de los discípulos de san Ignacio, sobre todo entre los ancianos, profesaba pocas simpatías á las teorías constitucionales; pero el motivo de su repugnancia no podia ser mas natural. Los apóstoles de aquellas teorías ó ficciones eran en Francia los enemigos mas encarnizados de la Iglesia: todo lo contrario ocurria en Bélgica en aquella misma época, pues los Jesuitas se mostraban los mas sinceros partidarios de la Constitucion liberal, por no oponerse esta al ejercicio del culto ni someter la fe de los pueblos á un despotismo ininteligente. Eran asimismo los Jesuitas en los Estados-Unidos y en Suiza republicanos y demócratas, porque allí las ideas de libertad no esclavizaban las creencias ni los votos. Para juzgar bien á la Compañía, preciso es colocarse en la altura do ella se colocó: es muy cierto que pudo frustrar esperanzas

laudables en su principio, no consentir en asociarse á proyectos seductores, y apelar á la experiencia de los tiempos que fueron para ver en ellos cuáles podian ser los resultados de las innovaciones á que se les convidaba. Probablemente quiso la Compañía permanecer estacionaria, cuando los espíritus ardientes y activos se lanzaban á vias desconocidas, donde en lugar del progreso hallaron tan solo, como el abate de Lamennais, la duda y el desengaño; pero los hombres sensatos admirarán en los hijos de Loyola esa prudencia admirable que no se dejó deslumbrar ni por el prestigio de la novedad, ni por el atractivo de una popularidad efímera.

Mientras que los Jesuitas se salvaban de la doble impulsion que los partidos extremos se esforzaban en hacerles sufrir, nadie pudo apreciar debidamente aquella sabiduría que quedaba sepultada en sus archivos. Hay en Francia una virtud mucho mas rara que el valor y el denuedo, tal es la moderacion: los Padres acababan de dar de ella relevantes pruebas; pero estas ó eran consideradas como sospechosas, ó interpretadas en sentido contrario, ó desconocidas. Por esto se les dejó practicar la justicia y la prudencia en el fondo de sus celdas, sin dejar de perseguírseles sistemáticamente: entonces fue cuando las palabras y las cosas empezaron á perder su significacion comun para tomar otra que debia enmascarar la mas audaz impostura con que se ha especulado jamás sobre la credulidad humana. Cuando se recorren ahora aquellas inmensas colunas de los periódicos de aquella época en los que toma la mentira todas las formas, y que seguros ya de antemano de su triunfo, ni se tomaban siquiera la molestia de disimular ni aun en las circunstancias menos probables, experimentamos un sentimiento de vergüenza y de compasion. Porque desde 1823, no fue ya una malevolencia aislada la que pretendia engañar á una clase de la sociedad, sino una conspiracion permanente contra la verdad, y sobre todo contra el buen sentido de las masas, cuyo buen sentido se procuró pervertir por todos los medios. Tal es aquella conspiracion, verdadera afrenta inferida al pueblo francés y de la que vamos á ocuparnos detenidamente.

Entremos, pues, en la relacion de los hechos sin animosidad y sin prevencion. Para referirlos tenemos á la vista todos los datos originales, y nos pertrechamos de todos los documentos, porque como nunca fuimos afiliados á la Congregacion, á Saint-Acheul ni á Montrouge; como, por otra parte, permanecimos extraños á ese fantas-

ma de lucha ridícula inventada por el liberalismo, y á esas mentiras que creó y popularizó, y á los terrores imaginarios que tan hábilmente explotó, podemos hablar de todos aquellos acontecimientos con una imparcialidad verdaderamente histórica. Esta relacion será, lo confesamos, una triste página en los anales de Francia; pues probará con cuánto desprecio de la justicia y de la verdad trataban los apóstoles constitucionales del progreso á una nacion harto fácil en dejarse seducir por palabras huecas y falaces.

Deplorable es el trabajo que nos imponemos, pero nos resignamos á él. Hasta el presente hemos visto en todo el curso de esta relacion á los Jesuitas envueltos, por decirlo así, en los acontecimientos, inspirarlos á menudo, dirigirlos alguna vez, y hemos indicado siempre á cada paso su accion en todos ellos. Ha podido esta ser aprobada ó vituperada, segun los diversos partidos que ocupaban la escena del mundo. Nada semejante, sin embargo, nos presentan hoy dia. Desaparecen completamente los Jesuitas; viven ya fuera del movimiento y del tumulto; no sorprendemos su mano en ningun asunto eclesiástico; su correspondencia mas íntima no nos pone en la mano el hilo de ningun complot contra la Carta, contra las libertades públicas, ni contra la Universidad: piden solamente vivir en su retiro, y sin embargo esta demanda es siempre rechazada, y solo se accede á medias á ese ardiente voto de su corazon. Todos los documentos que tenemos á la vista justifican esta posicion; al recorrerlos vese que los Padres del Instituto nunca ven asegurado, no diré su porvenir, pero ni aun siquiera el dia de mañana. Sin embargo, si debiamos conformarnos con la oposicion liberal, veríamos que esta misma Compañía de Jesús es la que inundó la Francia con sus congreganistas y protegidos: la que reinó en lugar de los Borbones; que gobernó escudada por los ministros; que dominó á unos é intimidó á los demás; y por fin, que hizo pesar sobre el Episcopado y el Clero la mas vergonzosa esclavitud.

Han sido todos estos asertos arrojados tan á menudo entre las masas, que por un gran número de hombres han merecido la autoridad de un hecho consumado. Ya no se discute la influencia que ejercieron los Jesuitas durante los reinados de Luis XVIII y Cárlos X, por no creerse necesarias mas pruebas para dejar sentadas aquellas convicciones, que no queremos aceptar nosotros sin el exámen de tales juicios. Para ello nos parece necesario remontarnos hasta el orígen de las cosas, lo que lograrémos hojeando la corres-

pondencia de los Jesuitas entre sí, procurándonos además la ventaja de conocer el lazo tendido á la credulidad por la prensa. Son, pues, mucho menos los actos de la Compañía de Jesús que recogemos en este momento, que la relacion de las falsedades y prevenciones de que fue aquella objeto. Nunca se tachó la conducta de los Padres, sino que se les creó un poder, una ambicion, una hipocresía y una hidropica sed de dinero y grandeza que solo existieron en la imaginacion de sus adversarios.

La Congregacion, Saint-Acheul y Montrouge vinieron á ser el terror fingido ó real de los veteranos de 1793 y de los patriotas de la nueva generacion, que aprendian á acariciar la libertad en la escuela de los censores imperiales, de los generales y prefectos de Napoleon, que habian envejecido en el ejercicio del despotismo y de la arbitrariedad. Importa, pues, á la historia estudiar á fondo esos tres monumentos del poder oculto de los Jesuitas.

La Congregacion del P. Delpuits se habia propagado rápidamente. Dirigíala el P. Ronsin, y en el momento en que cada cual se asociaba bajo diferentes títulos, cuando las provincias y la capital estaban atestadas de reuniones políticas, literarias y científicas, cuando los clubs de los carbonarios y las logias de los francmasones y templarios recibian libremente innumerables adeptos, atacóse á aquella Congregacion en su existencia, en su objeto y en sus medios. Era obra de los Jesuitas, y por esto se la presentó como el escabelo de todas las ambiciones, como el asilo de todas las misteriosas intrigas y como un foco de conspiracion contra las libertades nacionales. Al hablar el cardenal de Bausset, en su *Historia de Fenelon*, de la influencia de que gozaban aquellas asociaciones en el siglo de Luis XIV, se expresaba de este modo tratando de los Jesuitas [1]: «Llamados desde su orígen á educar las principales fami-«lias del Estado, hicieron extensivos sus desvelos hasta las mas ín-«fimas clases, en las que conservaban la feliz costumbre ó práctica «de las virtudes religiosas y morales. Tal era con preferencia el útil «objeto de esas numerosas congregaciones que habian creado en «todas las ciudades, teniendo la prevision de unirlas á todas las «profesiones é instituciones sociales. Simples y fáciles ejercicios de «piedad, instrucciones particulares apropiadas á cada condicion, «y que no ocasionaban ningun perjuicio al trabajo ni á los deberes «de la sociedad, eran los únicos medios que se empleaban para

[1] *Historia de Fenelon*, t. I, pág. 16.

«conservar en todos los estados esa regularidad de costumbres, ese «espíritu de órden y de subordinacion, esa prudente economía que «conservan la paz y la armonía de las familias asegurando la pros-«peridad de los imperios.»

Los Jesuitas se habian mecido en la idea de que podia aun conservarse aquel interesante cuadro; y como tenian á su disposicion todos los elementos necesarios coordinados por uno de sus Padres, pensaron que les seria fácil dar mas extension todavía á aquel pensamiento creador. Así es que adoptaron lo que Delpuits habia tan sábiamente organizado, eligiendo á Ronsin para que acabara de desarrollar tan saludable idea, sin que sufriera ningun cambio el órden interior de la Congregacion. Todos los domingos, de quince en quince dias, y por cada fiesta de la Vírgen, reuniase la Congregacion en una capilla situada sobre la iglesia de las Misiones extranjeras. Un altar rico en elegante sencillez se levantaba en ella ofreciendo á todas las miradas estas palabras, *cor unum et anima una*, símbolo de la union y de la caridad fraternal que debia reinar entre hombres que pertenecian á las diferentes clases de la sociedad, sin que hubiera entre ellos ninguna distincion por su posicion ni por su edad. Desaparecia la diferencia de condicion en el vestíbulo de aquella capilla para ceder su puesto á la igualdad ante Dios: así es que el jóven estudiante se sentaba junto al prelado ó al par de Francia. El prefecto de la Congregacion y sus dos asistentes eran los únicos que tenian asientos reservados. Aquellos piadosos ejercicios duraban comunmente desde las siete y media hasta las nueve y media de la mañana, empezando por la lectura de la vida del Santo cuya fiesta celebraba la Iglesia. Cantábase luego el *Veni Creator* y el *Ave maris Stella*; luego se oraba en comun por la Iglesia y por la Francia, y se procedia á la admision de los propuestos ó aspirantes. Subia entonces el P. Ronsin al altar para celebrar la misa, que todos los congreganistas, en número cási siempre de unos doscientos, oian de rodillas, y á la cual respondian todos con los acolitos. Tomaban la mayor parte la comunion; y luego de terminado el santo sacrificio, dirigia Ronsin una plática á sus oyentes exhortándoles al cumplimiento de sus deberes, á la perseverancia y á la piedad; despues de cuya exhortacion invocaban todos el socorro de la Vírgen, y se retiraban en silencio.

Segun el plan adoptado por los Jesuitas, no era bastante orar en comun solo de quince en quince dias. Los primeros congreganistas

multiplicaban las obras de caridad cristiana: visitábanse entre sí en sus enfermedades y aflicciones; distribuian limosnas; acudian al auxilio de la indigencia y de la desgracia; pero este celo se encerraba todavía dentro de límites demasiado estrechos. Hasta 1820 no habia salido del recinto de la Congregacion, pero en aquella época el abate Legris-Duval fundó la sociedad de Buenas Obras, bajo la inspiracion de los Padres, cuya direccion despues de él fue confiada a Borderies, obispo de Versailles, y al abate Boudot, vicario general de París. Dividíase esta sociedad en tres secciones que abrazaban los hospitales, las cárceles, y los pequeños saboyanos; operándose así simultaneamente el bien en triple escala. Los ricos, los hombres radiantes de dicha, los poderosos del siglo aceptaban á su vez con gozo el descender á los hospicios y á los calabozos, para enseñar á los infortunados y á los culpables que gemian en ellos á soportar con resignacion el peso enorme de su triste vida. Tan pronto provocaban la esperanza como el remordimiento, dispensando siempre, empero, á manos llenas beneficios á cuantos sufrian: estas visitas, que eran muy frecuentes, nunca dejaban de ser de gran provecho para la moral. Esforzábanse otros en hacer revivir la tierna institucion capaz de inmortalizar por sí sola el ya inmortal nombre de Fenelon: reunian todos los domingos en las capillas subterráneas de las cuatro principales iglesias de París á los pobres niños que desde las montañas de Saboya ó de Auvernia habian acudido para probar fortuna en las mas humildes ocupaciones. Les enseñaban á creer y á orar; les encargaban la probidad y la paciencia, alentando de este modo sus nacientes virtudes, que procuraban poner siempre al abrigo de la necesidad.

Tambien fue en el seno de la Congregacion do nació el pensamiento de formar la sociedad de Buenos Estudios, que tenia por objeto conservar en la juventud los principios de la fe religiosa y monárquica: reuniones mensuales los instruian en las letras mediante lecciones dadas por jóvenes maestros que habian venido á ser sus iguales. Procurábanseles todos los medios de enseñanza y recreo, alejándoles del vicio ó de las doctrinas perniciosas; preparábaseles asimismo para poder llenar un dia las funciones judiciales ó administrativas. De este modo iba la Congregacion extendiendo su benéfica influencia, cuando uno de sus miembros, Mr. Gossin, consejero Real de París, le procuró un nuevo desarrollo estableciendo la Asociacion de san Francisco de Regis. Era la principal idea de esta

Sociedad procurar la rehabilitacion de los matrimonios contratados solamente ante la autoridad civil; idea que obtuvo en poco tiempo los mas brillantes resultados.

Tales eran los diferentes cuidados á que se entregaban hombres recomendables por su saber, por su nacimiento, ó por su posicion, sin ocultar ni su nombre ni sus obras. Contábanse entre las filas de la Congregacion algunos príncipes, obispos, generales, magistrados, escritores, sábios, artistas, y, por último, operarios. D. Francisco de Paula, infante de España, y el conde de Limbourg Stirum, próximo pariente del Rey de los Países Bajos; el conde de Senft-Pilsach y el marqués de Clermont-Tonnerre, de Luynes y de Rainneville, Olivier de La Rochefoucauld y Rogaciano de Sesmaisons, el conde de Cossé-Brissac y lord Clifford, el conde Francisco de Sales y Loménie de Brienne, el marqués de Choiseul y el caballero de Berbis, los condes de Stolberg y de Durfort, de Lascours y de Robiano, el baron de Haller y el arquitecto Lemarié, Delaville-Marqué y Saint-Gery, de Sèze y de Hédouville, de Becdelièvre y de Foresta, de Civrac y Lauriston, d' Albertas y el duque de Rivière, se encontraban allí juntos con los jurisconsultos tales como Delpech, de Lavau, Monsarrat, Emmery y Berard-des-Glageux, con los escritores como Picot, Laurentie y Genoude, con los militares como Jacobo Cathelineau, con los médicos como Récamier, con los universitarios como Éliçagaray. La mitad del Episcopado francés, los sacerdotes mas distinguidos, y los jóvenes que mas tarde ocuparon los puestos de los profesores que les instruyeron, menos con sus lecciones que con su ejemplo, se confundian en la propia agregacion. Notábanse entre estos prelados, cuya mayor parte han dejado ya de existir, permaneciendo los restantes al frente de la Iglesia galicana, Dubourg y Cheverus, Mathieu y de la Châtre, Pérocheau y Dupuch, Laloux y de Montblanc, Plessis y Blanquart de Bailleul, d'Astros y Dubois, de Cosnac y Tournefort, George y Sibour, de Pins y Gallard, Taberg y Duchatellier, Dufêtre y Soyer, Coupperie y Glaury, de La Myre y Bombelles, Borderies y de Hercé, Villefrancon y de Chaffoy, el cardenal de Croy y Maréchal, Millaux y Aragonnet d'Orset, Jacquemin y Cottret, Lalande y d'Arbaud, el cardenal de Bausset y Richery, Berthaud y Prilly, el cardenal de Clermont y Poulpiquet, el cardenal Weld, los nuncios apostólicos Macchi y Lambruschini, el ablegado Falconieri, Augé, vicario general de París, los abates Berger, Desgenettes y Lenglois, superior de las Misiones

extranjeras. Renato de Argenteuil, Rafael de Magallon, Armando Passerat, Francisco Jaccord, Javier Arnoux, Vuarin, cura de Ginebra, Isidoro Gagelin, Pupier, Chatelard y Badin, que unian á la Congregacion la autoridad de su nombre, y la mucho mayor aun de sus virtudes y de su sangre que debian derramar por la fe.

Llegóse desgraciadamente á una época en que hasta las instituciones mas inofensivas parecian contrarias á la justicia y á la verdad, por existir en París un centro permanente de conspiraciones y de intrigas. En los clubs del carbonarismo, cuyas misteriosas ramificaciones nos explicó Luis Blanc en su *Historia de los Diez años*, se preparaba el liberalismo para la guerra civil. Esta guerra no podia declararla oficialmente á la monarquía, por haber fracasado sus planes al tratar de lanzar á las calles á los hombres perdidos, cuyo furor fue reprimido por la fidelidad del ejército, siendo el cadalso el término á que habrian llegado los complicados en aquel complot ó revolucion, á no haber sido la clemencia del Rey. Privado, pues, el liberalismo de apelar á medios violentos, y faltándole los ministros que como Lainé, Decazes y Pasquier le alentaban y protegian bajo mano, no le quedó mas arma que la calumnia: para emplearla, determinó escudarse con la libertad de imprenta que para siempre deshonró. Compuesta la Congregacion de hombres entregados en su mayor parte á los negocios públicos, y de jóvenes que por su nacimiento ó estudios estaban destinados á desempeñar mas tarde un gran papel en el Gobierno, vino á ser para la oposicion un campo abierto en el que fue permitido sembrar las mas ridículas hipótesis.

Reuníanse los Congreganistas de diferentes puntos de Francia para entregarse en comun á la oracion y á la caridad. Logrado era ya este objeto; pero era de esperar que con el tiempo podria él moralizar el pueblo, y lograr así una reaccion católica. Por esto se procuró por medio de sarcasmos y folletos ridiculizar aquella Agregacion; á pesar de que inútiles fueron el epigrama y la sátira para lograr tan perverso objeto. Podian los diarios herir á los indivíduos, pero no por ello lograban matar á la Asociacion; y en vista de la inutilidad de la sátira, procuróse emplear la calumnia para hacerla odiosa. Imposible fue hacer á la Asociacion objeto del escarnio público, por lo que se procuró hacerla objeto de la animadversion general; y, cosa admirable, los hombres que mas hablaron de la Congregacion, fueron precisamente aquellos que menos creyeron en su poder. Patente era á todos la accion ó parte que tenia el P. Ronsin

en la Congregacion; pero á pesar de esto se habló del Jesuita como de un personaje misterioso que tenia entre sus manos el hilo de todas las intrigas [1], y que estaba entronizado al mismo tiempo en el

[1] Fue la fantasmagoría sobre la Congregacion tan hábilmente explotada por el liberalismo, que se logró aterrorizar hasta las personas de mas recto juicio: una mentira anunciada en Francia por primera vez provoca un sonrís de desprecio: aquella misma mentira, repetida cada dia y reproducida bajo mil formas distintas, penetra al fin en los corazones, y tarde ó temprano forma parte de las creencias de aquellos mismos que la combatieron en su origen. De este modo deben explicarse las versiones mas ó menos erróneas que provocó la Congregacion. Mr. Luis de Carné en sus *Consideraciones sobre la Historia contemporánea ó Ensayo sobre la Historia de la Restauracion*, procuró en 1835 profundizar, desde la posicion en que entonces se hallaba, todas las dificultades de la posicion múltiple que se habia creado á los Jesuitas antes de 1830. Buscó la verdad de buena fe; pero no le fue dado encontrarla siempre: la razon de ello es muy óbvia; consiste en que á su pesar se dejó dominar por el error que ofuscaba á la sazon cási todas las inteligencias. Al hablar de la Congregacion (tomo II, pág. 99), se expresa de este modo: «Júzguese, pues, del efecto de una «asociacion secreta que nunca ha parecido mezclarse en cosa alguna, y á la «cual, sin embargo, todos los proyectos del Gobierno del Rey, todos sus nom-«bramientos, desde el de prefecto hasta el de guarda campestre, parecian es-«tarle sometidos.»

En la página siguiente acaba de explanar Mr. de Carné su idea diciendo: «El «solo resultado de esa influencia inmensamente exagerada por el espíritu de «partido, fue procurar al Gobierno el apoyo de algunos intrigantes cogidos en «la red de la ambicion. La mayoría del Ministerio hubiera probablemente de-«seado separarse de aquellas insignificantes intrigas y poner en descubierto el «fantasma que causaba un terror general.»

Es presumible, y hasta muy cierto que se aprovecharon algunos intrigantes del influjo de la Congregacion, de las misiones y hasta de la Religion misma en pro de su fortuna ó de su partido; pero ¿qué puede resultar de ello en contra de la Congregacion, de las misiones y de la Religion? ¿No se ha visto acaso á otros intrigantes, los mismos tal vez, abusar de un principio diferente, y pedir á la Revolucion de julio títulos ú honores que no habian podido obtener en la Congregacion? ¿Puede por esto imputarse al Trono ni á los poderes que emanaron del movimiento de 1830, que solo se dejasen dominar por ambiciosos sin conciencia y por hipócritas?

No eran los realistas bastante astutos, ni reinaba entonces como ahora entre ellos bastante union por podérseles creer en la idea de concertar con el apoyo de la Congregacion un plan de defensa mútua. Divididos así en los hombres como en las cosas, aislándose ó calumniándose entre sí, aspiraban sin cesar los realistas al mando mientras que se denegaban siempre á obedecer, é irritados contra la ingratitud de los príncipes á quienes no obstante colmaban de elogios, eran incapaces de concebir un plan, y mucho mas aun lo eran de seguirlo y llevarlo á feliz término. A mas de que, no se presentaban á la Congregacion como realistas, sino como cristianos. Podia el deseo de ascender y el de proteger,

Quirinal y en las Tullerías. Supúsose que este Jesuita, mucho más conocido en los hospitales que en los ministerios, disponia á su antojo de la fortuna, de la autoridad y de todos los empleos; viéndose

crear influencias y favoritismo; pero de esto á aspirar á una direccion política, á violentar los compromisos contraidos y cambiar las determinaciones adoptadas, va una diferencia notable. Hallábanse entre los Congreganistas hombres que pertenecian á todas las fracciones parlamentarias, y á quienes solo unia la fe en el momento de la plegaria comun, puesto que al salir continuaban siguiendo todos sus opuestas vias: nunca, pues, pudo ser la Congregacion el centro de un pensamiento político.

Hubo, sin embargo, un foco de influencia muy real, pero completamente distinto de la Congregacion; necesario es, pues, conocerlo á fin de que pueda su revelacion explicarnos lo que ha sido hasta ahora un misterio para el público.

Hácia los últimos años del Imperio se formó en el Rouergue y en las provincias del Mediodía una asociacion cuyo objeto era acelerar la caida de Napoleon, siendo esta asociacion una especie de francmasonería religiosa y monárquica que tomó el nombre de *Caballeros de la Sortija*. Cuando la Restauracion sucedió al régimen imperial, léjos de disolverse esta sociedad secreta, procuró por el contrario aumentarse y regularizar su organizacion. Tuvo esta sociedad su punto de apoyo en París, y sus comités en todas las provincias, de lo que resultó que habiendo sido creada por los hombres de accion, se apoderaron de ella los hombres políticos desde el momento en que vieron que ningun peligro podian correr. Presidióla el duque Mateo de Montmorency, teniendo sus sesiones en la calle Cassette, núm. 6, y luego en la de Varennes, núm. 18, en casa el marqués Alejo y el conde Adrian de Rougé. Asimismo formaron parte de ella los señores de Villèle, de Corbière, de Frenilly, de Vitrolles, Cárlos de Crisnois, y los abates F. de Lamennais y Perreau; pero no consta que nunca hubiese pertenecido á esta sociedad ningun Padre de la Compañía de Jesús.

A últimos del reinado de Luis XVIII y hácia los primeros años del de Cárlos X, tuvo esta asociacion, enteramente política, un incontestable ascendiente así en la corte como en el personal de las administraciones y en el trabajo electoral: vióseIa simultáneamente aceptar ó combatir las influencias rivales, formando tan pronto causa comun con los príncipes, como apoyarse en el comercio á fin de adquirir nuevas fuerzas. En un mismo dia se hallaron algunos de sus mas activos miembros en los salones de la condesa de Cayla, en casa Mr. de Rothschild y en las reuniones electorales del presidente Amy. Esta asociacion fue la que dirigió á la mayoría tan compacta del ministerio Villèle en la cámara de los Diputados, la que creó los supernumerarios en la carrera judicial, institucion que fue un plantel de excelentes magistrados, y la que impuso las leyes sobre la prensa, sobre el sacrilegio y el derecho de primogenitura. Dejóse designar con los nombres del *Pabellon Marsan*, del *Gabinete Verde* y de la *Congregacion*, ocultándose así para mejor llegar á la realizacion de sus planes.

Los que veian el resultado de la intriga, no podian descubrir, sin embargo, la mano que la dirigia teniendo á su disposicion todos los hilos de aquella desconocida trama. Mr. de Montlosier, y Mr. Agier, consejero real y diputado, cre-

de repente el P. Ronsin revestido de uno de esos poderes mágicos que solo se encontraban en otro tiempo bajo la vara de un encantador. Ya no existió desde entonces mas monarca en el reino, ni ministros, ni cuerpos legislativos, ni justicia, ni magistrados: todo lo inspiró, todo lo absorbió el P. Ronsin. Esta viva imágen del poder usurpado por un hijo de san Ignacio ofreció numerosas ventajas á los propagadores ó inventores de semejante imposibilidad: era esto absurdo, y por ello solo despues de mil suposiciones pudo adquirir alguna probabilidad en un principio, hasta que por último fue admitido sin discusion y sin exámen. Luego de sentado que imponia el P. Ronsin leyes á los diferentes funcionarios del Estado, cuando cada cual se convenció que la vida de unos, el honor de otros y la fortuna de todos estaban á merced del Jesuita, poco trabajo costó ha-

yeron dar en el blanco acusando á la Congregacion; como tenia este último en su familia recuerdos jansenistas, no tardaron sus sospechas en convertirse en certeza. Algunos miembros de la sociedad política formaban tambien parte de la Congregacion religiosa, lo que contribuyó á hacer mas probable el error. Difícil era echar en cara con apariencia de razon á pares de Francia, á diputados y ministros, el que se inmiscuyesen en los asuntos del Estado y en dirigir la marcha del Gobierno. Un solo nombre nunca habria prestado tan grande autoridad á todas las hipótesis, como el de un instituto célebre; sobre todo no habria dado pábulo á los terrores supuestos ó reales: por esto se imputaron á los Jesuitas y á la Congregacion los actos de aquellos que se escudaban tan pronto con el Pabellon Marsan, como con las Congregaciones y la asociacion de Montrouge. Con estos nombres se explicó mejor la causa y el efecto; y de lo que no era mas que un sueño de intrigantes ó de jefes de partido se hizo un objeto de terror general.

Esta sociedad siempre anónima, aunque siempre activa, fué decayendo poco á poco por haberse dejado llevar á remolque de Mr. de Villèle que no veia sin placer su poder gubernamental á cubierto por aquella palabra *jesuita*, cuyo ascendiente no temia mas de lo que en realidad lo temian sus amigos ó sus adversarios. En esto, empero, se equivocó Mr. de Villèle; dejó á sabiendas calumniar á los Jesuitas en beneficio de su poder, y la calumnia de que se rió en un principio fue causa de su caida y de la del trono que arrastró en pos de sí. Sin embargo, la Órden de los caballeros de la Sortija degeneró, al fin, en camarilla intrigante y celosa, á causa de haber sido dirigida por medianías ambiciosas que tanto en París como en provincias acabaron por excluir de ella á todos los hombres que conservaban alguna rectitud y energía en el corazon. Tal fue el orígen del poder tan gratuitamente supuesto á la Congregacion; poder que como hemos visto existió y fue ejercido sin que tuviera la Congregacion en él ninguna parte: las sociedades realistas ocultaron bajo su nombre sus planes políticos; y el partido liberal se valió de aquel mismo nombre para aterrorizar á la Francia con las falsedades que tanto le interesaba hacer cundir.

cer admitir la idea de que los Congreganistas tenian tambien su parte en aquel cúmulo de atribuciones.

Se les acusó de obstruir todos los caminos que podian conducir al poder, de cubrirse con la máscara de la religion para encumbrarse hasta todos los honores; sentándose por principio que era necesario ser piadoso, esto es, hipócrita, para procurarse un destino lucrativo. Hablóse de destituciones y de adelantos escandalosos, se despertó la curiosidad siempre ávida de los aficionados á la lectura de los periódicos con las fábulas que inventó el *Constitucional*, redactado por Mr. Thiers, desde cuyo bufete se extendieron por toda Francia, siendo acogidas por los adeptos del liberalismo con una ferviente credulidad. Algunos hombres que apenas creian en Dios, juraron bajo la palabra de escritores, tales como Étienne, Kéralry, Jay, Rabbe, Jouy, Gauja, Marcet, Thiers y Bohain, que nada en el mundo habia sido nunca tan cierto. Estremecíanse aquellos hombres al leer la relacion que hacian los periodistas del poder oculto de la Congregacion, siendo tan vivos los colores que prestaba á aquellos relatos la imaginacion ardiente de los escritores, que á pesar de existir la Congregacion únicamente en París, se creyeron envueltos todos los departamentos en sus inmensas redes. Para ellos ocupaban todo el país los miembros de la Congregacion, derribaba la Sociedad cuanto le servia de sombra ó de obstáculo, todo lo que le parecia sospechoso y cuanto no le estaba enteramente adherido. Veíasela en su concepto desafiar á la Magistratura y al Episcopado, proscribir las libertades civiles y las de la Iglesia galicana, apelar al perjurio, corromper ó aterrorizar, dominar por medio de la seduccion ó del temor, disponer á su antojo del hogar de cada familia, despojar á la pobre viuda y al inocente huérfano de su herencia [1], y por fin te-

[1] Hemos visto á muchos jesuitas ancianos legarse durante la dispersion de la Órden las cortas sumas que pudieron ahorrar, y vivir muchas veces en grandes privaciones á fin de aumentar el escaso peculio que necesitarian sus hermanos cuando se vieran restablecidos por el Papa. Animados del mismo pensamiento los Padres que residian en el departamento del Norte, se transmitieron de uno á otro la suma de 35,000 francos, ó sean 6,150 duros, fruto de las economías, y quizás privaciones de un gran número de años. Hallábase este depósito en 1814 confiado al P. Lepine, único viviente entre ellos, el cual lo confió á su vez á Mr. Legrand-Masse, habitante en Saint-Omer, suplicándole lo remitiera á los Jesuitas, por ser á ellos exclusivamente á quien correspondia aquel depósito. Murió Lepine en 1821, y los Padres de la Compañía declararon que solo recibirian aquella restitucion en el caso de que no fuese objeto de

ner constantemente suspendida sobre la cabeza de cada francés aquella famosa espada que, segun Mr. Dupin, tiene el puño en Roma y la punta en todas partes.

El soldado que asistia á misa, el juez que se confesaba, el administrador que comulgaba, el propietario que entraba en la iglesia, y el operario que hacia aprender ó enseñaba el catecismo á sus hijos, no fueron ya desde entonces designados mas que con el nombre de jesuita sin sotana; siendo considerados como ultramontanos, sin que tal vez hubiesen jamás oido hablar de las doctrinas galicanas: acusóseles de pertenecer al oscurantismo por el solo hecho de no ir á buscar los principios de su fe en los folletos de Pablo Luis Courier ó en los romances de Béranger. Tratóseles de hipócritas, ambiciosos y perjuros solo porque visitaban al cura de su parroquia. Estableció-se en cada ciudad una inquisicion real, á fin de desenmascarar esa

reclamacion alguna por parte de la familia del finado. Gustosa en un principio accedió á ello la familia Lepine; pero como era aquella una ocasion oportuna para dar un escándalo con una sombra de justicia, se obligó por los enemigos de la Compañía á los Lepine á entablar un juicio pidiendo la nulidad del testamento. Siguióse la causa, y el tribunal de Saint-Omer la falló á favor de Mr. Legrand-Masse, el cual formó por sí solo parte en ella á pesar de los Jesuitas. Dos sentencias se dieron despues por la Audiencia de Douai á favor de los herederos del P. Lepine; cuyas dos sentencias fueron confirmadas despues por el tribunal de Casacion. El *Diario de los Debates* que acababa de abrazar el partido de la oposicion, y la *Gaceta de los Tribunales* hicieron la relacion de esta causa, que Mr. Legrand-Masse solo seguia por descargo de su conciencia, de un modo muy poco favorable á los Jesuitas. En vano Mr. Legrand-Masse hizo patente por medio de una carta su posicion y la de los Padres; puesto que habiéndola remitido para su insercion al director del *Diario de los Debates*, se negó este á darle cabida en las columnas de su periódico; de este modo procedia ya entonces la prensa liberal dando pruebas de la mas odiosa parcialidad. Mas imparcial la *Gaceta de los Tribunales* la reprodujo despues, y de ella la tomamos textualmente:

«Señor, escribia Legrand-Masse en 11 de mayo de 1826, en vuestro nú-«mero correspondiente al 7 de abril del propio año, dísteis conocimiento á «vuestros lectores de un asunto que fue objeto de un litigio ante el tribunal de «Douai, y comentando vuestro artículo se puede deducir que se ha atentado «contra el patrimonio de algunas familias por los señores de Saint-Acheul: vos «que debeis ser el órgano de la verdad y que habréis determinado procuraros «todos los datos posibles para no faltar á ella, permitidme os la refiera yo por «entero, suplicándoos la consigneis en uno de vuestros próximos números.

«Un ámplio detalle sobre este negocio justificará plenamente á todas las per-«sonas que se pretende inculpar; con todo limitaréme á los hechos principales:

«1.° La persona que designais con la inicial L, soy yo mismo.

«2.° Declaro que antes de empezarse la causa de Mr. Lepine, no habia vis-

inquisicion ficticia, de la que solo temblando se atrevian á hablar los periodicos, y como obligados por la necesidad de salvar la Francia, sacrificándose por ella.

Todos hemos sido testigos de estos hechos, sin que haya ningun hombre de recto juicio que no pueda reducir ó estimar tantas iniquidades calculadas y supuestas en su justo valor; sin embargo, la historia debe apreciarlas en lo que valgan refiriéndolas. Tenemos á la vista todos los documentos y registros de la Congregacion; y despues de haber penetrado en sus mas íntimas relaciones, nada hemos descubierto de misterioso en ellas, nada de ilegal, nada que indique un plan de ambicion y de propaganda culpable. Todos sus actos, excepto sus buenas obras, fueron hechos á la luz del dia; solo se empleaban los Congreganistas en deberes piadosos y de filantropía cristiana; las oraciones, y no las intrigas, eran lo único que les ocupa-

«to ni conocido jamás á los señores de Saint-Acheul, ni por lo tanto podido tener ninguna correspondencia con ellos.

«3.° Puedo asegurar asimismo con la mayor certeza, no constarme que ninguno de esos señores haya jamás visitado al Sr. Lepine, ni que haya mediado entre ellos otra correspondencia que la carta del 17 de noviembre de 1818 continuada en vuestro artículo, y á la cual se contestó segun consta ó resulta de la observacion del dorso.

«4.° Instituido legatario universal por Mr. Lepine, fuí bajo esta condicion encargado por él de remitir á los señores de Saint-Acheul la suma presentada en cuenta, y que despues entregué para dar cumplimiento á la sentencia dictada por el tribunal de Douai; cuya suma fue siempre considerada por mí como un depósito confiado á Mr. Lepine. Sus declaraciones sobre este punto y las notas y papeles que se hallaron firmados por él cuando la sucesion, son las pruebas mas evidentes de ello. Por esto he creido deber comunicar esos papeles á los herederos Lepine, á fin de impedirles emprender una causa en mi concepto injusta. ¡Plegue al cielo que no tengan de arrepentirse jamás del abuso que han hecho de mi extrema confianza!

«5.° Cuando ofrecí y entregué aquella suma á los señores de Saint-Acheul, me encargaron estos muy particularmente que me entendiera antes con los herederos Lepine y sobre todo que evitara toda cuestion judicial. Lo declaro formalmente; á su pesar me determiné á seguir el juicio, impelido únicamente por motivos de los que nunca tendré que ruborizarme ni delante de Dios ni delante los hombres.

«6.° Y finalmente por los mismos motivos, y lo repito en voz alta, sin la participacion ni menos á instancias de los señores de Saint-Acheul, he interpuesto las apelaciones que han prolongado el proceso, y lo prolongarán aun por mi nueva demanda entablada ante el tribunal de Casacion. He creido, y creo aun deber de mi conciencia, apurar todos los medios y seguir todos los trámites de jurisdiccion, á fin de asegurar, en cuanto me sea posible, la ejecucion del mandato que me fue confiado.»

ba. No por esto entendemos decir, que bajo la máscara de la piedad ó del arrepentimiento no se hayan ocultado entre los Congreganistas algunos intrigantes ambiciosos, corruptores é hipócritas; porque el poder atribuido á esta Asociacion debia necesariamente atraer á cuantos ambicionaban honores, fortuna ó autoridad. Creíasela omnipotente, y así esque, como todas las instituciones que llevan en sí un principio de fuerza, vió á un gran número de seres viles y codiciosos que buscaron cobijarse á su protectora sombra. Ella por su parte aceptaba todos los sacrificios sinceros; y creemos, pues tenemos de ello en nuestro poder mas de una prueba curiosa, que muchas veces oyó y vió llamar á su puerta á ciertos clientes cuyo solo nombre seria hoy dia una revelacion. Tuvo sin duda numerosos enemigos, pero todavía fue mucho mayor el número de sus afiliados y de sus admiradores; repetidas veces se vió calumniada la Congregacion, y no pocas de ellas descubrió que sus mismos calumniadores eran los que mas de veras reclamaban su proteccion y apoyo.

No hay duda de que, como en toda creacion humana, se introdujeron algunos abusos en su seno; pero siempre fue á pesar de sus jefes, si sirvió de pedestal á algunos ambiciosos de baja ralea, y si resultó de aquí la promocion al poder de algunos agentes que no correspondieron siempre á la fraternidad establecida en el fondo del santuario por los protectores de la Asociacion. Tambien pudieron algunos de sus amigos ó afiliados no conservar siempre aquella prudencia y celo que eran de esperar. Todos esos casos, empero, fueron excepcionales; lo que debemos decir en testimonio de nuestra conviccion es, que los Congreganistas nunca tuvieron en calidad de tales accion alguna directa ni indirecta en los negocios ni en la eleccion de los funcionarios públicos [1].

[1] En la *Historia de la Restauracion*, escrita por un hombre de Estado. Mr. Capefigue, se abusa de ciertos hechos que revelan en el escritor mucha malicia ó una ignorancia crasa, pues confunde á su placer establecimientos y cosas enteramente distintas. Considera como congreganistas al duque de Doudeauville, al Obispo de Hermópolis, á los señores de Villèle, Corbière y muchos otros que ni siquiera una sola vez formaron parte ni asistieron á sus reuniones. Afirma asimismo que las célebres conferencias de San Sulpicio, donde todos los hombres de mérito y los jóvenes escolares acudian para oir al abate Frayssinous, se celebraban en la pequeña capilla superior de la iglesia de las Misiones extranjeras: al tratar de juegos inocentes, como por ejemplo el de billar á que supone se entregaban los Congreganistas, confunde la sociedad de Buenos estudios con la Congregacion. Hé aquí lo que dice en la pagina 100, del 4.º volú-

Existian durante los reinados de Luis XVIII y Cárlos X algunos administradores en todos los ramos que no tenian con la Congregacion ningun punto de contacto, los cuales habian alcanzado aquel cargo observando rigurosamente las reglas de la Asociacion, o bien por el contrario viviendo del todo separados de sus ejercicios. Otros sin embargo, que le eran francamente hostiles, no por esto dejaban de adelantar en su carrera: hasta llegó una época en que el título de congreganista fue considerado á los ojos del ministerio Villèle como una prueba de incapacidad ó de exclusion;

men, para demostrar que hablaba de todo esto sin conocimiento de causa:

«La primera organizacion del partido procedia de las Congregaciones reli«giosas: en París, y bajo la presidencia del vizconde Mateo de Montmorency, «y del duque de la Rochefoucauld-Doudeauville, se formó un centro de Con«gregacion cuyos estatutos, en un principio sumamente sencillos, tenian por «objeto la propagacion de las opiniones religiosas y monárquicas. Recibia la «Congregacion á todo católico que se biciese presentar por dos de sus miem«bros: el principal objeto de esta asociacion era introducirse en las escuelas é «instituciones á fin de apoderarse de la juventud. Cuando pretendia un jóven «entrar en ella, solo se pedia la influencia que podia ejercer; y si era profesor, «ó miembro de algun colegio, se le imponian las condiciones de propagar los «buenos principios entre sus discípulos: si era rico, ó se veia en una posicion «encumbrada, se le obligaba igualmente á emplear toda su influencia en bien «de la Religion y de la monarquía. Reuníanse los socios dos veces por semana «para entregarse á la oracion, á los juegos inocentes, particularmente al bi«llar, y para dar cuenta de los progresos de la Asociacion. Predicaba el abate «Frayssinous todos los domingos ante un numeroso auditorio, y en todas sus «conferencias ó discursos compuestos con elegancia suma, combatia á la filo«sofía y al siglo: contra Gibbon y Voltaire sobre todo se dirigia Mr. de Frayssi«nous con mas énfasis que talento, sin descuidarse nunca de tronar contra los «tiempos presentes, y de hacer sentir la influencia benéfica del Clero y de la «Religion, así como la necesidad de asegurar el altar y el trono.

«Sus conferencias nunca eran interrumpidas, sin que dejaran de faltar á «ellas los hombres políticos del partido realista, así como algunos epicúreos «sin creencia alguna, lo que era por cierto un excelente medio para lograr cada «cual sus pretensiones. Veíase en ellas á los señores de Villèle, de Corbière, «de Bonald, Salaberry, Pardessus, de Bouville, y Clausel de Coussergues: hu«biérase dicho que era una especie de sucursal de la cámara de Diputados.

«Tenia esta Congregacion sus ramificaciones en las provincias; en cada dis«trito habia una ó dos reuniones dirigidas por un sacerdote que correspondia «con la gran Sociedad de París. Reuníanse en ellas todos los antiguos realistas «y los jóvenes en quienes debia procurarse hacer germinar los sanos principios, «siendo un verdadero furor el que habia para hacerse admitir en la Congrega«cion: la razon era muy sencilla; habia poderosas recomendaciones, á causa «de las muchas plazas lucrativas de que siempre se disponia á favor de sus afi«liados.»

bastando la sospecha de que pertenecia uno á aquella Asociacion para dejar de atenderse á sus pretensiones por mas fundadas que fuesen en el derecho y la justicia. La autoridad llegó á temer por causa del ruido que el liberalismo no cesaba de hacer llegar á sus oidos. Este acusaba á aquella de entregar la Francia á la merced de la Congregacion; la autoridad se indignaba al oirlo, y hé aquí que para demostrar la falsedad de esta idea el Gobierno se hizo inícuo y desconfiado.

Esta falsa posicion de un Gobierno, que separaba á sus partidarios para complacer á sus mas encarnizados enemigos, fúe causa de todas las desgracias que no tardaron en sobrevenir á la monarquía. Sabia muy bien que ningun recelo debia abrigar respecto de la Congregacion; estaba bien léjos de creer en su existencia oficial, ni en que su accion premeditada pudiese producir un efecto sistemático; pero temiendo agriar á los que minaban el trono, sacrificó la verdad tímida á los incesantes ultrajes del terror. Llegaron á tal punto las cosas, que no fue ya posible continuar por mas tiempo la obra piadosa que se inauguró bajo tan felices auspicios, y que tan opimos frutos reportara. Mostrábase el liberalismo cada vez mas absoluto, por no ignorar que cuanto mas exigente seria, tanto mas fácil le fuera encontrar junto al trono hombres dispuestos á hacerle por temor las mas vergonzosas concesiones. Vociferó de tal modo contra la Congregacion, y atribuyó al P. Ronsin un poder tan omnímodo é inconcebible, que hasta la misma autoridad eclesiástica, azorada de tanto clamoreo, creyó deber apaciguarlo solicitando su destitucion. Fue aquello un deseo nacido de un pensamiento de conciliacion, por lo que accedió desde luego el Jesuita á la invitacion de la autoridad eclesiástica, abandonando á París á principios de febrero de 1828.

Estaba entonces la Congregacion en un estado el mas floreciente; contaba mas de mil doscientos nombres inscritos en sus registros; pero era tal la situacion de los ánimos, que era absolutamente imposible que ningun Padre del Instituto pudiese encargarse de dirigirla. El abate de Rohan y el abate Mathieu, arzobispos despues ambos de Besançon, aceptaron la sucesion de Ronsin. Destruyóse, por fin, la Congregacion en 1830, junto con la mayor parte de los establecimientos que creara.

Existió tambien durante algun tiempo una asociacion militar fundada por Bertaut-Ducoin, capitan del segundo regimiento de la Guardia real, bajo el título de Congregacion de Nuestra Señora de

las Victorias. Tenia esta Sociedad su reglamento particular, y era del todo distinta de la del P. Ronsin, componiéndose tan solo de oficiales pertenecientes á los regimientos de la Guardia; solo mas tarde fueron admitidos en ella algunos generales y un gran número de oficiales de línea. Reuníase esta Congregacion en una capilla de la iglesia de Santo Tomás de Aquino. Habiendo muerto Bertaut-Ducoin en 1823, presidió sus asambleas el duque de Rivière; aquellas asambleas en las que se oraba en comun, y en las que se procuraba mejorar el destino del soldado atrayéndole hácia Dios por medio de la educacion y del cumplimiento de sus deberes. Era la idea de sus fundadores el que fuese secreta esa Asociacion militar; pero algunas indiscreciones dieron á conocer el nombre de sus miembros. Algunos sin duda creyeron que seria para ellos un título para adelantar en la carrera, pero la mayor parte solo vieron en aquel descubrimiento un decreto de proscripcion; así es que sin sorpresa oyeron declarar al Delfin que nunca admitiria en su palacio á los congreganistas. Era cada dia mas apurada su situacion; continuaba la prensa dirigiendo contra aquella piadosa Sociedad sus envenenados tiros; aumentaba á medida de su gusto su importancia; denunciaba con encarnizamiento á cuantos no se avergonzaban de profesar su fe, haciéndose provocativa á fin de excitar en el ejército rivalidades que podian ocasionar sangrientos conflictos. Resolvieron los militares en su vista disolver la Congregacion, lo que se verificó en el momento mismo en que estallaba la tempestad sobre la cabeza del P. Ronsin.

La impiedad, merced al indisoluble lazo que formó con el liberalismo, pudo triunfar de las Congregaciones, suponiéndolas árbitras de todas las fuerzas del reino, é inventando contra ellas otras mil calumnias que repitió sin cesar á las incautas masas. Conocia el periodismo la debilidad de los Borbones, así como su ardiente deseo de popularidad, por lo que pudo fácilmente explotando una y otro lograr sus depravados fines, secundados por el ministerio Martignac. Alentada la oposicion por las debilidades del Gobierno, pareció inmolar sus repugnancias monárquicas á la felicidad de la patria. No queria la Francia á los Jesuitas, porque sembraron la discordia entre el soberano y el pueblo, y ellos solos mantenian en todos los corazones aquellos sentimientos de desconfianza que cada cual estaba pronto á abjurar junto al trono, el dia en que la razon pública obtuviese venganza contra los discípulos de Loyola y el partido cleri-

cal. Ni Cárlos X ni el Delfin pudieron resistir á semejantes halagos; la corte toda se dejó mecer dulcemente en aquellas ilusiones engañosas, creyendo que solo debia sacrificar á los Jesuitas para poder dormirse confiada al inusitado arrullo de las caricias del liberalismo.

CAPÍTULO IV.

Los Jesuitas y la enseñanza. — Disposiciones de los Obispos en favor de la Compañía. — Sus resultados. — Rivalidades de la Universidad. — El P. Loriquet en Saint-Acheul. — Su *Historia de Francia*. — Exámen de los cargos que se dirigen contra esta obra. — El marqués de Bonaparte, teniente general en nombre de Luis XVIII. — Imprecaciones contra el Emperador. — Mr. Dupin en Saint-Acheul. — Sus relaciones con los Jesuitas. — Los cordones del pálio y las venganzas de partido. — Previsiones del P. Loriquet. — Los Jesuitas de Saint-Acheul acusados de gobernar la Francia. — Su verdadera influencia. — El *Constitucional* y sus mentiras. — El conde de Montlosier publica su *Memoria consultiva*. — Todo tiende á pervertir la opinion. — El partido clerical desenmascarado por Montlosier. — El ultramontanismo y los liberales. — El noviciado de Montrouge. — Atentado contra la vida del P. de Brosse. — Su carta. — Lo que era Montrouge, segun los periódicos liberales, y lo que fue en realidad. — Animosidad contra el Clero sostenida por la prensa. — Folletos de Marcial Marcet. — Elogios que le tributa el *Constitucional*. — Arrepentimiento del apóstata. — La prensa monárquica en presencia de esta conspiracion. — La *Gaceta de Francia* defiende á los Jesuitas. — El ministerio Villèle. — El nuncio apóstolico Luis Lambruschini aconseja presentar una ley que señale una existencia legal á la Compañía de Jesús. — Caida del Ministerio. — El ministerio Martignac se empeña en perseguir á los Jesuitas. — Apóyale la Revolucion. — Entrevista del Rey y Lambruschini. — Decision que formulan los Ilmos. Sres. Frayssinous, de Cheverus y Brault, obispo de Hermópolis el primero y arzobispos de Burdeos y de Alby los últimos. — Comision de informacion sobre las escuelas eclesiásticas. — La minoría y la mayoría. — Declara la Comision ser anticonstitucional el influir en las conciencias. — Los pequeños Seminarios y la Universidad. — Informes de la Comision. — Mr. Feutrier, obispo de Beauvais, ministro de los Asuntos eclesiásticos. — Las dos órdenes de 16 de junio de 1828. — Satisfaccion de los liberales. — Sentimiento de los Católicos. — Labbey de Pompières en la tribuna de la cámara de los Diputados. — Actitud del Episcopado. — Los Obispos reunidos en París dirigen una circular á sus colegas. — Gravedad de la situacion. — Apela el Rey á la prudencia del Nuncio. — Su conferencia en Saint-Cloud. — Lambruschini y el Episcopado francés. — Carta del Arzobispo de Amasie á sus cohermanos. — No quieren los Obispos someterse á ninguna transaccion. — Pronúnciase setenta Prelados contra los decretos de Portalis y Feutrier. — El cardenal de Clermont-Tonnerre presenta al Rey la memoria de los Obispos. — Conviénese en que esta Memoria no se publicará, y en que el rigor de los decretos será modificado en su ejecucion. — El abate de La Chapelle y sus circulares. — Mision de Mr. Lasagny en Roma. — Nota de Lambruschini al cardenal Bernetti. — Medidas aconsejadas por el

Nuncio. — Leon XII no quiere decidirse. — Escribe el cardenal Bernetti al Ministro de Negocios extranjeros. — Publícase la memoria de los Obispos. — Toma la iniciativa el cardenal Latil para hacer cesar la guerra. — Anuncia la nota de Bernetti. — Sospechas de los Obispos. — La prensa monárquica. — Viendo el Ministerio la desunion del Episcopado, deja de cumplir sus promesas. — Nota de los Obispos para conciliar todos los intereses. — Los señores de Vatimesnil y Feutrier obligan á los Obispos á declarar que sus profesores no forman parte de ninguna Congregacion que no esté autorizada por las leyes. — Abandonan los Jesuitas sus colegios. — Encargos que les hace su provincial Godinot. — Protestas de la Francia católica. — Los Consejos generales y el *Constitucional*. — Popularidad de los Jesuitas. — El ministerio Polignac. — Los Jesuitas promotores de los golpes de Estado. — Los Jesuitas, la camarilla y el Nuncio del Papa. — Los Jesuitas incendiarios. — Denuncia de un apercibido por la justicia. — La revolucion de julio y la comedia de quince años, explicadas por el *Globo* y el *Nacional*. — Confesiones hechas sobre la conducta de los Jesuitas despues de la revolucion.

Al atacar á la Congregacion habian calculado los enemigos de la Iglesia y de la monarquía admirablemente sus golpes; hacian impopulares á los realistas, y arrojaban sobre los hombros de los cristianos un manto de hipocresía. No era esto aun mas que una parte de la mision que se habian impuesto; pues les faltaba todavía aniquilar á la generacion presente y matar sobre todo á la generacion futura. Sostenidos los Jesuitas por el Episcopado, y animados por la confianza de los padres de familia, hacian dentro los límites de la ley cruda guerra á la Universidad y á sus tendencias, á pesar de que no contaban en 1826 mas que con doce casas, esto es, ocho colegios, dos noviciados, y dos residencias. En lugar de procurar extenderse preferian asegurarse, y por esto se les veia entregados sin descanso á su obra, siendo apreciado su sistema de educacion comparado con el de la Universidad misma. Establecido este paralelo, numerosas fueron las deserciones de los colegios Reales cuyos alumnos entraron en su mayor parte en los pequeños Seminarios. Los Obispos de Strasburgo, de Lucon, de Limoges, de Avignon, de Bayona, de Aire, de Orleans, de Belley, de Tolosa, del Mans, de Coutances, de Angers, de Montpellier, de Carcasona, del Puy, de Perigueux, de Rennes, de Châlons, de Besançon y de Sens, se hacian en los años 1821 y 1822, intérpretes de sus diocesanos, pidiendo jesuitas. El abate Mongazon, fundador del colegio de Beaupreau, cuyo nombre es todavía bendito por los angevinos, y el abate Capitaine, que elevaba á tan alto grado de esplendor el pequeño seminario de Servière, suplicaban á los jefes de la Órden que aceptaran de sus ma-

nos la direccion de aquellos establecimientos. Las casas de Magnac y del Dorat les fueron ofrecidas tambien bajo las mismas condiciones. Desde el fondo de los Ardennes, así como de la Normandía, de la Ardeche y del *Alto-Rhin*, del Yonne y de la Vendée, escribian ricos personajes al Provincial de los Jesuitas poniendo á su disposicion muchas de sus propiedades para que las transformaran en otros tantos colegios, cada uno de los cuales seria considerado como una dicha verdadera para el departamento. No debian realizar ningun beneficio, ni deducir ningun gasto; por lo que les era permitido procurar al mas ínfimo precio, y hasta á veces gratuitamente, la educacion de la juventud.

Pronto no bastaron sus pequeños seminarios para contener á los numerosos alumnos que de todas partes se les dirigian; la Universidad, que no dejó de conocer desde luego el peligro que la amenazaba, formó causa comun con los enemigos del Instituto. Poseian los Jesuitas en Saint-Acheul, junto á Amiens, una escuela cuyo nombre vino á ser el grito de guerra lanzado por los liberales, en razon de recibir Saint-Acheul dentro sus muros á los hijos de las familias mas ilustres de Francia. Allí florecieron las bellas letras y la piedad juntamente; los deberes, los estudios, los placeres, todo estaba allí trazado con la mayor perfeccion, con el órden mas completo. Tenia aquella casa-modelo por jefe á un hombre de un carácter á la vez dulce y firme, y de un talento penetrante y ameno: tal era el Padre Loriquet, nacido en Epernay el 5 de agosto de 1767, el cual se consagraba sin descanso á la instruccion de la juventud; á este fin escribió diferentes obras elementales y entre ellas una *Historia de Francia*. Escrita esta en una época en que estaban las pasiones políticas en su mayor efervescencia, eran juzgados en este compendio los acontecimientos y los hombres de la Revolucion conforme á sus miras sin tenerseles consideracion alguna. Notaronse sobre todo en su segunda edicion algunos pasajes en los cuales nadie se habia parado en un principio, pero que la reaccion en favor de Napoleon y el odio del liberalismo contra los Jesuitas hicieron aceptar despues como la opinion inmutable de la Sociedad de Jesús. No se tuvo en consideracion si el P. Loriquet, al igual que sus contemporáneos, modificó despues un tanto sus ideas, y si corrigió, enmendó, o moderó aquellos pasajes en las ediciones subsiguientes. Nada se perdonaba al Jesuita, ni el entusiasmo de 1814, ni la irritacion de 1815; habia participado de la exaltacion general, y esto bastaba para que

se pretendiese hacerle á él exclusivamente víctima de aquella. Su obra fue mirada como el tipo del fanatismo y de la mala fe : leíase en ella [1]:

«Así terminó la jornada llamada del 18 brumario. Acostumbra-«dos los parisienses desde mucho tiempo á las revoluciones, fueron «pacíficos espectadores de la del 18 brumario. Habian olvidado, á «lo que parece, que el jefe que iba á señalarles aquella era el mis-«mo que degolló á sus hermanos en las calles de la capital ; lo que «no sabian entonces aun, era lo larga que debia ser su dominacion «que tanta sangre y lágrimas debia costar á la Francia ; pero entra-«ba en los designios de la Providencia el establecer sobre sus cabe-«zas al que estaba destinado á ser el azote de Europa y el ejecutor «ó verdugo de un pueblo culpable de todos los delitos de la Revo-«lucion.»

Despues de haber referido la campaña de Rusia y sus fatales consecuencias, añade Loriquet algunas reflexiones que desaparecieron mas tarde de su obra.

«Tal fue, dice [2], el resultado de la empresa mas insensata y fu-«nesta que nos recuerdan los anales del mundo. Al recorrer la his-«toria antigua y moderna se verá que jamás hubo ningun ejército «tan formidable ni por su número ni por su valor y disciplina que «experimentara tan terrible derrota. Para encontrar una catástrofe «que le sea comparable es preciso remontarse á los tiempos de Fa-«raon en que fueron sepultados en el mar Rojo los seiscientos mil «egipcios.

«Si queremos mostrarnos atentos á las miras de la Providencia, «debemos reconocer necesariamente en el desastre de los franceses «el castigo de las devastaciones, de los asesinatos, de los sacrilegios «y de las atrocidades de toda especie de que se hizo culpable por es-«pacio de veinte años aquel ejército siempre reclutado en las filas de «la Revolucion, y entregado, menos aun por carácter que por cos-«tumbre y por gusto, á toda clase de atrocidades y delitos. La jus-«ticia divina se sirvió de él para sembrar el terror y la desolacion «en el vasto campo de Europa ; pero desde el momento en que hu-«bo llenado su mision aquel terrible azote, vióse á su vez deshecho «por un soplo del Todopoderoso que le hizo desaparecer de la faz de «la tierra. Si se considera además que tenia Dios fijadas sus mira-

[1] *Historia de Francia*, tomo II, pág. 285 (edicion de 1816).

[2] *Ibidem*, pág. 321.

«das de misericordia sobre la Francia y la familia de san Luis, se «concebirá fácilmente tambien que entraba en la ejecucion de sus «altos designios el libertar á una y otra de una generacion impía y «sanguinaria, que despues de haber devorado á la Europa, habia «devorado á su propio país, y eternizado la dominacion del tirano «cuyo poder y furor sostenia.»

Termina tambien Loriquet la relacion de la batalla de Waterloo con estas terribles palabras [1]:

«Aquel momento fue decisivo: Bonaparte perdió el juicio, pues «abandonó su ejército y desapareció. Pronto se desbandaron la ma- «yor parte de los cuerpos, empezando desde luego la derrota mas «completa: en tan apurado trance distinguióse la Guardia imperial «por un acto de desesperacion del que ofrece la historia rarísimos «ejemplos. Circuida por todas partes y colocada bajo el fuego mor- «tífero de la metralla inglesa, se la invitó á rendirse: *¡La Guardia «imperial puede morir, pero jamás rendirse!* Tal fue la contestacion «de aquellos furiosos, que empezaron desde luego á hacerse fuego «entre sí y á sacrificarse á la vista de los ingleses, que contempla- «ban con un estremecimiento de horror aquel extraño y sangriento «espectáculo.»

Desaprobamos altamente esos errores é injustos juicios; y hasta el mismo Loriquet en las ediciones posteriores á la de 1816 corrigió la mayor parte de aquellas exageraciones; pero entonces cada uno se creia obligado á dirigir un insulto ó reconvencion á Bonaparte y á su ejército. Mientras se expresaba de aquel modo el Jesuita, el hombre cuyo patriotismo enaltecen los partidos todos, Chateaubriand, hacia expiar al Emperador su gloria y sus atentados, exclamando en 1814 [2], y haciendo reimprimir en 1816, los siguientes cargos:

«¿Cómo explicar las faltas de ese insensato? No tratarémos aun «de sus crímenes.» Luego, despues de haber referido el asesinato del duque de Enghien, añade el autor de *la Monarquía segun la Carta:* «Solo resta al ser mas degradado de la especie humana por «un crímen, afectar colocarse sobre la humanidad, dar por pretexto «á una crueldad razones incomprensibles al vulgo, y hacer pasar y «considerar un abismo de iniquidad como el colmo del genio.»

«Ha hecho, continúa Chateaubriand hablando de Napoleon [3], mas

[1] *Historia de Francia*, tomo II, pág. 325 (edicion de 1816).

[2] *Bonaparte y los Borbones*, por Mr. de Chateaubriand, pág. 2.

[3] *Ibidem*, pág. 9.

«mal á los hombres, y corrompido mas al género humano en el cor-
«to período de diez años, del que le hicieron y corrompieron los ti-
«ranos juntos de Roma desde Neron hasta el último perseguidor de
«los cristianos. Los principios que servian de base á su administra-
«cion eran inculcados por su Gobierno en las diferentes clases de la
«sociedad; porque un Gobierno perverso desmoraliza los pueblos,
«así como un Gobierno sábio hace fructificar en ellos la virtud. La
«irreligion, el amor á los placeres y el lujo excesivo, el desprecio
«de los vínculos morales, el gusto por las aventuras, violencias y
«dominacion, pasaban desde el trono á las familias: por poco tiem-
«po mas que hubiese durado semejante reinado, no habria sido la
«Francia mas que una guarida de bandidos.»

Al llegar á la conscripcion, que llama *el código del infierno*, Chateaubriand refiere [1]:

«Habia llegado á tal punto el desprecio que se tenia por la vida
«de los hombres y por la Francia, que se llamaba á los quintos ó
«conscritos, la primera materia ó sea carne para el cañon. Agitá-
«base algunas veces una gran cuestion entre los abastecedores de
«carne humana, á saber: cuánto tiempo vivia por lo regular un
«quinto; unos pretendian que vivia tres años menos tres meses, y
«los otros sobre tres años: el mismo Bonaparte decia: «Tengo tres-
«cientos mil hombres de renta.» Hizo perecer en los once años de
«su reinado mas de cinco millones de franceses; cuyo número so-
«brepuja de mucho al de las pérdidas que se experimentaron en to-
«das las guerras civiles que devastaron la Francia durante tres siglos,
«bajo los reinados de Juan, de Cárlos V, de Cárlos VI, de Cár-
«los VII, de Enrique II, de Francisco II, de Cárlos IX, y de En-
«rique IV. En el año que acaba de finir, hizo Bonaparte una quin-
«ta (sin contar la Guardia nacional) de un millon trescientos mil
«hombres, resultando mas de cien mil hombres por cada mes. ¡Y
«hubo aun quien se atrevió á decirle que solo habia empleado el
«exceso de la poblacion!

«Desangrado por su verdugo no pudo hacer al fin ese cuerpo ex-
«tenuado mas que una débil resistencia: no era aun la pérdida de
«hombres el mayor mal que producia la conscripcion, sino sus ten-
«dencias á sepultar á la Fracia y á la Europa entera en la barbarie.»

No para aquí Chateaubriand, sino que hace luego un retrato del Emperador que tiene mas de un punto de semejanza con el que del

[1] *Bonaparte y los Borbones*, pág. 2, 6 y 17.

mismo bosquejó el Jesuita. «Cuando Dios, dice Chateaubriand[1], «envia al mundo á los ejecutores del castigo celeste, todo cede y se «allana ante ellos, logrando por este medio sucesos extraordinarios «por mas que no sean un talento sino una medianía. Nacidos entre «las discordias civiles, beben esos exterminadores sus principales «fuerzas en los males que les engendraron y en el terror que inspira «el recuerdo de aquellos mismos males; por este medio logran la «sumision del pueblo en nombre de las calamidades que les dieron «el ser. Á ellos solos les es permitido degradar y envilecer, sofocar «el honor, perder las almas, empañar cuanto tocan, quererlo y atre«verse á todo, reinar por la mentira, la impiedad y el terror, hablar «todos los lenguajes, fascinar todos los ánimos, engañar hasta la «razon, y hacerse pasar por vastos genios cuando no son mas que «bandidos vulgares; porque la excelencia en todo no puede ser nun«ca separada de la virtud. Llevando á remolque á las naciones se«ducidas, triunfando por el número, deshonrados por cien victorias, «con la tea en la mano y los piés encharcados en la sangre van has«ta el último confin del mundo como hombres embriagados por la «sed de sangre y de gloria, impulsados siempre por la mano de «Dios, á quien desconocen.»

Tambien en 1814 y en 1815 pesó sobre el Emperador una de esas fuertes imprecaciones que todavía resuena, por decirlo así, en todos los escritos de aquella época: Carnot es tan explícito sobre este punto, como Luis Felipe, duque de Orleans; y Benjamin Constant y Pasquier no lo son menos que el mariscal Soult y que Lainé. Los periódicos, las obras todas que se dieron á la estampa, así como todas las poesías de aquella época, llevaban impresa la huella de la cólera de un pueblo que tan pronto debia pasar de los excesos del furor á la admiracion mas exagerada. Bonaparte ha sido considerado por todos como el buitre de Córcega, como el tigre que se alimentaba con la sangre de la Francia: todos maldijeron entonces aquella gloria abatida, que la comparacion y el entusiasmo debian despues levantar tan alto. Todos inventaron nuevas palabras, y apóstrofes los mas amargos para ajar como el vizconde de Chateaubriand la conducta de aquel «que descendió como Genserico hasta donde la «cólera de Dios le llamaba. Esperanza de todos los que habian co«metido y de todos los que meditaban un crímen, se presentó, y

[1] *Bonaparte y los Borbones*, pág. 12.

«salió con la suya [1].» Esas injusticias ó iniquidades de los partidos dirigidas á los vencidos y que confunden á todos en un mismo anatema, han sido por todos últimamente olvidadas [2]; una sola sin em-

[1] *Monitor de Gante* del 12 de mayo de 1815: relacion del vizconde de Chateaubriand, sobre el estado de Francia.

[2] El *Diario de los Debates* correspondiente al 10 de agosto de 1815 va mucho mas léjos que el Jesuita en materia de recriminaciones. Hé aquí lo que dice: «Bonaparte, que tan seguro se creia en su trono hace dos meses, fluctúa «en este momento entre la idea de morir ó de dejarse conducir á Santa Elena. «Aquel que tantos brazos tenia adictos á su servicio hace poco tiempo, no po«dria encontrar hoy dia ni una mano esclava que le hiciese el beneficio de qui«tarle la vida.

«Menos que el afeminado Othon, que supo al menos morir sin titubear, y «mas desgraciado que Neron, cuya existencia terminó en manos de un esclavo, «no supo Napoleon darse la muerte que imposible le seria ahora lograr. Todos «esos príncipes, hechura suya, que hemos visto figurar con él en el teatro del «Campo de Marte con sus uniformes y continentes mas ó menos dramáticos y «grotescos, fueron dispersados como un grupo de máscaras el dia despues del «Carnaval, arrojando sus coronas, sus cetros y sus mantos reales. El rey Mu«rat, llamado *Franconi* á causa de la afectacion de su traje militar, y que no «ha podido venir á ostentar sus plumas, sus entorchados y su oropel en el Cam«po de Mayo, va ahora errante en los cási inaccesibles desfiladeros de los Al«pes oculto bajo un traje mucho menos suntuoso. Parece que se nos entrega«rán para que reciban el castigo impuesto por los tribunales á Lallemand y á «Rovigo, los cuales no debian creer que su interesada adhesion para con el ex«Emperador debiese nunca tener semejante resultado. Bruno, á quien no cesó «Bonaparte de hacer sufrir las mas denigrantes humillaciones, y que solo tenia «valor para soportarlas, acaba de terminar su carrera levantándose la tapa de «los sesos, viéndose obligado á suicidarse por la causa de un hombre del que «no recibió mas que insultos, etc.»

En 8 de marzo de 1815, dirigió el mariscal Soult, duque de Dalmacia, una órden del dia al ejército, en la que el antiguo soldado de la República y del Imperio hablaba en estos términos á los compañeros de armas del Emperador:

«Ese hombre que hace poco abdicó ante la Europa un poder usurpado, del «que hizo un fatal uso, acaba de presentarse de nuevo en el suelo francés, que «no debia ya volver á ver.

«¿Qué quiere? La guerra civil. ¿Qué busca? Traidores. ¿Dónde los encon«trara? ¿Será tal vez entre esos soldados que tantas veces engañó y sacrificó «abusando de su bravura? ¿Ó será acaso en el seno de tantas familias desola«das cuyo solo nombre las hace estremecer de horror?

«¡Cómo es posible que nos degrade Bonaparte hasta el punto de creernos ca«paces de abandonar á un Rey legítimo y muy amado para compartir la suerte «de un hombre que no es mas que un aventurero! ¡insensato! así lo cree! este «es su último acto de demencia que acaba de dárnoslo á conocer.»

En el proceso verbal sobre deslealtad á las constituciones del Senado se acusaba tambien á Napoleon en 1814, «de haber emprendido la guerra con el úni-

bargo es la que el tiempo no ha podido borrar. El P. Loriquet es á menudo considerado como el único que insultó la gloria de Napoleon; y ¿por que él ha sido el único exceptuado en la amnistía general concedida por el tiempo? Solo hay para ello una razon plausible, y es que pertenecia Loriquet á la Compañía de Jesús.

Su defensa era perentoria; pero él despreció los medios que debian procurársela, prefiriendo sufrir en silencio las injurias de que era su nombre objeto: aprovecháronse sus enemigos de aquel silencio para acreditar una fábula cuya oscuridad contribuyó á la reparacion del Jesuita. Anunciaron los periódicos haberse leido en la obra del Jesuita, «que el señor marqués de Bonaparte era teniente ge-«neral de los ejércitos de Luis XVIII.» Inventada esta paparrucha, que debia ser desatendida por todo hombre que tuviese sentido comun, en la redaccion del *Constitucional*, fue sin embargo aceptada por el liberalismo como una verdad incontestable, siendo declarado asimismo por aquel partido que tal era la educacion dada en Saint-Acheul y en todos los demás colegios en que se seguia el curso de Loriquet [1].

«co interés de su ambicion desmedida, y haber faltado á sus juramentos, de «haber causado males sin cuento á la patria reinando con la sola mira de su «interés personal, y de haber dado por sí y ante sí diferentes decretos impo-«niendo la pena de muerte.»

¿Quién firmó semejantes actas? El duque de Placencia, Barbé-Marbois, Chasseloup-Laubat, Chollet, d'Haubersaert, Destutt de Tracy, Garat, Grégoire, Lanjuinais, Malleville y otros muchos.

Al aceptar Luis Felipe de Orleans el mando del ejército de Cataluña destinado á operar contra los franceses, hé aquí lo que contestó á la Regencia española en 7 de mayo de 1810: «Al aceptar este mando cumplo con lo que mi ho-«nor y mi inclinacion me dictan, por estar eminentemente interesado en la «suerte de España y en combatir al tirano que quiso despojar de sus derechos «á la augusta familia á que tengo el honor de pertenecer. Feliz yo si mis dé-«biles esfuerzos pueden contribuir á levantar de nuevo los tronos derribados «por el usurpador, y á sostener la independencia y los derechos de los pueblos, «que hace tanto tiempo trata de reducir el tirano á la mas ominosa esclavitud.»

En presencia de semejantes imprecaciones lanzadas por todos los hombres mas eminentes de aquella época, ¿qué peso pueden tener, ni de qué acusacion son dignas las páginas del P. Loriquet?

[1] Inútil es decir que nunca habia salido de la pluma del Jesuita semejante absurdo. Su *Historia de Francia* ha merecido la honra de hacerse de ella un gran número de ediciones; y sin embargo de haberlas consultado todas, no nos ha sido posible encontrar semejantes palabras; el mismo resultado han obtenido cuantos se han entregado antes y despues de nosotros á la misma operacion. Al desmentirse á los enemigos de los Jesuitas, y al retárseles á que pre-

Lo mismo Saint-Acheul que la Congregacion fue el blanco de los tiros del liberalismo: era el colegio mas brillante de Europa, y, no obstante, se le supuso un centro de hipocresía y de ignorancia, en el que se educaba á la juventud francesa. Para desmentirlo, basta decir que á él enviaban sus hijos todos los hombres eminentes de la época; de su seno se vieron salir elocuentes oradores, ilustres escritores y virtuosos prelados de la Iglesia, tales como el vizconde de

sentasen las pruebas de sus asertos, contestaron unánimemente que se hallaban continuadas aquellas palabras en la primera edicion. La tenemos á la vista, pero desgraciadamente para los periódicos liberales, no alcanza aquella mas que hasta la muerte de Luis XVI; por lo que ya se ve ser dé todo punto imposible hacerse en ella mencion alguna del *marqués de Bonaparte*, por ser entonces muy jóven y completamente ignorado. A pesar de quedar esto tan plenamente probado, nunca han querido reconocerlo los adversarios de la Sociedad de Jesús: al contrario, han continuado siempre empleando la sátira á fin de propagar aquel absurdo que tan fácilmente fue creido como una verdad incontestable por la ilustracion liberal. Semejante acusacion fue sacada del lodazal de las pasiones de partido, y elevada por Mr. Passy hasta la cámara de los Pares. Próximo á terminar su carrera el P. Loriquet, quiso librar á la Sociedad de Jesús de las trascendencias que podian seguírsela por tan ridícula imputacion; y á este fin escribió á Mr. Passy en 9 de mayo de 1844. Luego de haber sido redactada esta carta de la que vamos á insertar á continuacion algunos párrafos, se le obligó á sacrificarla á un sentimiento de humildad, y á conservarla guardada entre sus papeles. Como el P. Loriquet no existe ya, nos creemos autorizados para publicar la contestacion que entonces dirigia al miembro de la cámara de los Pares.

«Señor, es el autor de una *Historia de Francia* atacada por vos ante la cá-«mara de los Pares, el que se toma por fin la libertad de escribiros. En 29 de «abril último me enterásteis, así como á muchos otros, de que habia dado á «Napoleon en mi obra los títulos de marqués de Bonaparte y de teniente gene-«ral de los ejércitos de Luis XVIII. No contento aun con haberlo dicho inten-«tásteis sostenerlo ante la noble Cámara, sin retroceder ni aun en presencia de «todas las ediciones reunidas, las cuales os daban, perdonadme la espresion, «el mas solemne mentís.

«Ya que con tanto empeño habeis combatido la verdad, debo apelar á vues-«tra conciencia y reclamar contra un falso aserto que (creyéndoos de buena fe) «me presumo habréis solo reproducido en virtud de datos que carecen de todo «fundamento.

«Puede sin duda haber habido algun falsario capaz de cometer la necedad de «sustituir en algunos ejemplares una hoja en la que consten aquellos títulos. «al verdadero texto del autor.

«Suponed, pues, que existe esa hoja postiza, que os viene á mano y que po-«deis presentarla á la cámara de los Pares... Aun en este caso, restan 100,000 «ejemplares repartidos en todas partes desde 1814, para protestar contra se-«mejante impostura; asimismo existe la obra estereotipada hace ya mas de

Bonald, el conde de Sèze [1], primer presidente del tribunal de Casacion, Frayssinous, de Bombelles, de Quélen y otros muchos dignatarios del clero y de la magistratura, que bebieron su virtud y su saber en las cristalinas fuentes de Saint-Acheul. En el mes de agosto de 1825, cuando con mas furor perseguia el liberalismo á la Compañía de Jesús, recibió Saint-Acheul una visita de Mr. Dupin, uno de los corifeos de aquel partido, el cual pidió saludar á los Padres á quienes profesaba su jóven introductor, Cárlos Ledru, la estimacion mas sincera. Fue Mr. Dupin acogido por el P. Loriquet con aquella antigua cortesía, que en presencia de un adversario sabe acallar todas las hostilidades y desvanecer para siempre todos los odios de partido. Recorrió el abogado constitucional con ojo investigador toda la casa y el conjunto de los estudios; y no pudo menos de hon-

«treinta años en poder del impresor, y su inmutable existencia es una reclama«cion perpétua é irrecusable; á mas de que la hoja entera clandestinamente «sustituida á la verdadera, en el caso de que exista, siendo examinada con de«tencion por inteligentes, dará siempre por la diferencia del carácter y del pa«pel un resultado infalible que deberá confundir al culpable y ridículo autor de «aquel odioso atentado. Finalmente, hay hoy en París, en Lyon y en toda «Francia, tantos establecimientos, tantos maestros é institutrices, y tantos «millares de discípulos, que desde 1814 han tenido y tienen todavía esa obra «entre sus manos, que podeis interrogar á cuantos querais, y á fin de abreviar «las investigaciones, indicadles solamente el número de la página terrible; ha«ceos vos mismo ayudar en esa importante tarea por Mr. Portalis, cuya auto«ridad no puede seros dudosa; y luego me diréis, ó mejor podréis decirlo á la «cámara de los Pares, ante la cual fuísteis mi denunciador, cuántas personas «habréis encontrado que hayan leido en mi *Historia de Francia* la insulsa «frase del marqués de Bonaparte, teniente general de los ejércitos de «Luis XVIII.»

[1] Mr. de Sèze, defensor de Luis XVI ante la Convencion, fue acogido en Saint-Acheul tanto por los Padres como por los discípulos con las mayores pruebas de respeto: saludósele á su entrada con el canto de:

¡Oh Ricardo! ¡oh mi gran rey!
Todo el mundo te abandona!
Solo yo sigo tu ley
Y soy fiel á tu persona.

Conmovió vivamente este canto al venerable magistrado, el cual en presencia de todos los discípulos recordó que debia su educacion á los Jesuitas. «¡Ah! «señor Conde, repuso el P. Loriquet, es preciso convenir en que os aprove«chásteis muy poco de nuestras lecciones.—¿Cómo es esto? contestó admirado «Mr. de Sèze.—Consiste, añadió el Padre, en que los Jesuitas, como gene«ralmente se sabe, debieron enseñaros como á los demás á matar á los Reyes, «y vos por el contrario los habeis defendido con inminente peligro de vuestra «propia vida.»

rarse á sí propio honrando á aquel Instituto en el que todo recordaba aun á los Porée, á los Jouvency y á los Tournemine. Regresó el dia siguiente Mr. Dupin al establecimiento, siendo acogido en él con la misma deferencia, y encontrando en todas partes la misma afabilidad : los jóvenes realistas, educados bajo la direccion de los Jesuitas, tuvieron la feliz idea de dirigir en sus trabajos de aquel dia un elogio lleno de tierna delicadeza á Mr. Dupin que le conmovió vivamente. Tomó entonces este la palabra exclamando : «Veo que es Saint-«Acheul justamente célebre, y que la educacion que en él se os da «debe producir sin duda alguna los mas brillantes resultados. Y «¿cómo no será así cuando está fundada sobre la verdad, esto es, so-«bre la Religion, fuera de la cual no puede haber nada estable y «verdaderamente grande, porque ella sola es la verdad? Sí, cual «otra Cornelia, podrá vanagloriarse de semejantes hijos, mostrán-«dolos con igual confianza á sus amigos y enemigos. En cuanto á «mí, señores, os agradeceré siempre sinceramente la dulce satisfac-«cion que me habeis procurado.»

El abogado del liberalismo y los Jesuitas acababan de conocerse y de amarse, cambiando sus obras [1] en prueba de recíproca amistad; y siguiéndose despues una correspondencia entre él y los Padres. En 2 de junio de 1826 determinóse Mr. Dupin á dar treguas á sus elocuentes trabajos é irse á descansar de ellos por algunos dias en compañía de los Jesuitas, á quienes atacaba entonces la prensa con una vehemencia inaudita. Era el mismo 2 de junio la fiesta del Sagrado Corazon, á la que determinó asistir el ilustre escritor. En el momento en que se desplegaba la procesion vistosamente, compuesta de los numerosos escolares que entonaban las alabanzas de Dios, acercóse el P. Loriquet al célebre jurisconsulto para invitarle á que tomase uno de los cordones del pálio, sobre lo que se excusó Mr. Dupin diciendo : «No me creo digno de ello.» Contestóle entonces el Jesuita con espiritual malicia : «Nadie, en efecto, hay en la tierra «digno de ello.» Así atacado Mr. Dupin en la última trinchera de su modestia interesada, aceptó el honor que se le conferia, y radiando en su frente la dicha, marchó junto á Roger de Beauvoir que iba

[1] El primer opúsculo que dirigió Mr. Dupin á los Jesuitas, era titulado : *Los magistrados de otro tiempo, los magistrados de la Revolucion, los abogados del porvenir.* Léase en la dedicatoria escrita de puño propio del autor : «Dedicado á los señores de Saint-Acheul en prueba de mi estimacion y respe-«to.—Dupin.»

vestido de ángel, atravesando las verdes llanuras y los caminos cubiertos de flores que debia recorrer el santísimo Sacramento. Alejóse Mr. Dupin el dia siguiente, llevándose impreso en su corazon el tierno espectáculo del dia anterior, que sin duda habia sido uno de los mas felices de su vida. En el momento de dejar á Amiens escribió al P. Loriquet para demostrarle su eterno agradecimiento: «Llevo conmigo el recuerdo de las mas gratas emociones que haya experimentado jamás.» Pronto, sin embargo, encontraron en París aquellas emociones un violento correctivo: Mr. Dupin solo conservó el aliento de la verdad hasta la hora del peligro; pero una vez llegado este, retrocedió, porque ante todo necesitaba elogios. Pocos dias despues de la procesion de Saint-Acheul, hé aquí lo que escribia el P. Loriquet á su familia: «La Francia entera se ocupa en este momento de la visita que Mr. Dupin nos ha hecho: las sátiras llueven sobre él de todas las plumas liberales; no sé si tendrá el valor necesario para resistirlas y volvernos á visitar.»

En efecto Mr. Dupin no volvió, por las razones que expresa Loriquet en los anales inéditos del pequeño seminario de Saint-Acheul: «Tenia, dice al referir la odisea del Demóstenes liberal, la ambicion de salir diputado, y solo podia lograrlo en aquella época apoyándose en una faccion. Todos los periódicos de su partido se alzaron contra él al saber la visita y el cargo que se le habia confiado en Saint-Acheul, acusándole de tránsfugo, de devoto, de hipócrita y de jesuita. Desde el mismo instante, los folletos en verso y prosa, los tiros malignos, los epigramas y los sarcasmos mas crueles fueron dirigidos de todas partes contra Dupin, el cual no tuvo el valor suficiente para resistir y sostener heróicamente sus primeros pasos, teniendo por el contrario la debilidad de excusarse. No por ello pudo esta triste apología dejar de desarmar al partido que no cesó de perseguir á Mr. Dupin hasta haber logrado de este como prenda segura de arrepentimiento, hacerle estampar su firma en la harto funesta *Denuncia* de Montlosier contra el partido clerical, ó lo que es lo mismo, contra la religion católica. Desde entonces rompimos con él abiertamente, cesando toda correspondencia.»

El hombre que por la naturaleza misma de su talento agresivo podia prescindir tan bien de esa gloria fútil que prodigan los periódicos por la mañana, y que es ya á la noche olvidada hasta del lector mas asiduo, no pudo resistir la guerra de sarcasmos de que se vió constante víctima. Retrocedió Mr. Dupin ante las sátiras de sus

amigos por no tener el suficiente valor para resistir aquella carcajada general de mofa y de desprecio que de todos los puntos estalló contra él. Inclinó, pues, la cabeza bajo el yugo revolucionario, y abrazó la hipocresía legal y la crueldad parlamentaria, guardándose bien de publicar las virtudes que acataba en el fondo de su corazon, transformándose, por el contrario, en enemigo, si no ostensible, al menos supuesto de la Compañía. Los Jesuitas, que durante este tiempo fueron sin quejarse el blanco de todos los ultrajes, despreciaron el medio que se les ofrecia para llegar á ser mas populares que Benjamin Constant y La Fayette, pues para ello solo debian abjurar su principio de fe y marchar bajo la bandera del liberalismo. En 5 de octubre de 1826, época en que se les perseguia con mas encarnizamiento, trazó su provincial Godinot á los hijos de san Ignacio su regla de conducta: «Ya conoceis, les escribia, cuánto nos importa en «las circunstancias presentes merecer la aprobacion de Dios así co«mo tambien la aprobacion de los hombres. Al objeto, pues, de lo«grar una y otra, recomiendo mas eficazmente que nunca á todos «los sacerdotes, regentes, vigilantes y coadjutores, que se entre«guen á Dios con confianza, y que practiquen las sólidas virtudes «de obediencia, caridad, humildad, pureza de intencion y modes«tia religiosas. Que todos, pues, en las obras de celo, en las pre«dicaciones, en las instrucciones, en el catecismo y en todas las re«laciones que deban seguir, sea con quien fuere, guarden siempre «las reglas de prudencia y discrecion, y hagan cuanto prescribe el «espíritu religioso.»

Estas secretas instrucciones nos dan una exacta idea de lo que han sido siempre los Jesuitas. Creyeron que era preferible hacer frente á la tormenta, antes que faltar, aunque no fuese sino en apariencia, á su deber; y hé aquí por qué permanecieron impasibles ante los envenenados tiros de sus enemigos. Saint-Acheul era, como la Congregacion, un lugar destinado á ser objeto de todas las venganzas y acusaciones: el nombre de Loriquet, así como el de Ronsin, fue, al decir de sus enemigos, un talisman ante el cual se abrieron todas las puertas de las Tullerías y de los Ministerios. Loriquet, pues, vino á ser el dispensador de todos los favores; y en el momento en que la Francia constitucional le proclamaba árbitro supremo de todos los destinos, escribia el pobre Jesuita á su hermano la siguiente carta en 5 de noviembre de 1827: «Prometeros mi recomendacion para «Mr. Raineville, seria engañaros miserablemente; pues no recono-

«ce mejor recomendacion que la del mérito, preferente siempre para «él á todas las demás. En mis recomendaciones, cuando hago algu-«nas, lo que sucede raramente, solo me limito á indicarle el mérito, «porque conozco á fondo á Mr. Alfonso de Raineville á causa de ha-«ber sido su profesor de retórica, y de haber terminado sus estudios «aquí; nadie, pues, debe extrañar que le conozca tanto, ni que esté «en tan buenas relaciones con él.» Hasta á un hermano rehusa Loriquet su intervencion en los términos mas positivos; y abandonando la tierra para elevarse á mas altas consideraciones, añade luego: «Ya que estamos en relaciones y nos hemos hecho las mas íntimas «confidencias, debo recordaros que hace ya hoy catorce años que «murió nuestro padre, que estamos ya próximos á la vejez, que nues-«tro turno se acerca, y que seria en mí concepto muy triste dejar-«nos sorprender, sobre todo despues de una larga vida en la que «hemos tenido todo el tiempo necesario para prepararnos.»

En París y en el mundo nunca se consideró á los discípulos del Instituto tales cuales eran. Como el historiador no podia seguirles hasta en sus relaciones íntimas, todos les juzgaron por el retrato que de ellos hizo la mas ciega pasion. Se les suponia intrigantes y ambiciosos á fin de mantener entre las masas la sorda irritacion que se pretendia hacer estallar algun dia contra la monarquía: así como la Congregacion fue tambien Saint-Acheul objeto de la mas cruel persecucion por parte de la prensa liberal; tambien las otras casas ó pequeños seminarios de la Órden sufrieron, aunque en menor escala, el propio ostracismo. La prensa, la tribuna y el foro entrevieron á los Jesuitas dueños del mundo; y el *Constitucional* en sus sueños les creyó tambien inmensamente ricos; anunciando que todos los grandes terrenos que estaban en venta eran su codiciosa presa [1], y

[1] En el mes de abril de 1825, referia el *Constitucional* que acababan de comprar los Padres por el precio de un millon y cien mil francos la antigua abadía del monte San Martin, junto á San Quintin, por lo que Mr. Thiers, redactor de aquel periódico, exclamaba poseido de su virtuosa indignacion: «¿De dón-«de sacan los Jesuitas tantos millones? ¿se dedicaban acaso al comercio? ¿que-«rian convertir Saint-Acheul en una nueva sucursal?»

Pocos dias despues, escribió el notario encargado de la venta de aquella finca al *Constitucional*, diciéndole que la abadía de San Martin estaba aun por vender.

Afirmó tambien el mismo periódico en su número correspondiente al 13 de agosto de 1819, que los Jesuitas habian establecido su cuartel general en el vi-

vigilándoles con la misma exactitud en todos los puntos del globo, se hizo el intérprete de las quejas paternales, y obligó á la Europa á enternecerse por las inauditas crueldades de que suponia desgraciadas víctimas[1] á los jóvenes educados por los Jesuitas. Anunció asimismo figurando estremecerse de horror, que la Inquisicion, tal cual la concebia Felipe II de España, iba á plantearse en Francia, y que los Padres de la Compañía serian los Torquemadas de los primeros autos de fe.

Estuvo tan en boga el sistema de impostura, que el mismo Capefigue creyó deberse declarar contra semejante táctica. «El *Cons-«titucional,* dice[2], se declaraba contra la invasion del partido cleri-«cal ó administrativo: por esto veia aumentar cada dia su popula-«ridad inmensamente. El flaco de esta política era adoptar todas las «quejas que las pasiones de partido y las rivalidades locales pudie-«sen inspirar, por mas que fuesen falsas unas y desnaturalizadas las «demás: el mentís que por ellas recibia el *Constitucional,* como no lle-«gaba hasta sus suscriptores, en nada alteraba el sistema de quejas «y de agravios que habia adoptado contra el Gobierno.»

Un enemigo mas temible aun para los Jesuitas acababa entonces de lanzarse al palenque. El *Constitucional* y el *Correo* encontraron cómplices en la Audiencia de París, los cuales se habian unido á ellos por medio de un pacto solemne. Los magistrados de 1825 solo vieron en estos ataques un exceso de celo galicano; pretendiendo que la rehabilitacion de los Jesuitas en Francia y la actitud ultramonta-

llorrio de École, á una legua de Besanzon, donde hacian construir un verdadero palacio que les costaba ya cuatrocientos mil francos, y que se proponian desde allí dirigir las elecciones. Para convencerse de la falsedad de este aserto, basta decir que no existia ningun jesuita en el Franco Condado ni en todo el Este de Francia.

[1] Refiere el *Constitucional* en sus números del 22 y 23 de enero de 1826 la historia de un infeliz jóven á quien los Jesuitas de Brig encerraron en un calabozo, del cual pudo escaparse, teniendo que ir despues errante hasta que se le encontró en la mas completa desnudez. Contra su costumbre, tuvo el *Constitucional* la imprevision de anunciar el nombre del jóven, diciendo que era hijo de Mr. Courvoisier, fiscal de S. M. en Lyon. Mr. Courvoisier empero desmintió esta fábula, escribiendo á la redaccion diciendo «que su corresponsal de Gi-«nebra no merecia el menor crédito, por cuanto los Jesuitas de Brig procuraban «ó atendian con la mayor solicitud á la educacion de los jóvenes que se les con-«fiaban.»

[2] *Historia de la Restauracion* por un hombre de Estado, t. VI, pág. 180. (París 1832).

na de una parte del Clero los habian provocado. Por una obcecacion que la fe de los pueblos deplorará por mucho tiempo, dejaron de reprimir el espíritu revolucionario, prestando por este medio un eminente servicio á la incredulidad. Sin quererlo tal vez, concedian aquellos magistrados con su impremeditada conducta un derecho de impunidad y de audacia á los escritores que por ambicion ó fanatismo se declaraban irreconciliables enemigos del órden legal y de la Religion. El funesto decreto del 3 y el del 5 de diciembre de 1825 debian crear nuevos agresores, y uno de ellos fue el conde de Montlosier. Era este un antiguo atleta de la monarquía, hombre cuyas ideas feudalmente retrógradas hacian palidecer de espanto á los liberales de 1826; un escritor que ya diez años antes les dijo: «Las «atrocidades de la Revolucion no están en el corazon del hombre, si«no en la esencia de vuestras doctrinas [1].» Pero el conde de Montlosier debia complacer ciertas rencillas jansenísticas; por esto ofreció al servicio de la impiedad constitucional su nombre, sus virtudes privadas, su necesidad de figurar y su impetuosa cólera contra las usurpaciones del partido clerical. Vióse acogido con estrepitosas aclamaciones, y se le recibió por ello como un libertador en aquel campo en que todo hasta entonces le habia sido hostil. La necesidad comun reunió bajo la misma bandera á los bastardos de Voltaire y á los trovadores de Port-Royal: alianza que, como todas las alianzas monstruosas, no podia menos de causar una catástrofe. Olvidáronse todos los agravios pasados por no pensar mas que en prodigarse incienso; diéronse los nuevos coligados el vano título de patriotas desinteresados y de hombres dispuestos á arrostrar hasta el martirio, marchando luego compactos contra la Congregacion y la Iglesia bajo la direccion de la nueva cruzada. Publicóse la *Memoria consultiva sobre un sistema religioso que tendia á destruir la Religion, la sociedad y el trono;* obra que fue el Evangelio de todos los escritores, abogados, banqueros y conspiradores que prestaban á la Revolucion su pluma, su elocuencia, su dinero ó su libertad.

En presencia de un Gobierno al que asistia la fuerza y el derecho, pero que temblaba a la sola idea de verse atacado, organizó la Revolucion su vasto sistema de propaganda. Contaba ya e liberalismo á la sazon en Francia, Italia, Alemania, Rusia y en la Península, un sin fin de sociedades secretas, de las que salieron despues sus Sand, sus Louvel, sus cuatro sargentos de la Rochela, sus Troubetskoi, sus

[1] *De la monarquía de* 1816, por el conde de Montlosier.

Pestel y sus Alibaud, y en una palabra, todos aquellos hombres de triste memoria que contribuyeron en todo ó en parte á la desgracia de su país. Tanto por la educacion como por la predicacion fueron los hijos de san Ignacio un obstáculo que se opuso siempre á sus miras; por esto la Revolucion, so pretexto de abatir el espíritu jesuítico junto al trono legítimo, denunció á la Congregacion, cuya ilegalidad y tendencias ultramontanas trató de demostrar Montlosier. Su *Memoria consultiva,* que era tan solo una arma de partido, la convirtió el liberalismo en una obra de genio y de virtud. Desde entonces fue Montlosier su héroe, que compartió con Marcial Marcet de la Roche-Arnaud la corona cívica cuyos florones tenia suspendidos la oposicion cada semana sobre la cabeza de sus mercenarios ó de sus alucinados.

El primer folleto del veterano de la Asamblea nacional produjo en los ánimos irreflexivos un efecto verdaderamente eléctrico, del que en realidad participaba el propio Montlosier. Ese hombre, cuyas ideas eran tan despóticamente aristocráticas, se dejó embriagar por las alabanzas de la oposicion plebeya cuyas tendencias detestara siempre; pero se habia logrado intimidarle con los Jesuitas, y por esto proclamó sus aprensiones con sinceridad, como se desprende de estas palabras continuadas en la primera página de su obra [1]: «Un «vasto sistema, ó mejor, una vasta conspiracion contra la Religion, «el Rey y la sociedad se ha formado; la he seguido en sus progre«sos, y la contemplo aun en el momento en que va á cubrirnos de «ruinas.» Creia el conde de Montlosier á la Francia arrastrada por los Jesuitas y por el Clero galicano hasta el borde del abismo ultramontano; y por esto rogaba encarecidamente al Rey y á su Gobierno que salvaran al país de tan terrible catástrofe. El Rey y el Gobierno, que sabian á qué atenerse respecto de aquel peligro quimérico, permanecieron sordos á las filípicas de la oposicion; por lo que hizo presentes entonces Montlosier sus temores á las cámaras legislativas y á los tribunales judiciales.

Para adquirir entonces celebridad no debia hacerse mas que marchar por la senda del liberalismo y hacerse eco de sus denuncias. Las tribunas de ambas Cámaras, la Audiencia de París, y todo el foro en general abrazaban el partido de Montlosier; de lo que se siguió una de esas acaloradas cuanto inútiles reyertas parlamentarias

[1] *Memoria consultiva sobre un sistema religioso y político dirigido á derribar la Religion, la sociedad y el trono,* por el conde de Montlosier.

que por medio de algunas elocuentes palabras inventadas para mejor fingir, arrojan la perturbacion en las masas, alejando todavía mas el conocimiento del hecho evidente ó del principio verdadero. Declamóse, pues, en pro y en contra de los Jesuitas con aquella ardiente elocuencia que contribuye mucho mas á la exaltacion de las pasiones que al convencimiento de la fria razon. Los defensores de la Religion y del trono no se atrevian á llevar la cuestion á su verdadero terreno, ni á atacar de frente á sus adversarios cada vez mas osados por su pacífica actitud: nadie se atrevia á abordar frecuentemente aquella cuestion, que por último se resolvió en contra de la libertad religiosa.

Habia ganado el liberalismo la primera batalla, y á fin de dar á su victoria la importancia deseada, envolvió en la misma acusacion dirigida contra los Jesuitas al Episcopado y á todo el Clero francés, bastando tan solo para ser considerado como jesuita, ser sacerdote, católico ó realista. La Congregacion y Saint-Acheul eran ya presa de la combustion revolucionaria; solo faltaba entonces hacer prender el incendio en Montrouge, y esto fue lo que procuró el liberalismo, llegando á ser para él aquel noviciado el centro de las hipótesis mas extravagantes. Era una casa de humilde apariencia, sin que hubiera en su exterior ni interior lujo alguno, y en la que, á pesar de hallarse á las puertas de París, se respiraba la mas envidiable calma.

Para el hombre que conoce la vida de los Jesuitas y las leyes que regulan la existencia de los novicios, hay algo de moralmente imposible en todas las fábulas á que sirvió de pretexto este establecimiento. Montrouge fue durante algunos meses, segun los liberales, el árbitro supremo de la Francia: dictó leyes á los Ministros, mandó á los Príncipes, dirigió á la policía y decidió con su suprema autoridad la guerra ó la paz, segun convenia á sus ambiciosas miras. Antes de que adquiriese Montrouge esta reputacion europea, ya habia sido el teatro de un crímen nacido al soplo de la calumnia constitucional; cuyo crímen, á pesar de haber hecho correr la sangre de un jesuita, pasaron los periódicos en silencio. Cuando en 1823 llegó por poco á perecer el P. de Brosse bajo el puñal de un operario cuya imaginacion lograron exaltar las imposturas revolucionarias, exclamaba Pablo Luis Courier en su *Libreto* [1]: «¡Pablo Luis, alerta,

[1] Léese en las *Obras de Courier*, *Libreto de Pablo Luis*, pág. 225: «Paseándome esta mañana por el *Palais-Royal*, Mr. II...rd me ha dicho al

«los santurrones te mandarán asesinar!» En efecto el viñador folletinista murió asesinado, y la justicia sabe si fue disparado ó no por los devotos el tiro que le dejó sin vida. Mientras que Courier se entregaba al exceso de su charla grotesca, caia un jesuita víctima á los golpes de un fanático. Tal era el P. de Brosse, superior del pequeño seminario de Burdeos: hé aquí en que términos refiere él mismo este atentado, al escribir en el mes de mayo de 1823 á uno de sus amigos:

«Eran los eclesiásticos desde algun tiempo mucho mas insultados «que antes, sobre todo en los arrabales y alrededores de París, «siendo los insultos ordinariamente acompañados de amenazas. Re«servábame el Señor la gracia de ser uno de los partícipes de aque«lla tribulacion: iba de París á Montrouge el jueves 3 de abril, á «cosa como de las dos y media de la tarde, despues de haber atra«vesado la barrera del *Enfer*, hallándome cási á la mitad del arra«bal que hay en el camino de Orleans. Reinaba la mayor tranquili«dad en el barrio, cuando de repente me sentí herido en el hombro «izquierdo recibiendo tan rudo golpe, que creí me habian arroja«do una enorme piedra. Volvíme al instante y ví á un hombre que «me perseguia con los brazos levantados y en disposicion de herir«me por segunda vez con un azadon de que iba armado, cuyo «mango me pareció tener de seis á ocho piés de longitud; hice un «movimiento para evitar el golpe del instrumento fatal que veia le«vantado sobre mi cabeza, y caí sobre el parador de una revendedora «de frutas desde donde fuí rodando sobre el pavimento, sin que pu«diera evitar el golpe que me amenazaba y que recibí en mi hom«bro derecho. Volvíme entonces por segunda vez, pues que á pesar «de los dos golpes y de mi caida tuve fuerzas bastantes para levan«tarme y huir algunos pasos, á fin de ver si aquel hombre conti«nuaba persiguiéndome, y entonces ví á dos ó tres mujeres que se «le ponian delante para detenerle. Mi primer impulso en aquel ins«tante fue acercarme á mi perseguidor para dirigirle algunas pa«labras de paz y de edificacion; pero el temor de cometer una im«prudencia y de exponerme temerariamente me hizo tomar el par-

«pasar cerca de mí: ¡Cuidado, cuidado, Pablo Luis, mira que los santurro«nes te mandarán asesinar. — Y ¿qué cuidado quieres que yo tome? le contesté. «Han logrado hacer matar á algunos reyes, si bien erraron el golpe contra fray «Pablo, no menos que contra otro Pablo en Venecia, y contra fray Paolo Sarpi, «aunque este último de buena se libró!»

«tido de continuar mi camino, contentándome con decirle que le «perdonaba de todo corazon.

«Al llegar á casa se me reconocieron todas las partes del cuerpo «en que habia recibido los golpes, y se encontró que mi sotana ha«bia sido cortada en el hombro izquierdo, pero que lo estaba mucho «mas aun en el derecho, donde el instrumento habia atravesado no «solamente la sotana, sí que aun mas todos los vestidos interiores, y «lo que es aun mas notable, hasta el cuello de carton de mi man«teo. Habia penetrado el hierro hasta la carne abriendo una herida «como de una pulgada de largo y de algunas líneas de profundi«dad; siendo evidente que á no haberme preservado del golpe el «cuello de mi manteo, habria sido aquel mucho mas peligroso y «hasta probablemente mortal.

«No solo deseaba sinceramente que no fuese aquel crímen casti«gado, sino que aun quedase oculto, y si posible fuera sepultado «para siempre en el olvido. Pero era muy difícil que un hecho de «esta naturaleza pasase desapercibido; á mas de que no queria el «Señor que quedase impune un atentado cometido en la persona de «uno de sus ministros; luego se verá de qué modo ejerció su justi«cia contra el culpable. Hácia las doce del siguiente dia, presentó«seme el comisario de policía del distrito del Observatorio, suplicán«dome prestara una declaracion sobre lo ocurrido el dia anterior. «Despues de haberle manifestado cuánto sentia acceder á su deman«da, y haberme él observado que no podia dispensarme de ello, me «conformé, despues de haber obtenido que haria constar en el pro«ceso lo siguiente: 1.° que solo hacia mi deposicion por órden de la «autoridad; 2.° que no queria se hiciese gestion alguna en mi nom«bre; 3.° que perdonaba de todo corazon al agresor.

«Entonces me refirió el comisario de qué modo habia llegado el «hecho á su noticia. Díjome que aquel hombre no habia vuelto á su «casa hasta las cuatro de la mañana del siguiente dia; y que ha«biéndose acostado, empezó á dar terribles gritos, á los que acudie«ron todas las personas de la casa, diciéndoles entonces que querian «asesinarle, y mostrándoles en efecto la sangre que brotaba de dife«rentes heridas que tenia en el pecho. Avisado el comisario del bar«rio se trasladó inmediatamente á la casa de aquel hombre, que «tambien le hizo la propia declaracion; pero conociendo luego que «no se trataba de ningun asesinato que hubiese querido cometerse «en su persona, puesto que no habia sido atravesada ó agujereada la

«parte del vestido que correspondia á las heridas, fácil fue conven-
«cerse de que no era asesinato sino un suicidio frustrado el hecho
«que acababa de tener lugar. Sin duda el temor de caer en manos
«de la justicia le habia inducido á cometer aquel nuevo crimen, co-
«mo se supo despues por haberlo confiado á uno de sus hijos, así
«como el atentado de la víspera [1], y haberlo declarado este al comi-
«sario. Llamóse en seguida un cirujano, el cual declaró no parecer-
«le mortales las heridas; pero se engañó en su cálculo: el Señor ha-
«bia ya emplazado, por decirlo así, al reo ante su temible tribunal.

«Despues de haber demostrado los cuidados que la Providencia se
«toma para con aquellos que se consagran á su servicio, mandando,
«segun su promesa, á los Ángeles que devolvieran los golpes mor-
«tales á aquel que me los dirigia; quiso luego dar un ejemplo ter-
«rible de su justicia contra los perseguidores de sus ministros. Á es-
«te fin dispuso se entregase el culpable á los remordimientos de su
«conciencia, siendo á la vez su acusador, su juez y su propio ver-
«dugo. No sobrevivió mas que unas veinte y cuatro horas á los ter-
«ribles golpes que se asestara. ¡Feliz él, si supo aprovecharse de
«aquellos momentos preciosos que le concedió el Omnipotente por
«su misericordia infinita! Se me ocultó su muerte durante algunos
«dias, comunicándoseme tan solo cuando me disponia á ir á visitar-
«le para hacerle entrar en sí. Hé aquí cuál fue la causa de su primer
«crímen: hallábase en una taberna con algunos otros operarios, en-
«tre los cuales hubo uno que dijo al verme pasar: *Hé aquí un misio-
«nero, es preciso matarle*, etc. Tal fue la causa que impulsó á aquel
«desgraciado á perseguirme: contaba ya la edad de sesenta y cinco
«años, y habia sido considerado hasta entonces como un hombre
«honrado.»

Estas son las misericordiosas palabras con que trata un jesuita al hombre que amenazó sus dias. Semejante atentado habria debido poner fin á las disensiones y ataques que sin cesar dirigia la prensa liberal contra Montrouge; pero fue todo lo contrario. Tomóse el noviciado aparte, así como se tomaba tambien separadamente cada

[1] Súpose despues que el asesino del P. de Brosse se hallaba en una taberna, tratando con otros operarios de la guerra de España, la que se suponia habian causado los discípulos del Instituto. En el momento en que el P. de Brosse acertó á pasar por la calle, exclamó uno de los huéspedes de la taberna: «¡Hé aquí á uno de esos clerizontes!» A cuyas palabras tomó el asesino su arma y se lanzó á la calle.

casa perteneciente á la Órden; y la audacia aumentó con el resultado. Habíase acostumbrado gradualmente al pueblo que pretende ser el mas espiritual de la tierra á alimentarse de mentiras; abusándose de su credulidad sin ejemplo hasta el punto de hacerle creer lo sublime de lo absurdo. Disponian á su albedrío los Jesuitas de los grandes poderes del Estado, y esa imperiosa Sociedad no se atrevió jamás á obligar á sus esclavos á reconocer la existencia legal del Instituto: vivian subrepticiamente y como por accidente, cuando una sola palabra de su boca podia derrocar el trono y mutilar la Constitucion. Nadie, sin embargo, se hizo esta reflexion; era tan natural que cada cual la olvidó.

Presentóse Montrouge como un inexpugnable castillo, como una plaza de guerra circuida de fosos, flanqueada de baluartes y coronada de artillería. En concepto del *Constitucional* oíase ya el fuego horrísono de cañon que desde allá hacian cada noche los numerosos jesuitas encerrados dentro sus muros. Allí residia con toda su corte el General de la Compañía: profundos subterráneos ponian en comunicacion Montrouge con las Tullerías: en una palabra, allí se sepultaban todos los tesoros de Francia. Erigíase allí la corrupcion en principio; fabricábanse armas para los turcos á la sazon en guerra contra los helenos; juzgábase á los ministros y diputados, á quienes se castigaba ó se recompensaba segun sus actos; y por fin allí se destituia sin piedad á los funcionarios cuya fe fuese vacilante. Allí se elaboraban leyes sobre la indemnidad, sobre la reduccion de rentas, sobre el sacrilegio, sobre el derecho de primogenitura, sobre la prensa y las comunidades religiosas; avasallábase allí igualmente al Clero, sembrándose la division entre los Obispos á fin de tenerlos á todos bajo mano [1]; obligábase á los nuevos caballeros de las Reales

[1] Hemos consultado todos los documentos oficiales referentes á la Compañía de Jesús, sin haber encontrado en ellos ningun vestigio de todas estas intrigas. Sin embargo, una carta del P. Fortis, general de la Órden, pareceria hacer alusion á algunos hechos de esta naturaleza: hé aquí lo que escribia en 17 de enero de 1824 al P. Godinot, comunicándole su nombramiento de provincial: «Se «me han dirigido algunas quejas sobre que diferentes de los nuestros en París «se entrometen en asuntos que no les corresponde; hasta se me ha dicho que «el Arzobispo de París no estaba muy satisfecho de nosotros, por imaginarse «que la Compañía favorece y sostiene las pretensiones del gran Limosnero que «están en oposicion con las suyas. Si esto es así, tristes son por cierto los ser-«vicios que prestan esos Padres al Instituto; y es deber de V. R. aplicar inme-«diatamente á tan gran mal un remedio firme y eficaz.» Esta y otra carta del

Órdenes á unir á su cordon azul el escapulario impuesto por los Jesuitas; predicábase una moral corrompida, y enseñábase públicamente el regicidio. Ante esas inculpaciones los convencionales de 1793 y los sucesores de la Revolucion sintiéronse poseidos de una tierna compasion para con los Reyes. Era Montrouge una palabra cabalística que heria de espanto y terror á los demagogos mas feroces, los cuales levantaban el plano fantástico de aquella ciudadela para ellos inexpugnable sobre sus cajas de tomar tabaco, sobrexcitando contra aquella casa la cólera y el terror hasta la demencia. Llegó esta hasta tal punto, que un dia el P. Gury, superior del noviciado, recibió un cartel en el que le proponia un insensato batirse con él á muerte con espada ó pistola.

Merced á estas exageraciones, adquirió Montrouge una celebridad universal; y de todas partes acudian los extranjeros para visitar aquel lugar tan famoso. No obstante, despues de haberlo recorrido, quedábanse admirados del descaro de los periódicos liberales, y mucho mas aun de la ciega credulidad de los que daban asenso á semejantes imposturas: aquella admiracion, empero, no pasaba los límites de un círculo particular, que en manera alguna podia desvanecer la fama y celebridad de Montrouge. Amenazas[1], advertencias y hasta súplicas y toda clase de escritos se emplearon contra aquella casa, cuyos moradores, viviendo léjos del bullicio mundanal, ignoraban quizás las injustas inculpaciones de que eran víctimas, ó deplo-

P. Richardot encargando al P. de Maccarthy que no se entrometiera en los negocios eclesiásticos de la diócesis de Strasburgo, son la única huella que hemos podido encontrar en toda esa inmensa red de supuestas intrigas que cubria toda la Iglesia de Francia al decir de los revolucionarios; y aun esa huella es mas bien una advertencia ó prevencion que una realidad.

[1] Solo creemos deber citar una de aquellas cartas por cuyo contenido podráse juzgar de las demás: está fechada y sellada en Limoges, y dice así:

«Temblad, satélites de Loyola, porque va á sonar vuestra última hora. Vil «canalla, infames corruptores de la juventud, mónstruos de perfidia, temblad: «porque la Francia os considera como el mas temible enemigo del género hu«mano. Hipócritas malvados, pronto caerá la supremacía de vuestro poder «aplastándoos bajo sus ruinas. Raza maldita, enemigos de la patria, pereceréis sobrecargados con el peso de vuestros crímenes, y vuestro nombre será «maldito por todas las generaciones futuras. Cuarenta mil defensores de nues«tras libertades han jurado vuestra pérdida... Dentro cuarenta dias Montrouge «ya no existira.—Godofredo, defensor de la Constitucion.—Houvillier, amigo «de la libertad.— Mironbel, amigo de la igualdad.—Gardeau, amigo de la re«pública.—Sournilly, enemigo de los traidores.»

raban con toda la calma de sus conciencias los sangrientos ultrajes que se arrojaban á la cara del pueblo francés. Lainé, Montlosier, Portalis y Dupin perseguian el Instituto de Loyola por creerlo hostil á su ardor jansenista y á su ambicion parlamentaria: y se agruparon bajo su bandera hombres que les hicieron secretamente avergonzarse, pero que sin embargo se vieron obligados á admitirlos en sus filas.

Uno de esos auxiliares se llamaba Marcial Marcet de La Roche-Arnauld, el cual pasó algunos años en Montrouge viviendo en comunidad con los Jesuitas y disponiéndose á serlo. Renunció mas tarde á esta carrera, y lanzado en medio del torbellino de París, creyó que para ponerse al nivel de las glorias constitucionales no le quedaba mas recurso que calumniar á sus antiguos maestros. Ignoramos qué vergonzoso tratado medió entre ese jóven y los jefes del partido demagógico; por no deber la historia beber en tan impuros charcos. De repente apareció una obra bajo este título: *Los Jesuitas modernos, ó sea la Continuacion de la Memoria del conde de Montlosier.*

Ya desde sus primeros pasos atravesó Marcial Marcet los límites de lo posible; y esa generacion de 1826, tan orgullosa por su talento y tan hueca por sus luces, sufria el mas humillante de los oprobios intelectuales. Pintaba aquel hombre á los Jesuitas con tan denigrantes colores, que por grande que sea nuestra repugnancia en citar semejantes escritos, no podemos menos de hacerlo para satisfacer á la razon pública ultrajada. Alentado el apóstata de Montrouge por el ardor del liberalismo, hacia el siguiente retrato del P. Gury:

«Su voluntad, y hasta una sola de sus miradas pueden hacer le-«vantar mil brazos armados con puñales para asesinar á los Prínci-«pes y destruir los imperios. Todas las provincias están infestadas «hace diez años de estos terribles esclavos, y todos los dias va su «número en progresivo aumento... En una oscura habitacion de «Montrouge reúnense los novicios cada ocho dias al caer la tarde «seguidos del P. Gury, al pié de las estatuas de Ignacio y Francis-«co Javier, para oir los misterios de la Sociedad. Cada novicio está «allí obligado á denunciar todas las faltas de sus hermanos, y á «declarar de rodillas sus gustos, sus inclinaciones, sus faltas, su «carácter y sus disposiciones respecto de la Compañía. Luego juran «todos inmolar su voluntad propia, y no omitir sacrificio alguno «para exterminar la raza de los malos y abatir á los piés de su Pa-«dre Ignacio todas las coronas del universo. Siguiendo despues á su

«Padre superior ó maestro, pisan las vanidades del mundo repre-
«sentadas por un rey revestido con sus adornos reales y rodeado de
«cetros rotos, de coronas hechas trizas y demás despojos del trono:
«vense á su alrededor todas las naciones del mundo cargadas de
«cadenas, representadas por tres animales, á saber, el toro, el leon
«y el águila, y por un genio sublime que representa en particular
«las naciones de Europa.

«...De este modo se procura infiltrar el odio al mundo en aquellos
«jovenes corazones pervertidos ya por el bárbaro fanatismo. Dícese
«asimismo, y tiembla mi pluma al escribirlo, que el Viernes San-
«to despues de la ceremonia de la pasion de Jesucristo, van todos
«los novicios á herir con un puñal la estatua de Ganganelli, al que
«creen condenado al fuego eterno; las de un rey de Francia y de su
«ministro Choiseul, así como las de Pombal y de un rey débil que
«dejó oprimir á la Sociedad.

«¿Quereis una idea mas del poder que ejerce el P. Gury sobre
«esos pobres novicios? Leed la historia del Viejo de la Montaña, y
«todavía encontraréis que ese Viejo de la Montaña era muy mode-
«rado en su relacion. Todo tiembla al aspecto del tirano de Montrou-
«ge; todo calla al oirse su voz: su tono profético, sus ardientes mi-
«radas, sus palabras misteriosas y su aire imperioso exaltan el es-
«píritu de sus novicios hasta tal punto, que se atreverian á reducir
«á escombros el mundo todo por lograr el mérito de una rara obe-
«diencia.»

No se dignaron los Jesuitas contestar á aquel cúmulo de monstruosidades: solo sus discípulos y los amigos de la verdad, y sobre todo de la dignidad nacional, protestaron contra ellas enérgicamente. Todos los publicistas católicos procuraron recordar á la oposicion el respeto que se debia á sí misma; pero orgullosa esta por el resultado obtenido hasta entonces, léjos de cejar, continuó mas osada en su tortuosa senda. Los Príncipes temblaron á su clamoreo, los ministros y los magistrados solo la reprimieron raramente y aun á la fuerza, y los realistas, divididos como siempre, no fueron capaces de hacerla frente y lograr el triunfo que nunca por sí mismos han sabido procurarse. En presencia de aquel rudo ataque sin tregua, que será uno de los fenómenos que nunca podrá penetrar la posteridad, habia una fraccion de hombres monárquicos que léjos de defender á los Jesuitas, procuraban por el contrario hacer dirigir contra ellos todos los tiros de la prensa liberal. Sacrificábase el Instituto para sal-

var lo restante, como si en aquella cuestion y en todas no hubiesen sido los Jesuitas un firme apoyo del trono, y sus perseguidores los mas crueles enemigos de la legitimidad. Nadie, sin embargo, sospecho que fuese aquel grito dirigido contra el trono, por haber venido á ser Carlos X momentaneamente el objeto de los egoistas homenajes del liberalismo. Habia transigido ya el Monarca con la Revolucion, y, como sucede siempre, procuró esta arrancarle nuevas concesiones, arrojando a su paso algunas flores en el momento mismo en que se exaltaba hasta el delirio a la opinion contra los Jesuitas. Entonces fue cuando el *Constitucional*, en su número correspondiente al 26 de octubre de 1826, se atrevio a ensalzar la veracidad y el valor de Marcial Marcet, su corresponsal, en estos términos:

«Ya desde un principio previmos que el libro del señor abate de «La Roche-Arnauld excitaria el furor de la faccion que desenmas«caraba con mano tan vigorosa; y en efecto, su indignacion pue«de no pocas veces calificarse de cólera; tal vez un poco mas de mo«deracion habria producido en sus enemigos mayores resultados. «Tambien él parece ser de esta misma opinion en la carta que hoy «nos remite, y en la que el modo con que se justifica añade, si ca«be, nueva importancia á sus revelaciones. Por lo demás, sea cual «fuere la opinion que se forme de su obra, no dejará de ser menos «curiosa en su fondo, ni los hechos que en ella refiere, desafiando á «los contrarios á que los refuten, menos capaces por su naturaleza «de causar una profunda sensacion [1].»

[1] Arrepintióse veinte años despues Marcial Marcet del crímen que contra el buen sentido le inspiró el liberalismo; y en 27 de abril de 1845, publicó espontáneamente una retractacion en la cual se hallan confesiones y remordimientos que no puede pasar por alto la historia: «Declaro que repruebo con la mayor «buena fe todos mis escritos publicados contra los Jesuitas en 1827, 28 y 29, «por ser efecto de una venganza impostora, y como tales los entrego, y los he «entregado desde mucho tiempo á la reprobacion, ó mejor al olvido de todos.

«Asimismo declaro clara y terminantemente á fin de no dejar duda alguna «sobre este particular, que fue solo el espíritu de partido el que me hizo tomar «parte en aquel desbordamiento, de que fueron víctimas los Jesuitas, y el que «me dictó los extravagantes horrores que publiqué, y á los que debí únicamen«te el prestigio popular de que gozaron un dia aquellas tristes producciones.

«Así, pues, publico alta y sinceramente avergonzarme de mi pasada conduc«ta y de la poca delicadeza con que apenas salido de la Órden de los Jesuitas, «en la que con la mas tierna amistad me fueron prodigados todos los cuidados, «me atreví á colmarles de injurias, sin razon, sin respeto y solo por personali«dades de tal modo indignas, que al recordarlo no puedo comprender cómo un

Despues de semejantes bajezas no quedaba otro medio que reprimir ó amordazar la prensa, ó perecer irremisiblemente á los tiros de su falsedad y de su maledicencia. Los Borbones y el ministerio Villèle aceptaron las horcas caudinas que levantó la Revolucion contra ellos. El Gabinete, al cual el vizconde de Martignac dió su nombre, pagó el legado que sus predecesores tan vergonzosamente le impusieron.

En aquel combate, cuyas consecuencias no se ocultaban á los talentos privilegiados, no dejaron los escritores independientes de cumplir con su deber ni aun en el momento mismo en que todo les abandonaba; pues no habia mas que humillacion en el poder real, y desaliento en los gobernantes. Temíase desvanecer preocupaciones de orígen conocido, y solo se procuraba contemporizar con las circunstancias azarosas que la impericia habia creado; solo algunos grandes hombres de esos que como siempre son por su talento y constancia la admiracion de los pueblos en las épocas difíciles, se lanzaron intrépidamente al combate. Inútiles fueron los sarcasmos y todos los esfuerzos que hizo el liberalismo para contener á Bonald, Bellemare, Picot, Saint-Chamans, Laurentie y Martainville para hacerles desistir de tomar parte en aquella lucha en que iban á exponer mas que su propia vida. Tambien la *Gaceta de Francia* recogió denodadamente el guante que la Revolucion le arrojara, peleando con irresistible lógica y sin igual talento en defensa de los Jesuitas [1]. En me-

«pueblo sensato pudo solamente tolerarlas, y cómo un Gobierno prudente y «fuerte dejó de castigarlas con la mayor severidad.»

[1] La *Gaceta de Francia*, partidaria á la sazon de los Jesuitas, publicó el 24 de mayo de 1828 un artículo en el que se hallan los siguientes fragmentos:

«Por fin vuestra sentencia está dada; no quereis á los Jesuitas. Esto merece «algunas consideraciones en las que vamos á entrar desde luego; puede haber «primeramente hombres dispersos por el mundo que observen aisladamente la «regla de san Ignacio. ¿Se hace extensiva hasta ellos vuestra saña? Si es así, «¿do están la libertad civil y la libertad de conciencia? ¿Puede haber en segun«do lugar hombres que se hayan unido en sociedad para vivir juntos en una «casa que les pertenezca, hombres que prefiriendo la vida cenobítica y que «tenga para ellos mas atractivo que todas las demás la regla de san Ignacio; «hombres á quienes acomode vestir un mismo hábito, comer en la misma me«sa, hacer abstinencia en los mismos dias y levantarse á la propia hora para «dirigir á Dios las mismas oraciones? ¿Son acaso esos los hombres que preten«deis atacar? Si es así, ¿qué es lo que hallais reprensible en ellos? ¿Su regla «de vida? ¿qué será entonces la libertad civil? Y si son sus oraciones, ¿dón«de habrá ido á parar la libertad de conciencia? — Puede haber en tercer lugar «algunos hombres que hayan hecho ciertos votos religiosos, como por ejemplo

dio de esta guerra cuyo resultado podia preverse atendido el carácter de los Ministros, vinieron los Obispos á su vez á protestar en favor de la libertad religiosa y del derecho de los padres de familia.

«los de san Ignacio, y que hayan determinado consagrar su vida á la educacion «de la juventud. ¿Son estos hombres vuestros contrarios? Si es así, id con cui«dado: esos hombres enseñan en los colegios que os están sometidos, y en este «caso ¿quién tiene la culpa, supuesto que sea mala su educacion? En el caso «de que enseñen en los establecimientos sometidos á la jurisdiccion exclusiva «de los Obispos, ¿qué es lo que vosotros pretendeis? Celosos protectores de las «máximas y libertades de nuestra Iglesia de Francia, ¿por qué así olvidais «las franquicias del Episcopado? Ó bien finalmente instruyen esos hombres á «los hijos de familia en el seno de la familia misma que se les confió, y en este «caso, ¿de dónde os procede á vosotros el derecho de inmiscuiros ni en las re«glas que siguen ni en las oraciones que hacen? Pretendeis que todo sea libre «en vuestro país, ¿y precisamente deberia de dejar de serlo la educacion de la «juventud? Puede haber tambien otros hombres que habiendo formado una «sociedad religiosa, pretendan obligaros á reconocerla, á favorecerla, á impri«mirla un carácter público y civil, que no contentos de unirse cuando les plazca «y con verse protegidos individualmente en su union, exijan que sea esta en «general protegida, que tenga una existencia legal, que sean sus derechos «aparte y sus privilegios exclusivos: ¿querréis acaso dirigiros contra ellos? Esto «seria entonces muy diferente. Ya que esos hombres os solicitarian vuestra «gracia, permitido os seria rehusársela; ya que os pedirian que aprobáseis «su sociedad, permitido os seria igualmente negarles vuestra aprobacion. «La diferencia es grande entre dejar obrar, y obrar por sí: la ley puede estar «obligada á tolerar ciertas cosas sin que esté obligada á autorizarlas.—Conclu«yo de esto, que si hay jesuitas dispersos por Francia, mal que os pese debeis «sufrirlo; que si hay entre ellos algunos que se hayan reunido para vivir en co«munidad y que no os pidan nada, es preciso conformarse á ello; que si hay «algunos que enseñan la Religion y las letras en los puntos donde no pueda «privarlos de ello la Universidad, es preciso sufrirlo tambien; pero que si hu«biese algunos que quisieran obligaros á que les reconociéseis como Órden re«ligiosa y como cuerpo colectivo, seríais entonces dueños de rechazar sus pre«tensiones sin dignaros siquiera examinarlas. En cuanto á los primeros, ya se «entiende: nunca es uno responsable ante la ley mas que de aquello que ha he«cho, ó de lo que ha dejado de hacer, estando el deber de hacerlo terminante«mente prevenido por la propia ley. A mas de que no sé que exista ninguna ley «que prohiba consagrarse al servicio de Dios insiguiendo las constituciones re«ligiosas que vosotros detestais, á pesar de ser tambien constituciones.

«Vosotros me respondereis: Subsisten órdenes y edictos que les han expul«sado del reino.—Esto es muy cierto, en cuanto al Instituto y á la Órden re«ligiosa de los Jesuitas; pero no es esto de lo que se trata aquí. Queda fuera de «toda duda, como lo hemos manifestado ya, que independientemente de estos «edictos y disposiciones, seria indispensable una ley para poder fundar de nue«vo aquel establecimiento religioso. Pero contra el domicilio comun, contra el «domicilio considerado relativamente á simples indivíduos que lo ocupan sin

Está tan conforme aquella protesta con los anales de la Sociedad de Jesús, que debe necesariamente insertarse á continuacion de las órdenes de 1828.

«afectar otro título ni pretender otras ventajas que las que pertenecen á todos «los súbditos del Rey, ¿qué fuerza pueden tener vuestros edictos? ¿de qué «peso pueden servir, sobre todo ahora, las leyes que la Revolucion les impuso, «en el estado político que la Restauracion fundó? La Revolucion, mas liberal en «materias de proscripcion que Mr. de Choiseul y los Parlamentos, reemplazó la «abolicion particular de la Órden de Jesús por la abolicion general de todas las «Órdenes religiosas; pero mas consecuente al mismo tiempo y tal vez mas equi- «tativa, á lo menos sobre este punto, concedió á los religiosos de todas las Ór- «denes abolidas la plenitud de sus derechos civiles.—La Revolucion y sobre to- «do la Restauracion han borrado hasta las últimas huellas de las interdiccio- «nes civiles y políticas que abrazaban en otra época ciertos votos religiosos, por «llevar en sí el sello del escándalo y del absurdo. Porque si el judío es libre, «aunque judío, si el protestante lo es igualmente, aunque protestante, ¿con «cuánta mas razon no debe serlo el católico aunque sea religioso, por profesar «la religion del Estado, sea dominico ó jesuita? Tambien existian en otro «tiempo edictos contra los protestantes y los judíos, y sin embargo tambien se «han visto desaparecer. ¿No hubo posteriormente tambien otros edictos que «concedieron á todos los franceses sin excepcion la libertad civil, la libertad po- «lítica y la libertad de conciencia? Si realmente existen en toda su fuerza y vi- «gor esos edictos, ¿por qué reclamais con tanto descaro el privilegio de intole- «rancia é interdiccion con respecto á aquellos edictos de predileccion que hi- «rieron de muerte á los Jesuitas? Id, id, hombres libres, sabed que nunca «podréis ser tales, mientras que vuestro igual no lo sea tambien.

«Tal vez opondréis que los Jesuitas se someten por medio de juramentos y «otras promesas á un soberano extranjero.—Pero esto ni lo creo, ni puede ser. «Una de dos: ó sus compromisos serian incompatibles con sus deberes hacia su «soberano natural, ó no: si no lo eran ¿qué podríais decir? Y si lo eran, ¿qué «podríais hacer? ¿Pretenderiais acaso que al que hubiese contraido aquel com- «promiso no le comprendiera ya la cualidad de francés? Y aunque así fuera, á «pesar de algunas dificultades procedentes del artículo 17, ¿qué adelantariais «con ello? ¿Seria aquel hombre extranjero? Y aun así, ¿pretenderíais acaso «privar á los extranjeros de la facultad de tener en Francia habitaciones comu- «nes? ¿podriais arrancar el artículo 11 de vuestro Código civil? ¿llegaria vues- «tro encono hasta el punto de expulsarles como extranjeros, no atreviéndoos «ni pudiendo hacerlo como jesuitas?... Pensadlo bien... y luego volvamos al ju- «ramento. ¿Dónde existe este? ¿qué es lo que contiene?—Tambien decis: Su «ambicion es extrema.—¡Qué vergüenza! ¿Podréis decirnos, si os place, de «qué siglo nos hablais? ¿de cuándo acá han demostrado los frailes su ambicion «en los diarios, en las elecciones y en las Cámaras? ¡La ambicion de los frai- «les en los tiempos presentes! ¡la ambicion! ¡poderoso motivo es este, en «efecto, para impedir á las gentes de vivir tranquilamente en sus casas, y de «rogar á Dios como mejor les convenga! ¡Es esta pasion hoy dia tan débil y «tan rara! ¡Son tan pocos los que la poseen! ¡Los enemigos de los Jesuitas,

Alejar á los Jesuitas de todos los establecimientos de instruccion pública habria sido tan solo un hecho vulgar que habria hecho patente el modo con que atacaba el liberalismo la libertad haciéndose una arma de la calumnia para dar mas claro testimonio del prodigioso poder del absurdo. Tratóse, pues, de emplear un medio menos comun; tal fue el de querer hacer proscribir á los Jesuitas por el Rey cristianísimo, por sus consejeros y por los Obispos de Francia. El conde de Villèle habia sacrificado los intereses morales del país al desarrollo de los intereses materiales y del agio; el judaismo empezaba, bajo la proteccion de este Ministro, el aprendizaje de su tiranía usuraria; cayó este Ministro ante una nueva Cámara por él inconsideradamente creada. Acababa de perder la soberanía su último prestigio; hasta se decia que Cárlos X se habia hecho jesuita, y que como tal debia por sus votos una obediencia ciega al General de la Compañía. Batido así traidoramente el Gobierno por la Revolucion, á la cual no osaba domeñar, hostigado por los realistas, á quienes no satisfacia ninguna de sus necesidades legítimas, ni tal vez ninguna de sus ambiciones, se veia sériamente amenazado en su existencia. Hallábase el Gobierno, despues de seis años de prosperidad, herido de muerte por la inaccion, y porque no habia podido adquirir fuerza y vigor á causa de haber dejado tomar grandes proporciones á las cuestiones religiosas sin atreverse á zanjarlas desde un principio. El choque del liberalismo habia sido especialmente dirigido contra los Jesuitas, personificando en el Instituto de san Ignacio al Papado, al Episcopado, al Sacerdocio y á los Católicos; era considerado por los liberales como jesuita todo aquel que se oponia á marchar bajo la bandera de la Revolucion. Necesario era se

«sobre todo, son acaso los que han librado de esta falta á su alma humilde y «modesta!

«¡No los quereis! Es esto, en verdad, muy absoluto; pero si los jefes de fa«milia los quieren, ellos á quienes supongo algo interesados en esta cuestion, «¿será en nombre de la libertad que pretenderéis hacerles renunciar á ello? «Vosotros no quereis á los Jesuitas, y si los Obispos los quieren, sea para el «servicio de sus iglesias, sea para dirigir las escuelas que son de su depen«dencia, ¿será en nombre de las franquicias de la Iglesia galicana y por res«peto á los derechos del Episcopado que os atreveréis á resistirles? ¡Vosotros «no los quereis! y si se os señala al Instituto protestante, judío ó mahometa«no, al que aprobais y alentais en su empeño, ¿será en nombre de la tolerancia «y de la igualdad constitucional que expulsaréis y proscribiréis al Instituto ca«tólico que será jesuita? ¡Oh! ¡qué libres somos, cuánto me admira vuestra «imparcialidad!»

desvaneciesen las dificultades acumuladas al rededor del trono; Luis Lambruschini, nuevo nuncio del Papa en París, fue el que se encargó de arrancar al Gobierno de su letargo: hombre de energía y de conciliacion, estaba Lambruschini desde mucho tiempo entregado á los negocios; hábil teólogo y diplomático, sabia á la vez resistir y ceder, y era la política romana personificada en todas las tradiciones de su reflexiva calma, opuesta siempre á los arranques y precipitacion del carácter francés. No imponian á Lambruschini en lo mas mínimo los tumultos constitucionales de que era testigo, porque conocia á fondo su orígen y tenia en su mano el medio de sofocarlos para siempre, como lo propuso al baron de Damas, ministro de Negocios extranjeros.

Innegable era ya que la causa de los Jesuitas habia venido á ser la causa de la Religion y de la monarquía, por atacarse los principios sociales bajo el nombre de la Compañía. Á fin, pues, de defender una y otra, propuso Lambruschini presentar á las dos Cámaras un proyecto de ley que asegurara á los hijos de san Ignacio un derecho de existencia y el de formarse ó constituirse en comunidad. El resultado de esta tentativa no podia ser dudoso: los diputados habrian adoptado el proyecto, y los pares, que solo procuraban hacerse populares á expensas del Rey, se habrian limitado á hacer una débil oposicion que hubiera sido fácilmente vencida. En estas circunstancias fue cuando tomó el conde de Villèle el peligroso partido de apelar á unas elecciones generales; y engañado en sus cálculos así como en sus esperanzas, fue inevitable su caida, y en pos de ella la del trono que se llevó tras sí.

La mayor parte de los hombres que despues de él fueron puestos al frente de los negocios, eran adictos á la monarquía; pero como se hallaban en circunstancias muy difíciles y querian á toda costa contemporizar con la Revolucion, partieron del falso principio de las concesiones para restablecer la calma en las ideas. Los jefes del liberalismo supiéronse aprovechar diestramente de aquella disposicion ofreciendo al ministerio Martignac su apoyo tan pronto como hubiese sacrificado á los Jesuitas. Encargóse el Ministerio de vencer la repugnancia de Cárlos X exagerándole los peligros de la situacion, y luego contrató aquella alianza culpable. Seguia con ansiedad Lambruschini la marcha de los ánimos y de los acontecimientos; y no se ocultaba á su penetracion, que dominado el Gobierno por su sed de popularidad arrastraba al trono hácia el abismo; por lo que creyó

de su deber advertir al Monarca del lazo que se tendia á su cándida sencillez. La conciencia del Rey estaba inquieta ; y si bien las palabras de Lambruschini llevaban la conviccion en su alma, no sabia sin embargo Cárlos X, siempre incierto y vacilante, qué partido tomar. En tan apurada situacion, hizo lo que hacen por lo regular todos los príncipes tímidos ; consultó á algunos hombres que eran aun mucho mas tímidos que él : convocó secretamente á Frayssinous, obispo de Hermópolis, á Cárlos Brault, arzobispo de Alby, y Juan de Cheverus, arzobispo de Burdeos. Estos tres Prelados de reconocido talento y virtud dieron al Rey una contestacion conforme á su carácter, declarando que, «si S. M. por razones de Estado y en su «alta sabiduría consideraba las medidas propuestas por el Ministerio «como indispensables para conservar la tranquilidad pública, podia «adoptarlas sin ofender su conciencia.»

Semejante disposicion, tomada para desvanecer los últimos escrúpulos de Cárlos X, dejaba á los Jesuitas expuestos á los golpes del liberalismo. En tiempo del Rey cristianísimo no se atrevieron á decir tres prelados á un hijo de san Luis lo que el sábio abate Emery, restaurador de la Congregacion de san Sulpicio, escribia al cardenal Fesch para que lo comunicara á Bonaparte : «Pienso muy sériamente, escribia Emery á Fesch en 28 de octubre «de 1803, y estoy íntimamente convencido, de que no podríais pres«tar un servicio mas eminente á la Iglesia y á la Santa Sede, que «procurar el restablecimiento de esta Sociedad. En el caso de que «adoleciera de algunas faltas, no dudo que las habrá sabido enmen«dar : siento que no haya llegado quizás aun el momento de poder «el primer Cónsul restablecer la Órden en Francia ; pero á lo menos «puede dejar de oponerse á que se establezca fuera de ella. Ningu«na Sociedad hay tan favorable á los Gobiernos, por ser el mas po«deroso dique que puedan oponer al torrente de la revolucion y de la «impiedad. Si es el Gobierno actual estable en Francia, ciertamente «no es debido sino al talento eminente y á la firmeza del primer «Cónsul ; pero todo Estado do reine la impiedad se verá necesaria«mente expuesto á continuas revoluciones.»

Conocíase que vacilaba el cetro en la mano de los Borbones ; Cárlos X, como Luis XVIII, se habia impuesto el deber de halagar á sus enemigos, esperando por este medio hacerse amar de ellos ; hé aquí por qué abrazó tan fácilmente el Monarca el partido condescendiente de los tres Obispos. La ruina de los Jesuitas y el desvaneci-

miento de las esperanzas católicas germinaban ya en las medidas previstas y cási adoptadas. Nombróse en 20 de enero de 1828 una comision destinada á examinar las escuelas eclesiásticas; cuya comision la componian los Sres. de Quélen, arzobispo de París, Feutrier, obispo de Beauvais, Lainé, Mounier, Séguier, de la Bourdonnaie, Dupin, Alejo de Noailles y Courville, miembro del consejo de la Universidad.

Con intenciones sin duda las mas laudables, pero que no alcanzaron el fin que se proponian, procuró el Obispo de Hermópolis conjurar la tempestad acusando al jóven clero de un celo que no estaba siempre en armonía con la ciencia. Sus palabras fueron acogidas en la cámara de los Diputados con gritos de alegría: la mayoría de la Comision no quiso sin embargo, á ejemplo del ministerio Villèle, descender hasta el fondo de las conciencias. Declararon que los sacerdotes á los cuales los Obispos, conforme á la disposicion reglamentaria de 5 de octubre de 1814, habian confiado la direccion y enseñanza de sus pequeños Seminarios, habian sido elegidos por ellos, y sometidos como todos los demás sacerdotes de cada diócesis á su autoridad y jurisdiccion espirituales y á su administracion temporal. Luego no era á una corporacion, sino tan solo á algunos indivíduos sometidos á la voluntad de los Obispos, á quien se confió la direccion de las escuelas.

Existia la Universidad de Francia solo en virtud de un decreto imperial de 17 de marzo de 1808; una Real órden tambien constituia los pequeños Seminarios. Deseaba el Emperador que la juventud perteneciese al Estado y que por lo mismo estuviese amoldada en la imágen del Estado. Luis XVIII á instancias del Episcopado francés derogó mas tarde aquel insultante monopolio, concediendo algunos derechos á los padres de familia y algo mas de libertad á los Obispos. Segun Fourcroy era la Universidad una administracion que gastaba mucho, esto es, una caja que para llenarse recogia el diezmo de los campos que no cultivaba, dilapidaba las ciudades, los padres, y los institutores; habíanla aceptado sin embargo los Borbones, aunque con la idea de limitar sus usurpaciones, concedieron á los Obispos el privilegio de establecer pequeños Seminarios fuera de su jurisdiccion. Tenian los Jesuitas confiados á su cuidado ocho de estos seminarios, en los que no tardó en despertar la educacion que daban las celosas susceptibilidades de un cúmulo de intereses que pretendian ser del Estado por cuanto procedian de la Uni-

versidad. Sublevábase esta á la idea de verse superada por establecimientos rivales ó hallarse en la obligacion de hacer dedicar al trabajo á sus profesores, á fin de no verse vencida; pero en lugar de luchar con armas iguales, se atrincheró tras la arbitrariedad que la corrupcion llamaba á su socorro.

La minoría de la Comision del 20 de enero de 1828 se ocupaba de la cuestion sobre los Jesuitas; pero mas constitucional la mayoría no traspasó los límites que la ley le señalaba. Tenia el liberalismo de aquella época cuatro representantes en ella, los cuales exigian á gritos la Carta, y solo la Carta, rehusando los demás la libertad que esta concedia. La mayoría decidió «que no fuese permitido á nadie «sondear el foro interior de cada uno para saber cuál era su conduc«ta religiosa, y las reglas y prácticas á que se sometia, mientras que «aquellas prácticas y conducta no se manifestaran por ninguna de«mostracion exterior y contraria al órden y á las leyes establecidas; «porque obrar de otro modo seria tolerar una inquisicion y perse«cucion que aquellas instituciones reprobaban.» Lainé, Séguier, Dupin y Mounier se opusieron á aquella determinacion [1].

[1] En una nota manuscrita del vizconde Alejo de Noailles, miembro de la Comision, vemos la relacion de los debates interiores y de las esperanzas secretas que animaban á la minoría. Los universitarios fueron abandonados por uno de sus colegas en el momento en que iban á sacrificar á los Padres de la Sociedad de Jesús. Léese en esta nota:

«Puede decirse de la Comision de los pequeños Seminarios que ha dado lu«gar á un nuevo engaño.

«Monseñor el Arzobispo ha sido el mas hábil, puesto que desde el principio «previó ya todas las consecuencias, y supo evitar que se le eligiera *para sacar «el hierro candente;* tales fueron sus expresiones.

«No quiso engolfarse en este negocio hasta haber asegurado su posicion, exi«gido formales promesas y haberse hecho repetir, á fin de que no quedara duda «alguna, que la decision se llevaria á debido efecto.

«El Rey y Mr. Portalis, su guardasellos, acabaron por desvanecer todas las «dificultades á fuerza de seguridades y promesas. Cosa notable, no ocultó á «uno ni á otro su parecer en aquella cuestion; lo que no impidió que el Guar«dasellos fuese cada dia mas exigente en nombre del Rey y en el suyo propio.

«Creian los cuatro disidentes su golpe asegurado contra los Jesuitas; así es «que, hasta la última sesion, se les vió en extremo complacientes sobre todos «los puntos secundarios, concediendo á los Obispos mas de lo que se les pedia, «y dando á manos llenas, á fin de mejorar el régimen de los pequeños Semi«narios y procurar á los Obispos todos los medios imaginables, para que pu«diesen prescindir de los Jesuitas, cuya expulsion era lo único que se propo«nian lograr.

«Hasta el desenlace creyeron firmemente que ya no habia remedio para los

La relacion de 28 de mayo de 1828 adolecia sin embargo de una gran falta de vigor. La Universidad no cesaba de reclamar contra la admision en los pequeños Seminarios de cierto número de discípulos que no se dedicaban al sacerdocio. Las quejas formuladas por el monopolio universitario fueron atendidas; pero diez y nueve dias despues teniendo el Ministerio en consideracion su compromiso con la Revolucion, publicaba las órdenes del 16 de junio.

La primera de ellas firmada por el conde Portalis, ministro de Justicia, prevenia que desde el 1.° de octubre todas las casas de educacion dirigidas por los Jesuitas quedarian sometidas al régimen de la Universidad, y que nadie podria en lo sucesivo enseñar si no acreditaba por escrito que no pertenecia á ninguna Congregacion que no estuviese en Francia legalmente establecida. Esto equivalia á resucitar los billetes de confesion y las declaraciones de ci-

«Jesuitas. ¡Qué golpe, empero, y qué desengaño debieron sufrir cuando se «presentó arreglado ya este último punto para la firma!

«Pertenece exclusivamente á los Obispos hacer dirigir sus pequeños Semi-«narios por los sacerdotes que crean de suficiente capacidad para ello; cuali-«dad que nadie mejor que ellos puede regular y determinar con mas certeza y «confianza. Los motivos naturales de esta confianza proceden de que los refe-«ridos sacerdotes están sometidos á la jurisdiccion espiritual y á la adminis-«tracion temporal de los Obispos, y de que sean elegidos y revocados á su vo-«luntad, etc.

«La cualidad de que vivan los sacerdotes segun la regla de san Ignacio, san «Benito ó san Bernardo, no será un obstáculo para que los Obispos dejen de «ser elegidos bajo su responsabilidad, para enseñar y ser empleados en sus pe-«queños Seminarios, y desempeñar en ellos los cargos por que les crean nece-«sarios.»

«Hé aquí el sentido exacto y cási los mismos términos de la decision que fue «adoptada con la esperanza de que quedaria al abrigo de todo ataque, así en «las Cámaras legislativas, como ante todos los tribunales y los Consejos de Es-«tado en que fuese examinada.

«Si la Comision reconoció algunos otros puntos, fundados en derecho y ra-«zon, no fueron de los que por su naturaleza pudiesen forzar la conciencia y «turbar el reposo de los Jesuitas.

«Pusiéronse furiosos los disidentes al saber la decision que iba á presentarse «á la firma, terminando la Comision sus sesiones en medio de las amenazas y «protestas de la minoría, tanto mas exasperada, cuanto mas segura estaba de «su triunfo.

«Monseñor el Arzobispo sabia ya de antemano el resultado de la decision. «Mr. de Courville se inmortalizó en ella por su rectitud y desinterés; mas tarde «recogerá el fruto de su conducta y de su valor. De este modo habló monseñor «el Arzobispo.»

vismo, hacer como obligatoria la hipocresía y matar la libertad de conciencia. El *Globo* en un artículo firmado por Mr. Dubois, diputado que fue despues del Loira Inferior, y miembro del Consejo de la Universidad, sentaba, dos dias antes de la publicacion de aquellos decretos, los incontestables principios siguientes:

«En cuanto á los Jesuitas considerados como indivíduos, así se «expresa el periódico redactado por los Sres. Duchâtel, Guizot, de «Rémusat y Cousin, lo hemos probado mil veces, y no nos lo refutan «ya, que son libres de su creencia, sin que pueda alcanzarles nin-«gun poder humano. Considerados los Jesuitas como Congregacion «religiosa, son libres tambien, con tal que no reclamen los bene-«ficios de las corporaciones, los cuales no pueden concederse sino en «virtud de la ley. Considerados como profesores de malas doctrinas y «afiliados á un soberano extranjero, es preciso para poder per-«seguírseles que sean sus delitos recientes y no antiguos; debién-«dose además proceder á un informe ó nuevo proceso en el que sea ad-«ministrada la prueba de los delitos y emplazados los sujetos que los «hubiesen cometido, etc. Todos los decretos parlamentarios están «por demás sobre este punto; no hay identidad de personas, y la «identidad de las doctrinas es innegable: es por lo tanto preciso exa-«minar las doctrinas, y con tal que no haya en ellas una tendencia «directa á la rebelion, á la destruccion del órden establecido ó aten-«tatoria á las costumbres, no podrán las doctrinas de los Jesuitas «ser condenadas mas de lo que lo son los sistemas de Helvecio y «de Espinosa, de Cabanis y de los fisiologistas modernos, las del «sociniano y del deista puro.»

Denegándose el Obispo de Hermópolis á asociarse á las medidas que el Ministerio se proponia adoptar, hizo dimision de su alto empleo [1], eligiéndosele por sucesor en los asuntos eclesiásticos á un

[1] El venerable Obispo de Hermópolis en las notas manuscritas que se publicaron despues de su muerte, da cuenta de sus entrevistas con el rey Cárlos X sobre este grave asunto. Veíase el Monarca dominado por su Ministerio. Mr. Frayssinous, que conocia como prelado toda la extension de sus deberes, retrocedió ante las exigencias de aquella posicion delicada, y hablando al Rey sobre el espíritu de las Reales disposiciones de 16 de junio, las caracterizó de este modo: «Señor, diríase que los Ministros se hallaban en un verdadero es-«tado de opresion cuando, sin reflexionarlo siquiera, han firmado el decreto «de Portalis, y que ha sido arrancada su firma á viva fuerza: parece tambien «que haya sido concebido aquel decreto en un momento de desconfianza y de «odio contra el Episcopado y la religion católica, puesto que en cada una de

hombre virtuoso, pero de una benevolencia tal, que rayaba en abandono de los derechos del Episcopado. El abate Feutrier, obispo de Beauvais, habia tenido íntimas relaciones con los Jesuitas; por lo que les llamó á su diócesis, en la cual operaron los hijos de san Ignacio tan inmensos bienes que no pudo menos el Prelado de manifestarles por ello su mas vivo reconocimiento. No obstante aceptó mas tarde la sucesion de Frayssinous, y al evocar en su alma los temores manifestados por sus predecesores dispúsose á dar al liberalismo una prueba de su reconocida ambicion [1]. Encargóse Mr. Portalis de sacrificar á los Jesuitas; y Mr. Feutrier inmoló por su parte la enseñanza clerical, declarando que debia limitarse en cada diócesis el número de escuelas, que el de los alumnos no podria pa-

«sus disposiciones es duro, humillante y lleno en su conjunto de precauciones «y trabas contra los Obispos... Lo confieso, por nada en el mundo hubiera «querido firmar semejante órden, por el temor de perder mi opinion para siem- «pre en concepto del Clero y de la gente de bien.»

Despues de haber sostenido que tenian los Jesuitas derecho de vivir en Francia y de observar la regla de san Ignacio, añadia el elocuente gran Maestre de la Universidad: «Señor, son franceses como yo; son sacerdotes intachables «que educan la juventud brillantemente, como lo atestigua esa infinidad de pa- «dres de familia que de todos los puntos de Francia les ha confiado sus hijos «hace catorce años. ¿Cuáles son los encarnizados enemigos de los Jesuitas? «Solo los Protestantes, los Jansenistas, los impíos, los revolucionarios; y, en «una palabra, todos los enemigos de la religion católica y de los Borbones. «Será un gran triunfo para estos últimos en particular el dia que hayan logra- «do su objeto de destruir á los Jesuitas.»

[1] Si debemos atenernos á la relacion de Frayssinous, su sucesor el Obispo de Beauvais debió de luchar por mucho tiempo con su conciencia antes de aceptar la responsabilidad del decreto de 16 de junio. «El Obispo de Beauvais, «refiere el antiguo Ministro, se horrorizó ante el peligro de arrostrar un ana- «tema universal, fue presa de crueles perplejidades fundadas, no en el temor «de ofender á Dios al refrendar el decreto, sino por la certeza en que estaba de «deshonrarse á los ojos del Clero, de las gentes honradas, de los numerosos «amigos de los Jesuitas, y por no hallarse ya despues en el caso de no poder «ser útil al Rey ni á la Iglesia. Por lo tanto, tomó denodadamente el partido de «explicarse con claridad ante el Rey en pleno consejo, denegándose luego á «acceder á lo que se le exigia, hecho lo cual presentó su dimision.» Ese leal escrúpulo debe ser considerado como uno de los mas nobles rasgos de la vida de Feutrier. Rehusó acceder á la proscripcion de los Jesuitas; por lo que vino Portalis en su auxilio, y se ofreció á asumirse la responsabilidad que tanto alarmaba la conciencia de dos obispos. Habia tan solo un decreto, y entonces se expidió otro, y por aquel subterfugio se aludió al Obispo de Beauvais.

Tal es la relacion con que pretende Mr. Frayssinous atenuar las faltas de Mr. Feurtrier, á pesar de cuyo empeño no puede borrarlas de la historia.

sar nunca de veinte mil, que ningun externo seria admitido en ellas, y que al cabo de dos años estarian obligados todos los discípulos á vestir el hábito sacerdotal. Otras precauciones tan impolíticas en la forma como ilegales en el fondo fueron adoptadas en el mismo decreto. En su virtud fue un obispo el ejecutor del Episcopado, y por una farsa de que no comprendió por entonces toda la gravedad, en cambio de la libertad que las leyes concedian, prometio arrancar á las Cámaras una pension anual de un millon y doscientos mil francos para atender á las necesidades de la educacion tan injustamente reprimida.

El estupor de los Católicos igualó apenas, á la lectura de aquellos decretos, al gozo de los constitucionales; unos se estremecian de horror, al paso que prorumpian otros en transportes de alegría. Todos creian igualmente que la Religion y la monarquía no podrian resistir el rudo golpe con que se las heria. Repetian los Católicos con entusiasmo las palabras que Mr. Tanneguy Duchâtel escribió en el *Globo* correspondiente al 17 de mayo de 1828: este escritor, que no pensaba aun en aquella época que pudiese llegar un dia á ser ministro, se presentaba como defensor de la libertad de enseñanza, diciendo:

«El principio fundamental de los gobiernos representativos, tales «como el que rige hoy nuestros destinos, es la libertad del pensa-«miento y la de todos los medios de su publicacion: libre es la pre-«dicacion religiosa; ninguna autoridad encadena la ciencia; la dis-«cusion política no reconoce otros límites que los impuestos por la «necesidad de respetar los derechos de los ciudadanos, el sosten y «la tranquilidad del Estado. ¿Por qué, pues, mientras reina la mas «ámplia libertad en todos los ramos, se pretende esclavizar la en-«señanza?

«Suprimid la libertad de enseñar y confiad la instruccion á los «cuidados del Gobierno, y no tardaréis en ver los resultados de se-«mejante organizacion. Por una parte veréis á los maestros sin emu-«lacion ni deseo de perfeccionamiento, porque como no habrá com-«petencia, solo dependerá su suerte de la aprobacion de sus supe-«riores, la cual se decidirá en las oficinas; y todo el mundo sabe «hasta qué punto es el espíritu de estas favorable á las mejoras. En «cuanto á los mismos superiores y á los funcionarios encargados de «dirigir la enseñanza, ¿se creerá tal vez, por mas ilustrados que se

«les suponga, que su vigilancia ofrezca tantas garantías como la «autoridad de los padres?

«Conferid al Gobierno el monopolio de la enseñanza, y solo lo«graréis dar á una parte de la sociedad el derecho de hacer triunfar «sus opiniones por medio de la fuerza, y de oprimir las opiniones «contrarias; expondréis la instruccion á todos los azares de las vici«situdes políticas: su suerte, que no deberia depender mas que de «los progresos de la sociedad, cambiará á cada instante con las ma«yorías y los Ministerios.

«Solo dando libertad á la enseñanza podrá lograrse restituirle la «vida y levantarla de la postracion en que la tiene la esclavitud.»

Tal era el principio de la libre competencia de la consagracion de los derechos de la familia conservados junto á los del Estado: esto era tambien lo que los Católicos y los Jesuitas juntamente habian reclamado. Pero triunfante el liberalismo solo procuró darles cadenas en cambio de esa libertad tan elocuentemente defendida por Mr. Duchâtel. Nadie ignoraba la oposicion del Rey; así es que los hombres monárquicos vituperaban en alta voz al Ministerio, mientras que los liberales, por el contrario, le incitaban á que continuara en su funesta senda, bien que los mas prudentes de este partido deseaban que se contentaran sus partidarios con aquel primer triunfo; los exaltados, por el contario, aspiraban á sacar lo mas pronto posible todo el partido de su victoria. Importaba para ello en gran manera aterrorizar á Cárlos X, y hacer ver á la Francia cuáles eran los peligros con que amenazaban los Jesuitas su honor y su reposo.

En 21 de junio de 1828 exclamaba en las Cortes Labbey de Pompières: «Algunos religiosos, á quienes designan las leyes del «reino como enemigos del Estado, han sido llamados en secreto, in«troducidos en todas las carreras y encumbrados á los mas altos «empleos, no por su mérito sino por su carácter. Dirigen ya todos «los ramos, están colocados al frente de la instruccion pública; re«construyen sus monasterios, llenan todo el país de seminarios y «conventos, y autorizan por último diferentes Congregaciones para «aplastarnos de nuevo con el yugo de Roma.» En presencia de los acontecimientos, era aquella audacia una vana necedad; y sin embargo la Revolucion la acogió como una demostracion de intrepidez y de ardiente celo. Acababa el Ministerio de aplastar á los Jesuitas bajo el peso de sus decretos, y no obstante el liberalismo, insaciable

siempre de proscripciones, acusaba aun cinco dias despues á los hijos de Loyola de que eran dueños absolutos del Gobierno. No participaban de iguales temores los Obispos de Francia; heridos en lo mas vivo de sus funciones pastorales, comprendian que la libertad de enseñanza no seria para ellos en lo sucesivo sino una palabra hueca y sin sentido, por lo que se decidieron á protestar enérgicamente. En virtud de una órden de 21 de abril de 1828, les arrancó Mr. de Vatimesnil, ministro de Instruccion pública, el derecho de vigilar las escuelas primarias, á pesar de haberles sido este derecho conferido por un decreto de 8 de abril de 1824.

En presencia de hombres que solo eran fuertes para el mal y que no tenian energía sino para postrarse ante la idea revolucionaria, preciso era hacer frente á la tempestad ó dejarse arrastrar por ella. Se acusaba al Clero por su influencia en la administracion y por su actitud noble y decidida, por no querer contemporizar con el espíritu del siglo y por no procurar por todos los medios satisfacer sus ambiciosas miras: hé aquí por qué se quejaban unos de su intolerancia, y por qué les echaban otros en cara sus pretensiones retrógradas. Tambien una fraccion del partido realista se unia al *Constitucional* para propalar semejantes acusaciones. Imputábanse á las exigencias del Clero medidas que solo la política habia dictado, por lo que se le trataba de altivo y turbulento; y hasta se le despojaba de sus bienes proclamando á voz en grito su ambicion y sórdida avaricia. Acusábasele asimismo de ser cortesano, y á fin de mejor perderle, echaron mano los liberales de adulaciones y alabanzas, para adormecer en su falaz arrullo á los monárquicos. Los Obispos, no obstante, que conocieron todo el peso de la alta mision que debian cumplir, dirigieron á sus colegas la circular siguiente:

«Los Arzobispos y Obispos que se hallan actualmente en París «han empleado todos los medios que estaban á su alcance para evitar «los males que resultan de los decretos de 16 de junio de 1828. «Despues que se hubieron dado estos decretos, se reunieron muchas «veces los infrascritos á fin de concertar la resolucion que deberian «tomar relativamente al concurso que sin duda les seria pedido. Y «despues de haberlo examinado detenidamente, piensan que lo mas «importante para la Religion en estas circunstancias difíciles, es «que la conducta del Episcopado sea uniforme y encerrada en los «justos límites de la fuerza y la dulzura. Su dolor es inmenso y «profundo, y no dudan que esta será tambien unánime en todo el

«Clero, del que no titubearian en hacerse intérpretes si solo se tra-
«tara de expresar su justo dolor; antes empero desean saber cuál es
«la opinion de los Obispos de Francia, y cuál será su determinacion
«positiva con respecto á la adhesion al espíritu de los referidos de-
«cretos, esto es, si consienten en acceder á su ejecucion. ¿Debe aca-
«so guardarse un silencio absoluto sobre este punto, permanecer
«en una inaccion completa, negarse á toda especie de cooperacion,
«dejar sin contestar todas las instancias, á no ser que sea acusando
«su recepcion, y exponerse por este medio á sufrir todas las conse-
«cuencias de semejante inercia? Los Obispos que se hallan en Pa-
«rís piensan unánimemente que tal es la conducta que se debe se-
«guir. Si esta medida fuese generalmente adoptada, se daria cono-
«cimiento de ella al Sumo Pontífice en nombre de los Obispos, ex-
«poniéndole contradictoriamente los motivos de su resolucion, su-
«plicándole se dignara, despues de haber pesado las ventajas y los
«inconvenientes, confirmar á los Obispos con su voto en su determi-
«nacion, ó dirigirles por medio de sus sábios consejos y autoridad en
«una causa que tan vivamente interesa á la Religion y á la disci-
«plina de la Iglesia.

«El medio que hay mas seguro y mas fácil para saber la opinion
«de todos, es el de suplicar á los ilustrísimos metropolitanos que
«se sirvan pedir á sus comprovinciales cuál es su opinion sobre esta
«medida, y luego remitir á un centro comun los resultados parcia-
«les de aquella consulta. Despues de haberse hecho el escrutinio
«general, se empleará el mismo medio para participar á los Obis-
«pos el resultado definitivo que fijará la marcha que se debe seguir;
«y mientras se aguarda este resultado, que se espera obtener antes
«de espirar el plazo prefijado por los decretos, deberá tenerse en
«cuenta cuán indispensable y necesario es limitarse á acusar simples
«recibos de todas las cartas que fueren dirigidas relativamente á los
«referidos decretos.»

Desde la Constitucion civil del Clero y del Concilio nacional, que intentó el Emperador reunir en París para procurarse armas contra la Santa Sede, nunca se vió el Episcopado francés en una posicion tan crítica. La causa de los Jesuitas se complicaba cada vez mas con la cuestion de enseñanza: el Ministerio habia sabido con una pérfida astucia combinar de tal modo sus dos disposiciones, que reducia á los Obispos al silencio, ó les hacia impopulares á los ojos del liberalismo obligándoles á aceptar la defensa comun del Instituto de san

Ignacio y de la libertad. No se ocultó á los Obispos el lazo que se les tendia; pero como los Jesuitas, auxiliares del Clero, no eran mas culpables que ellos en materia alguna, no retrocedieron los Prelados ante el peligro que les amenazaba, porque ademas de cumplir con sus deberes de conciencia debian satisfacer la opinion pública, la cual en un reino cristianísimo sabe sobreponerse siempre á los acontecimientos. Frente á frente se hallaban los dos extremos, luego era preciso regular el movimiento católico, ó exponerse á verse arrastrado por él: acusaban los liberales al Clero de ambicioso, y reprobaban al Episcopado el que tomase parte en una cuestion de policía administrativa que no era de su incumbencia bajo ningun concepto; y por una consecuencia inevitable en semejantes conflictos, veíase por otra parte á los Obispos apremiados por los católicos exaltados. Vituperábase su prudencia, y hasta el abate de Lamennais, á la sazon en Turin, veia ya nacer un cisma de aquella inercia pastoral, por lo que escribia al P. Manera: «Acabo de recibir cartas «de Francia las cuales nada contienen de consolador; parece que la «mayor parte de los obispos reunidos en París demuestran una gran «debilidad, que si bien no me admira por haberla ya previsto, no «deja sin embargo de contristar. Mr. Frayssinous es el que decidió «al Rey á firmar los dos decretos. Rogad por nuestra pobre Iglesia «tan próximamente amenazada de un cisma; fortuna, segun creo, «que puede contarse con la mayoría del Clero.»

No asistia ya el nuncio Lambruschini á las reuniones episcopales, pero no por ello dejaba de confiar Cárlos X en su moderacion, consultándole siempre y tomándole por mediador entre las exigencias gubernamentales y los quebrantos del Episcopado, por lo que fue Lambruschini secretamente llamado al palacio de Saint-Cloud, donde le afirmó el Rey que sus ministros arreglarian las cosas de modo que no fuesen menoscabados los derechos de la Iglesia, y le encargó hiciera conocer al Papa sus sentimientos sobre este particular; asimismo manifestó al Nuncio apostólico los temores que experimentaba al ver á los Obispos comprometerse en una circunstancia tan delicada. La situacion de Lambruschini era sumamente difícil; participaba de la opinion del Episcopado respecto de los decretos, al paso que sabia que Leon XII y su secretario de Estado, el cardenal Bernetti, les eran abiertamente hostiles; sin embargo no podia decidirse á abandonar á aquel buen Príncipe á las angustias de su conciencia. Por una rara coincidencia, pedia el Rey de Francia

á un enviado de la Santa Sede que calmara la exaltacion del Clero galicano, y el Nuncio apostólico, con aquella finura propia de la diplomacia italiana que tiene el arte de encubrir bajo palabras dulces y benévolas las verdades mas amargas, hizo conocer á Cárlos X que el ministerio Martignac-Portalis le conducian á un insondable abismo. Le demostró asimismo la injusticia de los ataques dirigidos contra los Jesuitas y el Clero; le probó que las concesiones hechas no eran mas que el preludio de concesiones mas importantes aun; pero cuando el Rey le interrogó sobre la posibilidad de retirar sus decretos, por mas que deplorara Lambruschini sus consecuencias, no creyó deber dar á Cárlos X semejante consejo. Esto habria sido dar á la faccion liberal un nuevo pretexto para acusar de mala fe la palabra del Soberano. Limitóse, pues, Lambruschini á aconsejarle que demostrara á sus Ministros el deseo que le animaba de no hacer ejecutar rigurosamente el espíritu de aquellos decretos, y á los Obispos la esperanza que abrigaba de verles confiar en su real palabra.

Hé aquí las dos acciones opuestas que se disputaban el ánimo de Cárlos X. Por una parte el Nuncio, compadecido de la ansiedad del rey Cristianísimo, anteponiendo á los intereses de amor propio y de partido los intereses eternos de la Iglesia, pensaba que era indispensable esperar; y por otra los Obispos, atacados en su independencia y garantías, solo aspiraban á romper las cadenas con que les sujetaba la incredulidad. Hé aquí designado el carácter de entrambas naciones. Lambruschini se interesaba en nombre de Roma á fin de que se tuvieran todos los miramientos posibles; al paso que los Prelados franceses se exaltaban á la sola idea de una transaccion con su derecho. El cardenal de Clermont-Tonnerre, el Arzobispo de París, y los Obispos de Chartres y Nancy fueron los que en un principio sostuvieron con mas vigor la causa del Episcopado y de los Jesuitas. Gaston de Pins, arzobispo de Amasia y regente de la diócesis de Lyon, manifestó sus sentimientos con una carta admirablemente motivada, en la que juzgaba con toda la severidad episcopal la órden de Feutrier; y luego comentando la que dió el conde Portalis, decia:

«La exigencia de esta y la pena impuesta al que deja de cum-
«plirla dan al poder civil un desenvolvimiento de accion que pre-
«senta tres invasiones distintas sobre los imprescriptibles derechos
«de la Iglesia de Jesucristo: tales son; 1.° la de quitar á los Obis-

«pos los establecimientos eclesiásticos que dirigian con justo título,
«para someterlos al régimen de la Universidad; 2.° la de declarar
«inhábiles para la enseñanza de los pequeños Seminarios á los maes-
«tros investidos de la mision episcopal, mision divina de la cual solo
«pueden los santos cánones relevarles; 3.° la de prohibir los votos
«religiosos, anatematizando las instituciones eclesiásticas, por exi-
«girse por escrito á los que intenten hacerlos que no pertenecen á
«ninguna Congregacion religiosa.

«Estas tres invasiones del poder civil son de todo punto intolera-
«bles; cuando así se despoja al Episcopado de la enseñanza de esos
«establecimientos eclesiásticos que le pertenecen por el hecho de su
«mision apostólica; cuando en la persona de los profesores que ex-
«cluye de la enseñanza en los Seminarios proscribe los sagrados la-
«zos por los cuales un cristiano se consagra á Dios por los votos de
«religion, segun la regla de los Institutos aprobados por la Iglesia
«universal; y cuando así se traspasan los límites del dominio de la
«conciencia para arrancar por medio de una investigacion sacrílega
«concesiones que únicamente deben hacerse á Dios. No podemos
«menos de protestar contra semejante doctrina por ser falsa, peli-
«grosa, atentatoria al derecho divino, subversiva de los derechos
«sagrados del Episcopado y de las santas leyes de la Iglesia, y por
«renovar con sus tendencias los errores de los sectarios de los últi-
«mos tiempos que el Espíritu Santo anatematizó en una infinidad de
«concilios.

«Aceptar despues de la declaracion exigida por aquel decreto las
«cátedras ó direccion de la enseñanza religiosa en los pequeños Se-
«minarios seria reconocer en cierto modo en el poder civil como
«*justo y legítimo* el ejercicio de un derecho evidentemente sacrílego,
«y como verdadera y conforme á Dios la doctrina que impondria una
«pena legal al que se afiliara á toda Congregacion que exigiera votos
«religiosos.»

Sin embargo la respuesta de todos los Obispos fué llegando á París siendo unánime, salvo raras excepciones. Los Prelados de Burdeos, Alby, Arras, Troyes, Poitiers, Tarbes, Vannes y Dijon eran los únicos que se inclinaban mas ó menos á aceptar los decretos. Remitióse el 2 de agosto una segunda carta á todos los Obispos por sus colegas reunidos en París que estaba concebida en estos términos:

«El resultado de las contestaciones dadas á la nota enviada con-

«fidencialmente á los ilustrísimos Metropolitanos y por estos á sus «comprovinciales, ofreció primeramente una perfecta unanimidad, «en vista de la cual se dirigieron al Rey respetuosas observaciones «sobre aquellos dos trascendentales decretos; luego despues se ha «decidido por la inmensa mayoría de los Obispos, que no debia «cooperarse de un modo activo al cumplimiento de aquellos. Diez ó «doce obispos solamente se han separado de la opinion general so«bre la conducta que deberia seguirse en el caso de que fuesen lle«vadas las cosas hasta el último extremo, y aun de ese pequeño nú«mero hay muchos que anuncian seguir en un todo la opinion de «la mayoría.

«En consecuencia, los Cardenales, Arzobispos y Obispos que se «hallan actualmente en París quedan autorizados por todo el Epis«copado para presentar una memoria al Rey; la cual redactada por «uno de ellos y revisada por una comision, ha sido unánimemente «aprobada en todos sus puntos y adoptada en una reunion general «que al efecto se celebró. La Memoria firmada por S. E. monseñor «el Cardenal de Clermont-Tonnerre, decano de los Obispos, en «nombre del Episcopado francés, fue presentada á S. M. á 1.° de «agosto; imprimiéndose desde luego para su mas pronta expedi«cion, Dos ejemplares de ella serán incesantemente remitidos á cada «uno de los Obispos, á los cuales se encarga envien de nuevo uno de «esos ejemplares debidamente firmados en señal de su adhesion al «centro comun.

«Se encarga tambien á los Metropolitanos que participen esta «disposicion á sus comprovinciales. El Soberano Pontífice está ya «informado de la conducta observada hasta aquí por los Obispos; y «se aguardan de un momento á otro las órdenes y consejos que se «le han pedido para lo sucesivo. Créese prudente no publicar esta «Memoria, á lo menos por el presente, á fin de no exponer su re«sultado.»

La Memoria de que se trata fue presentada al Rey á 1.° de agosto: llena de fuerza y de dignidad en su espíritu, ofrecia no obstante algunas perplejidades en su relacion, y algunas de esas expresiones improcedentes que comprometen la mejor causa dándole cierto carácter de timidez; todas esas faltas, empero, desaparecian por completo en el párrafo en que dirigia el Episcopado al Rey estas magníficas palabras:

«Señor, apoyados los Obispos en los motivos que tienen el honor

«de exponer á V. M. para justificar una conducta que tal vez se «procurará presentaros como una rebeldía contra vuestra autoridad, «podrian invocar esa libertad civil y esa tolerancia religiosa consa-«gradas por las instituciones de que somos deudores á vuestro au-«gusto hermano, y que V. M. juró tambien sostener; pero no quie-«ren entrar en una cuestion de derecho público, cuyas máximas y «consecuencias no están todavía asaz deslindadas, y sobre la cual «están divididos los mas claros ingenios, por evitar una discusion «que podria extenderse ó reducirse, segun los tiempos y los siste-«mas siempre vacilantes y variables.

«Han examinado en el retiro del santuario, en presencia del so-«berano Juez con la prudencia y sencillez que les recomendó su di-«vino Maestro, lo que debian al César y lo que debian á Dios, y «su conciencia les ha dictado que era mejor obedecer á Dios que á «los hombres, sobre todo cuando esta obediencia que deben prime-«ramente á Dios era incompatible con la que trataban los hombres «de exigirles. No se resisten ni profieren tumultuosamente palabras «atrevidas ni se expresan los infrascritos por medio de imperiosas «voluntades; solo se limitan á decir con respeto como los Apóstoles, «*non possumus*, no lo podemos, y á suplicar á V. M. se sirva hacer «cesar una imposibilidad tan dolorosa para el corazon de un súbdito «fiel á un Rey tan tiernamente amado.» Terminaban los Obispos declarando que permanecian pacíficos espectadores de la ejecucion de aquellos decretos. Bajo el punto de vista religioso era sin contradiccion lo que debian hacer; pero bajo el punto de vista político, era aquella inaccion una falta, de la que supo aprovecharse el Ministerio. El Nuncio apostólico, que no habia tomado parte alguna en las conferencias, temió con fundado motivo la publicacion de aquella Memoria. Pero como el cardenal de Latil le aseguró que permaneceria secreta entre la Santa Sede, el Trono y los Obispos, contaba Lambruschini en la palabra de Cárlos X, y temiendo tan solo que aquel escrito exasperara mas los ánimos, exigió que no fuera reproducida por ningun periódico [1]. En 11 de agosto por una indis-

[1] Leemos en los documentos manuscritos que tenemos á la vista la siguiente nota de la Comision central de los Obispos, remitida desde París el 9 de agosto: «Se apresuran los Obispos á adherirse á la Memoria, á pesar de que no han «llegado aun todas sus contestaciones al centro comun, el cual tan pronto co-«mo esto acabe de verificarse dará una nota de su resultado. Tiene la presente «por objeto renovar á los Obispos la recomendacion expresa del silencio sobre

crecion culpable, insertó la *Gaceta de Francia* algunos detalles de aquella Memoria, y el 14, ó sea tres dias despues, la publicó por entero; algunas semanas mas tarde fue ya reproducida por todos los periódicos de Europa; aquella publicidad contribuyó como era de esperar á la exaltacion de los partidos. Los Sres. Portalis, Feutrier y Vatimesnil se dirigieron al punto á sus subordinados encargándoles la mas activa cooperacion; y el abate de La Chapelle, director de los asuntos eclesiásticos, se creyó autorizado para dar al Episcopado y á los publicistas una leccion de obediencia: hé aquí lo que escribió con este motivo:

«Como algunos láicos y diferentes periodistas han creido estar «autorizados para erigirse en doctores de la Iglesia y discutir el po«der de la jurisdiccion divina del Episcopado, he creido tambien yo «de mi deber dirigirles, así como á todos los Emos. é Ilmos. seño«res Arzobispos y Obispos, algunas reflexiones relativas al decreto «de 16 de junio sobre las escuelas secundarias eclesiásticas... No «puedo menos de temer los peligros que deben originarse de una «resistencia aunque pasiva, así como de los males harto crueles que «pueden producir temores imaginarios: en todos tiempos se distin«guió el Clero de Francia por su circunspeccion en todas sus rela«ciones con la autoridad Real. Sus respetuosas quejas no desmin«tieron nunca su sumision cuando la fe, el dogma y la disciplina «general de la Iglesia no se vieron evidentemente atacados. En una «circunstancia muy parecida á las circunstancias presentes, en 1762, «cuando los Jesuitas fueron expulsados de Francia, demostró el Cle«ro cuánto sentia la falta de una Congregacion que juzgaba ser tan «útil á la Religion y al Estado; pero léjos de paralizar con una re«sistencia pasiva ó falta de cooperacion las medidas que el Gobier«no adoptó para reorganizar los Colegios, contribuyó con todo su «poder á llevarlas á cabo. Lo que creyó entonces poder hacer el «Clero de Francia, ¿por qué no hacerlo hoy dia, cooperando al «cumplimiento de los presentes decretos á fin de calmar la eferves«cencia que excitan imprudentes periodistas?»

«aquella Memoria. Se prometió verbalmente y de un modo positivo que se alla«narian todas las dificultades que resultaban de la ejecucion de aquellos decre«tos; apetecido resultado que se hace depender del secreto en que debe perma«necer la Memoria, asegurándose al propio tiempo que cualquiera indispo«sicion podria desvanecer las esperanzas que se fundan en un ventajoso ar«reglo.»

Un silencio digno fue la única contestacion que dieron el mayor número de los Obispos; algunos, sin embargo, hicieron comprender al abate de La Chapelle que ninguna necesidad tenia el Episcopado de sus observaciones; hé aquí lo que con este mismo motivo le escribió á 16 de agosto el Arzobispo de Amasia: «Señor Abate, «en verdad no puedo explicarme la irregularidad de vuestra con«ducta. Mucha ha sido vuestra empresa, cuando no podeis ignorar «que los Arzobispos y Obispos cási unánimemente han pronunciado «su opinion sobre aquellos decretos, que su Memoria ha sido pre«sentada al Rey y enviada al Jefe de la Iglesia, que estamos aguar«dando sobre este punto la decision pontificia; y vos, sin embargo, «os habeis atrevido á anticipar esa decision por medio de una cir«cular dirigida al Episcopado, oponiéndoos á los principios mani«festados por la inmensa mayoría de los Arzobispos y Obispos del «reino.

«Os habeis admirado del asombro general de los láicos y perio«distas adictos á la causa de la Religion y del Rey que con un grito «unánime han proclamado las nuevas invasiones que amenazan al «altar y al trono en virtud de los decretos de 16 de junio y de 21 «de ábril. San Hilario os habria contestado: ¡Qué tiempos los nues«tros! *sanctiores aures plebis quam corda Sacerdotum.*

«Confio, señor Abate, que mi franqueza no os desagradará; al «contrario, os creo capaz de oir la verdad y de someteros á ella.»

Sucedíanse los acontecimientos cási tan rápidamente como las circulares administrativas: el Clero se sentia herido en el corazon por la dispersion de los Jesuitas y por la desconfianza de que era objeto por parte de un ministro de Cárlos X. Roma no se habia declarado aun, á pesar de que tanto el Episcopado como el Gobierno tenian fijos sus ojos en la Santa Sede. Veíase Lambruschini asediado por ambas partes; pero el Clero de Francia, como en todas las circunstancias difíciles, buscaba en Roma un auxilio en sus quebrantos.

«Acabo de recibir de París la noticia, escribia Soyer, obispo de «Luçon, al Obispo de Nancy, que el respetable Nuncio de Su Santi«dad cerca la corte de Francia habia contado ya con el paso que «acaba de darse cerca del Rey por los Obispos de su reino, el cual «ha consolado su corazon traspasado de dolor en vista de lo que está «pasando y del oscuro porvenir que nos amenaza. Añádase que el

«Soberano Pontífice estará tambien sin duda plenamente satifecho, «y que su corazon paternal debe haber experimentado un dulce y «profundo gozo al leer en la *Memoria* las consoladoras palabras con «que los Prelados de su Iglesia querida demuestran su respeto y su- «mision hácia su divina autoridad. ¡Ah! mi querido Señor, entre- «mos cada vez mas, si es posible, en el interior de la barca de Pe- «dro, y jamás naufragarémos.»

Llegaba, sin embargo, la agitacion á su colmo, por lo que se cre- yó necesaria la intervencion del Soberano Pontífice para apaciguarla. Mr. Lasagny, consejero del tribunal de Casacion, fue enviado á Roma, aunque sin carácter oficial, con la mision de hacer secreta- mente conocer al Papa el verdadero estado de las cosas, y obtener de Su Santidad la promesa de que no se fulminaria, á instancias de los Obispos, por la Santa Sede ninguna censura que pudiese atizar mas el fuego de la discordia. La eleccion de Mr. Lasagny era una garantía para ambos partidos. Leon XII, á cuya infalible autoridad habian apelado el Rey y los Obispos en aquellas circunstancias, de- bia antes oir la voz de su Nuncio en Paris: hé aquí el despacho que en 15 de setiembre dirigió Lambruschini al cardenal Bernetti:

«Aunque hasta el presente me haya limitado á informar á «V. Ema. como era de mi deber, de la conducta observada por «los Obispos respecto de los decretos y de la impresion que aquella «produjo en el ánimo del Rey y en el de su Gobierno; no obstante «despues de las observaciones hechas en mis anteriores despachos, «V. Ema. habrá podido observar cuáles eran mi opinion y mis «sentimientos respecto de esos tristes acontecimientos. Desde que «tuvieron lugar he procurado estudiarlos á fondo, y despues de ha- «ber hecho con calma y madurez las convenientes observaciones so- «bre los dos decretos desgraciadamente publicados por el Rey, no «he podido menos de afligirme por tan deplorables actos; sin em- «bargo no he tenido ni tengo el valor suficiente para aconsejar á la «Santa Sede que se decida abiertamente en este negocio. Me parece «no haber llegado todavía el momento en que debe nuestro Santo «Padre hacer oir su voz augusta. En todo caso, á fin de decidir con «toda madurez y prudencia el partido que se debe tomar, será ente- «ramente indispensable tener á la vista todos los informes relativos al «derecho y al hecho, á fin de poder apreciar debidamente la pre- «sente controversia; controversia que por las consecuencias que pue-

«de originar es tan delicada como grave. Así pues, voy á exponer «libremente esas consecuencias, á fin de que V. Ema. haga de «ellas el uso que crea necesario.

«En cuanto al derecho que pueda asistir ó dejar de asistir al po«der láico de entrometerse en los pequeños Seminarios, es preciso, «en primer lugar, atender la diferencia que media en esta entre los «*grandes* y los que se llaman *pequeños* Seminarios. En los primeros «solo se enseñan las letras sagradas, mientras que á los segundos «pertenece la enseñanza de lenguas hasta la filosofía inclusive. El «orígen de los primeros fue siempre y es considerado en Francia «aun, á pesar de los decretos, como puramente eclesiástico, y, por «lo mismo, del todo independiente del Gobierno. Por el contrario «los segundos deben su existencia á la autoridad Real, que en di«ferentes épocas decretó ó permitió su establecimiento. Es preciso «observar que eran en tiempo de Luis XIV muy escasos en Francia «esos pequeños seminarios, puesto que por un decreto de aquella «época se ve que aquel Soberano autorizó á los Obispos de su reino «para erigir pequeños seminarios y aplicar á ellos diferentes bene«ficios eclesiásticos de entre los que poseia á la sazon en tan gran «número la Iglesia de Francia. Es asimismo muy cierto que desde «aquel Rey hasta Luis XVIII, que repuso á su familia en pose«sion del trono de Francia, todos los Soberanos intervinieron siem«pre con sus decretos á la ereccion de los pequeños Seminarios. «Los Obispos por su parte, no solo no se oponian nunca á la inter«vencion de la autoridad Real en semejantes casos, sino que, por el «contrario, la invocaban, juzgándola necesaria para conservar la en«señanza de los pequeños Seminarios independiente de la jurisdic«cion de la Universidad. Esta larga posesion en la cual estuvo el «poder civil de intervenir en el establecimiento de los pequeños Se«minarios, y el reconocimiento de los Obispos respecto al derecho «de ese mismo poder, me parecen dignos de mucha atencion.

«Por la primera vez hasta ahora han experimentado los Obispos «la necesidad de reclamar contra el principio admitido hasta aquí «por la autoridad civil con respecto á los pequeños Seminarios, á «saber, que no podian subsistir sin su consentimiento. La reclama«cion es ciertamente justa y está fundada en buenas máximas; pero «desgraciadamente está dominada por una contradiccion manifiesta «que la vicia: en efecto, la doctrina de los Obispos expuesta en su «Memoria, sobre todo en el párrafo que empieza:—*Uno y otro de-*

«*creto*, —hasta estas palabras: —*con alguna precision*, —queda por «lo menos muy debilitada por la exposicion de los derechos que con«ceden al Príncipe en el párrafo que sigue despues del que he in«dicado, el cual empieza por estas palabras: *Que el Príncipe*, —en «el que dicen los Obispos, que al Soberano pertenece el *derecho de «inspeccion y vigilancia necesaria sobre las escuelas eclesiásticas, para «asegurar la tranquilidad pública, impedir las transgresiones de las «leyes y sostener los derechos y el honor de la soberanía.* Me parece «que al admitir esos Prelados semejante principio han perjudicado «su causa de un modo irreparable, puesto que el Rey puede ahora «pulverizar todas sus demostraciones con este sencillo razonamiento: «Admitís que me corresponde velar sobre las escuelas eclesiásticas «para impedir la transgresion de las leyes; así es que, consideran«do el modo con que estaban organizadas las escuelas secundarias «llamadas *pequeños Seminarios*, su organizacion equivalia á una ver«dadera transgresion de las leyes que están en vigor en el reino: «luego he debido reformarlas.

«Ya comprenderá V. Ema., que segun la doctrina establecida por los «Obispos, toda la controversia puede reducirse por parte del poder «civil á una pura cuestion de hecho, esto es, si el modo con que es«tán regulados los pequeños Seminarios es ó no contrario á las leyes. «Por otra parte es notorio que en estas cuestiones de hecho tiene «siempre el soberano todas las ventajas sobre sus súbditos; á mas de «que, ¿cómo es posible proponerse y menos obtener de ellas un sim«ple exámen? La reclamacion de los Obispos habria podido ser mas «enérgica y sus razones mas fundadas si se hubiesen apoyado en el «texto del concilio de Trento. Si antes de presentar su Memoria me «lo hubiesen comunicado, les habria hecho mis observaciones y su«plicado igualmente que no pronunciaran el terrible *non possumus*, á «fin de evitar ponerse en una posicion falsa de la que no habrian po«dido salir despues sin comprometer su honor. Pero la cosa estaba «hecha: esos franceses ¡á quienes Dios bendiga! no son amantes «de la discusion, sino que empiezan por obrar, y luego reflexionan.

«En cuanto á nosotros, es preciso no perder de vista las disposicio«nes de los últimos concordatos que la Santa Sede ha celebrado con la «Francia. V. Ema. sabe que desgraciadamente el Concordato de 1817, «(en el cual nada se estipuló sobre los pequeños Seminarios) no ha «sido sancionado aun por las Cámaras: de modo que el solo Concor«dato de 1801 es el que está en vigor, y la Santa Sede lo tolera. Se-

«gun el artículo 11 de este Concordato no se concede á los Obispos «mas que un solo seminario por cada diócesis, y además exonera al «Gobierno de la carga de toda dotacion. Era cuanto se podia obtener «en tiempo de Napoleon, y aun es extraño que en aquellas circuns- «tancias difíciles se pudiese lograr tanto. Sin embargo, ahora que es- «tamos en tiempo de los Borbones, siguen las cosas del mismo modo, «y ese Concordato es aun hoy dia la única convencion que tenga fuer- «za de ley. Entiéndese esto respectivamente al derecho de que podria «el poder civil prevalerse, y que pretenderia sostener á su favor en «la cuestion presente.

«Por lo que concierne al hecho ó al modo del destino actual de los pe- «queños Seminarios, es innegable que sirven mas bien para la edu- «cacion de los jóvenes seculares, que para los que tienen intencion de «consagrarse al estado eclesiástico. Este sistema de convertir los pe- «queños Seminarios en colegios de educacion tuvo dos objetos al ser «adoptado por los Obispos:

«1.° Para procurar á las familias virtuosas los medios de hacer «educar religiosamente á sus hijos y sustraerles por aquel medio á «la infeccion universitaria, donde se habrian visto obligados á ir á «procurarse la instruccion necesaria;

«2.° Para la ventaja económica de los pequeños Seminarios, «puesto que la pension de los discípulos nobles les procuraba los «medios de conservar á los que eran educados igualmente en ellos «para el santuario. Tal es lo que habria debido conservarse para el «bien de la Religion y de la sociedad.

«Sin embargo, el Ministerio actual es en extremo débil; léjos de «desear el mal, se cree comunmente que está animado de sanas in- «tenciones, y que aprovechará el primer momento que se le presen- «te para modificar el sistema adoptado sobre los pequeños Semina- «rios, y hasta para dejarlo enteramente sin efecto. Es tambien cier- «to que el Rey dijo á monseñor el Arzobispo y á muchos otros Pre- «lados, que si no se hubiese hecho la imprudente publicacion de la «Memoria, habrian sido admitidas las tres súplicas que contiene.

«Por ahora conviene aguardar un poco á fin de ver el partido que «adoptarán los Prelados: yo me inclino á creer que si algunos de «entre ellos perseveran en no querer dar cumplimiento á los decre- «tos, habrá sin embargo otros, que á fin de no perder sus peque- «ños seminarios se adherirán á ellos.

«En tal estado, me parece que el partido mas prudente que debe

«seguir la Santa Sede en las circunstancias presentes, es aguardar «el curso de los acontecimientos y los sucesos ulteriores que pueden «acontecer, con la idea de aprovechar la primera ocasion favorable «para hablar á tiempo y con utilidad.»

Esta carta de Lambruschini que contenia tan ilustrada moderacíon entraba en las miras de Mr. Lasagny enviado cerca la corte de Roma. Desempeñó este magistrado su mision con tan inteligente probidad que mereció los elogios de ambas cortes, lo que es bastante raro en los anales de la diplomacia. El cardenal Bernetti pasó la siguiente nota al conde Portalis, ministro de Negocios extranjeros, á causa de haberse retirado el conde de la Féronnays:

«Su Santidad, confiando por una parte en la alta piedad del hijo «primogénito de la Iglesia, y persuadido por otra de la adhesion sin «reserva de los Obispos de Francia hácia su Soberano, y de su tier«no amor por la paz y por todos los verdaderos intereses de nuestra «santa Religion, no cree que circunstancias desgraciadas puedan «nunca obligarle á romper un silencio tan conforme á los deseos de «S. M. cristianísima. Si aconteciera empero esta desgracia, me atrevo «á afirmar que no se dirigiria seguramente el Santo Padre á perso«na alguna sin haber indicado antes á S. M. la nueva posicion que «le señalaria su deber sagrado, sin que nunca pudiese olvidar lo «que debe al sosten del órden y de la tranquilidad de Francia, así «como á la dignidad del trono de san Luis.»

Todo el mundo conocia la firmeza de Leon XII y del cardenal Bernetti, tan dispuestos ambos como el mismo Lambruschini á no transigir con el error ó la mala fe, pero que siempre estaban prontos, como ha tenido ocasion de manifestarlo tantas veces la Santa Sede, á calmar los ánimos por medio de aquella dulzura y moderacion que ha observado constantemente la corte de Roma. El Episcopado se obligó á correr un velo impenetrable sobre su Memoria dirigida al Rey, mientras que el Papa veia distribuido aquel escrito con la mayor profusion. No tomaba en consideracion la corte pontificia la necesidad que experimentan ciertos pueblos de hacer entrar al universo en sus querellas de familia: las necesidades de un periódico, sus intemperancias de celo, su deseo de parecer mejor informado que sus colegas, la manía constitucional de desvirtuar á la autoridad en provecho de mezquinas pasiones; todo esto, repetimos, lo ignoraba Roma, Roma que es y será la ciudad de la discrecion y de los miramientos. Un gran conflicto estallaba entre el Gobierno y los

Obispos franceses sobre la cuestion de los Jesuitas: el Papa, único juez competente y nombrado por ambos partidos, pensó que la prudente reserva del sucesor de los Apóstoles podria reanudar la buena inteligencia interrumpida entre los Obispos y los Ministros de Francia. La intempestiva publicidad que se dió al Memorandum episcopal hirió profundamente á la corte de Roma; sin embargo no podia, sin olvidar las promesas contraidas, declararse abiertamente en la forma á favor del Ministerio. No se ocultó á Leon XII que iba el poder á aprovecharse de aquella imprudencia, por lo que procuró atenuarla circunscribiéndose á los límites de una nota diplomática.

De ochenta Prelados que habia en Francia en aquella época, setenta de ellos se adhirieron plenamente al espíritu de la Memoria; seis no hicieron conocer sus intenciones, y tres solamente se mostraron dispuestos á cumplimentar los decretos[1]. Vese, pues, por lo tanto que la mayoría era inmensa, por lo que se creian los Obispos fuertes con su unanimidad; temiendo, empero, que se intentase dividirles á fin de disminuir el vigor de su oposicion, permanecian mas unidos que nunca, sin dejar por ello de ser los primeros en condenar la funesta precipitacion de la *Gaceta de Francia*. En medio de estas diferencias llegó á París la nota secreta de Bernetti, la cual fue comunicada desde luego por el Rey al cardenal de Latil; tambien el Ministro la dió á leer al Arzobispo de París y al duque de Rohan, nombrado para el arzobispado de Besanzon. El abate de La Chapelle fue el que presentó aquella nota en Reims; ¿cuáles serian las instrucciones que llevaba? ¿cuáles los consejos que dió? Esto es lo que queda todavía envuelto en las sombras del misterio. Es lo cierto que el Cardenal se apresuró á notificar á sus sufragáneos y á los Metropolitanos del reino el despacho siguiente, fechado á 25 de setiembre de 1828: «Habiéndose dignado el Rey comunicarme la contes«tacion de Roma relativa á los decretos de 16 de junio, é invitán«dome á daros conocimiento de ella; tengo la honra de manifesta«ros que Su Santidad, persuadido de la adhesion sin reserva de los «Obispos de Francia hácia su Soberano, así como de su amor por la «paz y todos los verdaderos intereses de nuestra santa Religion, ha

[1] Por un singular cúmulo de circunstancias recibieron estos tres Prelados de manos del Gobierno de julio la recompensa de su sumision. El Arzobispo de Burdeos y el Obispo de Arras fueron nombrados cardenales de Cheverus y de la Tour-d'Auvergne. Mr. Baillon, antiguo sacerdote jurado y obispo de Dijon, fue trasladado á la silla de Aix.

«hecho contestar que los Obispos deben confiar en la alta piedad y «sabiduría del Rey respecto á la ejecucion de los decretos, y estar «siempre acordes con el Trono.»

Los periódicos habian sido indiscretos; el cardenal de Latil fue tambien inconsiderado al dar á la nota un sentido enteramente opuesto al espíritu de la misma, cuyo acto imprudente, y digno solo de un cortesano, debia herir vivamente á los Obispos. Quejáronse estos de aquella intriga que con razon consideraban como un lazo tendido por la administracion bajo los augustos nombres del Papa y del Soberano. Latil se habia pronunciado como ellos contra los decretos; y no obstante adulteró el texto emanado de la Cancillería romana, nota cuya autenticidad pusieron muchos en duda, por no haber visto de ella mas que un comentario inexacto. Pretendióse que Bernetti y Lambruschini habian cedido con demasiada ligereza á las exigencias del Gobierno; y esto bastó para que los periódicos se cebaran contra ellos, siendo injustos á fuerza de querer defender la justicia. Confundiendo los intereses de partido con la cuestion religiosa, la prensa acriminó con vehemencia [1], porque está en la esen-

[1] Llegaron las cosas á tal punto, que el Nuncio de la Santa Sede, al contestar al Arzobispo de Lyon que le pedia instrucciones, no pudo prescindir de decirle: «Me permito observaros que sé con certitud que monseñor el carde- «nal Bernetti, secretario de Estado de Su Santidad, ha pasado realmente una «nota al señor Ministro de Negocios extranjeros de Francia. Esto es un hecho «cierto; pero debo declararos tambien de un modo positivo que los artículos «que V. S. I. habrá podido leer en algunos periódicos de París, y sobre todo «en la *Quotidienne*, referentes á aquella nota ó carta, sobre la respetabilísima «persona del cardenal Bernetti, así como sobre mi persona, están plagados no «solo de inexactitudes y falsedades, sí que tambien de las mas negras y pérfi- «das calumnias. Monseñor el cardenal Bernetti es el mas honrado personaje «del mundo, y yo por mi parte no he podido menos de estremecerme profun- «damente al ver las detestables alusiones que, con el mayor atrevimiento, se «han hecho á su persona.»

Esta nota del cardenal Lambruschini demuestra claramente cuál fue entonces la hiel de los periódicos. La misma desesperacion se notaba en una carta escrita por el P. Antonio, abad de la Trapa de Meilleraie: este religioso, cuyas virtudes son conocidas de la Francia entera, escribia á un obispo con todo el fuego de sus primeras impresiones; por lo tanto, solo citamos su carta para demostrar hasta qué punto puede la exaltacion hacer injustos aun á los hombres de mas nobles sentimientos. Trátase en ella del Dalmacio de san Jerónimo, cuyo extraño lenguaje nos servirá aun mas para conocer su posicion: «¡Cuánto seria de desear, escribia el Trapense, que todos viesen como vos el «peligro que se arrostra y los lazos que se tienden á la Religion y al Episcopa- «do! La reunion de todos los Obispos de Francia formaba un cuerpo tan in-

cia misma de su vida alimentarse de sospechas, y apasionarse sin cesar por cuestiones en las cuales no se la inicia por desconfianza de que en el calor de la improvisacion emita doctrinas sin calcular las consecuencias que de ellas se pueden seguir.

Habia dicho el Rey que no serian los decretos puntualmente ejecutados; pero los Obispos pensaban con fundamento que no faltarian medios al Ministerio para eludir semejante promesa, por querer este sostenerse á toda costa, lo que no podia lograr sin el apoyo del liberalismo. Los realistas le habian abandonado, los Católicos le

«ponente, que aplastaba á todos los pretendidos liberales; habian pronunciada además unánimemente una palabra solemne que parecia deber cerrar la «puerta á toda concesion indigna de su carácter y de sus principios: *Non possumus;* y hé aqui que las intrigas del Ministerio y los manejos de un abogadillo, las habladurías de un favorito, de un cardenal palaciego, que puede «haber sido comprado como los Caprara ó los Consalvi, viene á sembrar la «alarma, el espanto y la division. Nada, empero, Monseñor, como vos decís «muy bien, puede compararse con la circular de monseñor el cardenal de La«til, monumento de baja adulacion, de debilidad, de ignorancia y de farsa. Sin «examinar una cuestion tan delicada y en litigio, toma en ella ese tono de au«toridad con que sabe tan bien revestirse la medianía, y sin citar, como ob«servais vos, Monseñor, tan justamente, ni una autoridad, pretende con una «carta, de la que deberíamos antes ver el texto, suponer que el Soberano Pon«tífice, ó á lo menos su secretario, exigen de los Obispos de Francia que anden «de acuerdo con el Trono. Esta proposicion, tan ridícula como falsa, es en su «fondo susceptible de todas las calificaciones con que la antigua Sorbona aplas«taba en otros tiempos todas las proposiciones erróneas. V. S. I., que tiene «buena memoria, recordará sin duda haber leido en algunos malos folletos esa «frase tan ridícula como trivial, esto es, que debe marcharse con el siglo; y por «una feliz imitacion, dice el Cardenal al Episcopado francés con aire de autori«dad, que debe marchar con el Trono; de lo que se deduce ser el Trono el que «debe dirigir al cuerpo episcopal. ¡Oh! ¡cuánto van á alegrarse nuestros mi«sántropos ingleses de semejante doctrina! Hé aquí á nuestros Prelados que «están ya á su nivel; pronto llamarémos al Rey, cual otro Jorge IV, *defenso«rem fidei.* La mayor desgracia, Monseñor, es que muchos respetables obis«pos no se harán estas reflexiones, y que con la mayor buena fe del mundo ju«rarán *in verbo magistri.* De ahí el cisma, la division y todos los males; nada «seria la persecucion si permanecieran unidos... Preguntaria de muy bue«na gana, Monseñor, á Su Ema., si marchaba san Ambrosio con el Trono «cuando excomulgó á un Emperador piadoso; si se separaba de él santo To«más de Cantorbery cuando resistia á Enrique II, y si marchaba tambien con «el Trono el santo obispo Fisher al oponerse á las miras de Enrique VIII. Mar«char con el Trono, es marchar con el Ministerio, con el *Constitucional,* con «Crammer, para conducirnos al cisma y á la herejía. ¿Marchaban los Obispos «de Francia en 1790 con el Trono, por mas que venerasen á Luis XVI?»

combatian con encarnizamiento; por lo que no le quedaban mas partidarios que los enemigos de la Religion y de la monarquía. Su plan y su marcha estaban ya trazados: debia oponerse á todos los deseos del Rey á fin de conquistarse en las Cámaras una mayoría cualquiera, que no le seria acordada á menos de que se mostrase el Ministerio inflexible en las medidas que debian adoptarse contra los Jesuitas y el Clero. El despacho del cardenal Bernetti modificaba sensiblemente las disposiciones del Episcopado; en su consecuencia el Arzobispo de París, el Nuncio apostólico y los demás Prelados reunidos en la capital, juzgaron oportuno poner un feliz término á aquellas diferencias. Sin aceptar, no obstante, la legalidad ó justicia de los decretos, se decidió presentar á cada obispo para que hiciese todas las observaciones que creyese oportunas una copia de la comunicacion que pensó dirigirse al Ministro de Cultos. En 8 de octubre remitieron los Prelados á sus colegas una nota secreta que manifestaba el objeto de su determinacion, la cual estaba concebida en estos términos:

«La nota dirigida á los ilustrísimos Obispos con fecha de 8 de oc-«tubre de 1828 dejó de ser numerada, porque habiéndose comuni-«cado al Gobierno, no se creyó deber comprenderla en la série de «las notas puramente confidenciales.

«Créese útil remitir la presente á fin de enterar á los ilustrísimos «Obispos del estado actual de las cosas para que puedan juzgar de «ellas con acierto, y continuar, en cuanto sea posible, en esa pre-«ciosa unanimidad de conducta y expresion de sentimientos en ac-«tos de tan alta importancia. Queda, no obstante, libre cada cual «de pensar si la opinion del Soberano Pontífice en este asunto ha po-«dido ser efecto de la influencia de los enviados del Gobierno; así «como el que Su Santidad haya sido ó no debidamente informado «del verdadero estado político y religioso de Francia, y del efecto mas «ó menos favorable de la resistencia de los Obispos, como tambien «de las consecuencias probables que puedan surgir de ella en lo «por venir. Pero independientemente de estas reflexiones (y de mu-«chas otras que pueden originar temores muy fundados), queda «fuera de toda duda que el Episcopado ha cumplido con su deber «segun se desprende de los sentimientos manifestados por la corte «de Roma. Se sabe que desde el principio de estos tristes aconteci-«mientos, el celo y la firmeza de los Obispos han merecido la apro-«bacion del Soberano Pontífice; así es que el misterio que envuelve

«las causas de la conducta que observa actualmente la Santa Sede, «demuestra que los Obispos, por la deferencia que le deben, sabian «honrar la autoridad preponderante del Jefe de la Iglesia y conser-«var intactos sus derechos para el porvenir. Lo que demuestra que «el sentido de aquel despacho no es mas que una condescendencia «temporal para atender a las necesidades supuestas ó reales en que «nos cree el Soberano Pontífice. La cuestion de derecho permanece «intacta, puesto que es indudable que no ha recaido por parte de la «Santa Sede ningun fallo ni decision contrarios a los principios ma-«nifestados por los Obispos en su Memoria, y que Roma no ha he-«cho ninguna concesion real que pueda legitimar ó consagrar en lo «sucesivo las posteriores usurpaciones del poder civil sobre los in-«contestables derechos del Episcopado. El partido propuesto en la «nota y carta de 8 de octubre, firmadas por monseñor el Arzobispo «de Paris, parecen ofrecer la ventaja de conservar mas facilmente «la unidad entre los Obispos de Francia, y encontrar con mas segu-«ridad esa casi unanimidad de conducta y de defensa en todos los «graves intereses religiosos que podrian verse amenazados.

«Es tambien por otra parte fácil de conocer á cuán poco se redu-«cen las concesiones de los Obispos, si siguen el modo indicado «(modo que ha sido comunicado al Gobierno, y del que quedará sa-«tisfecho si es generalmente adoptado), sobre todo si, como lo juz-«gan necesario los siete Prelados que suscriben, se sigue rigurosa-«mente el medio de no adoptar ninguna de las bases presentadas por «el Ministerio, sino limitarse á dar, en forma de carta, los únicos in-«formes designados en la nota de 8 de octubre, á saber: una rela-«cion sencilla de la situacion de los pequeños Seminarios, contenien-«do el número activo de los alumnos, el que se cree necesario, el «nombre de los superiores ó directores que deberán ser calificados «de sacerdotes seculares; y finalmente una nota general sobre los «recursos pecuniarios de la diócesis, la que demostrará evidente-«mente que la suma de los socorros es inferior de mucho á la que «exigen las necesidades á que se debe atender.»

En la posicion en que se hallaba la Iglesia galicana por la funesta condescendencia del poder, era el plan adoptado por los Obispos el único que se podia seguir. Consentian en no servir de obstáculo al Ministerio; gustosos se prestaban á todos los sacrificios que les exigia la necesidad de la paz; y al evitar la responsabilidad de un porvenir incierto y triste, se encerraban los Prelados en los límites

de sus derechos y de sus conciencias. Era, por decirlo así, un armisticio que el Episcopado concedia al Gobierno, á fin de darle tiempo para reparar el mal ó adelantarse mas en la funesta senda de las concesiones. El cardenal de Croï y el Arzobispo de Lyon fueron los únicos que se negaron á toda especie de adhesion al proyecto conciliador; otros, tales como los Obispos de Chartres, Nevers, Nantes y Rennes, siguieron el partido de la mayoría.

Habló Roma de un modo indirecto, y sin embargo quedó la cuestion terminada. La Iglesia de Francia siguió los consejos dados por el Soberano Pontífice bajo una forma diplomática, á fin de dejar al Clero en toda la plenitud de accion en un asunto que no interesaba ni al dogma ni á la moral. No retrocedian los Obispos ante ninguna de las exigencias administrativas, á fin de oponerse á que se dirigiesen nuevos ataques contra la libertad de conciencia. El Gobierno, empero, no supo contentarse con aquel triunfo negativo; necesitaba los aplausos liberales, y por ello suprimió las ocho casas de educacion que aun, al decir de la Universidad, habian puesto los Jesuitas en el estado mas floreciente. Bajo la salvaguardia de una Carta que proclamaba la libertad, realizó Mr. de Vatimesnil un proyecto que pasó desapercibido al carácter suspicaz del Emperador; obligó á todos los profesores á declarar que no pertenecian á ninguna congregacion que no estuviese autorizada por las leyes. La necesidad de abrir los pequeños Seminarios era cada dia mas apremiante, por lo que los Sres. Vatimesnil y Feutrier instaban á los Obispos que se sometieran; siéndoles al fin preciso someterse con dolorosa resignacion á ese último atentado contra la independencia del sacerdote y del hombre. Dirigiéronse con este motivo al Ministro diferentes cartas en las que se revelaba la mayor dignidad; tambien entonces hizo oir el Cardenal de Clermont su célebre: *etiamsi omnes, ego non*, contestando entonces Feutrier repetidas veces con tanta oportunidad como talento á aquella reprobacion universal.

El ministerio Martignac-Portalis creyó tener, al fin, uncida á su carro la oposicion revolucionaria, aunque el *Globo* no le dejó mecer por mucho tiempo en tan seductora idea. Habian decidido los constitucionales al Gobierno de Cárlos X á mutilar la Iglesia; y á su vez vinieron ellos á atacar aquel mismo Gobierno, que insultara al Clero con palabras que la historia no puede omitir. «La querella de los «Obispos, decia la hoja doctrinaria de 10 de setiembre de 1828, to- «ca á su fin; esa pequeña intriga de sacristía muere á los tiros del

«ridículo como todas las insurrecciones sin fuerza y sin nacionalidad, «que empiezan por los gritos de : ¡Vencer ó morir! y se desvanecen como el humo al primer choque. Seria, en verdad, por demás pugnar por mas tiempo contra ese espectro del Episcopado; «porque si bien sus clamores pueden turbar aun á algunas almas «piadosas y crédulas confundidas en la multitud, y algun peligro «puede resultar de sus intrigas y manejos, desaparece este de todo «punto ante el peligro verdadero y real que podria resultarnos de «no prevenir los actos del Ministerio, contra el cual únicamente de«bemos declararnos en abierta pugna.»

En medio de aquellos debates, los Jesuitas, á quienes el liberalismo presentaba como los dominadores de Francia, y como casuistas siempre prontos á interpretar á su modo la ley, y á violar los juramentos, se retiraban de sus colegios sin exhalar ni una queja.

El Episcopado acababa de sostener una lucha que era un glorioso testimonio de sus servicios; lucha en la que juzgaron oportuno los Jesuitas no tomar ninguna parte. Se separaron de sus discípulos que derramaban abundantes lágrimas, protestando públicamente contra la obra de destruccion; vieron á su paso al Clero que prestaba homenaje á sus virtudes; todas las mas importantes ciudades del Norte y Mediodía tomaron parte en el luto general de la Iglesia y de la juventud, siendo en todas ellas acogidos con las mas vivas muestras de estimacion y sentimiento. Fue tan general el disgusto que experimentó entonces la Francia, que se reflejó hasta en los mismos Consejos generales, que eran los verdaderos representantes de las necesidades del reino, como no dejó de notarlo desde luego el mismo *Constitucional*. Hé aquí sus terroríficas páginas de 4 de agosto de 1828: «Lo que contrasta aun mas, decia, con los sentimientos del país, «son los deseos expresados por un gran número de Consejos sobre la «instruccion pública, los cuales piden una ley por la cual sea ex«clusivamente confiada á las corporaciones religiosas, segun unos, «ó por oposiciones, segun los mas moderados. El Consejo general «de Doubs pide que las Congregaciones ya existentes sean autori«zadas legalmente: el del departamento de Vaucluse es mucho mas «franco: desea que la instruccion pública se confie particularmente «á los Jesuitas, cuyo restablecimiento reclama el interés de la Reli«gion y de la sociedad.»

De este modo aquella persecucion de diez años, organizada por el liberalismo, y sancionada por un Ministerio que inmolaba la Religion

y la monarquía para sostenerse por algunos dias mas á la sombra de las ideas demagógicas, terminaba por hacer dar á la Compañía de Jesús un testimonio irrevocable de aprecio y de gloria. La prensa liberal la calumniaba, el poder procuraba expulsarla, y el Clero, la juventud, los padres de familia y los Consejos generales se unian para proclamar unánimemente que era de imprescindible necesidad. La Francia cristiana adoptaba á los Jesuitas, mientras que la Francia revolucionaria procuraba, aunque en vano, deshonrarles. Hé aquí durante este tiempo las medidas que adoptaban para hacer frente al ataque general que contra ellos dirigia la impiedad. El P. Godinot, provincial de Francia, escribia en 7 de agosto de 1828 á los superiores de los ocho pequeños seminarios: «Despues de la distribucion «de premios que debe tener lugar sin ostentacion ni discursos que «tiendan á aludir ó excitar la piedad, concederéis los ocho dias de va«caciones completos que permite el Instituto, debiendo luego veri«ficar todos la entrada anual con todo el fervor y recogimiento po«sibles.»

De este modo salieron los Jesuitas de los establecimientos que los Obispos les habian confiado bajo la proteccion de las leyes.

Profunda era la herida que acababa de abrir la Revolucion en el seno del Catolicismo, despues de haber medido hasta qué punto llevaria Cárlos X su sacrificio. Obtenido su primer triunfo, resolvió altanera entrar en campaña contra la soberania. Obcecado el Monarca por mentidas deferencias, titubeaba ante los liberales, cuya audacia consistia en la pusilanimidad de las administraciones. Hasta intentaron los revolucionarios hacer romper al Rey con sus propias manos el cetro que su pacífica leáltad no le permitia trocar en espada de justicia. La Revolucion habia dicho ya durante los ministerios Villèle y Portalis, que los Jesuitas reinaban y gobernaban [1]. Cuan-

[1] Un hombre que tambien fue calumniado, pero que á fuerza de valor y de talento obligó á sus enemigos á que le honraran y le dieran publicamente las mayores pruebas de estimacion, el conde de Peyronnet, antiguo ministro de Justicia y del Interior, resumia de este modo en sus *Ensayos politicos*, publicados en 1829, la situacion de los Jesuitas. Este pasaje, tan cierto en aquella época, creemos que tendrá por mucho tiempo un verdadero interés de actualidad:

«Se ha dicho que los Jesuitas perjudicaban la Religion: y ¿quién lo ha dicho? «Los hombres que solo aspiraban á la ruina de la Religion.

«Se ha dicho que eran enemigos de los Reyes: y ¿quién lo dijo? Los hombres «que solo aspiraban á la caida de los Reyes.

do el príncipe de Polignac fue llamado al Ministerio, ya no reconoció la Revolucion límite alguno: vinieron á ser los Jesuitas los promotores de todos los golpes de Estado; fueron los consejeros y los agentes invisibles de la reaccion; fraguaron de acuerdo con el nuncio Lambruschini una camarilla [1] de prelados y de cortesanos á quie-

«Se ha dicho que eran enemigos de la Carta: y ¿quién lo ha dicho? Los hombres que la violaban mas descaradamente.

«Se ha dicho que ejercian los Jesuitas una influencia perniciosa en el Estado: y ¿quién lo ha dicho? Los hombres cuya funesta influencia hace de treinta años á esta parte la desgracia del Estado.

«Se ha dicho que no eran tolerantes: y ¿quién lo ha dicho? Hombres que están animados contra ellos de la mas culpable intolerancia que se haya visto jamás; de la intolerancia de los hombres escépticos.

«Se ha dicho que eran enemigos de la libertad: y ¿quién lo ha dicho? Hombres que esclavizan sus iglesias, sus escuelas y su país; hombres, en fin, que matan á la vez en la persona de los Jesuitas la libertad religiosa, la libertad política y la libertad civil.

«Ni la falsedad de la acusacion, ni el descaro de los acusadores han bastado: nadie ignoraba ser todo aquello una farsa, y, no obstante, se preferia esta á la verdad.

«Aun cuando detestara y temiese á los Jesuitas tanto como el mas fanático de sus enemigos, creeria que el sosten de la libertad de conciencia es de mucha mas importancia que su expulsion.»

[1] No es este, como se comprenderá fácilmente, el lugar mas á propósito para explicar la revolucion de julio, y las causas que impulsaron al ministerio Polignac á dar su golpe de Estado. Importaba á los conspiradores asociar la corte de Roma á los ocultos manejos que suponian cada dia, á fin de herir á la vez de muerte á la Santa Sede y al Trono. Echaron mano del nombre de Lambruschini, al cual supusieron jefe de la camarilla, y empezaron desde luego sus acusaciones contra ella, por mas que careciesen de pruebas y hasta de indicios para poder hacerlo. Sus falsos dichos fueron atendidos, como lo demuestra el haberse llegado á creer que los Canónigos septuagenarios de la metrópoli de Nuestra Señora de París habian hecho fuego contra el pueblo, y que Cárlos X en Saint-Cloud habia mandado á los Suizos que pasaran por las armas á tres compañías de la Guardia real. Estas monstruosas falsedades, que solo debian propalarse en el momento de la lucha, fueron sin embargo acogidas en la calle por algunos escritores que les dieron su sancion publicándolas en sus obras. La *Historia de la Restauracion*, por Mr. Capefigue, se hizo tambien el eco de algunos de aquellos sordos rumores, como se ve en la pág. 303 del segundo volúmen, en la que se lee: «El Delfin, su esposa, y hasta, segun se dice, el Duque de Orleans, en todas las ocasiones en que Cárlos X les hablaba de los asuntos del reino, le aconsejaban que desplegase el enérgico carácter de rey: debia acabarse con la revolucion; tal era el grito de aquella pequeña camarilla que rodeaba al anciano Rey, y en la que ejercia cada vez mas influencia el Nuncio del Papa.»

»De este modo segun el cronista, que se creia *hombre de Estado*, y que en

nes se atribuian las mas perversas miras, consistentes en lanzar á la Francia á la funesta senda de la revolucion para encumbrarse ellos despues sobre los escombros que hacinara el fuego de la discordia por ellos propagado; camarilla que solo existió en la delirante imaginacion de la prensa; segun ella fueron los Jesuitas los que causaron al país todos los males, los que fueron tambien considerados como incendiarios [1] que cubrieron la Normandía de luto y desolacion; luego en el momento en que estallaron como el rayo los decretos de

lugar de escribir la historia se limitaba á inventarla, la Delfina, cuya desconfianza respecto de Mr. de Polignac era de todos bien conocida, se dejó seducir por la idea de un golpe de Estado que le aconsejó el duque de Orleans. Luis Felipe fue el que, á su decir, se aprovechó de él; pero nosotros, que no le debemos ningun empleo, ningun favor, ningun sueldo, creeríamos ser injustos con aquel Príncipe al concederle tan ligeramente el bajo título de hipócrita. Mr. Capefigue se engaña respecto del duque de Orleans, del mismo modo que se engañó tambien respecto del cardenal Lambruschini. La camarilla fue tan solo un nombre de guerra inventado para atacar la Monarquía; solo existió en la fecunda imaginacion de los periodistas y escritores públicos, merced á la cual se la vió asomar en todas partes. Mr. Capefigue no se limita aun á lo dicho hasta aquí sobre la Santa Sede, sino que en la pág, 386 del volúmen X, afirma que «el Nuncio Lambruschini fue inícuo en la confidencia de las órdenes.»

Como todos los embajadores extranjeros y altos funcionarios del Estado, solo supo Lambruschini por el *Monitor* las medidas adoptadas. Todo el mundo sabe ya que los Ministros cometieron la imprudencia de guardar harto fielmente el secreto que se les impuso: que los que aun viven son los primeros en confesar que lo ocultaron hasta á sus mas íntimos confidentes. Mientras se batian en las calles de París, creyó Lambruschini deber ir á ofrecer sus servicios al Rey y hablarle de la situacion amenazadora, en la cual se veia comprometido el reposo de Francia y de Europa; por lo que se trasladó á Saint-Cloud arrostrando todos los peligros á que le exponian su traje y su nombre. Expuso á Cárlos X todas las razones que creyó convenientes, recibiendo por toda respuesta que el Rey estaba resuelto á poner al duque de Burdeos bajo la salvaguardia de la Vendée militar, y que él pensaba trasladarse al campo de Saint-Omer, y marchar desde allí contra la capital. Estas arriesgadas resoluciones, anunciadas de antemano y adoptadas como el único remedio, parecieron impracticables al Nuncio de Su Santidad. Así lo hizo comprender al Rey, cuyo carácter conocia; siendo esta la única parte que tomó Lambruschini en los acontecimientos, exceptuando la que tomó en las reuniones diplomáticas que se celebraron.

[1] Durante el proceso de los Ministros que habian firmado los decretos de julio, Mr. Berenger, fiscal de la cámara de los Pares, recibió de Tolosa una carta, fechada en 1.° de octubre de 1830, que estaba concebida en estos términos:

«Señor: inauditos males me obligaron á ser el instrumento de un partido, «del que era principal agente en los incendios que desolaron la Normandía, y

25 de julio de 1830, se olvidó á los Jesuitas para derribar el trono. Dispersados por la tempestad, iban errantes los Jesuitas de un punto á otro mientras se saqueaban sus casas con el doble objeto de acusárseles todavía; el triunfo, empero, del liberalismo debia al fin llevar en pos de sí el triunfo de la verdad. Al verse la Revolucion victoriosa, tuvo la audacia de proclamar ella misma sus imposturas. El *Globo*, del que se habian hecho una arma poderosa contra las ideas religiosas y monárquicas los Sres. Duchâtel, Cousin, Cárlos de Ré-

«que debian devastar la Francia entera si hubiese cumplido estrictamente las «órdenes que me fueron dadas.

«Pero el grito de alarma lanzado por los periódicos, el cuadro desgarrador »que presentaban las víctimas del incendio, y, si me atrevo á decirlo, mis pro«pios sentimientos, me inspiraron un invencible horror hácia mí mismo. Sus«pendí, pues, mi infame mision, y huí para sustraerme al furor de los que «contaban conmigo, y á fin de interrumpir el curso de las devastaciones que «debia continuar en el Languedoc, la Provenza, el Delfinado, etc.

«No he juzgado necesario entregar la mayor parte de los documentos que «tengo en apoyo de mi declaracion; una sola carta, que demuestra estar afi«liado á la Congregacion de Montrouge, y en la cual se me transmitian las ór«denes que aquella recibia del príncipe de Polignac, me ha sido interceptada.

«Mi voluminosa correspondencia, las instrucciones por escrito y las listas «que designaban las propiedades que debian incendiarse, así como el nombre «de las personas de quienes debia recibir los mas ámplios informes, y una es«pecie de salvoconducto interpretativo, pero cuyo objeto es fácil adivinar por «el conjunto de todos los documentos, que está firmado por el príncipe de Po«lignac, cuyas pruebas auténticas quedan á mi disposicion, pero que solo en«tregaré en el caso de prometérseme que no se me impondrá ninguna pena. Os «exijo esa seguridad por la íntima conviccion en que estoy de que podeis dár«mela.»

El autor de esta denuncia, que tan bien se identificaba con las ideas de su tiempo, llamábase Cárlos Teodoro Berrié, y era un criminal reincidente, puesto que fue condenado por ladron en 1824 y 1826. Hallábase en 1830 otra vez en las cárceles de Tolosa, pesando sobre él diferentes acusaciones, cuando pensó que ya que los periódicos liberales habian mentido tanto y engañado á la Francia con respecto á la Sociedad de Jesús, podia tambien él atreverse á continuar su obra. Antiguo presidario de Bicêtre, habia visto á los Padres consolar y predicar muchas veces á los detenidos; y como sin duda habria leido tambien las imposturas de que estaban plagados el *Constitucional*, el *Correo Francés* y el *Nacional* contra los Jesuitas, creyó que constituyéndose acusador de los discípulos del Instituto podria obtener fácilmente alguna rebaja en la pena que debia serle impuesta, y aun pasar quizás por un gran ciudadano. Así es que escribió la carta antes citada; pero la cámara de los Pares, así como la prensa liberal, que ya no necesitaban tomar á los Jesuitas por pretexto para atacar directamente á la Religion y al Trono, no podian menos de ser equitativas sobre el extremo denunciado. El conde Bastard de l'Estang, encargado de

musat y Dubois; exclamó en 24 de octubre de 1830, dirigiéndose á los vencidos:

«Todo lo que invocais, todos esos artículos de la Carta y de nues-«tros Códigos, que citais con profusion, no son mas que ingeniosas «ficciones. Cuando juramos fidelidad á Cárlos X y obediencia á la «Carta; cuando deslumbramos aquel Monarca imbécil con nuestras «protestas de amor; cuando levantamos á su paso numerosos arcos «de triunfo; cuando reunimos á los pueblos para saludarle con mil «aclamaciones; cuando empleamos la adulacion; cuando los tem-«plos, las academias y las escuelas resonaban al concierto de nues-«tros elogios y bendiciones para él y su dinastía; cuando nuestros

la acusacion, no pudo menos de decir, al hablar de aquel miserable, que no habia sabido elegir para sus fines la oportunidad del momento. «Todos los de-«más extremos de su declaracion fueron igualmente dilucidados resultando todos «falsos. Si se hubiese tratado de un asunto menos grave, no se habrian dispen-«sado siquiera á semejante incidente los honores del exámen; pero entonces se «creyó por el contrario que debia recaer sobre él la mas completa verificacion «de datos.»

Era Berrié conocido como impostor por la cámara de los Pares, pero no constaba en ella que se hubiese procurado cómplices, ni que aquel famoso título de afiliado de la Congregacion de Montrouge fuese un documento falsificado y autorizado con la supuesta firma del abate Desmazures, por el cual se le conferia el título de guarda del Santo Sepulcro. Se le ocupó aquel documento en 8 de marzo de 1830 cuando fue Berrié detenido en Burdeos por el comisario Lamarle. Á pesar de quedar comprobados todos estos hechos en la cámara de los Pares, no por ello dejó la prensa liberal de suponer que habia tenido aquel hombre relaciones con los Jesuitas, relativamente á los incendios que habian tenido lugar. Mas tarde obtuvo Berrié la libertad antes de haber cumplido su condena, y, debemos ser justos, no se acusó á los hijos de san Ignacio de aquella desgracia.

Muchos fueron los criminales que creyeron en aquella época librarse de las penas que debian imponérseles, suponiendo á los Jesuitas instigadores de sus crímenes; lo que no es extraño, si se atienden los resultados que dió la calumnia á los revolucionarios; así es que los criminales calumniaban tambien á su vez y á su modo. Proclamóse Berrié incendiario por órden de la Compañía, y un jardinero de Verrières, llamado Troclet, creyó tambien justificarse del asesinato que verificó en la persona de uno de sus acreedores, llamado Bellaure. Á este fin acusó al P. Jennesseaux y á dos jesuitas mas, de que en 28 de junio de 1830 le habian encargado, segun decia, que les ocultara un cofre lleno de objetos preciosos; cuya fabula reprodujo Troclet ante el tribunal de Assises, presidido por Mr. Agier. Quedó plenamente probado que no solo no conocia el P. Jennesseaux al procesado, sino que ni siquiera le habia visto en su vida: en su virtud fue el asesino condenado á muerte en 23 de mayo de 1831, absolviéndose al Jesuita libremente de la instancia y observancia del juicio.

«poetas cantaban sus virtudes; cuando ensalzaban la bravura de ese «nuevo Enrique IV y la gracia de ese otro Francisco I, todo esto no «era mas que una ficcion por la cual procurábamos evitar las cade-«nas con que queria sujetarnos. Habeis sido como esos espectadores «novicios que sentados en un teatro por la primera vez creen real y «verdadera la escena que se representa ante sus asombrados ojos. «Desengañaos, pues, Pares, Diputados, Magistrados y simples ciu-«dadanos, no hemos hecho mas que representar una comedia que «duró quince años.»

Despues de haberse expulsado á los Jesuitas de Francia, fueron descubiertos todos los hipócritas. Muy significativa debió ser aquella declaracion; el *Nacional* por su parte tampoco se quedó atrás en sus expansiones: habia pasado á ser republicano bajo la redaccion de Carrel, Béquet, de Passy, Emilio Pereire y de Chambolle, los cuales como sus antiguos asociados llegaron á ser ministros, pares de Francia ó dignatarios de la Universidad. En 17 de octubre de 1832, manifestó este periódico ante la Europa las ridículas falsedades y mentiras que habian sido puestas en juego para perder á los Jesuitas:

«La Restauracion cayó, decia el *Constitucional*, y con ella los Je-«suitas, al menos segun se cree. Sin embargo la Francia entera ha «visto á la familia de los Borbones dirigirse de París á Cherbourg «y embarcarse tristemente para Inglaterra. En cuanto á los Jesuitas, «nadie puede asegurar por qué puerta han salido; nadie tampoco «ha pensado mas en ellos desde el dia que siguió á la revolucion de «julio ni para atacarles, ni para defenderles. ¿Existen ó no todavía «pequeños seminarios y congregaciones que no estén autorizadas «por la ley? No hay hombre de tan escaso talento en el dia que crea «deber inquietarse por semejante pusilanimidad; solo en tiempo de «la Restauracion procuraban esclarecidos talentos inspirar á la Fran-«cia odio y temor á esa famosa Congregacion jesuítica que quizás no «existia, ó que aunque existiese no era digna de que nadie se ocu-«pase de su existencia.

«¿Podia ser otra cosa que una comedia esa infatigable polémica «de la prensa liberal contra los Jesuitas? ¿No era acaso una pura «mania de persecucion el reprobar hasta que Mr. Dupin llevara los «cordones del pálio de Saint-Acheul? No se ignoraba que la Socie-«dad de Jesús, propiamente dicha, no ofrecia grandes peligros; pero «se queria acabar con el espíritu jesuítico, devoto é hipócrita, porque

«tal era el espíritu de la dinastía reinante. Comprendióse á las mil «maravillas el significado de la palabra jesuitismo, que era sinóni- «mo de adhesion á la legitimidad : decíase entonces jesuita por rea- «lista, porque hubiera sido en extremo peligroso atacar á la legiti- «midad, llamándola por su propio nombre ; se procuró, pues, ata- «carla en su esencia, dándole el nombre mas odioso entonces, que «era el de jesuita.

«Pero á poco concibió la Francia un odio implacable, universal, «inmenso por todo lo que llevaba el nombre de faccion y de asocia- «cion jesuítica, llegando hasta el punto en que para perder á Cár- «los X solo bastó afirmar que era jesuita; que como tal profesaba la «doctrina de las restricciones mentales; que al jurar la Carta en «Reims, tenia ya en su bolsillo la absolucion de aquel perjurio, y «que era el golpe de Estado su idea favorita.

«Tal fue el modo con que razonaron y hablaron las masas en aque- «llos tiempos, dando á sus sospechas una forma material que les «ayudó singularmente á sostener el combate.»

Ante esa cínica teoría de la impostura que se reveló á la Francia y que será puesta todavía mas tarde en juego con el mismo resultado, solo resta á la historia el derecho de reprobar tanto descaro y de compadecer la credulidad de los hombres.

CAPÍTULO V.

Los Jesuitas en Roma. — Su expulsion de Rusia fue la salvacion de la Compañía. — Carácter de Fortis. — Sus primeras medidas. — Los Jesuitas son llamados nuevamente por el Piamonte y la Cerdeña. — Revolucion del Piamonte. — Abdicacion de Víctor Manuel. — Cárlos Félix, rey. — Conoce los planes de los Carbonarios. — Llega su firmeza á desconcertarlos. — Roothaan y Manera en Turin. — El P. Grassi, confesor del Monarca. — Cárlos Alberto y los Jesuitas. — Los nuevos colegios y el palacio de la Reina en Génova. — Intrigas para perder á la Compañía. — Muerte de Pio VII. — El conclave de 1823. — El cardenal della Genga fue elegido papa bajo el nombre de Leon XII. — Temor de los Jesuitas á la noticia de semejante eleccion. — No participa el P. Rozaven de aquellos temores. — Devuelve Leon XII á los Jesuitas el colegio Romano. — Retrato de Leon XII. — Su proteccion á la Compañía. — Confia al P. Ricasoli la educacion de sus sobrinos. — Jesuitas que renuncian el episcopado. — El conde Miguel Szczytt en el noviciado. — Muerte de Fortis y del Papa. — Congregacion general. — Nómbrase al P. Juan Roothaan general de la Órden. — Pio VIII y los Jesuitas. — Carácter de Roothaan. — Las revoluciones del resto de Europa provocan la insurreccion en Italia. — Dirígense sus primeros esfuerzos contra los Jesuitas. — Elige el conclave para pontífice al cardenal Capellari. — Retrato de Gregorio XVI. — Los Jesuitas, por órden del cardenal Zurla, enseñan los ejercicios de san Ignacio á todos los religiosos de Roma. — La insurreccion les arroja de sus colegios. — Entran nuevamente en ellos. — Encárgales la Propaganda del colegio Urbano. — El cólera á las puertas de Roma. — Calumnias contra el Papa y los romanos. — Precauciones tomadas por el Gobierno pontificio. — El pueblo de Roma y las procesiones. — Traslacion de la imágen de Santa María la Mayor al Gesu. — Declaracion del cólera. — Los Jesuitas durante el azote. — Gregorio XVI y los huérfanos. — Nómbrase al P. Roothaan miembro de la comision encargada de distribuir los socorros. — El cardenal Odescalchi renuncia á la púrpura para entrar en el noviciado de los Jesuitas de Verona. — Su carta al General el mismo dia en que recibió el hábito de la Órden. — Muerte del P. Odescalchi. — Encíclica del General para el año secular. — Entran los Jesuitas nuevamente en Venecia. — Los habitantes de la isla de Malta piden al Gobierno inglés que les permita un colegio de Jesuitas. — Secunda lord Stanley sus deseos. — Los Jesuitas en Sicilia. — Son los mediadores entre los partidos. — Su actitud en Nápoles. — Llama de nuevo la España á los Jesuitas. — El P. de Zúñiga, su provincial. — Restitúyenseles los bienes no enajenados. — El colegio Imperial de Madrid. — Sus resultados. — Proscribe la revolucion de 1820 á la Compañía. — Fundacion del colegio militar de Segovia. — Su objeto. — Muerte de Fernando VII. — Primeros síntomas de la guerra civil. — Se acusa á los Jesuitas de ser hostiles al Gobierno constitucional. — Para excitar contra ellos el furor popular, se hace cundir la voz de que

han envenenado las aguas. — Motin contra los Padres. — Mortandad de los Jesuitas en Madrid. — El P. Muñoz, salvado por los asesinos, protege á los demás hijos de san Ignacio. — El poder constitucional ante el crímen autorizado. — La Compañía suprimida por las Córtes. — Resiste la casa de Loyola á la destruccion. — Los Jesuitas y los carlistas. — D. Miguel en Portugal. — Llamamiento de la Compañía. — El P. Delvaux conduce á algunos Padres franceses. — Timidez del Gobierno vencida por el cardenal Justiniani. — Fruto de sus predicaciones. — La nieta de Pombal y los Jesuitas. — Restitúyeles don Miguel el célebre colegio de Coimbra. — Entrada triunfal de los Padres en la provincia de Beira. — El P. Delvaux en el sepulcro de Pombal. — Los Jesuitas en Coimbra. — El ejército de D. Pedro. — La guerra civil y el cólera. — Política y abnegacion de los Padres. — Procura atraerlos D. Pedro á su partido. — Proposiciones poco constitucionales de este Príncipe. — Abandona D. Miguel á Lisboa. — Reina la revolucion en ella por medio del desórden. — Los Jesuitas salvados por un inglés. — Nuevo decreto de proscripcion contra el Instituto. — Los Jesuitas de Coimbra en la torre de San Julian. — Deben su salvacion al baron de Mortier.

Ya hemos dicho de qué modo pudo preservarse de una crísis el Instituto de Loyola en 1820, en el momento de celebrar la Congregacion general; sin embargo el peligro, aunque aplazado, no era menos inminente para todos aquellos cuya prevision no se dejaba alucinar, por existir en el centro mismo de la Compañía elementos de disolucion. Acababan de reunirse en una circunstancia solemne, y si bien habian logrado sus enemigos neutralizarles, todo hacia presumir que acabarian algun dia por triunfar. Componíase la Sociedad de Jesús en Roma de profesos á quienes habia privado ya la edad de la energía y actividad necesarias para gobernar bien; y como cási todos los ancianos, demostraban una propension natural á dejarse guiar por aquellos que sabian captárseles la confianza. Junto á aquellos ancianos veíanse jovenes apenas admitidos en la Compañía: el talento, el celo y la virtud no podian suplir por sí solos en el ánimo de esos jóvenes la experiencia y el conocimiento que les faltaba del espíritu del Instituto; por lo que ofrecia mas bien peligros reales que sólidos apoyos. Entre esos dos extremos faltaba en Italia una generacion media: así es que la ausencia total de hombres experimentados hacia presentir en ella la caida de la Órden de Jesús; esta ausencia era la causa de que los innovadores se alentaran mas y mas en sus planes, y que pidiera, hacia ya mucho tiempo, la provincia romana al general Brzozowski, que pusiera un término á semejante instabilidad. Hallábase en Rusia la generacion intermediaria que habria debido hacer florecer la Órden establecida en Ita-

lia; pero el emperador Alejandro no queria conceder la libertad necesaria á los Padres que vivian en sus Estados. Habia sido para Brzozowski aquella situacion constante objeto de la mortal inquietud que acibaró su existencia hasta sus últimos momentos. «Hé aquí que «muero, decia a los jesuitas reunidos junto a su lecho, en el mo«mento mismo de vuestra expulsion.» El presentimiento del General se realizó, viniendo á ser el destierro la salvacion de la Compañía. Hubiérase dicho que la Providencia habia conservado sin interrupcion en Rusia a los hijos de Loyola, á fin de que pudieran conocer y aplicar las tradiciones prácticas de la antigua Sociedad para sembrarlas despues en las provincias nacientes, y principalmente en Italia, do llevaron aquellos desterrados el gérmen de la obediencia y el amor a la disciplina.

Nació el P. Fortis en Verona el 26 de febrero de 1748; habiendo entrado en el Instituto á la temprana edad de catorce años, sufrió con la mayor resignacion todas las vicisitudes por que tuvo que pasar la Compañía. Hallabase, cuando su supresion, de profesor de retórica en Ferrara, y no quiso separarse de la madre que acababa de abrir su corazon á la piedad y á las bellas letras. Luego que la Compañía fue admitida en el Imperio ruso, pidió ser agregado á ella, esforzándose para hacerla aceptar en Parma y en Nápoles. Aunque ya de una edad avanzada en 1820, tenia sin embargo una alma vigorosa y enérgica que con el profundo conocimiento del corazon humano le hizo vencer todos los obstáculos que obstruian su camino, y llegar á aquel grado de perfeccionamiento que supo procurar á la Sociedad á que pertenecia. Las revoluciones de que España y una parte de los Estados italianos eran vasto teatro debian ser muy funestas á los Jesuitas, puesto que los arrojaban de todas partes al grito de ¡viva la libertad! Sostuvo Fortis á sus hermanos en aquella nueva prueba, y fundó al poco tiempo en Roma la casa de retiro de San Eusebio[1]. En el mes de noviembre de 1821 creó el P. Tar-

[1] Esa casa de San Eusebio tan célebre en Roma por los ejercicios espirituales que dan cada año en ella los Jesuitas durante la Semana Santa, fue donde entró en 1833 Agustin Theiner, uno de los escritores mas elocuentes de Alemania, el cual se veia asaltado siempre por sus dudas é incertidumbres en materias de religion. Tuvo algunas conferencias con el P. Kohlmann, amigo del historiador protestante Schlosser, y en su obra intitulada: *El Seminario eclesiástico ú Ocho dias en San Eusebio*, esplica Theiner sus sentimientos de este modo:

« Entré en esa casa de retiro de San Eusebio, ¡ pero en qué estado ! creia fir-

tagni el colegio de Forli, y algunos dias despues, los Padres Rigoli, Gianotti y Chiavero tomaron posesion del de Módena, dotado por el marqués Antonio Visconti de Milan, siendo tambien objeto de la solicitud especial del duque Francisco IV. Confió este Príncipe al jesuita Gianotti la educacion de sus hijos, y pidió que el P. Camilo Pallavicini fuese nombrado obispo de Reggio. Los demás Jesuitas durante este tiempo se lanzaron hasta las cimas de las montañas y el fondo de los bosques que circunvalaban la poblacion de Frosinone, á pesar de ser la guarida de todos los bandidos que infestaban la Romanía: merced á los esfuerzos de los Jesuitas no tardó en nacer el arrepentimiento en el corazon de aquellos hombres feroces.

Apenas acababa de ser restablecida la Compañía, cuando fiel á sus tradiciones de familia, procuró el rey Víctor Manuel del Piamonte llamar á los Jesuitas á sus Estados; abriéndoles sucesivamente el colegio de San Ambrosio en Génova, y los de Turin, Novara y Niza. El P. Tomás Pizzi condujo á los discípulos de san Ignacio á Cagliari en la isla de Cerdeña, y José Bellotti formó el noviciado de Chieri. Juan Roothaan fue el primer superior de la casa de las Provin-

«memente no poder pasar en ella ni siquiera tres dias. Atraido quizás mas bien «por curiosidad que por otro sentimiento, queria estudiar de cerca á esos famosos Jesuitas, de los que tanto se ha hablado, y de cuya casa de retiro tanto «mal se me habia dicho en Viena. Esperaba por lo menos, si podia salir con «la mia, hallar materia para escribir algunos picantes artículos, y á este fin tomé la precaucion de encargar á mi amigo, el artista francés de quien me despedí so pretexto de ir á pasar algunos dias al campo, que me hiciese reclamar «con instancia, si no habia reaparecido á los doce dias.

«Pero ¡cuál fue mi sorpresa! el piadoso silencio que reinaba en aquel retiro «encántador hablaba tan íntimamente á mi alma, que ya desde un principio entreví ó presentí que debia darme aquel paso los mas brillantes resultados. Se «me condujo á una pequeña capilla adornada con gusto, y cuyo estilo gótico «invitando al recogimiento, añadia á la tierna impresion producida por el ora«dor un nuevo encanto que contribuia poderosamente á despertar y sostener la «piedad. El discurso de la apertura de los ejercicios cautivó toda mi alma y calmó sus agitaciones: la exposicion sencilla y luminosa del elevado objeto de «aquellos ejercicios, la tierna exhortacion dirigida á todos los asistentes para «que se alejaran si no se sentian con bastante fuerza y valor para continuar «aquel retiro con las disposiciones y miras exigidas por el santo Fundador; todo esto ejerció en mí tal impresion que no dudé ya ni un instante mas de que «lograria mi alma la fuerza que necesitaba, y aquella paz por que suspiraba ha«cia tanto tiempo y que era el objeto desde algunos meses de mis tentativas y «legítimas aspiraciones.»

Salió Agustin Theiner de San Eusebio el 29 de abril de 1833, convertido ya en ardiente católico: es hoy dia sacerdote del Oratorio de san Felipe Neri.

cias en Turin, ó sea de aquella vasta escuela en que la juventud estudiosa pudo recorrer el ancho círculo de todos los conocimientos, por enseñarse á la vez en ella la teología, las bellas letras, el derecho, la medicina y la cirugía. La revolucion de 1821 y las consecuencias que arrastró en pos de sí hicieron nacer en el corazon del Monarca tan tristes previsiones, que no se juzgó capaz de reprimir aquel movimiento cuyos rápidos progresos habia seguido con espanto; así es que creyó, por el honor del trono, que debia abandonar el cuidado de los negocios á un carácter mas enérgico. Su hermano Cárlos Félix, conocido hasta entonces bajo el título de duque de Génova, se vió obligado por él á tomar las riendas del reino. Como en todas partes, acababa la Revolucion piamontesa por imponer nuevas leyes al Soberano, por aniquilar el poder y ofrecerlo al primer aventurero que se presentara en la calle con tal que fuese capaz de pervertir á las masas; tambien el nombre de los Jesuitas fue para los revolucionarios piamonteses la señal de proscripcion. Los carbonarios italianos, alemanes y españoles formaron alianza con los revolucionarios franceses, esos hijos primogénitos de la anarquía, porque todos aspiraban á un mismo fin, y se prometian alcanzarlo por los mismos medios. Adulaban á los Príncipes, á quienes las ilusiones de la juventud ó la inexperiencia dejaban sin defensa, forjábanse una bandera para poder ocultar mejor sus planes subversivos, y rodeaban á todos los Príncipes de hipócritas atenciones, mentidos votos y pérfidos amigos, á fin de poder dominarles ó cuando menos comprometerles. Su contraseña, esto es, el secreto de las Ventas, ocultaba la ruina de los Reyes bajo el aniquilamiento de la Órden de Jesús.

Á pesar de haber combatido cuanto pudo Cárlos Félix la abdicacion de Cárlos Manuel, tomó por fin las mas acertadas disposiciones para salvar al trono y al pueblo del doble peligro que les amenazaba. Conociendo la Revolucion que no podria triunfar de su energía, no se atrevió á expulsar á los hijos de Loyola: alentado el nuevo Monarca con su primer triunfo, y sabiendo que los demagogos no son audaces sino ante la debilidad, procuró dar desde el principio de su reinado las mas evidentes pruebas de su invencible firmeza. Rápidos fueron los progresos de los Jesuitas en todos los principales puntos del Piamonte: los universitarios de Turin, que con mal reprimida envidia veian al P. Francisco Manera reunir junto á su cátedra de literatura italiana á una multitud de oyentes cada vez mas

entusiasta, podian apenas contener su furor. Era Manera por la amabilidad de su carácter y la riqueza de su imaginacion uno de los mas célebres profesores de la Universidad; así como era Roothaan, por su moderacion y por la multiplicidad de sus deberes siempre dignamente cumplidos, el depositario fiel de la confianza de todas las familias. Propúsose Cárlos Félix dar á los Jesuitas un testimonio aun mas patente de su estimacion, al ver el encarnizamiento con que eran perseguidos por los Carbonarios que procuraban por todos los medios aniquilar con el voto de las Ventas su autoridad moral. Á fin, pues, de manifestar el Rey sus sentimientos respecto de la Compañía, eligió por confesor al P. Juan Grassi: la prueba era arriesgada y decisiva; pero la Revolucion supo respetar la voluntad de un Príncipe que sabia aceptar tan bien el desafío de algunos turbulentos partidarios. Ninguna recriminacion se dirigió contra el Instituto durante su reinado; y hasta el P. Grassi se vió libre de todos los injustos ataques que van siempre unidos á las funciones de un jesuita confesor de un rey.

Gozaba Grassi de todo el favor del Monarca, pero nada pidió para sí, para su Órden, ni para otra persona alguna: dejó al Soberano en plena libertad de arreglar con sus Ministros los negocios del Estado, sin inmiscuirse en ellos. Cuando murió Cárlos Félix en los brazos del Jesuita, único que tuvo valor para anunciarle que habia llegado su última hora, hiciéronle hasta los mismos adversarios del Instituto y los cortesanos todos la justicia de que ninguna parte habia tenido en los negocios en todo el tiempo que habia sido confesor del Rey. El príncipe de Carignan, que no siempre habia tenido motivos para ponderar las intenciones monárquicas del anciano soberano, agradeció á los Jesuitas su neutralidad tan fielmente observada, y al dar las gracias al P. Grassi por los cuidados que prodigó á Cárlos Félix en su última enfermedad, le dijo: «Acaba de perder la Com«pañía en el difunto Rey un protector y un padre, pero encontrará «en mí toda la proteccion y amor que aquel le dispensaba.»

En efecto, supo el nuevo Rey hacer mucho mas de lo que habia prometido. Formaron entonces los Jesuitas del Piamonte una provincia separada, y con el apoyo del Monarca abrieron un noviciado en Cagliari y un colegio en la poblacion de Aoste. El general conde de Boignes dotó á Chambery, su patria, de uno de estos establecimientos; y el santo abate Ducrey les cedió el de Mélan en las encantadoras soledades de Faucigny, entre el Mont-Blanc y el Mont-

Buet. En 1838 fundó Cárlos Alberto la residencia de San Remo en la ribera de Génova. Solo poseian los Padres en Turin el colegio de los Nobles, sin que hubieran podido lograr en tiempo de los dos últimos reyes una iglesia para llamar al pueblo á los piadosos ejercicios y á las dulzuras de la oracion. La de los Santos Mártires en Dora-Grossa y la casa á ella anexa habian pertenecido á la Compañía, hasta que al verificarse la supresion vióse transformada la iglesia en parroquia de la ciudad, y convertida á la vez la casa en centro de administracion pública, en fonda y en prision. Tres años despues de su advenimiento al trono, supo Cárlos Alberto vencer todos los obstáculos y restituir á la Sociedad de Jesús la iglesia y el colegio de Dora-Grossa.

La universidad de Génova siguió el ejemplo de todas las demás, apoderándose del antiguo colegio de los Jesuitas para convertirlo en su palacio; y si bien no era posible despojarla de aquella casa que consideraba ya como el precio de su victoria, no por ello dejó de persistir Cárlos Alberto en establecer el Instituto en la capital de la antigua república, por mas numerosos que fuesen los obstáculos que se oponian á sus constantes miras. Nadie se atrevió sin embargo á oponerse abiertamente á los deseos del Rey; con todo se procuraba de un modo indirecto contenerlos por medio de las intrigas administrativas; pero Cárlos Alberto, que comprendió no permitirle su dignidad entrar en pugna con tan mezquinas rivalidades y bajas pasiones imponiéndolas silencio con una sola palabra, aparentó ignorarlas. «Ya que me es imposible, decia, encontrar una casa en Génova para los Jesuitas, voy á cederles la mia; ¿quién podrá impedírmelo?» Inmediatamente les designó el palacio Doria-Tursi, llamado *Palazzo della Regina*, porque María Teresa, viuda de Víctor Manuel, habia vivido en él con sus hijas la emperatriz de Austria, la reina de Nápoles, y la duquesa de Luca.

Á tan inesperada muestra de real confianza, conocieron los adversarios de la Compañía lo imprudente de su conducta, y que para perder á los Jesuitas en un plazo mas ó menos largo, no debian en lo sucesivo atacarles de frente. Era Cárlos Alberto el ídolo de sus pueblos: legislador y guerrero, y tan hábil economista como generoso pródigo, proseguia activamente sus útiles reformas. Despues de haberse hecho cargo de la situacion, nunca queria retroceder ante las preocupaciones de otra edad que procuraban sembrar los amigos de las luces y del progreso constitucional; como conocian estos, pues,

su carácter resuelto, creyeron que les seria mas fácil minar la plaza que tomarla por asalto. Procuraron en un principio propalar la voz de que los Jesuitas harian arrepentir al Rey de su proteccion; que impondrian á la corte y á los ministros su voluntad inmutable, y que no pararian hasta tener en sus manos las riendas del gobierno. Visto el desprecio con que eran acogidas estas farsas, se procuró hacer circular otras: se hizo presente á Cárlos Alberto que eran los Padres excelentes religiosos, buenos directores, oradores elocuentes y santos misioneros; pero que su enseñanza no estaba en relacion con las necesidades del siglo ni con la civilizacion moderna, por ser los Jesuitas enemigos de toda idea nueva. Seria preciso á los jóvenes educados por ellos un rey absoluto como Amadeo II, y santo como Humberto; á cuyos ardides se sonreia el Monarca dejando al tiempo el cuidado de terminar la cuestion, que cada dia iba resolviéndose en el sentido deseado por el Soberano.

Acababa la Sociedad de Jesús de verse libre de las revoluciones de Italia, cuando creyó otra vez su existencia comprometida por la eleccion de un nuevo Papa. Murió Pio VII en 20 de agosto de 1823 en una avanzada edad practicando todas las virtudes; por lo que se reunió el conclave para nombrar otro Pontífice á la Iglesia. No podia ser aquella eleccion por ningun término indiferente á la Órden de Jesús por contar algunos adversarios en el Sacro Colegio; sobre todo el cardenal della Genga parecia serle muy poco favorable desde que celebró la Órden su Congregacion general, por haberse declarado abiertamente el Cardenal contra los Padres. Sabíase por otra parte que era el Cardenal muy aferrado á sus ideas, y que aunque justo era su voluntad inflexible. Á pesar de que no tenia ninguna probabilidad de ocupar la silla de san Pedro, fue nombrado papa en 28 de setiembre de 1823, contra la voluntad y poder de Consalvi. Como decian los conclavistas, estaba Aníbal á las puertas de Roma, y entró triunfante en ella, haciendo temblar á los Jesuitas su encumbramiento, por no haber olvidado ninguno de ellos los acontecimientos que precedieron á la Congregacion general. Con la tristeza en el alma confesaban el triunfo de su enemigo; sin embargo la reflexion y el tiempo vinieron á calmar su dolor y á hacer brillar en el cielo de su porvenir un rayo de esperanza, como se desprende de la relacion histórica que hizo del conclave el P. Rozaven en 11 de octubre de 1823 al P. Billy, expresándose sobre Leon XII en los siguientes términos:

«Ese nombre promete mucho, y parece estar destinado á satisfa-«cer todas las esperanzas, atendidos los grandes hechos consumados «en el poco tiempo que rige los destinos del orbe católico. Lo que «tanto deseais saber y que esperais os diga sobre sus intenciones «respecto de la Compañía, debe tranquilizaros del todo. En virtud «de lo ocurrido de tres años á esta parte, podíamos temer con fun-«damento que no estuviera muy dispuesto en nuestro favor; pero «Dios tiene de sus manos el corazon de los Reyes, y sobre todo el de «los Papas está en la mano de Dios; puesto que al hallarse revesti-«dos de aquella dignidad, adquieren un nuevo espíritu. No ha podi-«do hasta ahora ser presentado nuestro Padre General al nuevo Papa, «pero ya sabemos que nos es propicio, y que no tardará en darnos «una prueba pública y patente de su benevolencia. Una persona á «la cual quiere mucho y que profesa á nuestra Órden el mas vivo «afecto, se tomó la libertad de recomendársela, á lo que le contestó «el Papa: «Vos os interesais por la Compañía; pues bien, sabed «que yo me intereso por ella aun mucho mas que vos.»

«Sé tambien muchas otras cosas que os diria voluntariamente, pero «que no me atrevo á escribir: en resúmen, puede la Compañía con-«fiar en nuestro nuevo Papa, cuya preciosa existencia se sirva Dios «conservarnos dilatados años; solo hay algunas prevenciones contra «determinadas personas. Si me cabe la desgracia de ser una de ellas, «lo que no puedo afirmar, por mas que lo tema, aunque se me haya «dicho lo contrario, con tal que proteja á la Compañía, me dejaré «contento arrojar al mar. Si persuado al Padre General de que no me «convienen los aires de Roma, estoy resignado á ir á respirar los de «Francia, y hasta aun los que respiró el P. Beaugeant en su des-«tierro: que se me dé el cargo de profesor de lógica y de metafísica, «*pro nostris*, y mi ambicion quedará satisfecha. Tendré el mayor «placer en enseñar á esos jóvenes á discurrir y raciocinar exacta-«mente, lo que se hace en los tiempos que corremos mas raro cada «dia.» La prueba pública y manifiesta de la proteccion de Leon XII que promete el P. Rozaven á los Jesuitas de Francia, no tardó en ser oficialmente dada. No proscribió el Papa á ninguno de los discípulos de san Ignacio que entraron en pugna con el cardenal della Genga, ni aun al P. Rozaven; antes por el contrario, publicó en 17 de mayo de 1824 el breve *Cum multa in urbe*, que restituia á la Sociedad de Jesús el colegio Romano, cuyo nombre habian logrado inmortalizar sus mas ilustres maestros. El marqués Patrizi, sena-

dor de Roma, habia sido ya en tiempo de Pio VII el intérprete de las familias cerca la Santa Sede, presentando al Papa una súplica en la cual se leia: «El colegio Romano, santuario dedicado á las cien«cias y á la Religion, antigua propiedad de la Compañía de Jesús, «seminario de un gran número de personajes célebres por su santidad «ó su saber, se halla todavía en poder de manos mercenarias. Aun«que en virtud de un acta de Vuestra Santidad se prometió á los «Jesuitas la restitucion de sus antiguas propiedades que no estuvie«sen enajenadas, por los que no se pueda dudar que el referido Co«legio les será prontamente restituido, se resuelve el pueblo á ten«tar los medios que crea mas conducentes para acelerar esa restitu«cion que será el complemento de sus deseos.»

Solicitaba el pueblo romano esta gracia al trono de Pio VII; pero los acontecimientos, mas poderosos que la voluntad de los hombres, hicieron aplazar la concesion á un Papa amigo de los Jesuitas. Su sucesor, á quien creian su adversario, accedió á aquella peticion espontáneamente: hé aquí cómo empezaba el breve de Leon XII:

«Entre los numerosos establecimientos que la previsora solicitud «de los Soberanos Pontífices ha fundado en nuestra ciudad para pro«curar eficazmente la salvacion y todas las ventajas al pueblo cris«tiano, ninguno hay sin duda tan digno y honroso como el colegio «Romano; ese colegio que, levantado para la gloria de la Religion «y de las bellas artes por Gregorio XIII de feliz memoria, y cons«truido con tanta grandeza y magnificencia, mereció durante el cur«so de su duracion por parte de nuestros predecesores los mas evi«dentes testimonios de especial solicitud y paternal benevolencia.

«Es, en efecto, digno de admiracion el que ese jardin por tanto «tiempo cerrado haya producido sin interrupcion hasta nuestros dias «tan sabrosos frutos, esto es, que ese santuario de las bellas artes «haya formado para el bien de la Iglesia y del Estado un tan gran «número de hombres eminentes y recomendables por la santidad de «sus costumbres, el alto honor de sus dignidades y la excelencia de «sus doctrinas.

«Ese colegio que debe su esplendor á san Ignacio de Loyola, fun«dador de la Compañía de Jesús, fue confiado por los Soberanos «Pontífices á los sacerdotes regulares, que lo gobernaron con tanta «prudencia y acierto mientras subsistió su religion, así como des«pues de ellos lo dirigieron, dando el mismo resultado, los sacer«dotes seculares á quienes se confió. Pero como nuestro predecesor

«Pio VII, en virtud de sus cartas apostólicas del 7 de los idus de agos-«to de 1814, restableció á la Compañía de Jesús en su primitiva dig-«nidad, á fin de que educara á la juventud en las ciencias y en la «virtud: Nos, que estamos plenamente informados de la intencion «que tenia aquel Pontífice de colocar nuevamente á la Sociedad de «Jesús en el colegio Romano, hemos creido deber inmediatamente «deliberar sobre este negocio y consultar la Congregacion de nues-«tros venerables hermanos los Cardenales de la santa Iglesia, á «quienes hemos confiado la importante mision de establecer en todos «nuestros Estados el sistema de instruccion mejor y mas ventajoso, «por ser el único medio de regenerar la sociedad entera en estos «tiempos tan calamitosos y funestos para la Iglesia: concedemos por «la plenitud de la autoridad apostólica y por las presentes señalamos «y cedemos para siempre á nuestros queridos hijos, los clérigos re-«gulares de la Compañía de Jesús, y en su nombre á nuestro que-«rido hijo Luis Fortis, general de la referida Compañía, el colegio «Romano, la iglesia de San Ignacio y el oratorio que lleva el nom-«bre del P. Caravita, los museos, la biblioteca y el observatorio con «todas sus dependencias, con la condicion de que deberán tener en «este colegio, segun la antigua costumbre que estaba en vigor el «año 1773, escuelas públicas á las cuales mandamos unir las cáte-«dras de elocuencia sagrada, física y química.»

En aquellas circunstancias era aquel breve mas que una consagracion para la Sociedad de Jesús, puesto que venia á ser entre ella y la Santa Sede un indisoluble lazo, porque en Roma nunca buscan los Papas destruir lo que sus predecesores levantaron. La aprobacion de Leon XII, sancionando y aumentando los favores acordados ya por Pio VII, era tanto mas preciosa para los Jesuitas en cuanto no titubeaba el nuevo Pontífice en cortar de raíz los abusos que le hacia descubrir su austera prudencia. Siempre enfermizo, pero dispuesto siempre á superar los sufrimientos del cuerpo con el inalterable vigor de su alma, procuraba Leon XII imitar á los Pontífices mas venerados que le precedieron, haciéndoles resucitar, por decirlo así, en su augusto trono. Comprendia las necesidades de su siglo y el verdadero espíritu del ministerio sacerdotal; por esto era económico y justo, benévolo y rígido, y no le fue difícil ponerse de acuerdo con los Jesuitas. Es verdad que no les habia sido favorable antes de su encumbramiento, pero el trono le inspiró otras ideas que supo conservar para siempre. El sucesor de Pedro comprendió que el

Instituto no estaba en pugna con tantas hostilidades patentes ó secretas sino porque defendian los Padres la Religion y los Gobiernos legítimos. Por esto resolvió el Papa por deber y reconocimiento proteger á su vez á los discípulos de san Ignacio, sin que faltara nunca á la benéfica mision que se impuso. Solo faltaba en Roma y en los Estados pontificios dejar obrar para ello á las poblaciones cuyo noble ardor supo sostener y aumentar el Papa con su laudable ejemplo. Visitó á menudo las casas de la Compañía, se ocupó en la beatificacion de sus Santos, acrecentó con sus beneficios el colegio Germánico [1], y protegió generosamente á aquella Sociedad en la que tanto admiraba sus luces y su ardiente celo. Tenia Leon XII algunos sobrinos cuya educacion confió al P. Ricasoli que tuvo la gloria de ver al mayor de ellos revestido con la púrpura romana, y sostener en la silla arzobispal de Ferrara la grandeza del nombre de della Genga. Su solicitud por todas las iglesias no impedia al Pontífice dirigir de cuando en cuando una mirada de amor hácia la ciudad que fue su cuna. Á pesar de que habia hecho ya bastante en favor de Spoleto, quiso en el mes de noviembre de 1825 hacer todavía mas por ella, restaurando el antiguo colegio de la Compañía, mientras se erigia al mismo tiempo en Roma el colegio de los Nobles [2]. Á fin de hacer al colegio Romano digno de su pasada gloria, reunieron los Jesuitas la flor de sus profesores: Antonio Kohlmann dejó el Maryland para enseñar el dogma en él; Dumouchel, uno de los alumnos mas

[1] Estaba ya establecido el colegio Germánico sobre sus antiguas bases. Los dos primeros discípulos que se formaron en la escuela de los Jesuitas de Ferrara fueron José Depreux, obispo de Sion en Valais, y Francisco Machoud, canónigo de aquella catedral: en 1819 unióse Fontana, hoy dia arcediano de Friburgo, á los dos valesanos. Aquel gérmen del colegio aleman fue transferido á Roma en la casa del Gesu; y en 1825 mandó Leon XII que volviesen á tomar los gèrmanos su antiguo traje. Al presente ese establecimiento que no tiene casa ni iglesia propias, florece como en los mas felices dias del Instituto, pudiéndose decir que es todavía el plantel de los Obispos de Alemania. Nótase entre estos al conde Lubienski, obispo de Rodiópolis, á Jorge Stahl, obispo de Wurzburgo, al conde Cárlos Augusto de Reisach, nombrado por Pio VIII rector de la Propaganda á su salida del colegio Germánico, y elegido por el Rey de Baviera obispo de Eichstadt y coadjutor de Munich.

[2] No pudieron los Jesuitas ocupar este nuevo establecimiento hasta 1826, por existir una ley en Roma que era religiosamente observada, consistente en que durante el tiempo del jubileo no se podia obligar á ningun inquilino al desocupo de la casa que habitaba. Leon XII deseó dar á todos los fieles un ejemplo de respeto en favor de las prescripciones antiguas, y hé aquí por qué los Jesuitas no se instalaron hasta un año mas tarde en la casa que les pertenecia.

distinguidos de la Escuela politécnica, fue encargado de la cátedra de astronomía, y Van Evenbroeck de la de controversias. Andrés Caraffa, Cárlos Grossi, Javier Patrizi, Juan Perrone, Bautista Pianciani, Miguel Tomei y Domingo Zecchinelli secundaron los esfuerzos de aquellos sábios que dirigian Taparelli y Finetti: el P. Luis Maillard fue el que abrió gloriosamente el curso de las tésis públicas.

Esta sucesion de acontecimientos felices no cogió por cierto á los Jesuitas desprevenidos. El P. Pallavicini declinó en Reggio los honores del episcopado, y el P. Benito Fenwich solo supo su nombramiento para la silla de Boston cuando recibió las bulas para que la aceptara. Antonio Kohlmann y Pedro Kenney fueron igualmente propuestos para los obispados de Nueva-York y de Drummore, de lo que informaron desde luego al General del Instituto. Suplicó Fortis al Papa que librara á los dos misioneros de tan terrible honor, y Leon XII acogió benigno aquella ambicion de humildad: solo aspiraban los Jesuitas á vivir en la indigencia y el trabajo, cuando un noble polaco les enseñó tambien á morir santamente. El conde Miguel Szczytt nació en la Rusia Blanca á 3 de diciembre de 1786, habiendo sido uno de los mas intrépidos soldados de Alejandro I: era hombre de una estatura colosal y de un valor que nunca conoció el peligro; cuando se firmó la paz renunció á la carrera de las armas, y se fué á vivir entre los jesuitas de Polotsk. Despues de haber recorrido por última vez la Europa, se refugió en la capital del mundo católico, donde le recibió el P. Rozaven como su propio hijo: en 31 de mayo de 1824 recibió Szczytt las sagradas órdenes, y entró en el noviciado de los Jesuitas. Murió en 24 de junio de 1825 á la edad de treinta y nueve años, legando á todos sus hermanos del Instituto el ejemplo de una vida edificante y de una muerte preciosa delante de Dios.

Como consta en los anales de la Iglesia haber sucedido repetidas veces, sucumbian el Papa y el General de los Jesuitas cási á un tiempo mismo. Terminó Leon XII su carrera á 10 de febrero de 1829, habiéndole precedido Fortis tan solo de catorce dias en el sepulcro, pues exhaló el General su postrer suspiro en 27 de enero de aquel mismo año. Encontráronse algunas líneas escritas de su propio puño, por las que designaba por vicario al P. Pavani, provincial de Italia. El jefe interino de la Órden llamó junto á sí al P. Roothaan, á fin de que le sucediera en las funciones que trataba de abdicar, y

luego convocó la Congregacion general para el 29 de junio. Los principales jesuitas delegados á ella fueron Juan Grassi, Francisco Finetti, Luis Loeffler, Nicolás Godinot, Tom Glover, Sineo, Landès, Korsak, Julian Druilhet, Richardot, Bird, Olivieri, Narbonne, Vulliet, Petit-Jean, Drach, Sorrentino, Scarlata, Broock, Kenney, Sancho y Janssen.

En 9 de julio el P. Roothaan, cuyo nombre se confundia con el del P. Rozaven para aquel nombramiento, fue nombrado general de la Compañía en el cuarto escrutinio. Eligió para procurador general á Serafin Manucci, y á Janssen para secretario de la Órden, ocupándose luego en satisfacer los deseos manifestados por las diferentes provincias. Todos demostraron la solicitud de que se hallaba cada miembro animado para conservar al Instituto en toda su integridad y hacer prosperar la enseñanza: á este fin pidieron unánimemente la revision del *Ratio studiorum*, para apropiarlo á las necesidades de la época. Antes de que la Congregacion discutiera ese punto esencial, que cuando la eleccion de Fortis solo habia sido admitido como principio, creyó el General deber manifestar su opinion en una cuestion tan vital. Declaró que las circunstancias y la agitacion de los ánimos exigian imperiosamente la realizacion del deseo que animaba á todos los Padres, pero que él creia no deber elevarse á forma de ley antes de haber hecho sancionar por la experiencia las mejoras introducidas en las provincias de la Órden: su opinion fue adoptada. Un nuevo Pontífice se habia destinado ya a la Iglesia universal; recayendo en 31 de marzo de 1829 la eleccion en el cardenal Javier Castiglione, el cual en el último conclave fue presentado por el Austria y la Francia, y á quien designara por su sucesor Pio VII en los últimos instantes de su vida: tal fue el que reemplazó á Leon XII. Pio VIII debia pasar como un meteoro por la Silla apostólica. Cuando en 22 de abril se presentaron los Jesuitas á recibir la bendicion del nuevo Pontífice, se apresuró este á darles una prueba evidente de su amor dirigiéndoles las siguientes palabras:

«Lo he dicho á menudo, y lo repetiré siempre con complacencia, «amo á la Compañía de Jesús con un amor que tengo grabado en «mi corazon desde la infancia. Siempre he profesado una singular «devocion á san Ignacio y á san Francisco Javier, cuyos nombres ten«go la dicha de llevar, aunque indignamente: estudié con los mas «célebres jesuitas, por lo que me consta que han prestado á la Igle-

«sia eminentes servicios: la Iglesia no puede separarse del Papa, «así como este tampoco puede separarse de la Compañía. ¡Son tan «tristes los tiempos que corremos! Nunca desplegó la impiedad tan«ta audacia, tanto odio, tanta astucia; quién sabe si el dia de ma«ñana habrá recibido ya la Iglesia nuevos ataques que debemos «prevenir uniéndonos para hacer frente á los enemigos del Señor. «Entrad, pues, de nuevo en vuestras provincias y abrasadlas con «el ardor que os anima: predicad, enseñad la obediencia y la vir«tud en las escuelas, en las cátedras y en los confesonarios, con la «voz, con el espíritu y con la pluma. ¡Que Dios bendiga vuestros «esfuerzos! Y vivid seguros que siempre hallaréis en mí el mas tier«no y mas afectuoso de los padres.»

En la víspera de los acontecimientos que iban á trastornar la Europa y á desolar la Iglesia católica, es innegable que tenia aquel discurso algo de tristemente profético. No se ocultaba á los Jesuitas la gravedad de las circunstancias ni que eran ellos objeto de los supuestos terrores y encarnizados odios de la incredulidad y del carbonarismo; pero alentados [1] por el Papa, no se dejaban intimidar por los enemigos de la Religion.

Nacio Juan Roothaan, nuevo general de la Órden, en Amsterdam á 20 de noviembre de 1785: era su carácter un cúmulo de opuestas cualidades, era tranquilo y frio en el exterior, cuanto ardiente y sensible interiormente. La moderacion en todos sus actos y palabras era su virtud dominante y estaba basada en la fuerza de su carácter y en su educacion primera. Nacido católico en un país protestante [2] y

[1] Acompañado Pio VIII de los cardenales della Somaglia y Odescalchi se trasladó al Gesu en 2 de diciembre de 1829 á fin de orar ante el altar de san Francisco Javier, cuya fiesta celebraba aquel dia la Iglesia, y en él promulgó el decreto de la canonizacion del bienaventurado Alfonso de Liguori. El dia y el lugar elegidos para la publicacion del decreto no sorprendieron á nadie en Roma, porque la doctrina de Liguori es idéntica á la de los teólogos de la Compañía: su teología moral no es mas que el comentario de la *Medulla theologiae moralis* del P. Busembaum, cuyo texto ha conservado íntegramente. La canonizacion de Alfonso de Liguori era, pues, la justificacion de los casuistas del Instituto y principalmente de Busembaum, cuya obra no habia sido tan vivamente atacada por los Jansenistas sino por la extrañeza del nombre del autor, contra el cual dirigieron un sin fin de sarcasmos, por serles imposible atacar en buena lógica la veracidad de la obra.

[2] Cuando concibió en 1804 el jóven Roothaan el proyecto de abandonar á su país y su familia para seguir en la Rusia Blanca la vocacion que se manifestaba en él, partió inmediatamente de Amsterdam dirigiéndose al colegio de Po-

siendo jesuita en un imperio cismático, no es extraño conociera ya desde su edad mas temprana el precio de la tolerancia : amaba el estudio, la oracion , la enseñanza y el apostolado. La eleccion de los Padres le colocó al frente de la Sociedad , cuyo peso se resignó á aceptar, mandando como habia hasta entonces obedecido, sin ostentacion y con dignidad. Para hacer frente á las tormentas que no cesaban de amenazar al Instituto, para alentar á los tímidos y reprimir la impetuosidad de los exaltados, se necesitaba un carácter perseverante y prudente, que Roothaan supo conservar correspondiendo así á las esperanzas de todos los profesos. Fue colocado á la cabeza de la Órden de Jesús en una época en que se hallaban las pasiones exaltadas, por lo que ya desde el primer dia se trazó una línea de conducta que no dejó de seguir jamás.

No ignoraba la Compañía que todos los golpes de que era blanco se dirigian mas bien contra el Catolicismo que contra ella ; sin embargo resignada se asumia toda la responsabilidad de aquellas acusaciones ; persuadida de que la Santa Sede tendria en consideracion sus sacrificios, permanecia impávida ante los ultrajes, por mas que debiesen estos convertirse muy pronto en violencias, como no tardó en suceder desde el momento en que estalló la revolucion de julio dando la señal á todos los demás conspiradores. Italia, España, Portugal y Polonia se insurreccionaron tambien en nombre de la libertad, haciendo expiar esta en todas partes su triunfo á los Jesuitas, excepto en Varsovia y Bruselas. Bajo el nombre de Jesuitas se confundian la fe de los pueblos, la autoridad de la Iglesia y las diferentes jerarquías del Clero : por todas partes la Revolucion arrojando su máscara se presentaba con la cara descubierta aspirando á derribar los tronos para sofocar el Catolicismo. Como en Francia y en España, no fueron los Jesuitas de Italia mas que un accesorio, á

lotsk donde llegó sin mas recomendacion que una carta de uno de sus maestros protestantes. Hé aquí lo que escribia en 15 de mayo de 1804 á los Padres de la Compañía Van Lennep , célebre profesor de literatura del Ateneo de Amsterdam :

« No ignoro cuánto se distinguió ya desde sus primeros dias la Sociedad en to-«dos los ramos del saber, ni que sus servicios han sido tan brillantes que no po-«dráns ser nunca olvidados.» Y luego hablando de su protegido católico añadia: « Os recomiendo, reverendos Padres , de un modo particular á ese jóven, «cuyo mérito he podido yo apreciar altamente. ¡ Ojalá le colmeis de ciencia y «virtudes para que le veamos un dia adornado con esos dones por los cuales «ha emprendido tan largo viaje ! »

quienes se persiguió solo por complacer la conciencia liberal; puesto que la insurreccion llevaba mas altas sus miras. La muerte de Pio VIII acontecida en 30 de noviembre de 1830 despertó en el corazon de los carbonarios romanos la idea de seguir el ejemplo de Francia. Esta habia formado sus barricadas y logrado su dia de devastacion y de engaños; y así es que á fin de contener á la Europa procuró propagar la revolucion en los Estados vecinos. Los carbonarios de las Legaciones se agitaron como la Polonia, por haberles prometido su independencia los agentes de la Revolucion, y mecídoles en la esperanza de que iba la Santa Sede á sucumbir bajo sus golpes, sobre todo en aquella época en que se veia la Iglesia sin jefe. Fué, en efecto, la insurreccion ganando terreno hasta que en 2 de febrero de 1831 fue el cardenal Mauro Capellari elegido papa bajo el nombre de Gregorio XVI.

No contuvo, sin embargo, del todo aquel nombramiento los proyectos de los révoltosos, los cuales no pudiendo oponerse á que tuviese Roma un Pontífice, intentaron impedirla de que tuviese un Soberano. Debia estallar en la capital una sublevacion el 17 de febrero en medio de la algazara del Carnaval; pero el cardenal Bernetti, que era hombre de talento y de energía, fue nombrado secretario de Estado, y como sabia de antemano los planes revolucionarios, logró con su firmeza hacerlos fracasar.

Á fin de tener mas prosélitos, alzaron los insurgentes de las Legaciones la bandera tricolor; pero á pesar de todos sus esfuerzos tuvieron que contentarse con su primera y única victoria alcanzada sobre los Jesuitas. En el mes de febrero, y cási en una misma hora, fueron invadidos los colegios de la Sociedad, y se apoderaron los revolucionarios de las casas del Instituto en Spoleto, Fano, Módena, Reggio, Forli y Ferrara, dispersando á los maestros y discípulos, y buscando las armas que debian haberse depositado allí como en un arsenal hostil al pueblo. Proclamaron la libertad, y el primer acto que esta les inspiró fue un decreto de expulsion: deseaban asegurar la victoria de la igualdad por medio de la arbitrariedad, y acudieron á la formacion de comisiones militares para librarse de la irrision pública [1]. Expulsaron á los Jesuitas en lugar de ir á vencer á los

[1] Apenas fueron dueños de la ciudad, cuando establecieron ya los carbonarios de Bolonia comisiones militares para juzgar con todo rigor y premura á cuantos no aceptasen gustosos la felicidad que querian los revolucionarios imponerles. Formaron tambien desde luego los carbonarios una guardia nacional,

austríacos, prefiriendo pasar el tiempo en promulgar injustas leyes, que en asegurar su triunfo por medio de una batalla decisiva. Solo servian los revolucionarios para injuriar y amenazar de muerte á algunos pobres ancianos é indefensos sacerdotes en el momento en que temblando por sus dias imploraban proteccion é iban á refugiarse en algunos buques extranjeros á fin de interponer las olas del Mediterráneo entre ellos y la injusticia de los hombres.

Solo contaba la insurreccion italiana con sus partidarios de allende los Alpes, puesto que en Italia ningun eco pudo encontrar su rugido. Expulsaba la Revolucion á los Jesuitas de sus colegios, mientras exhalaba sus últimas bocanadas por falta de apoyo. Sorprendidos por un momento los pueblos salian de su estupor para saludar con gritos de entusiasmo el advenimiento de Gregorio XVI al trono pontificio. Era este un papa cual se necesitaba en aquellas circunstancias en que tanto se agitaban los innovadores; era un príncipe de conciliacion y perseverancia, de saber y de tacto que unia al candor de un niño la experimentada sagacidad de la edad madura. Sacado Gregorio XVI de un monasterio de Camaldulenses, habia vivido mucho tiempo en él entregado al profundo estudio que le enseñó el conocimiento de los hombres, conocimiento que tanto le sirvió para el desempeño de los grandes negocios que tuvo á bien confiarle Leon XII. Sin duda habia tenido este Príncipe el valor de un mártir, así como tuvo el mas difícil aun de la paciencia y del deber. No podian ser mas terribles las pruebas por que pasaba en aquella sazon la Iglesia: tenia la Revolucion en las puertas de su reino, mientras que se le exigia consagrar aquellas revoluciones que trataban de legítimas los demás pueblos. Por una parte se apelaba á las armas contra la Santa Sede; y por otra se le exigia sancionar los poderes recientemente establecidos: habia reyes destronados que procuraban guarecerse á la protectora sombra de la silla de san Pedro, al paso que otros príncipes nuevos solicitaban como reconocimiento del derecho la proteccion que á todos concedió el Pontífice. La situacion no podia ser mas difícil; pero Gregorio XVI la supo dominar desenvolviendo y aplicando el principio de aquel ministerio pastoral que debe ser siempre indiferente á los vaivenes de la política. Mientras

siendo una de las atribuciones del Consejo el castigar como crímen *de lesa majestad* todo insulto, aunque solo de palabra, hecho contra la guardia cívica.

Siempre se halla en la revolucion lo ridículo junto á la crueldad sangrienta, por ser los revolucionarios lo mismo en todas partes.

que se dilucidaban en el Vaticano estas importantes cuestiones, los Jesuitas, proscritos por el espíritu revolucionario, volvian á entrar en sus establecimientos en medio de las aclamaciones de todas las familias. Para sostener la piedad y la disciplina en las Órdenes monásticas, adoptó en aquella época el cardenal-vicario Zurla una resolucion enteramente nueva: invitó á todos los religiosos de Roma á hacer los ejercicios de san Ignacio. Designóse al P. Finetti para enseñárselos, siendo la iglesia del Gesu destinada por el Cardenal para reunirse el Clero. Sucedieron á los excesos de la Revolucion algunos años de venturosa calma que supo aprovechar el Papa para acceder á los ardientes votos de la Propaganda, la cual por medio del cardenal Fransoni pedia que se confiara á la Compañía de Jesús la direccion del colegio Urbano [1]. «Estamos persuadidos tanto co«mo pueda estarlo nuestra Congregacion de la Propaganda, decia el «Soberano Pontífice en su breve de 20 de octubre de 1836, que la «educacion de esos jóvenes clérigos destinados á difundir la luz del «Evangelio hasta en los mas remotos confines, y á regar con sus «sudores apostólicos la viña del Señor, no puede estar confiada «para las ventajas de la Iglesia sino á los miembros de la Com«pañía de Jesús. Por su especial instituto está consagrada esta «Sociedad á dirigir la juventud en el temor de Dios, en las cien«cias y en las letras; asimismo es esta sociedad religiosa la que he«mos visto sin cesar dedicarse á procurar con celo la mayor gloria «al Señor en todas sus operaciones. La larga y feliz experiencia que «desde la fundacion de esta Compañía hasta nuestros dias tiene la «Iglesia de la incontestable aptitud de los Padres del Instituto para «dirigir las escuelas, ya de jóvenes seculares, ya de clérigos, en to«das las partes del mundo; y finalmente los honrosos y unánimes «testimonios que en todas partes los enemigos mismos de la Santa «Sede y de la Iglesia, por la evidencia de los hechos, se ven obli«gados á dar á la Compañía de Jesús por la excelente educacion que «procuran á la juventud; todos estos motivos nos inducen á acoger «con benevolencia la súplica que V. Ema. nos dirige á nombre de «la Congregacion de la Propaganda.»

Los peligros con que la incredulidad amenazaba á la Iglesia se

[1] El colegio Urbano, así llamado en memoria de su fundador el papa Urbano, lleva tambien el nombre de colegio de la Propaganda por formarse é instruirse en él los sacerdotes que deben predicar el Evangelio á las naciones mas remotas.

hacian extensivos al Pontífice y á la Propaganda. Devolvió Gregorio XVI á los Jesuitas el colegio Ilirio y el de Loreto. Un nuevo peligro vino á dar á todos la iniciativa del valor: el cólera, que habia sembrado el terror y la muerte en diferentes imperios, se presentó de repente á las puertas de Roma. Se ha dicho, y los periódicos anticatólicos de Francia y las hojas protestantes de Alemania se han complacido en repetir aquellas imputaciones, que á la aproximacion del cólera, la corte romana, los príncipes, las matronas de la ciudad, los médicos y el clero se habian visto poseidos de un sentimiento de terror que les impidió cumplir con su deber sagrado. El Papa, añadian, encerrado en su palacio, y rodeado de guardias, permaneció invisible á todos, tanto era lo que temia el contacto de su pueblo: aquel siervo de los siervos de Dios que debe inclinar la tiara ante los sufrimientos cristianos, el buen pastor que debia dar su vida por salvar á sus ovejas, olvidó esos gloriosos títulos por temblar al aspecto del peligro. El espanto del Pontífice se propagó á su Gobierno; los médicos no se atrevieron á socorrer á los coléricos, y los sacerdotes, particularmente los Jesuitas, retrocedieron cuando los moribundos les llamaban á su lecho de muerte como Ángeles de sus últimos consuelos.

Tales fueron las relaciones propaladas por el odio: hasta se calumnió la abnegacion de las mujeres á quienes hizo intrépidas el exceso del terror; se exageró la dureza del corazon de los ricos para insinuar á los pobres que era la Iglesia católica una madrastra sin entrañas. Á fin de exaltar mas la imaginacion de las masas se comparó la desolacion del cerco de Jerusalen con la apática desesperacion de Roma, excediendo esta á aquella en toda clase de miserias. Esa acusacion sistemática de inhumanidad, y esos cordones sanitarios dignos de eterna vergüenza, lanzados entre las lágrimas de un Soberano anciano y los dolores de sus súbditos, tuvieron algo de tan profundamente cruel, que el *Diario de Roma*, ó sea el Monitor pontificio, al ver dirigir tantos ultrajes á la triple tiara, no creyó deber guardar por mas tiempo el silencio que como ley le imponia la prudencia del Papa. Quejóse sin amargura, refiriendo la verdad de todo en el sitio mismo de los acontecimientos; pero estaba ya dada la órden á toda la línea anticatólica; ningun periódico pensó en desmentir ni en aprobar sus asertos.

Sin embargo eran los hechos sumamente sencillos. Apenas invadió la Europa el azote indio, cuando Gregorio XVI mandó á los

doctores Capello y Lupi, dos de los mas distinguidos médicos de Roma, que partieran á París para observar la enfermedad, sus progresos y los medios que para curarla debian emplearse. Otras precauciones llenas de prudencia fueron adoptadas tambien por el cardenal Gamberini, ministro del Interior: asimismo el cardenal Sala, presidente de la comision de sanidad pública, dispuso la formacion de nuevos hospitales. Por órden de Gregorio XVI se crearon tambien hospitales ambulantes en cada barrio, señalándose además diferentes casas de curacion en las que habria siempre muchos médicos dispuestos al primer aviso. Despues de haber el Papa dictado así todas sus disposiciones para la salvacion de los cuerpos, descansó en los Jesuitas únicamente por el cuidado de las almas, los cuales se constituyeron en enfermeros y capellanes de aquellos hospitales. El servita Moralli formó con sus exhortaciones una sociedad de damas de la Caridad que viviendo en el mundo se dedicaran á todas las obras de la beneficencia cristiana.

Al aspecto de tantos preparativos sintiéronse algunos ciudadanos dominados por el terror, mientras que otros pensaban tal vez que debia ser el cólera el auxiliar de sus venganzas particulares ó de sus sueños políticos. Una proclama de Ciacchi, gobernador de la ciudad, bastó para intimidar á los perversos y alentar á los buenos, que eran en Roma en mucho mayor número. No creyeron los romanos, como los demás pueblos sobre los cuales no pesa ya el yugo sacerdotal y que se creen por lo mismo llamados á difundir la civilizacion, que el Gobierno tuviese interés en envenenarles. No se arrojaron como aquellos sobre los médicos para despedazarles en su fanática desesperacion, no acusaron á los transeuntes de que fuesen la causa de aquel terrible azote, ni vieron á los magistrados municipales que se aprovecharan de aquel lúgubre momento para denunciar un partido á la ciega cólera de la multitud. Cercaba el cólera la ciudad eterna sin que sus habitantes se mataran entre sí acusándose de crímenes imposibles, por haber sido mas ilustrados ó mejor dirigidos que las otras naciones que tanto debian calumniarles mas tarde.

La propia enfermedad desconocida se cernió sobre Lóndres, París y Madrid, y en esas tres capitales de la regeneracion constitucional se vió á la muchedumbre entregarse á tales excesos de espanto y furor, que para encontrar de ellos un ejemplo igual, deberíamos remontarnos hasta los siglos de mas ignorancia y barbarie. Se asesinaba sin piedad á los hombres generosos que se lanzaban

entre el cólera y el pueblo, y se preludiaban por medio del motin escenas de horror y de sangre que mas que la misma epidemia debian contribuir al estupor general. Tales eran los transportes que estallaban en Lóndres, París y Madrid ; sin que pueda decirse otro tanto de Roma. Apiñábase el pueblo en las iglesias, rodeaba los púlpitos y sitiaba los confesonarios para dirigirse á Dios en aquel momento solemne con la voz y con el corazon. Tal fue el medio que empleó el cardenal Odescalchi, como vicario del Papa, para conjurar el azote, haciendo por este medio descender la paz en las almas. Así dispuesto el pueblo á la muerte, fué á ponerse en procesion solemne bajo la invocacion de la Vírgen, y aquella procesion calmó en Roma mucho mas los ánimos de lo que los calmaron los motines de París. La imágen de Santa María la Mayor fue trasladada de la basílica á la iglesia de los Jesuitas ; cuya traslacion, anunciando el peligro que amenazaba á la capital del mundo cristiano, fue dispuesta por Gregorio XVI para designar á los hijos de san Ignacio como los representantes de la caridad pontificia. El Papa rodeado de los cardenales, del senador y de los magistrados, quiso unirse al cortejo á pesar de hacer un calor sofocante, y seguir á pié la procesion, adelantándose entre una compacta multitud que revelaba la resignacion mas santa. Creció sin embargo de todo punto la solemnidad de aquel acto, cuando en la plaza del Gesu recibió el General de la Compañía en presencia de la corte apostólica el precioso depósito en que cifraban los romanos su fe y su esperanza. De todos los puntos de la ciudad se acudia en tropel á la iglesia de los Jesuitas : desvanecido ya el terror del pueblo, se le habia enseñado á contemplar el peligro sin estremecerse, y por ello esperaba firme y resignado. No tardó el mal en declararse, previendo los médicos desde el primer momento que serian horrorosos sus estragos. En 23 de agosto de 1837 se declaró en todos los barrios la enfermedad, cebándose indistintamente en todas las clases, como lo demuestra el haber sido las princesas Cristina Massimo y Chigi sus primeras víctimas. Cerníase con horror la muerte sobre la ciudad santa ; en 2 de setiembre y á la hora en que por lo regular se hacia sentir el cólera con mas intensidad, visitó el Papa todas las calles de Roma, á fin de bendecir, consolar y alentar á aquel inmenso pueblo que tendia hácia él sus brazos. La actitud de Gregorio XVI era triste y tranquila como la de todo justo en el momento del peligro : habia empeñado todos los tesoros de la Iglesia, por no poder

permitir el Padre comun de los fieles que muriesen sus hijos sin socorro. Algunos individuos del clero secular, así como cierto número de médicos, habian titubeado desde un principio; pero el ejemplo del Papa, de los Cardenales, de los Príncipes y de los frailes triunfó de su perplejidad. Pronto no hubo en Roma mas que una rivalidad en los sacrificios: los Dominicos, los Franciscanos, los religiosos de san Camilo de Lelis y los canónigos regulares, desafiaron la muerte, como desafia un soldado los mas inminentes peligros en los campos de batalla. En medio de ellos ó á su frente, correspondieron los Jesuitas á la confianza que Gregorio XVI y los romanos tenian en el Instituto; puesto que con una continua vigilancia, abundantes socorros y una actividad sin ejemplo supieron desempeñar todos sus deberes. Veíase á los Padres implorar la beneficencia del rico que con gusto cedia parte de sus tesoros para socorrer la pública necesidad; penetrar en los barrios mas pobres, cargar con los enfermos sobre sus hombros, distribuir á cada familia recursos de toda especie, endulzar los últimos momentos á los que espiraban, y sostener con su valor el ánimo decaido por el sufrimiento. Un escritor realista desterrado de Francia recibió en Roma una hospitalidad que no fue negada á todos los partidos que la reclamaron. Bérard, tal era su nombre, á quien la necesidad convirtió en médico, duplicó en él la gratitud, la actividad de su celo; y confundido entre los Jesuitas donde habia mayor peligro, como ellos escapó al contagio dando una prueba de que es la intrepidez el mejor de los preservativos [1].

Nueve mil trescientos setenta y dos ciudadanos fueron los atacados, de los cuales murieron cinco mil cuatrocientos diez y nueve, hasta el 11 de octubre en que desapareció el cólera enteramente. En medio de los transportes de gozo que ocasionó semejante noticia, no olvidó el Papa que era el padre de las viudas y el único apoyo de los pobres huérfanos. Tambien el arzobispo de París, Jacinto de Quélen, cuyo palacio fue saqueado y dotada su cabeza por la Revolucion, adoptó á todos los niños que dejó la muerte sin apoyo y sin familia. De pié sobre las ruinas de su arzobispado y animado por el ardiente celo de su caridad, enseñaba á los mas incrédulos á bendecir esa Religion que es el puro manantial de todas las grandes obras,

[1] Es muy notable que sobre mas de trescientos jesuitas que durante dos meses cuidaron y asistieron á los coléricos, ni uno solo se viese atacado de aquella enfermedad. Otro tanto sucedió respecto de la mayor parte de personas que se dedicaron con mas constancia al socorro de los atacados.

del perdon y de todos los consuelos. Ya cinco años antes admiró Gregorio XVI la solicitud pastoral del Prelado proscrito, y la consagró imitándola desde lo alto de su trono. El cardenal Odescalchi, intérprete de sus voluntades, excitó la conmiseracion pública en favor de los huérfanos, cuya suerte quedó asegurada por no haberse desoido su voz. Para vigilar mas atentamente el reparto de los socorros y la educacion de los niños, se nombró una comision superior presidida por el príncipe Orsini; siendo sus tesoreros los príncipes Cárlos Doria y Gabrielli, y secretario de la misma Camilo di Pietro, auditor de la Rota. Por una infraccion á las reglas de la Compañía de Jesús, aunque motivada por un sentimiento de gratitud que era muy útil eternizar, se obligó al P. Roothaan á formar parte de aquel comité bajo el título de consejero diputado eclesiástico. Seis fueron las secciones particulares que se unieron á la comision, siendo sus jefes Mons. Morichini, la princesa Orsini, el marqués Patrizi y la condesa Marioni, el príncipe Domingo Doria y la condesa Lozzano-Argoli, Mons. Marini y la princesa Borghese, el marqués Serlupi y la condesa de Marsciano y el caballero Reni-Picci y la condesa Orfei. La princesa Borghese se declaró tutora de los huérfanos, y como tal les hizo educar en su palacio. Decidió el P. Roothaan que fuesen mantenidos veinte huérfanos en San Estéban-le-Rond á expensas de la Sociedad de Jesús.

Un sacerdote de Verona, llamado Pedro Albertini, concibió en el mes de enero de 1830 el proyecto de hacer llamar á los Jesuitas en la Lombardía veneciana, cuyo proyecto acogieron gustosos el obispo de la diócesis, los magistrados de la ciudad y la poblacion entera. En su consecuencia expidióse un decreto imperial en 19 de marzo de 1836 autorizando á los Padres para entrar en todos los reinos sometidos al Emperador de Austria, donde se les permitiria el libre ejercicio de su Instituto y de su método de enseñanza, á pesar de las leyes que se lo prohibian. Fundóse inmediatamente una casa para la Órden, la cual fue desde luego visitada por el Emperador y su esposa Ana María de Cerdeña. Hácia aquel mismo tiempo renunciaba el cardenal Odescalchi á las dignidades de la Iglesia para empezar su noviciado.

Nació Cárlos, príncipe Odescalchi, en 5 de marzo de 1786: era uno de esos seres privilegiados que el mundo admira é impulsa hácia el retiro, á pesar de ser su mas bello adorno. Destinado Cárlos á todas las grandezas por su nacimiento y por su mérito, habia oido

ya en su juventud una voz interior que le decia abrazara la regla de san Ignacio: las consideraciones de familia y una órden de Pio VII reprimiendo aquel deseo, condenaron á Odescalchi á los honores de la púrpura y del episcopado, llegando á ser muy pronto por su piadosa amenidad y talento una de las glorias del Sacro Colegio; á fin de ocuparle Gregorio XVI en las virtudes que estuviesen mas en contacto con la soledad, le encargó las funciones de vicario general de Roma. La carrera del Príncipe de la Iglesia fue rápidamente recorrida; así fue que creyó Odescalchi deber empezar otra por la cual se sentia despues de tanto tiempo inclinado. El Soberano Pontífice y los Cardenales luchaban de continuo contra aquella vocacion irrevocable, llegando hasta el punto de pedir al Cardenal en nombre del Catolicismo el sacrificio de sus inclinaciones. Aumentábanse cada dia los obstáculos que se oponian á los deseos de Odescalchi, hasta que por fin triunfó este de la amistad que le profesaba Gregorio XVI, y despues de haber recibido sus últimos abrazos partió secretamente de Roma, como un culpable que se oculta, ó como un hombre feliz que evita todas las miradas para mejor gozar de su felicidad. El Consistorio aceptó la dimision de los importantes cargos ofrecida por el Cardenal, y desde luego fue admitido el Príncipe de la Iglesia en el número de los novicios de la Sociedad.

En 8 de diciembre de 1838 se despojó el cardenal Odescalchi de la púrpura que tan dignamente vistiera, en manos del P. Antonio Bresciani, rector de Módena, para vestir aquel mismo dia por primera vez el hábito del Instituto. Para él, servir era reinar, por lo que todas las fatigas del noviciado se le convirtieron en los mas dulces goces, siendo para él la celda que debia ocupar mas bella á sus ojos que los palacios en que pasó hasta entonces su vida. Desprendido de la tierra, se replegó aquel hombre en sí mismo para vivir enteramente como jesuita: unos le admiraban, al paso que otros le compadecian, mientras que él en el colmo de la dicha solo pensaba en bendecir á Dios. Hé aquí en qué términos anunciaba al General de la Compañía el primer dia de su felicidad en 8 de diciembre de 1838:

«Mi muy reverendo Padre: Habiendo tomado esta mañana el santo «hábito de la Compañía despues de celebrar la santa misa y haber «dado la comunion á los novicios mis hermanos muy amados, por «habérmelo así prevenido el Padre rector, consagro mis primeros mo«mentos á escribir á vuestra Paternidad, por mas que no deba partir

«esta carta hasta mañana. Os escribo sin dilacion, mi muy reve«rendo Padre, para daros las gracias por la preciosísima carta que os «habeis dignado dirigirme, y que conservaré fielmente para consuelo «de mi alma, junto con el breve del Santo Padre que, debo confe«sarlo, me ha colmado de dicha y de tranquilidad.

«Las tiernas circunstancias que acabo de indicar y la de la her«mosa fiesta de la santísima Vírgen, á la que soy deudora de mi «vocacion y de la libertad que he obtenido para seguirla, no me «permitian diferir ni un solo instante el dirigirme á aquel que ha «venido á ser en la tierra mi superior en la nueva carrera que em«piezo á recorrer. Me siento tan feliz, que el gozo que experimenta «mi alma es indescribible: el mundo, cuyos juicios son á menudo «equivocados, pondera lo que él llama mi sacrificio heróico; mien«tras que yo solo bendigo la divina misericordia que me ha conce«dido hasta hoy la vida, y que me procura el medio de santificarme «y convertirme.

«Os doy las gracias por la bondad singular con que os dignais «hablarme de todos los de mi familia, y por decirme el efecto que «ha producido en ellos mi resolucion; estoy seguro que si hay al«guno que la haya desaprobado momentáneamente, ha sido tan solo «por la afliccion que le causaba. Examinada sin prevencion, se jus«tificará por sí misma: nuestro primer movimiento es siempre re«probar lo que nos desagrada; debe, empero, tenerse en cuenta si «hay ó no desacuerdo entre la conviccion del ánimo y el precipitado «juicio de los labios. Espero que todos mis parientes se tranquiliza«rán muy pronto, y cuando esto suceda no podrán menos de apro«bar mi determinacion.

«Deseo, mi muy reverendo Padre, que veais siempre en mí un hijo «sumiso, que de esta cualidad dispongais siempre de mí sin ninguna «consideracion, y que en fin tengais presente que el sacrificio de «mi voluntad es una dicha para mí.

«Animado de estos sentimientos tengo la honra de ser respetuoso «y obediente servidor de vuestra Paternidad. — CÁRLOS ODESCALCHI, «*novicio de la Sociedad de Jesús.*»

El P. Odescalchi, cardenal ó jesuita, vivió como un ángel y murió como un santo. Despues de haber pasado tres años en el ejercicio de los deberes sacerdotales y en las misiones, donde su palabra penetraba en los corazones como un dulce canto materno, espiró en Módena á 17 de agosto de 1841.

En medio de los acontecimientos que agitaban á la Europa, vino el año 1840 á inaugurar á los Jesuitas el cuarto siglo, desde el dia en que Paulo III en 1540 confirmó la Órden de san Ignacio. Era por lo tanto aquella una época solemne para los discípulos del Instituto, una época que habian celebrado ya dos veces con una pompa y satisfaccion de que participaron los Monarcas y los pueblos. Dirigió el P. Roothaan á sus hermanos una encíclica en 27 de diciembre de 1839, por la cual les prohibia la proyectada fiesta. El General de la Compañía, que preveia la tempestad que iba á descargar, no quiso que los cristianos goces de los Jesuitas pudiesen servir de pretexto á las amenazas y á las acusaciones. En la víspera de las tribulaciones que aguardan á los hijos de san Ignacio, les recuerda el General su destruccion de 1773 como para animarles en presencia del peligro: «Cien años ha, les escribia, entraba la Com«pañía en un tercer siglo floreciente y pujante, despues de haber «disfrutado desde mucho tiempo de una brillante reputacion en las «letras, en las ciencias y en la elocuencia sagrada, y dedicádose á «la educacion de la juventud cristiana...

«Trabajaba en la salvacion de las almas sin atender para ello á «clases ni condiciones cási en todos los Estados de la Europa cató«lica y no católica, en las mas apartadas regiones del mundo y en«tre los infieles, disfrutando en todas partes de la mayor estimacion «y recogiendo los mas abundantes frutos. Para colmo de su gloria, «los aplausos y favor de los hombres no pudieron atenuar en lo mas «mínimo la piedad sincera de los hijos de la Compañía ni disminuir «su ardor por la perfeccion. Si no es probable suponer, á causa de «la debilidad humana, que entre los veinte mil religiosos y aun mas «que contaba entonces la Órden, no hubiese algunos de imperfec«tos, puede á lo menos asegurarse que se veian muy pocos entre «aquel gran número que afligiesen á su buena Madre por la irre«gularidad de su conducta. Por el contrario, habia en cada provin«cia una multitud de religiosos de una santidad eminente que exha«laban á lo léjos el dulce aroma de Jesucristo. En todas partes sos«tenia la Compañía una encarnizada guerra contra el error y el vi«cio, combatiendo enérgicamente por la defensa de la Iglesia y la «autoridad de la Santa Sede. Cual centinela vigilante, estaba siem«pre la Órden dispuesta á desenmascarar los nuevos errores que em«pezaban á pulular en todas partes, á fin de destruir la Religion «primero, y luego los tronos de los Reyes, la sociedad y el órden

«establecido. Para destruir, ó á lo menos reprimir aquellos errores, «empleó la Órden la palabra, la pluma, los consejos, todos sus cui-«dados, todos sus esfuerzos, todos sus trabajos: hé aquí por qué «gozó de un gran crédito cerca de los Pontífices romanos y los Obis-«pos, los Príncipes y los pueblos. Era considerada como el glorioso «asilo de las ciencias, de la virtud y piedad, como un augusto y «vasto templo levantado á la gloria de Dios que estaba abierto al «mundo entero para la salvacion de las almas. ¡Quién hubiera en-«tonces podido creer que por medio de una revolucion tan completa «como inesperada, se viese aquel hermoso y admirable edificio, «cuya utilidad igualaba su grandeza, y cuyas vastas proporciones «parecian hacerle inmortal, herido de mil golpes repetidos conmo-«verse, temblar y hasta venirse abajo! Y, sin embargo, lo que pa-«recia increible, lo permitió Dios para enseñarnos á todos que ni «la reputacion de la ciencia y de la virtud, ni los brillantes resul-«tados, ni todo cuanto se llaman acciones inmortales, y ni aun el «favor de los poderosos del siglo pueden sostener una institucion «humana, cualquiera que sea, sin el auxilio de la Providencia, y «que es únicamente en su misericordia y en su auxilio que debe-«mos contar en todos tiempos. Permitiólo Dios para enseñarnos, á «nosotros sobre todo, lo poco que debemos contar con nuestras fuer-«zas, instruidos como estamos por la fe y la experiencia de que Dios «y su Iglesia no tienen necesidad de nuestro apoyo ni del de nin-«gun hombre, á fin de que no dejemos de repetir con el Salmista «tanto por cada uno de nosotros en particular como por la Compa-«ñía en general: *Conservadme, Señor, porque en Vos solo confio. He «dicho al Señor: Vos sois mi Dios, y no teneis necesidad de mis «bienes.*»

Despues de haber manifestado el General la caida de la Órden de Jesús, encargaba á sus hermanos la humildad, diciéndoles: «Si «debemos reconocer que Dios se mostró admirable con nuestros an-«tecesores, así como un dia si queremos que nuestros sucesores «puedan glorificarse en la misericordia que habrá usado Dios con «nosotros; guardémonos, mis reverendos Padres y queridos herma-«nos, de no enorgullecernos nunca, aun cuando hiciésemos gran-«des cosas que nos dieran derecho á la estimacion pública, puesto «que nunca debemos ambicionar los primeros destinos ni el título «de bienhechores entre los hombres. Pensemos, por el contrario, que «es la liberalidad de las personas piadosas la que sostiene nuestra

«existencia, y que es para nosotros un señalado beneficio el que no «desprecien los hombres nuestros servicios; que es un beneficio «tambien por parte de aquellos que acuden á nuestro ministerio, y «sobre todo un beneficio por parte de Dios, del que somos, ó á lo «menos debemos ser los instrumentos, y ante quien, aunque hu- «biésemos cumplido todo cuanto nos está mandado, solo seríamos «inutiles siervos. Por mi parte estoy convencido que si somos hu- «mildes, todo podemos prometérnoslo de Dios tanto por nosotros, «como por la Compañía; pero tambien creo que sin esta condicion, «todo lo debemos temer tanto por nosotros como por la Sociedad «entera.»

De este modo se dispusieron los Jesuítas para hacer frente á los peligros que les aguardaban á los pocos meses. La ciudad de Verona, secundando las intenciones de su obispo Grasser, y la de las mas ilustres familias, abrió á los hijos de Loyola el colegio de San Sebastian, á pesar de los grandes sacrificios que fueron necesarios y que gustosos se impusieron los magistrados y los ciudadanos para la construccion de aquel edificio. Pronto las ciudades de Cremona, Cividale-del-Friuli, Placencia y Parma siguieron su ejemplo. Nicolás Matthei, arzobispo de Camerino, y el cardenal Ferretti, arzobispo de Fermo, confiaron tambien á los Jesuitas la educacion de la juventud de sus diócesis En 2 de abril de 1842 firmó el emperador Fernando el decreto para la ereccion del colegio de Brescia. No tardaron, sin embargo, los Jesuitas en verse expuestos á incesantes ataques: en los países monárquicos se les acusaba de aconsejar á los pueblos la desobediencia hácia el Soberano, y en las Repúblicas de que eran los agentes del despotismo. Pretendióse que el príncipe de Metternich les tenia enteramente apartados del reino Lombardo-Veneto por lo mucho que temia su funesta influencia; no obstante, el Canciller germánico contestó á semejantes rumores abriendo á la Compañía de Jesús las puertas de Venecia. Largas y terribles fueron las luchas que debieron sostener en otro tiempo los Jesuitas contra esta República; las baterías austríacas ocupaban la plaza de San Marcos y los Jesuitas estaban á sus puertas, donde fueron acogidos tanto por el patriarca como por las auoridades alemanas y el pueblo con el mayor respeto. Desde Fra-Paolo Sarpi, existia una sorda enemistad entre los Padres y los sucesores del Consejo de los Diez, la que se logró hacer desaparecer en 31 de julio de 1844, ó sea el dia de san Ignacio, por haberse reunido el patriarca, el

gobernador, la nobleza, el clero y el pueblo para devolver á los Padres del Instituto la iglesia y la casa, de las que tantas leyes les han despojado.

De este modo sucedió la calma á la tempestad, y por todos los corazones verdaderamente católicos será conocido aquel repentino cambio, sin necesidad de que se dé sobre él explicacion ninguna. Reconocieron los venecianos la falta de sus antepasados, falta que supieron reparar á fin de que pudiesen gozar sus hijos de una educacion cristiana. Tales eran los acontecimientos que tuvieron lugar en la ciudad de los Dux en 1844; cuando un año mas tarde pasó la isla de Malta á ser posesion británica, manifestó tambien á su metrópoli el mismo deseo, que no tardó en verse cumplido. Los mismos protestantes ingleses confesaron, al fin, que para conservar su poder no debian someter la educacion de la juventud católica al yugo de la Iglesia anglicana: hombres libres por excelencia, quisieron dejar la libertad á los despojados á fin de asegurar mas completamente su autoridad entre ellos. Solicitó Malta por conducto de lord Stanley la ereccion de un colegio de la Sociedad de Jesús, el cual debia confundir á todos los hombres que hacen alarde de no pertenecer á ningun culto: en vano se opusieron estos con insistencia y hasta con amenazas á que se accediese á semejante peticion. Pero el Gobierno británico, que conocia por experiencia que la persecucion es el peor medio que puede emplearse para la propaganda, no consintió en entrar de nuevo en la peligrosa senda que acababa de abandonar, solo por complacer á algunos refugiados italianos y á antiguas enemistades luteranas. El Gabinete de San James encargó á lord Stanley, secretario de Estado, en el departamento de las Colonias, para que realizara sus promesas. Con este motivo le dirigieron los malteses la carta siguiente [1]:

«Habiendo sabido por conducto seguro que os habeis dignado «aprobar la ereccion en nuestra isla de un colegio dirigido por los «Padres de la Compañía de Jesús, nosotros indivíduos del Clero, «padres de familia y demás habitantes de Malta, nos apresuramos «á demostrar á V. S. nuestra sincera gratitud por semejante bene«ficio. Al cumplir con este deber nos felicitamos de que sea la ilus-

[1] Esta carta, de la que tenemos una copia certificada, contó en pocos dias con cuatro mil firmas, de las cuales seiscientas setenta y cinco eran del clero regular y secular, y las restantes de los nobles, abogados, médicos, propietarios, negociantes y magistrados del país.

«trada benevolencia de un ministro inglés la que nos procura la «inapreciable ventaja de poder confiar á los Padres de la Compañía «de Jesús la educacion de nuestros hijos, ventaja cuya experiencia «nos hace prometer los mas felices resultados, no solo á nosotros, sí «que tambien á nuestros padres que han colocado estas islas bajo el «gobierno paternal de la Gran Bretaña.

«Convencidos como estamos que la felicidad de las naciones así «como la de los indivíduos depende esencialmente de una educa-«cion que esté basada en la Religion, hemos visto con el mayor «placer la viva satisfaccion manifestada por todos los habitantes de «Malta al saber que accediendo V. S. á nuestros deseos, nos ha pro-«curado la dicha de poder confiar nuestra jóven generacion á unos «Padres que nos inspiran una entera confianza por la integridad de «sus costumbres, su saber y su celo por la Religion.

«Otra ventaja aun va á resultarnos de semejante medida, tal será «la de ver á nuestros hijos instruidos ya desde su edad temprana «por esos experimentados maestros, poder seguir con resultado los «cursos universitarios cuando se presente ocasion para ello, y re-«coger todos los frutos que no pueden dejar de producir los cuida-«dos y generosos esfuerzos de los respetables profesores de esta «Compañía.

«¡Cuántos padres de familia van á bendecir el nombre de V. S., «por procurarles el consuelo de ver á sus hijos educados en el seno «de la patria, á su vista, sin necesidad de verse obligados á en-«viarles léjos de su país y á hacer enormes gastos para que reciban «allí una educacion completamente extraña!

«No queremos abusar por mas tiempo de la atencion de V. S., «cuyos momentos deben seros tan preciosos; y así terminamos de-«clarando que consideramos esa benévola condescendencia á nues-«tros deseos como un nuevo lazo que unirá las afecciones de los «malteses al trono de la Gran Bretaña; como somos principalmente «deudores de este señalado favor á V. S., os suplicamos de nuevo «os digneis recibir por él nuestras sinceras y expresivas gracias.»

Como lo hemos dicho ya, el rey Fernando de las Dos Sicilias ha-bia restablecido desde 1804 la Compañía de Jesús aquende y allen-de el Faro, decidiendo que los bienes no enajenados fuesen resti-tuidos inmediatamente á los Padres. En su virtud recobraron su casa profesa, el colegio Massimo y sus iglesias de la ciudad de Pa-lermo. Pensó el Rey que los Jesuitas iban á contribuir á poner los

estudios mas florecientes en sus Estados; porque nada hay en efecto tan favorable al desarrollo de las ciencias y de las letras como la emulacion entre los diferentes cuerpos de enseñanza. En efecto, pronto rivalizaron los Jesuitas con la Universidad, arrancando, por decirlo así, la educacion pública del marasmo á que su monopolio exclusivo la tenia condenada. Diferentes colegios fueron fundados en Sicilia; pero cuando los trastornos de 1820 pusieron el poder en manos de los carbonarios, instaló aquel Gobierno revolucionario á sus representantes en la misma morada de los Jesuitas. Los Padres, que conocian el espíritu del pueblo, y que sabian que tarde ó temprano debia el egoismo y la avidez de los demócratas causar una reaccion, procuraron que fuese esta lo menos sangrienta posible: cuando estalló, todas las casas del Instituto se convirtieron en puntos de asilo donde se retiraron los vencidos bajo la proteccion de los hijos de san Ignacio. Aquel papel de mediadores entre los diferentes partidos exponia su vida á continuos peligros, que gustosos arrostraban los Jesuitas con el fin de calmar las pasiones: aquella abnegacion provocó en todos los corazones un reconocimiento tal que nunca el tiempo ha podido borrar. Los Jesuitas, como siempre, emplearon aquel sentimiento en ventaja de la Religion y de las buenas costumbres: fueron á la vez prisioneros y catequistas; formaron en todas partes congregaciones de operarios, de nobles y de comerciantes; y cuando en 1831 agitaba todos los ánimos el temor del cólera, José Spedalieri, provincial de Sicilia, puso á disposicion del Virey á todos los Padres de la Compañía, los cuales por medio de sus predicaciones y su caridad supieron granjearse una influencia tan legítima, que se les llamaba por los magistrados á todos los puntos donde se creia que iba á estallar la rebelion.

Invadió el cólera la Sicilia en 1837, siendo tan horrorosos sus estragos y tan rápida la muerte de cási todos los atacados, que la malevolencia llegó á apoderarse del terror general para difundir los mas siniestros rumores. Preparábase en la isla un movimiento político, y á fin de hacerlo estallar mas pronto, se acusó al Rey y al Gobierno de haber hecho envenenar el agua de las fuentes. Insiguiéronse de ahí algunos trastornos y asesinatos, que por mas que la autoridad vigilara no estuvo en su mano evitar; solo ante la firmeza de los magistrados y la palabra de los Jesuitas se desvanecieron aquellas infames suposiciones y cesó el derramamiento de sangre. Habian elegido los ricos á los Padres por sus limosneros, á fin

de que pasaran por sus manos todos los socorros, ya que eran ellos los que socorrian todas las desgracias y miserias. Los lazos de afeccion entre la Compañía y los habitantes de Palermo acababan de estrecharse mas en presencia del peligro; lo mismo sucedia en el litoral y en el interior de la isla: cada ciudad queria contar en su seno un convento de Jesuitas, por las fundaciones de toda especie debidas á la piedad ó á la gratitud que habia consagrado aquel entusiasmo de que Nápoles tambien participó. Bajo el reinado del anciano Fernando, así como en el de su nieto, pudieron los hijos de san Ignacio aumentar y crecer con la mayor libertad; puesto que el Rey les queria por justicia, y el pueblo les amaba por ver que eran siempre sus inseparables amigos en todas sus calamidades y miserias. No creia Nápoles en la posibilidad de nuevas revoluciones; el jóven Soberano le aseguraba un largo porvenir de paz y de ventura, el reino entero se entregaba á él con la mayor confianza, y los Jesuitas no procuraban sino despertar al pié del Vesubio el sentimiento cristiano y el amor á las bellas letras.

En la presente historia de los hijos de Loyola que vamos siguiendo paso á paso allende los mares y en todos los continentes, hay un hecho que nos conmueve en gran manera: tal es el ver á aquellos que sobrevivieron á la dispersion de la Órden, á las revoluciones, á las guerras y al destierro, viviendo libres ya de sus votos, tomar de nuevo á la fin de sus dias el yugo que se impusieran en su juventud. Aquella constancia en su opinion, aquella fijeza en las ideas que la edad no pudo alterar, y que el bienestar y la libertad no debilitaron en sus corazones, es uno de esos prodigios que únicamente el Instituto de Loyola ha podido obrar. Hemos visto en Alemania, en Francia y en Italia á los Jesuitas abandonar con entusiasmo el país donde vivian felices y respetados para ir á morir esclavos de la cruz, no sucediendo esto tan solo en los países citados, sino en todos los puntos del globo. En cualquiera parte que se restableciera una casa ó convento de la Órden, no faltó algun jesuita octogenario que renunciara al país que habia venido á ser para él una segunda patria, y que creyéndose de repente en el vigor de su juventud, no volviese á emprender con gusto su pasada existencia de privaciones y sacrificios. Esa fe siempre avivada en el corazon de los discípulos de san Ignacio es en verdad digna de admiracion: Francia, Alemania é Italia nos han dado ya de ella mas de una prueba; veamos ahora las que va á ofrecernos la Península.

Acababa de entrar Fernando VII en sus Estados despues de haber vivido por mucho tiempo cautivo, pudiendo al fin volver á ver á esa España, á la que las disensiones y desgracias de la familia Real hicieron tan heróica. Aquel Príncipe por quien tanta sangre se habia derramado, no comprendia cuáles eran las atenciones que debia dispensar á aquella fidelidad gloriosa: egoista y desconfiado, vicioso por instinto y cruel sin pasion, desvanecia Fernando la ilusion de sus pueblos, que al contemplarle solo podian respetar y defender en él la base de la felicidad pública, el principio de legitimidad, por serles de todo punto imposible continuar amándole en su persona. Sin embargo el Rey de España no declaró repentinamente sus ideas: como en tiempo de su abuelo Cárlos III, y de su padre Cárlos IV, no cesaban de pedir los españoles la abolicion de las leyes fulminadas contra los Jesuitas, no pudo Fernando dejar de acceder al deseo general de la Península. Érale por otra parte expresado aquel deseo por todas las grandes ciudades del reino, por todos los órdenes del Estado, y principalmente por aquel ejército de aguerridos voluntarios que imitando á la Vendée en la patria de Pelayo, supo pelear con tanto ardor por su Dios y por su Rey. Comprendió Fernando que debia precisamente acordar aquella satisfaccion á tan sublimes sacrificios; á este fin se dirigió al Papa, participándole su designio. Hé aquí en qué términos le alentó Pio VII en 15 de diciembre de 1814:

«Nos felicitamos por los bienes inmensos que debe reportar la España de los sacerdotes regulares de la Compañía de Jesús, por enseñarnos una larga experiencia que no es solamente por la probidad de sus costumbres y por su vida evangélica que difunden el dulce aroma de Jesucristo, sino tambien por el ardiente celo con que procuran la salvacion de las almas. Á fin de hacer su ministerio mas provechoso, unen á la vida mas pura el profundo conocimiento de las ciencias, se dedican á propagar la Religion, á defenderla contra los esfuerzos de los malos, á levantar á los Cristianos del cieno de la corrupcion, y á enseñar las bellas letras á la juventud, y formarla para la piedad cristiana. Así es que no dudamos que el llamamiento de esos religiosos a vuestros Estados será sumamente provechoso, porque solo se entregarán á los deberes que les son impuestos para hacer florecer el amor de la Religion, el gusto de los buenos estudios, y la santidad de las costumbres del Cristianismo que irán cada dia en progresivo aumen-

«to. Á todas estas ventajas se unirán otras tambien de la mayor im«portancia: los lazos de afeccion y obediencia que unen los súbditos «al Rey se estrecharán mucho mas; renacerán entre los ciudadanos la «union, la tranquilidad y la calma, y en fin, por decirlo de una «vez, reaparecerá entre los pueblos confiados á V. M. la felicidad «pública y privada.

«No es solamente á vos, carísimo hijo en Jesucristo, á quien fe«licitamos por todos esos bienes, sino tambien á toda esa nacion es«pañola, á la que queremos en Nuestro Señor con particular soli«citud, á causa de su constante amor á la religion cristiana y de «las muchas pruebas de fidelidad que nos ha dado, así como á la «Silla apostólica, cuya nacion será una de las primeras en experi«mentar los felices resultados que ha de dar el restablecimiento de «esa ilustre Sociedad, que tanto nos esforzamos en procurar á todos «los fieles.»

Los males que el conde de Aranda y Floridablanca hicieron pesar sobre el Instituto de los Jesuitas quedaban reparados por el nieto mismo de Cárlos III. Al hacer alusion Fernando VII en su decreto de 15 de mayo de 1815 á los actos de 1767 y á las vivas instancias de sus súbditos, se expresaba en estos términos: «Los de«seos de tantas personas notables que me han dado las mas eviden«tes pruebas de lealtad, de amor á la patria y del interés que no «han dejado de tomarse por la felicidad temporal y espiritual de mis «súbditos, me han decidido á examinar profundamente las imputa«ciones hechas á la Compañía de Jesús. Y por fin he llegado á con«vencerme que su pérdida procedia únicamente de la animosidad «y envidia de sus implacables enemigos, que lo son igualmente de «la santa Religion, base esencial de la monarquía española.» Este decreto derogaba por su notoria nulidad todos los juicios y edictos dados en tiempo de Cárlos III. Creóse una Junta real, independiente de los demás ministerios, para arreglar todo lo concerniente al restablecimiento de la Órden, cuya Junta fue presidida por el Obispo de Teruel. Reuniéronse inmediatamente todos los Jesuitas que estaban dispersos hacia ya cincuenta y ocho años: honróse á Manuel de Zúñiga, provincial de Sicilia, con el título de comisario general, visto lo cual se dirigió á Madrid con los PP. Juan de Osuna y José de Silva, donde fue recibido con las mayores aclamaciones por parte del pueblo. Los demás Institutos religiosos, con los Franciscanos y Dominicos á la cabeza, les abrieron procesionalmente la entrada de

la capital. Luego invitó Zúñiga á los antiguos Jesuitas á entrar en la Compañía para consagrar á su madre las fuerzas que aun les restaban. Á semejante invitacion lánzanse impávidos por entre las olas del Mediterráneo ciento y quince ancianos cási todos octogenarios, para dirigirse de nuevo á su primera patria con un corazon que no debia retroceder ante peligros de ninguna clase. Entre esos Jesuitas á quienes su destierro á Italia jamás pudo distraer de sus cuidados apostólicos y trabajos literarios, notábase á Castaniza, Canton, Arévalo, Francisco Masdeu, Prats, Roca, Ruiz, Soldevila, Goya, Soler [1], Serrano, Cordon, Montero, Ochoa, Lacarrera, Villavicencio, Aleman, Ugarte, Muñoz, Alarcon, Las Fuentes y Araoz.

Algunos decretos especiales restituyeron á la Compañía los bienes de su pertenencia que no hubiesen sido vendidos: en 29 de marzo de 1816, la Junta, á la cual se habia unido el duque del Infantado, condujo solemnemente al P. Zúñiga al colegio Imperial, cuyas llaves le fueron entregadas; y aquella misma noche hizo ya el P. Parada abrir los cursos. Cincuenta y seis poblaciones piden con instancia los Jesuitas; los Obispos, los Capítulos, las Órdenes religiosas y los Municipios piden tambien la misma gracia en nombre de todas las provincias. Aquel entusiasmo universal determina al Comisario general á no diferir por mas tiempo la ereccion de un noviciado; así es que en breve se vió á los hijos de san Ignacio en Murcia, Trigueros, Tortosa y Villagarcía; su llegada, sobre todo en Navarra y Guipúzcoa, fue una verdadera fiesta nacional. Lazaga, obispo de Pamplona, les ofreció hospitalidad en su palacio; pero los PP. Arévalo, Sorarrain y Oyarzaval fueron á tomar posesion del célebre colegio de Loyola, el cual circuye la quinta en que nació san Ignacio. No pudieron los Jesuitas sustraerse á la acogida triunfal que les preparaban los montañeses y los habitantes de aquellos valles, en el fondo de los cuales resonó el grito de guerra de la insurreccion monárquica. Como no contaba el colegio con ninguna renta, se encargó el pueblo de atender á sus necesidades; el mismo entusiasmo se notaba por los Jesuitas en Cataluña, particularmente en Manresa.

En 20 de julio de 1816 encargábanse en Valencia de todas las clases y de la vigilancia de los discípulos, cuatro ancianos, de los

[1] Estos jesuitas españoles formaron tan brillantes discípulos, que sus solos nombres son un título de gloria. Contaba el P. Soler entre los suyos al cardenal Angelo Mai, al teatino Ventura, y á Lojacono, general de la propia Órden.

cuales el de menor edad contaba ya setenta y dos años; mientras que otros se dirigian á Palma y al Grao con el mismo objeto. La ciudad de Oñate, que conservará para siempre indelebles los recuerdos de Ignacio y de Francisco de Borja, pidió tambien tener dentro sus muros á los sucesores de sus virtudes. Aragon y Andalucía correspondieron tambien á todos los deseos facilitando á los Padres todas las vias para que pudiesen verificar lo mas pronto posible su regreso. Fue en todas las provincias tan general el entusiasmo que hubo por los Jesuitas, que el P. Zúñiga consideró indispensable la fundacion de nuevas casas de noviciado para poder atender á todas las necesidades y satisfacer todas las aspiraciones, por lo que hizo fundar dos mas en Loyola y Sevilla. En 1819, Manresa y Villagarcía disfrutaban tambien de la misma ventaja. No menos vivas eran las instancias de Cádiz para lograr aquel beneficio: en el mes de noviembre de 1818 condujo á aquella ciudad el P. Antonio de Herrera á siete Padres de la Compañía, y seis meses mas tarde sentábanse ya en los bancos de su colegio ochocientos y sesenta educandos. Apenas habia transcurrido un año cuando se declaró en la ciudad la fiebre amarilla, durante la cual se consagró Herrera al cuidado de los enfermos á pesar de su edad octogenaria, hasta que por último, atacado de la enfermedad, murió legando á la Compañía el ejemplo del martirio de la caridad, que no tardó en hallar en los demás Jesuitas celosos imitadores. Los Padres Andrés Morel y Felipe Zepeda espiraron en la flor de su edad en medio de los moribundos, cuyos últimos sufrimientos trataban de consolar.

Contenia ya la provincia de España trescientos noventa y siete jesuitas, no pudiendo menos tan rápidos progresos de hacer concebir al Instituto las mas bellas esperanzas, cuando á fines de febrero de 1820 se manifestaron síntomas de revolucion. En 11 de marzo se hallaba en la agonía el P. Zúñiga que tanto contribuyó al restablecimiento de la Sociedad en España, y en aquel mismo dia rugia el motin al rededor del colegio de San Isidro. Acababa de proclamarse la Constitucion de 1812, entronizándose en Madrid por medio de la blasfemia y la amenaza: allí como en todas partes fueron los Jesuitas las primeras víctimas arrojadas al furor demagógico. La insurreccion debia salir triunfante por no haber tenido el Rey el valor necesario para combatirla. El P. Cordon, nombrado vicario provincial despues de la muerte de Manuel Zúñiga, comprendió ya desde el primer momento todo el horror de aquella tempestad polí-

tica que por la agitacion de los ánimos y la cobardía del Monarca debia cubrir de sangre los fértiles campos de la Península; hé aquí por qué se dispuso á combatirla con las armas de la oracion. Los revolucionarios españoles, que no ocultaban su intencion de despojar al Clero de cuanto poseia, y de arrancar del corazon de los pueblos el principio católico que los siglos habian arraigado en él tan profundamente, procuraron para mejor lograr su objeto tributar al Clero secular un respeto irrisorio, dirigiéndose tan solo contra los Jesuitas.

No existia ya el inexpugnable muro de los Pirineos entre la Francia liberal y la España revolucionaria; porque en ambos países se iba de consuno á dar el asalto á la Iglesia y al trono al grito de ¡Mueran los Jesuitas! Supo no obstante Fernando conocer su posicion, por lo que trató de defender su trono y la Compañía, aunque desistió muy pronto de su empeño al ver las amenazas que contra él eran dirigidas. Empezó la via de las concesiones prohibiendo á los hijos de Loyola la admision de novicios en sus profesorados, y dejando á las Cortes futuras el que decidieran hasta de la suerte del Instituto. Propuso el Ministerio en 31 de julio de 1820 la supresion de la Compañía, á cuya proposicion se accedió en 14 de agosto de aquel mismo año. En aquel recinto donde no resonaban mas que voces enemigas, un solo orador, el conde de Maule, fue el único que tuvo suficiente valor para constituirse intérprete de las verdaderas necesidades y de los deseos de España. Habló de libertad á los hombres que pretendian ser liberales, pero sucedió lo que siempre que se trata de hablar á los que mas blasonan de liberales el lenguaje de la justicia y de la verdad: su voz fue desatendida. Pronunciaron las Cortes la abolicion de la Órden de Jesús, arrogándose de aquel modo los diputados el derecho de iniciativa real y de supremacía eclesiástica. Sin embargo, á fin de conservar á los ojos del público cierta apariencia de justicia, concedieron una pension anual de unos mil quinientos reales á todos los Padres de la Compañía, siendo esta pension alimenticia otra de las muchas promesas que todas las revoluciones han dejado de cumplir.

Dispersados en España los Jesuitas por segunda vez, vino á ser su vida un continuo combate que con resignacion supieron aceptar bajo la forma que se les presentaba. Declaróse la peste en la ciudad de Tortosa el año 1821; un jóven educando llamado Fernando Heralt, y los coadjutores Francisco Jordan y Ramon Ruiz acudieron

desde el primer momento del peligro para servir á los apestados. Inminente era en extremo el peligro; por esto las autoridades constitucionales se apresuraron á poner á prueba el ardiente celo de los Jesuitas, destinándolos á los puntos mas arriesgados, en los que permanecieron mientras duró la peste. Confióseles tambien el cuidado de los huérfanos, para los cuales supieron tener el tierno amor de una madre. Excitaba la abnegacion de tres jesuitas el entusiasmo público, pero como empezase á desaparecer la enfermedad, y se temiese que aquella abnegacion, saludada por el reconocimiento de las familias, fuese un reproche dirigido al terror administrativo, se redujo á prision á los tres jesuitas. Semejante ingratitud exasperó al pueblo, por lo que fue preciso cambiar la prision en un destierro lejano. En 17 de noviembre de 1822 se hizo partir para Barcelona al P. Juan Urrigoitia con algunos sacerdotes ó religiosos mas que formaban hasta el número de veinte y cinco, los cuales habiéndose sospechado que no eran adictos á la Constitucion de 1812, fueron cobardemente asesinados á seis millas de Manresa por la tropa que les conducia, para dar al mundo una prueba de la justicia y humanidad con que obraban los partidarios de la Constitucion y de la libertad. No será esta por desgracia la última vez que verémos correr la sangre de los Jesuitas, derramada por los aceros revolucionarios de la Península. Esos mismos hombres que con tanta saña sacrificaban á los indefensos sacerdotes, fueron los que tan cobardemente huyeron ante las aguerridas huestes francesas, que, mandadas por el duque de Angulema, fueron á libertar la España de tan vergonzosa tiranía. Solo despues de tres años de haber sido suprimida la Sociedad de Jesús pudieron volver á entrar los Jesuitas en sus derechos y en sus casas devastadas.

Esta intermitencia de bien y de mal, de vida y de muerte causaba un gran perjuicio á la educacion; el ejército sobre todo era el que mas necesidad tenia de una organizacion tan enérgica como sábia. Arrancado Fernando VII de su prision, temia verse nuevamente expuesto á las traiciones que sus culpables debilidades y su ingratitud habian alentado. Para desvanecer sus temores se le persuadió que era indispensable empezar de nuevo el edificio por su base y formar un plantel de oficiales que por su aptitud militar y su decision monárquica no comprometiesen á cada momento la disciplina del soldado y el porvenir del Reino. En su consecuencia se creó en Segovia un Colegio militar el año 1825, donde se propuso

instruir á los jóvenes destinados á los cuerpos de infantería, caballería é ingenieros. Para realizar y desenvolver este pensamiento fecundo, se encargó á dos jesuitas, los PP. Gil y Saurí, que enseñaran á los colegiales los principios de fe religiosa, de fidelidad política, de historia, de bellas letras y de geografía. Á principios de 1827 se estableció tambien el colegio de Nobles, cuya direccion fue asimismo confiada á los Jesuitas: fueron tan rápidos los progresos de su nuevo colegio, que á los pocos meses se reunieron en él no solo los jóvenes de las mas ilustres familias, sí que tambien los hijos de los mismos Infantes.

La muerte de Fernando VII vino á interrumpir todas esas obras cuyo resultado no podia ser dudoso, dejando á la Península presa de las mas encarnizadas facciones, y enconando en ella la abierta herida que el tiempo no ha podido cicatrizar. Cedia el Rey en su testamento la corona á una niña, y la regencia á María Cristina, madre de la jóven Isabel; quedando por lo mismo D. Cárlos desterrado y excluido del trono. ¡ Cuántas nuevas calamidades iban á pesar sobre ese hermoso cuanto desgraciado país! Los realistas españoles creyeron poder salvar á su patria y conjurar todas las tormentas que la amenazaban apelando á las armas para defender la ley sálica que Fernando, á su ver, no tenia derecho de derogar en su lecho de muerte, de lo que se siguió una guerra civil larga y sangrienta. Los Jesuitas, que no se creyeron obligados á tomar parte en ella, se limitaron á dedicarse exclusivamente á los cuidados de sus diferentes ministerios, instruyeron la juventud, procuraron ser simplemente sacerdotes cuando se pretendia convertirles en hombres de partido, é intentaron calmar las pasiones enardecidas por el fuego de la discordia: sin embargo ya que no pudieron acriminarse sus palabras ni sus actos, se sospechó de sus intenciones. Era tal la fuerza de los acontecimientos, que se vió la Reina Madre obligada á arrojarse en brazos de los enemigos de su familia y de su esposo: la ambicion del poder la hizo su auxiliar, su bandera y su esclava; ella por su parte tuvo que prestarse á desempeñar ese triple papel y á sufrir las exigencias que trataba á cada paso la Revolucion de imponerle. Vió Cristina correr á su alrededor torrentes de sangre, siendo simultáneamente el ídolo y la víctima de las insurrecciones que no podia dominar. En aquel triste período de desastres religiosos y de decaimiento monárquico, fue sobre todo la Compañía de Jesús contra la que dirigieron todos sus tiros los panegiristas de la

Constitucion de 1812. Eran los Jesuitas la vanguardia de la Santa Sede; por esto era preciso destruirlos á fin de disminuir el Clero y apoderarse de su patrimonio por medio de la violencia legislativa: tal fue el plan diabólico que se formó en este sentido. Inauguró su poder la libertad de imprenta improvisándose eco de los ultrajes contra el Instituto, denunciando algunos Padres y acusando á todos los demás. Era Isabel el principio que aparentemente defendian los enemigos de la Religion y del trono; hé aquí por qué se supuso á los Jesuitas enemigos naturales de su dinastía constitucional. La francmasonería que acababa de morir en Francia de la peor muerte, de la muerte del ridículo, del mismo modo que murieron tambien los templarios, los sectarios de Châtel y los sansimonianos, iba adquiriendo en España una accion poderosa. Organizó en poco tiempo las logias para convertirlas en clubs, en los cuales decretaron ciertas sociedades secretas la ruina de todas las asociaciones religiosas, siendo tambien aquellos impuros antros donde se meditó y resolvió el asesinato de los Regulares. Faltaba para ello un pretexto, y el cólera vino á procurarlo. Desde los primeros síntomas de la epidemia, tanto la reina Cristina como los que se titulaban los mas ardientes defensores del pueblo, le dejaron abandonado á su terror y á su triste suerte: para acabar de exasperarle mas se hizo circular la voz entre las masas de que el agua de las fuentes estaba envenenada, y que los frailes y los carlistas eran los únicos que podian haber cometido semejante atentado. Para hacer creer mejor este ignominioso absurdo se dispuso que recorrieran algunos niños las calles jugando con venenos activos que arrojaban por las calles en pleno dia, á fin de atraer las miradas de la multitud; los cuales habiendo sido interrogados por la policía para saber quién les inspirara aquel atroz pasatiempo, contestaron en alta voz: «Los Jesuitas.»

Solo se puso en juego aquel infame medio para exasperar á la multitud [1], y disponerla á seguir los ciegos impulsos de la cólera pronta

[1] Logrado el fin propuesto por la revolucion, encargóse ella misma de desvanecer los planes que habia puesto en juego para obtenerlo, y en 18 de julio el Gobierno español dirigió á la Europa desde San Ildefonso el siguiente despacho telegráfico: «Habiéndose declarado el cólera con extrema violencia el 16, «se convenció la poblacion de que habia sido envenenada el agua de las fuentes «públicas imputando á los religiosos aquel crímen imaginario.»

Martinez de la Rosa, ministro de Negocios extranjeros, escribia aun en 19 de julio desde San Ildefonso á las autoridades, afirmando «que la tranquilidad se «habia restablecido de un modo inalterable y que no debia por lo tanto temer-

á estallar cuando creyesen los propaladores de aquellas voces llegada la oportunidad del momento. Durante el dia y la noche del 16 de julio de 1834 circularon en Madrid los mas siniestros rumores, se recogieron los paquetes de arsénico arrojados por los niños en las fuentes de la corte y se pusieron de manifiesto al pueblo, mezclando el nombre de los Jesuitas en aquel horrible complot que se suponia fraguado por ellos, á fin de que fuese la muerte de los Jesuitas el desenlace de aquel horrible drama. El fuego de la sedicion, tan hábilmente atizado, se convirtió por último en un voraz incendio que la misma autoridad se complació en dirigir contra los Padres. Eran las tres de la tarde del 17 de julio, cuando la multitud marchaba poseida de terror con la guardia nacional al grito de: ¡Veneno! ¡veneno! ¡mueran los Jesuitas! y ¡Viva la república! Á fin de ensañar mas á aquella turba feroz, se le permitió devorar antes á algunos pacíficos habitantes; con lo que se logró embriagarla de sangre antes de que se lanzara aullando sobre el colegio Imperial, cuyas puertas estaban cerradas por órden de su superior. Pronto sin embargo cayeron hechas astillas bajo los golpes de las hachas en medio de una gritería infernal: apoderóse de pronto el espanto de los Jesuitas, porque eran hombres, y no era extraño procuraran librarse de aquella salvaje agresion. Habiéndoles recordado no obstante su deber el provincial y el rector de la Órden, se reunieron en la capilla animándose mútuamente, y orando se resignaron á la muerte que á cada momento les anunciaba estar mas cercana el creciente clamoreo. Furiosos los descamisados se arrojaban sobre el convento para asesinar los Jesuitas gritando: ¡Viva la libertad! ¡mueran los religiosos y los curas! Cuando se creyó al pueblo bastante exaltado para entregarse aun á mas terribles blasfemias, se le quiso obligar á repetir lo que habian resuelto la francmasonería y los clubs; esto es, jurar muerte á la Religion, muerte á Dios, y caer sobre el enemigo que se le designara profiriendo la maldicion de: ¡Viva el infierno! Á semejante proposicion retrocedió el populacho indignado. No por ello sin embargo se desalentó el masonismo, antes por el contrario redobló sus esfuerzos para hacerse suyo al pueblo, y lograr, como logró de él mas tarde, lo que se proponia. Limitóse por entonces á hacerle saborear la sangre de los Jesuitas; invadióse, pues, el Seminario, desde cuyo momento fue convertida la iglesia del colegio

«se ningun síntoma de desórden puesto que solo deseaban los ánimos un pronto «y ejemplar castigo contra los autores de aquellas atrocidades.»

en teatro de las mas sacrílegas devastaciones. Á fin de inflamar el ardor de los tibios disparáronse algunos tiros seguidos de los gritos de: «Son los Jesuitas que hacen fuego contra el pueblo.» Y desde entonces no reconoció ya límites el furor de aquellas salvajes hordas que penetraron en la capilla.

Hallábanse reunidos los educandos en la principal sala del seminario, en compañía del rector, Eduardo Carasa, orando ó llorando. Solo cuando se presentaron á su vista las bayonetas lanzaron los niños un grito general de terror por creerse que iban á ser asesinados; tomóles entonces un nacional bajo su proteccion, declarando que solo empezaria la mortandad de los Padres cuando estuviesen los alumnos en completa seguridad. Aquella palabra de humanidad arrancada sin duda de un corazon de padre en medio de la orgía en que tomaba parte, solo pudo suspender á medias la venganza liberal. El coadjutor Juan Ruedas fue el primero en caer herido de mil golpes; el subdiácono Domingo Barrau espiró junto á los niños de quien era prefecto; Martin Bujons, así como Garnier, Sancho, Casto Fernandez, Juan Urreta y Fermin Barba perecieron en el mismo instante. El hermano José Fernandez tuvo que sufrir mil ultrajes antes de ser asesinado; empezaron los descamisados por cortarle una mejilla y una oreja, y luego le arrastraron por las calles cubriéndole á cada paso de insultos y heridas: la misma triste suerte estaba destinada al P. Celedonio Unanue. Herido de un bayonetazo en el corazon, cayó como los demás, cuando la compasion de un soldado le libró de sus verdugos. Menos feliz Francisco Saurí, espiró implorando á Dios el perdon de sus asesinos.

En ese 2 de setiembre español, cuyo recuerdo funesto no podrán borrar nuevos crímenes, preciso fue engañar al pueblo y embriagarle cási de terror para hacerle contumaz en su espantosa venganza, por empezar á faltarle el valor á cada paso que iba dando en tan sangrienta via. Animósele, pues, con nuevos espectáculos: los descamisados, que solo habian dado muerte á los Jesuitas que se hallaban en el interior del colegio, pudieron cebarse aun con el sábio P. Artiaga, el escolástico Dumont y el coadjutor Manuel Ostalaza, los cuales fueron fusilados en la puerta del colegio, quedando sus cuerpos desnudos y expuestos á las miradas de la muchedumbre. José Elola sucumbió tambien á la punta de las bayonetas revolucionarias.

En el mismo instante en que era testigo el Seminario de esas escenas de horror y de sangre, no eran menores los crímenes que se

perpetraban en el colegio Imperial. Introdujéronse en él los verdugos penetrando hasta la capilla donde fueron detenidos por una órden superior y por la abnegacion de un jesuita. Muñoz, duque de Rianzares, y puede que ya entonces esposo de María Cristina, tenia un hermano en la Compañía. Prometieron algunos asesinos al Padre Edmundo Carasa que se mostrarian menos bárbaros si queria entregarles á Juan Gregorio Muñoz, cuyo jóven se hallaba como los demás refugiado en la capilla y entregado á la oracion aguardando su última hora. Aproximósele entonces el jefe de los descamisados diciéndole: «Nada temais, aquí estoy para salvaros la vida. Yo de«bo la mia á vuestro hermano, y por lo mismo me considero feliz en «esta ocasion por poderle mostrar mi agradecimiento.» Muñoz, que comprendió desde luego haber un brazo poderoso que velaba por sus dias: «Me quedo, exclamó, entre los jesuitas mis hermanos, «porque su suerte debe ser la mia: salvadles conmigo, ó moriré con «ellos.» Estaba organizado el asesinato con tanta regularidad, y se mostraban los asesinos tan disciplinados, que bastó la órden de un guardia de corps de la Reina para calmar como por encanto aquella cólera momentos antes tan terrible. Las víctimas y los asesinos estaban aun frente á frente cuando se presentó de improviso el capitan general de Madrid, José Martinez de San Martin, el cual dejó verificar el motin sin tomar ninguna precaucion militar para contenerlo. Para llegar hasta la capilla en que entró, preciso le fue pisar los cadáveres de los Jesuitas; y sin embargo la primera palabra que dirigió á los Padres que aun quedaban en vida fue mas que un insulto, un ultraje. Les echó en cara el envenenamiento de las aguas de la villa, y luego para mejor justificar su calumnia, enseñó á los asesinos una redoma que dijo haber hallado y que contenia el veneno. Visto lo cual por un espectador, que era el dueño del frasco de que acababa de apoderarse el General, se lo reclamó diciendo que se obligaba á beberse el líquido del frasco en cuestion para demostrar que no contenia ningun mortal brebaje. Sonrojado entonces el Capitan general, permaneció impasible permitiendo interior y exteriormente la obra de devastacion empezada, y que se terminó en su presencia por el robo y el asesinato que alentaba con su aprobacion. Profanáronse las cosas santas, despojáronse los altares y cometiéronse toda clase de desórdenes para acostumbrar al populacho á aquellos excesos que tanto repugnan al noble carácter español; solo á las siete de la noche acudió la fuerza armada para re-

gularizar el desórden y guardar las ruinas amontonadas junto á los cadáveres.

La carnicería no cesó en el convento ó casa de los Jesuitas sino para empezar inmediatamente en el de los Dominicos y Padres Mercenarios. Habia adoptado la Revolucion el partido de abolir las Órdenes religiosas, y procuraba asesinar á los hombres para matar la idea: haciase violenta y calumniadora para mejor inaugurar sus proyectos de despojo y de ateismo legal. El convento de los Franciscanos vióse tambien sometido como el seminario y colegio de los Jesuitas al mismo régimen del sable; la propia suerte estaba reservada á todos los demás Institutos. Los Dominicos y los Padres de la Merced fueron tambien víctimas de las mismas calumnias, pereciendo como los Franciscanos bajo el fuego, el agua, la espada y el puñal de sus asesinos: hubo algunos de ellos que fueron arrojados desde lo alto de los conventos, y otros muchos que fueron estrangulados. Todos los barrios presenciaron mas ó menos las horrorosas escenas de asesinato y de pillaje; viéndose la capital de la católica España convertida en teatro de uno de esos dramas que sabe preparar la demagogia para imponer á sus adversarios, y cubrir el pueblo todo con su sangrienta solidaridad. Á la mañana del 18 de julio habia aumentado la consternacion á causa del cólera en la coronada villa: retrocedió el Gobierno ante el motin, Cristina habia tambien huido, y el ejército se habia hecho cómplice de aquellos atentados, ó á lo menos habia asistido impasible á ellos como si fuese una parada ó cualquier otra operacion militar. Aquel terrible golpe dirigido contra la Religion y la Autoridad debia encontrar eco en cási todos los puntos de la Monarquía. Sepultáronse en 19 de julio las setenta y tres víctimas [1], apareciendo aquel mismo dia un decreto para anunciar que últimamente se habian adoptado algunas medidas inútiles para sofocar el motin. En su virtud fueron destituidos los magistrados culpables y el general San Martin, y reducidos á prision los mas culpables de entre los descamisados. Revelaba aquella tardía justicia la impotencia y la participacion á un mismo tiempo de aquel delito, hasta en el modo de reprimirlo. Empezaron los asesinos su obra revolucionaria, y luego impusieron á los poderes constitucionales el deber de terminarla.

[1] Perecieron durante aquella triste jornada catorce jesuitas, siete dominicos, cuarenta y cuatro franciscanos y ocho Padres de la Merced. Solo se contaron once heridos, algunos de los cuales murieron á los pocos dias.

La Sociedad de Jesús fue el 17 de julio de 1835 suprimida legislativamente en España, sin apoyarse para ello en ningun pretexto religioso ni dar ninguna causa política que explicara semejante medida. Poseian los Jesuitas algunas tierras y diferentes casas[1]: hé aquí su mayor crímen ante la ley que debian aplicar algunos codiciosos gobernantes. Los Padres del Instituto obedecieron sin la menor resistencia aquel nuevo decreto de proscripcion que iba muy pronto á extenderse á todos los diferentes grados de la jerarquía eclesiástica: no se juzgó ni se condenó al Clero, solo se procuró despojarle de cuanto poseia para despues legarle al destierro. Quedaron los Jesuitas españoles sin asilo ni apoyo de ninguna clase, por lo que la mayor parte se retiraron á los demás países donde subsistia aun la Compañía, al paso que hubo muchos que no quisieron abandonar á su patria. Una sola casa de la Órden subsistia aun en el Reino, tal era el santuario de Loyola, del cual habia arrojado ya el general Rodil á los Jesuitas. Cuando el ejército carlista mandado por Zumalacarregui tomó la ofensiva, no creyeron los Padres estar obligados á dar cumplimiento á los edictos de proscripcion: se reunieron, pues, y sin tomar ninguna parte en la guerra civil de que era el Bastan sangriento teatro, se dedicaron á la enseñanza y á la predicacion. Fundaron luego el noviciado en Guipúzcoa, en el que recogieron á los jesuitas dispersos por la tormenta revolucionaria; permaneciendo en territorio ocupado por el ejército carlista, no porque ellos le hubiesen elegido, sino por haberse visto obligados á refugiarse en él á causa de los acontecimientos. Tomóse entonces por pretexto hasta la misma situacion de su antiguo colegio de Loyola para acusar á los Jesuitas de carlismo; y se anunció ya que el Padre Gil disfrutaba de un gran favor cerca del Príncipe, y que dirigian los Jesuitas todos los movimientos de su ejército.

Como en todas las guerras intestinas, abstúvose la Compañía de

[1] Cuando en virtud de los decretos de 16 de junio de 1828 sufrieron los Jesuitas el ostracismo, accedieron á las instancias de un gran número de familias católicas fundando inmediatamente un colegio en un pueblecito llamado el *Pasaje* distante una legua de San Sebastian en la embocadura misma del Bidasoa. Colocados de aquel modo entre Francia y España correspondian á los votos de ambas naciones; lo cual visto por el Rey de España, el conde de Fournas, y el Obispo de Pamplona, se mostraron favorables al nuevo establecimiento. Despues de la muerte de Fernando VII fue aquel objeto de la mas atroz persecucion por parte de Mina, hasta que por último fue cerrado por órden de Rodil en 14 de julio de 1834.

tomar ninguna parte en las luchas de los partidos: presentábanse algunas veces en los opuestos campos, pero siempre era para llenar en ellos los deberes de su ministerio, esto es, para consolar á los enfermos, cuidar los heridos y enseñarles á vivir y á morir cristianamente, sin que nunca pudiera señalarse en punto alguno su accion política. El ejército constitucional proscribia ó degollaba á los Jesuitas, al paso que el de D. Cárlos les ofrecia amparo y proteccion; hé aquí por qué permanecieron donde era considerada su presencia como un beneficio. El P. Unanue fue confesor del Príncipe, y sus hijos los Infantes continuaron como en tiempo de Fernando VII siendo educados por los Jesuitas [1]. Siempre sometidos á la autoridad, obedecieron los discípulos de san Ignacio en el cuartel general carlista del mismo modo que obedecian antes al Gobierno de Madrid; por lo que creyeron poderse preservar con su prudencia de nuevas calamidades. Despues del convenio de Vergara, se permitió á los Jesuitas abrir de nuevo su colegio; pero como Espartero queria á toda costa deshacerse de la Reina regente y de los últimos hijos de san Ignacio, no tardó en suprimirse el establecimiento de Loyola, dejando de existir la Sociedad de Jesús en la patria de su Fundador, de san Francisco Javier, de san Francisco de Borja y de Laynez.

Del mismo modo que España, hallábase el Portugal arruinado por las guerras de Napoleon, y entregado á las discordias civiles; estallando la desunion entre la familia de Braganza cási al mismo tiempo en que empezaba á hacerse sentir en la de Borbon. Sus Príncipes, que no supieron gobernar sus reinos ni resistir á la opresion extranjera, vinieron, despues de haber patentizado su inercia á la faz de Europa, á disputarse con encarnizamiento los despojos del trono, y á poner la usurpacion donde debia estar el derecho. Aquel triste ejemplo de discordia fratricida entre las familias reales acabó de alentar á las revoluciones, que supieron aprovecharse de ellas haciendo odiosos á los príncipes que no imploraban su apoyo, y degradando á los que lo reclamaban. La guerra de D. Cárlos contra Cristina, y las luchas entre D. Pedro y D. Miguel produjeron tristísimos resultados para las monarquías; tambien la Sociedad de Jesús experimentó en Portugal su funesto efecto. No ignoraba D. Miguel la popularidad que aun despues de setenta años de destierro gozaban los Jesuitas en las riberas del Tajo. Como veia aquel Prín-

[1] El P. Mariano Puyal fue el que desde 1824 se encargó de la educacion del hijo primogénito de D. Cárlos.

cipe su trono vacilante, pensó que restituyendo á sus súbditos los apóstoles que Pombal les arrancara, haria un acto tan agradable como útil á su patria. Todos los Padres portugueses habian sucumbido ya durante su largo destierro; por lo que se vió el Príncipe obligado á pedir á Godinot, provincial de Francia, que enviara á Lisboa algunos misioneros de la Compañía. Vacante á la sazon el generalato por la muerte de Fortis, acudióse al Vicario general para que accediera á los deseos del Príncipe, y, obtenida su autorizacion, envió Godinot seis jesuitas y dos hermanos coadjutores bajo la direccion del P. Delvaux. Restablecer á los hijos de san Ignacio en aquella tierra en que el recuerdo de sus servicios y de sus sufrimientos estaba profundamente grabado en todos los corazones, no podia menos de ser una idea fecunda en resultados; pero era preciso aceptarla con valor y no retroceder ante ninguna de sus consecuencias legales. El decreto de 10 de julio de 1829 que Delvaux recibió en Madrid, no podia satisfacer á los amigos de la Compañía, al paso que debia exasperar mas y mas á sus adversarios, por haber adoptado D. Miguel un término medio: sin pronunciarse sobre lo pasado presentaba á los Jesuitas como nuevos auxiliares del clero secular. «Considerando, decia el Príncipe en aquel documento oficial, «el grave perjuicio que sufre la educacion cristiana y la civilizacion «en estos reinos por la falta de ministros evangélicos, y queriendo «prevenir los males de toda especie que haria su duracion irreme«diables, teniendo siempre en consideracion el bien de la cristian«dad y la dicha de mis fieles súbditos, me resuelvo á llamar á la «Compañía de Jesús y permitir que se establezca de nuevo en mis «Estados.» Ese laconismo que revelaba tantos temores, ocultaba la justicia de una rehabilitacion que no debia tranquilizar mucho á los Jesuitas sobre el porvenir, si bien no les intimidaba en lo mas mínimo. Comprendieron los Padres que D. Miguel y el duque de Cadaval, su ministro, se hallaban en una posicion falsísima, cuyos peligros no creyeron los discípulos del Instituto deber agravar. Abríanseles las puertas de aquel país tan grato á san Francisco Javier y á los fundadores de la Compañía, por lo que solo trataron de penetrar en él sin discutir el protocolo de admision. Llegaron á Lisboa el 13 de agosto de 1829, sin que se hubiese dictado por el Gobierno la menor disposicion para recibirles; de modo que esos Jesuitas tan opulentos siempre, segun sus adversarios, acudian á Portugal á instancias del Gobierno, para hallarse expuestos á su llegada á perecer de

miseria en los caminos públicos. Los Lazaristas atendieron á sus primeras necesidades y les ofrecieron un asilo, que aceptaron, hasta que mas tarde la duquesa de La-Foens puso á disposicion de los hijos de san Ignacio su hermosa quinta llamada la Maravilla : solo en 24 de octubre procuró el Ministerio de D. Miguel atender á la subsistencia de los Jesuitas.

Dueño aquel Príncipe de Portugal, reinaba por el terror, conforme aseguraban los liberales, sin atreverse á hacer su voluntad ni á manifestar siquiera un deseo : hombre honrado, pero irresoluto y siempre dominado por el temor de desagradar á sus enemigos, no habia juzgado prudente poner todavía á los Jesuitas en disposicion de emprender su obra regeneradora ; por el contrario procuraba reprimir su ardiente celo á fin de no dar nuevas armas á las hostilidades del exterior. Todas aquellas precauciones eran tan solo un inútil paliativo, como así lo comprendió el cardenal Alejandro Justiniani, pronuncio de la Santa Sede, en el mes de marzo de 1830. Estaba en Lisboa la iglesia de Loreto destinada para los extranjeros, la cual era exenta de la jurisdiccion del Patriarca, quedando en virtud de un privilegio especial sometida á la autoridad de los Nuncios apostólicos. Justiniani decidió á los Jesuitas á predicar en ella la Cuaresma y á empezar los ejercicios del retiro; siendo los Padres Barelle, Mallet, Bukacinski y Pouty los primeros que se entregaron con ardor á la predicacion y al confesonario. Como en todas partes, fueron los Jesuitas ejemplo de abnegacion, y como en todas fue oida su vóz con entusiasmo por los habitantes de Lisboa que solícitos se agrupaban al rededor de los púlpitos. La reaccion intentada por el marqués de Pombal, las doctrinas disolventes que difundió para corromper el corazon de los pueblos, no habian dejado ya la menor huella en aquella nueva generacion que con tanto entusiasmo se reunia en el templo del Señor para oir su palabra. En vano habia intentado Pombal debilitar el poder moral de la nobleza despojándola de su fe y de su prestigio, puesto que el pueblo habia permanecido fiel á los sentimientos religiosos, saludaba á los Jesuitas como maestros de las generaciones pasadas, acudia en tropel á su paso, se prestaba dócilmente á sus lecciones, y para protestar contra los desastres del siglo XVIII, rodeaba de todos los homenajes y cuidados á los Padres de la Compañía. Fue tan notable y general aquel cambio en la opinion pública, que hasta la condesa de Oliveira, nieta de Pombal, quiso tambien asociarse á él, á cuyo fin se trasladó cerca del

P. Delvaux, segun se desprende de la siguiente carta escrita por esta al P. Druilhet en 27 de mayo de 1830.

«La condesa de Oliveira me ha presentado cuatro de sus hijos, «orgullosa de que fuesen los primeros en ser aceptados por los Pa-«dres de la Compañía. No tengo necesidad, nos dijo, de examinar «ni condenar la conducta de mi abuelo: si él contribuyó á la des-«truccion de la Compañía, á nosotros, que somos sus hijos, nos toca «reparar tan grande injusticia; si por el contrario fue calumniado y «es inocente del crímen de que se le acusa, á nosotros tambien nos «toca manifestarlo por nuestro celo en acogeros.»

Tales eran las disposiciones del Portugal respecto de los Jesuitas. En el mes de diciembre de 1830 se establecieron en la casa de San Antonio, en la que Francisco Javier, Simon Rodriguez, Ignacio de Acevedo, Álvarez y Gonzalo de Cámara, habian orado, enseñado y vivido; y desde luego empezaron á dar á sus trabajos una direccion mas uniforme: los unos, como el P. Pouty, se esforzaban por medio de los socorros religiosos en aligerar las cadenas de los presos; mientras que los demás procuraban despertar en las almas sentimientos de arrepentimiento, de virtud y de piedad. Testigo del abundante fruto que daba aquel corto número de Jesuitas, no quiso el Cardenal patriarca de Lisboa permanecer por mas tiempo indiferente al bien que se operaba por su intermediario, y dió inmediatamente un decreto á favor del Instituto. Transcurridos algunos meses, imitó tan noble ejemplo D. Fortunato de San Buenaventura, arzobispo de Evora y gran maestre de las Universidades del reino, encargando se restituyera á los Jesuitas su antiguo colegio de las Artes de Coimbra: en 9 de enero de 1832 firmó D. Miguel el decreto que debia reponerles en posesion de aquel establecimiento.

El dia en que se verificó su entrada en la provincia de Beira fue un triunfo para ellos, y una verdadera fiesta para el Clero y el pueblo: durante todo el camino que debian recorrer los PP. Delvaux, Pallavicini y Martin, así en los pueblos como en las ciudades, acudia solícita y regocijada la multitud á obstruirles el paso. Ni el tiempo ni las revoluciones habian podido apagar el amor tradicional de aquellos pueblos, á quienes el reconocimiento y la esperanza hacian prorumpir en mil cantos de alegría y en benévolas demostraciones tan pronto como descubrian el cortejo. El Clero de las diversas parroquias y las Órdenes religiosas acudian tambien procesionalmente y precedidos de los pendones para unirse á los transportes y bendi-

ciones de la multitud : en todas partes á la vista de los hijos de Loyola, poblaban el espacio mil gritos de entusiasmo ; en todas partes se les aplicaban estas palabras de la Escritura : *Euntes ibant et flebant... venientes autem venient cum exultatione;* lo que equivalia á describir con una sola palabra los amargos dolores del destierro, y los puros goces del regreso.

La primera ciudad que se ofreció á la vista de los Jesuitas despues de haber entrado en la diócesis de Coimbra, fue Pombal, la misma en que fue desterrado y murió el ministro de este nombre, su mas cruel perseguidor y causa de todas sus desgracias. Oigamos al P. Delvaux referir su venganza : «Fuimos recibidos en ella, escri-«bió en 6 de marzo de 1832, con un repique general de campanas «y conducidos en triunfo por el Arcipreste acompañado de todo su «Clero : la iglesia en que dos de nuestros Padres celebraron el san-«to sacrificio de la misa, estaba profusamente iluminada como en «las mayores solemnidades. En cuanto á mí, poseido de un senti-«miento religioso que me seria imposible describir, traté de evitar, «junto con un Padre y un hermano, el encuentro del buen Arcipres-«te, para dirigirme á la iglesia de los Franciscanos y rogar sobre el «sepulcro del Marqués; pero el infortunado ni aun sepulcro tenia. «Solo encontramos á poca distancia del altar mayor un ataud cu-«bierto con un paño mortuorio hecho jirones, que el Padre Guardian «del convento nos dijo ser el del Marqués, cuyo cadáver estaba «aguardando aun los honores de la sepultura desde el 5 de mayo «de 1782. . . . .

«Así es que en verdad puedo decir que despues de medio siglo de «proscripcion, el primer paso de la Compañía al entrar solemnemente «en Coimbra fue para ir á celebrar una misa de aniversario, de cuer-«po presente, para el eterno descanso del alma del que la habia pros-«crito, en el lugar mismo en que pasó los últimos años de su vida, «desgraciado, desterrado y condenado á muerte. ¡Qué cúmulo de «circunstancias habia sido preciso para dar semejante resultado! «Salí de Pombal sin saber á punto fijo si era aquello sueño ó reali-«dad. Sin embargo aquel féretro presente, el nombre de Sebastian «pronunciado en la oracion, el tañido de todas las campanas de la «parroquia anunciando el regreso de la Compañía, todo contribuyó, «por fin, á aclarar mis dudas. Fue tan fuerte mi impresion, que no «creo podrá borrarse jamás de mi pecho.»

En medio de los opuestos sentimientos que causaban en el alma

de los Jesuitas tantos recuerdos unidos á los goces tan cristianamente expansivos de la multitud, llegaron los Padres del Instituto á Coimbra, donde les aguardaban nuevas fiestas y nuevas manifestaciones de toda especie; al anunciar al General de la Compañía los Padres de Coimbra los transportes de alegría de que habian sido objeto, les contestó aquel: «Hoy *Hosanna,* humildad: quizás mañana «será *Tolle, crucifige!*» No tardó en realizarse el presentimiento de Roothaan; pero no por ello cogió desprevenidos á los Jesuitas.

Para combatir D. Pedro á su hermano D. Miguel é imponer á los portugueses un Gobierno nacional, reunió un ejército compuesto de ingleses, franceses, italianos, polacos y de todos los mercenarios de que disponia la Revolucion. Arrojados de su patria por los crímenes que habian cometido, y que no podia menos de castigar la ley, veíanse obligados á arrastrar en países extranjeros una existencia de depravacion y de vergüenza; como queria la Europa deshacerse de ellos, los cedió á un Rey destronado que se titulaba constitucional solo por mendigar la alianza de todos los Gobiernos revolucionarios. Una guerra fratricida les abria de par en par las puertas de Portugal, y como cafres se arrojaban, en nombre de la libertad, al desgraciado país en que iban á introducir el pillaje y la licencia. En presencia de tantos peligros mostráronse los discípulos del Instituto en un todo dignos de la alta mision que les estaba confiada: dividido el Portugal por el fuego de la civil discordia que no tardó en cundir en el seno de las familias cuyos miembros se dividian entre sí para defender cada cual su partido, sobrevino un nuevo azote mas terrible aun que la guerra, que acabó de consternar aquel desgraciado país. Se presentó el cólera á las puertas de sus ciudades, invadió las campiñas y se cebó indistintamente en las tiendas de campaña y en los hospitales, amontonando en todas partes víctimas sobre víctimas: por una de aquellas incurias que solo las preocupaciones de la guerra civil pueden hacer comprender sin servirles de excusa, unióse á la epidemia la miseria y el hambre.

Para desafiar una muerte que aparecia bajo tantas formas diversas, preciso era una de esas abnegaciones que no retroceden ante ningun peligro; la abnegacion que los Jesuitas supieron demostrar. Durante mas de seis meses se les vió á todas las horas del dia y de la noche prodigar á los moribundos los consuelos de la fe y los auxilios de la beneficencia; fueron á la vez los sacerdotes en la agonía y los médicos en el sufrimiento, lanzándose á todas partes en donde

habia un dolor que endulzar. Los soldados de D. Miguel, así como los de D. Pedro hechos prisioneros, los presos políticos, los criminales y los inocentes vinieron á ser todos hermanos que la caridad de los hijos de Loyola confundió en el mismo amor y en los mismos cuidados. Acampado el ejército miguelista frente los muros de Coimbra á fin de reunirse para defender Lisboa, causó aquella reunion de fuerzas nuevos desastres por haber engendrado el tifus. El contagio sostenido por tantas causas reunidas respetó á los Padres, pero no fue así la nueva plaga que vino á aumentar los males de los portugueses, pues que cási todos los Jesuitas á un mismo tiempo se vieron atacados del tifus que les condujo á las puertas del sepulcro: sin embargo solo Trancart sucumbió.

En aquel drama que se representaba en medio de los combates, y al cual asistian tres ejércitos, hubo por parte de los Jesuitas de aquel modo expuestos una lucha larga y santa que constantemente supieron sostener en favor del infortunio. Batíanse los dos pretendientes de la casa de Braganza, animados por la esperanza de conquistar el trono; los partidarios de uno y otro bando empuñaban las armas para hacer triunfar un partido político; solo los discípulos de san Ignacio se sacrificaban en honor de la idea cristiana: solo ellos permanecian siempre en la brecha, á fin de hacer oir algunas palabras de consuelo en medio de las imprecaciones de la derrota realista y de los cantos de alegría de la victoria constitucional. Acostumbrados á apiadarse de esas guerras intestinas para ser á la vez útiles á todos los partidos, solo procuraron los Jesuitas salvar en la tormenta revolucionaria los principios de la fe; lo que pudieron lograr únicamente mientras lo permitieron las pasiones desencadenadas: hé aquí una carta que dirigia á Godinot el P. Soimié en la que se halla la prueba de la estimacion que inspiraron los Jesuitas tanto á los miguelistas como á los defensores de D. Pedro: «Lo que nos «granjeó la confianza de los dos partidos, decia Soimié en julio «de 1834, no fue solo la abnegacion que manifestamos durante el «cólera, ni el gusto con que nos prestábamos á todo, sino en par«ticular la discrecion con que nos portamos mientras nos fue posible «con ambos partidos. Ninguna distincion se hacia en nuestras cla«ses entre el hijo de un realista y el de un constitucional; lo que es«taba por otra parte prevenido por S. M. En nuestras instrucciones «nos contentábamos con explicar el Evangelio sin tratar jamás de «política; procurando en todo lo demás ser útiles igualmente á to-

«dos sin distincion de opiniones, con tal que no se intentara contra «la conciencia y el honor de la Compañía. No ha sido por desgracia «así en todas partes, puesto que en algunas se ha demostrado de«masiado la diferencia de opinion. La política no debe entrar de «ningun modo en los sermones; se ha tratado algunas veces de ella «con cierta acritud, y sin tener bastante indulgencia y caridad para «con las personas de una opinion diferente. Esta clase de indiscre«ciones, faltas, ó como se quiera llamarlas, produjeron en Portugal «mas tristes efectos que en otra parte alguna; como solo deseábamos «la salvacion de todos, limitábamonos nosotros á condenar igual«mente todos los excesos. Por otra parte es preciso atender, que en «Portugal, mas que en cualquiera otro punto, hay muchos que abra«zan un partido y lo defienden con bastante inocencia; por lo que «seria una injusticia condenarlos á todos indiferentemente. Esos bue«nos portugueses, sea cual fuere el partido que sigan, no por ello «son ni menos buenos ni menos cristianos; finalmente, por decirlo «de una vez, evitábamos entrar en todas esas miserias de partido, «que léjos de hacer bien á nadie, hacen por el contrario mal á mu«chas personas.»

Estas palabras son el resúmen de la política observada por los Jesuitas, y de la cual no se separan jamás; D. Miguel les llamó: nuevos acontecimientos cambiaron el órden de cosas. D. Pedro fue vencedor; pero no por ello preocupó á los Padres aquella revolucion, sino bajo el punto de vista católico, por serles el trono tan indiferente como la vida. Penetró el ejército constitucional en Lisboa al mando de Villaflor en 24 de julio de 1833, y su general hizo anunciar á los discípulos del Instituto que podian contar con su proteccion. El mismo D. Pedro, á quien no se ocultaba la situacion del país, trató con ellos sobre los medios que podian emplearse para pacificarlo: era el árbitro de Portugal, pero sabia que solo los extrantranjeros habian visto con placer su triunfo, y como no ignoraba la influencia y el apoyo á que era aquel triunfo debido, sondeó á los Jesuitas á fin de saber cuál era su opinion sobre la marcha política que en lo sucesivo convenia seguir. Engañado como los demás sobre el ascendiente político que creia tenian los Padres, nada omitió en 1833 el antiguo Emperador del Brasil para unirlos á su partido; les escribió de su propio puño, les ofreció el restablecimiento de la Compañía, el arzobispado primacial de Braga, la direccion espiritual de D.ª María II, y toda clase de tesoros y favores que podian

desear, si empleaban en servicio de la Revolucion el crédito de que gozaban acerca del pueblo; sin que les pidiera D. Pedro en cambio de tantas ventajas, otra condicion, que entregarle las ciudades de Coimbra y Lisboa. Estas proposiciones llegaron á conocimiento de los Padres, cuando la victoria habia coronado ya las armas de don Pedro; llegado ya este al colmo de sus deseos y reinando á nombre de su hija, léjos de haberse desvanecido sus preocupaciones respecto de los Jesuitas, ocupábale mas y mas la idea de unirlos á su causa á fin de que fuesen los intermediarios entre él y D. Miguel. El duque de Palmella les ofreció su apoyo si consentian en no retirarse al interior del reino.

Hallábanse los Jesuitas en Coimbra y Lisboa por órden de su General; y solo la violencia podia impedirles el dar cumplimiento hasta el fin á sus disposiciones, por lo que era su determinacion irrevocable. Sospechando los pedristas de que no podian atraerles á su partido, y que por lo tanto todo debian temerlo de ellos, se amotinaron en 29 de julio frente la casa de San Antonio. Iba á empezar ya el pillaje y la muerte por haberse apoderado los sublevados del convento y empezado á ultrajar á los Jesuitas, cuando de repente cogió uno de los invasores al P. Moré que debia ser la primera víctima, y amenazando aquel hombre con la culata del fusil á sus compañeros logró dispersarlos, y cayendo luego á los piés de Moré: «Padre, exclamó, mi bienhechor, á vos os debo la vida, puesto que «sin vuestros cuidados de seguro habria sucumbido en la cárcel [1].» Aquella escena llenó de asombro á los revolucionarios que habian acudido para saquear el convento de los Jesuitas; y retrocediendo ante la idea de un nuevo crímen, dejaron á sus jefes el cuidado de consumar bajo las apariencias de legalidad el atentado que no se atrevian ellos á cometer. Estaba tan desorganizado el ejército de D. Pedro, que ni aun él podia hacer obedecer á sus súbditos sino cuando les mandaba el mal que le obligaron á consumar. Recibió el cardenal Justiniani la órden de salir de Lisboa dentro tres dias, á fin de que no quedara duda alguna sobre la ruptura del nuevo Gobierno

[1] Entre los manuscritos del P. Delvaux hállanse diferentes rasgos que honran sobremanera á los prisioneros políticos, por no haber olvidado al triunfar su partido los consuelos y el apoyo que les ofrecieron los Jesuitas durante su cautiverio. Como muestra de reconocimiento, y quizás movidos por la idea de asegurar su porvenir, muchos de aquellos prisioneros dirigieron peticiones á D. Pedro interesándose vivamente por la Compañía de Jesús.

con la Santa Sede. Las Cortes democráticas de 1820 habian conservado á los Padres de San Felipe Neri en el palacio de las Necesidades, y D. Pedro les obligó á evacuarlo inmediatamente: asimismo con una inexperiencia que demostraba mas bien irreflexion de carácter que perversidad de alma, trató aquel Príncipe de desempeñar el papel de libertador, á cuyo fin mandó abrir á los ladrones y á los asesinos las puertas de las cárceles. Alentados aquellos miserables por los desórdenes de que eran testigos, y por los impíos deseos que llegaban á sus oidos, empezaron á devastar las iglesias y los conventos, asesinando á todos los sacerdotes que se designaban á su venganza.

Á pesar de todas las seguridades dadas por los duques de Terceira y de Palmella, eran los Jesuitas los que corrian mas inminente peligro entre todos los religiosos; cuando un jóven inglés, Mr. Yvers, se decidió á salvarles. Desempeñaban los ingleses en aquella revolucion el primer papel, siendo, como en todas, los que reportaron de ella los mayores beneficios. Habia abrazado Yvers tan calorosamente la causa de los Padres de la Compañía, que puso á su disposicion los oficiales de la marina británica, y merced á su valor y prudencia, logró librar á muchos hijos de san Ignacio de una muerte cierta; sin embargo, como no pudo velar sobre los Jesuitas de los demás puntos, tuvieron estos que sufrir mucho, particularmente los de Coimbra, donde estaba de superior el P. Mallet. El Gobierno constitucional se mostraba abiertamente hostil á la Sociedad de Jesús: D. Pedro, que no habia podido decidirla á abrazar su partido por medio de una traicion cobarde y ofreciéndoles todá clase de ventajas, esperaba obligarles á ello por medio de amenazas. Los Jesuitas, empero, permanecieron inalterables en el cumplimiento de su deber; mientras reinaba en Coimbra el terror y se apoderaban de ella por la fuerza de las armas, se entregaban los Padres á sus cotidianas tareas, esto es, á la enseñanza de la juventud y á visitar los enfermos y los hospitales, procurando con sus prudentes consejos hacer descender la paz en todos los contristados corazones. La influencia que la oracion y la autoridad de la virtud daban á algunos pobres sacerdotes franceses contrarestaba todos los planes de los liberales, por haber estos pensado que les seria sumamente fácil desunir al Portugal del lazo que le unia con la Silla de san Pedro. Todos sus planes se dirigian á lo mismo; así es que invitaban á los religiosos á que disfrutaran de la independencia que les ofrecian, halagan-

do, para mejor lograrlo, la ambicion y los deseos de todos; pero el ejemplo de los Jesuitas era un poderoso obstáculo para las innovaciones. Por ello tomó D. Pedro últimamente el partido de expulsarles, poniendo en vigor el 24 de mayo de 1834 todos los edictos del marqués de Pombal: hé aquí los términos en que estaba concebido su decreto:

«El duque de Braganza, en nombre de la Reina, debidamente «informado de que algunos miembros de la Compañía de Jesús vinie«ron á este reino en tiempo de la dominacion del usurpador, y que «apoyados por las circunstancias concibieron el temerario proyecto «de restablecer la Sociedad disuelta por los poderosos motivos que «debió tener en consideracion el señor Rey D. José I; no dudando «por otra parte que confiaban los Jesuitas en el apoyo del usurpa«dor, cuya causa es la de la ignorancia y del fanatismo, para obte«ner mas fácilmente el fin que se proponian, y habiendo obtenido «del Gobierno intruso la ampliacion nula y de ningun valor de la «bula del santo padre Pio VII, la cual empieza *Sollicitudo omnium «Ecclesiarum*, de fecha 20 de agosto de 1814; siendo desgraciada«mente cierto y notorio que los susodichos religiosos se han mostra«do fieles á los principios de la Compañía de que forma parte; «S. M. I. manda que el corregidor de la Municipalidad de Coimbra «intime á todos los indivíduos de la Compañía que se hallen en la «referida ciudad la órden de salir inmediatamente. Se les señalará «su itinerario, y á la mayor brevedad deberán presentarse á la se«cretaría de Estado, donde se dispondrán los medios necesarios pa«ra embarcarles para el exterior del reino y de sus dominios. En el «caso de contravencion, usará el Gobierno imperial de S. M. res«pecto de los referidos religiosos de la severidad tan merecida por «su audaz y criminal proyecto.»

Comunicóse á los Jesuitas ese edicto en el cual no eran mas respetadas las fechas que la razon y la verdad: luego se procedió á su arresto, y para ponerles á disposicion de D. Pedro se les arrastró como malhechores de cárcel en cárcel, haciéndoles andar desde Coimbre á Lisboa bajo el rigor de un sol ardiente. Durante las cuarenta leguas que tuvieron que hacer acudieron de todos los puntos un gran número de cristianos que imploraban de rodillas su bendicion entre las filas de los soldados, algunos de los cuales mezclaron mas de una vez sus lágrimas con las de la multitud. ¡Algunos meses antes habian recorrido los Jesuitas aquel mismo camino,

en el que se arrojaban á su paso numerosas flores y ramas de naranjo; mientras que ahora proscritos sin haber combatido, recogian el grito de dolor que por su separacion se exhalaba de todos los corazones! Esta ovacion hecha á los vencidos era un mal presagio para las ideas innovadoras: los Jesuitas en su desgracia habian sido hasta allí saludados como mártires; solo á la aproximacion de la capital creyó el Gobierno deber organizar una turba que asegurase su triunfo. Acogió el pueblo á los hijos de Loyola con una resignacion dolorosa; pero se obligó al populacho á salirles al encuentro y hacerles expiar con sus rechiflas y gritería las demostraciones de piadosa gratitud que merecieron de todos los pueblos durante su tránsito. Cumplió el populacho la órden del Gobierno, y los Jesuitas verificaron su entrada en medio de continuas amenazas y ultrajes; pero como eran franceses, no permitió el baron Mortier, que se hallaba á la sazon de embajador en Lisboa, que sirvieran los Jesuitas de juguete á aquella turba de liberales mercenarios, organizados por el anciano Emperador del Brasil. — Se arrastraba á los Padres hácia la capital para dirigir contra ellos un movimiento y ofrecerles quizás en holocausto á los excesos demagógicos; pero el baron Mortier se opuso á aquel plan, reclamando en nombre de la Francia á los hijos de san Ignacio: solo su firmeza y su carácter pudo salvar en aquella ocasion la vida á los Jesuitas. Habia no léjos de Lisboa una cárcel célebre en los anales de la Compañía: tal era la torre de San Julian, en la que en tiempo de Pombal murieron tantos Padres sumidos en la mayor miseria y desnudez; en ella fue tambien donde se colocó á sus sucesores, donde sin embargo no permanecieron mucho tiempo, merced á la activa vigilancia del baron Mortier y al apoyo de Mr. Guizot. El nuevo Gobierno portugués, que les habia ya hecho dar algunos pasos en la senda del martirio, vióse obligado pocos dias despues á restituirles su libertad.

CAPÍTULO VI.

La Compañía de Jesús vuelve á emprender sus misiones de allende los mares.— Reproches que le son dirigidos. — No quiere la Compañía crear clero indígena. — Sus motivos. — Procura establecer en todas partes la liturgia romana en perjuicio de los demás ritos. — Regresan los Jesuitas americanos á su patria despues de la supresion. — El P. John Carroll, Washington y Franklin. — Hace el Jesuita reconocer la libertad de cultos en los Estados-Unidos. — Es nombrado primer obispo de Baltimore. — Carta de Carroll y del P. Leonardo Neale al General de los Jesuitas en Rusia. — El P. Molineux, superior de las misiones de América. — El colegio de Georgetown. — Dificultades que ofrece la posicion de los Jesuitas. — Los americanos y sus ideas religiosas. — El Protestantismo apoya á los misioneros católicos. — El P. Grassi superior. — El P. Kohlmann y el secreto de la confesion. — Vese compelido ante el Tribunal supremo de justicia. — Defensa del Jesuita. — Hace triunfar la discrecion sacerdotal. — El colegio de Georgetown elevado á universidad. — Muerte de Carroll y de Neale. — Seis hermanos en la Compañia. — Piden los salvajes á los *ropas negras*. — Los negros de la Jamáica manifiestan el mismo deseo. — Guillermo de Bourg, obispo de Nueva-Orleans, y los Jesuitas. — Parte el P. Van Quickenborn con los novicios belgas para el Misuri. — Van-Quickenborn funda algunas residencias y un colegio. — Excursion en el interior del país. — No se atreven los Jesuitas al principio á entregarse á su celo apostólico en las tribus salvajes. — Causas de su retardo. — Peligran los colegios por falta de dinero. — Se niegan los Jesuitas á echar mano de la subvencion universitaria que la ley les señala. — Expulsion del P. Kelly. — El cólera en los Estados-Unidos. — Los Jesuitas y las Hermanas de la Caridad. — El P. Mac-Elroy en Fredericktown. — Sus fundaciones. — Apacigua Mac-Elroy una sedicion entre los operarios irlandeses. — Los Jesuitas diseminados en los Estados de la Union. — Sus trabajos. — Procuran civilizar á los salvajes por medio de la educacion. — Van Quickenborn en el país de los Kickapoa's. — Comparacion que hacen los indios entre los Jesuitas y los ministros anglicanos.— Muerte de Van Quickenborn. — El P. Helias entre los Osages. — El P. Booker entre los Potowatomios. — Es entre ellos médico y arquitecto. — Los presidentes de la Union protegen á los Padres. — Las tribus del Oregon desean á los *ropas negras*.— Parte el P. de Smet para el país de los Cabezas chatas. — Recepcion que se le hace. — El P. Point. — Reduccion de Santa María. — Vida de los Jesuitas en las montañas Rocosas. — El P. Larkin en el aniversario de la independencia americana. — Predica el Jesuita ante el ejército y los magistrados de los Estados-Unidos. — Los Padres en la Jamáica. — Su llegada á Méjico. — Su proscripcion. — El P. Arillaga en el Senado. — Llámales nuevamente el general Santa Ana. — Mision de Siria. — El rey Othon y los Jesuitas. — El

P. Franco en Syra. — Obstáculos que sobrevienen. — El P. Blanchet en Beyruth. — No quieren los Jesuitas renunciar á la proteccion de la Francia. — Los Católicos de Calcuta piden al Papa les conceda algunos Jesuitas. — El P. Saint-Leger instala allí á los misioneros. — Principio de la mision. — Rechazan los anglicanos á los malos sacerdotes, y solo quieren entenderse con los Jesuitas. — Ereccion del colegio de San Francisco Javier en Calcuta. — Secundan los Obispos á los Padres. — Un príncipe indio, llamado Babou-Seal, funda un colegio indio para los Jesuitas. — Condiciones que impone. — Aceptan los Jesuitas el cuidado de educar á los gentiles. — Inauguracion del colegio Seal. — Los hijos de san Ignacio y los magistrados ingleses. — Muerte de los PP. Moré, Erwin y Weld. — Infraccion de las costumbres indias. —Pierden los Jesuitas su colegio indio. — Progresos de las misiones. — Los Jesuitas en Madagascar. — Pide la República argentina Jesuitas para instruir la juventud. — Manda su restablecimiento. — No quieren los Jesuitas apoyar la política de Rosas. — Oblígales este á salir de Buenos-Aires. — Dirígense á Chile y al Brasil. — El comercio de Catamarca y la Nueva-Granada les acogen con entusiasmo. — El P. Gotteland en China. — Trabajos de los misioneros. — El P. Clavelin y la embajada de Mr. de La Grenée. — Situacion de los Católicos en el Celeste imperio. — Penetran los Jesuitas en el Maduré. — Obstáculos que se oponen á su mision. — Los PP. Bertrand y Garnier. — Costumbres y cisma de los sacerdotes. — Diezma la muerte á los Jesuitas. — Entusiasmo de los Padres en Europa. — *Eamus et moriamur.* — Progresos de los Jesuitas en el Maduré.

Aunque procuraba la Sociedad de Jesús reorganizarse en los diferentes Estados de Europa, no por esto habia renunciado á las conquistas evangélicas, ni á la sucesion del martirio y de la civilizacion que sus predecesores le legaran. Sus gloriosos recuerdos de tiempos pasados, los vivos deseos de los pueblos sepultados en las tinieblas del error, y las apremiantes necesidades de la Religion, imponian á los nuevos Jesuitas el deber de entrar en la carrera de las misiones; en ella, sobre todo, habia producido la supresion del Instituto males que eran de todo punto irreparables. Clemente XIV de una sola plumada destruyó la obra de tres siglos, y cuando no subsistia ya ningun vestigio de aquel gran monumento levantado á la fe católica, invitaba la Santa Sede á los Jesuitas á que empezaran de nuevo su reconstruccion. Inmensos eran los obstáculos de toda especie que se oponian á la realizacion de este designio, siendo indispensable para poder vencerlos formar personas aptas para difundir las luces del Evangelio, á cuyo fin debian enseñárseles todos los idiomas, é inspirárseles aquel ardiente celo que sabe hacer frente á todas las fatigas, privaciones y hasta al desaliento que infunden infructuosas tentativas.

Apenas acababa de salir la Compañía de su sepulcro, cuando se apresuró ya á aceptar la carga que imponia el Pontífice á su abnegacion; á pesar de que no contaba para hacerse abrir las puertas de los imperios idólatras con hombres que, como Francisco Javier, supiesen hacerse superiores á las leyes de la naturaleza. Reducida entonces á sus propias fuerzas, debia luchar la Compañía con todos los peligros y las mas encontradas pasiones, no siendo estos aun todavía los mayores obstáculos que debia vencer, sino los que existian contra ella en el seno mismo de la Iglesia católica. Otros misioneros animados de una idea diferente se habian unido con los enemigos del Instituto para acusarle de que no habia sabido ni querido formar nunca un clero nacional: renovábanse todavía esas imputaciones en el momento mismo en que iban los Jesuitas á emprender de nuevo el curso de su apostolado. Hemos examinado la objecion que los enemigos del Cristianismo tomaron de los émulos de la Sociedad de Jesús, por haber creido deber estudiar á fondo esta cuestion tan tristemente agitada y de una resolucion tan difícil, antes de entrar en la relacion de los hechos.

Pretendióse, y se pretende aun, que por la naturaleza misma de su Instituto, es incapaz la Compañía de establecer de un modo provechoso la obra de las misiones, porque su fuerza centralizadora le impedia aclimatarse en las regiones transatlánticas, y formar en ellas sacerdotes indígenas. Á este fin se ha demostrado que la Sociedad nunca se habia ocupado maduramente de ello, y que todos los japoneses, chinos, indios ó americanos que habia elevado á los honores del sacerdocio, perdieron su nacionalidad al pronunciar los votos religiosos. Así es que habria descuidado la Sociedad de Jesús regar las raíces del árbol por adornarlo con ramos de efímeras flores; esto es, que habria procurado mas bien su propia prosperidad que el aumento moral de que era el Evangelio susceptible.

Estas objeciones tantas veces reproducidas, procuradas á la impiedad por el celo de algunos misioneros que no pertenecian á la Compañía de Jesús, han sido objeto por unos y otros de falsas consecuencias. Por nuestra parte no creemos que pueda una cristiandad amoldarse como una estatua, ni que como esta salga del molde subsistiendo por sí misma. Seria, en verdad, hermoso poder producir de un solo golpe obras tan perfectas, que apenas nacidas, pudiesen ya vivir de su propia vida; pero esta milagrosa facultad no se concedió al hombre, al cual debemos aceptar así en la vehemencia de su

celo, como en las imperfecciones de su naturaleza. Habian fundado los Jesuitas importantes cristiandades en todos los vastos continentes del Nuevo Mundo, algunas de las cuales arrastró en pos de sí la destruccion de la Órden. ¿Y es por ventura á los misioneros á quienes debe la civilizacion achacar esa pérdida? ¿Es por ventura á los primitivos apóstoles de Asia y de África, á quienes atribuye el mundo la destruccion de tantas iglesias entonces florecientes? Es innegable que los Jesuitas fueron por mucho tiempo la mas intrépida vanguardia del Catolicismo; pero lo es aun mucho mas, como resulta probado hasta la evidencia por la historia, que nunca aspiraron á minar su edificio cristiano con un sistema de egoismo ó con una ambicion personal. Fundaron en cuantas partes les fue posible escuelas clericales, donde fueron llamados los indígenas para imponérseles en los deberes del sacerdocio: solamente en la costa Malabar desde Goa á Cochin, poseia la Compañia seis seminarios en los cuales se educaban una multitud de jóvenes indios, segun se desprende del siguiente escrito del Arzobispo de Cranganora de fecha 28 de enero de 1629: «Los sacerdotes indígenas de esta diócesis, en «número de mas de trescientos, son todos instruidos por los Padres «de la Compañía de Jesús.» Lo propio sucedia en Colombo, Jafanapatam, Negapatam, Agra, Meliapur y en todos los demás puntos de mision. Se reunieron los Jesuitas de China en sínodo el año 1666, y por una mayoría considerable de votos, se decidió que se creara inmediatamente un clero nacional: tal era ya entonces el fruto que producian en el fondo de ambas Américas[1].

Los salvajes, que en un principio no eran ni siquiera considerados

[1] Constan en una memoria enviada á la Sociedad Leopoldina por el Padre Estéban Dubuisson algunas consideraciones que corroboran singularmente estas palabras. Es el P. Dubuisson un anciano misionero de la América septentrional que en marzo de 1836 dirigia al comité central de Viena, para la propagacion de la fe, las observaciones siguientes:

«No es menos cierto, decia, que los americanos como pueblo tienen mucho «amor patrio, y que como católicos desean ardientemente oir predicar su «dogma de modo, que en cuanto al lenguaje, á la forma y al fondo, se haga «honor á su comunion y á su pueblo. Y en verdad ¿no seria humillante para «ellos, sobre todo hoy dia que se ven iglesias tan frecuentadas por sus herma- «nos errantes, que fuesen siempre los extranjeros los que debiesen predicar- «les y hacerles comprender la palabra de Dios?

«Así pues, ¿puede haber socorros mejor empleados en las misiones que «aquellos que se consagran para ayudar á los obispos y superiores de las Ór- «denes religiosas á crear un clero nacional? ¿Pueden acaso las sociedades que

como hombres, fueron despues constituidos en familia, y luego en sociedad; antes, empero, de que se infiltrara la sangre cristiana en las venas de aquellos pueblos, era preciso coronar, por medio del sacerdocio, aquella obra tan difícilmente empezada por la civilizacion. Los Jesuitas, que no podian prometerse ver herida de muerte por la Santa Sede su Institucion, no quisieron precipitarse, á fin de llegar con mas seguridad al apetecido resultado que se proponian. Los acontecimientos, empero, desvanecieron sus esperanzas en el momento de verlas realizadas, siendo ellos mismos arrancados de aquel suelo por la mano que mas debia procurar sostenerles.

El P. Alejandro de Rhodes, segun lo hemos visto en el decurso de esta historia, concibió la idea de formar un episcopado y un clero independiente de la Sociedad de Jesús. Á fin de realizar esta idea, fundó la Congregacion de las Misiones extranjeras; en esto imitaron los Jesuitas á los apóstoles del Norte de Europa, empezaron el plantel sacerdotal sujetando á las reglas de su Instituto á los neófitos á quienes estaba aquella dignidad reservada. Al formar un clero regular para secularizarle en las generaciones venideras, no se destruia en lo mas mínimo su nacionalidad; por otra parte los Jesuitas no consideraban los hombres y las cosas de los siglos XVI y XVII segun las leyes y costumbres del tiempo y del país en que vivimos. Sabian tambien que el emancipar demasiado al Clero era debilitar la unidad católica que debia contener en su seno todas las iglesias particulares: la fuerza de esta unidad resulta de la multiplicidad de los lazos que unen los extremos con el centro, y por lo mismo los Padres solo procuraban desenvolver aquella fuerza.

Otra objecion se ha hecho tambien contra los trabajos de los Jesuitas, la cual, aunque ha sido dirigida principalmente contra la antigua Compañía, no por esto se ha tratado de preservar de ella á la nueva. Esta objecion está formulada en los siguientes términos así en Roma como en el resto del mundo católico: La Sociedad de Jesús turba las misiones y destruye las cristiandades por su intolerancia en todos los ritos extanjeros, y por su obstinacion en querer reducir todas las iglesias á la liturgia y al rito latinos.

Ese cargo, cuya importancia reconocemos todos, ha llegado muy á menudo hasta nosotros. Á fin de saber si era general ó particular, hemos recorrido lo pasado y lo presente hasta llegar á una convic-

«no pierden de vista la Obra de la Propagacion de la Fe hacer cosa alguna que «tienda mas directamente á su desarrollo?»

cion basada en actos ó hechos auténticos. Merced á este detenido estudio hemos sabido que en América las cristiandades no tienen ni siquiera la idea de otro rito que el latino ; que en las Indias y en la China es tambien el único que está en uso; que en el Maduré y en Calcuta aceptaron los Jesuitas la cooperacion de los sacerdotes de los ritos siriaco y armenio ; que en el Líbano viven en comunidad con los maronitas, y que en Gallicia no se oponen á la liturgia ruteniana. En otro tiempo se hacia un cargo á los Padres del Instituto por su condescendencia respecto á los trajes religiosos que no se atrevian á modificar sino con el tiempo ; hoy se les imputa una intolerancia completamente opuesta á sus costumbres y hasta en contradiccion con su modo de propagar el Catolicismo. Tienen los Jesuitas por principio dejar la mas completa libertad á los pueblos que no renuncien voluntariamente á los ritos de su país, y este es el principio que siempre ha adoptado tambien la Santa Sede. En todas las comuniones religiosas que organizan, se les ve imponer la liturgia latina ; pero esta preferencia nunca va tan léjos, que obligue á los fieles de Oriente y Occidente á abandonar los usos que Roma ha respetado, ó que á lo menos ha creido deber tolerar.

Lo mismo allende los mares que en el centro de Europa deben los Jesuitas soportar rivalidades que el celo puede transformar en hostiles ; no se les oculta que para llegar al fin propuesto deben armarse de una moderacion á toda prueba , y continuar bajo el mismo pié lo que sus antecesores emprendieron sin preocuparse por la divergencia de opiniones y calumnias que pueda originar su sistema. Por otra parte, ese sistema está consagrado por el tiempo y adoptado por la Santa Sede ; solo falta, pues, ponerlo nuevamente en práctica.

En el momento en que era la Compañía abolida por Clemente XIV, abandonaron algunos jesuitas la Gran Bretaña para retirarse á la América septentrional, su verdadera patria, por no haber habido nunca allí otros sacerdotes que ellos. John Carroll que los conducia, estaba unido al Instituto por la profesion de los cuatro votos, el cual no tardó en granjearse el respeto y amistad de aquella inmortal generacion que preparaba en el silencio la independencia de su país. Fue el amigo de Washington y de Franklin, y hermano de aquel Carroll que tanto trabajó para la constitucion de los Estados-Unidos. La prevision y el saber del Jesuita eran de tal modo apreciados por los fundadores de la libertad americana, que le invitaron á firmar con ellos el acta de federacion. Como eran todos protestan-

tes, iban á consagrar su triunfo por la ley; pero habiéndoles parecido el Catolicismo, enseñado por los Padres de la Compañía, tan tolerante y tan propio para civilizar á los salvajes, permitieron á John Carroll asegurar el principio de la independencia religiosa. Carroll fue admitido á discutir las bases con ellos, y las estableció tan sólidamente, que nunca jamás, desde entonces, ha sido violada en los Estados-Unidos la libertad de cultos; porque una vez obligados los americanos á sostenerla, no se creyeron autorizados para faltar á su juramento, á pesar de los progresos que hizo la fe romana por medio de los misioneros. Cuando la union fue constituida, pensó el papa Pio VI en 1769 dar un guia á todos aquellos fieles dispersados por todos los confines del continente americano. John Carroll fue el primero que recibió el título de obispo de Baltimore, y luego mas tarde el de metropolitano de las demás diócesis y legado apostólico, con otro jesuita, llamado Leonardo Neale, por coadjutor. En 25 de mayo de 1803 escribieron estos dos Prelados, que nunca habian podido olvidar el Instituto de san Ignacio, al P. Gruber, general de la Órden, la carta siguiente:

«Reverendísimo Padre en Jesucristo: Los que se dirigen á vuestra «Paternidad eran ya miembros de la Compañía de Jesús cuando la «desgraciada supresion de 1773, por la cual se vieron obligados á «regresar á su patria. En ella trabajábamos con nuestros hermanos, «porque desde el dia en que penetró el Cristianismo en estas regio- «nes, son los Jesuitas los únicos sacerdotes católicos que han velado «en ellas por la salvacion de las almas. Cuando en 1783 fueron los «Estados-Unidos enteramente emancipados de la Gran Bretaña, nues- «tro santísimo padre Pio VI, de feliz memoria, juzgó necesario sepa- «rar á los fieles de la América de la autoridad y jurisdiccion del Vi- «cario apostólico de Inglaterra, y someterles á un obispo especial, «estableciendo una nueva silla en Baltimore, á cuyo Prelado nom- «brado por él concedió la jurisdiccion sobre el inmenso territorio «de esta República. Desde entonces muchos sacerdotes, así secula- «res como regulares de diferentes Órdenes, se han esparcido por las «numerosas provincias de América, y cuya dispersion, como nos lo «habíamos prometido, ha contribuido al feliz acrecentamiento de la «verdadera fe. Solo restan, empero, trece sacerdotes de la Compa- «ñía de Jesús, debilitados en su mayor parte por los años y por los «trabajos; residen principalmente esos religiosos en el Maryland y «en Pensilvania, provincias en las cuales fue en un principio tras-

«plantada la religion católica, y en las que se halla hoy dia mas «floreciente que en otra parte alguna.

«Por las diferentes cartas de nuestros hermanos, hemos sabido «con el mayor placer, que, gracias á una especie de milagro, se ha «salvado la Compañía, y que existe aun en el imperio de Rusia: «asimismo sabemos que el Soberano Pontífice la reconoce, y que «por un breve ha facultado á vuestra Paternidad para admitir de «nuevo á cuantos hayan pertenecido á ella. Cási todos nuestros an-«cianos Padres solicitan con ardor la gracia de renovar los votos que «hicieron á Dios en el Instituto, pidiendo terminar en él su vida, y «consagrar sus últimos dias al restablecimiento de la Sociedad, si la «Providencia lo permite.

«No ignora vuestra Paternidad los esfuerzos que serán necesarios «para no resucitar un vano fantasma de la antigua Compañía, la «cual debe revivir con su verdadera forma, su gobierno y su pro-«pio espíritu. Para lograr este resultado indispensable, nos parece «esencial que vuestra Paternidad elija entre los miembros de la Ór-«den á un Padre dotado de una extrema prudencia, versado en los «negocios, lleno del espíritu de san Ignacio y de sus Constituciones, «á fin de que enviado por vos á esta region, pueda disponerlo todo «en vuestro nombre y bajo vuestra autoridad. En una palabra, de-«be gozar del poder que tenian los visitadores encargados por san «Ignacio para ir á los pueblos mas remotos, como el P. Jerónimo «Natal habla de san Francisco de Borja, y tantos otros de que se «hace mencion en nuestros anales.

«Podrian evitarse los peligros de tan larga navegacion si fuese «posible encontrar en Inglaterra ó en este pais alguno de la Compa-«ñía á quien pudiera confiarse esta mision; nosotros, á decir la ver-«dad, hemos estado por tanto tiempo empleados en otros ministe-«rios extraños á nuestro Instituto, que estamos muy poco experi-«mentados en su gobierno; por otra parte la falta de libros, de «Constituciones, y aun de las mismas actas de las Congregaciones «generales, tampoco permitirian encontrar entre nosotros ni en In-«glaterra ningun jesuita que pudiese llenar dignamente aquellas «funciones. Parece por lo tanto oportuno enviar aquí á uno de los «Padres que están cerca de vos, que conozca vuestras intenciones, «y que sea asaz prudente para no emprender nada con precipitacion «antes de haber estudiado el gobierno, las leyes, el espíritu de es-«ta República y las costumbres del pueblo.

«Los bienes que pertenecian á la Compañía están cási en su to-«talidad conservados y pueden procurar la subsistencia á treinta re-«ligiosos: despues de la destruccion de la Órden, se consagró una «parte de sus propiedades á la fundacion de un vasto colegio en el «que se instruye hoy dia á la juventud en las bellas letras. Cuando «quiso Pio VI nombrar un obispo en este país, y mas tarde un «coadjutor con derecho de sucesion, eligió á entrambos de entre los «Padres de la Compañía. En esta República los sacerdotes, de cual-«quier culto que sean, disfrutan todos de la misma libertad: nada «impide á los regulares vivir segun sus constituciones, con tal que «obedezcan las leyes del país; sin embargo es mejor abstenerse de «usar el nombre de comunidad en toda clase de contratos. Todos «los bienes que poseen los religiosos son reputados como exclusiva-«mente propios de los individuos; y si alguno hay que sacuda el «yugo de la Religion, lo hace impunemente, porque de ningun mo-«do se presta la autoridad civil á hacerle entrar en su deber.

«Tales son los votos que desean nuestros cohermanos os sean ex-«puestos en su nombre: al hacerlo, rogamos á Dios desde el fondo «de nuestro corazon, para que nazca de la expresion de estos senti-«mientos la esperanza y un principio de ejecucion para reedificar la «Compañía, y que Dios os conceda la vida y las fuerzas necesarias «para llevar á feliz término semejante obra.»

Los dos Prelados signatarios de esta carta desaparecian como tales, por decirlo así, para no hablar sino como Jesuitas; puesto que siendo libres, independientes y colmados de honores, solo aspiraban á entrar de nuevo bajo el yugo de Loyola, sin querer solamente unir su nombre al restablecimiento de la Compañía. Se acusan de incapacidad relativa é imploran una luz mas viva que la que ellos proyectan. La contestacion de Gruber no se hizo esperar: en virtud de la autorizacion concedida por la Santa Sede, podia recibir el General en la Compañía á los antiguos Padres y á todos los jóvenes que se presentaran, con la condicion, sin embargo, de que en los reinos donde se negasen los Príncipes á secundar los deseos del Papa, no deberian los Jesuitas vestir el hábito de la Órden ni vivir en comunidad. Como no era esta prohibicion aplicable á los americanos, les admitió Gruber desde luego, nombrando al P. Molineux superior de la mision, la cual contó dentro pocos años entre sus predicadores, sus sábios ó sus profesores, á Antonio Kohlmann, Pedro Épinette, Juan Grassi, Adan Britt, Maximiliano de Rantzaw, Pedro Malou y

Juan Henry, que debian ser á la vez apóstoles y doctos personajes. Concentrados en el Maryland y en la Pensilvania, veian los Jesuitas desplegarse ante sus ojos un porvenir de fatigas: el Ohio, el Kentucky, la Luisiana, el Misuri y las inmensas sabanas pobladas todavía por los salvajes, se estremecian de placer al solo recuerdo de los Jesuitas. Todas esas tribus invocaban á los *ropas negras*, para fortificarse en la fe, ó para que les procuraran la felicidad por medio de la civilizacion.

Ofrecia, no obstante, grandes obstáculos la dificultad del idioma inglés, que á duras penas pueden los extranjeros vencer, y sobre todo el espíritu general de que estaba el país animado. No se ven estas provincias, como podria creerse, sumidas en la ignorancia y en la idolatría, ni por lo mismo sus habitantes completamente privados de instruccion; tan solo en los mas apartados confines de este país podrán encontrarse algunos indios que cási no tengan conocimiento de Dios y de la sociedad; lo que procede de no ser los Jesuitas bastante numerosos ni bastante aptos á causa de su edad y sus fatigas para entregarse á todos los peligros del apostolado. El metropolitano de Baltimore y los demás Padres sus cooperadores se habian hecho cargo del estado normal del país; por lo que antes de emplear sus últimas fuerzas en un supremo combate á favor del Catolicismo, comprendieron que importaba dejar tras de sí á algunos sucesores de su valor. Así es que en el corazon mismo de la Union fundó John Carroll un colegio en Georgetown, donde los jóvenes aprendian á la vez la perseverancia religiosa y las bellas letras: era este colegio la mas grata esperanza de los misioneros, y por ello se consagraban enteramente á su prosperidad. Predicaban y enseñaban los Jesuitas en medio de una poblacion civilizada, hallándose á su pesar en rivalidad con los ministros protestantes acostumbrados á la discusion y fuertes por su número. Si era cási imposible á los Jesuitas reorganizarse en Europa, ¿cuánto mas debia serlo entre los Católicos de los Estados-Unidos? cuyos católicos si bien tienen una fe viva y un gran celo, resulta sin embargo de la situacion de su país y de los principios que prevalecieron en él una doble influencia á la cual no han podido sustraerse, lo que ofrecia entonces un obstáculo invencible á los progresos del sacerdocio.

Era un pueblo nuevo en el que es la industria una necesidad y será por mucho tiempo un lujo, y por la que tienen los americanos una actividad sin límites. Es el único móvil poderoso para la nacion

que arrastra hasta la juventud, excita todos sus pensamientos, sus gustos y sus deseos hácia las empresas mas magníficas ó las menos realizables. Al salir de la infancia, el americano es ya hombre en cuanto á la fortuna y los peligros, á causa de su ardiente sed de bienestar y de goces materiales, que para procurárselos, hasta le parece pequeño el sacrificio de su propia vida. Se ha desenvuelto en tan grande escala entre los americanos ese sentimiento de egoismo, que ni aun se ven libres de él los hombres mas eminentes y dotados de un patriotismo ilustrado. Hé aquí por qué debian naturalmente oponerse á la reorganizacion de una milicia religiosa que se sacrificaba sin mas interés que la salvacion de las almas: y hé aquí tambien por qué sofocaba la ambicion la vocacion en el alma de los americanos. Por otra parte la forma política de los Estados-Unidos contribuia asimismo á alejarles mas de la vocacion religiosa. El modo con que el Gobierno ha sido planteado y se sostiene, da en efecto tanto campo á la accion democrática, que el abuso se produce inevitablemente junto al derecho. La libertad es un fruto del que el hombre se muestra ávido en todas las edades y condiciones: alimentados desde su cuna los jóvenes americanos con esas ideas de independencia absoluta, se han sentido naturalmente inclinados á disfrutar de esa manumision cuanto mas pronto posible. No se les enseñó á distinguir la independencia nacional de la libertad del individuo, y por ello en su pasion por el libre albedrío confundieron estos dos opuestos principios: el triunfo de uno vino á ser un exceso y la causa de la ruina social del otro. El primer yugo que tratan de sacudir los jóvenes de la Union es la autoridad paterna ó el poder temporal de los institutores que deriva de ella; sustraerse, pues, á él es un deseo innato en el corazon de aquellos hombres. Por otra parte en América se fomentó y exaltó este deseo con las falaces teorías de independencia: la poca severidad de los padres ó la certeza de ver despreciados sus consejos facilitaron mas la impulsion de aquel espíritu de emancipacion filial. No solo tenia este un grande ascendiente en la juventud indígena, si que tambien en la que acudia de Europa para consagrarse al Instituto de Loyola ó al sacerdocio: el aire de la libertad que respiraban aquellos novicios inexpertos en los Estados de la Union, arrojó á muchos de ellos á la senda del mundo, sin que admiraran á los Jesuitas aquellos contratiempos. No obstante continuaron en su plan, que al fin á causa de su perseverancia se vió coronado por el apetecido resultado.

Cuando la victoria dejó á los americanos enteramente dueños de su país, comprendió John Carroll que tambien la religion católica debia tener su iglesia y su casa de educacion entre todos los templos que levantaba la libertad á cada culto. Así, pues, fundó en las márgenes del rio Potomak y cási en las puertas de Washington el colegio de Georgetown, el *alma domus* de los Jesuitas anglo-americanos. El Congreso y los presidentes de los Estados-Unidos tomaron bajo su proteccion aquel establecimiento, que como la mayor parte de las residencias del Instituto se elevaba sobre una colina, á fin de ofrecer á lo léjos aquel espectáculo tan moralmente útil, aquel templo del Altísimo que era el indicio visible de la proteccion celeste. Otras varias fueron las iglesias que se construyeron por el celo de los Padres; á pesar de su débil esperanza de regenerarse, procuraron que el Catolicismo sobreviviera á la Compañía, haciendo que se acrecentara y que viniese á ser cada dia mas popular. Siguiendo las huellas del P. Hunder asistieron los que sobrevivieron de la Órden de Jesús al movimiento social que emancipó la América del Septentrion, procurando hacerlo en lo posible propicio al Catolicismo. Habian trabajado tan eficazmente los Jesuitas para la civilizacion de aquellos pueblos, que hasta los mismos Protestantes les demostraban su gratitud por los beneficios pasados, y por ello se les facilitaron los medios de extenderse por el Maryland, la Pensilvania y por los distritos de Colombia, Filadelfia, Boston y Nueva-York.

Bajo la direccion del P. Grassi, empezaban en 1813 á prosperar las misiones, cuando un grave incidente puso á los Jesuitas en divergencia con la ley: era el caso sumamente arduo, por tratarse nada menos que del secreto de la confesion. Vióse un comerciante despojado repentinamente de cierta suma de dinero: el ladron que habia logrado escapar á las pesquisas de la autoridad, era católico, y no pudo por lo mismo librarse de los remordimientos de su conciencia. Dirigióse al P. Kohlmann, jesuita francés, que nació á 13 de julio de 1771, y le confesó su crímen; el hijo de san Ignacio se encargó de repararlo restituyendo la suma sustraida. Á pesar de haber cumplido Kohlmann con su deber, vióse citado ante el tribunal por los magistrados, quienes le declararon que, segun las leyes de la República, el que ocultaba el nombre de un malhechor se hacia su cómplice, y que quedaba por lo tanto condenado á la misma pena. No intimidó aquella amenaza en lo mas mínimo á Kohlmann: reclamó la causa el Tribunal supremo, lo que llamó en gran mane-

ra la atencion pública. Divididos los Protestantes en dos campos, tomaron unos el partido de los Jesuitas, al paso que pidieron los otros que se observara la ley, de lo que resultaron solemnes debates en aquella cuestion de vida ó muerte para el Catolicismo. Expuso el P. Kohlmann con tal vehemencia ante el tribunal el respeto tradicional debido al secreto de la confesion, que conmovió á los Protestantes, llevó la conviccion en todos los corazones, y bajo la poderosa influencia de su palabra, declaró la magistratura que la libertad de conciencia debia extenderse hasta el secreto confiado á los sacerdotes católicos en el tribunal de la penitencia.

Tal fue el triunfo que logró el Jesuita por su obra intitulada: *Cuestion católica* y por su defensa; en 1815 quiso el Gobierno recompensar sus servicios, elevando el colegio de Georgetown al rango de universidad. Murió John Carroll el 20 de diciembre de 1815 en brazos del P. Grassi: aquel Arzobispo octogenario, que habia visto tantas revoluciones, moria al fin dejando la Compañía de Jesús en el camino de la prosperidad. Acababa de crearse un noviciado en White-Marsch en el que entraban diez y nueve jóvenes, en el momento que los funerales del Prelado iban á dar una nueva prueba de la libertad religiosa que supo tan sábiamente proclamar. Fue aquella la primera vez que vió la ciudad de Baltimore recorrer la cruz sus calles y los sacerdotes revestidos con sus hábitos de coro salmodiar los cantos de la Iglesia. Acogió la multitud aquella pompa fúnebre con un respetuoso silencio, demostrando así haber combatido por gozar de la libertad que concedia á los demás tan ámplia como la deseaba para sí.

Dos años mas tarde el P. Leonardo Neale, sucesor de Carroll en la silla metropolitana, murió á su vez dejando á seis de sus hermanos afiliados en la Compañía, débil grano que no debia tardar en convertirse en abundante miés. En 1818 eran ya en número de ochenta y seis los hijos de san Ignacio. El P. Kenney pronunció ante el Congreso y el cuerpo diplomático la oracion fúnebre del duque de Berry. Se dedicaban los Jesuitas activamente á hacer todo el bien posible; fundaban en Georgetown escuelas gratuitas en las que eran educados por ellos mas de trescientos niños sin distincion de cultos. Cada semana abjuraban familias enteras el Protestantismo, y hasta hubo ministros anglicanos, y profesores de la Universidad que renunciaron á las ventajas de su posicion para atender á la voz

de Dios que les llamaba á la Compañía de Jesús [1]. Léjos de alarmarse el Gobierno en presencia de tales resultados, sigue por el contrario su marcha progresiva; solo exige que al igual de todos los establecimientos de educacion pública reciban los Jesuitas la retribucion que las familias acostumbraban satisfacer, lo que era una garantía de legal competencia que parecia estar en oposicion con los votos de los Padres. Consultaron por lo tanto á su General sobre el particular; á lo que contestó Fortis que debian acatarse las leyes civiles, pero que para observar con todo rigor la pobreza religiosa, se ofreciesen todas las sumas procedentes de aquellas retribuciones á los indigentes, á los hospitales y á las cárceles.

El restablecimiento de los *ropas negras* fue anunciado por todas las inmensas sabanas, no tardando las tribus errantes en reclamar cerca los presidentes de la Union que les enviaran los misioneros á quienes tanto habian bendecido en otros tiempos sus abuelos. Les invocaban ardorosamente para que fecundizaran el desierto por medio de la oracion y lo civilizaran por la enseñanza: los Osages dieron el ejemplo, que pronto fue seguido por los negros de Santo Domingo. En 14 de setiembre de 1823, hé aquí lo que escribia á los Jesuitas el abate Tournaire, misionero apostólico de Haiti: «Los «Padres del Instituto han dirigido por espacio de muchos años las «misiones de este país, edificado diferentes iglesias, y enseñado á «hacer venerar el nombre de jesuita; sus trabajos consagraron para «siempre en este país el nombre de Padre con que honran desde en«tonces los salvajes al simple sacerdote. Los negros ancianos hablan «todavía de sus buenas obras recitando algunos fragmentos de sus «oraciones, único resto de esplendor y piedad conservado en el co«razon de estas pobres gentes despues de tantos años y de tan san«grientas guerras. Los Jesuitas abandonaron este país, y con ellos «desapareció la Religion: considerad, pues, si es posible dejar perder «así á cuatrocientas mil almas; si la piedad de los Jesuitas puede de«jar morir así el recuerdo de aquel apostolado, sin el cual deben «precisamente el odio, las miras de la Francia sobre Santo Domin-

[1] La conversion mas notable fue la de Barber, pastor de la Iglesia reformada y rector del colegio de Connecticut, el cual abrazó el Catolicismo con toda su familia y entró en el noviciado de los Jesuitas. Hízose admitir su esposa en el convento de la Visitacion; y quince años despues entraba su hijo en la Sociedad de Jesús.

«go y otras muchas miserias terrenas, cerrar para siempre el cielo
«á esas pobres almas de Jesucristo.»

Tales eran las tiernas instancias que llegaban cada dia de los puntos mas opuestos, ó mejor, el grito de gratitud tradicional que demostraba el homenaje tributado á la antigua Compañía de Jesús, y del que podia procurar hacerse digna la nueva Compañía. Cuando llegó empero á los hijos de san Ignacio la peticion de los negros, hallábanse ya aquellos empeñados por una especie de concordato con Guillermo Du-Bourg, obispo de Nueva-Orleans. Habíales encargado este evangelizar las tribus que habitaban las márgenes del Misuri y las de los rios vecinos, cuya mision fue aceptada por los Jesuitas. Destinóse á los novicios llegados recientemente de Bélgica para llenar los deseos del Prelado: eran estos Francisco de Maillet, Pedro de Smet, Verreydt, Van Asche, Clet, Smedts y Verhaegen, teniendo por directores á los PP. Cárlos Van Quickenborn y Temmermann, familiarizados ya con la lengua inglesa. El obispo Du-Bourg, así como los discípulos del Instituto, no podian contar con mas recurso que su celo; pero no por ello desesperaron ni unos ni otros de la Providencia. Van Quickenborn recurrió á la caridad pública para dar comienzo á su obra, y dirigiéndose indistintamente á protestantes y católicos recogió en pocos dias limosnas bastantes para emprender el viaje y hacer frente á los primeros gastos indispensables de aquella obra de interés general.

Fue aquella excursion erizada de peligros, tanto por las inmensas praderas que tuvieron que atravesar los Padres, como por las interminables vueltas que debieron hacer por no exponerse á ser devorados por las fieras. Tan pronto se veian obligados á andar mucho tiempo á pié, como á fiar su existencia en débiles barquichuelos subiendo ó bajando por desconocidos rios, hasta llegar á San Luis donde les aguardaba otro género de pruebas. Estableciéronse junto á Florissant en un terreno vírgen á orillas del Misuri: confundidos allí en un mismo trabajo por la comun necesidad, empezaron á construirse una casa de madera y á preparar las tierras para el cultivo. Es en aquel punto el clima muy riguroso, particularmente en el invierno, por lo que se vieron obligados á resistir un frio tan intenso y un trabajo tan penoso, que solo su perseverancia en llevar á cabo la civilizacion que les habia sido propuesta por el Cristianismo, pudo hacerles triunfar de tantas privaciones y fatigas. Fundó Van Quickenborn los cimientos de una mision, creó un colegio de

algunas residencias, y no paró hasta penetrar en el interior del país para trazar á sus sucesores la gloriosa senda que debian seguir. Abren los Padres belgas aquellas regiones al Evangelio; mientras que algunos jesuitas franceses llamados por el Obispo de Bardstown se internan hasta el fondo de las inmensas soledades del Kentucky. Otros jesuitas, en fin, siguiendo las huellas de Purcell, obispo de Cincinnati, van á establecerse en el Ohio. Al acceder los Padres á las instancias de estos Prelados, que conocian tan bien la necesidad de apoyarse en hombres de aquel temple, no creyeron llegado aun el momento de reproducir los prodigios pasados. Por mas grato que les fuese despertar, apenas salidos de su sepulcro, á aquellas tribus y convocarlas al pié de la cruz, no podian los hijos de Loyola por su escaso número enviar al martirio ó á la muerte á los Padres que tan generosamente emprendieron aquel penoso apostolado. Á este fin se vió obligado el Instituto á evitar los sacrificios individuales, y á sujetar por medio de la obediencia á sus hijos á trabajos menos peligrosos, por lo que solo obtuvieron, y aun muy difícilmente, algunos jesuitas el honor de ir á morir entre los salvajes.

Acababa de tener lugar un acontecimiento notable, del que procuraron los Jesuitas sacar todo el partido posible. En los Estados-Unidos la poblacion blanca protestante era superior en número á la de los indios, los cuales se veian sin cesar rechazados por los blancos, siendo continuamente derrotados en la guerra que se veian obligados á sostener, y que habria ocasionado en último resultado su total extincion. Los Jesuitas en los mas prósperos dias de sus misiones no pudieron nunca acostumbrar á las razas indias á la vida civilizada: exceptuando los habitantes del Maine y del Misisipi, trató la Sociedad renaciente de lograrlo por otras vias. Para conservar en otro tiempo el gérmen del Cristianismo, suavizar las costumbres y atraer los salvajes á un progreso real, fue necesario privarles toda comunicacion con los blancos. Al presente que las leyes vigentes de los Estados-Unidos se oponian á semejante prohibicion, por favorecer el comercio entre las dos razas, volvieron ellos á reclamarla, lo que hacia mas difícil que nunca preservar á los indios de los vicios inherentes á su naturaleza. En vista de semejantes obstáculos no creyeron los Jesuitas deber luchar abiertamente contra las imposibilidades morales y materiales que tenian presentidas, en cuya alternativa prefirieron lo cierto á lo incierto. Habíaseles acusado en otro tiempo de poetizar las misiones, y encubrir las ambi-

ciones ó los crímenes del Instituto tras una brillante página de historia cuya grandeza y utilidad eran generalmente confesadas; así es que no quisieron que semejante imputacion fuese de nuevo dirigida contra la Sociedad naciente: se les condenaba á ser hombres, y aguardando dias mejores, se resignaron, ó mejor, se limitaron á las proporciones de la humanidad.

Perpetuar la fe en las generaciones católicas, convertir los sectarios por medio de la discusion y formar un clero nacional, fue el triple fin que se propusieron los Jesuitas. Abrazaban con el pensamiento los trabajos de los antiguos Padres, y no se les ocultaba cuanto debian aun practicar para fecundizar aquel suelo que tanto deseaban verle producir mieses cristianas. Contaban solo con un pequeño número de fieles esparcidos entre una multitud de sectarios; por lo que creyeron deber empezar el combate por el punto donde era mas inminente el peligro. El libre exámen, la independencia absoluta y el lujo, engendraban frecuentes apostasías y una licencia sin freno: la falta de sacerdotes por otra parte producia tambien un letárgico sueño que podia considerarse precursor de la muerte. Á los ojos de los Jesuitas, parecian los americanos estar destinados á desempeñar mas tarde un gran papel en los asuntos del mundo, merced á su industriosa actividad, y á su genio penetrante y siempre ávido de empresas gigantescas. Á pesar de la incertidumbre de los humanos cálculos, concibieron, pues, los Jesuitas la idea de que estaba reservado á aquel pueblo ejercer una influencia predominante: el atractivo protestante no existia ya; los lazos de secta no conservaban ninguna fuerza; hé aquí por qué la confusion de principios, la instabilidad de los símbolos, las divisiones estrepitosas, y el deseo de conocerlo todo, lanzaban evidentemente los ánimos hácia la indiferencia, ó hácia la fe antigua, inmutable, indefectible de Jesucristo. Por esto auguraron los Jesuitas que semejante movimiento debia necesariamente conducir al conocimiento de la verdad que por su parte procuraron hacer mas patente.

Á este fin renunciaron por algun tiempo á las misiones aventuradas: así es que solo se ocuparon durante algunos años en los cuidados del sacerdocio y de la enseñanza; pero como la mayor parte de los Católicos pertenecian á las clases trabajadoras, no podian sostener al Clero ni ayudar á la construccion ó conservacion de las iglesias. Hasta los mismos colegios estaban á punto de cerrarse por falta de socorros pecuniarios: una casa de educacion que se fundó en Was-

hington, sucumbió en poco tiempo al peso de sus cargas. Á pesar de tantos apuros, mandó el General en 1827 que se cerraran todos los establecimientos antes de echar mano de la retribucion que debia distribuirse á los hospitales y á las cárceles. El P. Jeremías Kelly, rector del colegio, se negó á obedecer semejante órden, prefiriendo cerrar otro establecimiento; y en el interés del Instituto, encargó á los profesores de la Sociedad que no perdiesen nunca de vista un establecimiento tan útil. La proposicion de Kelly era contraria al voto de los Jesuitas así como al principio de la Órden: y por lo mismo fue desaprobada y expulsado Kelly de la Compañía.

Este ejemplo daba á los americanos una idea de lo que los Jesuitas podian y debian hacer: transcurridos algunos años presentó el cólera á los Padres bajo un aspecto diverso. Viéronles los Estados-Unidos desinteresados y siempre prontos á sacrificarse por la felicidad de los demás, ofreciendo particularmente en 1831 el ejemplo de la mas asombrosa intrepidez. En una noticia manuscrita sobre las misiones de los Estados-Unidos remitida de Filadelfia por el P. Dubuisson á la condesa Constancia de Maistre, duquesa de Laval-Montmorency, leemos la relacion de las impresiones que causó el valor de los Jesuitas y de las Hermanas de la Caridad:

«No se sabia con certeza, refiere Dubuisson, si era ó no aquella «enfermedad contagiosa, por no andar sobre este punto acordes «las opiniones; sin embargo era innegable, por haberlo así he«cho notar la experiencia, que cási siempre donde habia una victi«ma del cólera era inmediatamente seguida de la muerte de otras «personas de la misma familia, ó de los que vivian en la misma ha«bitacion, por lo que inspiraba la enfermedad un terror inaudito. «Muchas veces las personas atacadas se vieron abandonadas á su triste «suerte, ó á lo menos la madre, la esposa, el amigo íntimo, el cria«do fiel ó el amo compasivo debian dedicarse solos á los cuidados «extraordinariamente asiduos que exigia la enfermedad, sin que na«die acudiese á su socorro por mas que lo implorasen á todos sus «amigos. Consecuentes en la aplicacion de un principio dictado, no «por la caridad cristiana, sino por el interés personal, se alejaron «los ministros de las sectas, mientras pudieron, del país invadido «por el cólera, ó se abstuvieron en general de visitar á los apesta«dos. Decimos en general, porque hubo algunos de aquellos mi«nistros que supieron desafiar el peligro para exhortar los moribun«dos á la resignacion. Debemosdecirlo, fuera de la comunion católica,

«los enfermos ó los que los cuidaban apenas se acordaban de llamar «al ministro. ¡Qué contraste entre ese egoismo ó esa indiferencia «glacial y el ardoroso celo y los asiduos cuidados de los sacerdotes «y de las Hermanas tan propiamente llamadas de la Caridad! Se «habia oido hablar en los periódicos de esa caridad, de ese celo des«plegado primero en Europa y luego en el Canadá antes de que se «hubiese declarado la enfermedad entre nosotros; pero nada hay «que pueda compararse con lo que aquí hemos visto por nuestros «propios ojos. Protestantes, Presbiterianos, Metodistas y Baptis«tas, Cuáqueros y Unitarios, todos fueron asombrados de ver uni«versalmente á los sacerdotes católicos asistir á los enfermos á todas «las horas del dia y de la noche, no solamente en la casa del rico, «sino aun mas á menudo en la pobre y repugnante habitacion del «indigente y del negro. ¡Imagínese cuál debia ser su sorpresa al «ver á un sacerdote dispensar á veces al moribundo lo que el mun«do llama los servicios mas bajos y humillantes! á la vista de las «Hermanas de la Caridad, de esas damas jóvenes y delicadas que se «dedicaban á los mismos cuidados cerca de las víctimas hacinadas «en los hospitales provisionales, damas para quienes aquel género de «sacrificio heróico era una cosa enteramente nueva! pero ¡oh dolor! «¡oh escenas que ningun pincel puede trazar! Pronto dos de aque«llas Hermanas, de aquellos ángeles en forma humana, fueron ata«cadas del formidable azote, á cuyo furor terminaron en pocas ho«ras su gloriosa carrera. ¿Qué es lo que van á hacer entonces las «demás? ¿Ceder al terror? ¿Emprender la fuga? No, no: conocen «el peligro, miden con la vista la profundidad del precipicio, y mar«chan sin volver la cabeza resueltamente por sus bordes... porque «beben en un manantial divino su valor santo y tranquilo. Léjos de «desalentar el heroismo de las demás la muerte de las dos santas «víctimas, llamáronse nuevas hermanas que volaron á aquel teatro «del heroismo tan puro que únicamente la caridad cristiana sabe «inspirar, y, digámoslo de una vez, que el solo celo católico pre«senta al mundo asombrado.

«Inmenso fue el efecto producido en todos los ánimos, profunda «la impresion, espontáneo el homenaje de los aplausos. Abríanse «todos los labios para hacer el elogio de aquellos inestimables Her«manas; todos los periódicos anunciaban sus virtudes. Fácilmente «se concebirá el honor que debia reportar de ello el nombre ca«tólico.»

Queda plenamente confirmada esta relacion por los mismos Protestantes. En aquella misma época sembraba el P. Mac-Elroy la semilla católica en Fredericktown y en todo el litoral de aquel distrito· simple hermano coadjutor, hizo á menudo conocer á Grassi la extension de su inteligencia. Grassi, que lo queria en extremo, desarrolló en él sus brillantes cualidades, y el humilde coadjutor llegó al grado de profeso. Reunia todas las circunstancias necesarias para arrastrar las masas y producir felices resultados: llegó su elocuencia á ser popular, y la consagró á la gloria de Dios y al triunfo de la educacion. Fundó diferentes colegios, iglesias y escuelas para los huérfanos; fecundizó la caridad cristiana en medio de aquellas poblaciones del Maryland á las que habia hecho egoistas la industria; llegando á ser tan maravillosa su influencia, que en 1829 exclamaba Mr. Schœffer, escritor calvinista en su periódico: «¡ Cosa ex«traña! la Francia católica arroja de su reino á los Jesuitas y les «prohibe la educacion de la juventud, mientras que los protestan«des de Frederick contribuyen con cincuenta dollares cada uno á la «construccion en aquella ciudad de un colegio para los Jesuitas.»

Tal era la situacion que los discípulos de Loyola se creaban en los Estados-Unidos, cuando Mac-Elroy halló ocasion de pagar con un importante servicio la gratitud de sus hermanos del Instituto. Ocupábanse en el mes de junio de 1834 cinco ó seis mil irlandeses en nivelar la línea férrea de Baltimore á Washington; los cuales se separaron en dos campos y empezó entre ellos desde luego una terrible lucha; retirados en el fondo de los bosques resistieron á la fuerza armada que habia emprendido su persecucion, obligándola á retroceder. Semejante estado de cosas alarmaba las poblaciones vecinas, las cuales se veian á cada paso expuestas al pillaje ó al incendio: las súplicas, las órdenes y las amenazas que se emplearon para hacer desistir á los insurgentes fueron enteramente inútiles. Informado Mac-Elroy de cuanto pasaba, se dirigió desde luego hácia el país que era teatro de aquellas sangrientas escenas, y penetró solo en el bosque do se guarecian los amotinados: su sola presencia suspendió las hostilidades, hizo comparecer á su presencia á los dos partidos, les obligó a firmar la paz, despidió las tropas, y volvió á conducir de nuevo á sus faenas á aquellos hombres á quienes poco antes hacia su cólera tan temibles. Muchas eran las veces que por importantes servicios se veia el jesuita obligado á trasladarse de una provincia á otra; como no pudiese el Gobierno hacerle aceptar por

ello ninguna recompensa, determinó ceder á Mac-Elroy por toda su vida un asiento en todos los coches públicos.

Lo que haria Mac-Elroy en Fredericktown, lo verificaban tambien otros jesuitas en diferentes puntos del Maryland y de la Pensilvania. Los PP. Fenwick, Kenney, Larkin, Havermans, Mulledy, Verhaegen, Kohlmann, Vieng, Leken, Dougharty, Evremont, Ryder, Dubuisson, Vespre, Barbelin, Petit y Eduardo de Maccarthy fueron en su mayor parte designados por los Obispos, como sus coadjutores ó hermanos en el episcopado; pero renunciaron con humildad aquella gloriosa muestra de aprecio y confianza. Vivian en medio de un acrecentamiento y prosperidad inauditas con el sudor de su rostro en el Nuevo Mundo; asistian á aquel movimiento industrial cuya progresion tenia algo de admirable y hasta asombroso, pero nunca tomaron en él parte, puesto que solo habian atravesado los mares y abandonado á su patria para abrazar una existencia sembrada de cotidianos peligros y de ignorados sufrimientos. Hállanse en presencia de un pueblo que regenerado por la independencia y apenas continuado en el mapa, aspira, sin embargo, á procurarse todos los goces del lujo reservados únicamente á las naciones que tocan á su decadencia, y sienten la necesidad de distraerse de la gloria por medio de los falaces halagos del placer. Creyeron los Jesuitas que debian procurar á aquel pueblo deslumbrado por su fortuna un alimento mas sustancioso que las riquezas del comercio y las maravillas de la industria; así es que sin excepcion de secta ni partido, le llamaron los Padres al conocimiento de la verdad y no fueron por cierto estériles sus esfuerzos. En los Estados-Unidos mas que en otra parte alguna hay seres desengañados del error, inteligencias elevadas que cansándose de fluctuar en la incertidumbre piden á la Unidad calme sus dudas y desvanezca su muda desesperacion; á fin, pues, de procurar á esas almas todos los consuelos que les son necesarios, solícitos de todas partes acuden los Jesuitas á ofrecérselos. En cada gran centro de poblacion, en las puertas de todas las ciudades opulentas, han logrado con el apoyo de los Obispos levantar una tienda donde reciben á la juventud, donde acogen al hombre en todas las edades, y donde recibe cada cual los consejos que su posicion reclama: inmensa es la afluencia de gente que de todos puntos acude.

El trabajo aumenta con los años, la confianza se establece y el número de los jesuitas aumenta á proporcion: era este tan redu-

cido que solo llegaba á trece en 1803; en 1839 se contaban ya ciento y diez, y en 1844 la sola provincia de Maryland tenia ciento y treinta y la del Misuri ciento cuarenta y ocho. No ocultan los Jesuitas sus tendencias ni su objeto; son católicos, y aspiran á hacer progresar el Catolicismo, sin que se alarme en lo mas mínimo el Gobierno de la Union por el movimiento que imprime aquel progreso. Á excepcion de algunos sectarios, á quienes obliga su oscuridad á mostrarse intolerantes, siguen tambien los jefes del Protestantismo la misma marcha de los jefes del Estado. Mas de una vez se ha visto al presidente John Tyler asistir en Georgetown á la distribucion de premios, y todos los dias se ve en la iglesia de los Jesuitas á los ciudadanos mas ilustres de América alentando con su presencia los esfuerzas de los Padres para infiltrar en todos los corazones los principios de la moral evangélica.

Mientras que los jesuitas del Maryland obligaban á la herejía á dar justos aplausos á su apostolado; otros hijos de san Ignacio, diseminados por el Misuri, arrostraban nuevos é inminentes peligros. Planteaba en 1823 Van Quickenborn á la parte Norte del rio su pequeña colonia de misioneros, donde eran ya conocidos por haber revelado antiguamente á las tribus errantes la felicidad de la familia. «Habíamos enseñado á estos pueblos dóciles, dice el P. Teobaldo en «una carta fechada en Santa María de Kentucky á 15 de octubre «de 1843, á cultivar las tierras y á criar gallinas y ovejas. Hilaban «sus mujeres la lana de los bisontes con tanta perfeccion, que quedaba fina y sedosa como la de los carneros de Inglaterra: luego «fabricaban con ella ricas telas que teñian de amarillo, de negro ó «encarnado oscuro, y haciéndose de ellas vestidos que cosian con «los nervios del corso.»

Á instancias del Presidente de los Estados-Unidos, reclamó el Obispo de Nueva-Orleans algunos Padres, quienes acudieron prontamente para dar comienzo á la obra que tanto debia contribuir á la gloria de la Compañía. Rosati, primer obispo de san Luis, fue el que le sostuvo en su ardua empresa: Van Kickenborn, á quien el P. Teodoro Theux habia presentado algunos Padres, temia lanzarse á infructuosas excursiones; por lo que trató de civilizar á los indios por medio de la educacion, fundando una escuela que no dió desde un principio todos los resultados que eran de esperar, atendido lo poco que se aprovecharon los niños de los cuidados que se les prodigaban. Era el trabajo aceptado por ellos como una accion denigrante; cuan-

do se trató de iniciárseles en las artes mecánicas y en la agricultura, empezaron á llorar y huir, como si la humillacion hubiese traspasado en ellos los límites previstos por los Padres. Sin embargo los Jesuitas no desesperaron ni de la Providencia, ni de su propio valor; los blancos, que contemplaban con envidia el trabajo que se tomaban los misioneros para emancipar las tribus, se quejaban de verse abandonados y reclamaban un colegio. Abrazó su causa el Obispo de San Luis, y empezaron las clases en 2 de noviembre de 1829, rivalizando los Protestantes en celo con los Católicos para levantar el monumento, por desear que sus hijos fuesen educados bajo la misma regla. Tres años despues de su fundacion recibia el colegio de San Luis del Gobierno central el título y todos los privilegios de universidad: tambien disfrutó mas tarde el de San Cárlos, situado en el Gran Ribazo, de los mismos privilegios.

Dominaron paulatinamente los Jesuitas aquella necesidad de independencia que se despertó en la juventud con un vigor que infundia espanto: la idea religiosa penetraba hasta el fondo de aquellas naturalezas violentas y bondadosas á la vez, operando en ellas una sumision milagrosa. La Europa católica en Roma, Viena y París se habia interesado vivamente en aquel movimiento civilizador que á su vez secundó tambien el Anglicanismo. Guillermo IV, rey de la Gran Bretaña, confió á los Jesuitas de San Luis la direccion de los archivos británicos, así como les ofreció igualmente las de América el Presidente de los Estados-Unidos. Popularizaron los Jesuitas el gusto al estudio y el amor á los deberes piadosos, siendo su cátedra una especie de lazo que unió los ánimos mas opuestos á un principio comun. Así como en el Maryland y la Virginia, supieron atraerse las inteligencias con el irresistible encanto de su palabra y la poderosa fuerza de su lógica; como vivian en paz con los Protestantes, cuya estimacion supieron granjearse, tuvieron de vez en cuando el gusto de ver á los ministros del Anglicanismo seguir el impulso dado por Pedro Connelly.

Era Pedro Connelly pastor del culto reformado en la ciudad de los Natchez, cuando llegó á sus oidos el público elogio que se hacia de la caridad y ciencia de los Padres, elogio que le inspiró la idea de conferenciar con ellos sobre algunos puntos de fe. Llegó, quedó convencido, y proclamó el dogma católico: de regreso á Natchez, vendió sus propiedades, renunció á su parroquia, y abjuró el Protestantismo con toda su familia. Atravesó con ella los mares no paran-

do hasta el centro de la cristiandad, donde bajo la direccion de los Jesuitas de Roma se consagró el Ministro anglicano al sacerdocio.

Las excursiones de los Jesuitas entre los salvajes no atenuaban en lo mas mínimo los cuidados de la enseñanza y del santo ministerio, como lo demúestra el haber reunido en congregacion á las tribus mejor dispuestas, y el haber construido una iglesia en el país de los Sioux y otras residencias en San Cárlos, Walkinsonville, Clarke, New-London, Luisiana, Jefferson y Columbia. En 1836 el cacique Blackhawk y su hijo Keskuck que hacia tanto tiempo que estaban en guerra con la república del Misuri, se presentaron en San Luis pidiendo *ropas negras,* ó sean hijos de san Ignacio, de los que hacian los ancianos de la tribu el mas brillante elogio. Accedióse á su peticion, y los PP. Van Quickenborn y Hoocker se pusieron en camino con ellos, llegando en 1.º de junio al país de los Kickapoas.

No cesaba, en su interés, el Gobierno central de repetir á aquellas poblaciones qué era indispensable al hombre un culto cualquiera. Así es que les procuraron pastores anglicanos; pero los indios, que no les veian llegar con el rosario y el Crucifijo en la mano, empezaron á dudar de aquella religion que, decian, no era la de los franceses. Tenian grabados en su corazon otros tiernos recuerdos que se despertaron tan pronto como llegó á sus oidos el nombre de los Jesuitas: necesitaban el cuidado de los Padres, y solícitos acudieron estos á su llamamiento internándose hasta el fondo de los bosques. La sola vista de los *ropas negras* fue como una nueva era de salvacion anunciada á los salvajes del Ohio y del lago Erié: los Piankaskas y los Weas, descendientes de los Miamis, se reunieron para celebrar su llegada. Los Metodistas habian seducido un gran número de aquellos pobres indios: habiéndose visto abandonados repentinamente por los misioneros, sin poderse explicar la causa de aquella desercion que les exigia el breve de Clemente XIV, abjuraron en su desesperacion la fe católica. Proponíanse, no obstante, abrazarla de nuevo tan pronto como se les concediese un jesuita para poder dirigirles: Van Quickenborn, que conocia las benévolas disposiciones del Congreso, afirmó á las tribus que eran libres de adoptar el culto que mejor conviniera á sus sentimientos, prometiéndoles al propio tiempo un Padre del Instituto.

Pocos meses despues, ó sea en 16 de agosto de 1837, sucumbió Van Quickenborn al peso de las fatigas sacerdotales: fundador de la provincia del Misuri, se sentia revivir en los sucesores de su ardiente

celo, en los novicios formados con su ejemplo que iban á seguir fielmente las huellas de su caridad. El P. Fernando Helias convirtió los distritos de Colebroock, Gasconade y Osages en centro de civilizacion é industria para los emigrados de Europa y los naturales del país: á fin de obligarles á vivir en sociedad, edificó algunas iglesias, que puede decirse sirvieron de base á la ciudad de Nueva-Westfalia. Como no habia en el país sino pobres colonos y salvajes mas pobres todavía, se dirigió Helias á la Sociedad Leopoldina de Viena y á la de Lyon; pero siendo insuficientes los socorros que estos le procuraron, vióse obligado el Jesuita á implorar el auxilio de sus amigos y parientes de Bélgica; interesando de este modo la Europa en los progresos de su mision naciente. Solo contaba el Jesuita en sus tribus el año 1838 seiscientos veinte cristianos, cuando cinco años mas tarde dirigia ya dos mil setecientos por la hermosa senda de la civilizacion. Penetró tambien á su vez el P. Hoocker en el país de los Potowatomios, los cuales vivian en miserables tiendas careciendo hasta de vestidos para cubrir su desnudez, y siendo presa de una enfermedad contagiosa que les diezmaba cruelmente. Entregóse Hoocker á todas aquellas miserias para alentar los ánimos decaidos, sin que le arredrara el intenso frio que no le permitia disfrutar de un momento de reposo cuantas veces intentaba descansar en el duro suelo sus entumecidos miembros. Hizo edificar una iglesia á fin de enseñar á aquellos desgraciados que tenian un padre en el cielo, y un jesuita en la tierra para velar por su felicidad: terminada la iglesia persuadió Hoocker á los indios que debian ofrecer á sus familias un abrigo contra la intemperie de las estaciones; y, adoptado este consejo, de médico se convirtió el Jesuita en arquitecto. De este modo secundaba la causa de la emancipacion cristiana y servia al propio tiempo los intereses de la Union. El Gobierno americano debia y deseaba favorecer aquella empresa que con el tiempo habia de elevar las tribus mas salvajes al rango de ilustrados ciudadanos: para preparar aquel movimiento no ignoraba que eran los Jesuitas el único Instituto que podia legar cada año tantos mártires á la civilizacion. Por esto debió asociarse á sus esfuerzos, edificar iglesias, fundar colegios para las damas del Sagrado Corazon, señalar rentas á los establecimientos de instruccion pública y velar por la conservacion de los misioneros. Los Jesuitas y los Protestantes participaron de un mismo pensamiento humanitario; consagraban los primeros su vida al principio cristiano, mientras que

los otros ofrecian algunos recursos y la proteccion de la ley para que los hijos de Loyola convirtieran mas tarde en hombres á aquellos salvajes.

Hallábanse los Jesuitas cada vez mas dispuestos á proseguir su gloriosa tarea á causa de su creciente número, y de alentarles en ella los presidentes de la Union, Jefferson, Adams, Jackson, Van Buren y Tyler. Por fin creyeron los Padres llegado el momento de atender á las súplicas de los indígenas que imploraban la asistencia de los *ropas negras* como un beneficio ; de los *ropas negras* que empezaron desde luego á enarbolar el glorioso pendon de la cruz hasta en las mas apartadas sabanas. Los Cabezas Chatas del Oregon, que habian oido hablar de la Religion del grande Espíritu, que en otro tiempo habia sido predicada á sus abuelos por los misioneros europeos, enviaron dos diputaciones á San Luis encargadas de solicitar el mismo beneficio. Perecieron aquellas diputaciones durante el camino por haber sido sepultadas en las nieves ó devoradas por los caníbales ; una tercera comision, empero, mas feliz que las anteriores, logró penetrar en el Misuri, y desempeñar la mision que le estaba confiada. Decidióse en su vista el P. Smet á llenar un deseo tan perseverante, y á este fin emprendió su marcha en 27 de marzo de 1840 ; atravesó el vasto desierto americano y las altas montañas Rocosas que sirven de límites al mundo atlántico, y desafió los peligros de toda clase que debian asaltarle hasta llegar al rio Verde, do encontró á los Cabezas Chatas y á los Ponderas que habian acudido para acompañarle.

Hállase en el centro de la tribu, do no tardaron en correr de todos los ojos lágrimas de gozo y de esperanza, siendo saludado por el mas anciano con las siguientes palabras : «Ropa negra, sed bien «venido en mi nacion : hoy es el dia que se ha dignado el grande «Espíritu acceder á mis ardientes votos. Rebosa en nuestros pechos «la dicha por hallarse cumplido el mas vehemente de nuestros de«seos. Ropa negra, sabrémos seguir fielmente los preceptos que nos «impondrá tu boca.» Era aquel un juramento que los salvajes supieron cumplir. Conformóse en un todo el P. Smet á sus costumbres, haciéndose una arma de su docilidad para conducirles al Cristianismo y elevar su inteligencia : para no perderlos de vista se hizo cazador como ellos; trepó por las montañas y navegó por los lagos; ningun sacrificio le fue costoso al ver los abundantes frutos que podian producir aquellas hordas indias, de las que se separó en 27 de

agosto. «Mucho tiempo antes de salir el sol, escribia Smet en 4 «de febrero de 1841, toda la nacion se hallaba reunida al rede-«dor de mi cabaña, sin que nadie pudiera proferir una palabra; tal «era el dolor que embargaba todos los corazones. Lo único que pu-«do consolar á mis pobres indios fue la formal promesa de mi re-«greso en la próxima primavera, y de llevarles algunos misioneros «mas. Hice mis oraciones de la mañana en medio del llanto y los «suspiros de aquellos buenos salvajes que acabaron por hacer cor-«rer tambien mis lágrimas que habria querido ocultarles en aquel «momento supremo. Híceles ver la necesidad de mi viaje, exciléles «á que continuaran sirviendo al grande Espíritu y á alejar de sí to-«do motivo de escándalo, recordándoles al propio tiempo las prin-«cipales verdades de nuestra santa Religion. Nombréles en seguida «por jefe espiritual á un indio muy inteligente que habia tenido cui-«dado de instruir yo mismo del modo mas particular; el cual debia «representarme en mi ausencia, reunir á los demás cada mañana y «noche, así como todos los domingos, recitarles las oraciones, ex-«hortarles á la virtud, asistir á los moribundos y bautizar los niños «en caso de que fuese necesario. No se oyó entre los salvajes mas «que una sola voz, un asentimiento unánime, una promesa de ob-«servar fielmente cuanto les encargaba: todos me desearon con las «lágrimas en los ojos un feliz viaje. En el momento mismo de par-«tir se levantó el jefe de la tribu diciéndome: «Ropa negra, que el «grande Espíritu os acompañe en vuestro largo y peligroso viaje; «á este fin le dirigirémos nuestros votos mañana y tarde, y espera-«mos os hará llegar sano y salvo entre vuestros hermanos de san «Luis. Continuarémos por vos nuestras oraciones hasta que regre-«seis entre vuestros hijos de las montañas; cuando las nieves des-«aparezcan de los valles, cuando despues del invierno renacerá el «verdor en la naturaleza, nuestros corazones tan tristes ahora em-«pezarán tambien á regocijarse con ello: á medida que vaya cre-«ciendo el frondoso césped, crecerá tambien nuestra alegría, y cuan-«do las plantas florecerán, nos pondrémos en camino para saliros al «encuentro. ¡Adios!»

«Lleno de confianza en el Señor que me habia preservado hasta en-«tonces, partí con mi pequeña escolta y mi fiel flamenco que quiso «compartir de nuevo mis peligros y trabajos. Continuamos subiendo «por la Gallatina hasta desembocar en el Misuri, atravesando luego «un estrecho desfiladero de treinta millas de extension para trasla-

«darnos al rio de la Roca Amarilla, que es el segundo de los grandes «tributarios del Misuri. Muchas fueron las precauciones que debi- «mos entonces tomar por ser numerosos los peligros que corríamos á «causa de nuestro escaso número y de las extensas llanuras, entre- «cortadas por profundas gargantas que debíamos atravesar, y en las «que á cada paso nos exponíamos á encontrar enemigos embosca- «dos. Á este fin enviábamos continuas descubiertas por todas direc- «ciones para reconocer el terreno, las cuales no dejaban una huella «fuese de hombre ó de fiera, sin ser atentamente examinada. Aquí «es sobre todo donde no puede uno prescindir de admirar la saga- «cidad del salvaje; solo con ver las huellas dirá á punto fijo el dia «en que pasó el indio por aquel sitio, calculará el número de hom- «bres y caballos, conocerá si era una partida de guerra ó de caza, y «hasta con la marca ó huella de los zapatos conocerá la nacion ó «pueblo que pisó aquel terreno. Todas las noches elegíamos un lu- «gar á propósito para sentar nuestro campo, á cuyo alrededor cons- «truíamos un pequeño fuerte ó estacada con los secos troncos de los «árboles, á fin de procurarnos un abrigo contra cualquier repentino «ataque. Esta region es la guarida de los osos grises, cuyo animal «es el mas terrible de estos desiertos; á cada paso hallábamos sus «espantosas huellas.»

Despues de cuatro meses de viaje para verificar su regreso, llegó finalmente el Jesuita en 22 de diciembre al punto de su partida, teniendo el placer de comunicar á sus hermanos satisfactorias noticias. Mil peligros que ni aun la avidez de los negociantes de pieles se atreve á desafiar, vienen á presentarse al Jesuita que los sabe arrostrar impulsado por su ardoroso celo: ofrece Pedro Smet hacer germinar una cosecha cristiana, y desde el instante mismo se presenta una multitud de operarios evangélicos para llevar á cabo su resolucion. Emprendió otra vez su marcha en 31 de abril de 1841, al través de aquellas regiones inexploradas, en compañía de los Padres Point y Mengarini. Era Nicolás Point hijo de la Vendeé, «tan «celoso y esforzado por la salvacion de las almas, escribe Smet des- «de las orillas de la Plata [1], como lo fue en otro tiempo su compa- «triota La Rochejaquelein por la causa de su Rey.» Era Mengarini italiano, y su aptitud por la música y la medicina, unida á su ardor apostólico, le valieron el ser nombrado por sus superiores para

[1] Carta del P. Smet á Mr. Cárlos Smet, presidente del tribunal de Termonde, y á Mr. Francisco Smet, juez de paz en Gante.

aquella importante mision. Acompañábanles igualmente tres coadjutores que debian ser al mismo tiempo los misioneros de aquellas tribus y los que debian enseñarles la agricultura y la industria. El suelo, que era en extremo fertil, les permitio ponerse desde luego á trabajar para hacerlo producir: habian hallado un pequeño Paraguay, por lo que resolvieron establecerse en él algunas reducciones, la primera de las cuales tomó el nombre de Santa María. Todo fue organizado desde entonces con una inteligencia enteramente maternal; se señalaron á aquellos indios leyes equitativas y una prudente regla de conducta, con lo que se logro insensiblemente separarles de sus supersticiosos manitús, y predisponerles al bautismo y á la libertad. Luego salieron de entre los Cabezas Chatas algunos guias y catequistas, con los cuales se interno el P. Point en el pais de los Kalispels ú Orejas Pendientes; mientras que el P. Smet evangelizó los Narices Horadados, hasta que llegó el invierno con sus nieves causando una miseria general y muchas enfermedades. No contuvo, sin embargo, aquel intenso frio ni á los Jesuitas en sus excursiones, ni á los Cabezas Chatas en sus nuevos deberes; puesto que juntos oraban, paseaban y cazaban, segun leemos en el siguiente diario de invierno de Nicolás Point: «Hoy domingo 6 de febrero «hace un gran viento, tiene el cielo un color plomizo, el frio es mas «que glacial, carecemos de yerba para los caballos, y los búfalos «han sido puestos en fuga por los Narices Horadados. Hoy 7 es el frio «aun mas intenso, la aridez mas triste, la nieve mas incomoda; «ayer el dia fue santificado, hoy la resignacion es perfecta: ¡con«fianza! Hácia el mediodía llegamos á la cima de una alta monta«ña, desde la cual se ofrece á nuestra vista un aspecto enteramente «diverso; ¡qué notable cambio! brillaba el sol, habia perdido el frio «una gran parte de su intensidad, se desplegaba á nuestra vista una «inmensa llanura en cuyas yerbas frondosas pacia una nube de bú«falos; detiénese á tan bello aspecto nuestro campo, reunense los «cazadores, parten, y antes de terminar el sol su carrera habian cai«do ya en su poder ciento cincuenta y tres búfalos. Es preciso con«venir en que si no fue miraculosa esta caza, se parecio mucho á la «pesca que en efecto lo fue. En nombre del Señor echó Pedro su «red cogiendo ciento cincuenta y tres grandes peces: en nombre del «Señor y teniendo confianza en él mató el campo de los Cabezas Cha«tas ciento cincuenta y tres búfalos. ¡Qué hermosa pesca! pero tam«bien ¡qué hermosa caza!»

Tenian por enemigos los Cabezas Chatas á los Piés Negros y á los Ranaces, habiendo sido hasta entonces siempre vencidos y saqueados sus territorios sin combatir. Al dotarles el Cristianismo de una familia, de un templo y de un patrimonio, les reveló tambien la necesidad de la defensa y la bravura que hace despreciar todos los peligros. Desde entonces estuvieron en guardia contra las invasiones, pudiendo el P. Smet aprovechar la tregua para visitar á los Stiel-Shoi ó Corazones de Lesna, los Spokanes, los Shuyelpi, los Okanakanes, la tribu de los Cuervos y la de los Serpientes, siendo en todas partes el *ropa negra* aguardado con impaciencia y acogido como un bienhechor. Al verle los salvajes tan paciente y afable, pedíanle les enseñara la oracion que le inspiraba tantas virtudes. Habia en el país una inmensa montaña de piedra que dominaba toda la comarca, á la que dieron los salvajes, en agradecimiento á las lecciones que habian recibido, el nombre de Leeyou-Pedro (el P. Pedro) á fin de eternizar en el país el recuerdo del Jesuita. Hé aquí lo que escribia al regresar á San Luis el P. Smet despues de aquellas maravillosas excursiones en 3 de noviembre de 1842:

«Solo debo añadir algunas palabras á lo anteriormente dicho. «Desde mi última carta, he bautizado á unos cincuenta niños, los «mas de ellos en los fuertes. El agua del rio estaba muy baja, los «bancos de arena y las estacas detenian á cada instante el barqui- «chuelo que no pocas veces estuvo próximo á encallar; y las pun- «tas de las rocas ocultas bajo el agua habian hecho en su quilla «diferentes aberturas; las innumerables estacas que debíamos saltar «á cada instante habian roto las adujas y las maderas que las cu- «brian; habia derribado el furor del viento el asiento del piloto, al «que habria arrojado al rio á no haberse tenido la precaucion de «atarle con gruesos cables; finalmente el buque presentaba el as- «pecto de un esqueleto, cuando despues de cuarenta y seis dias de «penosos trabajos mas bien que de navegacion, llegué sin acciden- «te á San Luis. El último domingo de octubre á mediodia, estaba ya «en la catedral arrodillado al pié del altar de la Vírgen, dando gra- «cias al Todopoderoso por la proteccion que habia dispensado á su «pobre é indigno ministro.

«Desde principios de abril de este año, he recorrido cinco mil mi- «llas; he bajado y subido diferentes veces por el rio Columbia, he «visto perecer á cinco de mis compañeros durante mis excursiones «por este rio, he cruzado todas las riberas del Wallameto y del Ore-

«gon, reconocido diferentes cordilleras de las montañas Rocosas, he «atravesado por segunda vez el desierto de la Roca Amarilla en toda «su extension, he bajado por el Misurí hasta San Luis; y en toda «esta larga travesia no me ha faltado cosa alguna ni he recibido si- «quiera el menor rasguño... *Dominus memor fuit nostri et benedixit* «*nobis.*»

Solo despues de tantas fatigas, que era necesaria una voluntad de hierro para soportarlas, y de haber recibido algunas veces con gozo los socorros de los ingleses que forman parte de la rica Compañía de la bahía de Hudson, pudieron los Jesuitas obrar tantos prodigios. Abiertas quedaban ya al Evangelio las montañas Rocosas, desde el dia en que fueron trepadas por Pedro Smet y Nicolás Point, por haber estos abierto el camino á los demás discípulos de Loyola que quisieron á su vez penetrar tambien con la antorcha de la fe y de la civilizacion hasta el seno de aquellos pueblos. Los PP. Vos, Hoocker, Soderini, Zerbinatti, Josat, Accolti, Vercruysse, Varalli y Nobili fueron los que se dedicaron á terminar la obra empezada por Smet y Point, y que arrostraron todos los peligros y fatigas para dar cima á aquella idea de verdadera civilizacion. Merced á ellos, aquellos vastos desiertos que se extienden entre los Estados-Unidos y el mar Pacífico al Norte de la California, forman ahora una diócesis del Oregon, de la que es pastor Mr. Blanchet, obispo de Drasa.

En el momento en que los Jesuitas predicaban la fe á aquellas tribus indias, un acontecimiento extraordinario aumentaba su popularidad en la América protestante. Era el 4 de julio un gran dia para los ciudadanos de los Estados-Unidos, por ser el aniversario de la independencia de la patria proclamada por el congreso reunido en Filadelfia el año 1776, época en que sacudió para siempre la Union el ominoso yugo de la Inglaterra. Por esto se confunden en esta fiesta el ejército y el pueblo; todos toman igual parte en ella, porque todos disfrutan igualmente del beneficio de la libertad. En 4 de julio de 1843 fue invitado el P. Larkin por el estado mayor del ejército de la Union á pronunciar el discurso conmemorativo en el campo mismo de Luisville, lo que era para el Jesuita un honor y un encargo de difícil desempeño. Contaba Larkin entre sus oyentes á los ministros anglicanos, á los oficiales de mar y tierra, las autoridades y una muchedumbre inmensa, ante la cual debia ser á la vez orador, demócrata y sacerdote católico, americano y miembro de la Sociedad de Jesús. Y sin embargo no faltó Larkin á ninguno de todos

estos títulos. Ostentaban los ciudadanos y los funcionarios de la Union sus banderas y sus brillantes uniformes; cuando apareció el Jesuita en medio de aquella apiñada multitud con su traje sacerdotal, grande debió ser el efecto que produjo su palabra, cuando el diario protestante del país *The Advertiser* correspondiente al 7 de julio se expresa de este modo:

«Oimos en la tarde del domingo un discurso pronunciado por el «R. P. Larkin ante una numerosa asamblea compuesta de ciudadanos y militares. No habria podido elegir el orador un tema mas «propio, ni llenar de un modo mas feliz el cargo verdaderamente difícil que le habia sido impuesto. La profunda erudicion y el estilo «correcto de este ilustre Jesuita revistieron el monótono asunto de «nuestra regeneracion nacional de formas tan nuevas y brillantes «que fueron enteramente deslumbradoras para su auditorio, uniendo á la solemne explicacion de la historia una dignidad y un calor que subyugaron todos los corazones, y colmaron de placer y «admiracion á sus numerosos oyentes.

«Visto de léjos en medio de aquel santuario campestre, descollaba «el Jesuita por su majestuosa talla y por hallarse de pié sobre una «plataforma, bajo las espesas ramas de una robusta encina; contrastaban admirablemente sus vestidos sacerdotales con los brillantes «uniformes; su semblante animado y su gesto rápido llamando la «atencion del soldado inmóvil y del cristiano respetuoso, reanimaron los cási apagados recuerdos de las escenas maravillosas de la «edad media, transportándonos en alas del pensamiento á aquellos «tiempos caballerescos en que un ministro de la Iglesia romana se «dirigia á las legiones cristianas que cubiertas de hierro iban á «combatir contra el infiel para conquistar el Santo Sepulcro.»

En pocos años supieron los Jesuitas en medio de un pueblo libre y protestante recobrar su antigua influencia, siéndoles en él aun permitido sacrificarse y morir por la salvacion de sus hermanos. En 1837 el franciscano Benito Fernandez, vicario apostólico de la Jamaica, ofreció á los Jesuitas fecundizar aquel suelo en el que tan perseguidos se habian visto en otro tiempo por el Anglicanismo, y en el que tan nuevas pruebas les estaban aun reservadas: visto lo cual recibieron los PP. Peyron y Cotham órden de hacerse inmediatamenle á la vela. No podian ser mas críticas las circunstancias: excitábase á los negros á la rebelion, so pretexto de hacerles libres. Nada les ha dispuesto para aquel cambio de condicion del que pue-

den abusar fácilmente, sobre todo cuando les instan á ello apóstoles de todas las sectas que procuran dar á su pereza natural una consagracion bíblica, enseñándoles ya de antemano el principio emancipador. Los Jesuitas no se preguntan, como el conde de Maistre, si son ó no los negros dignos del beneficio de la educacion; no dicen como el elocuente publicista[1]: «La inmensa caridad del sacerdocio «católico al hablar de esos hombres hace que sean sus deseos una «verdadera ilusion... Imposible es fijar ni un momento la vista en «el salvaje sin leer el anatema que lleva escrito no solamente en su «alma sí que tambien en la forma exterior de su cuerpo, de lo que «debe deducirse que está visiblemente sacrificado, y herido en las «mas recónditas profundidades de su esencia moral.» Esta cuestion terrible originada por el conde de Maistre y vivamente combatida por los filántropos, no preocupa en lo mas mínimo á los hijos de Loyola. Libres ó esclavos, que sean ó no sus naturalezas incapaces de desarrollar las facultades del espíritu, ú hombres que encorvados bajo el peso de la esclavitud conservan solamente una inteligencia aletargada, solo serán los negros considerados por los Jesuitas como cristianos, como hermanos. Bastábales saber que podian recibir los negros las impresiones del Cristianismo, para que emprendiesen los Jesuitas su mision, para que tratasen de hacerles extensivos los beneficios del Catolicismo. Su presencia fue un estímulo para el Clero; recorrieron la isla precediendo siempre su ejemplo á sus palabras.

Fernando VII, que era aun dueño de Méjico, restableció la Compañía de Jesús. El Gabinete de Madrid, que no ignoraba la irritacion de las colonias españolas ni que estaban dispuestas á sublevarse, esperó que los Padres del Instituto tan deseados en el Nuevo Mundo podrian conjurar la tormenta de que se veia la Metrópoli amenazada. La América del Sud, empero, no aguardó el efecto que podia resultar del paso dado por el Gobierno español; sino que en 1817 proclamó su independencia, y entre las acusaciones que dirigian aquellas colonias á la corte de España, habia la de «habernos arbitrariamente (tal es el texto mismo de los cargos «que la historia cita) privado de los Jesuitas, á quienes debemos «nuestro estado social, la civilizacion, todos nuestros conocimientos, «y otros inmensos servicios de que no podemos prescindir.» De este modo aun despues de haber transcurrido medio siglo no podia la

[1] *Veladas de San Petersburgo*, tomo I, pág. 99 y 101.

América del Sud perdonar á España el haberla privado de sus misioneros que habian formado sus pasadas generaciones, y se escudaba con la injusticia hecha á los Jesuitas para romper los lazos que unian la Metrópoli á la colonia. De muy distinto modo se arreglaron las cosas en Méjico; hallábanse allí algunos antiguos Padres para emprender la reconstitucion de la Órden: tales eran José Castañiza, Pedro Canton, Antonio Barroso é Ignacio Plaza, los cuales sin descanso emprendieron aquella obra de regeneracion. Pronto no obstante sucumbieron todos al peso de sus fatigas, excepto Canton que quedó solo para llevar á cabo aquella generosa empresa por todos concebida; sin embargo, léjos de desalentarse, continuó con la mayor decision hasta llegar al objeto que se proponia. El colegio de San Ildefonso fue restablecido, y en él se fundó un noviciado en 1819: dirigidos los Jesuitas por el P. Francisco Mendizabal, se adelantaron hácia Durango, donde no cesaba el Obispo de reclamar su asistencia. Por otra parte se dirigia el P. Lerdo hácia la Puebla de los Ángeles, do le aguardaban las aclamaciones y los cantos de reconocimiento que á su llegada le dirigia el pueblo. De este modo se veia respetada la Compañía en aquellas regiones como en los tiempos de su mayor pujanza, é iba ya á emprender de nuevo sus proyectos interrumpidos, y á dar curso á sus santas misiones, cuando en 21 de enero de 1821 fue promulgado en Méjico el decreto de supresion votado por las Cortes. Desde entonces dejó la Compañía de existir legalmente, pues se dispersaron todos sus indivíduos sin poderse ocupar en el bien mas que aisladamente. En medio de las revoluciones de que fue teatro aquel país, se constriñeron unos al ejercicio del ministerio sacerdotal, al paso que otros, tales como los Padres Marquez y Arillaga honraron su patria con sus obras literarias ó de Religion: Basilio Arillaga sobre todo supo crearse una posicion política con la actividad de su espíritu, la extension de sus conocimientos y el vigor de su estilo. Jesuita siempre y en todas partes, se vió sin embargo obligado á sentarse durante dos legislaturas en el Senado de la República mejicana. Defendió las inmunidades de la Iglesia tantas veces atacadas en el Congreso; rechazó con energía los ultrajes con que algunos escritores pretendieron denigrar á la Sociedad de Jesús, siendo tal vez debido á los luminosos escritos de Arillaga el restablecimiento parcial de la Órden en aquel país. El 21 de junio de 1843 llamó el general Santa Ana á los Jesuitas á Méjico, y abrió á sus misioneros las Californias, la Sonora, Cina-

loa, Chiguagua, Durango, y otras posesiones, «á fin de que se de-
«dicaran exclusivamente á civilizar las tribus consideradas como
«bárbaras, porque así, dice el decreto, ponemos la integridad de
«nuestro territorio en mucha mayor seguridad.»

En medio de las revoluciones que libertaban ó desolaban al Nuevo Mundo y la antigua Grecia, revoluciones que de todos los confines de la tierra parecen darse la mano para lograr regeneraciones que nunca podrá la sola fuerza humana asegurar, no tomaron los Jesuitas ninguna parte en aquellos tumultos causados por la independencia. República ó monarquía, colonia ó Estado libre, todas las formas de Gobierno les son indiferentes, con tal que con ellas prosperen la fe católica y las buenas costumbres; por no pertenecerles á ellos lanzarse á los sangrientos conflictos, ni abrazar el partido de los unos en perjuicio de los demás: deben tan solo permanecer neutrales ínterin no vean la Religion en peligro. No tiene su apostolado otra enseña que la cruz; triunfe esta asegurando la felicidad de los pueblos, y la ambicion de los misioneros quedará satisfecha. Tal es su objeto en los Estados-Unidos y en Méjico, en las islas del Archipiélago griego, en Albania y en Siria, y este es tambien el ardiente voto que hacen oir en todas partes por mas que giman bajo el peso de la opresion y la miseria. Hay católicos desamparados en estas últimas regiones; por esto debe tener la Sociedad de Jesús inevitablemente en ellas sus representantes: los discípulos de san Ignacio fueron enviados ya allí desde 1805 para sostener la fe entre los helenos; Domingo Venturi y Fernando Motté aceptaron con gusto aquel patrimonio de dolor y sufrimiento que les fue ofrecido.

Largos años transcurrieron sin que pudieran hacerse cambios notables en aquella tristísima situacion. En vano el rey Othon alentó la abnegacion de los Padres al visitarles; puesto que su proteccion no pudo evitar los sufrimientos y privaciones que pesaban sobre ellos, segun se desprende de la siguiente carta que escribió el Padre Franco desde Syra al Padre Guideo en 4 de febrero de 1837:
«Solo á la extrema pobreza de nuestras misiones debe la Compañía
«la ventaja de poseerlas todavía; porque han sido tan indigentes no
«han querido los demás misioneros aceptarla desde la supresion del
«Instituto. No tenemos en el Archipiélago mas que dos residencias,
«una en la isla de Tenos, y otra en Syra. En este último punto fue
«donde en 1778 supo uno de nuestros misioneros al empezar la mi-
«sa, que un buque francés acababa de naufragar en aquel mismo

«instante cási á la entrada del puerto. Luego se volvió hácia el pueblo «diciéndoles: Amigos mios, hé aquí á algunos de nuestros herma-«nos franceses que se hallan en el mayor peligro: id, volad á su so-«corro; es la obra que podeis hacer mas grata á Dios en esta gran «festividad.» En aquel mismo instante quedó la iglesia enteramente «desierta: hombres y mujeres, grandes y pequeños, todos se diri-«gieron corrriendo hácia el mar, se lanzaron al agua, de la que sa-«caron á treinta y cuatro personas, dando luego sepultura á los «náufragos que habian perecido.

«Son tan pobres nuestras dos residencias, que con sus rentas «anuales y las limosnas de nuestras misas podemos apenas procu-«rarnos el alimento y los vestidos de primera necesidad. Por esto «nuestro reverendísimo Padre General nos envia de vez en cuando «algunos socorros pecuniarios. Además de nuestra pobreza perso-«nal, tenemos la residencia de Tine que no es mas que una anti-«quísima casucha enteramente inhabitable, tanto porque amenaza «ruina y puede aplastarnos de un momento á otro, como por estar «edificada en una eminencia y estar por lo mismo expuesta al furor «de los vientos y á las malsanas nieblas que no se desvanecen cási «nunca. Lo que es aun mas pesado es que es muy distante de toda «habitacion; así, pues, nos verémos obligados á trasladarnos á otro «punto que sea mas sano para nosotros y mas ventajoso para el bien «espiritual del prójimo, por lo que nos es preciso recurrir á V. R. «y suplicarle nos ayude con todo su poder y caritativo celo á edifi-«car una nueva morada.

«Somos entre todos siete jesuitas, cinco Padres y dos hermanos «coadjutores. Los Padres de la residencia de Syra están de profeso-«res en el seminario fundado el año último por Mons. Luis Blanci, «legado apostólico; el P. Henry enseña en él filosofía, teología «dogmática y moral; teniendo además el cargo de teólogo de Mon-«señor. El otro misionero, ó sea el P. Queralt, enseña gramática y «retórica; y como posee con perfeccion la lengua del país, se dedica «tambien á predicar y confesar.

«Syra es una poblacion que no tiene ningun pueblo en los alre-«dedores, y es habitada por unos cuatro mil católicos; está entera-«mente separada de la pequeña poblacion construida recientemente «á la orilla del mar por los griegos cismáticos, y que lleva el nom-«bre de Hermópolis. La isla de Tine puede tener sobre ocho mil «católicos diseminados en los diferentes villorrios, sin que la mayor

«parte de ellos estén confundidos con los cismáticos: se compone su «residencia de tres misioneros (de cuyo número soy yo) y de dos «hermanos coadjutores. El P. Kuzyriski, que no puede á causa de «su mucha edad aprender el idioma, dice solamente misa y cuida «de la casa en nuestra ausencia. El P. Osmolowski predica y confie-«sa en nuestra iglesia, siendo por lo regular esta su única ocupa-«cion; solo de vez en cuando hace algunas excursiones por los pue-«blos vecinos. En cuanto á mí no tengo destino fijo; mi principal «objeto es no obstante recorrer las poblaciones de la isla y las dife-«rentes diócesis del Archipiélago para predicar y dirigir los ejerci-«cios espirituales; á veces se me invita tambien á pasar á Esmirna «ó Constantinopla con el propio objeto.

«La mas peligrosa de todas mis misiones fue la que hice cuando «la sublevacion de los griegos en Constantinopla: en la primera crí-«sis de esta revolucion viéronse infestados todos los caminos de ban-«das de infieles que sembraban por doquiera el espanto y la muer-«te, por cumplir con las sangrientas órdenes del Sultan, las cuales «ejecutaban con una crueldad inaudita. Mientras que corria dia y «noche la sangre de tantos infortunados griegos, no dejaban nues-«tros buenos católicos de acudir valerosamente en pleno dia á los «ejercicios de la mision. No solamente llenaron la iglesia durante «aquellos ocho dias, sí que tambien todas las veces que prediqué en «los tres meses que estuve entre ellos. Mucho tiempo antes de ano-«checer, se reunia ya una multitud de fieles al rededor del tribunal «de la penitencia para hacer sus confesiones generales, sin que ocur-«riera nunca el menor accidente desagradable, merced á los tiernos «cuidados de la Providencia y á la proteccion especial de la santísi-«ma Vírgen.

«Deseais saber, mi reverendo Padre, si son abundantes los frutos «que recogemos de nuestros trabajos apostólicos. ¡Ah! os lo confie-«so con el mayor dolor: desde aquella desgraciada revolucion nues-«tras pobres misiones van perdiendo cada dia, á causa de los vicios «sin número que se han introducido en ellas, y sobre todo á causa «de la incredulidad. Nos vemos obligados á trabajar mucho, á su-«frir extraordinariamente, no diré ya para extender y aumentar la «piedad, sino para conservar tan solo lo que queda aun de religion «en el corazon de los fieles, resto precioso que con dolor vemos dis-«minuir cada dia.»

En Scutari se complica cada vez mas la situacion precaria de los

Jesuitas pedidos por el Obispo, á causa de las vejaciones que deben sufrir, inventadas por el fanatismo musulman; si bien tienen el apoyo de los cónsules europeos, no pueden sin embargo los Padres sustraerse enteramente á la sórdida avaricia de los bajaes y cadís. En Siria, donde está mas en auge el movimiento católico, pueden los hijos de san Ignacio, bajo la inspiracion del P. Maximiliano Ryllo, servir mas libremente la causa de Dios y de la independencia religiosa. Los PP. Planchet, Soregna, Valout y d'Houtant en Beyruth; Riccadonna en Zahlet; Esteve en Bifkaia, y Canuti y Obrompalski en Ghazir, tratan de empezar de nuevo las grandes misiones de otros tiempos. En 28 de marzo de 1844 escribió Planchet al Padre Maillard lo siguiente: «Vosotros sois perseguidos; nosotros lo so-«mos tambien, pero solo lo serémos mientras Dios quiera; ya sabeis «que una parte de nuestra obra consiste en sufrir la persecucion, y «que no es por cierto la parte menos gloriosa. Nuestros padres, que «trabajaron en otro tiempo en este país que habitamos, fueron tam-«bien perseguidos, sin que por ello dejaran de hacer grandes co-«sas en honra y gloria de Dios, por lo que viven aun sus nombres «rodeados del amor y gratitud de los pueblos.»

Aquellos pueblos tan pronto sedentarios y agrícolas, como errantes y pastores, forman otras tantas razas variadas que se connaturalizan en aquella extraña patria sin mezclarse entre sí: en estado permanente de guerra unos contra otros, sobreviven á las vicisitudes que engendra su natural turbulencia. Hay entre ellos griegos cismáticos, enemigos eternos de la unidad, siempre divididos entre sí, pero que se reunen siempre contra Roma; árabes conquistadores, con los drusos, su feroz posteridad; armenios, curdos, greco-latinos y maronitas, que quince siglos há permanecen fieles á la madre comun de las Iglesias. El sable del otomano domina todas esas tribus diezmadas por periódicas ejecuciones y por crueles exacciones de su bárbaro dueño que solo puede reinar alentando en ellas las discordias intestinas y pasando á cuchillo las poblaciones que quiere debilitar ó devastar.

En ese país en que se disputan ahora tan graves intereses, en medio de las cuestiones políticas evocadas por el estado incierto de Oriente y por la prevista caida del Islamismo, ejercen los Jesuitas una grande influencia. No hay duda que sufren con los cristianos á quienes alientan, y que tienen necesidad del apoyo de las potencias; pero dia vendrá, á no tardar, en que estas se felicitarán de habér-

selo acordado. Así lo ha comprendido tambien la Inglaterra; por esto se la ha visto ofrecer su protectorado á los Jesuitas de Siria. La Francia en los siglos pasados cubria á los Jesuitas con su poderoso escudo; pero aunque no sea al presente esta proteccion tan directa, no han dejado de permanecer fieles á las tradiciones de la Órden. El Austria y la Cerdeña les hacen tambien proposiciones ventajosas, aunque los Padres franceses vuelven siempre sin cesar los ojos á la patria, porque les es harto difícil privarla del ascendiente moral que debe ejercer en aquellas riberas y montañas; mas de una vez con este motivo ha tenido Mr. Guizot, ex-ministro de Negocios extranjeros, ocasion de aplaudir aquel sentimiento nacional.

Ya en otro tiempo fue tambien la Compañía la que introdujo la fe en los diversos continentes indios; la que sucesivamente creó las numerosas comuniones cristianas diseminadas desde el cabo Comorin hasta el Tibet. La sangre y los sudores de aquellos misioneros regaron las inmensas playas donde se halla impresa todavía la inmortal huella de Francisco Javier. En 1833 fue confiada la mision de Calcuta á los Jesuitas por el Soberano Pontífice, para cuyo punto partió antes Saint-Leger, antiguo provincial de Irlanda, acompañado de otros cuatro Padres.

Es Calcuta la capital del Indostan, el centro de la autoridad británica y de todas las transacciones políticas ó comerciales: su inmensa poblacion se compone de ingleses y armenios, portugueses é indígenas. Todos los cultos tienen allí sus templos y representantes; Moisés y Mahoma, el cisma griego y la idolatría, Lutero y Calvino, formando entre todos un verdadero cáos de sinagogas y pagodas, iglesias y universidades. Unos se procuran prosélitos, al paso que otros, arrastrados por el placer ó por los negocios, se encierran en una negacion absoluta de todo principio y de toda religion. En medio de aquel inmenso bazar abierto por la libertad á las sectas mas opuestas, existen ocho mil católicos en la miseria y en la abyeccion, privados de todo medio de instruirse y abandonados á toda clase de seduccion: tales son los restos de aquella comunion cristiana de cuarenta mil fieles que legaron los Jesuitas á la unidad. Hay algunos de entre ellos que recibieron el carácter sacerdotal, pero que por su ignorancia y negligencia ó por sus vicios han contribuido mas poderosamente que los esfuerzos mismos de los Protestantes á la ruina de aquella Iglesia. Engañados por sus pastores, dirígense los cristianos al Padre comun, manifiéstanle su justo dolor, y le suplican

que se digne remediarlo enviándoles algunos Jesuitas, dignos sucesores de las virtudes de sus antiguos apóstoles. El Papa que deseaba remediar sus necesidades revistió á Saint-Leger del título de vicario apostólico, el cual llegó á Calcuta con los discípulos del Instituto á 8 de octubre de 1834. Numerosas fueron las dificultades con que tuvieron que luchar; empezaron por captarse la voluntad de los magistrados ingleses, por no esquivar demasiado las sectas rivales, reformar las costumbres del Clero y merecer la confianza de todos los católicos; triple resultado que obtuvo muy pronto el ardoroso celo de aquellos misioneros.

La instalacion de los Jesuitas en Calcuta presagiaba la caida de los sacerdotes portugueses que especularon con su Dios y con su ministerio; por esto tramaron ellos diferentes complots contra los Padres, procurando hacerles odiosos á todo el mundo; hasta procuraron influir cerca del gobernador de Goa para que pidiera en nombre de la corte de Lisboa la expulsion de los hijos de Loyola. Los ingleses, que conocian la causa de tantas recriminaciones, y que, aunque herejes, tenian interés en sostener el equilibrio entre los diferentes cultos, prefirieron, católicos por católicos, los Jesuitas á aquellos malos sacerdotes. La necesidad mas apremiante para la mision de Calcuta, la que preocupaba mas vivamente á Saint-Leger y á sus compañeros, era la educacion de la juventud, por tener que arrancar á los niños de las escuelas protestantes, ó renunciar á un bien cuyo gérmen se empezaba á entrever. Poner las bases de una institucion era para los Padres una garantía de porvenir y de estabilidad, el único medio de fomentar un clero indígena; pero por entonces carecian de todo, viviendo en medio de los cristianos que eran tan pobres como ellos. Un rico armenio, no obstante, ofreció convertir su casa en seminario, y con el auxilio de otros socorros que les llegaron, pudieron los Padres abrir el 1.° de julio el colegio de San Francisco Javier. El P. Moré que habia ido á consolar á los fieles diseminados por el Bengala, tuvo que soportar todos los peligros, calores y privaciones de largos viajes, y aunque poco instruido en el idioma nacional, logró no solo hacerse entender, sí que tambien hacerse amar de aquellos á quienes visitaba. Despues de inauditos esfuerzos y trabajos logró Moré edificar un templo en Dakkah, y, ganando insensiblemente terreno, llegó á desmontar el vasto campo abierto á su caridad, procurándose por auxiliares algunos eclesiásticos que tan hostiles fueron despues á su apostolado.

En el corto intervalo de algunos años el colegio de San Francisco Javier, dirigido por el P. Chadwich, prosperó de tal modo que llegó á sobrepujar todas las esperanzas. Fabert, obispo de Cochinchina, y Carew, arzobispo de Calcuta, favorecian su acrecentamiento, por ser los amigos mas íntimos de los Jesuitas y los que les secundaban en todas sus obras. Tambien seguia el ejemplo de los prelados el gobernador general de las Indias. En 1842 Babou-Moussi-Loll-Seal, uno de los mas ricos príncipes del Bengala, vió y estudió con una sagacidad enteramente india los progresos de los alumnos de la Compañía; y como quedase de ellos profundamente admirado, concibió, aunque idólatra, la idea de fundar á sus expensas un establecimiento en el que fuesen tan solo admitidos sus jóvenes compatriotas. Quiso que los Jesuitas se encargaran de su educacion, la que debia ser puramente moral y literaria: la casa proyectada no debia contener mas que gentiles, por lo que Babou-Moussi exigió de los Padres que no hablaran á sus nuevos alumnos de religion sino por medio del candor de una vida cristiana.

Acostumbraba decir san Francisco Javier á sus compañeros: «Tomad de cada hombre no lo que quisiérais, sino lo que os sea posible «sacar de él.» Ante una proposicion tan extraordinaria, titubearon los Jesuitas en aceptarla, á pesar de no haber olvidado el consejo del apóstol de las Indias. Se les apremiaba para que accedieran á las condiciones impuestas por Babou, asegurándoseles ser el único medio para vencer en los naturales el horror que experimentaban por el nombre cristiano. Fue la Propaganda consultada, y como diera su asentimiento, fueron puestos los Jesuitas en posesion del colegio Seal por el arzobispo de Calcuta, por los príncipes del país y por los magistrados ingleses á cuyo frente aparecia sir Laurence Peel. Representaba este en aquella solemnidad al gobernador general, por lo que hablaba en nombre de la Gran Bretaña, é hizo el mas brillante elogio del Instituto de Loyola; no tardaron los Jesuitas en hacerse dignos de la proteccion dispensada por el Protestantismo.

Tantos resultados obtenidos por medio de la abnegacion anunciaban á los Padres nuevas humillaciones, por no haber podido ver sin espanto las rivalidades de corporacion ó de secta los progresos que hizo la Compañía en menos de diez años. Habia llegado pobre á las Indias y permanecia pobre en medio de las riquezas que la rodeaban; pero supo adquirir tal ascendiente que los brahmas, cismáti-

cos y mahometanos se coligaron contra ella. Tres eran únicamente los hijos de san Ignacio, Moré, Erwin y Weld, que podian hacer frente á sus injustos ataques; pero se les amaba por su carácter ameno, sus talentos y su caridad inagotable: los tres murieron uno en pos de otro en la flor de su edad, siendo arrebatados por las enfermedades de aquel clima devorador.

La pérdida de estos misioneros encargados de la educacion disminuyó considerablemente el crédito y proteccion de que gozaban en el país los Jesuitas: la de Weld, íntimo amigo de los príncipes indos, reveló sobre todo la audacia de los enemigos del Instituto, que solo aguardaban un pretexto para declararse, y el cual les procuró un ligero olvido de las costumbres indias. Á ejemplo de los ingleses se hacian servir los Jesuitas por criados procedentes de una raza inferior, sin que se sujetaran sobre este punto á la ley que pesaba sobre sus alumnos, cuya falta fue considerada por sus enemigos como un crímen. Se acusó en Europa á los Padres de ser esclavos de las costumbres del Indostan hasta el punto de comprometer la pureza de la fe; y mientras en Roma y París se dirigia contra ellos aquel antiguo cargo, una infraccion de los mismos usos destruia en Calcuta la popularidad de los Jesuitas. Babou-Moussi y los demás príncipes cedieron al grito de reprobacion lanzado por las sectas rivales; privóse á la Sociedad de la direccion del colegio Seal, y como antes continuó la Compañía en el de San Francisco Javier la obra tan gloriosamente empezada. Propagó las misiones, alentó las comuniones religiosas, é hizo todos los esfuerzos para infiltrar en las masas el gérmen de todas las virtudes.

Hase acusado repetidas veces á los Jesuitas modernos de no seguir las huellas de los antiguos y de renunciar cási al objeto principal del Instituto, que seria la conversion de los infieles [1]. Se ha pretendido que la Sociedad solo aceptaba aquella corporacion para defender al apostolado en las regiones transatlánticas, á fin de poder ella continuar luchando en Europa hasta lograr establecerse sólidamente en ella. Las épocas y los hechos están unánimemente en contradiccion con estas hipótesis. Segun los catálogos de 1845, solo contaba la Ór-

[1] No son las misiones extranjeras el objeto exclusivo de la Compañía, sino que debe atender á tres distintos objetos, esto es: guiar los herejes al seno de la unidad, llevar el Evangelio á las naciones idólatras, y sostener los católicos en la fe y en la práctica de las virtudes cristianas.

den cinco mil Jesuitas, de los cuales habia empleados quinientos diez y ocho en las misiones[1], que es la décima parte, ó sea la misma proporcion que se observa desde el orígen del Instituto. Pero, como para refutar de antemano estas imputaciones, no cesan el general y los provinciales de la Compañía de estimular el celo de los jóvenes: en su encíclica de 3 de diciembre de 1833 sobre las misiones de allende los mares se expresaba el P. Roothaan de este modo:

«¡Cuáles deben ser mis sentimientos y los vuestros, mis reveren«dos Padres, en presencia de tantas necesidades y súplicas á que «nos obliga atender el escaso número de operarios evangélicos!

«Para llenar debidamente las obligaciones que me impone mi car«go, empiezo por invitaros á todos del mejor modo á que nada omi«tais para resucitar en vosotros el espíritu de vuestra vocacion. Que «aquellos en quienes haga nacer el cielo el deseo de este apostola«do lo consideren como una gracia insigne, que le abran su alma «entera y que procuren alimentar aquel deseo en lo mas íntimo de «su corazon; que se ofrezcan á menudo á Dios para que su santa vo«luntad les conceda un dia la realizacion de aquel ardiente deseo, y «que despues de haber conferenciado con el director de su concien«cia, no se olviden, sea por sí, sea por medio de su provincial, de «remitirnos sus nombres para poder continuarlos en el número de «los aspirantes á tan glorioso ministerio.

«No deben considerar los provinciales los sacrificios que resulta«rán de ello como verdaderas pérdidas; porque aquellas palabras «del Evangelio, *dad y os será dado*, hallan aquí su aplicacion. No «debe aguardarse que las provincias tengan los religiosos suficien«tes para procurar á las misiones algo de su abundancia, ó por me«jor decir, de su supérfluo. Jesucristo quiere que cada cual se com«plazca en dar aunque sea de su misma pobreza, con la esperanza «de que cuanto diere le será devuelto con usura por la bondad di«vina; con este motivo dice: Dad y os será dado; *date et dabitur*

[1] La misma progresion sigue la tabla de todos los años precedentes; cuanto mas aumenta el número de los discípulos del Instituto, tantos mas misioneros envia la Sociedad allende los mares. En 1845 se elevaba su número á 518; en 1844 habia 471; en 1843, solo 390; en 1842, 375, y en 1841, 333. La misma proporcion se ha observado antes y despues de la supresion de la Compañía.

Debe observarse que el número correspondiente á cada milésimo se refiere al año anterior: así es que el número de los religiosos empleados en las misiones en 1845 es de 518, segun el catálogo de 1.° de enero de 1846.

«*vobis.* Así pues, debemos estar convencidos de que cuanto mas se «mostrará liberal una provincia por lo concerniente á aquella obra, «y cuanto mas de buen grado ofrecerá á Dios y á las misiones sus «mejores y mas útiles indivíduos, mas cuidado tendrá tambien la «bondad divina en enriquecerla con nuevos indivíduos no menos «útiles y provechosos.»

Once años mas tarde, ó sea el 14 de junio de 1844, el P. Luis Maillard, provincial de Lyon, indicaba á los Jesuitas nuevas tierras: imploraba la isla de Madagascar el envío de sacerdotes franceses. Ha sido por mucho tiempo esta isla el sepulcro de los europeos; en ella murieron todos los lazaristas enviados por san Vicente de Paul, y tambien sucumbieron á los rigores de su clima mortífero las diversas generaciones de emigrados á quienes el cebo del interés empujó hácia sus costas. Pero en cambio de tantos peligros arrostrados, hay muchas naciones idólatras que como los malgaches aspiran al Cristianismo; por lo que Mr. Dalmont, prefecto apostólico de aquella isla, se dirigió á los Padres del Instituto, así como Maillard se dirigió á su vez, en vista de su peticion, á todos los Jesuitas: «Si el «celo, decia en la carta que dirigia á cada uno de ellos, no fuese «esa llama sagrada que no cesa de arder en el cielo ni en la tierra; «si las obras apostólicas y su multitud y variedad léjos de debilitar«la, no sirviesen por el contrario á darle mas pábulo, ¿podria yo «atreverme hoy á ofrecer á nuestra pequeña provincia la grande y «hermosa mision que ha sido propuesta á su inagotable generosi«dad? Despues de los admirables esfuerzos é inauditos sacrificios «que nos cuesta la grande empresa del Maduré, de la Argelia y de «la Siria, ¿podria acaso temer cansar una constancia tan infatiga«ble y dejar de hablaros de nuevas conquistas que deben hacerse y «de desconocidas tierras que quedan por cultivar? Sí, mi reveren«do Padre, puedo y debo dirigiros hoy decididamente mi voz, se«guro como estoy de que ha de hallar eco en los generosos corazo«nes de nuestros dignos Padres, y una simpatía divina en el alma «de nuestros jóvenes amigos. ¿No oimos además en nosotros mis«mos una voz querida y venerada, la de nuestro Padre comun que «nos grita á todos de parte de Dios: Es verdad que habeis dilatado «vuestras entrañas y extendido vuestra tienda; pero unas y otra son «susceptibles aun de un engrandecimiento mayor? Así pues, llevad, «llevad mas léjos vuestros límites; porque ya sabeis que siempre se «ha de avanzar. *Dilata locum tentorii tui, et pelles tabernaculorum ex-*

«*tende*. Fijad la vista en esos pueblos que os tienden los brazos, os «los abandono; vuestros son: y á vuestra izquierda contemplad tam«bien á esos otros pueblos que imploran vuestro socorro, y que son «igualmente vuestros. Pero hé aquí tambien que allende los mares «hay tierras desconocidas, regiones sentadas á la sombra de la muer«te y un pueblo numeroso á cuyos oidos no ha llegado todavía la «dulce voz de la Religion: pues bien, esas regiones y ese pueblo lo «confio á vuestra juventud vigorosa: desde hoy será vuestro domi«nio, vuestra sucesion. Penetraréis en sus soledades, florecerá bajo «vuestras plantas un nuevo desierto, á vuestra voz se levantarán los «muros de un santuario cristiano, y resplandecerá de hermosura y «pureza una nueva Jerusalen, *ad dexteram enim et ad laevam pene«trabis, et semen tuum gentes haereditabit, et civitates desertas inhabi«tabit.*

«*Semen tuum*: ¿cuál es, en efecto, mi reverendo Padre, esa pos«teridad en opinion de los intérpretes? sino los apóstoles, los hom«bres apostólicos, los intrépidos misioneros y todos esos dignos sa«cerdotes que vuelan con entusiasmo á la conquista de las almas y «procuran dilatar el seno materno de la Religion.

«Y ¿cuál es aquí para nosotros la tierra desconocida que se ofre«ce á nuestro celo, y el pueblo nuevo que va á sernos confiado? Esa «tierra y ese pueblo es Madagascar, confin cuya inmensa extension «debeis conocer, y que se halla tanto mas admirablemente colocado «bajo la proteccion de nuestra cara provincia, en cuanto se halla «situado en el camino mismo que deben á menudo recorrer nuestros «operarios y amigos de la China y del Maduré.»

De este modo se vió al Instituto en todas épocas y en todos los apuros apresurarse á avivar el celo en beneficio de la obra evangélica, á aceptar las misiones que le confiaba la Santa Sede, siendo las mas difíciles y peligrosas de entre ellas las que excitan con preferencia las mas santas competencias. Madagascar tiene sus misioneros; Guatemala, Chile, Buenos-Aires, el Brasil, Nueva-Granada, el Paraguay, la China y el Maduré tendrán tambien los suyos como los Estados-Unidos, el Canadá, las montañas Rocosas y la Siria.

Despues de haberse emancipado las colonias españolas y portuguesas de la autoridad de la Metrópoli, procuraron convertirse en Estados independientes; y de libres que fueron, quisieron ser demócratas. Apenas fueron constituidas aquellas Repúblicas, cuando pensaron ya en perpetuar la fe y la educacion cristiana en el corazon

de las generaciones futuras, por comprender ser este el único medio de asegurar su existencia. Convertidos aquellos habitantes en hombres por el Cristianismo, nunca pudieron olvidar en las guerras de federacion é independencia á los misioneros que en otro tiempo se consagraron á su emancipacion intelectual y á su felicidad. En efecto, los Jesuitas eran los que habian reunido todas aquellas tribus errantes, á quienes habian enseñado la dulce felicidad de la familia y el amor á la patria y al trabajo; por esto no se oyó mas tarde en la América meridional mas que un solo grito al tratarse de llamar otra vez á los Padres. Accediendo Rosas á los deseos de la República Argentina, acogió en Buenos-Aires el 26 de agosto de 1836 á los PP. Verdugo, Majesté, Coris, Gonzalez y Macarron, hallándose concebido su decreto en los siguientes términos: «Habiendo llegado «de Europa á esta capital seis religiosos de la Compañía de Jesús, «los cuales han sido recibidos por el Gobierno con las mayores mues-«tras de aprecio y amistad que han merecido el aplauso de los ha-«bitantes de este país católico; y habiendo manifestado los Padres «el deseo de ser útiles á esta provincia, por medio del ejercicio de «las funciones de su Instituto, juzgadas como las mas útiles y nece-«sarias á su felicidad; considerando el Gobierno llegado el momento «de restablecer la susodicha Compañía, tan venerada entre nosotros «por los inmensos servicios que prestó en otro tiempo á la Religion «y al Estado en todas las vastas regiones que forman hoy la Repú-«blica Argentina, ordena y manda que se ponga á los Jesuitas in-«mediatamente en posesion de su antiguo colegio. En él vivirán en «comunidad conforme lo previenen sus reglas; podrán recibir á to-«dos los demás indivíduos de la Compañía que vengan de Europa, «y abrirán las clases que el Gobierno tenga á bien indicarles.»

El pueblo reclamaba á los Jesuitas, por lo que no pudo menos el dictador Rosas de acceder á su ardiente deseo. Por otra parte habia esperado este encontrar en los hijos de san Ignacio un nuevo apoyo para asegurar mas su reinado; en consecuencia de lo cual les dejó establecerse, desarrollarse y adquirir sobre las masas aquella influencia moral que tan necesaria creia á sus proyectos. Tan pronto, empero, como les vió poseer la estimacion pública, trato Rosas de hacer cómplices á los Jesuitas en su marcha tortuosa: así es que en medio de las querellas intestinas que estallaban cada dia, no cesó de invitarles el Dictador á que se pronunciaran en favor de su despotismo. Los Jesuitas, á quienes no se ocultaban los peligros que

corria el porvenir de su mision, se esforzaron en restituir la paz entre los ánimos divididos, dirigiendo al efecto dulces palabras de concordia y perdon á aquellos corazones ulcerados. Como el papel de pacificadores que habian adoptado no entraba en las miras de Rosas, hízoles conocer este su descontento ; aunque no por ello se varió en lo mas mínimo la conducta de los discípulos del Instituto. Habian acudido á la República Argentina para conservar la fe en el corazon de las poblaciones, instruir la juventud y propagar el Cristianismo entre las tribus que se debian civilizar ; no debia por lo tanto preocuparles la política, si deseaban cumplir lo prevenido en sus Constituciones. Rosas que conoció desde luego que nada podria obtener de su condescendencia ni ambicion ; puesto que á pesar de haberles colmado de favores nunca pudo merecer su conducta la aprobacion de los Jesuitas, los cuales se negaron á dar gracias al cielo por sus asesinatos y á colocar su retrato en el altar mayor de su iglesia ; determinó el bárbaro Rosas apelar á la persecucion para obligar á los Jesuitas á servirle. Refugióse el P. Verdugo en casa de un protestante, trasladándose luego para evitar la muerte al brick *el Alcyon*, donde fue recibido por la tripulacion francesa con todos los miramientos debidos al sacerdocio. Duró la persecucion hasta el mes de marzo de 1843, durante cuya época resistieron pasivamente los Padres todas las iniquidades que puede inventar la mas odiosa tiranía; vista por Rosas la inutilidad de sus esfuerzos y de su barbarie, creyó que nada podria afligir tanto á los Padres como un edicto de supresion de la Compañía. Fulminóse este en efecto, mandándose á los Jesuitas que todos los que no quisieran secularizarse debian salir de Buenos-Aires dentro ocho dias ; no quedó, pues, á los Jesuitas mas recurso que partir y dispersarse por el Brasil y Chile ; algunos hubo sin embargo que se dirigieron á Montevideo y á Córdoba del Tucuman, donde los aguardaban con los brazos abiertos los descendientes de los antiguos neófitos del Paraguay. Los PP. Martos y Sato se internaron en la provincia de Rio Grande del Sud ; Vilá, Lopez y Cabeza en la de Santa Catalina, prosiguiendo todos su apostolado en medio de grandes fatigas é incesantes peligros. No pudo Rosas hacer pasar á los misioneros los límites señalados á su caridad. Los mas ricos negociantes de Catamarca se dirigieron á Santos de Nieva, jefe militar de la provincia, pidiéndole Jesuitas ; tambien la Asamblea provincial manifestó el mismo deseo, y declaró en 13 de agosto de 1844, que: «Convencida de la utilidad de la Órden de

«Jesús en los asuntos eclesiásticos, civiles, religiosos y sociales, que«daba desde aquel dia restablecida en su territorio.» En 28 de abril de 1842 la República de Nueva-Granada, de acuerdo con el Arzobispo de Santa Fe de Bogotá tomó la iniciativa. Llamó á los Jesuitas en su seno; acogió con filial alegría á los maestros que venian á terminar la obra de su emancipacion cristiana; confiábales el cuidado de educar la juventud y propagar en todas las clases el amor á las leyes y á la ciencia. De este modo se unian los pueblos en todos los continentes do antes resonara el nombre de los Jesuitas como precursor de la civilizacion, con unánime sentimiento de piadosa gratitud para obtenerlos de nuevo. Dirigíanse, á este fin, á la Santa Sede y al general de la Compañía, siendo los intérpretes de sus sentimientos los representantes que tenian en las asambleas legislativas y todos los obispos. Ambas Américas acababan de dar el primer paso hácia la civilizacion, y no podia menos la China católica de seguir su noble ejemplo. Besi, administrador de Nankin, vicario apostólico de Chang-Tong se dirigió á Roma para que le concediera misioneros de la Órden de Jesús. Embarcáronse á consecuencia de esta peticion en 27 de abril de 1841 los PP. Gotteland, Brueyre y Esteve [1] á bordo de la fragata *Erigone*. El Gobierno francés comprendió al fin que, como los antiguos Borbones, debia facilitar y proteger aquellos sacrificios que redundan siempre en provecho del Cristianismo y de la sociedad europea: así es que tomó á su cargo los gastos de viaje, y á principios de noviembre dejó la *Erigone* á los tres Jesuitas en Macao.

Tales fueron los primeros Padres que penetraron en el Celeste imperio desde la extincion de la Compañía, debiendo prestar el juramento relativo á las ceremonias chinas exigido por la bula de Benedicto XIV *Ex quo singulari*. Cumplida aquella formalidad penetraron en el Chang-Tong. Chang-Haya fue donde Ricci, el apóstol de la China, dió comienzo á su mision: allí es donde viven aun como fervientes catecúmenos los descendientes de Pablo Sin su mas ilus-

[1] Al anunciar al Prelado la marcha de los tres Jesuitas, hé aquí lo que le escribia la Propaganda en 30 de junio de 1840: «Se propone la sagrada Con«gregacion servirse de esos tres religiosos de la Compañía y de los demás que «podrá enviar en lo sucesivo para abrir de nuevo las misiones del Japon, tan «pronto como se digne la Providencia hacer brillar otra vez la luz del Evange«lio en aquellas desoladas regiones y vencer todos los obstáculos que se oponen «á la entrada en ellas de los ministros de Jesucristo.»

tre discípulo; allí fue tambien donde determinaron los nuevos Jesuitas hacer oir primeramente la palabra de Dios. Se conservaba tan puro aun su recuerdo en el corazon de los neófitos, que poco trabajo costó á los misioneros ganar su confianza. Tenian los Padres que sostener la fe tan maravillosamente conservada en el corazon de mas de ciento cuarenta y cinco mil cristianos que vivian en Nankin y Chang-Tong, donde fundaron un seminario para preparar la vocacion sacerdotal. Eran de todo punto indispensables nuevos operarios para cultivar la inmensa viña del Señor; así es que en el mes de diciembre de 1843 fueron embarcados en la escuadra que debia conducir á la China la embajada de Mr. de La Grenée, los PP. Clavelin, Gonnet, Languillat, Taffin y Vanni. En 13 de octubre de 1844 escribia Clavelin: «Muchas son las esperanzas que se fundan en «nuestra embajada, pues todos los misioneros están persuadidos de «que solo falta pedir la libertad de cultos para sernos inmediatamen«te acordada: dícese que los ingleses sienten no haberla pedido, y «que si no lo han hecho ha sido tan solo por no haber pensado en ello; «lo que mas lo prueba es el artículo que han hecho insertar en el «tratado suplemental, en virtud del que no podrán los chinos con«denar á muerte á los misioneros. Acaba de partir el embajador ame«ricano, despues de haber obtenido, á lo que se dice, cuanto ha «deseado, y, entre otras cosas, algunas condiciones muy ventajosas «para la religion protestante, como por ejemplo el permiso de po«der levantar templos en los diferentes puertos.» Por su parte la Francia no permanecia indiferente á aquel gran movimiento, que hizo al fin caer, ante la civilizacion europea, el fanatismo, la preocupacion y las inútiles precauciones que conservaba despues de tantos siglos el Celeste imperio. Mr. de La Grenée manifestó los deseos de su país de que quedaran asegurados los intereses comerciales, y que se diera toda la seguridad á los misioneros de los cristianos indígenas. Así garantidos por los tratados internacionales y colocados bajo la salvaguardia de la Europa, no debian los Jesuitas temer ya las tribulaciones á que se vieron en otro tiempo expuestos, ya que solo podian sucumbir al exceso de su trabajo ó de su caridad. Una carta del P. Clavelin escrita á sus compañeros en 12 de enero de 1845 manifiesta claramente la vida de los misioneros chinos. ¿Será acaso esta existencia, útil á costa de tanto trabajo, el principio del martirio para aquellos que la llevan?

«Cada dia, despues de haber administrado los sacramentos del

«Bautismo y del Matrimonio, y visitado los enfermos, debemos di-
«rigirnos al confesonario. Solamente tengamos que confesar veinte
«personas, debemos emplear á lo menos diez horas, lo que no es
«extraño si se atiende que hace diez, veinte y hasta treinta años
«que no se han confesado los penitentes, y que son por lo general
«tan poco instruidos que á duras penas podemos comprenderlos ni
«hacernos comprender. Se hace durante la misa una pequeña plá-
«tica de veinte minutos, así como en la celebracion de los matrimo-
«nios cuando se presenta la ocasion: ¡cuántas veces somos inter-
«rumpidos en medio de estas ocupaciones! Se nos viene á buscar de
«muy léjos para los enfermos, atendida sobre todo la lentitud de los
«medios de transporte; debemos llevar además la capilla, pudiendo
«contar siempre tener ocupado todo el dia. Despues de haber ad-
«ministrado los Sacramentos á los enfermos, bautizado los niños, y
«llenado los demás ministerios mas indispensables, regresamos de
«aquellas excursiones del mismo modo que las hemos empezado, con
«barca ó silla de manos, debiendo emplear un tiempo precioso en
«estos ejercicios espirituales. Llegado al punto de partida debe uno
«ponerse de nuevo al confesonario, á menos de encontrar otros cris-
«tianos que vengan á buscarnos para ir á visitar nuevos enfermos;
«y todavía podemos contarnos por muy felices si no los encontramos
«muertos á nuestra llegada. El P. Esteve, que por cierto no se des-
«cuida, ha tenido en su distrito en el espacio de quince dias sola-
«mente siete ú ocho cristianos muertos sin recibir los Sacramentos.
«Si por el contrario se nos deja tranquilos, continuamos confesando
«hasta las ocho, las nueve, ó las diez de la noche; pudiendo tan solo
«acostarnos á las once ó media noche, para levantarnos á las cinco
«del dia siguiente, y esto aun en el caso de que no vengan á inter-
«rumpir nuestro sueño para ir á visitar otros enfermos, lo que acos-
«tumbra acontecer muchas veces. Cuando uno de esos enfermos nos
«pide, ¿podemos acaso decir que necesitamos descansar, que así lo
«reclama el estado de nuestra salud, que debemos cuidarnos? ¿Di-
«ríais acaso, aguardad hasta mañana? Puede tal vez que algun Pa-
«dre os conteste: «Tengo el remordimiento de haberlo hecho una
«vez, y al dia siguiente cuando llegué el enfermo habia muerto, sin
«haberse confesado hacia mas de cuarenta años.» Tambien yo la se-
«mana última me hallé cási en el mismo caso, puesto que apenas
«habia administrado los Sacramentos á algunos enfermos cuando
«exhalaron en seguida su postrer suspiro, haciendo cuarenta y cin-

«cuenta años que no se habian confesado. Si á lo menos al regresar «de estas penosas expediciones pudiese uno entregarse al descanso «por algunas horas; pero léjos de esto, mi muy querido Padre, ya «hallaréis otros cristianos que os están aguardando hace ya muchos «dias para confesarse. Como deben cultivar sus tierras y mantener «su familia, van á partir luego si no os dignais escucharles, por lo «que es preciso entrar de nuevo en el confesonario. No es esto todo; «á la mejor ocasion os pilla la fiebre, y si durante su mas rudo ac-«ceso os vienen á buscar para un enfermo, ¿qué deberéis hacer? «Cuando hemos llegado, guardaba cama el P. Esteve á causa de la «fiebre; se le habia enviado á respirar los aires de Van-Dam, á fin «de restablecerse mas fácilmente (y sin embargo como se viese tam-«bien allí obligado á confesar continuamente, vióse de nuevo ata-«cado por la fiebre): el domingo para descansar deben decirse dos «misas, en dos diferentes puntos, y hacer en cada una de ellas las «pláticas de costumbre; para confortarnos tenemos aquí muchos ayu-«nos que debemos observar rigurosamente para la edificacion de los «fieles. No os impacienteis sobre todo, mi muy queridò Padre, por-«que es justamente la paciencia en este país la primera virtud que «se debe tener; porque sin ella nada bueno podria hacerse en Chi-«na. No os hablo del calor, que es excesivo en ciertas temporadas; «hace poco tiempo que causó súbitamente la muerte á tres alumnos «del pequeño seminario. En medio de todas estas fatigas, recibe el «misionero inmensos favores que son cási siempre mayores que las «necesidades que experimenta.»

Este cuadro de tantas miserias y de infinitas preocupaciones habria debido desalentar á todos los hombres que buscan el cielo por el martirio ó la gloria por el apostolado de la ciencia. Los jesuitas destinados á evangelizar la China no deben arrostrar los peligros ni sostener las luchas de otras veces; pero en cambio han de resignarse á sufrir aquella penosa vida que el P. Clavelin les revela. Á pesar de todo, solo aguardan para justificar á los ojos del mundo el entusiasmo de las misiones, no una existencia sembrada de peligros desconocidos, viajes extraordinarios y poéticas aventuras, sino una vida de oscuridad, trabajos, cuidados, y, por decirlo así, de abnegacion sacerdotal. Pero al fin de tantas fatigas sin reposo saben que el Cristianismo habrá conquistado nuevos reinos, que la fe se introducirá paulatinamente en el Celeste imperio, y eso les basta para seguir tranquilos y felices en su gloriosa senda empezada.

Nunca quizás el hombre llevó mas léjos el desprecio de la muerte, nunca hubo tanta intrepidez calculada en la defensa de ninguna causa. En todos los confines del universo, entre los hielos de las montañas Rocosas, como bajo los ardorosos rayos del sol de las Indias, se entregan los Jesuitas voluntariamente á los suplicios que les causa la diversidad de los climas. Una muerte prematura les aguarda en todos los países; pero no por ello logra disminuir su ardor, ni aun entre los mismos jefes de la Órden. Tal es la condicion del triunfo de la cruz. ¿Qué importa á los hijos de Loyola caer sin vida en el campo de batalla? La Santa Sede los ha colocado en la avanzada mas peligrosa, y como verdaderos soldados de la Iglesia militante, saben guardar su puesto hasta la muerte, sin pedir por toda recompensa mas que una plegaria sobre su tumba ignorada en el desierto. Los neófitos de las antiguas cristiandades habian obtenido del Soberano Pontífice el regreso de sus misioneros; en vista de lo cual el Obispo de Halicarnaso, vicario apostólico de Pondichery, escribió á Roma implorando tambien la gracia de que se le enviaran algunos jesuitas. Los fieles del Maduré se hallaban expuestos al cisma, á la apostasía y á la corrupcion, por minar insensiblemente los paganos el Catolicismo; los Luteranos y los Anglicanos les provocaban á la defeccion por medio de falaces promesas, y léjos de salvar su rebaño procuraban los sacerdotes impulsarlo hácia el abismo desmoralizándolo con el escándalo de sus costumbres. El mal era evidente; pero la Congregacion de la Propaganda lo remedia erigiendo el Maduré en vicariato apostólico, y lo confia al cuidado del Instituto de Jesús por conocer los Padres la perfecta union que reinó siempre entre los Jesuitas del Indostan y los sucesores de las Misiones extranjeras de Francia: el recuerdo del abate Dubois, superior entonces de aquella casa, vivia aun en todos los corazones; por lo que resolvieron los hijos de san Ignacio dar á sus cooperadores un testimonio de afecto, gratitud y estimacion. Debia formar el Maduré una diócesis aparte, tenia por jefe espiritual á un Padre de la Compañía; pero los Jesuitas suplicaron á la Santa Sede que les relevara de aquel cargo y les dejase bajo la dependencia del Obispo de Pondichery [1]; cuya

[1] La cristiandad de Pondichery conservaba un precioso recuerdo de los Jesuitas, por deber á la abnegacion de uno de los misioneros de la Órden su mas hermosa iglesia. Cuando los franceses llevaron por primera vez la guerra en el interior de la India contra los ingleses, pidió el general de Bussy que le acompañara en su expedicion un discípulo de Loyola, designándose para ello el Pa-

peticion fue atendida, á pesar de que no hubieran debido los Jesuitas hacerlo.

Renunciaron por humildad el episcopado, prefiriendo la obediencia al mando; pero en aquellas lejanas riberas no es la sumision sino el conocimiento del poder y el modo de emplearlo lo que ofrece mas sérias dificultades. En un país tan distante del centro comun pueden ocurrir mil conflictos de jurisdiccion, y haber opiniones opuestas en el modo de interpretar las leyes y las costumbres del país; este desacuerdo, que ha sido muchas veces causa de sérias diferencias, habia sido conjurado por la medida que adoptó la Santa Sede al tomar la iniciativa en el Maduré. Al declinar el peso del episcopado que habian aceptado los antiguos Jesuitas en la Etiopia y el Japon, se creyeron los nuevos hijos de Ignacio cumplir así mejor con el espíritu de sus Constituciones; sin pensar que con aquella abnegacion impolítica iban á dar tal vez la señal de nuevos disturbios. Trabajaba la Órden de Jesús allende los mares sobre un plan ya trazado de antemano. Sus hombres apostólicos conocian por tradicion las necesidades del país en que ejercian su ministerio; por lo tanto debian prescindir de los arrebatos de celo y emulacion á los cuales debia ceder aunque á su pesar muy pronto cualquiera extranjero. El misionero pasa, pero el Instituto queda, por lo que creemos que á fin de prevenir esos funestos debates, hubiera sido prudente por parte de los Jesuitas conformarse á las intenciones de la Propaganda.

De todos modos, embarcáronse en 4 de julio de 1837 en Burdeos para Pondichery los PP. Bertrand, Garnier, Martin y Duranquet; siendo acogidos por dos sacerdotes de las Misiones extranjeras, los abates Mahay y Mousset, con la mas cordial gratitud. Se lo habian ya preparado todo de antemano, y quisieron participar de sus fatigas y de los triunfos venideros que solo debian obtener despues de una terrible y continua lucha. Numerosos eran los obstáculos que

dre de Montjustin, el cual supo granjearse en poco tiempo la confianza del ejército. La expedicion fue feliz y el botin inmenso; repartiéronse los despojos del enemigo entre jefes y soldados, y como fuese el Jesuita considerado como coronel, le tocó una suma de cerca veinte mil duros; pero Montjustin la rehusó alegando su voto de pobreza. El ejército, empero, quiso obligarle á aceptarlo, mandándole recogiera el dinero que se le habia destinado. No estuvo, sin embargo, por mucho tiempo esta fortuna en poder del misionero: solo contaba la ciudad de Pondichery con una pobre capilla, y el Jesuita hizo construir en ella una de las mas grandes iglesias de la India.

parecian condenar al Maduré á una eterna ignorancia ; era uno de los mayores de ellos la abierta pugna en que estaban con la Santa Sede los sacerdotes de Goa, los cuales engañaban la fé de los pueblos con bulas supuestas, hallando un apoyo moral en los magistrados anglicanos. En presencia de aquel cisma que iba cada dia ganando terreno , los vicios se multiplicaban con los abusos, y las facciones habian despertado antiguos odios : ligados los cismáticos con los Luteranos se oponian con todo su poder á la accion de los Jesuitas. Vióse sin asombro á Mahay y Mousset combatir aquellas causas de disolucion católica ; pero cuando los Padres de la Compañía fueron aumentando en aquel país que sus antecesores habian hecho cristiano, conoció la coalicion que debia aplastar á sus temibles adversarios ó ser vencida irremisiblemente por ellos ; lo que determinó hacer desde luego.

Los magistrados ingleses, menos justos que los de Calcuta, formaban causa comun con los cismáticos ; así es que dieron algunos decretos prohibiendo á los Jesuitas el acceso á las iglesias construidas por sus predecesores. Cuatro eran tan solo los Padres que debian luchar contra tantos obstáculos y sostener á los católicos desalentados; pero no por ello dejaron los Jesuitas de defender su causa. Se les privó del derecho de predicar y orar en las iglesias, por lo que les fue preciso convertir en templos algunas cabañas de follaje; se les arrojó de toda casa habitada, y ellos se resignaron á una existencia vagabunda; procuróse con injuriosas sugestiones hacerles perder la confianza en los Católicos, y los Jesuitas se dispersaron y multiplicaron á fin de despertar en las almas los sentimientos de fe. Evangelizaron el Tangaour y el Tonduman; se dirigieron á Trichinápoli en el Aour y en el Marawa : hablaron, y á su voz levantáronse diferentes iglesias. En presencia de aquella tenacidad que no cejaba ante ningun peligro, empezó la liga de los cismáticos á reconocer su impotencia : no pudiendo vencer el valor de los Jesuitas , recurrió al veneno. Por tres veces consecutivas se libran los Padres de sus infames tentativas, hasta que por último lo repitieron nuevamente en el santo sacificio de la misa.

En medio de aquella guerra encarnizada y bajo un clima ardiense, Bertrand, Garnier, Martin y Duranquet se entregaban con un fervor incansable á las fatigas de la mision, debiendo hacer á todas horas penosísimas marchas para instruir y fortificar á los fieles, prevenir las defecciones y regenerar el pueblo. Tan pronto debian ir

bajo los rayos ardientes del sol como al través de los abundantes rocios de la noche, debiendose hallar en todas partes a fin de que su accion vivificara la caridad y diera á las cristiandades huérfanas la energía necesaria para resistir al enemigo que intentaba seducirlas. Aquellos viajes cuyo término debia ser la muerte, les hacian sufrir todos los tormentos del hambre, de la sed y del insomnio: unas veces se veian abrasados por el calor, y otras cási anegados en torrentes de lluvia; sin hallar ni siquiera una sombra durante el dia para preservarse del sol, ni un abrigo para reclinar su cabeza fatigada durante la noche; rodando siempre de este modo dentro un círculo perpétuo de sacrificios. La muerte vino, por fin, á servir de auxiliar á los odios acumulados sobre la cabeza de los Jesuitas. En pocos dias de intervalo perecieron los PP. Martin y Bournet: la Compañía, que no quiso dejar sucumbir al peso de tantos trabajos y quebrantos á los primeros operarios enviados al Maduré, determinó enviar otros nuevamente á fin de que pudieran compartir con ellos los cuidados del apostolado. Las fiebres cerebrales ó el cólera, cuyos regresos son periódicos, acabaron en algunos años con cási toda aquella generacion de nuevos misioneros: Sardos, Charignon, Perrin, Duranquet, Garnier, Clifford, Deschamps y Faurie murieron el año 1843 en la flor de la edad víctimas de su valor ó de su caridad. Como el P. Garnier, su superior, habian participado de la esperanza que su talento habia hecho concebir. La muerte, no obstante, vino á diezmarlos con tanto furor que al recibir tan tristes noticias fue inmenso el dolor de toda la Sociedad de Jesús. Como se moria, sin embargo, en el Maduré por la gloria de Dios y de la Iglesia, presentáronse nuevos soldados de la cruz en cada provincia de la Órden resueltos á ir á arrostrar allí todos los peligros y hasta la misma muerte. Pronto vino á ser el Maduré para la Compañía un vasto campo de batalla, en el que todos se disputaban el peligroso honor de combatir exclamando unánimes: *Eamus et moriamur!* En vista de aquel universal deseo comprendieron los jefes de la Órden que se debia alentar la esperanza de los que sobrevivian á tantos desastres, y que á toda costa debia evitarse que los pueblos pudiesen dudar del Instituto. Enviáronse, pues, al Maduré seis Padres y dos hermanos coadjutores, los cuales llegaron despues de cincuenta dias de navegacion anunciando á sus hermanos nuevos refuerzos, y saludando con la mas pura alegría aquella nueva tierra que cubrian de lágrimas y besos, á pesar de que iba probablemente á tragarles á su vez.

Esta confianza en sus esfuerzos aumentaba á proporcion de los obstáculos y reveses; aquella energía que no cejaba ante ningun sacrificio, no dejaba ninguna duda sobre el carácter y aspiraciones de los Jesuitas. Manifestaba además el poder de una corporacion sobre algunos misioneros aislados, y enseñaba á los habitantes del Indostan que nada, ni aun la misma muerte, era capaz de arrancar á los Padres de aquel suelo en que habian hecho germinar el Catolicismo. Los Jesuitas que sembraban lágrimas no creian poder recoger goces; sin embargo, despues de tántas calamidades, pareció quedar asegurado su triunfo. Vencieron á los cismáticos, contuvieron los progresos del Anglicanismo, y sellaron los labios de los sacerdotes culpables que ocultaban su desobediencia ó sus crímenes bajo la mitra de su cómplice el Arzobispo de Goa. De aquellos restos de cristiandades sin union y sin esperanza lograron formar un rebaño de ciento veinte mil neófitos: como el buen pastor, dieron los Jesuitas su vida por sus ovejas, pues todo lo sufrieron hasta la misma muerte para salvar á los catecúmenos de las asechanzas tendidas á su fe. Se acostumbraron á los usos y al clima del Maduré, y como no tardasen en poseer el idioma tamoulo, empezaron á extender sus conquistas hasta entre los paganos. Levantóse un colegio en Negapatam, que fue el faro protector de la educacion en aquella tierra inculta, fecundizada, al fin, con torrentes de sangre generosa. Como el apóstol san Pablo[1], al escribir á Timoteo, puede decir el jesuita del Maduré con todos los misioneros del Instituto: «He «combatido bien, he terminado mi carrera; he conservado la fe. Só«lo me resta aguardar la corona de justicia que me está reservada, «y que el Señor como juez recto me entregará en aquel gran dia, «no solamente á mí, sino á todos los que desean su advenimiento.»

[1] Epístola II de san Pablo á Timoteo, IV, 7.

CAPÍTULO VII.

Los Jesuitas en Bélgica desde 1830. — El P. Bruson reemplazado por el P. Van Lil. — Entran en sus colegios. — Noviciado de Nivelles. — Fundacion de nuevos establecimientos. — La universidad católica de Lovaina. — Los belgas secundan á los Jesuitas. — El Rey de Holanda los protege. — Muerte del P. Van Lil. — El P. Franckeville, provincial. — Leopoldo de Bélgica y los Jesuitas de Namur. — Los Jesuitas constitucionales en Bélgica y demócratas en Suiza. — Motivos de esta diferencia. — Su neutralidad en los negocios del Estado. — Se declara la Jóven Suiza contra los hijos de san Ignacio. — Quieren los revolucionarios obligarles á salir del Valais. — Combate del Trient. — Pide Lucerna Jesuitas. — José Leu y los Católicos. — Mision de tres jesuitas en el canton. — Consulta el Gran Consejo los cantones y los pueblos vecinos. — Contestacion de algunos obispos. — Se opone la Jóven Suiza á la entrada de los Padres. — Acuden los lucernenses al Papa y al General de la Órden. — Actitud de los habitantes del canton. — Interviene una convencion entre los Jesuitas y los lucernenses. — Los cuerpos francos. — Sostiéneles secretamente el Vorort. — Invaden el territorio de Lucerna. — El general Sonnenberg. — Victoria de los Católicos. — Calumnias que se les hacen. — Los PP. Simmen y Burgstahler en Lucerna. — Asesinato de Leu. — Los Jesuitas en el seminario de Lucerna. — Su situacion en Francia despues de la revolucion de julio. — Vense obligados á ocultarse. — Reaparecen en el momento del cólera. — El P. Barthès en Perona. — Detencion de los Padres Druilhet y Besnoin. — Pide Cárlos X un jesuita para la educacion del duque de Burdeos. — Situacion de la corte proscrita. — Carta del General del Instituto á los PP. Deplace y Druilhet, los cuales acuden á la invitacion del anciano Rey. — El partido legitimista. — Sus divisiones. — El P. Deplace y el duque de Burdeos. — Intrìgas inventadas para hacer despedir á los dos Padres. — Retíranse los Jesuitas. — Muerte del P. de Maccarthy y del P. Potot. — La elocuencia del uno y las virtudes del otro. — Llaman algunos obispos á los Jesuitas en sus diócesis. — Secundan estos el movimiento religioso, así en el púlpito, como en el confesonario. — Propagan los ejercicios eclesiásticos. — Los predicadores de esos ejercicios. — Sus resultados en el apostolado alarman la Universidad. — El abate de Lamennais y el cuerpo enseñante. — Mr. Cousin y su filosofía. — Inserta en el programa del bachillerato las dos primeras provinciales. — Plan de algunos universitarios para que se aplace la ley sobre la libertad de enseñanza. — Nadie, en 1839, teme ya á los Jesuitas. — Decide Mr. Cousin á la Academia francesa á proponer el elogio de Pascal como premio de elocuencia. — Invade el eclectismo todo el cuerpo enseñante. — Su intolerancia. — Sus primeros ataques contra los Jesuitas. — Mr. Thiers y Mr. Guizot. — Carácter de ambos escritores en el poder. — Prosigue la Universidad su lucha. — Proyectos de composicion. — Arnaldo con-

tra los Jesuitas. — Abraza la prensa revolucionaria la causa de los universitarios. — Los Padres del Instituto acusados por unos de ser legitimistas, y de tener, por otros, tendencias orleanistas. — El *monopolio universitario* y el abate des Garets. — Lo que era esta obra, y el modo con que fue criticada. — Sres. Michelet, Libri y Quinet. — Su curso por escrito ó de palabra. — Sus ataques contra la Compañía de Jesús y la Religion. — Unidos los Obispos emprenden la defensa de la fe católica. — Acúsaseles de inmoralidad. — Se apela contra ellos á las antiguas calumnias. — El canciller Pasquier hace en la Academia francesa el elogio del P. de Ravignan. — Ravignan en Nuestra Señora de París. — Publicacion de su obra sobre el Instituto de los Jesuitas. — Royer-Collard y el Jesuita. — Presenta Mr. Villemain en la cámara de los Pares su relacion sobre la libertad de enseñanza. — Protestas del Episcopado. — Discusion en la cámara de los Pares sobre los hijos de san Ignacio. — Mr. Thiers hace su relacion en el congreso de los Diputados. — Su relacion y el *Judío errante.* — Roba Affnaer á los Jesuitas. — La prensa revolucionaria aboga por el malhechor. — Sentencia contra Affnaer. — Repugna Guizot perseguir á los Jesuitas. — Mision de Mr. Rossi. — No es Mr. Rossi refugiado italiano. — Acogida que se le hace en Roma. — Su carácter. — Su política para captarse la confianza del Sacro Colegio. — Sus agentes eclesiásticos. — Los primeros ensueños de Mr. Rossi. — Posicion de los Jesuitas en Roma. — Interpelaciones de Mr. Thiers. — Hace pasar Mr. Rossi su *Memorandum* al cardenal Lambruschini. — En vano aguarda su respuesta. — *Memorandum* verbal del enviado de Francia. — Los Jesuitas, causa de las diferencias que mediaron entre el Episcopado y el Gobierno. — Los Jesuitas impopulares y legitimistas. — Las amenazas y las promesas. — Motivos que les opone la corte de Roma. — El cisma en Francia y la supresion de los artículos orgánicos. — Pide Mr. Rossi la secularizacion de los Jesuitas. — No contesta la Santa Sede á ninguna de las proposiciones ministeriales. — Reúnese la Congregacion de negocios eclesiásticos extraordinarios. — Deliberacion de los cardenales en presencia del Papa. — Razones en que fundan su negativa. — Retira Mr. Rossi su *Memorandum.* — Pide que accedan los Jesuitas á algunas concesiones. — El cardenal Lambruschini, mediador oficioso. — Los cardenales Acton y Patrizi en presencia del General de la Compañía. — Carta del P. Roothaan á los Provinciales de Francia, aconsejándoles la supresion de algunas casas. — Nota de 6 de julio de 1845 en el *Monitor.* — Efecto que produce en Roma y París. — El *Correo Francés* y el Obispo de Langres. — Desmiente Mr. Rossi oficiosamente la nota del *Monitor.* — Siguen los Jesuitas los consejos de su General. — Da Mr. Guizot las gracias al Papa y al cardenal Lambruschini. — Contestacion de la corte de Roma. — Anuncia el *Journal des Débats* la supresion de los Jesuitas en Francia.

Fatal fue en extremo á dos tronos el año 1830. Vióse á dos pueblos en el centro mismo de Europa que arrojaron á sus Príncipes legítimos mezclando el nombre de los Jesuitas en todos los cargos que dirigian contra sus Soberanos la Francia y la Bélgica. Atacaba la Francia liberal á los hijos de san Ignacio con sus mordaces odios;

mientras que la Bélgica constitucional se gloriaba de su triunfo porque hacia participar de él á la Sociedad de Jesús. En Francia la insurreccion se declaraba abiertamente contra las ideas religiosas; en Bélgica, por el contrario, el movimiento político no se separaba de ellas. La revolucion de los Países Bajos tenia fe en sus principios, como se vió desde luego en las consecuencias y acontecimientos que les sucedieron: excepto esos hombres sin conviccion que abrazan todos los partidos para mancharlos con el crímen ó envilecerlos con el pillaje, puede decirse que habia en el fondo del corazon de los belgas un profundo sentimiento de libertad. Apenas dueños de sí mismos, pidieron un monarca á la Europa y Jesuitas á Roma; fue el monarca que aquella les dio, Leopoldo de Saxo-Coburgo, el mismo que pocos meses antes habia querido honrar á los Borbones proscritos de Francia, ofreciéndoles por asilo su castillo de Claremont. Aunque luterano, se obligó Leopoldo á respetar y proteger la religion dominante, sabiendo corresponder dignamente á la esperanza que en su palabra fundaron los Católicos.

Hácia fines de 1830, cuando empezó á renacer la paz en los ánimos, creyeron los Jesuitas deber acceder á los votos de la Bélgica. El peso de los años, que no permitia al P. Bruson desmontar el nuevo campo que se ofrecia á los discípulos del Instituto, hizo que se nombrara á Van Lil para reemplazarle. Solo faltaba empezar la siega, puesto que era la lucha de todo punto imposible; por el contrario, recibia Van Lil de todas partes socorros, así es que el 1.° de mayo de 1831 pudo ya fundarse el colegio de Namur. Pocos dias despues entraba tambien el P. Lemaître en el de Alost: al verse la Bélgica libre, quiso unirse mas íntimamente que nunca á la Santa Sede, y que fuesen los Jesuitas la base ó cimiento de aquella union. Solo faltaba un noviciado, y este se creó en Nivelles en el Brabante; de este modo fué desarrollándose la Compañía con tanta seguridad, y fueron tan rápidos sus progresos, que ya en 1832 la Bélgica y la Holanda divididas por los intereses dinásticos, se confundian en una sola provincia del Instituto, de la que era el P. Van Lil primer jefe. Fundáronse cási al mismo tiempo otros colegios en Amberes, Lieja, Tournay, Bruges, Mons, Courtrai, Verviers, Turnhout, Bruselas y Gante. El de Brugelette [1] vino á ser el sucesor del de Saint-Acheul,

[1] El colegio de Brugelette, cerca de Ath en Bélgica, fue fundado en 29 de octubre de 1835 por los desvelos de Mr. Dubois-Fournier: tenia por objeto, como los de Friburgo y del Pasage, hacer revivir los establecimientos de los Je-

mientras que en Malinas y Lovaina se echaban los cimientos de la universidad católica. Los PP. Meganck y Van de Herckhove se asociaron á aquella generosa idea, de la que eran, por decirlo así, los promotores espirituales; tambien los nuncios apostólicos, Fornari y Pecci, los Obispos, la alta magistratura y los poderes legislativos secundaron aquel movimiento empezado por los Jesuitas. Como en todas partes, se les vió ser á la vez misioneros é institutores; de lo que resultó que sus casas de educacion prosperaron, y su palabra que así resonó en las ciudades como en el campo produjo admirables frutos de salvacion.

Perdió Guillermo de Nassau su trono de Bélgica por no haber sabido ser justo para con los Católicos: su hijo el Rey de Holanda, léjos de seguir sus huellas, permitió á los Jesuitas que se establecieran en Katwyk en el Rhin y en Culemburgo dos colegios para los católicos de sus Estados. Concediόles además la libertad de enseñanza y predicacion, de la que solo usaron los Padres con prudente reserva: hallábanse en un terreno enemigo, por lo que no desconocieron su posicion ni abusaron de su fervoroso celo. El P. Van Lil fue el que formó esta provincia, y el que la dirigió desde 3 de diciembre de 1832 hasta 16 de agosto de 1839, muriendo en Roma á 12 de febrero de 1841. El P. Franckeville fue el que le sucedió en su cargo de provincial; el cual en lugar de fundar nuevos establecimientos, procuró consolidar los que Van Lil habia levantado. Dió al noviciado todo el ensanche posible; resolvió vestir jesuitas, persuadido de que era el mejor medio para lograr mas tarde nuevas residencias. El P. Matthys, que le reemplazó en 4 de abril de 1845, siguió el mismo plan, siendo la progresion tan manifiesta que en 1834 se contaban en Bélgica ciento diez y siete miembros de la Compañía, cuando en 1845 el número de los Padres, escolásticos, novicios y coadjutores se elevaba á cuatrocientos cincuenta y cuatro. Su posicion en el reino se resiente todavía del entusiasmo pasado: la confianza de las familias les ha dado en todas partes el derecho de ciudadanía, teniendo tan solo por adversarios á los enemigos de la Religion; el mismo Leopoldo I se constituyó el intérprete de la gratitud del país. Visitábales este Príncipe en sus casas, les alentaba en sus proyectos, aprobaba sus esfuerzos, y en 31 de julio de 1843 tu-

suitas en Francia, los cuales eran pedidos por un gran número de familias á los Obispos y á la Compañía. Mr. Delplanck, obispo de Tournay, y Mr. Labis, su sucesor, aprobaron mucho esta idea, y el colegio prosperó.

vo el valor suficiente para demostrarles públicamente su estimacion; en cuyo dia dirigió el Rey de los belgas á los Padres del colegio de Namur la alocucion siguiente[1]: «Señores, complaceme en «extremo el hallarme en medio de vosotros, por saber que dais á vues«tros colegios una prudente y sábia direccion. Continuad, señores, «trabajando de este modo, pues ya sabeis cuánto necesita la juven«tud de buenos principios; nada hay que sea mas importante, so«bre todo en nuestros dias, que tanto se procura propagar el mal y «excitar las pasiones. Hay en la sociedad una lucha entre las bue«nas y las malas doctrinas; por lo tanto, señores, es preciso luchar, «es preciso luchar contra ese espíritu de desórden que solo tiende «á destruir los Estados. Si no nos oponíamos á él desde un princi«pio con todas nuestras fuerzas, deberíamos temer mucho dias bor«rascosos; pero si, por el contrario, procuramos luchar y logramos «vencerle, hermoso será el porvenir de la Bélgica.

«¡Tiene la Bélgica una posicion tan envidiable y feliz en Euro«pa! solo depende de ella conservarla y hacerla aun mas ventajosa. «Si conserva sus principios salvadores, será respetable y respeta«da. Lo que me complace sobre todo, señores, es la educacion ver«daderamente nacional que dais á la juventud: continuad educán«dola como lo habeis hecho hasta aquí, á fin de que sea un dia el «sosten de la patria.»

En las provincias belgas eran los Jesuitas constitucionales, el pueblo católico y el Rey hereje, y sin embargo, se les tributaba toda la proteccion y respeto; en los cantones suizos, donde hizo Guillermo Tell triunfar la libertad, eran los Jesuitas demócratas. Hijos de la igualdad, y nacidos bajo un Gobierno republicano, aceptaban indistintamente todas las leyes: los sistemas de gobierno mas ó menos libres, mas ó menos variables de las naciones nunca preocuparon á los discípulos de san Ignacio. Su Instituto no fue formado para gobernar á los Reyes ni para oprimir á los pueblos; solo deben obediencia al poder regularmente establecido, sin deber discutir su orígen, ni procurar entorpecerle en su marcha. Su mision es mas elevada, pues fueron creados para conservar la fe y defender la unidad. Agradecida la Bélgica aceptó su enseñanza, y la Suiza católica la invocó. La fiebre revolucionaria de 1830, que por mucho tiempo agitó los ánimos en el Valais, causó como siempre violentas sacudidas y graves trastornos que la guerra decidió.

[1] *Amigo de la Órden de Namur.*

En medio de aquellas turbulencias y cambios interiores que marcaron un período de diez años, supieron comprender los Jesuitas que nada tenia que ver la agitacion de los partidos con los deberes que les estaban confiados. Así es que encerrados en la esfera de su apostolado, permanecieron pacíficos y neutrales; siendo por último considerada esta prudencia por los dos opuestos campos como una futura prenda de conciliacion. Un nuevo partido, empero, vino á levantarse en el seno del radicalismo; partido que quiere regenerarlo todo por medio del comunismo por considerar hallarse el mundo atrasado en religion, en moral y en derecho público, y al que se da el nombre de Jóven Suiza. Afiliado este partido á la Jóven Europa, tiende á reformar las leyes, las costumbres y principalmente la propiedad, haciéndolo pasar todo bajo el nivel de su igualdad quimérica. Empezó la Jóven Suiza por atacar las instituciones religiosas, sin respetar al culto protestante mas que al Catolicismo; con todo la Compañía de Jesús debia ser necesariamente el objeto de sus mas vivas hostilidades.

Con aquella audacia que siempre distinguió á los revolucionarios y que es la mejor garantía de sus resultados, empezó la Jóven Suiza á inculcar sus doctrinas de desórden y pillaje. Un alumno de los Jesuitas, que durante las vacaciones de 1843 se alistó bajo aquella detestable bandera, fue tambien uno de los que tomaron parte en el saqueo de la rectoría de Ardon; cuando volvió á abrirse el año escolar, no permitieron los Jesuitas su entrada en el colegio al Jóven Suizo. Organizóse una conjuracion con este motivo; pero como los que la formaban conociesen que nunca podrian hacerla extensiva á toda la Suiza, procuraron obligar á los Padres á salir voluntariamente del Valais. Propusóseles aceptar la vigilancia inmediata del Gobierno en la administracion disciplinaria de sus establecimientos; pero como era esto derogar su Instituto, faltar á las convenciones escritas y al sosten del buen órden, opusiéronse los Jesuitas á ello. Hacen presente los Jóvenes Suizos su oposicion á la Asamblea nacional, y como no viesen probabilidad de lograr la victoria, apelan á la rebelion. Formóse un comité que tenia por objeto el exterminio de los hijos de Loyola; en 23 de mayo de 1844 marchan los radicales contra Sion; pero aguardados por el pueblo, que no consiente en sacrificar su religion y libertad, y que se habia alzado como un solo hombre para defender tan caros objetos, teniendo á su frente á Mr. de Courtin, sabe probar á los rebeldes que con el mismo

acierto hace uso de la discusion que de la espada. Arrójase sobre los sitiadores, les obliga á retirar hasta el desfiladero de Trient, donde acaba de derrotarles en un último combate. Tomaron las armas los rebeldes al grito de mueran los Jesuitas; y el pueblo del Valais dio para reunirse y marchar contra ellos un grito enteramente opuesto. Destruye aquella derrota el proyecto de los radicales, los cuales viendo que nada podian esperar de los valesanos, modifican desde luego su plan de campaña: como los Jesuitas han logrado cimentarse en el Valais, piensan atacarles donde se halla todavía su existencia en problema.

Así como otros muchos cantones, habia adoptado Lucerna los artículos de la conferencia de Baden y puéstose en oposicion con la Santa Sede; por lo que el Nuncio apostólico trasladó su residencia á Schwytz, y fué paulatinamente debilitándose la fe con las costumbres. La misma decadencia experimentó tambien la educacion pública; vista por José Leu, rico labrador de Ebersoll, aquella triste situacion, concibió la noble idea de remediarla en lo posible: viniendo á ser Leu el Guillermo Tell de la fe católica en los antiguos cantones. Sin ninguna instruccion, pero dotado de un juicio recto y de un amor innato á la justicia, encargóse aquel hombre de combatir en la flor de su edad al radicalismo con los mismos principios de libertad y de igualdad. Tiene un partido inmenso entre los operarios de las ciudades, sirve su nombre de bandera en las campiñas, con lo que logra hacerse dueño del pueblo; pero léjos de abusar de su influencia procura tan solo inspirarle sentimientos de virtud y de religion. Puede decirse que fue un misionero en el ejemplo, un padre de familia que predicó el respeto á las leyes y á la propiedad: su mágico ascendiente sobre todas las clases solo lo empleó en mejorar á sus conciudadanos. Merced á sus cuidados presentóse en 1840 una peticion firmada por once mil setecientos noventa y tres ciudadanos, reclamando cerca del Gran Consejo todas las garantías posibles en favor de la educacion de la juventud: segun José Leu, era la mejor de las garantías llamar al canton á los Padres de la Compañía de Jesús. Amenazábase destruir el derecho de confesion de que disfrutaban los Católicos; tal era al menos la intencion de los nuevos adversarios que con la indiferencia y el ateismo por armas se disponian á combatir el Catolicismo. Recuerdan los fieles que en los aciagos tiempos de la Reforma de Zwingle y de Lutero, salvaron los Jesuitas la Iglesia; por lo que deciden invocarles en sus nuevas

necesidades. Leu, que habia sido el que inspiró esta idea, procuró, á fin de hacerla mas popular, que tres jesuitas, á saber, Burgstahler, Damberger y Schlosser, viniesen en diferentes épocas, ó sea cada año desde 1840 hasta 1843, á evangelizar á los lucernenses. En vano las preocupaciones y obstáculos suscitados por el radicalismo procuraron neutralizar aquellas misiones; puesto que la prudente actitud y doctrinas conciliadoras de los Jesuitas habian logrado ya abrir los ojos á la muchedumbre. El pueblo fue mejor desde que fue creyente; así es que en 1.° de mayo de 1841 dió una constitucion mucho mas sábia y que estaba mas en armonía con sus creencias, y en 7 de diciembre hubo ya nueve votos del Gran Consejo en favor del deseo general del pueblo concerniente á la instruccion pública. No quiso, sin embargo, el Consejo de Estado obrar ligeramente: aquellos paisanos cuya educacion era liberal, determinaron interrogar antes á sus vecinos de Schwytz, Friburgo, Valais y Austria sobre la utilidad de los Jesuitas. Consultaron asimismo á los Obispos de Sion, Coira, Lausana, Brixen en el Tirol, Linz y Gratz; dirigiéndoles estas preguntas:

«¿Redunda la educacion de los Jesuitas en provecho ó detrimento «de las instituciones democráticas? ¿Los empleados procedentes de «las escuelas de los Jesuitas profesan ó no los principios democrá«ticos?»

Á lo que contestó el Gobierno friburgense: «La educacion de los «Jesuitas está esencialmente basada en los principios del Cristianis«mo y de la religion católica, que se concilian con todas las formas «posibles de gobierno; por lo que no podemos concebir que esta «educacion sea contraria á las instituciones democráticas, mayor«mente cuando han sido contrarios sus resultados, segun hemos te«nido ocasion de observar.»

«¿Se ha observado que procuren los Jesuitas inmiscuirse en los «asuntos políticos y en la esfera de la accion política de las auto«ridades?»

Contestacion: «Nunca lo hemos notado [1]. Esas prevenciones, tan

[1] Mr. Fournier, antiguo primer magistrado y diputado por Friburgo en la Dieta, se expresaba tambien así sobre el mismo objeto (suplemento al número 18 de la *Union Suiza*):

«En cuanto á su influencia en los asuntos políticos, si nos remontamos á los «siglos pasados, no debemos ocuparnos de ella, puesto que ya han reprobado «los contemporáneos aquella acusacion; si es á los Jesuitas actuales que se

«ligeramente acogidas, carecen de todo fundamento. Si en medio de «los progresos de la enseñanza confiada á sus cuidados, particular- «mente en la apreciacion de los hechos históricos, son los Jesuitas «llamados como profesores á emitir su opinion sobre las institucio- «nes políticas de los pueblos antiguos y modernos, sus disertacio- «nes constituyen toda la parte que toman en los asuntos políticos. «Atribuirles una participacion mas extensa sobre este punto ni otro «cualquiera fuera de la enseñanza, seria en nuestra opinion sepa- «rarse de la verdad.»

«¿Qué es lo que generalmente se cree del espíritu de los Jesui- «tas, así como de su influencia en el canton, bajo el punto de vista «científico, religioso, moral y social?»

Respuesta: «Teniendo los Jesuitas así en el canton de Friburgo «como en todas partes, partidarios y enemigos, seria esta cuestion «susceptible de ser resuelta en diferentes sentidos, segun la opinion «política de las personas que debiesen resolverla. Nosotros, sin em- «bargo, creemos poder afirmar que no se pone en duda la benéfica «influencia de los Jesuitas en todos los asuntos de religion y moral. «Todo el mundo paga un justo tributo á su conducta piadosa y ejem- «plar, así como á sus esfuerzos por el sosten de las buenas costum- «bres y de la fe católica. Si por las razones antes aducidas, su in- «fluencia bajo el punto de vista científico y social es diferentemente «apreciada, nosotros creemos no obstante ser los intérpretes de la «gran mayoría de nuestros conciudadanos, al atribuir á esa influen- «cia efectos tan útiles y benéficos.»

Los Obispos de Sion, Lausana y Coira, testigos y vigilantes directos de la accion de los Jesuitas, dan tambien el mismo testimonio; apreciando con toda justicia y equidad el efecto moral y científico producido por su enseñanza. Los Obispos de Linz, Gratz y Brixen, hacen tambien de ellos los mismos elogios. Se ha acusado á los Jesuitas de aspirar al dominio de los Ordinarios y del Clero; hé aquí cómo contesta el Obispo de Linz á semejante objecion: «No solamen-

«atribuye este cargo, el diputado que tiene el honor de hablaros puede ase- «gurar que semejante acusacion es actualmente falsa. El Estado de Friburgo «puede hablar sobre ello con conocimiento de causa, debiendo ser su testimo- «nio para nosotros de mucha importancia: hace veinte y siete años que dirigen «los Jesuitas sus escuelas superiores, sin que hayan procurado aquellos hom- «bres apostólicos, dedicados á su importante mision, ejercer la menor influen- «cia en los negocios políticos.»

«te demuestran ser los ministros mas obedientes del divino Salva«dor, sí que tambien vivos modelos de una sumision absoluta: «¡ojalá que todos los sacerdotes pudiesen ser tan fácilmente gober«nados!»

No habian consultado los lucernenses mas que á los Gobiernos y Prelados de los que podian prometerse consejos libres de toda prevencion, por preferirlos á cuantos podia darles el espíritu de partido. Gracias á su prevision recibieron la luz que tanto deseaban, por haber abarcado de una mirada el negro fondo del abismo en que iban á precipitar su culto y su independencia los principios disolventes; en vista de semejante peligro comprendieron que el único remedio que podian oponer á tanto mal se hallaba en la educacion. Habian dejado los Jesuitas en Lucerna preciosos recuerdos: el nombre de la Compañía estaba unido á los nombres mas antiguos é ilustres del país; habia visto entre sus Padres á los Am-Rhyn, los Keller, los Lampart, los Hug, los Sonnenberg, los Mohr, los Pfyffer, los Schindler, los Ruttiman, los Schumacher, los Zimmermann, los Segesser y los Zurlingen. Todos esos precedentes y la disposicion de los ánimos inspiraron á Leu, á Segesser y al presidente Bossard la idea de someter la cuestion al juicio público. En algunos escritos que aparecieron en Lucerna, discutian estos tres católicos cada uno bajo su punto de vista las ventajas y los inconvenientes que debian resultar del llamamiento de los Jesuitas. Al dirigirse Leu á los miembros de la Asociacion de Ruswyl, se apoyaba en el deseo manifestado por el Soberano Pontífice y por el Obispo diocesano; manifestando de un modo claro y terminante los beneficios morales y rentísticos que produciria indudablemente la admision de los Jesuitas. Segesser, como escritor mas ilustrado, hablaba del aumento de las luces y de la difusion de las ciencias; limitábase Bossard á acusar el radicalismo.

Ya no eran los Jesuitas los que eran temidos por el radicalismo, sino el feliz regreso de los espíritus hácia las ideas de Religion y de órden; puesto que en sus odios y en sus proyectos se expresaba de este modo [1]: «Son sin duda los Jesuitas nuestros enemigos mas pe«ligrosos; aunque nuestra victoria no será completa por mas que «logremos acabar hasta con el último discípulo de Loyola, por exis«tir todavía otro poder que procura nuestra ruina y medita todos los

[1] *Periódico radical de Zurich,* Beobachter (enero de 1845).

«planes para esclavizarnos. Ese poder es el Papismo que se procura «en el arsenal de la edad media las armas que juzga mas á propó«sito para combatir la libertad; siendo los satélites de este poder no «solamente los Jesuitas, sino tambien todos los frailes y todos los «funestos propagadores. Por esto pensamos que el combate que he«mos venido sosteniendo hasta hoy dia no puede procurarnos una «victoria decisiva: tiempo es, pues, ya de dirigir nuestros golpes con«tra nuestro capital enemigo; ataquemos directamente el Roma«nismo entero.»

En aquel mismo mes de enero, y en la misma víspera de los graves acontecimientos que tuvieron lugar, apareció otra hoja protestante bajo el nombre de el *Federal*, la cual en vista de la inminencia de la lucha procuró desempeñar el papel de mediadora entre los partidos diciendo: «Como no se trata ya de principios políticos, para «empezar otra vez en Suiza una nueva revolucion en nombre del «radicalismo, se emplea hoy el pretexto de los Jesuitas para con«ducirla á una revolucion de la que se prometen sus adeptos sacar «mejor partido. Por mortal que sea el odio que se tenga á los Je«suitas, no es posible encontrar en este odio un verdadero amor á «la patria ni una ilustrada abnegacion á favor de sus intereses.»

Así como en Francia, era tambien en Suiza en aquella época el nombre de los discípulos de san Ignacio un grito de guerra: la calumnia, el folleto, la sátira y las rivalidades universitarias no cesaban de emplearse en ambos países contra los Jesuitas por los partidarios de la revolucion. La obra de Ellendorf, débil copia de las de Pascal, la de La Chalotais y del apóstata Jarrige circulaban por todas partes, siendo profusamente distribuidas por la malevolencia, y aceptadas por la pública curiosidad. Los golpes, empero, dirigidos contra el Instituto debian ser aun mas crueles y certeros. Los paisanos de Lucerna no se dejaron, sin embargo, engañar por aquel falso clamoreo, porque, como todos los protestantes moderados de Ginebra y de los demás cantones, sabian que solo se perseguia á los Jesuitas para debilitar el Catolicismo y variar el pacto que constituia la independencia helvética. Tenian los lucernenses el derecho incontestable de confiar la educacion de su seminario á la corporacion que les ofreciera mas garantías; y por esto trataron de confiarla á los Jesuitas. Por otra parte les aconsejaba el Papa que los admitieran en su Estado; así es que supieron hacerse respetar con el mayor vigor el derecho adquirido. En vano se procuró intimidarles con

los excesos del radicalismo que se disponia ya para la guerra civil, y con los esfuerzos que emplearia Berna á fin de asegurar su supremacía: inútiles fueron las amenazas y ultrajes con que se pretendia intimidar á los esforzados lucernenses. No ignoraban que si cedian una sola vez, quedaba para siempre destruida su nacionalidad; por esto se decidieron á hacer frente á los acontecimientos.

Despues de repetidas instancias cedió por fin el General de los Jesuitas á los deseos del Soberano Pontífice y á los votos de los católicos de Lucerna, prometiendo autorizar á algunos Padres para que se dirigieran á aquel canton. Formóse con este objeto un tratado [1],

[1] Hé aquí el texto de la convencion de fecha 24 octubre de 1844:

«Entre el Gobierno de Lucerna de una parte, y Mr. Kasper Rothenflue pro«vincial de los Jesuitas, de otra, ha sido convenido lo siguiente, reservándose «empero las ratificaciones necesarias:

«Artículo 1.° La Sociedad de Jesús se encarga de dirigir la cátedra de teo«logía en el canton de Lucerna, desde principios del año escolar 1845 y 1846, «la sucursal (filial) establecida en la pequeña ciudad de Lucerna, y el semina«rio eclesiástico que hay en el mismo canton.

«Art. 2.° A este objeto enviará la Sociedad de Jesús á Lucerna á lo menos «siete eclesiásticos de su Órden y algunos legos para servirles: cada eclesiás«tico recibirá anualmente del Gobierno la cantidad de 750 francos que deberán «servir para su manutencion y la de los legos.

«Art. 3.° El Gobierno procurará á la Sociedad de Jesús los edificios y la leña «que les sea necesaria.

«Art. 4.° Al igual de los demás eclesiásticos, quedarán sometidos los Je«suitas á las leyes del canton de Lucerna, particularmente á los artículos 5, 6, «11 y 63 de la Constitucion.

Art. 5.° La Sociedad de Jesús se entenderá con el Obispo y el Consejo de «educacion sobre el plan de enseñanza que deberá seguir.

«El curso de teología comprenderá la enciclopedia, la dogmática, el hebreo, «la hermenéutica, la explicacion, la historia eclesiástica, el derecho canónico, «la moral, la pastoral y la pedagogia.

«La enseñanza de todas estas ciencias será parte en latin y parte en ale«man; sus cursos durarán tres años.

«Regulará la Sociedad de Jesús el número de lecciones segun la importancia «de cada ciencia y las necesidades de los alumnos, de acuerdo con el Obispo y «el Consejo de educacion.

«Se establecerán academias y cursos de peroracion para acostumbrar á los «discípulos al uso de la palabra.

«Art. 6.° Los miembros de la Sociedad de Jesús podrán vivir en el canton «de Lucerna, segun las reglas de su Órden.

«Art. 7.° Se entenderá la Sociedad con el Obispo por medio del Consejo so«bre la eleccion de las obras destinadas al curso de teología.

«Art. 8.° No puede derogarse ninguna de estas disposiciones sin el con«sentimiento de la Sociedad, del Obispo, y del departamento de educacion.»

lo cual visto por el radicalismo, apeló á la violencia. Debia ser el decreto de admision de los Jesuitas en Lucerna sancionado por el pueblo, en el cual reconocen los radicales no tener ningun ascendiente, por comprender que aquellos hombres sencillos, pero llenos de inteligencia y de recto sentido, no se dejarian seducir por las fábulas inventadas contra los Jesuitas. Como no habia entre ellos preocupacion de ninguna clase, ni siquiera concedieron á aquellas falsedades los honores de la discusion por saber que eran enteramente imposibles. La risa, el terror, el sarcasmo y la impiedad parlamentaria se embotan sin causarles la menor mella. Todo en aquel país es positivo como el derecho y como la independencia; en él se manifiestan con tanta franqueza las simpatías como las repulsiones; por esto tuvieron allí los Jesuitas una mayoría inmensa. Tenia por jefes á Leu, Portmann, Kost, Siegrist, Pfister y Siegwart-Muller, que no retrocedieron ante ningun peligro. Reconociendo el radicalismo la imposibilidad de triunfar por los medios legales, invoca la fuerza, y apela á las armas para derrocar el Gobierno establecido, esperando separar de este modo á los Jesuitas de sus discípulos y obligarles á cerrar sus colegios; pero esta esperanza revolucionaria fue tambien desvanecida. Contaban los radicales que el amor de las familias no permitiria que permaneciesen sus hijos en Friburgo y en el Valais expuestos á los horrores de una guerra civil: las cartas que escribieron entonces á sus hijos las familias, muchas de las cuales tenemos á la vista, están concebidas en estos y parecidos términos: «Si se ataca á los Jesuitas, debeis defenderles; si se les expulsa, «debeis seguirles, porque estais en un todo confiados á su pru«dencia.»

Excitados hacia mucho tiempo los revolucionarios de la Suiza por los refugiados de todos los reinos y puntos, habian madurado aquel plan de rebelion que no dejaban tambien de apoyar diferentes cantones. El nombre de los Jesuitas sirvió de pretexto al levantamiento: formáronse desde luego cuerpos francos, ó sea una especie de ejército destinado á las órdenes de la insurreccion compuesto de extranjeros sin patria y sin asilo, y de suizos cuyas discordias intestinas no alarmaban en lo mas mínimo su patriotismo, y luego se confió á aquellas bandas, ó mejor hordas salvajes, el cuidado de asegurar la felicidad de la Helvecia. Reuniósceles al grito de ¡mueran los Jesuitas! Se les procuraron armas y municiones creyéndoseles invencibles por el solo hecho de haber aprendido en los clubs el arte

de la guerra: debia estallar la revolucion á primeros de diciembre de 1844; pero fue reprimida solo por la imponente actitud del pueblo. Aprobaba tácitamente el Vorort aquellas invasiones, y no tardó el canton de Vaud en proclamar el comunismo. Dirígense desde aquel dia los nuevos comunistas contra Dios, los Católicos y los Protestantes, poniendo fuera de la ley á todos los que tuviesen criados ó propiedades: so pretexto de expulsar á los Jesuitas, que nunca Lausana habia visto dentro de sus muros, instaló la libertad un nuevo Gobierno que ya desde el primer dia de su poder vino á ser el tirano de las conciencias y el árbitro de la vida de los ciudadanos. Allí, como en todas partes, empezó la idea revolucionaria á dar la independencia por medio del mas atroz despotismo, y la igualdad por la expoliacion.

En la noche del 30 al 31 de marzo de 1845, los insurgentes, que hacia algunos dias se hallaban estacionados en la frontera de Lucerna, se determinaron á penetrar en el país, en númezo de once mil cuarenta hombres sin contar con los afiliados que tenian en él. Al ver Lucerna la violacion de su territorio convoca los pequeños cantones; y como los confederados católicos estaban ya sobre las armas y dispuestos, á la primera señal se reunieron para marchar prontamente al socorro de sus hermanos. Tomó el general Sonnenberg el mando de aquel pequeño ejército, que sin contar en ningun apoyo se dirigia valiente y decidido al campo de batalla para salvar la independencia helvética. Los hijos de Unterwald fueron los primeros en descubrir al enemigo, y á pesar de reconocer su inferioridad numérica atácanle desde luego con la mayor bravura.

Dióse la señal, y por un movimiento rápido como el rayo arrójanse sobre el enemigo los carabineros de Lucerna y de Uri. Tomó Sonnenberg tan acertadas disposiciones militares por prever el punto donde acudirian los cuerpos francos y en el que determinó aguardarles, que nada dejó que desear en aquella inmortal jornada. Fue un espectáculo verdaderamente digno de los tiempos heróicos el que ofrecieron aquellos paisanos convertidos en soldados por el peligro comun marchando al combate con la maza ó la alabarda en una mano y el rosario en la otra, sin retroceder ante un enemigo diez veces superior en número y provisto de artillería para sembrar la muerte y el incendio en el canton de Lucerna. Á pesar de tener los radicales todos los medios de destruccion y el valor que inspira el fanatismo, pronto conocieron que no podrian vencer ni resistir á aque-

llos impasibles labradores que oraban antes y durante el combate. Vista por el general Sonnenberg la perplejidad del enemigo, se arroja sobre él dando muerte á cuantos intentan resistirle, sin parar hasta causarles la mas completa dispersion y apoderarse, junto con José Leu que continuó persiguiéndoles, de un gran número de armas y bagajes.

Era la primera victoria que obtenia despues de treinta años la justicia sobre la iniquidad revolucionaria, victoria debida á algunos paisanos católicos que salvaban quizás á la Europa de una conflagracion general. Esos mismos paisanos, á quienes se trataba de fanáticos, tuvieron por los vencidos un sentimiento de compasion que nunca los radicales han sabido demostrar, ni aun comprender, como lo prueba el haber calumniado aquel respeto enteramente cristiano. Felizmente la victoria habia costado mas resolucion que sangre; los paisanos solo la atribuyeron por su parte al Dios de los ejércitos; así es que condujo Leu á mas de ocho mil de sus compatriotas al santuario de Nuestra Señora de las Ermitas, donde dieron gracias á María por el señalado triunfo que acababa de conceder á su justa causa.

Al recibirse la noticia de aquel acontecimiento que los Gobiernos legítimos consideraron con razon como una victoria alcanzada sobre las ideas de desórden, resonó en toda la Europa católica un prolongado grito de gozo y de admiracion tanto mayor en cuanto no estaba acostumbrada á recibir tan faustas noticias. Hasta los mismos Protestantes se unieron á aquellas manifestaciones, por no haber sido los últimos en prever á dónde podian conducirles la disolucion de los cuerpos francos en el caso de salir triunfantes. Solo los revolucionarios se atrevieron aun á dirigir cobardes insultos contra aquellos intrépidos montañeses, complaciéndose, ya que no podian resistir su bravura, en ultrajar su mansedumbre. Se les supuso además guiados por los Jesuitas y que junto con ellos pisoteaban los cadáveres de los vencidos, cuando en aquellos dias de sangrienta y gloriosa memoria no se hallaba en el canton de Lucerna ni siquiera un discípulo del Instituto.

Solo algunos meses despues, ó sea en 26 de junio, llegaron á aquella ciudad los PP. José Simmen y Antonio Burgstahler.

Á pesar de los consejos llenos de prudente moderacion que dieron indistintamente á todos los partidos, no lograron por ello calmar la

irritacion de los radicales. Esperaban los cuerpos francos que la mision de Mr. Rossi les seria provechosa, y que el Gabinete de las Tullerías interpondria su mediacion para darles una victoria diplomática despues de una derrota militar. En efecto, procuró Mr. Rossi hacer comprender á la Santa Sede y al General de los Jesuitas que era preciso á los Jesuitas abandonar á Lucerna; pero sus insinuaciones fueron despreciadas por hallarse en oposicion con la voluntad y los derechos de los cantones. Quedaron, pues, reducidos los cuerpos francos á las vergonzosas excitaciones y á la estimacion de Mr. Thiers.

José Leu, que habia demostrado ser el mas ardiente partidario de la Compañía de Jesús, y al que todos los habitantes de la Suiza, fieles á la unidad, aclamaban respetuosamente por su jefe, vióse el blanco de todos los tiros del partido vencido. Como habia Leu contribuido tan poderosamente á su derrota, resolvieron los radicales su muerte, resolucion digna por cierto de los revolucionarios que solo pueden medrar con la intimidacion ó el asesinato. Vióse, en efecto, el infeliz Leu cobardemente asesinado en su propio lecho al lado de su esposa y junto á la cuna de su pobre hijo; expiando de igual modo el crímen imperdonable de ser adicto á la Santa Sede y á los Jesuitas, y porque sofocaba su popularidad las esperanzas revolucionarias. Condenóse además la memoria del justo á la deshonra, suponiendo que se habia suicidado. La sola idea de este crímen disperto pruebas irrefutables; pero el radicalismo creyó contestar á todas ellas anunciando que los Jesuitas habian muerto al campeon de la fe y de la independencia, ó que, á fin de exasperar las masas, le habian decidido á que se dejara asesinar.

Solo el 15 de octubre de 1845 empezaron sus cursos de teología los siete jesuitas pedidos por el canton de Lucerna; el seminario abrió sus estudios algunos dias despues. Habian sido en Suiza los discípulos del Instituto un pretexto para los cuerpos francos; tambien en el reino Cristianísimo aparecieron en la misma época como el centro de un complot imaginario. Nunca han dejado de experimentar los Jesuitas una desgracia que es para ellos una verdadera gloria; pues se ven calumniados por todos los enemigos de la Iglesia y de los Gobiernos establecidos, al paso que siempre salen á su defensa las gentes de fe ardiente y sincera. Ese eterno combate que dura ya hace tres siglos sin cansar ni á los amigos, ni á los adversarios

de la Sociedad, ni á la misma Sociedad de Jesús, es sin duda uno de los mas raros fenómenos que puede ofrecer la volubilidad del hombre. Todo cuanto de tres siglos á esta parte ha procurado corromper las masas y engañar á los Reyes, ha sido tambien abiertamente hostil á la Compañía. La hemos visto acusada de todos los delitos, é imputársele todos los crímenes; en un país ha sido denunciada por halagar á los Príncipes, en otro por seducir á los pueblos, y en todos por inspirar á unos y otros las mas funestas pasiones. Ha sido constantemente el escudo en que se han embotado los mas envenenados tiros; siendo poderosa por su fuerza, y mas potente aun por la hiel de los odios que ha sabido despertar. Ahora que de sus riquezas, de su poder, y hasta de su ascendiente sobre la juventud, sólo le resta la indigencia y la persecucion, no por ello dejan de sufrir nuevos ataques los discípulos de Loyola. En Francia, que no disponen ni de los reyes ni de la instruccion pública, y que solo existen como meros ciudadanos, aun este título, que solo un crímen les puede hacer perder, se intenta disputárseles. Acusábaseles en otro tiempo de obrar con demasiada actividad; acúsaseles hoy dia por su silenciosa y tranquila actitud. Fueron en otro tiempo culpables porque ejercian una incontestable preponderancia; ahora lo son porque su supuesta accion tenebrosa no puede escapar á la perspicacia de los que proclamaron la libertad. Muchas y diversas han sido las fases que ha debido sufrir la Órden de Jesús, y de toda clase los enemigos que la han combatido, los cuales no pudiéndola vencer con la lógica, han apelado á la injusticia: solo le faltaba sostener un último combate, que acaba de librársele á la faz del mundo.

Dispersó la Revolucion de julio de 1830 á los hijos de Loyola, sin dignarse destituirles en virtud de una ley, por creer mas oportuno proscribirles por medio del terror ó de las amenazas. Montrouge fue saqueada, y otras muchas casas del Instituto fueron expuestas igualmente al pillaje; en todas las provincias resonó el grito de mueran los Jesuitas, proferido á menudo por hombres que no conocian siquiera el significado de la palabra Jesuita, y que nunca habrian querido inmolarles á sus preocupaciones constitucionales. En las ciudades de Vannes y Dupuy donde eran los Padres mas apreciados por sus obras, se reunieron los dos partidos para proteger la seguridad de los hijos de san Ignacio. El huracan de julio que se levantó á impulsos de pasiones tan ficticias como las causas de que

nació el movimiento, no despertó en las masas un furor verdadero, ni los que se apoderaron del poder trataron mas que de restablecer el órden material á fin de hacer triunfar en su provecho el órden moral.

Ante la Revolucion que se hundió bajo su impotencia calculada, no se pensó ya en ninguna nueva extension de derechos quiméricos, sino tan solo en la sustitucion de personas en toda la jerarquía administrativa. Las ideas ambiciosas sucedieron á las ideas de libertad; y como todos los Gobiernos que aspiran á consolidarse, el de las barricadas no se dejó derrocar sin haber hecho antes todos los esfuerzos imaginables para sostenerse. Ocultos los Jesuitas en el seno de piadosas familias, y desterrados, por decirlo así, en su misma patria, pronto pudieron convencerse de que no tenia ya el Gobierno ningun interés en perseguirles. En vista, pues, de la paz efímera que les concedian las preocupaciones políticas, determinaron ponerse á disposicion de los Obispos para enseñar la virtud desde lo alto de las tribunas evangélicas. Viviendo así en una atmósfera de motines, y en medio de la agitacion febril de los partidos, supieron preservarse de todos los excesos, sin pedir ni ofrecer nada al nuevo órden de cosas: enteramente extraños á los acontecimientos que se sucedian, no podian demostrar ninguna esperanza, ni mucho menos asociarse á ningun complot, porque como no participaba su accion de los intereses humanos, nada tenia que ver con las pasiones. Como no tocaba á ellos el sostener ni derribar el nuevo trono, se abstuvieron de dar ningun paso en pro ni en contra de la nueva dinastía; esta conducta, que debia merecer la aprobacion de todos los partidos, fué por el contrario lo que valió mas tarde á los Jesuitas el verse acusados de una criminal neutralidad.

Habia sido ya legado su nombre al olvido, sin que se tratara de ellos en ninguna polémica; pero cuando en 1832 el cólera y la guerra civil invadieron á la vez la Francia, no pudieron resolverse los discípulos del Instituto á permanecer por mas tiempo en la oscuridad. Pesaba sobre la capital y las provincias un doble azote; y como el Arzobispo de París, salieron los Jesuitas de su retiro para llevar el vigor y la esperanza en los ánimos fluctuantes y abatidos: se cernia la muerte sobre el reino; por esto los Jesuitas sin acordarse de las persecuciones sufridas mas que para centuplicar su ardor, procuraron aliviar la general desgracia. Inmensos, numerosos, infinitos son los peligros que deben correr, pero saben arrostrarlos todos para inter-

poner la piedad del sacerdote entre la cólera de Dios y la desesperacion del hombre; sabiendo en aquellos dias de consternacion y de luto reconquistar los proscritos el título de ciudadanos en el campo de la caridad cristiana. La Francia, que no reconocia ya á los Jesuitas, aprendió á bendecir el nombre de aquellos religiosos, entonces ignorados, que derramaban á manos llenas los beneficios, acudiendo en pos del P. Loriquet al socorro de la indigencia, y que así en París como en el fondo de las provincias obligaban á los magistrados á que conservaran aquel heroismo oculto ó anónimo [1]. Convirtióse Saint-Acheul en hospital militar donde recibieron los Jesuitas en aquella casa, tantas veces amenazada, á los soldados víctimas del azote para calmar sus sufrimientos y sostener á los que se hallasen en el duro trance de la agonía. Así en el Norte como en el Mediodía superó de mucho la abnegacion de los Jesuitas á la de todos los demás ciudadanos: habian reconquistado los Jesuitas el título de franceses por el derecho de la caridad; sin embargo los PP. Druilhet y Besnoin fueron detenidos el uno en Burdeos á 28 de junio de 1832, y el otro en Tours á 29 de setiembre de aquel mismo año. Era Druilhet provincial, y se dirigia desde España á Italia encargado de la correspondencia y los secretos de la Sociedad de Jesús; á pesar de habérsele examinado todo su equipaje con un cuidado in-

[1] El P. Barthès que habia sido enviado por el Obispo de Amiens á la parroquia de Moislains á fin de que ayudara al cura, que era un anciano enfermo y octogenario, durante la epidemia; hé aquí el comportamiento del Jesuita segun relacion del secretario del Consejo de sanidad de la ciudad de Perona: «No ha cesado de prodigar Mr. Barthès á los pobres coléricos, durante la «enfermedad, los socorros de la Religion, y los cuidados del enfermero mas «inteligente y solícito, administrando por sí mismo á los desgraciados cuantos «remedios les eran prescritos, cambiándoles la ropa, y hasta prestarles aque«llos servicios mas repugnantes y expuestos.» Esta caridad, empero, mereció una recompensa pública, como se desprende de la siguiente carta dirigida al Jesuita por el Subprefecto de Perona en 16 de setiembre de 1833: «Señor, «el jurado que tiene la mision de examinar los títulos de las personas que tie«nen mas derecho á las honoríficas recompensas por haberse distinguido de un «modo particular por su celo y abnegacion durante el cólera, acaba de conce«deros una medalla de bronce.

«Feliz por poderos transmitir la noticia de esta distincion, quisiera tambien «poderos remitir yo mismo el honroso testimonio que tan merecido tienen vues«tros generosos servicios, pero siéndome esto enteramente imposible;

«Os suplico que os sirvais honrar con vuestra presencia la ceremonia que «con este motivo debe tener lugar el martes 1.º de octubre á mediodía en las «Casas consistoriales de Perona.»

quisitorial, nada se encontró que pudiese comprometer á los Jesuitas. Vióse por lo tanto la policía de Burdeos obligada á soltar su presa; tambien en Tours se procedió del mismo modo[1], con la sola diferencia de que en esta ciudad habia empezado ya Besnoin á evangelizar á sus compañeros de cautiverio; pidiendo el Jesuita por toda reparacion que se le permitiera pasar algunos dias mas en su calabozo á fin de poder terminar la obra que habia emprendido.

Hallábanse los Jesuitas en esa posicion difícil, siempre fluctuantes entre las incertidumbres del presente y los temores del porvenir, cuando una súplica hecha por el rey Cárlos X vino á reanimar todas las enemistades y á procurar á los adversarios del Instituto un nuevo tema de acusacion. El General de la Compañía desde la casa del Gesu seguia paso á paso la marcha de las ideas y apreciaba prudentemente el estado de los espíritus en Francia; por lo que preveia que el feliz regreso hácia los principios religiosos seria tanto mas sincero en cuanto no fuese inspirado ni por ambicion cortesana, ni por deseo de medrar. El Gobierno de julio habia atravesado ya las circunstancias mas difíciles, y empezaba á triunfar de sus enemigos del interior; y, mas dueño cada dia de sí mismo, procuraba, como todos los poderes que quieren subsistir, consolidarse por medio del órden. No se ocultaba esa esperanza á los Jesuitas, pero desde el círculo circunscrito por su accion no podian ejercer ninguna influencia política. Hé aquí lo que en 17 de mayo de 1833 escribia Roothaan al P. Renault, provincial de Francia: « Termino por lo que mi co-«razon prefiere á todo en las actuales circunstancias: que cada uno «de los Padres ponga el mayor cuidado en conservarse en la esfera «de nuestra vocacion, por ser nuestra divisa: *Pars mea Dominus.* «No tenemos ninguna mision para inmiscuirnos en los negocios tem-«porales. »

En el momento mismo en que se daban estos consejos llegaban á Praga dos Padres franceses, Estéban Deplace y Julian Druilhet, encargados de la educacion del duque de Burdeos.

Tambien en la corte de los príncipes desterrados estallan con la mayor violencia las intrigas, nacidas á menudo de una exagerada fidelidad; cerca de un rey destronado, el celo que no espera inmediata recompensa se cree fácilmente herido por la menor contradiccion. Cada cual procura hacer triunfar sus ideas y rodear su perso-

[1] Debióse á la intervencion de Mr. Janvier, diputado mas tarde y consejero de Estado, el que fuese puesto en libertad el jesuita detenido por sospechoso.

na de una auréola de sacrificios: estas fueron las causas de las divisiones que se manifestaron entre el baron de Damas, Mr. Barande y la duquesa de Gontaut, divisiones que resonaron desde el fondo de la Bohemia hasta París. Creyó Cárlos X que solo lograria poner un término á ellas confiando la educacion de su nieto á la Sociedad de Jesús: la proposicion del anciano Monarca fue transmitida al P. Roothaan, quien declinó tan peligroso honor. Insistió, no obstante, Cárlos X, y por su parte tambien el Soberano Pontífice pidió al General que accediera al deseo manifestado por el Rey proscrito, añadiendo que se veria obligado á mandarlo, en caso de que no accediera el Instituto á sus instancias. «Desde entonces, es«cribe Rozaven á los jesuitas designados, no fue ya posible otra «deliberacion. Si hubiese permanecido Cárlos X en el trono, feliz y «rodeado de toda la pompa real, quizás hubiera podido resistir la «Compañía á sus instancias; pero desgraciado en el destierro los lla«maba á su socorro para formar en la Religion lo que tenia mas «caro en el mundo.» El General no titubeó. No ignoraba que aquellas circunstancias serian un nuevo escollo para sus hermanos, por saber que su nombre pronunciado bajo las bóvedas del Hradschin debia herir vivamente ciertas susceptibilidades legitimistas que soñaban en popularizar al jóven Príncipe con dichos ó anécdotas inventadas en París impropios de su carácter y de su dignidad. Aceptar, pues, estas funciones, era exponerse á un doble peligro sin reportar de ello mas provecho que contribuir al desarrollo de las brillantes cualidades que anunciaba el duque de Burdeos. El General de la Compañía de Jesús cumplió, no obstante, con su deber dejando al juicio de los hombres el cuidado de mal interpretar su conducta; á fin de trazar á los PP. Deplace y Druilhet la que ellos debian seguir en su delicado cargo, escribióles en 1833 la siguiente carta:

«No debemos hacernos ilusiones: la gravedad y los peligros de la «alta mision que se os confia sobrepujan de mucho á su brillo. Si «la Compañía, harto instruida por la experiencia, piensa que estos «cargos no deben ser nunca ambicionados ni recibidos con gozo por «sus hijos, no puede sin embargo en los aciagos tiempos presen«tes creerse obligada á sustraerse á ellos y á huirles con el ma«yor terror. ¿Cuál será el resultado de este importante negocio? «Dios, el bien público, la sociedad de los hombres prudentes y de «nuestros enemigos, todo, en una palabra, nos hace concebir con

«razon sérios temores, ó á lo menos debe inspirarnos una grande y «fundada inquietud.

«Pero ya que nos ha sido imposible dejar de acceder á lo que se «nos pedia con tanta instancia, y que vosotros habeis sido los nom«brados para ejercer aquel empleo, debo encargaros algunas cosas «que espero sabréis cumplir fielmente. De este modo cumpliré con «un deber que mi dignidad me impone, á pesar de tener en el Se«ñor tal confianza y tanta seguridad en vuestra prudencia religiosa, «que no dudo que sin ninguna recomendacion mia habríais hecho «por la mayor gloria de Dios, todo y aun quizás mas de lo que voy «á deciros.

«1.° Por lo que concierne á vosotros y á vuestro modo de vivir: «tomad por modelo el ejemplo de aquellos de nuestros Padres que, «llamados en otro tiempo á los palacios de los Reyes, vivieron tan «bien en ellos y segun el espíritu de su regla, que muchos mere«cieron el nombre de ángeles buenos de la corte. Dedicados única«mente á los deberes de su vocacion, nunca respiraron aquel aire «mefítico del que ni aun las mejores y piadosas cortes pueden verse «sino raramente exentas; en medio del brillo que les rodeaba su«pieron observar, cuanto les fue posible, una vida oculta en Dios «y muy apartada de los tumultos del mundo. Se ocupaban cada dia «á las horas destinadas y segun nuestros usos en los ejercicios de «la vida monástica: si las ocupaciones y tareas de su empleo les de«jaban algunos momentos de ocio, los empleaban con placer, como «religiosos siempre fieles, en distribuir los socorros de su ministe«rio á las almas cristianas, particularmente á los pobres y á los en«fermos. De este modo vivian para Dios, para sí mismos y para sus «deberes, conservando en medio de las cortes el espíritu religioso «y hasta la libertad que les era tan indispensable para poder ha«cerlo. Adquirian en Nuestro Señor, en sí mismos y en la Compa«ñía una nueva estimacion, de la que participaban tambien los «cortesanos que habian deseado en un principio que se trataran los «Padres mas familiarmente con ellos y tomaran parte en su conver«sacion. Lo mas importante de su vida modesta, recogida, solita«ria, enteramente unida á Dios y dedicada á su empleo, era el ha«cer descender las bendiciones del cielo sobre sus importantes fun«ciones.

«En cuanto á nosotros, en Dios y solo en Dios debemos fundar

«nuestra esperanza al aceptar una mision tan difícil y de la que de-
«bemos dar á Dios y á los hombres tan estrecha cuenta. Por ello
«deberémos procurar, como lo hemos hecho hasta aquí, ofrecer ca-
«da semana numerosos sacrificios á la divina Majestad, sacrificios
«que deberémos procurarnos en el tesoro espiritual de la Com-
«pañía.

«El capítulo XI de las Ordenanzas de los Generales contiene dife-
«rentes pasajes que pueden y deben ser aplicados al cargo que vais
«á desempeñar, particularmente lo que consta en los párrafos 1.°,
«5.°, 6.°, 7.°, 8.°, 12 y 13. En el primero de estos párrafos se trata
«de un punto que tiende á la materia de un precepto particular en
«virtud de la santa obediencia (*Censuras y preceptos*, cap. 5.°, n.° 4.°);
«cuyo precepto debeis escrupulosamente guardar; por manera, que
«si alguno tratase de haceros faltar á lo que prescribe, deberíais desde
«luego contestarle, sea cual fuere su categoría: «Es esto indigno
«de nuestro empleo y de nuestra vocacion, por tener terminante-
«mente prohibido el ocuparnos en semejantes empresas. No ha pro-
«metido Dios á los de nuestra profesion ninguna gracia para hacer-
«les salir airosos en semejantes negocios.» Debeis observar sobre este
«punto una extrema reserva, aun en vuestras conversaciones par-
«ticulares, puesto que aunque la observeis tal cual nos está pres-
«crito, no será nunca bastante.

«2.° Por lo que concierne á vuestro empleo cerca del Príncipe,
«Dios á vuestra instancia os infundirá su espíritu; acercaos á él y
«os concederá sus luces. Queda fuera de toda duda que si en la
«educacion de un príncipe no debe descuidarse la literatura, la
«erudicion y todas las demás ciencias, es aun mucho más cierto é
«indispensable enseñarle á formar un juicio sano y recto sobre los
«hombres y las cosas, y ayudarle á revestirse de una fuerza tal de
«carácter que pueda seguir por sí mismo la justicia y administrarla
«un dia á los hombres que vivirán bajo sus leyes. La justicia ase-
«gura los tronos, al paso que la iniquidad hace pasar los reinos á
«otras manos. Es preciso hacerle conocer sus deberes todavía mejor
«que sus derechos, y por fin enseñarle á defender esos mismos de-
«rechos, sin arrogarse, no obstante, los que no le pertenecen. Es
«verdad que son muchos los príncipes que han despreciado esta
«máxima de equidad natural; pero no es tambien menos cierto que
«al querer muchos de ellos despojar á los demás se han visto ellos
«mismos despojados. Que el Príncipe se esfuerce, pues, en com-

«prender cuál es el fin de la autoridad y cuáles los medios para ejer-«cerla equitativamente; que sepa que sin grandes trabajos no pue-«de haber una administracion buena y feliz; que se guarde de creer «que consiste la felicidad en el goce de las grandezas, de los hono-«res, de las riquezas y diversiones del mundo; que comprenda tam-«bien que en los negocios que está llamado á dirigir un dia, debe «tomar por norma la eterna y divina razon y no las ideas humanas; «que si tantas personas han fracasado y fracasarán aun en sus em-«presas, es porque pegados siempre á la tierra lo miden los hom-«bres todo segun sus ideas puramente terrenas. Sus esperanzas, sus «temores, sus ventajas y su apoyo, todo pertenece á la tierra; no «satisfechos aun con anteponerlo todo á las cosas eternas, borran «enteramente de su espíritu el recuerdo de ellas, sin que se dig-«nen nunca elevar al cielo sus ojos y su corazon. De aquí pro-«cede la inevitable caida de las repúblicas, de los reinos y de los «imperios. El salmo CVI describe con los mas vivos colores todos «esos trastornos que tenemos el dolor de ver en nuestros dias. Pro-«curad inculcar á vuestro alumno todas estas ideas con oportunidad «y dulzura, lo mas á menudo y eficazmente posible, á fin de que «nunca olvide las doctrinas que nos da el salmo II, 10 sig.: si «alguna esperanza de salvacion puede haber para un príncipe y «un Estado, de seguro está en la práctica de estas divinas reglas, «sin las cuales se disipan como el humo las mas bellas esperanzas. «La historia, y sobre todo la sagrada, es el libro de los Reyes, por «ser el que mas claramente manifiesta lo que deben esperar los Prín-«cipes, y lo que deben temer, arrojando una viva luz sobre los «tristes acontecimientos de que somos atónitos espectadores.

«Deben imponerse á un príncipe los ejercicios de piedad con su-«ma moderacion; la razon de ello es muy óbvia. No debe, para «hacer adelantar á un jóven príncipe en el camino de la virtud, em-«plearse un método cualquiera por mas que dé este brillantes resul-«tados empleándolo en la educacion de la juventud en general; por-«que con respecto á estos últimos, si debemos atenernos á la expe-«riencia, los ejercicios de piedad demasiado largos y multiplicados «son mas perjudiciales que provechosos. «No procuremos hacer de-«masiado religiosos á los que viven con nosotros,» escribia san Fran-«cisco de Borja á los Padres de la provincia de Guyena en 1568. Si «esto sucede con respecto á nuestros jóvenes pensionistas, ¿qué será «con un príncipe?

«Pero ya os lo he dicho: el Señor, á vuestras súplicas, os infun-«dirá su espíritu. No omitamos cuidados ni oraciones para que el fin «sea provechoso, y que los medios que deben procurarnoslo sean «bien conocidos y puestos sin cesar y fielmente en obra. Esperad en «Dios, haced el bien, rogad al Señor, y él se encargará de obrar «por vosotros.»

Tales fueron los consejos que dió el General del Instituto á los dos Jesuitas que iban a partir para Praga; consejos que debian ser puntualmente seguidos. Estaban Deplace y Druilhet hacia ya mucho tiempo versados en el conocimiento de los hombres, se conformaron con un respeto filial á las disposiciones de su superior; llegaron, empero, cerca del duque de Burdeos en circunstancias tan difíciles, que su sola presencia debia excitar las mas encontradas pasiones. La perplejidad de los partidos, el entusiasmo inconsecuente de unos, la desesperada fidelidad de otros y todos los desastres, en fin, de aquella derrota sin combate, se reproducian así en Praga como en París. Cada fraccion realista se creia obligada á discutir y sacar al Rey del destierro: cada cortesano se emancipaba hasta encontrar en el recuerdo de sus pasados servicios bastante independencia monárquica, para trazar á los Borbones un plan de conducta revolucionaria. Diferentes nobles se pasaron á las filas de la democracia á fin de acariciar los instintos del pueblo; algunos periodistas trazaban tambien las opiniones mas exageradas, procurando empujarlas todavía acariciados por la vana esperanza de adquirir una sombra de popularidad. Por todo plan de campaña no sabian los realistas mas que atacarse entre sí; retirados unos bajo su tienda se condenaban á la inaccion, al paso que los otros nada omitian para saciar su sed de ambicion y de gloria. En los salones y en la prensa solo se trataba por algunos de los príncipes proscritos; mientras que los hombres prudentes, que fue el mayor número, dejaban á los Borbones el cuidado de educar al último descendiente de Luis XIV. Habia tomado la Revolucion á los Jesuitas por blanco de sus tiros contra la legitimidad; y los mas exaltados legitimistas, que habian venido á ser los aliados de la futura demagogia, no se atrevieron á quitar aquel blanco ó señal.

Dos eran los Padres de la Compañía que merecian la confianza del Rey y que iban á dirigir la educacion del duque de Burdeos. Imaginóse, pues, que aquella medida era tan solo adoptada para hacer fracasar los planes de rapto ó de inauguracion de reinado prepara-

dos por la mayoría de Enrique de Francia. La guerra civil que tocaba ya á su término en la Vendée militar, se encendió repentinamente de nuevo en el arrabal Saint-Germain, haciendo desesperados esfuerzos contra la expresa voluntad de la familia de los Borbones. Dos influencias rivales se hallaban frente á frente: tales eran las tristes circunstancias en que se vieron envueltos Deplace y Druilhet desde las primeras horas de su permanencia en Praga. Conocian las dificultades que tantos móviles secretos iban á provocar, así es que confesaron que la eleccion de sus personas no podia ser acertada ni provechosa hasta que el Monarca supiese hacer respetar su voluntad; pero puesto en juego por un partido contra otro partido, no ocultaron que nunca podria Cárlos X resistir las obsesiones de que se veia cercado. Preveian asimismo que su Instituto se veria tambien asediado por las nuevas fracciones realistas, como se desprende de la correspondencia del P. Druilhet, tan llena de curiosos detalles sobre su mision, dejando entrever los mas tristes presentimientos en cada una de sus páginas.

No debian ocuparse los Jesuitas mas que en instruir al jóven Príncipe y fortificarle en la virtud y en la ciencia. Las intrigas interiores y exteriores fomentadas por la duquesa de Guiche les eran de todo punto indiferentes; lo que no sucedia así con respecto al anciano Rey, á quien las faltas pasadas habian hecho menos confiado en su propia fuerza; por esto solo confiaba en sus partidarios y temia hasta la apariencia de poderles contrariar. Se le acusaba de haber perdido la monarquía, al paso que se le aseguraba su triunfo si nada venia á hacer fracasar los planes concertados; aunque Cárlos X tenia muy poca fe en aquellas falaces promesas, se creia no obstante obligado á dejar obrar por afeccion dinástica á los adalides de la restauracion. Para todos aquellos hombres, embajadores de diversos comités que acudian de París cargados de proyectos, se hallaba la familia Real bajo una rigurosa tutela, puesto que no obedecia su imperiosa súplica. Segun ellos, no servian los Jesuitas sino para impopularizar al duque de Burdeos y para inspirarle ideas retrógradas; sin embargo estos últimos empezaron su obra, y como dieron con un carácter de las mas bellas disposiciones, pudieron en pocas semanas patentizar sus progresos [1].

[1] Una carta del P. Druilhet, fechada en Teplitz á 8 de julio de 1833, contiene sobre el carácter y los estudios del duque de Burdeos cálculos y predicciones que han venido á ser todos confirmados por la experiencia; y en la

Mientras que desarrollaban los dos Padres aquella precoz madurez y se formaba en la escuela de la desgracia, empezaba la tempestad sobre su cabeza. Partia la oposicion de tantos puntos á la vez, de la *Quotidienne* y el *Journal des Debats*, del *Nacional* y la *Gaceta*, que no quedaba ya ninguna duda de que pudiesen los Jesuitas continuar operando aquel bien. Cuando se presentaron al Rey, Estéban Deplace le dijo: «Señor, hemos venido porque lo habeis deseado, «nos volverémos cuando querais.»

De ningun modo deseaba Cárlos X su partida; pero los hijos de san Ignacio comprendian que no seria siempre libre el Monarca de tenerlos á su lado, y se habian resignado ya de antemano á esta desgracia. Asediábales por todas partes la intriga; de modo que apénas acababan de ser llamados, cuando se buscaba ya despedirles: quizas habria sido mas prudente no hacer una ni otra cosa. Se les habia hecho abandonar sus trabajos para venir á ser únicamente un obstáculo diplomático; un objeto de turbacion cerca de los desterrados, y una causa involuntaria de persecucion para la Órden de Jesús. La obediencia, empero, debida al General y la tierna confianza del huérfano real sostuvieron á los Jesuitas en tan dura prueba: el baron de Damas luchó y se retiró con ellos. Designóse al Obispo de Hermópolis para reemplazarles junto con el matemático Cauchy. Despues de haber visto correr las lágrimas del duque de Burdeos y oido los suspiros de la familia, abandonaron los Padres á Praga el 3 de noviembre de 1833; solo habian permanecido allí cuatro meses y medio, pero en tan corto tiempo habian logrado ya hacer tomar nueva direccion á los estudios y carácter de su discípulo; por lo que no podian menos de bendecir al Señor al darle su último adios.

Aquel llamamiento inesperado de los discípulos de Loyola por una familia proscrita en Francia podia infundir algun cuidado á la dinastía de Orleans y avivar mas y mas entre los revolucionarios su odio contra los Jesuitas; no obstante el rey Luis Felipe y sus Ministros apreciaron entonces debidamente la verdadera posicion de la Órden de Jesús. El mismo Mr. Thiers, que tuvo con este motivo al-

que se lee: «Desde este momento queda ya establecida la mayor confian-«za entre el maestro y el discípulo.—Tengo faltas, le dice el jóven Príncipe, «pero las conozco y deseo sinceramente corregirlas.—Monseñor, hay para ello «dos medios infalibles.—¡Oh! ¿cuáles son?—Aprender á conocerse y triunfar «de sí mismo.» Llamaron estas palabras de tal modo la atencion del jóven Duque que hizo de ellas su divisa.

gunas conferencias con el Provincial, no se alarmó en lo mas mínimo, para el presente ni para el porvenir, por una conducta tan natural ni por la deferencia que las víctimas de los decretos de 16 de junio de 1828 manifestaban al Monarca que firmara semejantes decretos.

El dia en que Deplace y Druilhet se pusieron en camino para complacer á Cárlos X, perdió la Compañía una de sus mayores glorias: espiraba el P. Nicolás de Maccarthy en Annecy el 3 de mayo. Nació en Dublin en 1769 de una de aquellas familias irlandesas que todo lo sacrificaron á su fe; fue Nicolás de Maccarthy, ya desde su infancia, destinado al sacerdocio: la Revolucion, no obstante, suspendió su vocacion sin interrumpir sus estudios ni sus buenas obras. Cuando la paz fue concedida á la Iglesia, se dedicó Maccarthy al servicio del altar: en el mundo habia sabido, como dice Tácito de Agrícola, hacerse excusar ó alabar por la franqueza de su piedad; en el sacerdocio elevó sus virtudes hasta lo sublime de la bondad. Era la perfeccion una necesidad para aquella alma privilegiada, por esto la buscó en la Compañía de Jesús: fue á la vez el Bourdaloue y el Massillon de su época, pues reinó por medio de la palabra en un tiempo en que empezaba el arte oratorio á convertirse en oficio. Fue oido por la conviccion que abrigaba sobre cuanto decia; y cuando vino á asaltarle la muerte, quiso el Obispo de Annecy asistir al Jesuita en sus últimos momentos á fin de aprender de él los cristianos goces de la muerte[1].

[1] Escribia el Prelado el dia siguiente, ó sea el 4 de mayo de 1833: «Su bella alma ha edificado hasta exhalar su último suspiro: la fe, la confianza y el «amor se habian apoderado de tal modo de ella, que no ha proferido ni una «sola palabra que no fuese un rayo celeste que salia de sus entrañas como de «un santuario de piedad! ¡Ah! señor, era el Padre de Maccarthy verdadera-«mente grande en el púlpito por su sublime elocuencia; pero nos ha parecido «un verdadero gigante en su lecho de dolor. Jamás se hizo un sermon tan tier-«no, no puede haber palabras tan ardientes como las que hemos oido durante «muchos dias de sus moribundos labios. Sus hermanos los Jesuitas le han cons-«tantemente asistido: mis buenos sacerdotes y mis piadosos seminaristas no «lo han dejado de dia ni de noche; todos ambicionaban recibir su bendicion, y «todos la han recibido con una gratitud religiosa. Celoso de conservar tan pre-«cioso depósito me ha pedido permiso el Capítulo de mi catedral para colocar su «cuerpo en esta ilgesia, donde san Francisco de Sales habia ejercido por tanto «tiempo su ministerio. No he creido deber rehusar aquel honor á un clero que «ponia en él tan gran precio; por lo que á pesar de los deseos y modestia del «venerable difunto que habria querido descansar en Chambery en medio de sus

Transcurridos algunos años, ó sea en 20 de mayo de 1837, veia la Compañia con el mismo general dolor bajar al sepulcro otro de sus mas ilustres Padres. Un hijo del pueblo, Nicolás María Potot, nacido en Metz á 22 de julio de 1771, atraia junto á su sepulcro los mismos respetos que el descendiente de los Maccarthy. La vida de Potot habia sido tan agitada como la época en que vivió: licenciado en derecho, abogado á los diez y siete años del parlamento de Metz, soldado de la República francesa y comandante de batallon en el Imperio, habia desplegado así en el foro como en los campos de batalla tanta ciencia como bravura: era uno de aquellos hombres que solo las revoluciones pueden producir. Pusiéronle sus heridas en estado de no poder continuar por mas tiempo la carrera de las armas; convenia á su corazon, por el que era el reposo un tormento, una actividad incesante: quedándole prohibida la gloria militar, se procuró en la Religion un nuevo alimento y nueva gloria. Fue ordenado de sacerdote en 1818, y se lanzó á las obras de caridad con el mismo ardor que antes se lanzara á los combates; vino á ser el misionero del país Messin, el padre de los pobres, el consuelo de todos los dolores. En medio de tantos sacrificios, Potot que, á pesar de sus sesenta y dos años, conservaba en su alma toda la energía de la juventud, aspiró á entrar en la Compañía de Jesús; siendo recibido en ella en 1833 aquel comandante de batallon del Imperio y canónigo de Metz que queria vivir y morir jesuita. Su nombre era tan popular en el Norte de Francia como sus virtudes, por honrarse en él al viejo soldado mutilado al servicio de la República y al sacerdote cuya palabra fecundizaba la beneficencia cristiana. Su muerte preciosa ante el Señor causó un luto general para toda la ciudad de Metz: sus compañeros de armas, sus colegas del Cabildo, los magistrados, los indigentes de todo sexo y edad que habian sido sus mas caros amigos, el Estado mayor de la plaza y todo el Clero, confundidos al rededor de sus restos mortales, dieron la última prueba de estimacion hácia el Jesuita, cuyo nombre glorioso celebraban todos. La espada y las charreteras del soldado estaban sobre su féretro junto á la estola del sacerdote; y en medio de las bendiciones de la mul-

«hermanos, le conservarémos en la catedral de Annecy, de modo que dentro «de algunas horas mi Capítulo y los demás sacerdotes vendrán á quitarme á «ese antiguo amigo para depositarlo en esta antigua iglesia que se estremecerá «de gozo al recibir semejante depósito.»

titud que no pudo apagar la lúgubre marcha del tambor, bajó el P. Potot para siempre al sepulcro.

Aislados en el seno de las ciudades entregábanse los Jesuitas al estudio de las ciencias sagradas; protegidos por la indiferencia gubernamental se esforzaban á tomar nuevamente el curso de sus interrumpidos trabajos. Regresaban á París y á las provincias con el mayor sigilo, para continuar allí, con aquella perseverancia que de todo triunfa por no cansarla nada, la obra que se vieron obligados á interrumpir algunos años antes. Habian aprovechado todo aquel tiempo que transcurrió desde su expulsion en formar oradores y guias espirituales, por dejarles la escasez de las parroquias y las necesidades del Clero un vasto campo que cultivar. Empezaron los Obispos á introducirles en sus diócesis como auxiliares indispensables, no obstante la oposicion y hostilidad de la administracion y la magistratura. Todos los funcionarios públicos alimentaban contra la Compañía antiguas enemistades y absurdas preocupaciones que nunca el manejo de los negocios pudo desarraigar en ellos. Pero los Jesuitas acampaban confiados en medio de sus enemigos; predicaban y obraban bajo la mirada inquisitorial de aquellos, y sin embargo nunca dieron á la malevolencia un motivo de queja ni de acusacion. Fueron prudentes cuando se les impulsaba á comprometerse, y reservados en presencia de todos los partidos que les proponian unirse á su bandera; conservándose así apartados de todas las intrigas, supieron captarse en poco tiempo la estimacion de sus adversarios que se hallaban en el poder, y conservar la confianza de sus amigos en la oposicion. Los Jesuitas, que no estaban encargados de derrocar el Gobierno ni de velar por su seguridad, y á quienes se habia hecho durante la primera rama el inmerecido cargo de ocuparse de las cosas terrestres, no quisieron verse expuestos á que se renovaran contra ellos las mismas imputaciones, por lo que juzgaron guardar la mas estricta neutralidad. Otros eran los cuidados que ocupaban su vida, puesto que desde aquella época sobre todo empezaron á arder en deseos de extender el reino de Jesucristo, y propagar el movimiente católico por medio de la predicacion, el confesonario y los ejercicios espirituales.

Con el Gobierno de julio no era ya posible encumbrarse á los honores ó á la fortuna por medio de una piedad hipócrita, por no ser ya la Iglesia el pedestal de las mas desmesuradas ambiciones. La

doblez política sucedia á la hipocresía religiosa : solo la conviccion podia, y aun a duras penas, hacer excusar la práctica de todos los deberes. Creyeron los Jesuitas que en tal estado de cosas debia reconquistar el espíritu cristiano su antiguo esplendor, y por ello se dedicaron sin tregua á aquella obra de verdadera regeneracion. Protegidos por los Diocesanos pudieron los Jesuitas hacer resonar fácilmente su voz en todos los puntos de Francia; así es que despues de haber abrazado aquel penoso apostolado, empezaron á anunciar las verdades eternas tanto en las suntuosas catedrales de las grandes ciudades como en el fondo de la mas modesta iglesia de aldea ; evangelizaban á los ricos y á los sábios de la tierra mientras que distribuian á los niños el pan de la palabra divina. Sin embargo no realizaba aun aquella multiplicidad de obras santas la dulce esperanza que se habian propuesto ; sino que era preciso para hacer extensivos los frutos de salvacion á las nuevas generaciones, conservar el fuego sagrado en el corazon del sacerdote, inspirarle el amor á sus santos deberes, conducirle por medio del recogimiento á una perfeccion mas completa, y avivar en él el ardor de la caridad debilitado algunas veces por el aislamiento.

La costumbre de los ejercicios eclesiásticos no se hallaba todavía muy en boga; la falta de oradores que hablaran con la autoridad de la virtud y la ciencia se hacia vivamente sentir entre el Clero, absorbido por los cuidados parroquiales. Era, pues, de absoluta necesidad crear un plantel de predicadores que explicaran cada año á los eclesiásticos que administrasen las parroquias las obligaciones del sacerdocio : los Jesuitas fueron los que se consagraron á tan laboriosa mision. Insiguiendo las huellas de los PP. Gloriot, Caillat, y Varlet, adelantaron en aquella inexplorada senda Máximo de Bussy, Estéban Deplace, Renault, Gondelin, Chaignon, Lefebvre, Guillermet, Besnoin, Possoz, Millet, Levé, Grail, Morin, Leblanc, Filippon y Rousseau emprendieron la tarea mas difícil que pueda haber en el mundo, la de recordar á los sacerdotes el sublime sacrificio al cual ellos se habian consagrado. Aceptó el Clero con la mayor gratitud aquellas palabras que le fortificaban en sus votos, y desde entonces fueron los Jesuitas sus guias en la oracion, sus hermanos en la caridad, sus vicarios en la direccion de las iglesias. Pronto un sentimiento de emulacion les unió en el mismo pensamiento, y felices los Obispos con aquella fecunda fraternidad, no tardaron en asociarse á ella. Vinieron á ser los Padres de la Compañía los ora-

dores de la mayor parte de los puntos en que se celebraban los ejercicios de los sacerdotes; sesenta oradores se contaban ya de la Compañía en 1844, y sin embargo no fueron luego bastantes para atender á las instancias del Episcopado y del Clero. Otros hijos del Instituto aparecieron tambien durante este tiempo en los púlpitos de la capital y de todas las ciudades mas importantes de Francia. Ravignan y los dos Deplace, Delfour y Marquet, Humphry y Guyon, Lefebvre y Valgalier, Lartigue y Maillard, Arturo Martin y Bouix, Studer y Ferrand, Chervaux y los dos Valantin, Lavigne y Corail, Soimié y Nampon, los dos Liot y Fantin, Bellefroid y Gaudé, y Bertrand y Leroux resucitaron la elocuencia sagrada, enseñando á los Católicos á bendecir el nombre de la Compañía.

Se habia prohibido la enseñanza á la Órden de Jesús, privándola así de corresponder á la confianza de las familias y de disfrutar de un derecho concedido por la Carta de 1830: ya que no era posible por lo mismo á los Jesuitas formar sábios, se dedicaron á formar cristianos. Los resultados que obtuvieron en su nueva senda no tardaron en despertar la atencion de los restos de la filosofía del siglo XVIII. Habia revolucionarios veteranos que tomaban por lo sério las exageraciones de la prensa liberal, y que por el solo hecho de ver un sacerdote en un discípulo de Loyola, procuraban censurarle ó denigrarle por la sola razon de que era católico. Junto á esos hombres que solo tenian la brutal audacia de la proscripcion, descollaba otra escuela, que traduciendo en apotegmas eclécticos los principios de 1793, envolvia su envidia y sus odios en nubes transparentes que procuraba hacer deslizar en el corazon de la juventud con un fervor y constancia corruptores. Esa escuela, cuyo objeto era principalmente excitar la sed del oro, de los placeres y de los honores, invadia ya todos los poderes: habia tomado á cargo la regeneracion de la humanidad, cuando bajo sus preceptos disolventes iba á parar la humanidad en disolucion, como si fuera un cuerpo gangrenado.

Estos dos sistemas, sin proceder por los mismos medios, aspiraban, no obstante, á un mismo fin; para llegar mas fácilmente á él procuraron apoderarse de la Universidad de Francia. La mayor parte de los profesores que el Estado destinó á la juventud soportaban con disgusto el yugo que les sujetaba, avergonzándose al tratar de comprender las teorías de impiedad ó de indiferencia religiosa que se trataba de inculcárseles, hasta el punto de haber habido mas de una vez algunos universitarios que desenmascararon heróicamente

semejantes maniobras. Pero diseminados en las ciudades de provincia ó sin influencia en Paris, no tenian, como los antagonistas del Catolicismo, un centro de accion, un lazo comun, una francmasonería filosófica. Así como en los mejores dias de la Restauracion, se veia la Universidad desbordada, por hallarse bajo la férula de un pequeño número de austeros y audaces intrigantes, que á pesar de monsieur Guizot y Mr. de Salvandy, sabian dominar por el temor todos los institutores. Dirigiéndose el abate de Lamennais en 22 de agosto de 1823 al Obispo de Hermópolis, gran maestre á la sazon, denunciaba de este modo los grandes abusos introducidos en los colegios.

«Una raza impía, depravada, revolucionaria, escribia el autor «del *Ensayo sobre la indiferencia*, se está formando bajo la influencia «de la Universidad. Ya en sus ciegos pensamientos y esperanzas si«niestras medita esa juventud turbulenta sus planes de trastornos y «de rebelion; sabe que el mundo le pertenecerá, y el mundo en épo«ca no muy lejana sabrá tambien, si no se opera un feliz cambio, «lo que es verse entregado á hombres que desde su infancia han vi«vido sin ley, sin religion, sin Dios.

«Una especie de regularidad exterior, ó de actos de culto exigi«dos por los reglamentos, engañan todavía sobre el estado real de las «escuelas á algunas personas confiadas que ignoran que aquellos ac«tos irrisorios son tan solo una profanacion de mas. Lo que parece «aun mas increible, y que no obstante es por desgracia demasiado «cierto, es que á pesar de las apariencias encargadas, se llega al«gunas veces á privar á los discípulos hasta de la posibilidad de cum«plir con sus deberes religiosos. Así es que el director de un colegio «habia reunido el número de niños que debia confesar el capellan «en una hora; y habiendo uno de ellos querido terminar su confe«sion despues de haber espirado el tiempo prefijado, se le arrancó «á la fuerza del confesonario por uno de los maestros del estableci«miento.

«Monseñor, he leido en el Evangelio que cuando los discípulos «de Jesucristo trataron de alejar á los niños que se le presentaban, «contestóles Jesucristo indignado: «Dejad á los niños que vengan á «mí, no les impidais acercarse, porque de ellos es el reino de Dios.»

«¿No podemos acaso nosotros dirigir á la Universidad las mismas «palabras? ¿No podemos acaso decirles: «Dejad á los niños que os «están confiados venir á Dios, á Jesucristo, y no les impidais acer«carse cerrándoles el camino de la salvacion: no toleréis que se cor-

«rompa con lecciones de impiedad y ejemplos de libertinaje la pu-
«reza de su fe y la inocencia de sus costumbres? Se os pedirá una
«terrible cuenta de esas jóvenes almas que llama Dios á su reino;
«¡desgraciado aquel que les prive ó que permita que otro les ar-
«rebate su celestial herencia! por demasiado tiempo se les ha sepa-
«rado ya de su Padre, dejadles venir á él; cesen, al fin, vuestras
«escuelas de ser los seminarios del ateismo y el vestíbulo del in-
«fierno.»

Esos elocuentes arrebatos autorizados por la polémica, pero que no puede admitir sin exámen la imparcialidad de la historia, eran un grito de alarma que resonó en el seno de todas las familias, lanzado por Lamennais en nombre de la Religion y de la patria. Hasta 1840 contentáronse los Jesuitas con gemir en secreto sobre los males, cuyo curso les era imposible alterar: su accion sobre las masas y la confianza del Clero fueron para los tiranos de la Universidad un perpétuo motivo de inquietudes y zozobras. Mostráronse siempre celosos los universitarios de aquellos pobres sacerdotes que sin mas apoyo que su fe se dedicaban con tanta intrepidez á la defensa del Cristianismo y la Iglesia, viendo en su ardiente celo, coronado por tan felices resultados, un ataque á los principios con que procuraban ellos infectar el cuerpo enseñante. Conveníales, pues, avivar por medio de una guerra de palabras las pasiones que se iban calmando y las antiguas animosidades que ya no encontraban eco: á este fin se resolvió levantar una cruzada contra el Clero. La denominacion de jesuita conservaba todavía en algunos recuerdos cierto prestigio de temor que se procuró hacer salir nuevamente del sepulcro del olvido en que yacia.

Manifestóse en Mr. Cousin el primer síntoma de aquella conspiracion. Habia impulsado Mr. Cousin su filosofía hasta las regiones del idealismo, logrando reunir tantos prosélitos por el mero hecho de ser ininteligible: escritor impetuoso y excelente retórico tenia como todos los sofistas una invencible aficion á la paradoja. Colocado al frente de la instruccion pública, quiso señalar su paso con una innovacion que ponia de manifiesto sus tendencias. Para ello nada halló mas á propósito que introducir en el programa oficial para el bachillerato las dos primeras *Provinciales* de Pascal. Señalar á la juventud una obra condenada por la Iglesia, era arrojar el guante con el mayor descaro al Clero, á la familia y al mismo Estado. No se ocultaban á Mr. Cousin las trascendencias que se podian seguir de

aquel primer paso; pero la Universidad veia minado su monopolio por todas las inteligencias y por todos los hombres de probidad; y solo por medio de la libertad de enseñanza tanto tiempo comprimida por el triunfo del eclectismo, podia salvarse el monopolio que á toda costa trataban los universitarios de conservar. Conociendo, pues, lo difícil de su posicion, trataron como hábiles tácticos de hacerse los universitarios un baluarte con la Compañía de Jesús: procuraban emancipar la familia, y, para mejor lograrlo, evocaron desde luego el fantasma del jesuitismo.

Desde 1830 á 1840, no cesaron los dos cuerpos legislativos, la prensa y los diferentes partidos de ridiculizar los temores de los Dupin, los Portalis y los Montlosier de la Restauracion. Todo el mundo confesó entonces que sus temores eran quiméricos; hé aquí lo que decia Mr. Saint-Marc Girardin, uno de los jefes de la Universidad, hablando de los discípulos del Instituto en el congreso de los Diputados[1]: «¡Cómo, señores, podeis temer á esa Sociedad sin ce«sar perseguida y siempre inmortal! la temeis, y cuando consulto «la historia veo que fue vencida en 1763, y vosotros contais hoy con «todo lo que nos han legado nuestros padres; teneis además no sé «cuántas ediciones de Voltaire en las que se combate tan terrible«mente á los Jesuitas, cuyas ediciones habeis hecho esparcir por to«do Francia; teneis muchos mas medios que los antiguos Parlamen«tos; disponeis de la tribuna y de todos los poderes públicos, y es«tais además unidos y prontos á aplastar con el rigor de las leyes á «cuantos se atrevieran á atentar contra las libertades públicas ó á «inspirar funestas doctrinas. Y sin embargo de tanto poder proce«dente de vuestros antecesores, de vosotros mismos, de vuestros «inmortales escritores, y de vuestras leyes, á pesar, repito, de todo «esto, temblais. Pero no rebajo la civilizacion del año 89 hasta el «punto de creerla capaz de temer á los Jesuitas; al contrario, la «creo capaz de aceptar y combatir con éxito la competencia. Por mi «parte nunca haré una confesion semejante, por hallarme íntima«mente convencido de que nos haria decaer de la opinion que me«recemos á la Europa.»

El odio y el desprecio contra la Sociedad de Jesús habian llegado á ser tan generales, que el *Journal des Débats* de 4 de enero de 1839 hacia de ellos públicamente alarde en los siguientes términos: «¿Y

[1] *Monitor* del 23 de marzo de 1837, pág. 655.

«es verdad que se temen tan sériamente, hoy dia, las usurpaciones «religiosas y el regreso de la dominacion clerical? ¡Y qué! ¡nos«otros que somos discípulos del siglo en que vino *Voltaire* al mun«do, nosotros, repetimos, tememos á los Jesuitas!

«Vivimos en un país en que la libertad de imprenta pone el po«der clerical á merced del primer Lutero que sepa escribir, ¿y te«memos á los Jesuitas?

«Vivimos en un siglo en que todo lo inunda la incredulidad y el «escepticismo, ¿y tememos á los Jesuitas?

«Somos apenas católicos, católicos de nombre, católicos sin fe, «sin prácticas, ¿y se nos grita que vamos á caer bajo el yugo de las «Congregaciones ultramontanas?

«Aprendamos, pues, á conocernos mejor, y cuando sepamos lo «que somos, creerémos mas en la fuerza y virtud de esas libertades «de que estamos tan orgullosos de disfrutar. Ya que somos grandes «filósofos, creamos al menos en nuestra filosofía: no, no está el pe«ligro donde nos lo señala nuestra exaltada imaginacion. Solo lo«grais calumniar el siglo con vuestras alarmas, con vuestros cla«mores pusilánimes.»

Tal era la situacion de los ánimos en 1839; tal el modo con que la manifestaba el *Journal des Débats*. Con una lujosa profusion de sarcasmos, por lo menos inconvenientes, ostentaba aquel periódico la corrupcion y la indiferencia; inspeccionaba los haces de armas filosóficas depositadas en los arsenales del Estado, de la Universidad y de la prensa contra los hijos de san Ignacio, y sonreia ante los terrores imaginarios que no convenia á sus intereses propagar. No se hallaba muy lejano el dia en que en el parasismo de su espanto debia exclamar[1]: «¿Qué importa que los frailes de las calles de Cor«reos y de Sala sean santos, si ocultan en los pliegues de su hábito «inocente y candoroso el azote que debe turbar el Estado? ¡Qué nos «importan vuestras virtudes, si con ellas nos ocasionais la peste!»

Era en 1839 el santo y seña de la Revolucion inspirar una seguridad perfecta de hacer ver las cosas bajo su verdadero aspecto; en 1840, empero, empezó á creerse que era indispensable dar pábulo á la eterna necesidad de controversia que afligia á la Francia. La Universidad hizo aceptar el Clero y los Jesuitas; los cuales en el breve intervalo de algunos meses se presentaron ya en su concepto

[1] *Journal des Débats* de 10 de marzo de 1845.

amenazadores y terribles. Mr. Cousin, que honraba á expensas de la juventud al autor de las *Provinciales*, inauguró aquella cruzada haciendo glorificar por la Academia al escritor jansenista. Propuso el elogio de Pascal, como tema del premio de elocuencia, por lo que en 15 de mayo de 1842 pudo decir Mr. Lherminier con toda razon en la *Revista de ambos mundos:* «Escribió Pascal las *Provinciales*, y el «demonio de la ironía fue desencadenado en el mismo instante con-«tra las cosas santas. Reciben los Jesuitas al parecer todos los gol-« pes; pero no es menos herida la Religion en general con ellos. Pas-«cal preparó el camino, solo falta que se presente Voltaire.»

Voltaire vino en efecto; y el escandaloso infamador de Juana de Arco recibió tambien su ovacion en el seno de la Academia francesa.

Aquel motin universitario, que no habia provocado ninguna reaccion ni ataque, que se lanzaba á la calle para sostener el monopolio de que debia la misma libertad privarle á no tardar, sacó al Episcopado de su reserva acostumbrada. Vivian los Obispos en sus diócesis, léjos de la corte, entregados á sus tareas episcopales; solo procuraban propagar el gérmen cristiano. Segun Mr. Guizot, «la «mayoría, la inmensa mayoría del Clero solo pensaba en cumplir «su mision religiosa y moral, á la que voluntariamente se dedicaba «sin desear en lo mas mínimo ningun acontecimiento que pudiese «distraerla de ello.» Pero esta abnegacion no satisfacia las turbulencias y vanidades del retórico; érale preciso empeñar á algunos prelados en la querella, á fin de adquirir el derecho de confundirles á todos bajo la misma acusacion de connivencia con los Jesuitas. La Universidad, por medio de su pequeño número de arriesgados adeptos del eclectismo, habia sembrado en todas sus obras las mas desoladoras doctrinas.

Todo, segun ellas, era Dios menos el mismo Dios; todo en sus teorías debia ser verdadero, excepto la verdad. Los mas ardientes partidarios de aquella borrascosa filosofía que creaba la oscuridad á fin de entronizar el escepticismo, invadian todos los poderes del reino, colocándoseles como guias en París, Lyon, Tolosa, Estrasburgo y Burdeos. Si bien era su enseñanza contraria á los intereses de la fe, de la familia y del Estado, dejábales este, sin embargo, obrar, hasta que los Arzobispos de Tolosa y Lyon, y los Obispos de Chartres y Belley, fueron los primeros en emprender la defensa de los principios sociales. Aun aparte de su deber como pastores de almas, tenian como ciudadanos un derecho incontestable en examinar y

juzgar los sistemas que se presentaban por medio del profesorado y de la publicidad. En unos tiempos en que se discute el poder de los Reyes y de los Pontífices, y en que las bases de la autoridad religiosa y civil son cuestionadas como problemas, queria la Universidad arrogarse el privilegio de negarlo todo, de destruirlo todo, y el mayor privilegio aun de condenar al mudismo á los hombres que se oponian á soportar su yugo. Era la agresora, y á la primera palabra que trataba de contestarle, exclamaba que era víctima de la persecucion.

Se era intolerante por el solo hecho de no permitir que algunos miserables pedagogos derramaran á su antojo las negras sombras de la duda. Escudada la Universidad por los periódicos revolucionarios que le servian de campo atrincherado, y haciendo ella misma su propio elogio en sus números, se ofrecia á la necia admiracion del vulgo. Dueños de la prensa liberal por compañerismo ó por unanimidad de sentimientos, organizaban los aguerridos universitarios una opinion pública, y de todos los puntos á la vez dirigian sus fuegos contra el Episcopado. Los Obispos, que junto con los padres de familia reclamaban la libertad de enseñanza, eran tratados como déspotas que tendian á esclavizar el pensamiento humano; y como hallaban un apoyo natural en los periódicos católicos ó independientes, se hicieron los universitarios una arma de la polémica entablada con estos diarios. Correspondieron con invectiva por invectiva empezando desde luego entre ambos partidos la mas cruda guerra; los abogados de la Universidad que pronto se apercibieron de que debia faltarles la victoria, por deber, tarde ó temprano, el sentido público hacer justicia á su complot permanente contrario á los derechos de todos, procuraron personificar entonces sus rencorosas pasiones. En 1842 trajeron á colacion lo de 1827, y presentaron como causa de aquellos acontecimientos el espectro del jesuitismo.

Desde la era de julio habian declarado mil veces que la omnipotencia de los Jesuitas no habia sido para ellos mas que una ingeniosa ficcion, por medio de la cual les habia sido mas fácil atacar el Cristianismo y la monarquía. Pocos meses antes habian afirmado aun que no existia el poder de los Padres, cuando de repente declararon por el contrario que era aquel poder enorme, y ellos los instigadores de todos los desórdenes. Como en 1828, se dispusieron los universitarios á dotar á los hijos de san Ignacio de uno de esos ocultos poderes que con los repetidos gritos de la prensa imposible seria aun

al príncipe mas emprendedor sostener durante veinte y cuatro horas. Procedióse, pues, por los mismos medios, y lo que es mas sorprendente, se obtuvo el mismo resultado. Hasta aquel dia la existencia de los Jesuitas no habia sido un misterio ni para el Gobierno, ni para la Revolucion, ni para la Universidad : Mr. Thiers, que aspiraba á concentrar en su persona esos tres poderes, cuyas anomalías no desalentaban su locuaz ambicion, conocia tambien á fondo aquella existencia cuando se hallaba al frente de los negocios. Entonces no temia cercar á los discípulos del Instituto de una moderacion benévola, hacia justicia á su prudencia, y hasta se atrevia á sonreir en vista del terror que afectaban los enemigos de la Órden.

Pero separado del Ministerio, procuró Thiers reconquistar su popularidad tantas veces comprometida por las medidas que adoptó tan fatales á la libertad como al honor de la Francia. No habia podido matar la prensa con sus ataques, acabó con ella dictándole é imponiéndole su elogio. El periodismo constitucional aceptó aquel tratado, y en cambio de su sacrificio obligó á Mr. Thiers á tomar bajo su proteccion los ataques de la Universidad. Desde aquel dia iban á tener los Jesuitas un enemigo mas, pero un enemigo sin odio ni amor, que circunscribia todas las cuestiones al nivel de su egoismo, y que despues de haber abrazado el partido de los demás, solo lo explotaba en beneficio de su vanidad y orgullo. Era Mr. Thiers depositario de los secretos de un gran número de conciencias; habia negociado y comprado tantas, que habia llegado á hacerse con ellos un instrumento tal de gobierno y de corrupcion, que solo veia la humanidad bajo su peor aspecto. Poseia Mr. Thiers tan admirablemente la estrategia parlamentaria, que ya á primera vista conocia los medios que debia adoptar para hacerse con los Arístides de la tribuna y los Cincinatos de la pluma; así es que creyó que la guerra declarada al Clero y á los Jesuitas podia encumbrarle nuevamente al Ministerio.

No era ni al Episcopado ni á la Compañía de Jesús sino á Guizot á quien pretendia Thiers ser hostil. El publicista protestante, mas concienzudo, mas digno en sus costumbres, en su lenguaje y en sus creencias, se consideraba obligado por el solo hecho de la diferencia de cultos á guardar ciertos miramientos á los pontífices de la Iglesia católica. Religioso por instinto y por razon, no buscaba, como Mr. Thiers, la celebridad en las esquinas de las calles, y repugnábale la sola idea de mezclar su nombre á los excesos que iba á ins-

pirar el mordaz escepticismo de su rival. Amaba Mr. Guizot el poder por lo que era en sí ese mismo poder que se proponia dirigir; por el contrario Mr. Thiers solo veia en él un medio y nunca un fin. Desaprobaba, pues, el uno aquella cruzada sin motivo que solo debia conducir á resultados sin importancia alguna; al paso que el otro se lanzaba á ella impulsado por su insaciable necesidad de movimiento.

Cuando hubo pasado la Universidad revista de sus fuerzas y calculado el número de sus auxiliares, saltó al palenque con la visera descubierta. Presentáronse en 15 de abril de 1842 dos suplentes de la Escuela normal á los Colegios reales de Carlomagno y de Enrique IV, con la esperanza de inocular sus pasiones á los alumnos, dándoles por tema de un discurso francés: «Arnaldo acusando los «Jesuitas y defendiendo la Universidad [1].» Llevó el celo demasiado

[1] El tema ofrecido simultáneamente á los dos colegios estaba concebido en los siguientes términos:

«Arnaldo contra los Jesuitas en nombre de la Universidad.

«Habia formado Pedro Barrière el proyecto de asesinar á Enrique IV; pero «fue detenido en Melun cuando iba á ejecutarlo, y se le condenó á ser descuar-«tizado en 26 de agosto de 1595. Declaró en el cadalso que habia sido inducido «por los Jesuitas á cometer aquel crímen. Antonio Arnaldo abogado ya el año «siguiente siguió una causa ante el Parlamento en nombre de la Universidad, «de la que era discípulo, y pidió que fuese la Compañía extrañada del reino.

«El exordio debia versar sobre el nombre de la Compañía de Jesús. ¿Habian «cumplido siempre los Jesuitas con los deberes que les imponia este nombre «privilegiado? ¿era aquello lo que habian prometido al Santo Padre cuando les «confirió el derecho de llevarle?

«No se nota que hayan observado, al menos hasta ahora, los votos de pobre-«za y de obediencia: al contrario, solo se les ha visto entregados al manejo de «intrigas, ambiciones... ¿A quiénes sino á ellos deben imputarse los crímenes «de la Liga?

«Pio IV les confió la direccion de los seminarios y algunos colegios; ¿pero «puede haber seguridad en confiarles la juventud si enseñan el asesinato?

«Elogio de la Universidad: garantías que ofrece.

«Sistema abarcador de los Jesuitas. Cuenta su Sociedad cincuenta y seis años «de existencia, y hé aquí que son ya confesores de los reyes de Francia y due-«ños de una parte de la juventud.

«Al poner el puñal en manos de aquel hombre, no ignoraban que iban á com-«prometer la paz del reino. ¡Qué! ¿pensaban acaso servir á la Religion ha-«ciendo asesinar al Rey de Francia?

«Al Parlamento, que es el primer cuerpo del Estado, pertenecia evitar que se «dé á la juventud esa enseñanza dudosa, y el que se pongan puñales á disposi-«cion de los pueblos; solo el Parlamento puede acabar con ambicion tan impía.»

léjos á aquellos jóvenes retóricos, á quienes encargó mas circunspeccion el ministro Mr. Villemain; pero para dar un ejemplo de agresion parlamentaria, se le vió en 30 de junio de 1842 atacar la Compañía de Jesús: «¡Qué recuerdo mas instructivo es el de hoy, «decia á la Academia francesa, y qué polémica mas inteligible es «para nosotros la resistencia de tantos combates ilustrados y vir«tuosos de los que era Pascal el alma y la voz, y sus combates apa«sionados contra esa Sociedad agitadora é imperiosa que el espíritu «de gobierno y el de libertad rechazan igualmente!» De este modo, segun el Ministro de Instruccion pública, el espíritu de libertad procedia por medio de la intolerancia; y á los ojos de la autoridad no adquiria derecho de vida sino rechazando una clase de ciudadanos · esas singulares teorías tuvieron tambien sus adeptos. Fueron aplaudidas con furor; la prensa las comentaba cada dia; y desde el momento en que el poder lanzó el grito de alarma, todas las fracciones anticatólicas de la oposicion tomaron aquel grito por lo sério. Ante aquella acusacion contra los Jesuitas, palideció Mr. Dupin en su silla de fiscal en el tribunal de Casacion; Mr. Mignet hizo alarde de sus fuerzas [1] contra «esa Sociedad famosa que no reconoce otro Go«bierno que el de Roma, ni otra patria que la cristiandad, y que «no sale de su misterioso retiro sino para aparecer dominante entre «nosotros.»

Segun decian los mas altos funcionarios, eran los Jesuitas dueños de la situacion, se absorbian la Francia, reinaban en lugar de Luis Felipe, gobernaban á pesar de los ministros, y desde el fondo de la calle de Correos dominaban las dos Cámaras. Acusábanles unos de tender á la ruina del trono, mientras que los otros afirmaban que era su intencion derribar solamente las instituciones. Esta fue la tésis mas comun; tambien la *Gaceta de Francia* inventó otra nueva: apareciéronsele los Jesuitas bajo el carácter de los mas firmes apoyos de la soberanía de 1830. Segun aquel periódico, habian prestado los mas grandes servicios á la dinastía de Orleans, á la que estaban dispuestos á defender siempre; añadiendo que ya que no eran los Jesuitas galicanos ni reformistas, les abandonaba la *Gaceta* á la ingratitud de sus antiguos protegidos [2].

[1] Sesion de la Academia francesa de 8 de diciembre de 1842.

[2] Léese en la *Gaceta de Francia* de 29 de diciembre de 1844:

«Queda fuera de toda duda que han prestado los Jesuitas eminentes servi«cios al actual órden de cosas; ellos son los que han defendido su causa en Ro-

Todos esos ensueños de imaginaciones delirantes, todos esos peligros ficticios de los cuales procuraba cada partido arrancar á la

«ma, y tambien á ellos se debe la adhesion de una gran parte del clero al nue«vo Gobierno: por fin en todas partes donde han podido ejercer alguna influen«cia, ha sido esta favorable á la dinastía de 1830. Asimismo han reprobado los «Jesuitas del modo mas formal la oposicion que se hacia al Gobierno de julio; «presentando continuamente el acontecimiento de un nuevo régimen como un «efecto de la voluntad de la Providencia que se debia respetar, á fin de retraer «siempre los ánimos de las luchas de la política para ocuparlos únicamente en «la Religion; así es que los realistas que han estado bajo su direccion han abra«zado el partido de la soberanía de julio, ó á lo menos han prescindido de sus «primitivas opiniones hasta el punto de no considerarlas ya mas que como un «recuerdo que no debia ser para ellos en lo sucesivo el principio de ninguna ac«cion política.»

Luego añadia la *Gaceta:*

«Los servicios que los Jesuitas prestaban, tenian algo de tan íntimo y confi«dencial, que solo podian ser apreciados por un Gobierno personal. Sabian muy «bien que la revolucion que domina en las asambeas,léjos de serles favorable «les era enteramente contraria; pero no trabajaban para ella, ni contaban tam«poco con ella en lo mas mínimo. La esperanza que abrigaban los Jesuitas «era la misma que decidió al Austria á favorecer el presente órden de cosas; «pues pensaban como ella que el nuevo Gobierno fundado en Francia lograria «su objeto de proclamarse absoluto, y que entonces se hallaria en el caso de «cumplirles las promesas que les hizo en recompensa de sus buenos servicios.

«De este modo eran los Jesuitas á la vez partidarios de la dinastía y enemi«gos de los que habian cooperado á su triunfo, aceptando el resultado de la «revolucion, pero rechazando sus principios: eran dinásticos sin ser revolucio«narios. Léjos de esto, eran dinásticos para quitar la dinastía á los revolucio«narios, con la condicion de que seria sentada sobre nuevas bases que permi«tirian recompensar á los Jesuitas los servicios prestados, y ponerles en es«tado de poder hacer progresar la Religion en Francia.

«Hé aquí perfectamente explicada la cruzada general que contra los Jesuitas «se ha operado en el campo revolucionario. La alarma ha sido tanto mas viva «y tanto mas violentos los ataques, en cuanto se ha sabido que no solo debia «lucharse con enemigos, sino tambien con competidores.»

Tales son las bases de la polémica sostenida por la *Gaceta* contra los Jesuitas. Léjos de nosotros acriminar las intenciones que Dios solo puede juzgar; creemos no obstante que si el periódico del galicanismo llevó tan léjos las demostraciones de su teoría, fue tan solo por uno de aquellos juegos de imaginacion que adoptan no pocas veces los publicistas para dar mas atractivo á su política. En aquellas artificiosas falsedades, solo vió la *Gaceta* un medio para librar á su partido de lo que ella llamaba impopularidad de los Jesuitas. No obstante fracasó su plan de campaña por mas estratégico que fuese; iba nada menos que á presentar á los Jesuitas odiosos á los legitimistas y á los revolucionarios de todos los matices. Denunciaba ante la Europa á los hijos de Loyola como los únicos puntos de apoyo de un Gobierno personal, como los secretos au-

Francia, preocupaban en verdad muy poco la atencion pública. El pueblo, que no queria dejarse coger en el lazo como en 1828, procuraba explicarse las causas de aquel rumor producido por la prensa y la tribuna, pidiendo experimentar por sí mismo la accion de alguno de aquellos jesuitas invisibles que se suponia estar sentado en el hogar de cada familia, que se les pintaba como dueños de la fortuna del país y conspirando en la sombra para esclavizarle. El pueblo se mostraba incrédulo á tan extrañas relaciones, y permanecia indiferente á las bastardas pasiones que se procuraba encender en su corazon: en vista, pues, de su desconfianza se resolvió violentar su actitud prudente y reservada por medio de una revolucion verificada por todas las notabilidades filosóficas y legislativas.

Apareció á principios del año 1843 una obra que llevaba por título: *El Monopolio universitario, destructor de la Religion y de la Libertad;* cuya obra llevaba el nombre del abate des Garets, canónigo de la metrópoli de Lyon. Nunca recibió quizás el eclectismo tan rudo golpe; era en verdad una acusacion formidable justificada debidamente por todos los documentos comprobantes. Desde el primer momento en que llegó aquella voz de alarma á los oidos del Episcopado, de las familias y de la Europa entera, haciendo comparecer á la Universidad á su vez en el banquillo de los acusados, se juzgó esta mortalmente herida. Era aquella obra una acusacion fundada que ponia de manifiesto todas las falsedades, imposturas y herejías de las obras universitarias. Nacida de un pensamiento católico, parecia haber sido inspirada por aquellas palabras de Mr. Dubois, miembro del Consejo de Instruccion pública y director de la Escuela normal [1]: «Nada hay estable, ni nada puede emprender«se de verdaderamente grande, ó mejor nada moral, porque una

xiliares del rey Luis Felipe; lo que era cuási obligar á este Príncipe á que les persiguiera solo por probar que no habia hecho con ellos ninguna alianza secreta. Imposible es que hayan cabido en la mente de los escritores religiosos semejantes cálculos; solo nos ocupamos de ellos para indicar cuál fue en aquella época la triste situacion de la Sociedad de Jesús, á pesar de haberse hallado á cubierto de toda afeccion y de toda hostilidad política. Contentábase la Compañía con predicar el buen órden, la paz, y con hacer sobrenadar el interés de la Religion entre todas las convulsiones de los partidos. A pesar de todo, se echó mano de aquella prudencia sacerdotal para imputar á la Órden de Jesús ciertos actos cuya imposibilidad era evidente, pero que la sola sospecha podia costarle muy cara.

[1] El *Globo* de 5 de julio de 1828.

«conviccion libre no puede existir en un cuerpo como el de la Uni«versidad sin cesar expuesto á refutar hoy lo que profesaba ayer. «Hace ya mucho tiempo que por primera vez fuimos los primeros «que con empeño, método y conviccion, clamamos contra el mono«polio, destructor de toda creencia y de toda instruccion.»

El *Monopolio,* que, como se ve, debió su nombre á uno de los jefes de la Universidad, descubria esta terrible acusacion fulminada por el *Nacional* en setiembre de 1842: «La educacion dada por la «Universidad, decia el diario republicano, es impía, inmoral é in«coherente. Renunciamos trazar aquí el cuadro sombrío que tenemos «por desgracia á la vista; pero que piensen nuestros lectores un mo«mento en lo que ha hecho el régimen en que vivimos de una gran «parte de la juventud francesa, y podrán fácilmente suplir lo que ca«llamos.

«La educacion primaria, de la que es la Universidad responsable, «se ha convertido entre nosotros en una escuela de egoismo y de «corrupcion prematura.»

Las quejas del *Nacional,* repetidas en los discursos de los diputados radicales y calvinistas, imprimian cierto carácter oficial al *Journal des Débats.* Leíase á 6 de noviembre de 1842 en sus colunas: «La escuela ecléctica es hoy dia dueña absoluta de las generacio«nes actuales; ocupa todas las cátedras de la enseñanza, que ha «sabido cerrar á todas las escuelas rivales; imitando en esto la fá«bula del leon, todo lo ha absorbido, lo que es bastante político, «pero mucho menos filosófico. El público tiene derecho de pedir «cuenta á esa escuela del poder absoluto que se ha tomado sin ha«bérselo nosotros concedido; ya sabemos que, al obrar así, ha he«cho bastante en su provecho; pero ¿qué es lo que hizo en benefi«cio del siglo? ¿qué es lo que hizo en interés de la sociedad? ¿dón«de están sus obras, sus monumentos, las virtudes que ha difundido, «los grandes caractéres que ha formado ni las instituciones que ani«ma y vivifica con su poderoso aliento? Es por desgracia mucho mas «fácil dirigirse estas preguntas que contestar á ellas.»

El autor del *Monopolio universitario* no se habia mostrado, sin embargo, tan resignado como el periódico doctrinario. Como él, se dirigia la misma pregunta; pero en las obras de aquellos filósofos que hacian del profesorado un pedestal para llegar á los honores y á las riquezas, encontraba la respuesta que sus cohermanos de los *Debates* no se atrevian á darle. Esta contestacion la dió tambien au-

dazmente Mr. Thiers al *Nacional* en 6 de mayo de 1830, á pesar de hallarse entonces en gérmen todas esas falsas doctrinas. Ni existia aun promesa alguna de libertad de enseñanza, ni declaracion implícita de que el hijo perteneciese al Estado antes de pertenecer á la familia, y sin embargo Mr. Thiers exclamaba: «No creíamos que «una corporacion que tiene tantos enemigos y cuya existencia es tan «precaria, pudiese tener la temeridad de apelar á la discusion para «acabar de poner de manifiesto su ilegalidad. Ser monopolizador é «inícuo... No tiene tanta fuerza el cuerpo enseñante para poder re«sistir á la vez tantos abusos.» Mr. Thiers no se conocia á sí mismo, ni mucho menos á la Universidad. Era la Universidad impotente para evitar los golpes de un justador que solo se presentaba al combate apoyado en las blasfemias, textos, proposiciones y teorías de los jefes y principales agregados al cuerpo enseñante. Se acusó á los Jesuitas de Lyon de haber procurado datos al abate des Garets para su obra, y hasta se designó á algunos Padres por su nombre; lo que no era por cierto demostrar de un modo claro y terminante la falsedad de la obra ni destruir ó paralizar su efecto. Los heraldos de la Universidad conocieron muy pronto que seguian una falsa senda, puesto que les era imposible explicar ni mucho menos defender sus tristes doctrinas, por no respetar mas bien la libertad humana que las creencias católicas; así es que trataron de eludir la cuestion.

Como en todas las obras en que es la polémica la parte dominante y en que hierve á menudo la cólera en el corazon del escritor probo, se notaban en la presente algunas frases demasiado vivas que perjudicaban notablemente su conjunto sin ofrecer ninguna ventaja real en los detalles. Esas amargas palabras de que la filosofía, la tribuna y el periodismo eran tan pródigos, perjudicaron mucho la citada obra. Se recopilaron todas con afectacion, escribiéronse sobre ellas una porcion de artículos artísticamente combinados, se las desmenuzó á fin de poder extraerse su amargura provocada por un desbordamiento de principios antisociales, y luego, callando las terribles citas del abate des Garets, se le denunció como un infamador comprado por la Sociedad de Jesús. Como no podian los revolucionarios contestar satisfactoriamente á sus sólidos argumentos, procuraron transformar su pluma en estoque de fanático que atacaba las mas puras glorias de la enseñanza. Como era la discusion su arma favorita, emplearon de nuevo los universitarios en su favor el repugnante sistema que empleaba Voltaire contra sus adversarios: es-

cudaban al Abate la razon y la verdad, se procuró aplastarle bajo el peso de la sátira.

Los profesores del Colegio de Francia y de la Sorbona, que se hallaban desde mucho tiempo en cruda guerra contra la Religion y la Sociedad de Jesús, empezaron de nuevo en sus cátedras y en los periódicos su nutrido fuego de invectivas, sarcasmos y mentiras. Los Sres. Michelet, Libri y Quinet desempeñaron el papel de Pedro el Ermitaño en esta singular cruzada. Perseguia el uno á los Jesuitas con la credulidad de un hombre honrado que ha perdido el juicio; mientras que el otro, refugiado italiano, puso á disposicion de los diarios semanales sus odios antisacerdotales: proscrito él mismo, clamaba por la proscripcion contra algunos ciudadanos franceses que contribuian con el aumento de sus impuestos á pagarle una hospitalidad en extremo pensionada. Solo se propuso el tercero meter algun ruido al rededor de su abandonada tribuna; á este fin colmó de inmerecidos elogios á la juventud de las escuelas que remuneraron sus adulaciones con aplausos convenidos, y preparó cada dia un triunfo á la juventud, á fin de obligarla á que le hiciese una pequeña ovacion. Convirtióse al propio tiempo en taumaturgo que buscaba una nueva religion en el texto alterado de las Constituciones de la Órden de Jesús. Esos hombres no hablaban ni escribian como retóricos aislados, sino que parecian enseñar en nombre del Estado; el elogio que hicieron de su gloria efímera los periódicos dinásticos contribuyó á acreditar esta opinion. Luego no es como historiadores ni poetas, sino como profesores del Colegio de Francia, que nos conviene juzgar la obra comun que escribieron. Para hacer apreciar debidamente á Mr. Michelet, nos parece el medio mas seguro, natural y concluyente, citar aquí su leccion quinta en la que decia [1]: «Ayer todavía, os lo confieso, estaba entregado á mi traba-«jo entre Luis XI y Cárlos el Temerario, muy ocupado en ponerlos «de acuerdo... cuando oí junto á mis cristales un rumor debido al «vuelo de una gran manada de murciélagos, á cuyo ruido me aso-«mé á la ventana para ver lo que estaba sucediendo. Y ¿qué es lo «que he visto? El cáos que tomaba posesion del mundo... y el mun-«do que se dejaba arrastrar, el mundo que iba flotando, como so-«bre la almadía de la *Medusa*, hasta que por último no quiere ya re-«mar, desata la balsa, la destruye, hace señal... ¿á quien? al por-

[1] *De los Jesuitas*, pág. 187.

«venir? al esquife de salvacion? No, sino al abismo, á la nada. El «abismo está murmurando suavemente: Venid á mí, ¿qué temeis? «¿no veis acaso que no debeis temer, que soy la nada?»

Luego en la leccion sexta añadia dirigiéndose á los Jesuitas[1]: «Teneis cuarenta mil púlpitos que haceis hablar de grado ó por «fuerza; teneis cien mil confesonarios desde los cuales agitais las «familias; teneis en vuestro poder lo que constituye la base de to-«das ellas; teneis á la madre: el hijo no es mas que un accesorio... «Y qué hará el padre cuando al regresar desesperada á casa se ar-«roje en sus brazos gritando: «¡Estoy condenada!» Podeis estar se-«guros de que al dia siguiente os entregará á su hijo. Veinte mil «niños en vuestros pequeños Seminarios; doscientos mil que ten-«dréis muy pronto en las escuelas que dirigís! ¡y millones de mu-«jeres que obrarán segun vuestras órdenes!»

Tales eran los principios que permitia el Estado se inculcaran á la juventud católica del reino. Mr. Quinet por su parte, y en la misma época, atacaba tambien sistemáticamente á la Compañía de Jesús; y apoyándose en textos truncados, desfigurados ó falsificados, atacaba los *Ejercicios* de san Ignacio y sus *Constituciones:* «La «vida moral y espiritual, decia[2], se ve sofocada por esta ley. Ho-«jeadla de buena fe, sin prevencion; preguntaos á vosotros mismos «en cada una de sus páginas si la deseais y si es la palabra de Dios «la que sirve de base á aquel andamio. Para que esto fuese, seria «preciso que el nombre de Dios fuese en él pronunciado, y os afir-«mo que solo muy raramente se ve en él mentado[3]; de modo que «el Fundador tiene mucha mas confianza en su industria que en los «recursos del alma; puesto que en esa regla de la Sociedad de Je-«sús está todo, excepto la confianza en la palabra y el nombre de «Jesucristo.»

Habia alterado Pascal los textos de los casuistas de la Compañía,

[1] *De los Jesuitas*, pág. 109.

[2] Idem, pág. 197.

[3] Es esta acusacion tan material, que permite hacerse cargo de ella y contestarla. Los editores de la nueva traduccion de las Constituciones de la Órden de Jesús, publicada por Paulin (París 1842), son enemigos de los Jesuitas, y sin embargo confiesan en la página 470 que se cita el nombre de Dios mas de quinientas veces en las Constituciones. A mas de que, en la edicion de Praga de 1757, las mismas Constituciones junto con el exámen general que las precede, ocupan ciento cuarenta y ocho páginas, de lo que resulta que el nombre de Dios se halla repetido cuatro ó cinco veces en cada una de sus páginas.

con lo que produjo una obra llena de refinada malicia. Quiso Mr. Quinet tocar el mismo resorte; pero para hacerse perdonar semejantes supercherías, era preciso el genio y el talento del autor de las *Provinciales:* por desgracia no asistia á Mr. Quinet mas que su buena voluntad. «Veo, continuaba en su leccion sexta [1], largos tra-«tados de filosofía; lo que me llamó la atencion y la curiosidad de «saber lo que seria la filosofía del jesuitismo... Lo que hay de mas «notable en su programa [2] es la habilidad que se ha de tener en «omitir las grandes cuestiones para no ocuparse mas que en las de «poca monta. ¿Á qué no adivinaríais lo que está prohibido de tra-

[1] *De los Jesuitas*, pág. 265.

[2] Las ordenanzas de que sacó Mr. Quinet tan raro partido han sido estudiadas por nosotros con tanto cuidado como puede haber puesto él mismo; por lo tanto no nos será difícil corregir los errores en que ha incurrido el docto universitario.

Habíanse quejado algunos Padres de la Sociedad en las octaya y nona Congregaciones generales de que algunos profesores de filosofía se separaban de sus programas, ora tratando ciertas cuestiones pertenecientes á la teología, ora perdiendo el tiempo en entablar discusiones inútiles sobre sutilidades y argucias de escuela. La Compañía de Jesús, que no era tan tolerante como el Colegio de Francia, no permitia á sus profesores la divagacion, sino que queria que cada uno de ellos se constriñera al plan de su curso, á fin de que todo tendiese al objeto comun. La novena congregacion, celebrada en 1649, invitó al P. Piccolomini, posteriormente general, á que remediara el mal haciendo observar á los profesores estrictamente su programa. En su virtud dirigió Piccolomini en 1651 á los superiores la ordenanza en cuestion que tanto se complace en desnaturalizar Mr. Quinet; la cual está insertada en el Instituto á continuacion del *Ratio Studiorum*, y vamos á demostrar de qué modo ha sabido Mr. Quinet alterarla.

Estas palabras: *Quæstiones de Deo... prætereantur*, son extraidas de la regla segunda del profesor de filosofía (*Instit. Soc. Jes.* t. II, p. 194), y en esta fórmula cási atea, *deben omitirse las cuestiones referentes á Dios*, de la que se hace una arma poderosa la ecléctica universitaria, se lee en el texto original: «Al tratar de Dios y de las inteligencias en la metafísica, debe prescindirse «de las cuestiones que dependan en todo ó en gran parte de la revelacion.» En cuanto á la acusacion *de no permitir detenerse en la idea del Ser mas que tres ó cuatro dias*, adoptó tambien Mr. Quinet el mismo sistema de sustraccion. En el estatuto del P. Piccolomini no consta *idea Entis*, la idea del Ser solamente, sino el Ser ó ente de razon, *Ens rationis*, lo que constituye la mas notable de las diferencias; porque el Ser es Dios, y el ser de razon es una de las sutilidades escolásticas de que se valian los filósofos de la edad media.

El texto relativo al silencio sobre la idea de la sustancia ha sido sometido á las mismas mutilaciones que los precedentes; pero nosotros lo insertarémos entera y fielmente: «Que los profesores no traten de la sustancia ó Ser sobre-

«tarse en la filosofía del jesuitismo? Primeramente debe tratarse «lo menos posible de Dios, y hasta abstenerse de hablar de él en «parte alguna. *Quæstiones de Deo... prætereantur:* no deben dete- «nerse en la idea del Ser mas que tres ó cuatro dias. En cuanto al «pensamiento de la sustancia, no debe tratarse de él absolutamen- «te, *nihil dicant;* sobre todo debe evitarse tambien el tratarse de los «principios, y en particular abstenerse en todo, *multo vero magis «abstinendum*, de ocuparse en nada del orígen, de la libertad y de «la eternidad de Dios.

«¡Que nada digan! ¡que nada hagan! Palabras sacramentales que «se repiten sin cesar y que forman todo el espíritu de este método «filosófico. Que pasen sobre todo sin examinarlo, *non examinando:* «tal es la escencia de la teoría... Concebid por un momento lo que «podia ser esa pretendida ciencia del espíritu mutilada, desposeida «de la idea de causa, de sustancia, y hasta de Dios, ó sea de todo «lo que debia hacer su grandeza.» En todas esas aberraciones de la inteligencia universitaria, que sublevaban las pasiones en los bancos del colegio de Francia, hubo para los espíritus rectos algo de triste y profundamente desgarrador, por no poder menos de deplorar aquel abuso de la ciencia y de la palabra[1] que el Gobierno no

«natural, *de substantia vel Ente supernaturali*, cuando explicarán el predica- «mento de la sustancia.»

En estilo escolar, esta palabra predicamento tiene el mismo sentido que la de categoría.

La última recomendacion de Piccolomini relativa á los *principios*, no ha sido mas feliz bajo la pluma de Mr. Quinet. Léese en el estatuto: «Que el director «de estudios vigile en gran manera sobre los principios y las causas, á fin de «que los profesores no entren en la cuestion de principios y esencia divinos.» Lo que es simplemente prohibir á los regentes de filosofía natural inmiscuirse en cuestiones teológicas y sobrenaturales respecto á la santísima Trinidad. Todas las demás citas de Mr. Quinet descansan sobre la misma base; pues todas ellas se refieren á este precepto general que obliga á los profesores de filosofía á no usurpar el dominio de la teología: «*Ne ad ea tractanda digrediantur quae «theologici instituti propria sunt.*»

[1] Mr. Lherminier, profesor tambien en el Colegio de Francia, formó en la *Revista de ambos mundos* de 15 de octubre de 1843, un juicio imparcial sobre sus dos colegas: «Podemos, dice en la página 182, hablar con toda libertad *de «los Jesuitas*, y de los Sres. Michelet y Quinet. La publicacion ha logrado «su objeto; el golpe ha sido bien dirigido, tal vez demasiado: los dos autores «no se admirarán que al defender los mismos principios, la libertad del espí- «ritu humano, no participemos de todas sus opiniones.

«Al entrar por vez primera Mr. Michelet en la polémica, se ha lanzado á

trataba de reprimir, y que era causa de que todos los universitarios del reino se lanzaran á la arena. Daban al público sus nombres ignorados y sus escritos mas desconocidos aun que sus nombres; sin em-

«ella con el mayor empeño y ha empezado á luchar con una animacion entera-«mente extraordinaria. La vivacidad de sus exclamaciones, la franqueza de sus «hipérboles, y todo hasta su desordenado estilo, manifiestan su sinceridad y «conviccion; pero permítanos decirle que ni la naturaleza de su espíritu ni la «clase de su talento le permiten dedicarse á la polémica; puesto que para bien «discutir, es necesario menos exaltacion. El espíritu no es verdaderamente po-«deroso en la polémica sino cuando es dueño de sí mismo y de su ardor; los «combatientes bisoños son los que están siempre exaltados; por el contrario el «atleta experimentado permanece tranquilo, aprovecha su tiempo, elige su «terreno y hiere con discernimiento. Finalmente, es tanto mas temible á sus «enemigos en cuanto les concede equitativamente lo que les corresponde, y tie-«ne para con ellos una imponente y magnánima justicia. Al leer lo que Mr. Mi-«chelet ha escrito contra los Jesuitas, vese uno tentado á tomar su defensa: de «seguro no es este el efecto que su contrario ha querido producir...

«Ahora recuerdo la siguiente frase de Mr. Michelet: «Se ha dicho que defen-«dia, así como se ha dicho tambien que atacaba: pero yo digo que no hago ni «una ni otra cosa...solo enseño.» ¿Debemos creer esta pretension? Entonces se «veria obligada la crítica histórica á ser mas severa, porque deberia exigir al «escritor estrecha cuenta de sus juicios, tan incompletos y apasionados. Se hace «Mr. Michelet una ilusion respecto de las lecciones que ha publicado; pues cree «ser historia, la que es tan solo polémica, y polémica cuyo amor y aspereza le «colocan además en las filas de los mas ardientes adversarios del Catolicismo.»

Hé aquí el juicio que hace Mr. Lherminier de Mr. Quinet en la página 184:

«No será en verdad Mr. Quinet el que niegue la polémica en sus notables «lecciones; porque nótase al leerlas que los ataques que han sorprendido tanto «á Mr. Michelet y turbádole en extremo, no han desagradado al autor de «*Ahasverus*. Comprendió desde luego todo el partido que se podia sacar para tra-«tar con aplauso las cuestiones que las pasiones eclesiásticas ponian á la órden «del dia...

«Ataca Mr. Quinet á los Jesuitas con el Evangelio en la mano: opone su doc-«trina al espíritu de libertad cristiana, y pide lo que hay de comun entre Jesu-«cristo y Loyola. Con motivo creyó nuestro autor que tendria mucha fuerza al «hablar en nombre de un espiritualismo inspirado por el Evangelio; sin em-«bargo esta situacion, que tenia sus ventajas, no carecia tambien de inconve-«nientes. En efecto, los Católicos contestarán á Mr. Quinet: Hablais como un «protestante, puesto que las mismas razones con que condenais á los Jesuitas «pueden aplicarse tambien á la misma religion católica, á sus progresos, á su «constitucion y al Papado... Colocar á los Jesuitas fuera del Cristianismo es en-«teramente imposible: seria mas bien pensar como religionista, que como po-«lítico y filósofo.

«Sentimos que no haya Mr. Quinet examinado con mas detencion las Cons-«tituciones de los Jesuitas... Hubiéramos deseado tambien, que al escudarse «con la bula de Clemente XIV suprimiendo á los Jesuitas, hubiese examinado

bargo la prensa les tejia desde luego una corona mural; siendo considerados como eminentes escritores por el solo hecho de reproducir con lenguaje violento é incorrecto hasta en la parte gramatical los infantiles apóstrofes de Estéban Pasquier, las elocuentes acusaciones de los Arnaldos y las espirituales calumnias de Pascal.

Atacábase á la Órden de Jesús, y no se tardó en envolver al Episcopado en el mismo ataque. El Clero y las familias cristianas reclamaban en alta voz la libertad prometida, mientras que la Revolucion y la Universidad les contestaban con injurias ó con amenazas de un eterno despotismo. El Episcopado, los padres de familia, los Jesuitas exponian, no obstante, sus quejas con menos aspereza que el diputado radical Mr. Ledru-Rollin; puesto que no decian como él en enero de 1844: «¿Puede haber mayor tortura para el hom«bre que la opresion de su conciencia, la deportacion de sus hijos «en escuelas que considera como puntos de perdicion, y que esa «conscripcion de la infancia arrastrada violentamente en un campo «enemigo y para servir á los contrarios?» Tambien Lamartine, el protestante Agenor de Gasparin, los publicistas y los periódicos tuvieron el derecho de atacar la esclavitud intelectual que hacia pesar el eclectismo sobre la Francia; solo se privó de este derecho á los pastores de las almas y á los sacerdotes á quienes estaba confiada la mision de enseñar, cuando acusaban mas bien con dolor que con compasion. Pues bien, á esos hombres, cuyas virtudes son una de las principales glorias de la nacion, quisieron los folletinistas de la Universidad predicarles la moral en sus folletos inmorales. En el fondo de algunas obras latinas destinadas á revelar á la pureza del sacerdote los crímenes ó los vicios que debe combatir en el tribunal de la Penitencia, hallaron una imágen obscena que les hizo lanzar

«Mr. Quinet las causas que obligaron al Papa á dar aquel gran golpe de Esta«do, que no tardaron en deplorar los hombres mas eminentes y fieles apoyos «de la Iglesia. Sin recorrer á testimonios católicos, no titubea en su imparcia«lidad Juan de Muller, historiador protestante, en terminar el capítulo que «consagró á la corte de Roma y á la Compañía de Jesús con estas palabras: «Todos los hombres sensatos se convencieron de que con los Jesuitas cayó tam«bien la única barrera necesaria y comun á todos los poderes [1].» Hay en todo esto un cúmulo de consideraciones políticas cuya ausencia sentimos notar en los calurosos arranques de Mr. Quinet.»

[1] *Historia universal* de Juan de Muller, lib. XXIII, c. 9 de la edicion alemana de 1817. Tubingue.

gritos de risible pudor, como si la lujuria se desbordara á torrentes de la enseñanza teológica.

Era aquel un combate sin fin por haber tomado parte en él los amigos de la Religion y de la Sociedad de Jesús con tanto empeño y talento, que no bastaron á hacerles desistir de su laudable intento todos los sarcasmos de la Revolucion y de la impiedad. Tambien los Prelados militaban á su frente, y como los Jesuitas no hubiesen tomado hasta entonces parte en la querella, se les señaló como directores de los Obispos y de la prensa religiosa. Pretendíase por los universitarios que estaban dispuestos los Prelados á inmolar las libertades de la Iglesia galicana á los piés del Soberano Pontífice, el cual habia llegado á ser para los católicos de la Universidad un príncipe extranjero. Afirmábase además que la Francia entera pasaria bajo el yugo de Roma, y que el complot del ultramontanismo y del oscurantismo eran obra de los Jesuitas. Dejaban los discípulos de Loyola, durante este tiempo, formarse la tempestad sobre su cabeza, admirándose desde sus retiros de París y de provincias de la omnipotencia que se les atribuia: llegaron por último las cosas hasta tal punto, que creyeron los jefes del Instituto deber dar una explicacion pública.

Habia entre ellos un orador cuya voz poderosa era de todos conocida, y que con sus leales y ardientes inspiraciones habia excitado á menudo en las almas sentimientos de admiracion y de respeto. El P. Javier de Ravignan fue el encargado de demostrar al mundo lo que era en realidad el jesuita. Su palabra resonaba en los templos fecundizando en todas partes los gérmenes de salvacion; tambien su nombre en una ocasion solemne resonó en la Academia francesa, siendo justamente honrado por el canciller de Francia. El 8 de diciembre de 1842, dia de su recepcion en la Academia, como sucesor del Obispo de Hermópolis, supo el duque Pasquier, descendiente de Estéban Pasquier, desechar el papel de acusador sin pruebas que hallaba en sus tradiciones de familia; y en el momento en que los poderes del Estado en union con los escritores irreligiosos arrojaban cada cual su piedra para derribar la Compañía de Jesús, honrábala Pasquier en uno de sus miembros.

«Fue, decia hablando de Frayssinous, consagrado en Issy, y el «primer uso que hizo, al bajar del altar, de los derechos que el «Episcopado acababa de conferirle, fue tonsurar á un jóven neófito «que era desde mucho tiempo objeto de todos sus cuidados, al cual

«dirigió tiernas y proféticas palabras, en vista sin duda de su voca«cion pronunciada, puesto que renunciaba, para seguirla, á una «carrera en la que sus primeros pasos habian sido señalados por «los mas brillantes resultados: tal era el abate de Ravignan.

«Hé aquí que en el mes de febrero de 1839 y cuando monseñor el «Obispo de Hermópolis, encorvado ya bajo el peso de los años, aun«que rebosando siempre en él esa vida que solo se adquiere por «medio de las facultades del alma, apareció en la misma iglesia de «Nuestra Señora, do se hallaba el Arzobispo, un orador cuya voz, «desde que la suya habia dejado de hacerse oir, tuvo la facultad de «conmover las almas y arrastrar las convicciones con un poder tal, «que ningun otro orador quizás ha poseido nunca en tan alto gra«do: ese orador que parecia haber heredado todas sus dotes era el «neófito de Issy, era el abate de Ravignan, al cual consagró en 1822. «Su apostolado habia pasado sin duda á su discípulo; admirable su«cesion, provechosa á todo el mundo, y en la que la dicha del que «la recoge solo puede ser comparada con la felicidad del que la «transmite.»

Mucho mayores eran aun que aquel los triunfos que ya en otras ocasiones habia obtenido el jesuita Ravignan en Nuestra Señora de Paris. El 16 de abril de 1843 habia visto, como ve cada año en la fiesta de Pascua, una multitud de hombres de todas clases y edades, confundida en la verdadera igualdad cristiana, acercarse al altar, desde el cual su voz inspiraba á tantos corazones el sentimiento católico, haciendo vibrar santas palabras, sobre todo cuando exclamaba: «Esa multitud apiñada junto á la cátedra de la eterna verdad, «bajo estas antiguas bóvedas, es la protesta mas enérgica que pue«de hacerse contra el filosofismo del siglo XVIII.» Hé aquí cómo el *Globo*, periódico ministerial, ponderaba la victoria del Jesuita: «Imposible parece haberse repetido tantas veces que la reli«gion católica es la religion de los débiles, de los ignorantes, de los «ancianos. Todas estas objeciones caen por sí mismas ante la mul«titud que se apiñaba ayer en la antigua basílica; porque aquellos «hombres piadosamente reunidos allí eran militares, hombres de so«ciedad muy conocidos, miembros del Instituto, dignatarios, mé«dicos, alumnos de la Escuela politécnica, cursantes de medicina y «jurisprudencia, discípulos de la Escuela normal, etc. En una pa«labra, habia allí reunida la juventud estudiosa, á la cual no se ne«gará probablemente ni el saber ni la inteligencia, así como tam-

«poco que ignore las doctrinas del último siglo, ni que sea libre de «elegir entre las disolventes máximas del escepticismo y del error, «y los dulces consuelos de la verdad; esa juventud, en fin, á quien «felicitamos por haber entrado paladinamente en la antigua cuanto «gloriosa senda del Catolicismo. Aun felicitamos por ello mucho «mas al país; porque esa nueva generacion, atraida necesariamente «á las ideas de órden y honradez por los principios evangélicos, se «extenderá por todos los puntos de Francia, por ser ella la que de«be poblar las universidades, las carreras, los tribunales, el ejér«cito y el foro, derramando por doquiera á torrentes la irresistible «influencia del saber unido á la virtud.»

Tal fue el Padre que eligió la Compañía por intérprete. Hasta entonces habian juzgado prudente los hijos de san Ignacio no ser jesuitas sino en su foro interior: este nombre expuesto á los anatemas, y que podia servir de título de proscripcion, fue el que profirió con amor y entusiasmo el orador cristiano. Era su opúsculo una contestacion dada á las imputaciones de que se veia objeto la Órden de Jesús, y un resúmen tan luminoso como elocuente de sus medios y de su fin. Hé aquí cómo se expresaba Ravignan en su introduccion [1]:

«¿Qué hemos hecho, qué hemos dicho los sacerdotes de la Com«pañía de Jesús? ¿De dónde procede tanto ruido? ¿de dónde nacen «tantas tempestades? ¿Cómo es que hayamos venido á ser nueva«mente el objeto de tantos odios, el blanco de tantos ataques, la «causa de tantos temores?

«Vosotros que apelais sobre nosotros, sobre sacerdotes, sobre fran«ceses, sobre ciudadanos libres y adictos todo el rigor de las pros«cripciones, ¿nos conoceis? ¿nos habeis visto? ¿nos habeis oido?

«¿Cuál es la palabra que ha salido de nuestra boca que haya al«terado la tranquilidad pública ni el respeto debido á las leyes? Y «sin embargo, ¿no han resonado nuestras doscientas voces en un «gran número de púlpitos, desde las ciudades mas populosas has«ta los mas humildes villorrios?

«¿Dónde están las autoridades civiles que nos acusan? ¿dónde las «autoridades eclesiásticas que nos condenan?

«¿Hay acaso algun hecho reprensible y positivo que haya sido «imputado á alguno de nosotros?

«No bastan prevenciones, susceptibilidades ni presunciones, por

[1] *De la existencia del Instituto de los Jesuitas*, por el R. P. de Ravignan, de la Compañía de Jesús, pág. 13.

«no poder servir nunca de pruebas: la culpabilidad de una sociedad «no puede tener una expresion práctica y justa sino en las faltas de «los que la componen: á estos, ó sean sus indivíduos, pertenece la «accion, el crímen, la virtud.

«Y ¿cuáles son entre nosotros los culpables?

«La vida y la influencia política nos son absolutamente extrañas; «porque siervos de la Iglesia, vivimos y proseguimos con ella en «todos los tiempos y lugares, y bajo todos los sistemas de gobier-«no, la obra del ministerio evangélico.

«Se nos convierte en enemigos de las libertades é instituciones de «Francia; ¿quién lo sabe? ¿Por qué hemos de serlo?

«Y cuando somos los únicos amenazados y hasta excluidos de los «beneficios de una legislacion liberal, ¿por qué se nos trata de opre-«sores?

«¿No es sobre este punto la ridiculez igual á la injusticia?»

Luego concluye el P. Ravignan en estos términos[1]:

«Ó me engaño, ó despues de lo expuesto, el lector de buena fe «comprenderá como un magistrado, un francés, un hombre del si-«glo XIX, ha podido libre y concienzudamente hacerse jesuita sin «abdicar por esto su razon, y sin renunciar á su tiempo y á su país.

«Ha preservado su razon por haberla colocado en el puerto sal-«vador al abrigo de la tempestad, bajo la salvaguardia del principio «tutelar de la autoridad...

«No, tampoco ha renunciado á su país... Es verdad que la cari-«dad católica al abrazar la humanidad entera en su ardiente expan-«sion, infundió en el corazon de sus apóstoles un sentimiento mas «vehemente que el del patriotismo; es muy cierto tambien que al «presentarse el misionero con la antorcha de la fe á sus hermanos «idólatras de la Corea, ó de las soledades de América, se expone á «veces, ante los intereses inmortales, á olvidar los intereses de un «dia que se agitan en el seno de su patria. ¿Olvida acaso, empero, «por esto su patria? ¿Deja acaso por ello de llevar impresa en su co-«razon su dulce imágen? ¿deja por esto de formar votos por su fe-«licidad, y de invocar las bendiciones del Altísimo sobre aquellos «que cargan con el enorme peso del gobierno de los pueblos?

«¡Oh! ¡no saben esos hombres que niegan al jesuita el amor á «su país, cuán deliciosa es la emocion de gozo que experimenta al

[1] *De la existencia del Instituto*, pág. 154.

«hallar entre las tribus salvajes del Nuevo Mundo algunos dulces «sonidos de su lengua natal, ó al oir en los lejanos mares del Japon «y de la China el retumbo de la gloria de sus armas!

«¡Y seríanos á nosotros menos querida esa Francia que nunca nos «hemos visto obligados á abandonar! ¡Cómo no enorgullecernos de «sus triunfos en la paz y en la guerra, de su genio por las letras y «las artes, de sus atrevidas conquistas en el dominio de la ciencia «y en las regiones nuevamente abiertas á la industria! ¡cómo no «admirar en ella el verdadero foco de la civilizacion cristiana! ¡có-«mo no creernos felices en medio de los inefables consuelos que pro-«cura hoy dia á la Iglesia!

«Tampoco ha renunciado el jesuita á su siglo... Es muy cierto «que no damos el nombre de mejora y de progreso á todo lo que «adorna la sabiduría moderna con estos pomposos títulos; no lo es «menos que no esperamos en el porvenir una religion mas perfecta «que la de Nuestro Señor Jesucristo, y que la humanidad fecundi-«zada por los sistemas no nos parece que deba nunca alcanzar una «era indefinida de virtud y de felicidad.

«Pero, aunque permanezcamos bajo la autoridad inmutable de la «fe, no dejamos de pertenecer menos por ello á nuestro tiempo por «las ideas y por el corazon, y sobre todo lo conocemos mucho mas «de lo que por lo general se cree.

«Así es, que jamás se nos ha ocurrido pensar que doscientos po-«bres operarios evangélicos, diseminados por el vasto territorio de «Francia, pudiesen proponerse en tiempos como los presentes es-«tablecer lo que sin motivo se ha llamado su dominacion.

«Ese anacronismo no es el nuestro, sino el de nuestros adversa-«rios. Porque dos siglos atrás emprendió la Compañía de Jesús, en «una tierra vírgen y entre pueblos errantes que nacian á la civili-«zacion, realizar el reino del Evangelio, se nos supone hoy dia á «nosotros el absurdo proyecto de querer reinar en Francia. Esto se-«ria el mas insensato de los sueños... Hé aquí un nuevo golpe que «rechazamos para que recaiga sobre las imaginaciones delirantes de «los que se han hecho nuestros enemigos.

«Segun ellos habríase ya cumplido una parte de esta obra, y la «Iglesia de Francia despues de haber abjurado sus antiguas tradi-«ciones, sufriria enteramente el yugo de las influencias ultramon-«tanas.

«¿Serános preciso acaso encargar el estudio de la historia á los que

«tanto les gusta emplear contra nosotros su autoridad? ¿Olvidan, «pues, los acontecimientos que se han sucedido en el período de se«senta años?... Á Dios gracias, el Episcopado francés los ha con«servado mas presentes; por esto comprende que despues de seme«jantes pruebas, no convenia por medio de controversias sin objeto «hacer correr á la Universidad nuevos peligros; y se ha unido, es«trechado y confundido en un solo cuerpo y una sola alma, al re«dedor de la silla de san Pedro, repitiendo con voz unánime estas «inmortales palabras de Bossuet: «Santa Iglesia romana, madre de «las iglesias y de todos los fieles, Iglesia elegida por Dios para unir á «sus hijos en la misma fe y en la misma caridad, estarémos siempre «adictos á tu unidad con toda la fuerza de nuestros corazones. ¡Si «te olvido, Iglesia romana, será por haberme olvidado de mí mismo!»

«Y yo tambien, aunque humilde soldado de la unidad católica, «para ofrecerle, si fuese posible, mas íntima y completamente mi «alma y mi vida, he ido á procurarme un humilde destino en las «filas de la Compañía de Jesús.

«En el estado en que veia la santa Religion de mi Maestro en este «mundo, despues de la cruda guerra declarada á Jesucristo por la «incredulidad del siglo XVIII, me parecia ver al Catolicismo des«plegado en batalla ocupando una línea de bastante extension, co«mo si fuese un ejército dispuesto á hacer frente á la impiedad y al «error, para arrancar á la sociedad del inminente peligro que la «amenazaba. Hé aquí los únicos campos y las solas banderas que en «ellos ondeaban.

«Veia yo en su centro la cátedra de san Pedro en su majestuosa «inmovilidad, y junto á ella, en la primera fila del sacrificio y de «la animosa fidelidad, á la Iglesia de Francia con sus Obispos y sus «sacerdotes imponente y bella aun á pesar de su desgracia.

«Ciertamente que al alistarme bajo las banderas del santo Funda«dor de la Compañía de Jesús, no pretendí por ello separarme de «la sagrada milicia de mi país; simple soldado, solo he cambiado «de puesto en el mismo ejército.»

Esta obra, á la cual iba unida la sábia consulta hecha á Mr. de Vatimesnil, antiguo ministro de Instruccion pública en 1828, fue un verdadero acontecimiento. Colocaba la cuestion en el terreno que nunca habia sido abandonado por los Jesuitas; y á los ojos de los hombres de buena fe les hacia fuertes por su misma debilidad, y quizás tambien por aquella inercia harto resignada que no cesaban

sus amigos de estimular, y que convertian sus enemigos en una inexplicable necesidad de accion y autoridad. Tambien el P. Cahour publicó su obra de : *Los Jesuitas, por un Jesuita.* No llevaron los Jesuitas mas léjos la demostracion de la verdad, por haberla ya hecho patente de dos distintos modos, con efusion y con talento. Dejaron, pues, al Episcopado, al Clero, á los oradores y á los redactores independientes el cuidado de su defensa. Animaba á la Universidad la esperanza de triunfar de esa Compañía, cuyos resultados obtenidos le parecia un remordimiento y un peligro. Procuraron los retóricos y sofistas llamar en su auxilio á todos los hombres cuyo nombre disfrutaba de alguna celebridad, haciéndoles abrazar de grado ó por fuerza su partido. Mas de una vez, empero, halló el Instituto de Jesús en las inteligencias superiores una justicia que la medianía le negaba: existia aun en aquella época un antiguo filósofo, un célebre orador que habia dirigido la Universidad, que se gloriaba de haber formado con sus lecciones y discursos toda la generacion liberal. Tal era Royer-Collard, que del fondo del retiro donde iba á terminar su vida oyó el clamoreo que resonaba al rededor de los Padres ; encogióse de hombros á la vista de semejantes violencias, y escribió en 15 de febrero de 1844 á Javier de Ravignan, diciéndole: «Vuestra elocuente obra en favor del *Instituto de* «*los Jesuitas* me ha hecho comprender la energía de esa creacion ex«traordinaria, y el poder que ha ejercido. Si es posible comparar las «cosas mas opuestas, como por ejemplo el cielo con la tierra, podrá «decirse que Licurgo y Esparta debieron ser la cuna de san Ignacio; «Esparta no obstante pasó, mientras que los Jesuitas serán eternos, «porque tienen un principio de inmortalidad en el Cristianismo y en «las pasiones guerreras del hombre.»

Á fin de dar un falso colorido á la resistencia que hacia la Universidad á la ley sobre la libertad de enseñanza, demostraba que los Jesuitas invadian las escuelas y planteaban en ellas sus doctrinas junto con la inquisicion. Si bien estaban los Jesuitas enteramente separados de la política, no pudieron sin embargo evitar, á consecuencia de haber visitado el duque de Burdeos en su viaje á Inglaterra el colegio de Santa María de Oscott, que fuesen acusados por el *Mensajero* y el *Journal des Débats* de que habian recibido al Príncipe con honores inusitados. El doctor Wiseman, obispo de Melipotamo y director del establecimiento, declaró que nunca habia habido Padres de la Sociedad en Oscott; pero á pesar de este mentís

fundado en un hecho material, no pudo contener la calumnia. Era preciso mezclar á toda costa á los Jesuitas en el compromiso en que los diputados dinásticos pretendian envolver á aquellos de sus colegas que habian ido á presentar al nieto de Enrique IV el homenaje de un respetuoso recuerdo.

Empezaba ya á tronar la tempestad sobre la cabeza de los Jesuitas, por lo que Mr. Willemain, ministro de Instruccion pública, aprovechó aquel momento oportuno para presentar su proyecto de ley sobre la enseñanza. Tenia aquel proyecto las mas funestas tendencias; empezaba por adoptar las mas injuriosas prevenciones contra el Clero, y mientras que se hacia alarde de una risible libertad, ensanchaba tan solo la senda que habia empezado á recorrer el despotismo universitario. No podia el Episcopado permanecer espectador indiferente en aquellas luchas que debian decidir de la suerte del reino cristianísimo: tenia altos deberes que cumplir, y los cumplió todos con una prudencia hermanada con la dignidad y la energía. En aquella guerra encarnizada que hacia la impiedad á los Jesuitas, se procuró separar la causa del Clero de la de los Padres, suponiendo que su tiranía era odiosa á los eclesiásticos seculares, y que solo trataban estos últimos de sustraerse á ella; pero llegó la hora en que ningun obispo se hizo eco de aquellas supuestas quejas. Al contrario, todos combatieron por la libertad, todos pagaron un justo homenaje al celo y á la ciencia de los Jesuitas, sus cooperadores en los cuidados del sacerdocio; negóse de este modo el Episcopado á aceptar el papel que le señalaba aquella conspiracion urdida por la incredulidad, lo que le valió ser á su vez herido por la misma proscripcion. Habiéndose dirigido los Arzobispos y los sufragáneos al Rey de los franceses, á la Asamblea y á la opinion pública á fin de saber si debia quedar esclavizada para siempre la educacion cristiana, un grito de reprobacion y nuevos ultrajes lanzados por los seides que tenia la Universidad en ambas tribunas parlamentarias, fueron la única contestacion que se dió á su justa demanda.

El proyecto de ley ocasionó vivas discusiones; por una parte los cálculos de un miedo interesado acabaron de hacer mas difícil la posicion de los Jesuitas, al paso que se trataba por la otra de enseñar á la Francia á sondear las doctrinas que iban á imponerse á las generaciones venideras. Bajo las convicciones noblemente formuladas por diferentes oradores, ante los panteistas de la Universidad, cuyos

arrebatos disimulaban muy mal su derrota, se negó la cámara de los Pares á sancionar todo el sistema prohibitivo invocado por el cuerpo enseñante como el único dique que podia oponerse á los Jesuitas y al sacerdocio. Habia en aquel antiguo Senado magistrados, diplomáticos, y altos empleados de fe y de experiencia, tales como el primer presidente Séguier, el conde Beugnot, el marqués de Barthélemy, el duque de Harcourt, de Brigode, de Fréville y de Courtarvel; contemporizadores que aparentaban un deseo real, cuando era tan solo esto efecto de complacer al conde de Montalivet; y otros hombres, en fin, mas jóvenes y audaces que siguiendo las huellas del conde de Montalembert ó del vizconde de Ségur-Lamoignon, manifestaban las necesidades y la oposicion de los católicos. Experimentó la Universidad una gran derrota en estos debates, aunque no por ello se desalentaron los jefes del eclectismo, esperando que la cámara de los Diputados, mas voluble y sobre todo mas revolucionaria y enemiga del Clero, sabria avivar las pasiones amortiguadas y cicatrizar con un voto de censura las chorreantes llagas de su orgullo. Mr. Thiers fue el que pareció á la Universidad mas á propósito para manifestar el despotismo de un proyecto de ley sobre la libertad. El poder de su palabra, que no debia moderar ni los principios religiosos ni las convicciones políticas, el abuso que hacia de todos los dones del espíritu para falsificar la historia, y debilitar ó fortalecer el poder, segun sus caprichos ó sus esperanzas del momento, el prestigio que su orgullosa inteligencia en los negocios ejercia en una fraccion de diputados que se irritaba al aspecto de un sacerdote y palidecia de espanto al solo nombre de jesuita, todo indicaba ser Mr. Thiers el hombre mas á propósito, el último apoyo de la Universidad; el único que podia salvarla por uno de aquellos ardides ó truhanerías parlamentarios. Fue, pues, Mr. Thiers el confidente de su martirio y el vengador de su inocencia; se obligó á probar que era la Universidad mas católica que la Santa Sede, mas galicana que el Episcopado francés, mas ortodoxa que la Iglesia universal, mas desinteresada que los Jesuitas en el modo de propagar la educacion, y mas moral que aquellos Prelados y familias que condenaban ó deploraban tantas teorías subversivas. Hizose un convenio entre los universitarios comprometidos y el panegirista de los excesos de 1793; obligándose los primeros á ponderar hasta lo ridículo la celebridad de Mr. Thiers, el cual necesita siempre alguno de esos empresarios de gloria artificial. Tomó Mr. Thiers tan á des-

tajo el elogio de la Universidad y la censura del Clero, que la proscripcion de los hijos de Loyola fue ofrecida en arras á los dos partidos contratantes, en aras de la libertad de enseñanza.

Cuando se trata de su persona, Mr. Thiers cuyos instintos egoistas y venales toman siempre las grandes cuestiones por la parte peor, posee un raro talento en explanarlas. Habia decidido ya de antemano en los bastidores parlamentarios que seria nombrado relator del proyecto de ley sobre la instruccion pública, y deseando que su último golpe contra la Sociedad de Jesús fuese anunciado por algunos relámpagos precursores de la tempestad, encargó el *Judío Errante* que fue elaborado en los talleres del *Constitucional*. Era una mala obra en diez tomos, un ultraje al buen sentido así como á la literatura, y, para cerrar de una vez para siempre la boca á la calumnia, deberian los Jesuitas imponer su lectura á sus mas obstinados adversarios. Patrocinó el *Judío Errante* el informe de monsieur Thiers, y el informe de este comentó las impurezas de Mr. Eugenio Sue: el uno se forjó un catolicismo casual, habló de la *augusta religion de sus padres* para engañar á los tontos; mientras que el otro se supuso humanitario y socialista con el fin de infiltrar la impostura en el corazon de los artesanos seducidos por su engañosa piedad. El *Constitucional* estableció una solidaridad que perjudicó mucho al novelista y al hombre político.

Repentinamente se habian visto los Jesuitas elevados al rango de esas potencias fatídicas que presentó la edad media en sus supersticiosos terrores: para dar una idea del horror que su nombre provocaba, decia Mr. Michelet en medio de los aplausos de sus oyentes [1], y apoyado en los fantasmas entrevistos en su delirio: «Es el Jesui-«tismo el espíritu de delacion, las bajas costumbres del alumno «delator procedentes del colegio y del convento y propagadas á la «sociedad entera. ¡Qué repugnante espectáculo!... todo un pueblo «viviendo como si fuese una casa de Jesuitas, esto es, ocupa-«do siempre en denunciarse. La traicion en el hogar doméstico, la «mujer espía del marido, el hijo de la madre... Ningun rumor se «percibe; solo un triste murmullo, un zumbido de gentes que con-«fiesan los pecados ajenos, que se confiesan entre sí y se devoran «poquito á poco, es el único rumor que llega á nuestros oidos. No «se crea que es este cuadro desgarrador simple obra de mi imagi-

[1] *De los Jesuitas*, por los Sres. Michelet y Quinet, pág. 12.

«nacion; pues veo desde aquí algunos pueblos que los Jesuitas hun-«den cada dia mas en ese infierno de eternas miserias y degrada-«ciones.»

Sin embargo, en la misma época aquellos sacerdotes que tenian un pié en cada familia, un oido atento á todos los secretos, un espía y un denunciador en cada puerta, se vieron á consecuencia de un robo doméstico despojados ó privados de una suma de mas de doscientos mil francos. Juan Bautista Affnaer, procedente de una familia belga en la que eran la probidad y la religion hereditarias, llamó hácia el mes de enero de 1841 á la casa de la calle de los Correos; y como dijo hallarse sin recursos, sin pan y en el colmo de la desgracia, acogiéronle los Jesuitas, tanto por su triste posicion como por la recomendacion de un eclesiástico compatriota suyo. Ya habia sido condenado Affnaer en la Flandes occidental como falsario y por haber hecho una quiebra fraudulenta; pero ocultó cuidadosamente este episodio de su vida, y por medio de hipócritas demostraciones supo captarse la benevolencia de los discípulos del Instituto. Colocado en la procura, á las órdenes del P. Moirez, tenia una asignacion ó paga proporcionada á sus funciones, viviendo en un absoluto retiro, por ser, segun decia, lo que mas convenia á su fortuna y á su piedad. Mientras que procuraba Affnaer engañar á los Jesuitas con su supuesto desprendimiento de los placeres mundanales, seguia en París una existencia de lujo y de prodigalidad; y á fin de poder atender á sus locas orgías, procuró que se le confiara la caja que contenia los títulos de renta y los diversos valores destinados á sostener las misiones de allende los mares, y á procurar á las demás provincias del Instituto todos los objetos religiosos ó científicos que solo podian hallarse en París. Al verse Affnaer en posesion de los tesoros de la Órden, empezó á robar y derrochar; robó y volvió á robar entregándose á todos los excesos del lujo y de la prostitucion: tenia caballos, queridas, amigos, y sobre todo se procuró una falsa llave que era la que debia atender á los despilfarros que le ocasionaban todos estos objetos. Para ocultar su infame proceder, arrancó algunas hojas del libro de cuentas y alteró las sumas, con lo que pudo continuar por espacio de dos años y medio, ó sea hasta el dia de su fuga á Inglaterra, en que se descubrió el robo y el modo infame con que correspondió á la confianza que supo inspirar. Esos Jesuitas, á quienes, segun sus enemigos, nada podia pasarles por alto, estaban en la mas completa ignorancia de lo que su-

cedia cási en su mismo Instituto: solo algunas casas les separaban de la en que vivia Affnaer, y sin embargo no llegó hasta ellos ningun rumor, ninguna sospecha de los excesos y orgías que se hacian con su dinero.

Regresó Affnaer á París, y como fuese denunciado su hurto por los Jesuitas, se le redujo á prision en 28 de junio de 1844. Como era este un vago que especulaba en la inconmensurable buena fe de sus víctimas, apenas sufrió su primer interrogatorio, cuando se vió al ladron convertirse en miserable. Sabia que hallaria en la prensa ecos complacientes para reproducir sus delaciones; por lo que procuró forjarse un cúmulo de imposturas. En efecto, tomó la prensa revolucionaria al ladron bajo su amparo, fué á festejarle en su cárcel, dramatizó sus mentiras, y se esforzó en poetizar el infame papel desempeñado por aquel miserable. Amenazó además á la Compañía de Jesús con todas las revelaciones que suponia poder hacer; y pronto llegó Affnaer en las colunas del *Constitucional* al nivel de la grandeza de Mr. Thiers y de la veracidad de Mr. Sue; forjándosele una gloria que eclipsó momentáneamente la de los Cousin, los Quinet y Dupin. Fueron los Jesuitas víctimas de uno de esos abusos de confianza que solo admiran á las gentes honradas; la prensa revolucionaria, léjos de reprobarlo como era su deber, compadeció al ladron, hasta el punto de pretender, con la mas cínica de las aberraciones del espíritu, acreditar los rumores que inventaba sobre aquel acontecimiento.

La justicia, que conocia ya de aquel negocio, hizo comparecer á Affnaer en los dias 8 y 9 de abril de 1845 ante el tribunal de *Assises* del Sena; y de toda aquella fantasmagoría con que se habia pretendido distraer la credulidad pública no quedó entonces mas que un ladron de baja ralea á quien la fundada acusacion del fiscal monsieur de Thorigny arrancó para siempre la máscara constitucional. En su consecuencia fue Affnaer condenado por el jurado y olvidado por aquellos hombres que habian querido dotarle de una impudencia á la cual le hizo renunciar la firmeza de los magistrados. Para la instruccion del proceso, para demostrar que todas las versiones del acusado eran meras fábulas, habia sido preciso que el ojo investigador de los jueces de instruccion y de los miembros de estrados recorriera los registros de la Compañía, descendiéndose hasta los mas minuciosos detalles en todos sus negocios. Imaginóse el ladron que no consentirian los Jesuitas en revelar el secreto de su existen-

cia ante un poder que solo deseaba descubrir en ellos alguna falta; y este temor, que en concepto del criminal debian tener los Padres á la publicidad, fue el que le decidió á dirigirse de nuevo á París con la mayor audacia. Imputábanse á los Jesuitas todos los crímenes; pero en el mismo instante señalaron ellos á las prevenciones de la magistratura el camino mas expedito para venir en conocimiento de aquellos crímenes. Ante semejante conducta enmudeció la magistratura; y su silencio ante la ardiente hostilidad de los partidos fue el mas significativo de los elogios para la Compañía.

Sin embargo el Ministerio, hostigado sin cesar por el clamoreo de la oposicion, resolvió sacrificar á los Jesuitas. No les habia hasta entonces sostenido ni alentado, hasta que dominado Guizot en la altura de su pensamiento filosófico por aquellos clamores á que su protestantismo ilustrado no le permitia asociarse, se decidió á inmolar la libertad religiosa á aquellas absurdas preocupaciones. Á su pesar se entregó á las persecuciones cuya iniquidad confesaba; sin embargo habian llegado á tal punto las cosas, que era preciso dar una satisfaccion cualquiera á aquellos publicistas y oradores que se herian entre sí cuando no podian dirigirse contra sus enemigos. La posicion de los Jesuitas viviendo en Francia como ciudadanos sometidos á las leyes del país era inexpugnable; podia asesinárseles en un motin, aplicárseles uno de aquellos cien mil decretos de proscripcion olvidados en el limbo del comité de salud pública; mostrárseles implacable, segun la opinion poco liberal de Mr. Dupin; pero todas estas medidas tenian su lado odioso ó ridículo. El Gobierno, que era desinteresado en la querella, retrocedia ante semejantes violencias, diciendo con Portalis, el sábio ministro de Cultos en los primeros años del reinado de Napoleon [1]: «Las leyes solo deben regu«lar las acciones; el pensamiento y la conciencia no son de la incum«bencia de las leyes. El imperio sobre las almas es una especie de «dominacion que los Gobiernos humanos no conocen ni podrán nun«ca conocer. Han hecho, pues, las leyes todo cuanto podian y debian «hacer en bien de la libertad humana, al anunciar que no reconoce«rian ni sancionarian ningun voto perpétuo; deben por lo tanto con«tentarse con lo hecho, puesto que no pueden hacer mas por no ser «de su incumbencia forzar la trinchera impenetrable del corazon del «hombre.»

[1] Relacion hecha al Emperador (24 de marzo de 1807).

Convencido el Gobierno de esta verdad no se atrevia á obrar, juzgando mas oportuno dirigirse á la Santa Sede. Como no existian los Jesuitas en el reino sino en clase de individuos, y como sacerdotes seculares autorizados por el Ordinario, nada tenian que ver con las sutilezas y amagos de policía administrativa. No pertenecian á la Órden de Jesús mas que por su conciencia; era la ley, por lo tanto, impotente para conocer de un voto ó de una intencion que no se manifestaba públicamente, y para el que no se reclamaban otros privilegios que los de que disfrutaba todo ciudadano francés. Era constitucionalmente imposible atacar á los discípulos del Instituto colocados como se hallaban tras el baluarte de la libertad individual; así es que creyendo que Roma se prestaria sin grandes dificultades á una complacencia, se dispuso la mision de Mr. Rossi.

Era este uno de esos especuladores de la inteligencia que no tienen mas patria que el punto donde les es permitido improvisar su fortuna: en los primeros años de su vida errante habia profesado ese italiano doctrinas que no estaban muy en armonía con la fe católica y los principios conservadores. Habia adorado en Ginebra á todos los dioses, así como entonces habria inclinado tambien su cabeza ante todos los cultos. Una feliz casualidad le impulsó hácia Francia, donde adquirió gran prestigio, siendo muy pronto uno de los bribones mejor recompensados por el poder. La Facultad de derecho, la Universidad y la cámara de los Pares se abrieron ante él, y á fin de ponerle en estado de mostrar ser digno de los favores que se le habian dispensado, se le confió cerca el Soberano Pontífice la mision de procurar amistosamente la expulsion de los Jesuitas.

Nunca hubo embajada alguna, por mas que de ella debiese depender un glorioso tratado de paz ó la limitacion de provincias conquistadas, que fuese objeto por parte de la prensa de tanta importancia; jamás recogió un nombre ignorado en algunos dias tantas felicitaciones y ultrajes. Se dirigia el nuevo encargado á Roma para mendigar el destierro ó la muerte religiosa de los jesuitas franceses, y ya todos los partidos se ocupaban de él sin cesar; cantaban unos su triunfo hipotético, mientras que solo veian otros en el desconocido plenipotenciario una nueva afrenta á la Santa Sede. De este modo el humilde extranjero, que pocos años antes se habia dirigido á París con el objeto de probar fortuna, iba tomando proporciones colosales, y encumbrándose así por los votos de los adversarios de la Iglesia como por las maldiciones de los católicos. Supúsosele á la

vez amigo de Gregorio XVI y carbonario refugiado[1]; siguióse paso á paso su itinerario, anunciándose por unos que habia sido recibido por el Papa con tierna cordialidad; al paso que pretendian los demás

[1] Mucho se ha afirmado que era Mr. Rossi suizo, y refugiado italiano por otros, haciéndose sobre esta diferencia de patria diferentes versiones; tan pronto se acusaba al Gobierno francés por haber elegido á aquel agente diplomático, como se reprobaba á la Santa Sede el haberle admitido en esta cualidad. Nosotros, empero, vamos á aclarar los hechos.

Cuando en 1815 ocupaba Murat el trono de Nápoles, resolvió apoderarse de la Romanía á fin de secundar la empresa de Napoleon y jugar una treta útil al complot de los Cien dias. Era á la sazon Mr. Rossi jóven y desconocido, pero ya procuraba por todos los medios salir de la oscuridad en que se hallaba. En la imposibilidad en que estaban los partidarios de Murat de hacerse con algunos cómplices, dirigieron la vista á Mr. Rossi, que vivia en la ciudad de Bolonia, y se le confió una comision revolucionaria; lo que empezó á despertar en él la afectacion doctrinaria. Revestido apenas de aquel nuevo cargo visitó al abogado Gambara, profesor de la Universidad, el cual era uno de esos italianos de genio mordaz que unia á una vasta erudicion el mas profundo conocimiento del corazon humano. Penetró Mr. Rossi en el gabinete de su antiguo maestro con un aire tal de importancia, que corrió Gambara á su encuentro haciéndole un profundo saludo, y sin darle tiempo de indicarle el motivo de su visita le dijo en alta voz: «Señor, ¿qué es lo que manda V. M.? sea lo que fuere, en el «mismo instante quedará servido.» Era tan mordaz la expresion del jurisconsulto boloñés, que aplastado Mr. Rossi por el peso de aquella inesperada sátira, se salió inmediatamente con el semblante corrido de vergüenza y encendido de cólera. Gambara, que no hizo un misterio de aquella broma, fue causa de que se supiera desde luego en Bolonia, dando de aquel modo una triste celebridad á la primera mision de Mr. Rossi. Despues de los Cien dias, como conociese el funcionario improvisado y escarnecido que no le permitian su vanidad y su primer paso en la política vivir por mas tiempo en los Estados de la Iglesia, se trasladó á Ginebra, donde sus trabajos y la elasticidad de principios no tardaron en hacer conocer su ambicion y su talento. En esta ciudad fue donde hácia el año 1823 publicó un escrito que el P. Mauro Capellari, despues Gregorio XVI, se encargó de refutar. Léese en aquella refutacion, adornada de todas las cualidades de estilo, lógica y prudencia que distinguen las obras del Camaldulense coronado, una apreciacion de Mr. Rossi, que la tan extraña reconciliacion de ambos autores nos obliga á insertar de ella algunas palabras. Hé aquí cómo se expresaba el P. Mauro Capellari al tratar del futuro embajador de Luis Felipe cerca de Gregorio XVI: «*Un certo advocato del nuome di* «*Rossi, catholico rinegato.*»

Hemos oido referir en Roma por personas autorizadas, que Mr. Rossi, antes de creer que podia llegar á ser una de las antorchas de la Francia liberal, hizo grandes y activas diligencias cerca del emperador Nicolás de Rusia para dirigir la educacion del jóven gran Duque hereditario.

El Profesor ginebrés habria inculcado al Príncipe, que ambicionaba educar, las doctrinas del mas puro absolutismo con la misma facilidad que logró mas

que se le habian cerrado las puertas del Vaticano, y que su negociacion se habia terminado aun antes de haberse empezado. Y como sucede por lo regular, los dos extremos se equivocaron igualmente.

No era la eleccion de Mr. Rossi hábil ni oportuna, á menos que deseara Luis Felipe demostrar al Papa y al Sacro Colegio la facilidad con que á su antojo sabia convertir en fervientes católicos á los mas fogosos adversarios de la Iglesia. Pasaba Mr. Rossi cerca de la Santa Sede por encargado de negocios sobre las doctrinas de Dupin, Cousin y Michelet. El dia en que se presentó al Vaticano para presentar sus credenciales, aplaudia la corte de Roma la justa severidad del Episcopado francés, anatematizando todos los *manuales* y la jurisprudencia galicana y del eclectismo. La fria acogida que el Sacro Colegio y los Príncipes romanos dispensaron al negociador debieron satisfacer muy poco su vanidad; pero se consolaba pensando que si podia obtener un buen resultado su mision diplomática, quedarian envueltas para siempre en la sombra aquellas penosas impresiones del momento. No trató Mr. Rossi de elevarse hasta la altura de aquellos á quienes hacia sus iguales su título provisional, por no ocultársele que nunca podria ejercer el prestigio de embajador del Rey cristianísimo; por lo que se consoló mas fácilmente en su primera derrota. En el torneo oratorio en que la cámara de los Pares discutió en el año 1844 la ley sobre la libertad de enseñanza, fue Mr. Rossi uno de los combatientes en aquellas famosas jornadas, y aunque universitario, supo imponerse el papel de moderador. Así es que se le vió esforzarse en concentrar y hasta restringir la cólera de que era objeto la Sociedad de Jesús; y á fin de que cesara la persecucion, se expresaba en los siguientes términos: «Ignoro si es ó «no la humildad cristiana una de las virtudes de esta Congregacion; «lo que es, empero, muy cierto y queda fuera de toda duda es, que «difícilmente podrá resistir las seducciones del orgullo; tal es el lu«gar que ha ocupado desde algunos dias en nuestros debates.»

Los Jesuitas, el Episcopado, la Francia y hasta la misma Iglesia, eran para Mr. Rossi objetos secundarios; lo que solo le importaba era salir airoso de su mision, á fin de que la victoria le sirviese de pedestal para encumbrarse á mas altos destinos. En Roma, donde á

tarde hacerse considerar por uno de los reguladores de la opinion constitucional. Todo esto sin embargo no demuestra que fuese refugiado italiano, y por eso hemos procurado desvanecer ese error tan general por medio de hechos precisos en interés y para la dignidad de ambas cortes.

cada paso tropezaba con nuevas desconfianzas, y donde el cordon sanitario parecia haberle destinado por lazareto el palacio Colonna, no quiso Mr. Rossi entrometerse en nada, ni menos prestar oidos á cuanto allí se decia; cerró, pues, los ojos y los oidos, y á fuerza de repetidas intrigas empezó contra la Compañía de Jesús la mas cruda guerra. Habia vivido por mucho tiempo Mr. Rossi en una situacion precaria; así es que su ambicion y su desgracia le inspiraron el arte de la adulacion y el servilismo, revelándole al propio tiempo el punto vulnerable de muchas susceptibilidades. Tenia en su poder la llave de las pasiones de la humanidad, por lo que empleaba este arte que tan brillantes resultados le habia dado con una habilidad prodigiosa. Necesitaba hacer cundir en los salones los rumores que creia prudente acreditar, ora fuesen las promesas que su Gobierno se empeñaba á ratificar, ora las amenazas que, en el caso de que fuesen sus proposiciones desechadas, debia hacer en su nombre á la Santa Sede. Pero la prelacía romana se conservaba en guardia, por lo que el nuevo diplomático se vió obligado á buscar en algunos eclesiásticos franceses el apoyo que le era rehusado por el clero de allende los Alpes.

Como todos los novicios en las dignidades y el poder, habia esperado Mr. Rossi que al sentar su pié en el patrimonio de la Iglesia, bastaria su sola presencia para allanar todos los obstáculos y terminar satisfactoriamente la negociacion que le habia sido confiada. Representante de lo que en Francia se llama *el país legal*, habia creido Mr. Rossi serle muy fácil imponer á la Santa Sede: animábanle en sus esperanzas algunos sacerdotes para los cuales hacia entrever en un próximo porvenir mitras episcopales y los mas altos cargos como recompensa de su inexperta adhesion. Arrullado así por tan gratas esperanzas, se creyó ya haber logrado su objeto antes de empezar su negociacion, persuadiéndose que podria fácilmente, ya fuese por medio de corteses sutilidades ó por intimidacion, hacer acceder á sus deseos al Vicario de Jesucristo. Habíale deslumbrado el papel del embajador español Floridablanca; así es que, como este, se creia destinado á mandar en la capital del mundo cristiano, y á imponer á un nuevo Ganganelli la voluntad del Rey su amo. Clemente XIV habia cedido á la audaz exigencia del plenipotenciario de Cárlos III; pero Gregorio XVI, mas tranquilo é imponente en su sencillez llena de grandeza, no era un pontífice que se dejara violentar. Se pretendia en Francia que solo se le habia de pedir para

obtener, siendo el carácter conciliador del Papa y el de su secretario de Estado, el cardenal Lambruschini, pintados bajo caracteres que presagiaban la debilidad, sin considerar que demostraba aquella tan solo su amor á la paz y la condescendencia que la Silla apostólica demuestra siempre con gusto en todas las transacciones que no perjudican los derechos de la Iglesia y de la justicia. Como el Papa se habia mostrado mas de una vez generoso, se pensó que esta clemencia llegaria hasta la debilidad: bajo tales auspicios entabló Mr. Rossi el negocio de los Jesuitas.

Tenian los hijos de Loyola, así en el Sacro Colegio como en la prelacía y las diversas Órdenes religiosas, jueces, maestros, amigos y émulos que apreciaban debidamente aquella guerra incomprensible. Veian todos á la Sociedad que no cejaba en su importante obra, la estudiaban, la seguian en sus continuas luchas y asiduos trabajos, formándose una idea exacta de todos sus progresos y desgracias. En los puntos mismos en que mas se afirmaba tener su accion algo de irresistible, veian que era esto tan solo el contrapeso de la mentira. El prisma bajo el cual se hacia mover la sombra del jesuitismo no seducia ya á persona alguna, por servir la experiencia de lo pasado de leccion para el porvenir; por esto aguardaba Roma con un silencio lleno de equidad, y fuerte por el ejemplo del Gobierno pontificio, las terribles acusaciones de que se hacia órgano Mr. Rossi. Los abates de Isoard, de Falloux, de Bonnechose y Lacroix, cada uno segun la medida de sus ambiciones individuales ó de sus complacencias conciliadoras, se habian puesto á las órdenes del plenipotenciario de la Universidad. No se atrevian á atacar á los hijos de san Ignacio; pero deplorando la malevolencia de que era objeto el Instituto, indicaban que no podria reinar la buena armonía entre la Corte apostólica y el Gabinete de las Tullerías, mientras no se diese una satisfaccion á la opinion extraviada. Bajo este tema los fautores diplomáticos de Mr. Rossi, segun el carácter, el ánimo ó las impresiones de aquellos á quienes se dirigian, empezaron á dejar entrever las razones y las amenazas que la embajada tenia reservadas, abriendo así el camino al negociador. Pocos dias despues se vió la ciudad pontificia en un cerco de terrores interesados.

No cesaron durante este tiempo la Universidad y la prensa de atacar al Instituto de Loyola, á fin de contribuir al logro de la mision Rossi, y procurar por todos los medios persuadir á la Santa Sede

que el reino cristianísimo iba á pasar súbitamente al dominio de los Jesuitas. Cuando se creyó haber exaltado ya lo bastante las imaginaciones y los odios, se procuró hacer sucumbir á los Jesuitas á uno de esos golpes de mayoría legislativa que son siempre efecto del descaecimiento, cuando no de la depravacion. Habia desempeñado Mr. Thiers en 1840 la farsa de la guerra contra la Europa entera, y fortificado París al canto de la *Marsellesa* resucitado por las circunstancias: en 1845 convenia demostrar á la Francia que tenia necesidad de ver sus fortificaciones coronadas de piezas de artillería; y para mejor lograr aquel armamento, se dirigió Mr. Thiers contra la Sociedad de Jesús. Experimentó este una indignacion constitucional al saber que existian, durante el ministerio Guizot, tantos jesuitas en el suelo natal como cuando se hallaba el mismo Thiers al frente de los negocios. Sus interpelaciones sobre este punto del 2 y 3 de mayo de 1845 sorprendieron vivamente á los diputados; solo el pueblo no hizo ningun caso de aquel nuevo rasgo de prestidigitacion, sonriéndose de los temores de Mr. Thiers, y, sobre todo, de sus vivos arranques de fe. Ni siquiera se dignó el pueblo admirarse del inminente peligro de que la Cámara salvaba á la Francia. Como aquel rumor sobre los hijos de san Ignacio no tenia otro objeto que el de distraer los ánimos, se le dió toda la importancia de una solemnidad nacional. Era la verdad y la libertad de conciencia que, á pesar de un admirable discurso de Berryer, se inmolaban á un temor supuesto y convenido: Mr. Thiers hizo alarde de religion; Mr. Dupin de valor cívico; Mr. Odilon Barrot de la mas acrisolada virtud; Mr. Isambert de moderacion respecto al Clero. Mr. Martin (du Nord), ministro de Justicia y de Cultos, fue el único que conservó su carácter: fue un cobarde.

En medio de un debate cuyos arrebatos eran calculados para amortiguar la discusion sobre el armamento de los fuertes que debia seguir despues, se oyeron algunas palabras que proyectaban una triste luz sobre la situacion. El Guardasellos recibió la órden de transigir con la oposicion revolucionaria y sacrificar las ideas gubernamentales á un plan anteriormente concertado, prestándose indolentemente su débil carácter de abogado á aquella humillacion voluntaria del poder; así es que cuando apareció en la tribuna, fue únicamente para aceptar la ley que se le dictaba. Los oradores hostiles á la Religion de la mayoría de los franceses habian querido circunscribir su odio y dirigir sus tiros tan solo contra los Jesuitas; sin em-

bargo se vieron arrastrados por el calor de la discusion mas allá de sus previsiones, y, como en la mayor parte de las discusiones parlamentarias, se abrieron paso culpables tendencias é injuriosas amenazas. Se habia ya producido el efecto esperado; aceptó el Ministerio la ley que se le dictaba, y supo el país que acababa de librarse de un inmenso desastre, desastre que llevaban los discípulos de Loyola en cada pliegue de sus solanas. Para ponerse la Cámara á salvo de cualquier golpe de mano despues de haber gastado todo su valor en la lucha que sostuvo contra los Jesuitas, votó inmediatamente el armamento de los fuertes de París. Aguardaba Mr. Rossi el resultado de estas sesiones para entrar oficialmente en campaña. Persuadido de que los clamores del Palacio Borbon resonaban hasta el interior del Vaticano causando un temor saludable, juzgó llegada la hora de asestar el último golpe. Á este fin dirigió un *Memorandum* á la Santa Sede, en el cual se expresaban los diferentes motivos que tenia el Gabinete de las Tullerías para probar que la Órden de Jesús no podia existir mas en Francia, debiendo por lo tanto ser inmediatamente disuelta. Luego el plenipotenciario añade: «Que jamás su Gobierno ha tenido la intencion de extrañar del reino ni molestar á los indivíduos que pertenecen á la Sociedad de Jesús; pero no pudiendo dispensarse de cumplir con el compromiso contraido ante la Cámara, se veria obligado á valerse de todos los medios que estaban á su alcance á fin de no quedar desairado. Enviaria á los prefectos y á las demás autoridades la órden de ejecutar sobre este punto las leyes del reino, y que en consecuencia el poder civil cerraria no solo las casas de los Padres Jesuitas, sino tambien las de las demás Congregaciones religiosas, excepto aquellas que estuviesen legalmente autorizadas; sin que pudiera el Gobierno en este caso impedir las consecuencias que podrian quizás hacer confundir en el espíritu público la causa de los Jesuitas con la del Clero en general. Para evitar estas tristes consecuencias se pedia que el Santo Padre, interponiendo su autoridad, se dignara mandar á los Padres Jesuitas la disolucion de las casas y noviciados que tuviesen en Francia.»

No fue presentada de este modo la cuestion en la cámara de los Diputados por los Sres. Barrot, Thiers y Dupin, ni tampoco fue aceptada por los Ministros en aquel sentido; sino que se habia dicho que seria resuelta sin intervencion de la Santa Sede [1]. Luego la ne-

[1] En la sesion de 3 de mayo de 1845 (*Monitor* del dia 4, p. 1985) ha-

gociacion no debia terminarse satisfactoriamente para el Gobierno; por una parte invocaba este la cooperacion del Papa, y por otra manifestaba á la faz de Europa que solo deseaba prescindir de ella: hé aquí por qué el *Memorandum* de Mr. Rossi no fue considerado como un documento importante, ni se dió por lo mismo á él contestacion alguna. Era aquel silencio alarmante; pero el negociador esperó vencerlo poniendo en juego todos los resortes que de antemano habia preparado. El espíritu revolucionario, aun entre las fracciones mas moderadas, no tiene fe mas que en la fuerza brutal: el cadalso ó la proscripcion será siempre su última palabra. La primera tentativa de Mr. Rossi habia sido desatendida, por lo que procuró hacer otra sin omitir las amenazas, las promesas y las intrigas de toda clase. Las bocinas clericales del enviado de Francia calumniaron á su patria y á la magistratura, teniendo la mision de embarcar á los cardenales y prelados influyentes. Declaraban á unos que si se disputaba á los Padres de la Compañía la posesion de su derecho de ciudadanos, apelarian á los tribunales, y que estos léjos de respetar la ley, demostrarian una iniquidad razonada, porque, decian aquellos sacerdotes, ha penetrado la corrupcion hasta en el templo de la justicia. Aseguraban á otros que comprendian ellos mejor los intereses de los Jesuitas que los mismos Padres, y que facilitar el proyecto del Gobierno seria sacarles del borde del abismo á que estaban

bia propuesto Mr. Thiers una órden del dia concebida en estos términos: «Confiando la Cámara en que el Gobierno sabrá hacer ejecutar las leyes del «Estado, pasa á la órden del dia.»

Mr. Martin, ministro de Justicia, se habia adherido á él declarando: «que «el Gobierno no someteria á la decision de nadie el ejercicio de su derecho, ni «la ejecucion de las leyes del país.»

Volvió á tomar entonces Mr. Thiers la palabra: «Las circunstancias, dijo, «que habian hecho dejasen de ejecutarse esas leyes, han cambiado ya, y es «por lo tanto urgente que se pongan desde luego estas leyes en ejecucion: aho«ra el Gobierno que está encargado de ejecutarlas debe tener para ello la liber«tad necesaria, á fin de poder emplear todos los medios que juzgue necesarios. «Se ha dirigido á la autoridad espiritual, y lo apruebo; pero bajo una sola con«dicion, esto es, que sea cual fuere la decision de la autoridad espiritual... «(¡Sí! ¡sí!).»

El Ministro del Interior: «Eso ha sido ya dicho, estamos conformes.»

Mr. Thiers: «Sea cual fuere el resultado de las negociaciones entabladas con «la autoridad espiritual, á la cual respeto sin someterle no obstante las leyes «de mi país, sea cual fuere el resultado, repito, de estas negociaciones, las le«yes del Estado serán ejecutadas.»

De todas partes se oyó entonces el grito de: ¡Sí! ¡sí!

abocados. Los Padres se veian impulsados, segun decian, por algunos legitimistas que les hacian salir para hostilizar al poder, haciendo valer sus derechos constitucionales, ó bien eran hostigados por algunos católicos que eran todavía la víspera sansimonianos ó furieristas, y que defendian al dia siguiente á la Iglesia con sus armas embotadas en el servicio del error.

No quedaba por su parte Mr. Rossi en la inaccion: anunciaba oficialmente que solo los Jesuitas eran la causa de la guerra que habia entre el Clero y la Universidad; que se hacian cada dia mas impopulares; que servian sus casas de punto de reunion á los legitimistas, y por fin que se les hallaba en todas partes donde estallase un movimiento. Si la Santa Sede no trata de conciliar los intereses de Dios con los del César, añadian el plenipotenciario y sus agentes, una ley prohibirá para siempre la entrada en el reino á los hijos de san Ignacio, y hasta se hará extensiva esta á todas las corporaciones religiosas. Irritado el Gobierno, está dispuesto á hacer recaer su cólera sobre la Iglesia y el Clero, así como no lo están menos los ánimos á aceptar el cisma y á separarse de la Santa Sede. Bastará que el poder pronuncie una palabra ó haga una señal, para que el reino cristianísimo renuncie de una vez á la antigua fe católica: debe además tenerse en consideracion que es la Francia vecina de Italia, y que puede á su antojo agitar ó apaciguar en ella las discordias; solo resta al Papa y á la Corte romana decidirse. Que se secularice á los Jesuitas, que se les sacrifique á lo menos por un tiempo dado, que se les mande retirarse por espacio de un año, ó seis meses tal vez, y se verá renacer desde luego la edad de oro de la Iglesia de Francia. Pide la Santa Sede, y no sin motivo, la revision de los artículos orgánicos, rechazando alguno de ellos. El Gobierno procurará presentar una ley en este sentido: desea el Clero que la libertad de enseñanza no sea un voto estéril; esa libertad será acordada, y se dispensará igualmente á los cristianos de Siria una proteccion mas decidida; pero, —y terminaba siempre así Mr. Rossi sus *Memorandums* verbales, corolario de la nota escrita, — debe ante todo darse satisfaccion á las quejas, á la cólera y á las preocupaciones tal vez, secularizándose á la Órden de Jesús.

En presencia de este *ultimatum* la Corte pontificia, á la cual no se le ocultó que debia cumplir con un gran deber en vista de las dificultades suscitadas en Francia por los hombres de Estado, pesó en la balanza de la justicia del santuario todas las causas alegadas por el

diplomático de la Universidad. Examinó detenidamente los cargos que hacia este pesar sobre los Jesuitas, así como las amenazas y las promesas que empleaba sucesivamente; y luego, despues de este profundo exámen, decidió la Corte romana que nada habia de alarmante en unos ni en otras.

Si las casas de los Padres del Instituto son, como se pretende, el foco del realismo, añadia la Corte pontificia, tiene el Gobierno una policía para vigilarlas y leyes que las sabrán castigar. Á mas de que, ¿cómo es posible que en todos los motines verdaderos ó supuestos que desde quince años han turbado la paz de Francia, no se haya cogido á ningun jesuita conspirando en pleno dia ni en la oscuridad? Predican, instruyen, y dirigen las conciencias bajo la jurisdiccion del Ordinario; y ¿cuáles son las palabras subversivas que les ha oido pronunciar la autoridad en sus púlpitos? ¿Cuáles las pérfidas insinuaciones y los malos consejos que ha recogido de la boca de los fieles que se dirigen á ellos? Se imputan á los Jesuitas tendencias antiorleanistas, y sin embargo desde este tiempo procura la *Gaceta de Francia* demostrar que han sido ardientes partidarios de la dinastía de Luis Felipe, y que á su influencia se debe el que una porcion del Clero se le haya adherido. Á los ojos de los hombres imparciales estas dos acusaciones contradictorias se rechazan y aniquilan entre sí. Así es que pidió Roma que se citara un hecho, pero el plenipotenciario, lo mismo que sus agentes eclesiásticos, nunca se separaron, ó mejor se limitaron siempre á supuestas generalidades. Lo mismo sucedió respecto de la acusacion de haber sembrado la discordia entre el Episcopado y la Universidad. Solo tuvieron presente los Obispos, al dirigirse contra la Universidad, su alta mision, su conciencia y el justo temor de su rebaño. Tenia medios la Santa Sede para saber esto mejor que el Gabinete francés; ¿no habia sido ella acaso confidente de sus tristezas pastorales que por tanto tiempo permanecieron mudas, y su apoyo moral en la prolongada lucha?

Decíase que eran los Jesuitas impopulares, y para probarlo se apoyaba Mr. Rossi en las interpelaciones de Mr. Thiers en la órden del dia que fue su consecuencia, y sobre todo en los partidarios del *Journal des Débats*, del *Siècle* y del *Constitucional*. Léjos de limitar la cuestion, procuraba la Corte pontificia darle todo el ensanche posible: basta saber la historia del último medio siglo transcurrido en Francia, para preguntarse cuál es el medio mas á propósito para reconocer la popularidad en un reino donde pereció Luis XVI en el

cadalso, y en el que fue Marat deificado en el Panteon. Tambien veia la Corte pontificia á Bonaparte que desde la cumbre del poder fue arrojado á las gemonias, á los Borbones saludados como los salvadores de la patria, y desterrados diez y seis años despues todavía en nombre del pueblo : oia asimismo la calumnia mancillar todos los nombres ilustres, contemplando como cada fraccion de partido distribuia á su antojo la gloria ó la infamia. Veia asimismo al generoso soldado, al magistrado íntegro, al escritor concienzudo, al hábil diplomático, y al ministro sábio y elocuente, provocados por el insulto y despreciados hasta en su vida privada, mientras que se improvisaban grandes ciudadanos á hombres medianos ó perversos, en el instante mismo en que otras opiniones derribaban su pedestal. Así es que recordó la Corte de Roma á Mr. Rossi que el hombre de Estado de quien se titulaba representante, que Mr. Guizot, en fin, se habia gloriado mas de una vez en la tribuna de su impopularidad, y que así suplicaba al plenipotenciario de la Universidad que comparara aquella declaracion con sus cargos oficiales. Todavía hizo mas la Corte de Roma; puso de manifiesto á Mr. Rossi aquel párrafo en que Mr. Guizot describia y pintaba con tanta elocuencia á la opinion pública, repitiendo la Santa Sede con el Ministro de Negocios extranjeros [1] :

«En los tiempos de fermentacion y desórden, el verdadero voto «nacional y la verdadera opinion pública son desconocidos, reprimidos é insultados ; solo los partidos se muestran y obran sin que «sea la nacion mas que una masa inerte, combatida sucesivamente «en los mas opuestos sentidos, y humillada y escarnecida segun las «pasiones ó intereses que se agitan en su desgarrado seno. No hay «tentativa de victoria ó de derrota, en que el partido vencedor no «pretenda ser el intérprete fiel, el verdadero defensor del interés «nacional y de la opinion pública ; al paso que el partido vencido «no es mas que una banda de revoltosos, hijos espurios de la patria «que han oprimido por algunos instantes, y la cual aplaude con «frenesí sus derrotas. Derróquese al poder, y el nuevo vencedor «tendrá el mismo lenguaje y se servirá de la misma ilusion para «anonadar á su adversario.»

Procuraba Roma explicarse la causa de esta movilidad, y al demostrar su insuficiencia confesaba que la popularidad en Francia

[1] Notas de Mr. Guizot sobre la obra: *De la soberanía y de las formas de gobierno,* por Mr. Ancillon, pág. 159. (París, 1816).

tiene algo de tan incierto y vago que es imposible poderla caracterizar. Quedaba la impopularidad de los Jesuitas justificada en concepto de los enemigos de la religion católica; pero aparte de esta evidencia por la cual no podia la Santa Sede sin suicidarse castigar á la Compañía, ¿sucedia otro tanto en las filas del Clero, entre todas las familias cristianas, ni entre esas poblaciones laboriosas que los Padres evangelizaban y aquella inmensa multitud que se apiñaba al rededor de sus confesonarios? Si los Jesuitas, como se suponia, se veian heridos por el descaecimiento moral que debe tarde ó temprano pesar sobre todos los partidos, sobre todos los hombres, sobre todos los sistemas, ¿qué es lo que debe, pues, temer la Francia de algunos pobres sacerdotes cuya voz será sofocada por la indignacion pública? ¿qué sombra debe hacer, pues, á la Universidad su estéril competencia? ¿qué es lo que debe importar al poder que los Jesuitas vivan ó mueran, si no han podido lograr consolidarse en el reino?

La amenaza de una ley extrañando á los hijos de Loyola del suelo que los vió nacer é hiriendo á todas las Congregaciones autorizadas ó toleradas parecia aun á los Prelados mas tímidos una obra de imposible realizacion: la Santa Sede, no obstante, por deferencia al Gobierno de Luis Felipe, no se dignó siquiera alarmarse por ella en lo mas mínimo. Apelar á la proscripcion como medio, en un siglo y en un país en que se han agitado tan opuestas ideas, y sacrificado tantos millones de hombres para hacer triunfar la libertad individual, era tan incomprensible que nadie lo tomó por lo sério. Se contentó, pues, la Corte de Roma con indicar á los subalternos de Mr. Rossi que calumniaban á su patria; interpretando en esta cuestion Roma mas noblemente y con mas justicia que ellos el verdadero pensamiento nacional.

En cuanto al cisma legal que tenian suspendido como un negro fantasma sobre la capital del mundo católico, y cuya inminencia les parecia llena de próximos peligros, se mostró sobre él mucho mas incrédula aun la Corte pontificia. Sondeó el trono de Luis Felipe á fin de ver si estaba ocupado por un nuevo Enrique VIII que rompiera de una vez los lazos de la unidad y separara la Francia de la comunion romana; pero solo encontró en él á un viejo cansado de revoluciones, á un anciano que se esforzaba, como prudente fundador de dinastía, èn asegurar en las sienes de su nieto la corona que debia atravesar antes de coronarlas una minoría borrascosa. Cono-

cia por otra parte la Santa Sede desde mucho tiempo al Episcopado francés, y en vano buscaba en él los Cranmer que se prestarian á aquel imposible capricho: al ver al Clero francés pobre en bienes terrenales y rico tan solo en su fe tantas veces puesta á prueba, Roma, que poseia todos los secretos de los cismas, se decia que eran estos únicamente realizables en circunstancias dadas. Para ser el cisma posible en una nacion católica, es necesario que tenga el príncipe pasiones que satisfacer, tesoros que compartir entre sus cortesanos y codicias que halagar ofreciéndoles los bienes del Clero. Es preciso sobre todo que la nacion entera esté unida á su rey, y que los partidos divididos por la política no puedan hacerse una bandera de sus creencias religiosas para sublevarse contra un Gobierno que les da el ejemplo del perjurio y de la apostasía. ¿Se halla acaso la Francia en estas condiciones? El Rey, cuya prevision dinástica y sincero deseo de apaciguar las turbulencias religiosas conocia la Santa Sede, ¿podia tener ningun interés en sembrar la discordia y la perturbacion en las almas? ¿podia imponer caprichosamente, y sin esperanza de compensacion alguna, un nuevo culto al pueblo francés? ¿Bastaba acaso que en los conciliábulos de su impiedad teórica, un pequeño número de hombres se hubiese imaginado cambiar la religion del país, para que fuese esto posible? No negaba Roma la posibilidad del hecho; pero al ver las provincias del Oeste, del Norte y del Mediodía tan iluminadas por la fe, y al considerar la situacion de París, se convencia mas y mas de la imposibilidad de este ensueño. La Revolucion habia fracasado, sobre todo desde que el Emperador habia retrocedido confesando su impotencia. Era el reino cristianísimo católico hasta el fondo de sus entrañas: nadie en Francia, y Luis Felipe menos que cualquier otro, podia soñar en reunir todas las fracciones de partido, piadosas ó incrédulas, legitimistas ó republicanas, bajo la bandera de la unidad que los enemigos de la familia de Orleans enarbolarian contra ella. Luego la idea de una separacion no era mas que una vana amenaza; porque cuando los ánimos están dispuestos al cisma, se ha infiltrado ya este en las costumbres y en las creencias, y en este caso, atendida la fogosidad francesa, arrastra hasta al mismo Gobierno.

La secularizacion de los Jesuitas, solicitada por tales medios, no tenia ninguna probabilidad de éxito; en vano habia intentado Mr. Rossi intimidar á la Corte romana, y vanas fueron tambien las promesas que sucedieron á sus intimidaciones. Los poderes constitucio-

nales, con cuya volubilidad se proponia medrar como hasta entonces, no fueron ya ciegos instrumentos de turbulencias religiosas; sino que de *motu propio* les dió ó les supuso el negociador un pensamiento enteramente opuesto. Solo debia la Santa Sede disolver en Francia á la Sociedad de Jesús, para ver en el mismo instante presentarse una ley, á fin de revisar los artículos orgánicos, contra los cuales habia siempre protestado Roma. Para obtener Rossi un resultado favorable, inventó en un principio amenazas imposibles; pero reconociendo luego la inutilidad de este medio, se comprometió al ver perdida su causa en promesas y compromisos que eran tambien de todo punto irrealizables. La Santa Sede, si bien deseaba ardientemente romper las cadenas que sujetaban al Clero francés, despreció no obstante la iniquidad que se le proponia por no ser este el medio que conviene á la silla de Pedro para preparar el triunfo de la justicia. Proteger á los cristianos de Siria contra la crueldad musulmana ha sido siempre un deber de los Gobiernos cristianos: no podia por lo tanto explicarse Roma por qué debian imponerse condiciones para el cumplimiento de este deber, que siempre consideró la Francia como un deber sagrado. Mecíase á la Corte de Roma en la esperanza de librar al Oriente católico de los males que sufria; pero era indispensable para que cesara la persecucion de Siria, que se constituyese el Papa en perseguidor de los católicos de Europa y de la Compañía de Jesús.

Esta especie de prostitucion de la caridad, ese repugnante tráfico de favores y de injusticias, fue rechazada por la Corte de Roma con el mayor desprecio. Despues de haberse decidido Mr. Rossi á pasar su *Memorandum*, habia puesto en juego todos los resortes y tendido todos los lazos; no obstante Gregorio XVI se encerró en la dignidad de su silencio, y el cardenal Lambruschini permaneció impasible. Limitóse la Corte de Roma á hacer saber á la Embajada que el Gobierno de Su Santidad no podia contestar sino negativamente al *Memorandum* y con la refutacion de los asertos contenidos en aquel despacho. El plenipotenciario cambió entonces de tono; ya no amenazó, ni prometió ni exigió mas, sino que se limitó á pedir una concesion la mas sencilla. Por respecto á la Francia, la Santa Sede, que ni aun en aquella cuestion complexa queria faltar en lo mas mínimo á las formalidades prescritas, reunió en 14 de junio de 1845 la Congregacion de los negocios eclesiásticos extraordinarios y les cometió las peticiones de Mr. Rossi. Ocho cardenales sobre doce

fueron convocados: á saber, Lambruschini, Ostini, Castracane, Franzoni, Patrizi, Polidori, Bianchi y Acton, los cuales deliberaron en presencia del Soberano Pontífice [1], basando su voto en las causas siguientes: 1.° Las leyes que se alegan contra los Jesuitas, ó mejor, contra todas las asociaciones religiosas, son impugnadas hasta en Francia; y se hallan además en contradiccion manifiesta con el Concordato y con la Carta que establecen como principio la libertad de culto, puesto que la práctica de los consejos del Evangelio pertenece evidentemente á la fe católica. Nunca ha comprendido la Iglesia la profesion religiosa sino como la práctica voluntaria y libre de los consejos que da Jesucristo á los que aspiran á ser mas perfectos. No debe por lo tanto esta profesion privar á los franceses de sus derechos de ciudadanos mas de lo que se los priva la profesion misma del Catolicismo: son además los votos religiosos lazos puramente espirituales, que no deben depender jamás de ningun Gobierno. Los que los contraen no disfrutan menos, á los ojos de la ley, de la plenitud de sus derechos, puesto que pueden reunirse, asociarse y vivir en comunidad como todos los demás súbditos de una nacion. Que las leyes no reconozcan esa clase de asociaciones, que no les concedan ningun título, ninguna prerogativa; ni que dejen de admitirlas á obrar colectivamente ni como sociedades legales, puede hacerlo por ser de la competencia de la autoridad civil; pero esta competencia no puede pasar mas allá.

2.° No puede la Santa Sede, á instancias del Gobierno, condenar é inmolar á los inocentes: hace mas de treinta años que existen los Jesuitas en Francia, y ni uno solo de entre ellos ha sido citado ante los tribunales como culpable de un delito. Ni aun hoy dia se formula contra los Padres la menor acusacion precisa, ni que pueda por lo mismo directa ó indirectamente ser justificada. ¿Cómo podria, pues, la Santa Sede privarles del santo estado que abrazaron con aprobacion de la Iglesia católica?

3.° Los veinte y cinco obispos de Francia que tienen Jesuitas en sus diócesis les dan unánimemente el mas honroso testimonio, al fe-

[1] La ley del silencio está impuesta á todos los cardenales que toman parte en esta clase de congregaciones, los cuales bajo ningun pretexto pueden revelar lo que se pasa en ellas ni tampoco las medidas adoptadas. Gregorio XVI, á quien el Gobierno francés queria hacer cómplice en sus actos, no quiso aceptar semejante solidaridad; así es que para la manifestacion de la verdad relevó á los cardenales de la ley del silencio.

licitarse de los abundantes frutos de salvacion que hacen germinar en ellas aquellos operarios evangélicos. Un gran número de otros prelados se han dirigido á la Santa Sede solicitando la conservacion de esos auxiliares indispensables : ¿y podria la Santa Sede rechazar una demanda tan justa y motivada?

Decidió por unanimidad la Congregacion extraordinaria que el Soberano Pontífice no podia ni debia acceder en nada á cuanto se le pedia en contra de los Jesuitas. Gregorio XVI aprobó la decision de los Cardenales.

Era, en efecto, aquella una gran demostracion, pero que no costó al Papa ningun sacrificio, por exigírsela la justicia de la Iglesia. Reanimó aquel acto todos los odios de los sucesores del viejo liberalismo que en el primer asombro de su decepcion olvidaron estas palabras tan ciertas que les dirigió Mr. Guizot en 1821 con tanta precision como prevision gubernamental : «En todas partes donde im«pera la libertad de conciencia, decia el escritor protestante [1], todo «culto, toda creencia religiosa reclaman, con justo título, el respeto «no solamente del poder, sino tambien del público. Su derecho contra «el ultraje deriva del mismo principio que su derecho á la libertad: «convengo que para penetrarse de esta doctrina necesita la Francia «verla profesada y practicada por el poder. No solamente ha tenido «entre nosotros la irreligion gran fuerza, sino que hasta ha llegado á «creerse ser la verdad : ha perseguido, y porque se oponia resisten«cia á sus decretos y no se atendia á sus argumentos, se échó mano «del principio de intolerancia así en el XVIII como en el XVI siglos. «Cuando se ven dueños los incrédulos, quieren, como los fanáticos, «que se crea en ellos y como ellos.

«No se ven por desgracia, aun hoy dia, libres todos los fanáticos «de esta culpable pretension; porque aunque haya pocos hombres «que quisieran emplear directamente contra la Religion las armas «del poder, hay sin embargo un gran número que cuantas veces se «despliega la Religion con algun vigor, se asombran y se irritan co«mo si se tratase de un atentado contra la libertad : tambien esta «tiene para ellos algo nuevo é imprevisto que les ofende.»

En este caso se hallaban el Gabinete de las Tullerías y su enviado cerca la Corte de Roma, no sabiendo aprovecharse de la leccion que les dió Mr. Guizot veinte y cuatro años antes. No quedaba ya á

[1] *De los medios de gobierno y de oposicion* por F. Guizot, pág. 122 y 123. (París, 1821).

Mr. Rossi sino el medio de evitar la humillacion de una negativa, y esto fue lo que hizo. Terminada quedaba su negociacion con la Corte de Roma; nada tenian ya que ver ni el Papa ni los Cardenales en aquel negocio. Pensó el Ministro de Francia sacar mejor partido de pedir que los Jesuitas se prestasen voluntariamente á algunas concesiones, lo que era presentar la cosa bajo un punto de vista enteramente distinto; para transmitir Mr. Rossi este deseo se dirigió al cardenal Lambruschini. Este, que no obraba ya en nombre del Papa ni en su calidad de secretario de Estado, sino únicamente como mediador oficioso, tuvo con Mr. Rossi diferentes entrevistas. Servíale de intermediario el abate de Isoard, sin que volvieran á existir desde entonces relaciones, ni aun indirectas, entre el General de la Compañia y el Plenipotenciario francés. De este modo quedó ileso el honor de la Santa Sede, por haber sabido conservar su posicion. Vióse luego el P. Roothaan llamado á dar al reino cristianísimo una prenda de su amor por la paz, y á demostrar que es la Sociedad de Jesús capaz de hacer todos los sacrificios.

Pronuncióse la Congregacion extraordinaria en favor de los Jesuitas, creyendo no obstante deber hacer presentes al General del Instituto las consecuencias que podrian resultar de denegarse á hacer algunas concesiones. Los cardenales Acton y Patrizi fueron elegidos para desempeñar aquel mensaje: eran ambos piadosos y muy queridos de la Compañía; así es que expusieron sencilla y francamente la situacion al General, que ya entonces se veia rodeado de pretendidos amigos del Instituto que le pintaban la Francia bajo los mas siniestros colores. Díjosele que su resistencia ocasionaria tal vez el asesinato de sus hermanos ó á lo menos otros deplorables conflictos: en la imposibilidad en que se hallaba el General de conocer con la premura necesaria el verdadero estado de las cosas, y poseido por otra parte de la generosa idea de que sus concesiones redundarian en bien de la Religion, de la paz del reino, y hasta de la misma Compañía, se decidió en 14 de junio de 1845 á dirigir una nota á los dos provinciales de París y Lyon, concebida en estos términos: « Des-«pues de las gestiones y *Memorandums* que Mr. Rossi ha presentado «á todos los Cardenales, no ha querido el Santo Padre entrar per-«sonalmente en cuestion con él sobre el negocio que era objeto de «su embajada. Se celebró el jueves último una congregacion de Car-«denales presidida por el Santo Padre, y, á Dios gracias, la decision «unánime ha sido que no podia el Pontífice acceder á las peticiones

«del Gobierno francés, y que no solamente no debia dar ninguna «órden para disolver nuestras casas en Francia como se le pedia, «sino que ni siquiera debia aconsejarlo al Padre General. Recibirá, «pues, Mr. Rossi una contestacion digna de la Santa Sede, y con«firmará Pedro todavía una vez mas á sus hermanos : debemos cier«tamente bendecir al Señor por este resultado, vistos sobre todo los «artificios, las astutas razones, promesas y amenazas de los mas «grandes males que habian sido puestos en juego para vencer la fir«meza del Santo Padre y de los Cardenales. Es para nosotros suma«mente consoladora esta unanimidad.

«¿No debemos ahora hacer algo de nuestra parte para calmar la «irritacion que va á producir la contestacion de Roma? No tratemos «de desafiar la tempestad que ruge.»

Á continuacion de estas palabras, de las cuales se desprende la prudencia con que el P. Roothaan encarga que se haga todo *pacíficamente y sin ostentacion*, propone á los superiores de la Órden existente en Francia la disminucion ó disolucion de las casas de París, Lyon y Avignon, de modo que á la llegada de cualquiera agente del Gobierno se encuentre ya cumplida esta disposicion; luego termina el General de este modo :

«Muy sensible me es semejante disposicion, pero creo de mi de«ber aconsejar esta prudente medida : espero que podrá esto cum«plirse pacíficamente, y como lo he dicho ya, sin ostentacion, lo que «es mucho mejor bajo todos conceptos, así espiritual como tempo«ralmente, que si debia hacerse mas tarde tumultuosamente.»

No manda el General de los Jesuitas la disolucion de ninguna casa, solo la propone y la aconseja, pues como no tiene el derecho de exigirla [1], se guarda muy bien de hacerlo. Ni aun en una circuns-

[1] En la cuarta parte de las Constituciones de la Compañía de Jesús (cap. II, párrafo 1.°), da san Ignacio al general poder para aceptar las casas y los colegios; pero al tratarse de disolverlos una vez aceptados, limita en estos términos su autoridad :

(Declaracion A). «Que el general, de acuerdo con la Sociedad, decida si los «colegios ya admitidos deben conservarse ó ser abandonados: podrá tomarse «esta disposicion en la Congregacion general, y tambien fuera de ella recogien«do los sufragios de aquellos á quienes pertenece el derecho de emitir sus «votos.»

Estas palabras no determinan los individuos de la Órden que deben ser consultados; pero la cuarta Congregacion general, usando del derecho que las bulas de los Soberanos Pontífices y las mismas Constituciones de san Ignacio con-

tancia tan crítica se atreve á faltar el General á lo que está prescrito; por otra parte, si suprimiese por su propia autoridad una provincia y hasta una casa, se expondria á que sus religiosos le desobedecieran

ferian á esta clase de asambleas, decidió la cuestion. Decretó (dec. XXII y XXVII) que para la disolucion de una casa ó colegio debia, en caso de no ser la necesidad muy urgente, aguardarse la celebracion de la Congregacion general. Si las circunstancias, empero, no permiten esta dilacion, será necesario, al tratarse de una casa situada en Europa, consultar á todos los provinciales y á dos de los mas antiguos profesos de cada provincia de Europa, así como á los asistentes, al procurador general y al secretario general de la Órden: si se trata de la disolucion de una casa que esté fuera de Europa, debe además consultarse al provincial de quien depende aquella; siendo en uno y otro caso la mayoría de votos la que debe decidir.

Este decreto ha sido siempre fielmente observado. Los archivos del Gesu encierran muchos ejemplos sobre la segunda clase de disolucion. En cuanto á la primera, las actas de las Congregaciones generales nos dan tambien varios ejemplos de ella.

En 1646, la octava Congregacion general rehusó al P. Caraffa el permiso para disolver el colegio de Espoleto; y solo se lo acordó en cuanto á los colegios de Sora y de Monte-Santo despues de nuevos informes tomados, de haberse empleado todos los medios, consultado á los asistentes, y quedar en vista de todos estos informes reconocida la utilidad de su disolucion, encargando muy particularmente se evitara todo lo que pudiese ofender á aquellas poblaciones y sus príncipes. Encargo que se hace muy particularmente respecto del colegio de Sora, á causa de los beneficios dignos de eterna memoria que ha recibido la Compañía de la familia Buoncompagni.

La provincia de Nápoles pide tambien la disolucion de los colegios de Capua, Salerno, Amantea, Pauli y Bibone, y la de la residencia de Monopoli aceptada en la esperanza de fundar un colegio. Se opone la Congregacion al abandono de Salerno y de Capua; acordando únicamente su autorizacion respecto de los demás puntos con las condiciones impuestas cuando la disolucion de Sosa y Monte-Santo.

La undécima Congregacion general dió al P. Pablo Oliva plenos poderes.

La décimaséptima concedió al P. Visconti, á instancias de la provincia de Venecia, el permiso para disolver un pequeño colegio y una residencia, si lo juzgaba útil para la gloria de Dios y en provecho de la Compañía.

La décimoctava dió facultad al P. Centurione, vista la insuficiencia de las rentas, para reducir á residencia el colegio de Frascati.

Pidió el general que habia sido elegido por la vigésimaprimera Congregacion la facultad de disolver dos colegios, lo que le fue acordado, con tal que no debiese dar motivos de ofensa ó de queja con semejante disolucion.

Desde el orígen de la Sociedad de Jesús, nunca se ha faltado á estas prescripciones. Tiene el general facultad para disminuir una casa y diseminar á los Jesuitas, pero nunca se atreverá á hacer lo que la ley prohibe. La Órden de Jesús no es aun bastante constitucional para permitir ó autorizar una violacion del pacto fundamental.

por salvar el principio. Tuvo Mr. Rossi conocimiento de esta nota, y como las disposiciones que anunciaba no le pareciesen aun asaz importantes, hizo nuevas gestiones cerca del P. Roothaan, el cual en 21 de junio volvió á escribir lo siguiente: «Espero habréis re«cibido mi carta del 14; no obstante vuelvo á escribiros hoy so«bre el mismo objeto, por estar todavía mejor convencido de la ne«cesidad de conformarse á las medidas de prudencia que os aconse«jaba... La declaracion que han hecho diferentes obispos de recibir«nos en sus palacios en el caso de vernos expulsados, merece sin «duda la mas viva gratitud; pero la caridad y la prudencia no nos «permitirian aceptar tan generoso ofrecimiento, porque podria com«prometerles gravemente.

«Á las casas indicadas en mi carta precedente creo deber añadir «las que son muy numerosas, particularmente Saint-Acheul y los «noviciados mas crecidos.

«Debemos procurar eclipsarnos un tanto, expiando así la excesi«va confianza que depositamos en la halagueña promesa de libertad «que se hace en la Carta, pero que no se observa ni se halla mas «que en la Carta.»

Nada habia acordado la Corte de Roma, y ni aun habia querido entrar en contestaciones; solo el General se dirigia á los Jesuitas sobre las concesiones que por sí no tenia ni el derecho ni la voluntad de hacer, limitándose á proponer lo que solo al Instituto correspondía decidir. Estaba Roothaan tan persuadido de la utilidad de sus consejos, que en 28 de junio escribia el P. Rozaven, asistente de Francia, á los superiores de París: «Pienso que si cedemos «en algo, debe entenderse que lo hacemos tan solo por el amor á la «paz, y que deseamos demostrar con ello reservarnos nuestros de«rechos, que queremos conservar intactos y que harémos valer cuan«tas veces lo juzguemos oportuno. Si está reconocido que no puede «arrancarse á los propietarios de su casa, debe estarlo igualmente «que no puede privárseles de acoger en ella á quien mejor les «plazca.»

No habia ni incertidumbre ni ambigüedad en la conducta observada por la Corte de Roma: la Santa Sede se habia negado á unirse con la Universidad y con la fraccion de las Asambleas legislativas para violar los derechos de todos los ciudadanos franceses en la persona de los Jesuitas. Mr. Rossi, que en 23 de junio habia retirado prudentemente su *Memorandum*, redactó un despacho conforme al

sentido de las dos cartas de Roothaan, y lo comunicó al cardenal Lambruschini: ignórase si fue en la embajada de Roma ó en el gabinete del Ministro que se modificó aquel despacho. De todos modos es lo cierto, que en 6 de julio se expresaba el *Monitor* de este modo, sin tener en cuenta mas que las necesidades parlamentarias:

«El Gobierno del Rey ha recibido noticias de Roma. La negocia«cion confiada á Mr. Rossi ha alcanzado su objeto. La Congregacion «de los Jesuitas dejará de existir en Francia, y va á dispersarse «por sí misma: sus casas serán cerradas y sus noviciados disueltos.»

Al recibirse la noticia de tamaño resultado, apoderóse de todas las clases un sentimiento de duda; sin embargo todo el mundo se convenció luego de que no podia haber inventado el Ministerio semejante despacho, con lo que el dolor de los Católicos igualó apenas el gozo de los enemigos de la Iglesia. Los periódicos adictos á la Revolucion ó á la Universidad proclamaron á voz en grito su victoria, y en el cinismo de sus demostraciones no temieron ultrajar al Pontífice Supremo. El *Correo francés* de 7 de julio de 1845 insertó estas mordaces injurias que la falsedad de la nota oficial debia convertir en alabanzas al siguiente dia:

«Habíamos, decia, hecho demasiado honor á la Corte de Roma al «suponer que dejaria al Gobierno francés la responsabilidad de una «medida decisiva contra los Jesuitas. Roma, empero, ha cedido, lo «que es una nueva prueba de la decadencia del poder espiritual que «reside allende los montes: sacrificar á sus defensores es la prueba «mas patente de su debilidad, no siendo esta la primera vez que «tiene la Órden de Loyola ocasion de experimentar la ingratitud de «la Santa Sede. Al acceder una vez mas á un acto de rigor contra «sus genízaros, continúa el Papado el desarme y anticipa su sui«cidio desde mucho tiempo empezado: todo lo grande espira len«tamente.

«¿Qué pensar, en efecto, de la energía y habilidad del Jefe de «la Iglesia católica? Cuando los Jesuitas se propagaban abierta«mente en Francia donde habian entrado sin permiso, y encontra«ban en todas partes el decidido apoyo de los Obispos; cuando de «púlpito en púlpito, de pastoral en pastoral y de tribuna en tribuna «resonaba el grito de una nueva cruzada para la conquista de las «Galias á la fe de Clodoveo y de san Luis, vino el Papa en apoyo «del Ministerio apurado por la ejecucion de las leyes que prohiben

«la Compañía de Jesús, abandona á los suyos y dispersa su milicia.
«¿En favor de quién se decide? Por el espíritu filosófico que ha obli-«gado al Ministerio á ceder.

«Las inspiraciones de los Sres. Quinet, Michelet, Cousin y «Thiers triunfan en el Vaticano: del Colegio de Francia, de la «Universidad, del Luxemburgo y del Palacio Borbon salió la palo-«ma santa para ir á inspirar al Soberano Pontífice; de este modo «completa el diestro Mr. Rossi su connaturalizacion entre nosotros «obteniendo de Roma, en satisfaccion de la opinion pública, la ex-«pulsion de los herederos de san Ignacio.

«¡Corriente! que el Papa tenga miedo al ruido y prefiera una «agonía tranquila á los esfuerzos de una tentativa desesperada, en «verdad no nos admira; pero permítasenos al menos tomar acta de «esta nueva prueba de impotencia del Pontificado romano en pre-«sencia del espíritu de las sociedades modernas. Debiendo notarse, «¡que ha sido durante el ministerio de Mr. Martin (du Nord) que «se ha dado este golpe! Se ha procurado á este hombrecillo la pie-«dra y la honda, se le ha hecho seguir adelante, hasta obligarle á «salir vencedor. ¡Ah! ¡Es que contra la sombra de Goliat, basta «solo el heroismo de Tom Pouce [1]!

«¿Habrá creido tal vez la Corte de Roma ser útil á la Religion «haciendo retirar á los Jesuitas de Francia? Sin duda se le habrá «insinuado que la Francia entera está pronta á volver á oir misa, «que solo se lo estorbaban los Jesuitas que ella mira con antipatía, «y que la supresion de ese elemento parásito haria infaliblemente «reflorecer entre nosotros *la augusta Religion de nuestros padres*, co-«mo dice Mr. Thiers; tal habrá sido sin duda el lenguaje empleado «con Roma, lenguaje que es la continuacion de la broma ó farsa del «siglo XVIII. Cada vez que la filosofía ha querido inducir á la Igle-«sia á una mutilacion, ha tenido siempre la precaucion de preten-«der que era para el mayor bien de los principios inmortales de «la fe. El jesuitismo, pues, ha encontrado hombres que pueden «servirle aun de maestros, y que le han vencido con sus propias «armas.

«Con estas melífluas palabras se obtuvo tambien del Papado en

[1] Célebre enano inglés que recorrió diferentes naciones de Europa hace algunos años, siendo en todas ellas muy bien acogido tanto por los reyes como por todos los mas altos personajes.

(Nota del Traductor).

«el último siglo el famoso sacrificio de la Compañía. ¿Por ventura «Roma no lo conoce? Ahora como entonces es víctima de la misma «comedia, ó á lo menos finge serlo; lo es ó á ciegas ó por debili- «dad. La escena que la filosofía y la Iglesia están desempeñando «entre sí, es absolutamente la del médico y el enfermo. «¿Qué «diantre haceis de ese brazo?—¿Cómo?—Hé aquí un brazo que «yo en vuestro lugar me haria amputar desde luego.—¿Y porqué? «—Porque os absorbe todo el alimento, ¿y no veis por lo mismo «que os daña toda la restante parte del cuerpo? Teneis asimismo «el ojo derecho que tambien me lo haria sacar si me hallase en «vuestra posicion.—¡Hacerme sacar un ojo!—¿No veis que os «daña el otro? Creedme, hacedlo así lo mas pronto posible, por- «que veréis mucho mas claro con el ojo izquierdo.» ¡Y la Iglesia «sigue siempre los consejos de la filosofía!

«Todo poder queda juzgado por sí mismo cuando ha llegado á «este punto su condescendencia.»

Levantó el Obispo de Langres su voz en medio de todas aquellas blasfemias y acusaciones que se dirigian contra la Santa Sede, por ser, junto con el cardenal de Bonald, los Arzobispos de París y Tolosa y el Obispo de Chartres, uno de los mas vigorosos atletas de la Iglesia y de la libertad religiosa. Hé aquí cómo se expresó sobre los Jesuitas en 14 de julio de 1845:

«Hallábanse los hijos de Loyola expuestos á las prevenciones y «amenazas públicas: se invitaba á los Obispos á que los sacrificaran «ó á lo menos á que desaprobaran su conducta esperando lograr así «su disolucion por medio del Episcopado, y para obtenerlo se supo- «nia que el Clero entero deberia sufrir los odios de que eran los Je- «suitas el blanco. Á lo que contestaron los Obispos: «Son los Je- «suitas, como religiosos, la obra de la Iglesia; y tienen como ciu- «dadanos la libertad de conciencia y todos los demás derechos que «nos son comunes. Nos son tan queridos bajo este doble título, que «los defenderémos, sostendrémos y lo sufrirémos todo por ellos, por «estar íntimamente convencidos de que los golpes que se les dirigen «acabarian tambien en último resultado con la Religion y la liber- «tad de todos. Así es, que no los sacrificarémos, ni aun desaproba- «rémos jamás su conducta.»

«Sabemos que los Jesuitas han agradecido profundamente estas «disposiciones y este lenguaje; así como sabemos habérseles hecho «creer que esa generosidad del Episcopado era temeraria, y que

«aceptando el apoyo de los Obispos comprometerian gravemente á «sus protectores, y con ellos á la Religion entera.

«Puede sin duda tacharse de falsas estas observaciones, puede «tambien compadecerse á los jefes de la Compañía por haber pues«to fe en ellas; pero desde que los Jesuitas han aceptado semejante «conviccion, ¿puede acaso dejarse de admirar su virtud y su des«prendimiento?

«Ese sacrificio pronto y espontáneo de sí mismos ¿no revela á la «vez la pureza de sus intenciones y su amor á la paz, la elevacion «de sus sentimientos y su disposicion constante á inmolarse por el «bien de todos? Los que desde algunos años les acusan, les injurian «y amenazan, ¿podrán presentar nunca semejantes ejemplos? Ni «todas las apologías verbales, ni todos los elogios impresos ¿valen «acaso lo que la justificacion manifiesta y brillante que resultá de «un proceder tan noble y digno?»

La solucion anunciada por el Gobierno parecia á los hombres prudentes un lazo tendido á la credulidad; por esto se aguardaban con las mas vivas ansias las contestaciones que debian llegar de Roma, donde causó la noticia dada por el *Monitor* la mas justa irritacion. No se sospechaba todavía en la ciudad eterna la impudencia de esas mentiras que los constitucionales aceptan como necesidades parlamentarias. Poseido por su parte Mr. Rossi, aunque solo en apariencia, de la indignacion general, declinó toda responsabilidad en un acto que afirmaba ser contrario á sus despachos; hasta el abate de Falloux fue encargado por la Embajada de dar un paso y asegurar á los Jesuitas en este sentido. Protestaba el negociador contra el Gobierno del cual era delegado; de modo que él no negaba haber escrito lo que pretendia haber recibido el otro. La Corte de Roma, en su alta inteligencia de la dignidad del poder, no se dignó salir de su acostumbrada reserva ni aun para triunfar de las recriminaciones que se hacian contra ella. Logró una retractacion, y se contentó con ella. Como nada habia tratado ni habia accedido á nada, no pensó en reclamar el precio de las concesiones que tan gloriosamente procuró siempre rehusar.

Para allanar las dificultades en que tan fatalmente se habia metido el Ministerio francés, declaró la Santa Sede que le era absolutamente imposible intervenir de un modo contrario á las prescripciones canónicas y á los deberes del Pontificado. Así lo declaraba Gregorio XVI al dirigirse sobre el particular á los Obispos de Fran-

cia [1]: «Nunca hemos faltado á nuestra mision, ni nunca faltarémos «á ella.» Era la admirable palabra del Vicario de Jesucristo enteramente digna del Episcopado á quien iba dirigida. Ningun documento público ni secreto autorizaba de modo alguno la opinion que atribuia al Soberano Pontífice ó al cardenal Lambruschini las medidas espontáneamente adoptadas por los Jesuitas. En estas medidas, que fueron aceptadas ó reprobadas, pero que el General de la Sociedad aconsejó, no se trató de que los Jesuitas perdiesen ó enajenasen la propiedad de sus casas; ni quedó siquiera por semejante concesion puesto en duda su derecho de existencia.

Solo les faltaba cumplir el deseo de su jefe, deseo al que se habia adherido; de modo que ya á principios de agosto nada tenia que exigirles el Gobierno francés. Habian cumplido mucho mas de aquello á que se comprometieron con la formal promesa que fue de un modo tan particular desnaturalizada y que podian tan fácilmente dejar de cumplir, puesto que por una deslealtad de la que no quisieron los Jesuitas prevalerse, quedaban libres del empeño de su palabra.

No se habia comprometido Roma ni verbalmente ni por escrito; pero previendo una lucha encarnizada en la abertura de las Cámaras de 1846, deseaba el Gabinete de las Tullerías obtener á lo menos un testimonio que demostrara, aunque indirectamente, la intervencion pontificia. Á principios de setiembre recibió Mr. Rossi una nota de su Gobierno en la que le felicitaba por el resultado de la negociacion. Asimismo se daban en aquella nota las gracias al Papa y al cardenal Lambruschini por el señalado beneficio que habian dispensado ambos á la Francia mandando la dispersion de los Jesuitas. Apresuróse Mr. Rossi á comunicarlo oficialmente á la Santa Sede, la cual conoció que no tenia otro objeto aquella estratagema que el de crear un documento auténtico que seria publicado luego como una prueba de la intervencion del Papa en aquellos acontecimientos. Esto hizo que Gregorio XVI y Lambruschini no cayeran en el lazo que se les tendia. Pedia el Gabinete de las Tullerías, por medio de su plenipotenciario, un documento emanado de la Secretaría de Estado; á lo que contestó Lambruschini poco mas ó menos en estos términos: «En extremo han sorprendido á Su Santidad «las gracias que se le han dado así como á su ministro, cuando na«da ha acordado en el asunto de los Jesuitas: si en él hubiese debido «tomar alguna parte, solo habria podido hacerlo conformándose en

[1] «Huic nostro muneri numquam defecimus, numquam deerimus.»

«un todo á los santos cánones. Si el Gobierno del Rey cristianísimo «debe dar por ello las gracias, es tan solo al General de los Jesui-«tas á quien debe dirigirse, por ser él quien sin órden ni consejo «alguno de la Santa Sede ha adoptado las medidas que ha creido «convenientes para sacar de apuro al Gobierno del Rey. Su Santi-«dad en esta circunstancia admira la discrecion, la prudencia y el «desprendimiento de ese venerable jefe de Órden, y osa esperar que «en vista de los grandes sacrificios que se imponen los Jesuitas fran-«ceses con puras miras de paz y de conciliacion, sabrá el Gobierno «de S. M. dispensarles proteccion y apoyo.»

No es posible á la historia ocuparse de todas las oscuras intrigas y viles efugios puestos en juego así en Roma como en París para dar un colorido á esa negociacion y hacerla aceptar al menos en la forma. Mr. Guizot consagró á ella el poder de un talento que habria debido emplear mejor [1]; pero nada pudo su genio para cambiar las actas ni modificar los hechos, porque unas y otros habian pasado ya á ser cosa consumada. Á la Francia y á la Europa corresponde ahora empezar la formacion de ese gran proceso, que segun una de las últimas imposturas del *Diario de los Debates*, parece estar ya fallado por la opinion pública en contra de los Jesuitas.

«La opinion pública, dice el periódico universitario por excelen-«cia en su número de 18 de octubre de 1845, estaba conmovida y «pedia la ejecucion de las leyes. Su voz ha sido oida; las leyes han «sido ejecutadas; la Sociedad de Jesús disuelta, y sus casas cerra-«das. La opinion descansa y puede descansar en esta primera satis-«faccion que nada tiene de equívoco; puesto que á la hora presente «no existen ya los Jesuitas en Francia.»

[1] En la sesion de la cámara de los Pares de 16 de julio de 1845 (*Monitor* del 17), al dar cuenta Mr. Guizot, ministro de Negocios extranjeros, de la negociacion confiada á Rossi, hizo entrever perfectamente los hechos que acabamos de referir, diciendo: «Lo que ha hecho el Gobierno del Rey respecto de la «Corte de Roma, lo ha hecho esta respecto de la Sociedad de Jesús.

«No empleamos nosotros en esta cuestion nuestras armas temporales; así «como tampoco empleó la Corte romana sus armas oficiales y legales. Hizo co-«nocer á la Sociedad de Jesús la verdad de las cosas, de los hechos, de las le-«yes, y el estado de los ánimos en Francia, dándole de este modo á entender «la conducta que debia seguir en interés de la paz pública, de la Iglesia y de la «Religion. Tengo el mas vivo placer en decir que cada cual ha cumplido su de-«ber en este negocio. La Sociedad de Jesús ha creido de su deber hacer cesar «el estado de cosas de que se quejaba la Francia... Así es que cada cual ha «obrado en este punto con inteligencia y recto proceder.»

CAPÍTULO VIII.

Ocúpanse los Jesuitas en la educacion pública. — El sistema antiguo y moderno de instruccion.— La práctica antes del precepto. — Antes de formar discípulos quieren formar buenos profesores. — Encarga el General de la Órden que se abran establecimientos escolásticos. — Objeto de estas casas. — Escuelas normales de la Compañía. — Cartas de Bzrozowski al P. de Clorivière. — El P. Rozaven y los estudios filosóficos. — Preparacion para el profesorado. — Pídese la revision del *Ratio studiorum*. —Manera, Loriquet, Garofalo, Gil y Van Hecke son nombrados comisarios. —Su trabajo. —Supresiones y adiciones hechas en el *Ratio*.—*Prooemium* del General de la Compañía. — Los dos años de noviciado. — Modo de estudiar de los Jesuitas. — Su plan para formar á los demás. — De qué modo entienden la educacion pública. — Comparacion del sistema universitario con el de la Compañía. — Plan de estudios de los Padres de Brugelette, introducido en la Universidad de Francia por Mr. Cousin. — La *Gaceta de la instruccion pública* y el colegio de Friburgo. — Le Convitto dei Nobili en Nápoles. — Estado de la educacion en las Dos Sicilias. — Los Jesuitas y la Universidad de Nápoles. — Informe al Ministro de Instruccion pública por Petit de Baroncourt. — Causas de la guerra que las Universidades hacen á los Jesuitas. — Mr. Thiers y el patriotismo.— Los discípulos de los Jesuitas acusados por Mr. Thiers de no ser tan buenos franceses como él. — Protesta de los alumnos. — Botta y Gioberti acusan á los Jesuitas de arrancar del corazon de los niños el amor á la familia. — Los Jesuitas y sus obras. — Los teólogos y los ascetas. —Perrone y Martin. — Patrizi y Rozaven. — Roothaan y Weninger. — Los oradores Maccarthy y Finetti. — Ravignan y Minini. — Los filósofos. — Buczinski y Rothenflue. — Dmowski y Liberatore. — Vico y Taparelli. — Los descubrimientos astronómicos del P. de Vico. —Secchi y Caraffa. —Los Jesuitas polemistas. — Roberto Plowden y Rozaven. — Kohlmann y Arillaga. — Los Jesuitas arqueólogos.—Trabajos de Marchi.—Los PP. Cahier y Arturo Martin.—Los Jesuitas literatos. —Vico y Bresciani. — Las grandes familias y la Compañía de Jesús. — Conclusion.

En medio de los obstáculos de toda clase que se reproducian sin cesar para impedir la rehabilitacion de la Sociedad de Jesús, y que glorificaban su pasado para matarla en lo presente ó en lo por venir, supo siempre la Compañía dominar así los impulsos ardorosos como el desaliento. Estaba resignada tanto á los combates como á la persecucion, lo que hacia que la lucha no le espantase mas que la calumnia. Las enemistades permanentes, cuyo carácter no pudo variar la accion de tres siglos, no dejaban ninguna incertidumbre á

los Católicos sobre el objeto de tantos clamores. Las revelaciones eran numerosas por parte de todos; y las indiscreciones de la victoria explicaban, por decirlo así, los ataques periódicos. Los Jesuitas no eran mas que el grito de guerra dado á las pasiones irreligiosas, el santo y seña para atacar la Iglesia universal y los principios de la fe. Ya hemos dicho de qué modo rechazó el Instituto esa guerra sin dignidad y sin justicia, que hasta los mismos bárbaros se habrian avergonzado de empezar y sostener. Veamos ahora cuál fue el plan de vida que se trazaron los Jesuitas en el interior de sus casas.

Á mas de la oracion y las obras de piedad ó caridad que permanecen secretas entre Dios y el sacerdote, procuraron los discípulos de Loyola, apenas entregados de nuevo á la vida religiosa, ofrecer á la educacion un poderoso auxilio. Hombres de su siglo por el saber, comprendieron ya desde el primer dia del restablecimiento de su Órden que debian popularizar la instruccion, por ser uno de los tres grandes objetos á que el Fundador les destinó. Sus antecesores lo habian cumplido; y no quisieron por lo mismo quedarse atrás los nuevos Padres. El movimiento de los ánimos, el impulso dado á los conocimientos humanos, los señalados descubrimientos en las artes y ciencias, las brillantes teorías creadas por la libertad; todo les prescribia estudiar las innovaciones y aplicarlas en cuanto tuviesen de útil y realizable. La práctica entre los Jesuitas antecede siempre al precepto. Los Padres mas versados en la enseñanza se habian consagrado por espacio de mas de quince años á seguir paso á paso las mejoras que la experiencia les aconsejaba adoptar. Á fin de formar buenos discípulos, declararon unánimemente que era antes preciso crear excelentes profesores. Sentada, pues, esta base que fue el punto de partida del Instituto, solo pensó ya este en las dificultades que debia vencer, y así es que empezó la lucha con una paciencia que es la mas fecunda de todas las actividades.

Muchos eran los reinos que despues de 1814 se asociaron al pensamiento de Pio VII, reclamando á los Jesuitas como únicos institutores de las nuevas generaciones; á cuyo voto de los pueblos católicos supieron corresponder los Jesuitas dignamente. El primer cuidado de los jefes de la Orden fue preparar en silencio los maestros que debian enseñar mas tarde á la juventud á ser cristiana y estudiosa: el P. Bzrozowski, general de la Compañia, y los superiores de Roma fueron los que se ocuparon de un modo especial en esas labo-

res de la inteligencia. Se hace sentir la escasez en muchas provincias; lo que sin embargo no impide que encargue Bzrozowski con instancia que los jóvenes admitidos en la Sociedad sufran los dos años de noviciado antes de ser empleados en la enseñanza. Es preciso que esten bien impuestos en las virtudes de su estado para que puedan iniciar á los demás en la ciencia. Ni aun bastan para ello á los novicios veinte y cuatro meses de reflexion y soledad. Terminado este tiempo de prueba exigen los jefes de la Compañía que se encierre el escolástico en una casa de estudios, y que allí se dedique á la literatura, matemáticas, teología, filosofía y física. Como todavía eran muy raras aquellas casas, excitó Bzrozowski los provinciales á que abrieran otras en todos los puntos favorables, queriendo que se sacrificaran algunos establecimientos fundados ya para aquella necesidad del porvenir. «No dudo que los establecimientos, «escribia desde Pololsk en 7 de setiembre de 1817 al P. de Clori«vière, hacen un gran bien, pero temo que el bien que hacemos al «presente nos ponga en estado de no poderlo continuar en lo suce«sivo. No hay hombre alguno, por mas hostigado que se vea por el «hambre, que no sacrifique una parte de su grano para sembrar sus «tierras á la vista del porvenir.—Pero ¿cómo sostener una casa de «estudios sin tener fondos seguros? Esta es, no hay duda, la mayor «dificultad; sin embargo debo contestar que por grande que sea no «debe arredrarnos, puesto que se trata de una obra que tiende evi«dentemente á la gloria de Dios. No tiene nuestra Compañía otro de«signio; procuremos, pues, hacernos dignos de los cuidados de la «divina Providencia, y ella no nos abandonará.»

Escribiendo el General en 18 de junio de 1817 al Provincial de Francia, imponia como condicion obligatoria á los jóvenes jesuitas el trabajo y una sólida instruccion. «No debemos perder de vista, «le decia, que queremos formar jesuitas, y que es la ciencia en un «jesuita absolutamente necesaria, cási tan necesaria como la misma «piedad. Quisiera, pues, que antes de formar nuevos estableci«mientos, se procurara eficazmente crear una casa de estudios, en «la que pudiesen nuestros jóvenes adquirir el saber que exigen nues«tras Constituciones. Debemos trabajar sólidamente y pensar en lo «por venir... Ha juzgado nuestro Santo Padre deber en las circuns«tancias presentes restablecer la Compañía; lo que no habrá sido «sin una inspiracion particular del Espíritu Santo, segun debe«mos presumirlo de un tan santo Pontífice. Tócanos, pues, á nos-

«otros cooperar al logro de sus designios, haciendo todos nues-«tros esfuerzos para restablecer efectivamente la Compañía de Je-«sús, esto es una compañía de santos y sábios operarios evangéli-«cos. Pero para unir la ciencia á la santidad, deben necesariamente «nuestros jóvenes tener tiempo y medios para hacer buenos y sóli-«dos estudios: es este punto decisivo y fundamental.»

Desde el fondo de la Rusia Blanca supo el General del Instituto seguir con ojo penetrante y seguro las necesidades de la sociedad moderna, y dictar desde ella todas las providencias necesarias, á fin de que sus hermanos de Europa las pudiesen satisfacer. Obliga, pues, á sus subordinados á crear una escuela normal en cada reino, para que pueda crecer en ella ufano el plantel de profesores distinguidos. Tal es el voto mas ardiente de Bzrozowski, así como tampoco lo es menos del P. Rozaven, asistente de Francia: sabe Rozaven por experiencia que en su patria todas las ideas han sido maleadas, y que es mas urgente que nunca hacer penetrar alguna deduccion lógica en aquellas cabezas exaltadas. Por esto escribió en 29 de diciembre de 1821 al Padre provincial Richardot:

«Es sin duda muy importante tener buenos profesores de teología; «con qué, segun mi opinion, lo que mas se necesita es un buen pro-«fesor de lógica; confieso que si no tenia mas que un sujeto igual-«mente apto para enseñar teología y lógica, no titubearia ni un «momento en hacerle enseñar lógica, por ser esta la base necesaria «de todas las ciencias superiores, y sin la cual no pueden adquirir «ninguna solidez. El jóven que sea un buen lógico será tambien un «buen teólogo, teniendo un profesor regular, y aun sin profesor; «pero el que deje de ser lógico no será nunca un buen teólogo, «aunque fueran sus profesores Suarez y santo Tomás. Podrá adqui-«rir conocimientos y erudicion, pero siempre carecerá de aquel «juicio seguro y de aquella exactitud de principio y expresion que «son tan indispensables á un teólogo...»

Luego terminaba Rozaven de este modo: «Debe hacerse de modo «que los jóvenes no sean destinados á los pequeños Seminarios, sea «para regentar ó vigilar, hasta despues de haber estudiado filoso-«fía: la regencia hecha antes de la filosofía nunca les será tan pro-«vechosa como si la hiciesen despues. No se me oculta que será esto «en un principio algo difícil, pero es preciso seguir con perseveran-«cia, aunque sea á expensas de algunos inconvenientes, porque segun «creo, no consiste solamente la ciencia del Gobierno en evitar los

«inconvenientes, sino tambien en permitirlos expresamente con la «mira de producir un bien mayor.»

Tal era el plan de los Jesuitas respecto de los profesores que iba la Compañía á crear en su seno; cuyo plan no carecia de prudencia y prevision, por lo que fue aceptado y seguido en todas partes. Creáronse en la mayor parte de las capitales centros de grandes estudios, y casas preparatorias para los escolásticos destinados á la enseñanza; los cuales quisieron además que asistieran á las clases de los hombres célebres en las letras ó en las ciencias. Hasta se fundó en París una casa donde los jóvenes jesuitas, bajo la direccion del P. Dumouchel, se dedicaron especialmente á las matemáticas y á la física. Binet, Leroy, Cauchy, Ampère, Haüy [1] y Querret, vinieron á ser, junto con Cuvier, sus maestros mas predilectos. No se veian aquellos jóvenes distraidos de sus trabajos intelectuales sino por la práctica de buenas obras; deleitándose en visitar los hospitales y los enfermos, en instruir los prisioneros, ó en dedicarse, durante las vacaciones, á los trabajos del apostolado.

Habia pedido la Órden de Jesús profesores dignos sucesores de aquellos á quienes se confiara la educacion en los siglos anteriores, y que tanto habian enaltecido el nombre de la Compañía; así es que á su vez se presentaron los escolásticos de Italia, Alemania y Francia. Hacia ya mucho tiempo que se experimentaba un deseo

[1] La mayor parte de esos sábios conocian á los oyentes que enviaba la Sociedad de Jesús á sus cursos, y quisieron dar al Instituto de Loyola una prueba de su afecto y de su liberalidad; pues ofrecieron dar lecciones particulares á los jóvenes que debian mas tarde propagar el gusto de las ciencias; y á causa de esta proposicion, hecha por el abate Haüy, contestó á ella el P. Richardot en 17 de noviembre de 1821 con la carta siguiente:

«Señor abate: he sabido por Mr. Dumouchel vuestra extrema bondad para «con él y los discípulos que le he confiado; es, pues, de mi deber manifestaros «mi viva gratitud por vuestra generosa oferta. Jamás me hubiera atrevido á «llevar tan alto mis miras, aunque conociese ya vuestro celo por el honor de la «Religion, y vuestro deseo de ver al Clero reconquistar la consideracion que «las ciencias en otro tiempo le habian procurado. Ahora veo que el celo no se «debilita, y que la caridad de Jesucristo os anima como en vuestros mejores «tiempos; por lo que podeis creer, señor, que sé apreciar debidamente vuestra muestra de señalado afecto, y que es mi gratitud sin límites. Tambien esos «jóvenes que destino á profesar las ciencias en lo sucesivo, penetrados del mismo sentimiento, lo perpetuarán entre sus discípulos; y vuestro nombre, tan «célebre en el mundo de las letras, será reverenciado entre nosotros de un modo particular.»

comun de ver adquirir al sistema de los estudios una uniformidad en todos los colegios de la Órden. Todos deseaban que se hermanasen las reglas trazadas por las Constituciones de san Ignacio y el *Ratio studiorum* con las necesidades y exigencias del siglo. Tal era el grave asunto puesto á la decision de las dos Congregaciones generales celebradas desde 1814 : la vigésima, en su decreto X, declara que sin hacer ningun cambio esencial en el *Ratio studiorum*, podrán no obstante hacerse en él algunas ligeras modificaciones exigidas por el progreso de los conocimientos humanos; hasta el mismo General fue encargado de reunir en Roma á algunos jesuitas de saber y experiencia para modificar su código de instruccion pública, dejando á las provincias el tiempo y el derecho de hacer las observaciones que juzgasen útiles, y dándose al propio tiempo algunas reglas provisionales en este sentido. El mismo voto que el anterior emitió la Congregacion siguiente, la cual con su decreto XV renovó la instancia de revision del *Ratio studiorum*, por lo que el P. Roothaan se apresuró á nombrar una Comision que se ocupara desde luego en tan importante trabajo. La Italia fue representada en ella por Manera, la Sicilia por Garofalo, la Francia por Loriquet, la Alemania por Van Hecke y la España por Gil, cuyos cinco Padres, célebres ya en la enseñanza, eran una garantía para la Compañía y para las familias.

Empezaron su obra á fines de 1830 : quitaron, modificaron y añadieron, sin que dejaran de ocuparse en lo referente á todos los estudios desde los superiores hasta los mas inferiores. La filosofía y la física de Aristóteles habia envejecido; así es que el nuevo *Ratio studiorum* debió reformar las reglas II, III, IV, V y VI, y se encargó al profesor de filosofía que se apoyara en estos principios de la antigüedad. Lo que acababa de hacerse respecto del Peripato, se hizo tambien respecto de algunas materias teológicas sacadas de la Suma de santo Tomás. No se prohibió su enseñanza; pero tampoco se creyó deber hacerla obligatoria á los maestros, á fin de dejarles la facultad de tratar de algunas otras cuestiones que hacian enteramente indispensables las aspiraciones de los ánimos y las exigencias de los tiempos. Acababan de sufrir las costumbres notables cambios; lo que habria hecho que la diferencia de los tiempos presentase como inaceptables prácticas buenas ó útiles por no hallarse en relacion con los usos ó costumbres actuales; todas estas prácticas fueron, pues, omitidas. Habia sido el teatro un poderoso medio para propagar las

lenguas griega y latina, así como para formar poetas y oradores: la regla XIII del Rector, en la que se trata de la tragedia y la comedia, fue suprimida; pero no indica esta supresion órden ni prohibicion.

La enseñanza moderna habia verdaderamente progresado, sobre todo en las matemáticas; así es que por medio de ingeniosas modificaciones ó por correcciones dictadas por las necesidades de su época, trazaron los Jesuitas nuevas reglas al profesor de matemáticas. Todas estas reglas fueron conformes al esplendor que las ciencias supieron conquistarse en el mundo, y las cuales abrieron ancho campo á los descubrimientos y á la aplicacion.

No bastaba el haber modificado; preciso era tambien hacer con prudencia algunas innovaciones útiles y saber conciliar en los sistemas mas opuestos lo bueno con lo bello: mision que fue sin duda la mas difícil de cumplir. No solo tenia por objeto el *Ratio studiorum* facilitar tal ó cual ciencia, sino que era un sistema completo para crear eruditos y oradores, maestros doctos y escolares que fuesen dignos de ellos; pues abrazaba en su generalidad el conjunto de los conocimientos humanos, é importaba por lo mismo aprovecharse de los beneficios del tiempo. Era el estudio de la Religion y de las ciencias sagradas entre los jóvenes jesuitas un deber del que el genio y el trabajo sabian hacerse una gloria. Las lenguas madres, tales como la hebrea y la caldea, habian sido siempre enseñadas en el Instituto; juzgóse que tanto para las necesidades de las misiones como para las de una educacion mas completa, debia añadirse el estudio de las demás lenguas orientales; y la regla VI del Provincial y la del profesor de hebreo nada dejaron, sobre este punto, que desear.

En su orígen no tenia la Compañía clases públicas de historia eclesiástica ni de derecho canónico, debiendo los que querian estudiar estas ciencias hacerlo en particular, lo que ocasionaba inmenso trabajo, á causa de ser mucho mas prolongado por este medio el estudio de la historia y de la jurisprudencia. No obstante, mucho tiempo antes de la supresion ya los Padres de la Compañía habian establecido clases públicas de derecho canónico. Era en otro tiempo una obra de supererogacion, que la regla IX del Provincial, § 2, hizo obligatoria á todos los escolásticos. Señaláronse algunas instrucciones en el *Ratio* al profesor de derecho canónico: los anales eclesiásticos, aun bajo el punto de vista cristiano, permiten la duda sobre algunos hechos de poca gravedad, pero que las leyendas han popu-

larizado. Llegó la discusion cási en el tiempo mismo en que se debilitaba la creencia; y la Iglesia apeló á la luz para conocer los acontecimientos que no habian sido sometidos todavía á una juiciosa crítica. Procuró descubrir á las edades futuras aquellas relaciones misteriosas de las que se hacian una arma los adversarios del Catolicismo: á este fin se prestó la Iglesia á la controversia, y abrió el tesoro de sus archivos, á fin de que los sábios pudiesen disipar el cáos sostenido por la ignorancia en perjuicio de la fe. Los Jesuitas se asociaron á esta idea, y la regla VI del profesor de historia eclesiástica dió toda la latitud posible á la imparcialidad de los juicios. «Al «examinar, dice esta regla, la autoridad de los escritores y el valor «de los actos, empleará el profesor una crítica exenta de toda preo«cupacion, equitativa y moderada.»

Este eclectismo en los hechos, encargado á los escolásticos que difundirán mas tarde las luces de la instruccion en el ánimo de la juventud, tendió á inspirarles una piedad ilustrada y sólida, á fin de que les fuese mas fácil precaver á los demás contra un naufragio en la fe y las costumbres. La misma precaucion se adoptó con respecto á los profesores de metafísica y ética, donde no se trata de discutir humanamente las fechas, las relaciones, ni las creencias populares, y en cuyas ciencias se limitan todas las cuestiones á la moral filosófica. Dios, su existencia y sus atributos; la necesidad de la revelacion, la verdad y la credibilidad de la religion cristiana; el fin ó la beatitud del hombre; la moralidad de las acciones humanas; la ley natural; los deberes del hombre para con Dios, para con sus semejantes y para consigo mismo son los textos que debe el profesor dilucidar.

Como los deberes de la humanidad son mas inmutables que sus pasiones, no debe sufrir la filosofía las variaciones continuas á que están expuestas las demás ciencias, las artes y la literatura. Así es que lo que era hermoso y de actualidad la víspera, se ve ya al dia siguiente á menudo decrépito y feo; por el contrario lo que es verdadero en su esencia, es siempre verdadero: y esa verdad, eterna como el Ser, domina toda discusion, por mas que sea la discusion la que ha engendrado el espíritu de argucia. La escuela se habia lanzado en un mundo de problemas que hacia cási inaccesible el terreno de la ciencia filosófica; de modo que con todos los hombres de su época, pasaron los antiguos Jesuitas bajo el yugo de esa ley proclamada en las cátedras de los maestros mas famosos de Alema-

nia, Francia, Italia y España. Una revolucion acababa de operarse en las ideas; se simplificaba la enseñanza, se prescindia de todas las antiguas tradiciones de escuela; se acababa con un pasado de dilemas, de juegos de imaginacion, y de silogismos inútiles. Apresuráronse los Jesuitas á hacer este sacrificio que no debió ser muy costoso á su prudencia y á su razon. Añadióse á todas las reglas señaladas al profesor de filosofía otra, ó sea la XIV, así concebida: «Debe procurar en todas las cuestiones que presenten los alumnos «objeciones sérias y sólidas, que se expresen en términos claros y «precisos, y que eviten las sutilidades y vanas argucias.»

Verificada esta separacion, entraron los Padres en un nuevo órden de ideas. Para la regla XXVII establecieron que el profesor de moral filósófica «diera á sus alumnos principios generales del de«recho público.» De modo que ninguna de las grandes cuestiones que mas aguzan las inteligencias debia permanecer extraña á los Jesuitas ni á sus discípulos; por el contrario, procurarán profundizarlas con madurez y las desenvolverán con prudencia, por ser el exámen de estos principios muy fecundo en revoluciones.

La revision del *Ratio studiorum* debia ocasionar notables cambios en el sistema de educacion religioso y filosófico de la Compañía; asimismo los causó no menos notables en el plan trazado á los profesores de física. No era en otros tiempos la física mas que una parte accesoria de la filosofía; pero como el estudio de las ciencias habia logrado un progreso real, procuraron los Jesuitas secundarlo. En la regla XIX del Provincial se añadió que los Padres encargados del exámen de los aspirantes al grado de profesor deberian tener presente el decreto décimoctavo de la vigésimaprimera Congregacion general concerniente á la aptitud del profesor de física. En la regla XX se encarga muy particularmente el estudio de las matemáticas como preparatorio para la física, y se previene hacerlo en lo posible ameno á fin de que tenga mas atractivo para los que deseen consagrarse á esta ciencia. La regla XXXIII previene procurar á los escolásticos todas las obras é instrumentos necesarios para el estudio de la física y la historia natural.

No se habia mejorado, por desgracia, tanto el estado de las clases elementales; porque las Universidades, como todos los cuerpos privilegiados, se oponian al progreso, permaneciendo estacionarias por temperamento y por cálculo. Demostraba, sin embargo, la reflexion á los Jesuitas que sin innovar demasiado el sistema de edu-

cacion primaria, debian no obstante corregirse en él algunos abusos por ser de absoluta necesidad. Así es que nadie se acordaba en los colegios de dedicarse al estudio de la lengua materna; sino que se limitaba á los niños al estudio del latin, pasaban los años en los autores griegos ó romanos, se les enseñaban por rutina las lenguas muertas, los hechos y costumbres, la geografía y la historia de los antiguos pueblos, infundiéndoles así un sentimiento de admiracion por Esparta ó por Roma. Habian seguido paso á paso las revoluciones de Atenas y Persia, mientras que ignoraban los acontecimientos de que habia sido teatro su propia patria. Sabian todas las fábulas que tenian relacion con los héroes de la antigüedad, al paso que los anales de Europa, así como los del mundo moderno, eran para ellos un libro cerrado y del que no habian visto una sola página. Los Jesuitas, que conocieron desde luego esta deplorable incuria, trataron, tan pronto como tuvieron un colegio á su disposicion, de tomar una útil y provechosa iniciativa. Las reglas XII, XVIII y XXVIII, concernientes á los profesores de clases inferiores, dieron al traste con tan rancias costumbres, encargando el estudio de la lengua del país, la pureza del lenguaje en las traducciones, una buena pronunciacion, la lectura, y luego comentar en alta voz los mejores autores nacionales. Lo que fue obligatorio para los niños, vino á serlo tambien para los jóvenes mas adelantados, como lo demuestra la regla I prescrita al profesor de retórica.

La experiencia habia decidido á los Jesuitas á hacer algunas innovaciones que deseaban fuesen en breve sancionadas por la misma experiencia; no recibieron estas fuerza de ley hasta despues de haber sido sometidas al ensayo. Cuando hubieron terminado los cinco Padres de la Comision sus trabajos sobre el *Ratio studiorum,* fue esto examinado y discutido por el General y sus asistentes; y luego en 25 de julio de 1832, dirigió el P. Roothaan la nueva edicion á todos los hijos de Loyola, escribiéndoles al propio tiempo para explicarles las causas que habian decidido al Instituto á conformar su antiguo método á las circunstancias presentes.

«¿Podríamos nosotros, en efecto, les decia en su carta, aprobar «y adoptar en nuestras escuelas todos los nuevos sistemas que de «cincuenta años á esta parte se han disputado sucesivamente el cam«po de la enseñanza y la educacion de la juventud? ¿Cómo seria po«sible que métodos que se combaten y excluyen entre sí viniesen á «ser el norte de nuestros trabajos?»

Al considerar los tristes resultados obtenidos por esa infinita variedad de sistemas en los estudios superiores, que hicieron olvidar la sana lógica y la severa dialéctica, y que, en las clases secundarias, tuvieron por único objeto enseñar artificialmente mucho en poco tiempo y con el menor trabajo posible, añade Roothaan: «Son «mucho menos métodos nuevos que invenciones funestas á la Reli«gion, al Estado, y á la juventud. Si no nos es permitido, si no «puede convenirnos admitir esos nuevos métodos en lo que tienen de «contrario á la verdadera y sólida instruccion de la juventud y á los «fines que se propone la Órden de Jesús al procurarla, imposible «nos seria, aun aceptando esos sistemas, contentar á los innovadores, «puesto que no disienten menos entre sí de lo que disienten de los «antiguos, y que por lo mismo exigen tambien cosas opuestas y «que se repelen entre sí. Sin embargo, bajo ciertos puntos que no «afectan la esencia de una instruccion sana y recta, la exigencia de «los tiempos nos obliga á renunciar á los usos de nuestros padres. «Este prudente modo de obrar no nos está prohibido; antes por el «contrario podemos seguirlo por hallarse conforme á nuestra insti«tucion, la cual solo tiene por objeto la mayor gloria de Dios.

«Así es que muchos puntos que no eran discutidos en otro tiem«po en las ciencias superiores, son hoy dia atacados con la mayor «vehemencia, y deben ser sostenidos con pruebas y razonamientos «sólidos. Otras cuestiones hay que servian en otro tiempo mas bien «para ejercitar los alumnos á la discusion que para hacer triunfar la «verdad; estas han sido hoy dia abandonadas para ocuparse en su «lugar de lo que es verdaderamente útil y necesario. Debe consa«grarse mucho mas tiempo á las ciencias físicas y matemáticas; y si «nuestra Sociedad jamás consideró semejantes estudios como impro«pios de su Instituto, ¿cómo podríamos descuidarlos nosotros hoy «dia cuando no podrian, sin ellos, conservar nuestras escuelas su «reputacion ni corresponder dignamente á la confianza pública?»

La mayor parte de las prescripciones del nuevo *Ratio studiorum* habian ya sido puestas en práctica antes de tener forma de ley. En los establecimientos escolares y en los colegios se habian hecho grandes innovaciones debidas al progreso y á la necesidad de los tiempos, sin descuidar empero nada de cuanto exigia una instruccion pura y sólida. Como antiguamente, estaban todos los jóvenes que entraban en la Sociedad de Jesús obligados ó sometidos á una prueba de dos años, la cual consistia en consagrarse enteramente á los

ejercicios de la vida ascética, á fin de inculcarles las virtudes religiosas. No se les exigian sentimientos ó apariencias de una piedad exterior, sino un verdadero fervor católico y una abnegacion enteramente cristiana. Transcurridos aquellos dos años de silencio y retiro, se entregaba el novicio, convertido ya en escolástico, con nuevo ardor al trabajo de la inteligencia. Si bien tenian los superiores la mision de inculcarle la virtud y el saber, pero no obstante dejaban á cada cual su carácter y la inclinacion particular de su talento. Durante el primer año del escolasticado, debia el novicio repasar sus estudios clásicos apenas bosquejados en los colegios. Luego se entregaba á aquellos estudios que tenian para él mas atractivo, desarrollando así bajo la vigilancia de experimentados maestros los talentos que debian impulsarle hácia la literatura ó las ciencias. Apenas cumplido aquel tiempo, llamado en la Compañía, Juvenato, empezaba el jóven jesuita su curso de regencia : y si anunciaba disposicion para la elocuencia del púlpito, si hacia presentir que habia nacido orador ó que tenia al menos todos los medios para poder serlo, se le confiaba por espacio de dos, tres ó mas años una clase de humanidades ó de retórica. Luego se le destinaba para la clase de teología, la cual le hacian regentar sus superiores durante algunos años á fin de madurar su razon y fortalecerle en los estudios sagrados. Los Padres de la antigua Compañía habian adquirido por medio de largos ensayos la prueba de que aquella laboriosa soledad era la sancion que debia darse á la elocuencia: Bourdaloue y todos los príncipes de la palabra lo habian experimentado, y por esto siguieron los nuevos Jesuitas su ejemplo. Dejábase por fin un año mas á los futuros oradores para alimentarse con los santos Padres y con todos los grandes modelos que les precedieron. Llenados estos preliminares, descubríase el hombre de energía y de conviccion por haber tenido ya el tiempo de meditar y profundizar las verdades eternas que iban á brotar de sus labios ; sin lanzarse, como hijo extraviado de la inspiracion, en un púlpito donde á veces el culto de lo bello y de lo verdadero se ve sacrificado á quiméricas imposibilidades y á falaces utopias de alianza fraternal. Nótanse en el orador jesuita mas bien enseñanzas prácticas que teoría, sin que se le vea nunca entregarse á los desvíos del celo ni á las intemperancias de la improvisacion : en él son comprendidas todas las palabras, sin que se noten en todo su discurso una frase, una expresion, ni aun quizás un gesto, á los que pueda darse una falsa interpretacion. Seguro de

sí mismo como de sus preceptos, procura dominarse á sí mismo antes de dominar á los demás ; siendo esta fuerza íntima la que hace á los discípulos del Instituto tan poderosos en presencia de tantas pasiones religiosas, políticas ó literarias, en las que les seria tan fácil conmover para atraerse los aplausos de la multitud.

Trazada está ya la senda de los predicadores, sin que ofrezca mas dificultades el camino que los demás novicios deben seguir : los escolares que terminan los cuatro años de teología y que tienen marcada aptitud para alguna ciencia especial, sufren aun nuevas pruebas de trabajo y meditacion antes de abrírseles el dilatado campo del ministerio de las almas. Encárganseles estas delicadas funciones en la madurez de la edad, y cuando no tienen necesidades ni ambicion alguna que satisfacer, por estarles prohibidas las dignidades de la Iglesia, por haber renunciado á ellas en virtud de sus votos ; pudiendo así aparecer en el mundo como verdaderos guias del cristiano y modelos vivientes del sacerdote.

Al entrar en el noviciado los Padres de la Sociedad de Jesús, se sujetan á un plan de estudios y de conducta al cual no pueden hacer ningun cambio, ninguna modificacion, siendo el *Ratio studiorum* el código de los profesores, así como lo es tambien de los discípulos que frecuentan los colegios del Instituto. En un siglo en que los principios son, como las soberanías, puestos á cada momento en duda, no puede menos el método adoptado por los Jesuitas de ofrecer á las familias ventajas incontestables. Sin suponerlo mejor que el de las Universidades, debe no obstante confesarse que encerraba este método un gérmen de salvacion, teniendo por base una estabilidad que en vano se busca en parte alguna; no desatiende las mejoras ni los adelantos ; antes por el contrario echa mano de ellos y los emplea en su unidad de miras, en su unidad de plan, en su perseverancia por el mismo camino. Los últimos aprovechan las luces de la experiencia de los que los precedieron ; habiendo entre ellos una tradicion de familia para los medios que debian emplearse, y así los hombres como las ideas todo tiende á un mismo punto, todo marcha de comun acuerdo á un mismo objeto. Los Jesuitas, así en sus noviciados como en sus casas de educacion láica, no tienen ninguna vanidad que satisfacer, ningun interés que procurarse ; hé aquí por qué no se exponen á ninguna oscilacion de partido ó de sistema, ni se agitan por asegurar el triunfo de sus ideas buenas ó malas, porque ya saben que el tiempo solo las legitimará. No llegan nunca al poder pa-

ra destruir lo que sus predecesores edificaron, y que como sucesores hipotéticos del Gobierno procuraron sostener en lo posible. La autoridad, que siempre debe ser una y respetada, no se deja discutir, absolver ni condenar públicamente: obra con reserva sin comprometerse, es prudente porque se ve fuerte, é inspira confianza á los demás, porque sabe tenerla en sí misma.

Conocen los Jesuitas el carácter de los niños; así es que no ignoran que para dominar su voluntad atolondrada es preciso respetar en parte su turbulencia natural y la que desarrolle en ellos el instinto de las revoluciones. De este modo habian gobernado las pasadas generaciones en aquellos siglos pasados de calma y de verdadera paz; nuevas causas han venido á afirmarles, aun mas enérgicamente, en este gran principio de seguridad. Nunca fue la educacion para los Jesuitas un estado ni medio de hacer fortuna, sino tan solo una necesidad social: quisieron mejorar la humanidad, y no especular con el deseo que cada hombre tiene de ver participar á sus hijos del beneficio de la instruccion pública. Libres de todo cuidado terreno, y hallando en esa juventud solícita, que acudia de todos los puntos á la vez, una familia y tiernos amigos, no llevaron los Jesuitas nunca sus votos mas allá del horizonte que se limitaba: insiguiendo el precepto de Horacio circunscribieron una grande esperanza en un estrecho círculo; y sin secundar miras ni ambicion personal, procuraron extender el reino de la virtud propagando el amor de los deberes y de las bellas letras.

Era en verdad una mision difícil, pero no por ello dejaron de darle honrosa cima. En el cuarto volúmen de esta historia hemos referido los medios é ingeniosos artificios que supieron poner en juego para convertir en placer ese árido trabajo al cual está la infancia condenada. Apenas se halló reconstituida la Sociedad de Jesús, cuando se vió á sus hijos mas distinguidos dedicarse con indecible dicha á la educacion de la juventud; así es que los que les sucedieron en aquel cargo se hicieron un deber en seguir sus huellas. Pronto los colegios del Instituto adquirieron una incontestable superioridad; con mérito igual entre los profesores universitarios y los de la Compañía, que es lo que se debe suponer, esa superioridad debia evidentemente resultar de la perfeccion siempre progresiva del plan así como de la estabilidad de los principios. Tanto en el colegio Romano como en Saint-Acheul [1], en Friburgo y en Clongowes, en

[1] Con maestros tan hábiles como los Jesuitas, las clases de los diferentes

Brugelette como en Madrid, en Nápoles como en Stonyhurst, en Turin y Polotsk, como en Génova y en Tarnopol, nunca se separaban los Jesuitas de la senda trazada. Esa apariencia de inmovilidad que vino á ser para los jóvenes una fuerza atractiva á la cual no osaron sustraerse, nunca impidió al Instituto tomar la iniciativa en todas las mejoras. Hasta dieron los discípulos de Loyola á la Universidad de Francia algunos preceptos que el filósofo Cousin, ministro enton-

establecimientos confiados al Instituto de Loyola se elevaron rápidamente al mas alto grado de prosperidad : tenemos en nuestro poder muchas composiciones sobre todos los objetos y en todas las lenguas, que demuestran hasta la evidencia esos progresos. Sin embargo, solo citarémos una que se remonta al año 1815 : tal es la composicion titulada, *El pájaro en la clase*, que un alumno de retórica de Saint-Acheul, hoy el P. Albino Leroux, de la Compañía de Jesús, compuso bromeando, y que el *Hermes romanus* recogió como una buena fortuna. Esta pieza de versos latinos, que no desaprobarian muchos profesores, y que otro mayor número de ellos no podrian igualar, fue hecha con motivo de haber entrado un gorrion por la ventana en la sala de estudio.

«At diversi animi trahunt juventam.
Pars, sed rara tamen, fugit labores;...
Si qua forte oculos severus argus
Avertat, leve vulgus æstuare,
Raucæ parcere nec loquacitati :
At vir respiciat, silens, residunt.
Sed pars multa libris libenter acres
Sudant; nam culices, genus molestum,
Nequicquam volitant per ora circum :
Illos marmora stare dura credas.
Tum decepta locos per insuetos
Circumfertur avis volans vagansque.
Flectit mille vias, fugamque tentat
Mendaces, malesana, per fenestras :
Petebat vitro pipilans, et ungue
Et rostro, trepidantibusque pennis.
Vulgus, tunc operum immemor, volucrem,
Vestigans oculis, hiabat ore :
Necnon undique passerem ad misellum
Carthæ, pileoli, libri volabant,
Et per scamna susurrulus strepebat,
At custos rigidus cathedra ab alta,
Vultu, voce, manu increpat, minatur,
Incassum! ora animosque captat ales.
Romanum populum tumultuantem
Frustra non secus ipse sæpe consul
Tentabat retinere, jactitando
Sævas terribili manu secures.
En passer pueri in sinum, vigore
Effoeto, cadit...»

ces de Instruccion pública, procuró adoptar, ocultando á todas las miradas el orígen de aquellos modelos. Aplicaban los Jesuitas sin rumor las innovaciones que su experiencia les hacia creer útiles, sin que sacaran de ellas otro partido que el bien de la juventud; al paso que otros explotaban sus ideas para la gloria del amor propio ministerial.

Así es que en 1838 formularon los Padres del colegio de Brugelette en Bélgica un nuevo plan de estudios que publicaron en 1839: hélo aquí en toda su sencillez:

«La enseñanza se divide en tres cursos principales:

«El *curso preparatorio*, que comprende los elementos de gramáti-«ca francesa, historia, geografía, aritmética, y los primeros prin-«cipios de la lengua latina. Deberá durar este curso todo el tiempo «necesario, ó sea hasta que el niño sepa escribir correctamente su «lengua, y que esté su inteligencia bastante desarrollada para em-«prender el estudio de las letras.—Los jóvenes educandos de este «curso siguen un reglamento propio de su edad.

«El *curso de las letras*, que comprende la gramática, poesía y «elocuencia. Debe estudiarse la gramática por espacio de tres á cua-«tro años, segun la capacidad y progresos del discípulo, el cual «aprenderá entonces las lenguas francesa, latina y griega; consa-«grándose los dos años siguientes á la poesía y la elocuencia. Se en-«seña la aritmética en las clases de gramática, los elementos de álge-«bra y de geometría en las de humanidades, y la historia y la geogra-«fía mientras dure el curso. Se procurarán toda clase de profesores «de lenguas modernas á los que deseen dedicarse á este estudio, «con tal que sean juzgados aptos para hacerlo con aprovechamiento.

«El *curso de las ciencias*, que es de dos años. Comprende los cur-«sos de filosofía, matemáticas, física, química é historia natural «particulares á cada año, y conferencias sobre la Religion, la his-«toria y la literatura, comunes á los dos años.

«Un gabinete de física, un laboratorio de química, colecciones de «mineralogía, de conquiliología y zoología, ofrecen á los alumnos «medio de estudiar con tanto interés como fruto las ciencias físicas «y naturales.

«Si se presentase un número suficiente de jóvenes para formar «tercera clase de filosofía, deberian hacérseles seguir los cursos es-«peciales que se indican en el programa general del curso de estu-«dios del Colegio.»

Mr. Cousin, canciller de la Universidad, era el antagonista sistemático de los Jesuitas; con todo, no pudo menos de adoptar aquel plan tan sábiamente concebido, aunque procuró ocultarlo bajo palabras mas sonoras, al trazarlo como si fuera obra suya. Mr. Villemain, que le sucedió en el Ministerio, procuró desde luego separarse ó anular el plan que su predecesor en su conjunto y detalles habia adoptado de los discípulos de Loyola. En 27 de agosto de 1840 dirigió Mr. Cousin á los directores de las academias una circular en la cual hacia conocer el nuevo reglamento de estudios que debia seguirse en los colegios reales y en los comunales que se hallasen en pleno ejercicio. Esta circular, débil paráfrasis del plan de los Jesuitas de Brugelette, estaba concebida en estos términos:

«Señor Rector, debo llamar vuestra atencion respecto de las mo«dificaciones hechas en el Reglamento de estudios de los colegios en «virtud del decreto que os comunico.

«Es incontestable que la educacion no es verdadera ni completa, «si no abraza, con los estudios clásicos propiamente dichos, suficien« tes conocimientos de matemáticas, física, química é historia natu«ral. Pero ¿cómo es posible que la enseñanza científica pueda com«binarse con la enseñanza literaria en la economía del colegio? Tal «es el problema muchas veces presentado, y siempre diversamente «resuelto: hé aquí la práctica actual:

«En los colegios de París se enseñará la historia natural en el «quinto y sexto años; así como en los colegios de provincia en el «tercero. La aritmética se enseñará en París en el cuarto y en el «tercero en los departamentos; la geometría en el tercero y en el se«gundo en París, y solamente en el segundo en los departamentos; «la química en el segundo en París solamente, y la cosmografía en «el curso de retórica en todos los colegios. Finalmente en todas «partes corresponde el curso de física al año de filosofía; porque ya «comprenderéis, señor Rector, que las clases de matemáticas ele«mentales y las matemáticas superiores están particularmente reser«vadas para los alumnos destinados á las escuelas especiales, y son «mas bien anexas que íntimamente unidas al colegio. En rigor no «deben, pues, contarse en el curso ordinario de los estudios, cuyo «fin es el bachillerato: á mas de que es evidente hasta en teoría, «que este plan de estudios científicos y clásicos es enteramente de«fectuoso. La química enseñada dos años antes que la física es una «verdadera anomalía: la historia en el sexto año es cuando menos

«inútil, por ser ya enteramente olvidada cuando se estudia física y «filosofía. La enseñanza de la aritmética y de la geometría en el «tercero y en el segundo confunde los estudios tan variados de grie«go, latin, francés é historia de lenguas vivas, para los cuales son «apenas suficientes estas dos clases. Finalmente despues del segun«do cesa toda enseñanza de matemáticas, casualmente en tiempo en «que la edad de los educandos y las fuerzas crecientes de su espíri«tu les harian esta enseñanza mas útil y conveniente.

«Tales son las objeciones sólidas que hace la teoría á la combina«cion actual, objeciones que todas quedan confirmadas por la expe«riencia de muchos años. Dos puntos son los que quedan hoy dia «fuera de toda duda, segun las relaciones de los inspectores gene«rales y de los provisores:

«1.° Las partes de enseñanza científicas repartidas desde la sexta «clase hasta la retórica inclusive no producen ningun buen resulta«do; 2.° esta enseñanza accesoria, infructuosa en sí misma, perjudi«ca considerablemente los estudios clásicos; por lo que, señor Rec«tor, ha sido preciso buscar otra combinacion.

«Es un principio reconocido el que los estudios deben ser propor«cionados á la edad de los discípulos. Es tambien otro principio re«conocido que en una misma edad deben ser todos los estudios «análogos, á fin de producir una impresion mas viva y duradera. «Hé aquí por qué la experiencia general ha señalado primero los es«tudios clásicos, con tanta propiedad llamados humanidades, porque «forman al hombre y cultivan á la vez en él la memoria, la imagi«nacion, el talento y el corazon. La filosofía, las matemáticas y «las ciencias físicas y naturales deben seguir despues, por ser mas «propias y adecuadas á la reflexion naciente. Tal me ha parecido el «plan verdadero y regular de los estudios del colegio; por lo tanto «no he titubeado en suprimir todos los accesorios científicos distri«buidos desde la sexta clase hasta la retórica, á fin de robustecer «por este medio la enseñanza clásica; asimismo he reunido en «el año de filosofía toda la enseñanza científica que viene á ser en«tonces mas importante y séria. Habrá tres clases semanales de ma«temáticas, la química estará comprendida con la física y con la «historia natural; y estas diversas enseñanzas, unidas á la filosofía, «se prestarán un mútuo apoyo, y prepararán á los alumnos para el «bachillerato.

«Este plan, señor Rector, seria completo y definitivo si institu-

«yese dos años de filosofía, en lugar de uno solo. Entonces las dife-«rentes enseñanzas reunidas en este solo año se desenvolverian me-«jor y podrian hacerse obligatorias á todos los discípulos. Esta adi-«cion de un año podria ser útilmente compensada con la supre-«sion de una de esas clases elementales, en las cuales es tal vez «prematuro el estudio del latin. Me parece que seis años de estu-«dios desde la sexta clase hasta la retórica, junto con el curso pre-«paratorio de la séptima, deberian ser suficientes. Las clases que se «han establecido en diferentes colegios bajo el nombre de octava «y hasta de novena, deben ser completamente libres de todo estu-«dio latin, y ofrecer una instruccion primaria de un órden elevado, «á fin de complacer á las familias que no quieren enviar sus hijos á «las escuelas ordinarias.»

Una sola diferencia existe entre estos dos planes de educacion, que no redunda por cierto en ventaja de Mr. Cousin, al cual no le impide su eclectismo prohijar las ideas de algunos oscuros discípulos de san Ignacio. Consistia esta diferencia en que en lugar de suprimir enteramente las lecciones de matemáticas, física, química é historia natural en las clases inferiores para agregarlas á la filosofía, quieren los Padres de Brugelette que se dén á los niños nociones elementales de aritmética usual y de geografía, nociones indispensables á toda edad. Prescindiendo de este ligero cambio, que fue tal vez un cálculo, era el proyecto de Mr. Cousin enteramente igual al de los Jesuitas; y si no ha habido remedo, debe al menos confesarse que no están los Padres de la Compañía tan atrasados en materia de educacion, cuando adelantan en esta via de progresos al gran Canciller de la Universidad y al elocuente traductor de Platon, su adversario.

El Ministro de Instruccion pública en Francia hizo á los Jesuitas un homenaje tácito: en el mes de marzo de 1845, la *Gaceta de Instruccion pública* se expresó con bastante franqueza, al examinar el curso de estudios del colegio y del pensionado de Friburgo, puesto que se atrevió á decir: «Véase que no carece de extension ni varie-«dad. Si por una parte son poco conocidas las obras teóricas adop-«tadas para la enseñanza de las lenguas, obras que no se siguen en «nuestros colegios; debe reconocerse por otra parte que ofrece en «su conjunto este curso de estudios algunas notables mejoras, y que «llena diferentes vacíos que se notan en nuestra enseñanza universi-«taria.

«Grande es la atencion que ponen los reverendos Padres en la en-«señanza de la lengua y en el estudio de la literatura francesa: no «dejan en todas las clases de ejercitar á los alumnos en la ortografía, «el análisis lógico y gramatical, y las diferentes clases de composi-«cion francesa; sin limitar su enseñanza á los estrictos preceptos «de la gramática y la retórica. Desde la tercera clase enseñan ya «á los alumnos las reglas del estilo epistolar, el cual les hacen cul-«tivar por medio de frecuentes ejercicios: reciben en la segunda «nociones completas de literatura, y les hacen repasar todas sus di-«ferentes clases así en prosa como en verso. Estudian en la retórica «con extension los preceptos del arte oratorio, y en particular la «elocuencia del púlpito, del foro y la tribuna. Para los talentos des-«cuidados se adoptan tambien algunas medidas cuyos resultados pue-«den ser preciosos para el porvenir de los jóvenes, tales son la lec-«tura en alta voz y la declamacion, que son en cada clase objeto de «estudios especiales. Los principios, bajo los cuales se enseña la his-«toria, están indicados por las mismas obras continuadas en el pro-«grama.

«El curso de la filosofía de la historia, dice el prospecto, al pre-«sentar los acontecimientos históricos en su enlace moral y provi-«dencial, da un conocimiento profundo segun los verdaderos prin-«cipios.

«En cuanto á la eleccion de los autores, se compone esta en gran «parte de autores franceses, latinos y griegos, seguidos en nues-«tros colegios, sobre todo para el bachillerato. Otros autores hay, «tales como Juvenal, Persio, Tíbulo, Cátulo, etc., que á pesar de «no ser adoptados en nuestros establecimientos, son explicados en «las clases superiores.»

Segun opinion, pues, de los mismos universitarios de Francia, la Compañía de Jesús en sus colegios de Suiza y de Bélgica marcha á lo menos á la par con ellos sobre la instruccion; otro universitario nos demuestra tambien en 12 de noviembre de 1845, que la enseñanza dada en las Dos Sicilias por los Jesuitas no cede en mejoras ni en brillantes resultados á la que se impone y vende á los súbditos del reino Cristianísimo. Se ha proclamado de mil distintos modos que la Italia moderna era un país en el que solo se conocia el goce y la ignorancia: tambien Nápoles se ha llevado una gran parte en estas invectivas cosmopolitas. Sin conocer siquiera las costumbres del país, los folletinistas y novelistas insultaron á entrambos

países por el mero hecho de que no habian adoptado sus leyes, sus usos y sus preocupaciones; maldijeron unos al sol que vertia sus mas benignos rayos sobre ese pueblo de príncipes y lazzaroni; al paso que otros deploraron el embrutecimiento intelectual de los habitantes de la antigua Parténope que se negaban á sacudir el yugo de los Borbones y de los sacerdotes. Se compadeció y calumnió á los napolitanos por mostrarse poco dispuestos á confiar su felicidad en los vaivenes de las revoluciones y de la impiedad que tan amargos frutos les habian producido. Se hallaban demasiado próximos al Vesubio para dejar fermentar en el corazon de sus ciudades otros volcanes constitucionales, mucho mas peligrosos aun que el Mongibello. Por esto la Europa liberal les dotó de una pereza voluptuosa, por haber mirado á los napolitanos al través de la atmósfera de sus prevenciones ó de sus errores, que no quisieron ellos compartir.

Encargado Mr. Petit de Baroncourt por el Ministro de Instruccion pública, á fines de 1845, de visitar los diferentes establecimientos de educacion que habia en el reino de las Dos Sicilias, dirigió su relacion al gran Canciller de Francia. Al verse obligado á comparar el francés los resultados obtenidos por los universitarios napolitanos y por los Jesuitas, se expresa de este modo: «Depende la Universi«dad del ministerio del Interior, sin que ejerza cási ninguna influen«cia en el nombramiento de sus miembros; solo confiere los grados «en las diversas facultades, y ejerce jurisdiccion sobre los colegios «y las escuelas privadas. Hállanse á su frente un presidente de Ins«truccion pública, un Consejo general *(Giunta di publica instruzione)*, «un secretario general de la Universidad, y algunos inspectores ge«nerales y particulares. Los cursos públicos de las facultades duran «siete meses; los de la facultad de letras no tienen mas que un curso «de literatura griega, y otro de literatura italiana; y lo que es un «vacío muy significativo es el no haber cátedra de historia.

«Los colegios de la Universidad son en número de diez y siete: «llevan cuatro de ellos el nombre de liceos, por enseñarse allí filo«sofía y los elementos de las ciencias físicas y matemáticas; los de«más, destinados exclusivamente al estudio del latin y del griego, «conservan los discípulos hasta que deban estudiar retórica; tam«bien el estudio del griego puede decirse que es facultativo, por «no exigirse en los exámenes mas que á los destinados á ciertas «profesiones especiales, tales como la medicina. El estudio y la «literatura italiana, la lengua francesa, y cuatro nociones de geo-

«grafía y de historia sagrada, completan las precedentes indica-«ciones.

«La administracion interior de los colegios está confiada á algu-«nos eclesiásticos cuyo jefe lleva el nombre de Rector; únicamente «los profesores son ó pueden ser láicos. Si tomamos por modelo el «liceo *del Salvatore* que se halla en la capital, muy triste será por «cierto la idea que nos formarémos de los colegios de la Universi-«dad de Nápoles.

«Parece no tener este liceo una existencia propia; no tiene nin-«gun edificio que le esté especialmente anejo, los discípulos pensio-«nistas deben vivir en el tercer piso y sobre las salas mismas de la «Universidad, sirviéndoles de dormitorios las salas de estudios, de «modo que el extremo de las mesas tocaba al pié de sus camas. Se «tienen las clases en el primer piso en salas contiguas á las oficinas «de la Universidad y que dan salida á un patio interior. El colegio «de los Jesuitas contiene vastos jardines, una alta iglesia que hace «esquina á cuatro diferentes calles y cuyo principal frontispicio es «uno de los mas magníficos de Nápoles despues del del palacio Real. «Si se atiende al número de los discípulos, no es menos notable la «diferencia que media: el uno de los dos colegios está en la mayor «prosperidad, mientras que el otro está en la mas completa deca-«dencia, como lo demuestra la mezquina pension que en él se exi-«ge de seis ducados por mes.»

El paralelo establecido entre la Universidad siciliana y la Sociedad de Jesús continúa y se extiende hasta el cuerpo enseñante de Francia. El plan seguido por los hijos de san Ignacio es el mismo que siguen todos los colegios del Instituto; solamente que en Nápoles debe obrar sobre naturalezas á las cuales la belleza del clima hace mas afeminadas y menos propias para las ciencias. Luego Petit de Baroncourt añade:

«Veamos ahora los establecimientos que no están bajo la depen-«dencia del Estado.

«Tales son, en primer lugar, los dos colegios dirigidos en Ná-«poles por los Padres Barnabitas y el que pertenece á los religiosos de «las Escuelas pias (Scolapii); los mas dignos que hay, empero, de «fijar la atencion son los establecimientos dirigidos por los Padres de «la Compañía de Jesús. Poseen estos cuatro colegios en el reino de «Nápoles, á saber: en Nápoles, Lecce, Aquila y Salerno; tenien-«do además quince colegios en Sicilia: el colegio de Palermo so-

«bre todo es un establecimiento magnífico, cuyas riquezas son con-
«siderables, teniendo además una biblioteca que es la admiracion
«de los extranjeros.

«Contiene la casa de Nápoles [1] cerca de ochenta alumnos pensio-
«nistas; se le da el nombre de *Colegio de Nobles*, por no admitirse
«en él mas que á los hijos de las mas ilustres familias. Recibe ade-
«más en las clases mil doscientos externos á lo menos, los cuales si-
«guen el curso gratuitamente; segun uno de los Padres, sábio pro-
«fesor del establecimiento, debieron este año los Jesuitas negarse á
«recibir mas de quinientos jóvenes por no permitirlo las dimensiones
«del establecimiento. Esto sucedia, mientras que á muy corta dis-
«tancia el liceo universitario *del Salvatore* no tenia ni siquiera cin-
«cuenta externos.

«Los cursos están divididos en clases elementales y superiores,
«extendiéndose las primeras hasta la retórica inclusive; compren-
«den tres, cuatro ó mas años para las clases llamadas de gramáti-
«ca, que abrazan el estudio de los principios del latin, del griego
«y del italiano; un año para la clase llamada de humanidades que
«corresponde á la segunda de los Colegios de Francia, y otro año
«para la retórica, formando un total de cinco, seis ó mas años. Las

[1] El colegio de Nápoles, del que se trata en el informe universitario, lleva el nombre de *il Convitto dei Nobili,* el cual fue abierto en 3 de diciembre de 1823. Es un antiguo convento de Basilios que el rey Francisco I concedió á los Jesuitas con Real órden de 15 de setiembre de 1826. Despues de haber restaurado el establecimiento la munificencia Real, quiso el Monarca que fuese la casa dignamente adecuada al uso á que se la destinaba. Tambien el rey Fernando II la ha tomado bajo su proteccion, y no cesa de alentar á los Padres en la mision que se imponen; á fin de demostrarles la benevolencia especial con que mira las letras, las ciencias y los buenos estudios, concede el Rey privilegios á los discípulos que mas se distinguen por su aplicacion y piedad. Ha venido á ser este establecimiento un modelo de regularidad, de perfeccionamiento y de progresos literarios y científicos, bajo la direccion del P. Latini. Contaba en aquella época entre sus alumnos á los hijos de las primeras familias del reino y á los de los tres ministros de la Corona, que eran el caballero de Santangelo, el príncipe de Trabia y el príncipe de Comitini.

Por mas perfecto que sea este colegio que acabamos de visitar, no aventaja, sin embargo, en ciencia ni en sábia administracion, á un gran número de otros colegios que posee la Sociedad de Jesús en Roma, en el Piamonte, en Inglaterra, en Alemania y en Bélgica. La diferencia podrá consistir únicamente en la belleza del local, pero de ningun modo en la instruccion, por hallarse en todas partes igualmente desarrollada, á causa de observarse en todos los colegios referidos el mismo principio, y ser difundida por los mismos profesores.

«clases superiores comprenden dos años, durante los cuales estu-«dian los discípulos la filosofía, los principios del derecho natural y «del derecho civil, física, química y matemáticas elementales. Se «exige además otro año para las clases superiores, durante el cual «se estudia el hebreo, elocuencia y letras sagradas, derecho canó-«nico, teología y matemáticas superiores; pero cási siempre se con-«sidera terminado el curso de los estudios despues del segundo año, «sobre todo para los discípulos que deben entrar en las carreras ci-«viles. Este plan de estudios, comparado con el de las clases de la «Universidad de Francia, contiene, como se ve, diferencias nota-«bles: el estudio de las lenguas antiguas se halla comprendido en-«tre un espacio de cinco, ó á lo mas de seis años, en lugar del de «siete y hasta ocho años empleados con el mismo objeto en nuestros «colegios; luego despues de la filosofía, el estudio elemental de las «ciencias se comprende en dos años completos, en lugar de ser in-«tercalado en los cursos de letras antiguas, despues de la cuarta «clase.

«En cuanto á los estudios, pueden los alumnos de las clases de «humanidades compararse con los de los Colegios de Francia respec-«to al latin, pero no sucederá otro tanto respecto á la lengua grie-«ga. La única lengua moderna que se ha enseñado en aquel Colegio «es la francesa, por ser la *Francia*, segun la poética expresion de un «reverendo Padre del colegio de Salerno, *la segunda patria de todos «los hombres*. Agrégase á la retórica un curso de arqueología y de «arquitectura griega y romana. Los cursos científicos, comparados «con los de Francia, son de una superioridad incontestable.»

La causa de la encarnizada guerra que las Universidades de todos los países han declarado á la Compañía de Jesús está de manifiesto en las precedentes confesiones. Mucho tiempo antes de correrse el velo, sabian ya las Universidades, tan bien como las familias cristianas, lo que eran en sí las casas de educacion dirigidas por los hijos de Loyola: sabian que eran temibles rivales, y por esto se coligaban todas para sofocarlas. No podian acusar á los maestros de incapacidad, ni arrojar el apodo de ignorantes sobre los discípulos, por estar probado que en todos los puntos de Europa se colocaban los colegios de los Jesuitas, sin procurarlo ni manifestarlo, al frente del movimiento intelectual y científico: prescindióse en su virtud de las antiguas imputaciones de oscurantismo, para echar mano de otras nuevas que debian producir mas efecto.

El fraccionamiento de los partidos, las enemistades fomentadas por la política, las utopias de unos, los crímenes de otros, las manifiestas violaciones de la ley hechas por todos y cada uno á su vez, segun decian, por la necesidad, habian introducido en los países constitucionales un espíritu tal de exclusion, que no podia menos de acabar tarde ó temprano con la Universidad de aquellos Estados. Empezaron los partidos por atacarse con las armas en la mano, y acabaron por calumniarse: de todos los campos á la vez se levantó la mas triste de las imprecaciones: cada cual acusaba á su enemigo político de desafecto al país que le habia visto nacer. Nadie quiso comprender que despues de tantos trastornos políticos la diferencia de bandera ó ideas no importaba de un modo irrevocable, ó mejor, no debia ser considerada como una traicion á la patria. Convenia, no obstante, á algunos dominar y engañar á las masas atribuyéndose el monopolio de la abnegacion cívica, presentándose como tipo de esta virtud que iban tan hábilmente á explotar. Sus adversarios de ayer, sus enemigos de hoy, y sus antagonistas de mañana no fueron ya mas que ciudadanos culpables cuyos nombres y perfidias debia el país aborrecer y temer juntamente: tal era el modo con que procedió la Revolucion francesa. Mr. Thiers, que se ha constituido sucesor directo de sus doctrinas y defensor de sus crímenes, no podia menos de seguir el mismo ejemplo.

Todos los franceses que no hincaban su rodilla ante la probidad de ese Fabricio administrativo, fueron sospechosos á sus ojos, y les acusó de desafectos á la patria. Muchos hubo entre estos que para evitar que sus hijos fueran educados en la Universidad, se privaron de sus caricias enviándoles á Friburgo, Mélan, Brugelette ó Chambery, á estudiar bajo la direccion de los Jesuitas. Mr. Thiers se aprovechó de esta circunstancia para probar que los discípulos del Instituto eran los Pitt y Coburgo de la Francia liberal; puesto que en la lata educacion que daban descubrió el histórico orador un complot formado contra el país. El informe de Mr. Thiers sobre el proyecto de ley de instruccion secundaria era una acusacion formulada en estos términos, pues dijo[1]: «Que en otro tiempo en Saint-«Acheul, y entonces en los establecimientos á aquel parecidos, se «halló y hallaba todavía el espíritu contrario á las leyes del reino; «que las máximas morales de los profesores y sus doctrinas sobre

[1] *Informe de Mr. Thiers*, primera cuestion, pág. 29; segunda cuestion, pág. 35 y 50.

«el poder espiritual y temporal, ponian en peligro la moralidad y «los sentimientos patrios de la juventud; y que era necesario saber «cuáles eran los jóvenes procedentes de aquellas escuelas colocadas «en nuestras fronteras, en las cuales se inspira el odio á nuestras «instituciones y un muy débil amor por la Francia.»

Renovaba Mr. Thiers en 29 de enero de 1846 sus ataques en la cámara de los Diputados: «Hay, proclamaba, en Brugelette y Fri-«burgo establecimientos perjudiciales y peligrosos para todo ciuda-«dano que deba vivir bajo las leyes de la Francia. Que los suizos y «los belgas envien sus hijos á Brugelette ó Friburgo, donde se en-«seña á despreciar nuestras leyes y nuestro Gobierno, no me admi-«ra en lo mas mínimo; solo extraño que se envien allí los hijos de «nuestro país, cuando he manifestado que no pueden infundirles «el amor á la Francia, ni, por lo mismo, hacerles buenos fran-«ceses.»

De este modo se constituia Mr. Thiers juez supremo de la moralidad de los demás, emplazando en el tribunal de su patriotismo á los jóvenes educados por los Jesuitas, sin que en medio de aquella irrision parlamentaria se preguntara á sí mismo si encontraria muchos padres de familia que consintieran en confiarle el porvenir de la juventud; y sin pensar que habia millares de sus conciudadanos que le consideraban como uno de los genios mas maléficos que hayan pesado jamás sobre la patria. Ese hombre que tanto ha calumniado, y al que se vió derramar un dia abundantes lágrimas en la tribuna para borrar con ellas las punzantes inculpaciones que le dirigia Mr. Desmousseaux de Givré, diputado ministerial [1]; ese hombre, repetimos, fulminaba un inmerecido cargo contra la Sociedad de Jesús; acusaba á los jóvenes que esta formaba, de tener sentimientos antifranceses, cuando al dia siguiente debia quedar desvanecida su calumnia. Aquellos jóvenes se convirtieron en hombres que desempeñaron algunos en el Estado las mas altas funciones, entregándose indistintamente los demás al comercio, á la agricultura, á las letras y á la industria en que lograron brillar: mas de seiscientos de entre ellos protestaron enérgicamente contra las imputaciones de Mr. Thiers, á quien dieron un solemne mentís: hé aquí en qué términos estaba concebida su protesta: «Nos educaron nuestros maes-«tros haciéndonos beber en puros manantiales las mas sanas doctri-

[1] Sesion de la cámara de Diputados del 5 de diciembre de 1840. (*Monitor* del 6).

«mas, y con ellas la historia, la filosofía, literatura, ciencias é idio-«mas.

« Véanse cuáles eran las ideas que se nos inculcaban :

«Que solo á Dios y á la Religion establecida por él pertenecia «iluminar la razon á fin de que fuese esta el regulador de nuestra «conciencia ;

«Que todos los hombres son iguales delante de Dios, y que de-«ben serlo por lo mismo ante la ley, que es su verdadera imágen ;

«Que son los poderes públicos para los pueblos, y no los pueblos «para los poderes públicos ;

«Que toda nobleza, dignidad, empleo y todos los sacrificios, in-«clusos el de la fortuna y el de la vida, deben hacerse por todo «buen ciudadano en bien de la patria ;

«Que las traiciones y tiranías son otros tantos crímenes contra «Dios, y atentados contra la sociedad.»

Luego añadian los discípulos de los Jesuitas con tanto entusiasmo como prevision :

«Es preciso saber que esas calumnias que parecen ser solo diri-«gidas contra nosotros, es la intencion de sus autores atacar con «ellas toda educacion verdaderamente católica.

«Tal es nuestra conviccion, la cual no lograrán destruir todas las «protestas ni clamores ; todo hombre grave y sincero es de nuestro « parecer ; así es que al protestar como antiguos discípulos de los Je-«suitas, somos realmente los representantes de todos los hombres «formados en la escuela de la fe, los defensores de la educacion cre-«yente que se ha logrado en gran parte arrancarnos de Francia. Así «es que hemos querido hacer comprender á esa querida Francia, que «hay todavía en su suelo hombres pundonorosos que no hincan su ro-«dilla ante los falsos ídolos de la Revolucion, ni sellan sus labios an-«te las imposturas y ardides de la impiedad y la malicia ;

«Que la calumnia cobarde y fácil no podrá nunca á su vista pre-«valecer contra la verdad.

«Hemos querido que supiese esa misma Francia que esta educa-«cion tan calumniada era profunda y únicamente católica, y que «habiéndosenos enseñado á unir la fe católica á la fe patria, debe-«mos ser mejores ciudadanos y mas acérrimos amantes de nuestras «verdaderas libertades.

«El autor del informe habia levantado un acta de acusacion, y «preparado una lista de hombres sospechosos, dejando por ahora

«sus nombres en blanco : hé aquí que nosotros nos presentamos á «llenar aquel vacío inscribiendo en él nuestros nombres.

«Muchos otros á quienes consideraciones respetables impiden unir- «se á nosotros en esta manifestacion pública, pero cuyas adhesio- «nes sinceras obran en nuestro poder, participan de todas nuestras «convicciones, y por lo tanto confirmarán ó sostendrán nuestra pa- «labra ante todos aquellos que quieran interrogar sus conciencias.

«Por nuestra parte tranquilos aguardamos ahora el fallo del país, «al cual le toca decir si es justo, prudente y patriótico el insultar «tan cobardemente á unos jóvenes alimentados con estas doctrinas, «y á quienes la cámara, el consejo, el sacerdocio, el ejército, el «foro, la prensa, todas las profesiones liberales, la agricultura, la «industria y el comercio, ven cada dia ofrecerles su sangre, sus vi- «gilias y sus trabajos para la gloria y prosperidad de la Francia.»

Mudo permaneció Mr. Thiers ante aquella enérgica protesta, por tener tras él un pasado de dos siglos y medio, que como la nueva generacion podia decirle si tenian los Jesuitas una escuela de co- bardía, de traicion y de desprecio por las leyes y los juramentos. Debemos convenir en que no fue Mr. Thiers el primero que echó mano de esta impostura, puesto que antes que él Cárlos Botta habia llevado mucho mas léjos la incriminacion en su *Historia de Italia*, de lo que lo hacia entonces el historiador de la Revolucion. Segun Botta, cuyas palabras Vicente Gioberti, sacerdote piamontés, re- produjo en su introduccion del *Primato morale e civile degl' Italiani*, no eran los Jesuitas solamente criminales por sofocar en el corazon de la juventud todo amor á la patria, sino que aun mas les acusa- ban Botta y Gioberti de absorber en provecho de la Compañía la respetuosa ternura que deben los hijos á sus padres.

«El imperio de la voluntad que los Jesuitas usurpaban, segun se «expresa Botta [1], podia causar inminentes peligros, por ser su in- «tencion arrancar del corazon de los jóvenes el amor debido á la fa- «milia. Obraban los Jesuitas de este modo á fin de que les fuesen «sus discípulos mas adictos á ellos y á la Compañía. Exclamaban los «hijos de la antigua Roma: «¡Patria! ¡patria!» y predispuestos á «todo sacrificio, anteponian la patria á su familia. Los discípulos de «los Jesuitas dicen por el contrario: «¡Jesuitas! ¡Jesuitas!» y en cual- «quier apuro prefieren sus maestros á sus padres. Entre esas gene-

[1] *Storia d'Italia, continuazione da quella del Guiccardini*, XCVIII.

«raciones, se tiende por unas al honor y á la libertad, al paso que «solo aspiran otras á la esclavitud y á la abyeccion.»

Botta y su entusiasta comentador[1] Gioberti pueden, valiéndose de algunas frases declamatorias, atacar la Órden de Jesús; pero al leer sus páginas, cualquiera comprenderá, como nosotros, que se ha prescindido en ellas de lo mas esencial: esto es, cuál es la causa que ha obligado á los padres de familia, educados por los Jesuitas en estos principios nefastos, á consentir en privarse del amor de sus hijos. Aun suponiendo que fuese posible semejante

[1] Dedicó Vicente Gioberti á Silvio Pellico en 1845 su *Primato morale e civile*, queriendo de este modo el sacerdote refugiado en Bruselas poner bajo la proteccion de un gran genio y de una alta probidad su obra contra la Sociedad de Jesús. Rechazó Silvio Pellico aquella dedicatoria, publicando en 16 de julio de 1845 la siguiente declaracion:

«Aunque amigo de Vicente Gioberti, escribia el autor de *Mie prigione* (Mis «prisiones) desde Turin en 28 de junio de 1845, amo profundamente á mi her«mano Francisco Pellico, de la Compañía de Jesús; y como he leido en la intro«duccion de la obra de que se trata una manifestacion violenta contra los Je«suitas, he creido de mi deber rechazarla para probar así el amor que tengo á «mi hermano, y desvanecer las sospechas que podria infundir mi silencio si no «despreciaba las prevenciones que tiene Gioberti contra la Compañía, á la cual «pertenece mi hermano. Como no soy elocuente, y no tengo por lo mismo fe «en el efecto de las apologías, me limito á declarar lo que sigue:

«No participo de las opiniones de Gioberti respecto de los Jesuitas: ha crei«do este presentarlos bajo su verdadero punto de vista, cuando tan solo ha lo«grado hacer de ellos un cuadro odioso. En vano repite que debe hacer honro«sas excepciones; puesto que es tal la reprobacion y maldad que hace pesar so«bre la Compañía entera, que aun los indivíduos que en su concepto deberian «exceptuarse, no serian menos culpables por haberse afiliado en una Sociedad «tan malévola.

«Sobre este punto declaro que teniendo un conocimiento íntimo de mi her«mano y de un gran número de sus colegas, puedo asegurar que no son espí«ritus débiles, obcecados por la ilusion, sino hombres fuertes y dotados de «discernimiento y virtud.

«Como amo á los Jesuitas, así como á todos los demás religiosos y al Clero «en general, se ha dirigido contra mí por algunos una acusacion, que ha lle«gado hoy dia á hacerse vulgar, esto es, que soy de lo que ellos llaman un afi«liado del jesuitismo, un instrumento de esa pretendida secta artificiosa. Pero «yo digo que soy solamente un hombre de estudio y reflexion; que he leido y «examinado; que no tengo la debilidad de hacerme esclavo de exaltadas pasio«nes, y que me rio de las cartas anónimas y otras bajezas por el estilo con que «han pretendido algunos enseñarme á discurrir. Pienso y me comporto segun «mi conciencia, y no reconozco otra ley que la que me impone no aborrecer á «nadie y ser católico, apostólico y romano. — Silvio Pellico.»

educacion, y que lograse abusar tal vez de la credulidad de una generacion; ¿seria posible que se extendiese aquella sobre la generacion siguiente? ¿Podria admitirse que por espacio de tres siglos se hubiesen dejado despojar voluntariamente los padres del afecto de sus hijos, y que por solo complacer á los Jesuitas, corruptores de todos los sentimientos naturales, se hubiesen prestado aquellos padres á tan desnaturalizado pacto? Porque, no puede haber aquí tergiversacion alguna, á causa de haber sido siempre el mismo el plan de los Jesuitas, y haberlo seguido desde el orígen del Instituto; de modo que despues de haber enseñado á sus primeros discípulos á detestar á los autores de sus dias, preciso era que esos alumnos, cuando padres, hubiesen entrado tambien en el complot revelado por Botta y Gioberti. La imputacion de Mr. Thiers no es mas que una falsedad parlamentaria, cuando es la de Botta un crímen imposible.

En presencia de esas hostilidades de partido que van hasta el absurdo, solo una respuesta podian dar á ellas los discípulos de san Ignacio: se les imputaba haber creado un sistema de instruccion antinacional; bastábales, pues, presentar á sus alumnos sirviendo á la patria en todas las condiciones y en todos los ramos. Se pretendia que despojaban el corazon de los jóvenes de todo sentimiento de amor filial; bastaba, pues, á los Jesuitas pedir que en esta hipótesis, explicaran sus enemigos de un modo satisfactorio por qué en aquella sucesion no interrumpida de generaciones que por espacio de tres siglos llenó sus colegios, fueron siempre los Padres los que acudieron á señalar con marcada dicha á sus hijos el mismo sitio que ellos habian ocupado en su adolescencia. Se suponia á los religiosos del Instituto enemigos del movimiento intelectual; mientras que aceptaban las innovaciones útiles, popularizaban el amor á las artes, llamaban á la juventud al estudio de las ciencias exactas, perfeccionaban las teorías modernas de la enseñanza, y que habia algunos de entre ellos que se distinguian por medio de sábios descubrimientos y de incontestables resultados. Tales eran las razones producidas contra los Jesuitas por el odio y la impiedad que no cesaban de calumniar por mas que fuesen pulverizadas sus razones.

Reconstituida la Compañía de Jesús en una época de transicion, no debia tan solo ocuparse en formar sábios y literatos, á causa de no ser para ella este último objeto mas que un brillante accesorio; sino tambien en satisfacer las nobles aspiraciones que habia hecho

nacer su restablecimiento en la Iglesia y en el mundo cristiano. Deseaba la Iglesia profundos teólogos, eminentes oradores, y celosos misioneros; al paso que exigia de los Jesuitas el mundo hábiles institutores para la juventud, y directores espirituales para la edad madura. Esta agregacion de deberes y de sacrificios no podia menos de procurar, como en los tiempos pasados, grandes y numerosas inteligencias para toda clase de estudios humanos. Los tan multiplicados desvelos de un triple apostolado, y el asiduo trabajo interior al cual debia la Sociedad entregarse á fin de hacer homogéneas aquellas diversas partes que se reunian de todos los puntos del globo para formar de ellas un conjunto admirable, no permitieron á la primera generacion jesuítica crear grandes obras. Preciso les era predicar y profesar; por lo que fueron aquellos hijos de san Ignacio, así como sus émulos los antiguos Padres de la Fe, mas bien hombres del ministerio sagrado que grandes escritores y profundos sábios. Así en el mundo como en sus colegios, procuraron hacer revivir la piedad y los buenos estudios; siendo sus trabajos en aquella época mas útiles que brillantes. Comentaron los Ejercicios de san Ignacio, enseñaron á meditar, anotaron los libros clásicos, y dieron preceptos de retórica y literatura con los cuales empezaron á formarse sus jóvenes profesores. Á impulsos del P. Barruel, atleta encanecido en la polémica, combatieron los Jesuitas en defensa de la Religion y de la Iglesia. De Brosse, Loriquet, Varin, Luis de Bussy y Chaignon, ofrecieron á los fieles opúsculos llenos de uncion; pero la situacion precaria que tenian los Jesuitas en Francia, donde no eran reconocidos ni proscritos por la ley, léjos de permitirles entregarse á mas grandes obras, tuvo para ellos desde los primeros momentos las mas fatales consecuencias. Privaba aquel estado anormal á los Padres del estímulo necesário para escribir, pues dudaban de su libertad y hasta de su existencia.

Acostumbráronse, no obstante, á una posicion tan extraña, y al igual de los demás discípulos del Instituto mas favorecidos que ellos por la suerte, entraron á velas desplegadas en el movimiento social, á pesar de las fatigas del ministerio eclesiástico, de la educacion de los novicios, de la de la juventud, de las misiones de Europa y de allende los mares, y de los ataques revolucionarios que debian absorber su vida. Supieron procurarse, sin embargo, en el fondo de todas las provincias de la Órden momentos preciosos que consagrar á los trabajos que debian restablecer la gloria literaria de la antigua

Compañía; entregándose unos al estudio de las santas Escrituras y de la teología, mientras procuraban otros hacerse ascetas y filósofos. No tardaron en brotar de entre ellos oradores insignes y profundos historiadores, así como astrónomos y arqueólogos, filósofos y literatos. Preciso es, pues, desplegar á nuestra vista ese sorprendente cuadro para poder apreciar debidamente los nobles esfuerzos y pasmosos resultados que dieron en pocos años los hijos del inmortal Loyola. Ya que los hemos visto hasta ahora perseguidos por el tumulto del mundo, séanos permitido seguirles hasta el fondo de su celda, donde la cultura del talento viene á ser el descanso de los trabajos del apostolado.

Preséntase Perrone al frente de esas nuevas generaciones de doctores, Perrone cuyas obras teológicas, adaptadas á las necesidades del siglo, han obtenido ya el honor de quince ediciones. Tambien descuellan entre ellos el P. Juan Martin, cuya reputacion literaria la debe á su tratado del *Matrimonio*, Rozaven, el cual por su *Iglesia católica justificada* ha elevado el buen sentido hasta el mas alto grado, y Javier Weninger que en alas de su genio ha sabido remontarse hasta el orígen de los principios. En el fondo de Alemania, donde salieron por desgracia tantos innovadores que procuraron arrancar á su patria de los amorosos brazos de la unidad católica, fue donde defendió Weninger con tanto ardor como genio *la supremacía espiritual de los Papas*. El pueblo, que tenia necesidad de explicaciones claras y precisas sobre este punto, halló en Weninger un padre y un maestro que, empleando su lengua materna, no paró hasta hacer descender la luz de la verdad al corazon de las masas. Durante este tiempo compuso Patrizi sus *Cursos elementales de Escritura*; comentó Roothaan los *Ejercicios de san Ignacio*, y publicó su obra ú opúsculo sustancial *de Ratione meditandi*; derramó de Bussy la uncion de su alma en el *Mes de María*; y aparecieron tambien de Brosse, Guillermet, Cárlos Deplace y Arturo Martin dotados á la vez de una piedad y elegancia que recuerdan á san Francisco de Sales. José Lambillotte, cuya música sagrada es tan popular, escribió en su lecho de muerte el *Consolador de las almas afligidas*, tierno legado de un jesuita, del cual está destinada cada palabra á endulzar á los hombres el duro trance del tiempo á la eternidad.

Eran los Padres de la Compañía teólogos y ascetas, que empezaban en medio de las santas agitaciones de su vida los trabajos cuyos frutos debia recoger otra edad, á fin de que el Instituto volvie-

ra á ocupar su alto puesto entre los grandes hombres de la cátedra y del púlpito. Nicolás de Maccarthy y Ravignan en Francia; Finetti, Minini y Sagrini en Italia; Caraffa, Puyal, Gil y Montemayor en España, se lanzaron con gloria á esa senda de la predicacion que tantos jóvenes jesuitas han recorrido despues con tanto fruto. Fue Maccarthy el orador de una época de transicion, desde la cual todo ha cambiado á su alrededor, las leyes, las costumbres, los tronos; solo él ha permanecido inmóvil en su fe y en las bellezas de su estilo. Ese Bourdaloue improvisador con sus sublimes ideas y su alma de la que desborda la elocuencia y la piedad, se formó en los mas puros manantiales del arte de bien decir y sobre todo de bien obrar. Fue uno de los hombres mas eminentes de su época. Fue el apóstol de Francia durante el reinado de los últimos Borbones, así como lo fue Javier de Ravignan en tiempo de la posterior dinastía.

Muy distintos son los medios que empleó Ravignan de los que empleaba Maccarthy; puesto que procuraba el primero á toda aquella multitud de hombres eminentes, y á la juventud que la política hizo libre, pero cuyo corazon aspiraba cargar únicamente con la cadena de las antiguas creencias, á darles todos los goces del espíritu, todas las satisfacciones del corazon. Supo Ravignan desempeñar maravillosamente todas las condiciones impuestas á su talento; menos feliz que sus émulos de Italia y de España, no halló en un principio un auditorio convencido; pero subyugándole tan pronto por la majestad de su raciocinio como por su dulce elocuencia é irresistible energía de su fe, logró atraerlo hasta el pié de los altares. Aquella misma multitud atraida en un principio por la duda, la indiferencia ó la curiosidad que se sentaba ante el orador cristiano para aplaudir su elocuente lenguaje, fué inclinando paulatinamente su rebelde frente, á medida que la verdad demostrada por el Jesuita se iba abriendo paso hasta su corazon; y por último confundidos todos aquellos hombres en la misma oracion, olvidan las distancias de fortuna para acordarse solamente de que pertenecen todos á la comunion católica.

Muchos fueron los Padres que, como Ravignan, han sabido por medio de la elocuencia atraer á las masas; así como hay tambien otros que siguiendo las huellas de Rozaven, Taparelly, Vico, Dmowski, Rothenflue, Liberatore, Buczinski y Romano, procuraron dar á la filosofía una direccion mas prudente y sábia. Rozaven, el implacable lógico, trató de la *certeza;* Taparelli, del *derecho natural*,

Romano, del *hombre interior;* Rothenflue inició á los jóvenes en los estudios filosóficos. Compuso Prat su *Historia del eclectismo alejandrino*, su *Vida de santa Irene*, y su *Ensayo sobre la destruccion de las Órdenes religiosas de Francia durante el siglo* XVIII, vasto campo donde irán mas tarde los otros á recoger las mieses; Pointelle, Sewal, José Recve, Manera, Eduardo Walsh y Peters Gandolfy se entregaron á otros trabajos históricos ú oratorios. Boone, Vander Moere y Van Hecke volvieron á empezar en Bélgica la obra interrumpida de los Bolandistas, mientras que Caraffa se entregaba á las matemáticas superiores, Ducis y Della Rovère se dedicaban á la física, y que llegó á ser Pianciani uno de los mas distinguidos químicos de Italia. Encerrado el P. de Vico en su observatorio del colegio Romano con sus colaboradores Sestini y de Solis, profundizó el curso de las estrellas, é indicó á los astrónomos de Europa la marcha que debian seguir: era Vico, así como Secchi, un jesuita que abrazaba la universalidad de los conocimientos humanos, que estaba en relaciones con todas las academias y todos los ministerios, y cuyo nombre era saludado como una de las glorias de la ciencia. Las obras de estos dos hijos de san Ignacio tienen algo de verdaderamente prodigioso [1]: Secchi desde sus primeros pasos en la arqueología se elevó al rango de los filólogos y anticuarios mas

[1] Hé aquí cuáles fueron los resultados debidos en pocos años á los estudios del P. de Vico:

Descubrió en 23 de noviembre de 1832 el cometa de Biela á su regreso al perihelio, en la misma noche que lo vió Herschel en Inglaterra. *(Vid. Astr. Nach.*, n.º 236, pág. 317, 319).

En 5 de agosto de 1835 descubrió el cometa de Halley, que solo se vió quince dias despues. *(Vid. ibid.)*.

Hizo en 1838 diferentes descubrimientos sobre la atmósfera de Saturno. *(Relacion de la Academia de Ciencias*, tom. XV, 10 octubre de 1842, página 748).

En 1838 y 1839 descubrió dos satélites los mas próximos á Saturno, que solo habian sido vistos por Herschel, cuyo descubrimiento se operó por medio de un nuevo método que los hace visibles, empleando anteojos mucho mas pequeños que el grande anteojo de Herschel. El nuevo método del Jesuita, al cual llama precioso Mr. Arago en su relacion en la Academia, procuró al propio Arago hacer su descubrimiento sobre la dispersion de los rayos luminosos en el ojo humano. *(Vide Relaciones de la Academia*, pág. 747, 750 y 751).

Desde 1838 á 1839, determinacion de un tiempo periódico de la revolucion de los satélites de Saturno. *(Relaciones, idem, y fragmentos sobre los cuerpos celestes.* París, 1840).

Desde 1839 hasta el año 41, determinacion de la rotacion de Vénus sobre su

ilustres. Célebres fueron tambien las investigaciones de Ennio Quirino Visconti en los museos de Pio Clementino y Chiaramonti. Al designar Gregorio XVI al P. Secchi para la publicacion del *Museo etrusco* colocó ya al Jesuita por su sola eleccion en primera línea: siempre se halla en su crítica la fuerza unida á la moderacion, y mas de una vez esta imparcialidad ha procurado al escritor jesuita la rara gloria de ver á aquellos cuyas obras juzgara reconocer la justicia de sus censuras. Segun Bosio, Daringho, Bottari y Boldetti, se creia que no era posible adquirir ya mas datos importantes sobre las antigüedades de Roma; sin embargo la *Roma sotterranea* del Padre Marchi vino á demostrar lo contrario. Arturo, Martin y Cahier revelaron un nuevo Sirmundo en su *Monografía de los ventanales y cristales de la catedral de Bourges.* Segun opinion de los sábios, fundó Cahier una nueva ciencia al explicar las pinturas de la edad media; derramando vivas luces en la *patrología* y la patrística, la historia de las obras y de la doctrina de los santos Padres. Dedicóse Artiaga al estudio de las lenguas orientales, merced al cual pudo descifrar las inscripciones árabes que se hallan en España en tan gran número. Insiguiendo las huellas de Tom Adam, que durante la separacion del Instituto sostuvo entre los ingleses la reputacion literaria de los Jesuitas, escribió Roberto Plowden sus *Elevaciones sobre las grandezas de Dios;* siendo polemista como Kohlmann, Arillaga, Rozaven, Francisco Pellico, Deschamps y Cahour. Las múltiples ocupaciones de los hijos de san Ignacio parecian deberse oponer á esa infinidad de trabajos intelectuales. Bresciani, cuyo pensamiento era tan profundo, y tan impregnado su estilo de elegancia antigua, reunió en su *Prose scelta* el precepto al ejemplo. Otros hubo

eje, ejecutada por una clase de observaciones que calificó Mr. Arago de nuevo método y de feliz idea. El resultado que los astrónomos buscaban en vano desde mucho tiempo, fue hallado por este método con una larga série de observaciones; de modo que, segun Mr. Arago, no puede ya dudarse de la verdad de esos importantes resultados. (*Id.*, 22 *junio de* 1840, pág. 952).

De 1840 á 42, primera determinacion aproximativa de la posicion del eje de rotacion de Vénus en el espacio.

De 1841 al 44, descubrimiento de un gran número de estrellas nuevas.

En 23 de agosto de 1844 descubrió el nuevo cometa, llamado el *Cometa periódico del colegio Romano.* (*Idem*, tom. XIX, n.° 10, pág. 484).

En 25 de febrero de 1845 descubrió otro nuevo cometa de período desconocido. (*Idem*, *marzo de* 1845).

En 9 de julio de 1845 descubrió el cometa de Encke al regresar al perihelio en aquel año. (*Idem*, tom. XXI, n.° 5, pág. 323).

como el P. Wiere, que crearon infinitos museos y gabinetes de historia natural, trepando por las mas altas montañas para entregarse á sus hypsométricas observaciones, ó como el P. Gotteland, conservando relaciones científicas desde el fondo de la China con las Academias de Europa. Vich, Bosch, Posoz, García, Carminati, Cárlos Grossi, Rostagno, Pitron, Maculewicz, Gury, Freudenfeld, Loriquet, Bearclita, Guibert, Pouget, Gil, Paria, Bado y de Guilhermy fueron eruditos, filólogos, poetas, bibliógrafos ó grandes maestros en la enseñanza. «Los Jesuitas, segun confesion del mismo «Mr. Libri [1], tuvieron y tienen profesores distinguidos en todas las «ciencias, hallándose además entre los Padres hombres de grande «erudicion; siendo por lo general todos ellos hombres de buena so«ciedad.»

En presencia de todas estas obras que para los hijos de Loyola solo debian ser un objeto secundario, no puede uno menos de admirarse á la vista de tantos grandes hechos que han logrado llevar á cabo los Jesuitas. Pocos años hace que el Instituto recobró su existencia; y á pesar de haberse visto desde entonces interior y exteriormente agitado, y haber sido el blanco de todos los ataques, ha sabido marchar sin embargo con el mayor vigor hácia nuevos y brillantes destinos. Vióse la Compañía de Jesús condenada á la impotencia; cercábasela de odios y desconfianzas, procurábase acabar con ella mostrándola á todas las naciones cual enemiga de sus derechos como de sus luces y de su felicidad; y con todo durante este tiempo de persecucion y de exterminio dilataba ella su seno para recibir en él á los hombres de todas condiciones, á quienes llamaba una santa vocacion á las luchas del espíritu, á los combates por la fe.

La Sociedad de Jesús, honrada por los Pontífices, querida de los pueblos, y consejera que habia sido de los Reyes, habia visto en otro tiempo que los sucesores de las mas nobles familias de Europa iban á afiliarse en ella. Esa pasion por la humildad la explicaba entonces el mundo diciendo que un grande se hacia jesuita para dominar por medio de la oracion, mientras que sus padres gobernaban las provincias, mandaban los ejércitos, ó ministraban la justicia en nombre del Soberano. En nuestros dias no es esta misma hipótesis mas que una imposibilidad, puesto que de sus riquezas y de su poder de otros tiempos solo le resta á la Sociedad de Jesús su celo

[1] *Revista de Ambos Mundos*, segunda carta de Mr. Libri, 1843.

activo, su virtud y su talento. En las condiciones que la ley le señala, no es menos fecunda que por lo pasado; verdad es que no tiene influencia que ejercer en las cosas de la tierra, pero se encierra en su accion sacerdotal, y no por ello deja de ofrecer grandes nombres y de hacer brotar de su seno inmensos sacrificios cuyo heroismo no quieren comprender los hombres.

Varios fueron los reyes que renunciaron á su corona, y á su púrpura romana diferentes príncipes de la Iglesia para vivir y morir en la Compañía de Jesús. Cárlos Manuel del Piamonte y Odescalchi ofrecieron al mundo este raro ejemplo. Otros jóvenes hubo tambien á cuya vista se desplegaba un rico porvenir de esperanzas, que gustosos renunciaron á él para consagrarse al Instituto de Loyola: tales fueron Nicolás de Maccarthy, Cristiano de Chateaubriand, Javier Patrizi, Augusto Altieri, los dos Clifford, Dunin y de Haro. Los dos Weld, Roberto O'Ferral, Polidori, Szczytt, de Theux, Luis de Boisgelin, Pic de Blacas, Camilo Pallavicini, Della Rovère, de Reversaux, Taparelli d' Azeglio, de Stockalper, Amadeo de Damas, Jorge de Zeil, Alberico de Foresta, Sineo della Torre, Sagramoso, Spencer, Grimaldi, Javier de Ravignan, O'Brien, Felipe de Villefort, de Gottrau, de Frowell, Preston, Antici, de Werra, Darrel, Caraffa, Solís, Montemayor, Majencio d'Astros, Amable Du Bourg y Roberti se agruparon con orgullo bajo la bandera de san Ignacio.

Solicitaban la gloria de los oprobios y el honor de las humillaciones; por esto acudieron mas modestos que el último de los hermanos coadjutores, á entregarse, como hijos de la obediencia, á todos los deberes del apostolado, de la enseñanza y de la caridad. Para hacer frente á tantos adversarios que de todos los puntos se levantan al rededor de la Sociedad de Jesús, no cuentan los discípulos del Instituto con mas armas que la oracion y la paciencia de la cruz. No provocan las tempestades, pero saben hacerles frente sin miedo, sin orgullo y con constancia. La persecucion, como el martirio, viene á ser para ellos la herencia que les está reservada en los altos designios de la Providencia, porque desde el dia de su fundacion hasta el en que se termina esta historia, ¿á quién mejor que á los Padres de la Compañía de Jesús pueden aplicarse estas palabras que Jesucristo dirigió á sus Apóstoles[1]? «Vosotros no me habeis elegido, «pero yo os elegí y os designé para que marcharais y produjerais

[1] Evangelio de san Juan, XV.

«frutos, y á fin de que estos frutos subsistieran. Si el mundo os «aborrece, sabed que antes me ha aborrecido á mí: si fuéseis del «mundo, os amaria el mundo, porque le perteneceríais. Acordaos «de mi palabra, cuando os dije: el discípulo no puede ser superior «á su maestro. Si me han perseguido, os perseguirán: si han conser- «vado mi palabra, tambien conservarán la vuestra. Os harán sufrir «empero todos los ultrajes á causa de mi nombre, y porque desco- «nocen á aquel que me ha enviado.»

FIN DEL SEXTO Y ÚLTIMO TOMO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN EL TOMO SEXTO.

CAPÍTULO II.

CAPÍTULO III.

CAPÍTULO IV.

CAPÍTULO V.

volucion del Piamonte. — Abdicacion de Víctor Manuel. — Cárlos Félix, rey. — Conoce los planes de los Carbonarios. — Llega su firmeza á desconcertarlos. — Roothaan y Manera en Turin. — El P. Grassi, confesor del Monarca.— Cárlos Alberto y los Jesuitas. — Los nuevos colegios y el palacio de la Reina en Génova. — Intrigas para perder á la Compañía. — Muerte de Pio VII. — El conclave de 1823. — El cardenal della Genga fue elegido papa bajo el nombre de Leon XII. — Temor de los Jesuitas á la noticia de semejante eleccion. — No participa el P. Rozaven de aquellos temores. — Devuelve Leon XII á los Jesuitas el colegio Romano. — Retrato de Leon XII. — Su proteccion á la Compañía. — Confia al P. Ricasoli la educacion de sus sobrinos. — Jesuitas que renuncian el episcopado. — El conde Miguel Szczytt en el noviciado.— Muerte de Fortis y del Papa. — Congregacion general.— Nómbrase al P. Juan Roothaan general de la Órden. — Pio VIII y los Jesuitas. — Carácter de Roothaan. — Las revoluciones del resto de Europa provocan la insurreccion en Italia. — Dirígense sus primeros esfuerzos contra los Jesuitas. — Elige el conclave para pontífice al cardenal Capellari.— Retrato de Gregorio XVI.—Los Jesuitas, por órden del cardenal Zurla, enseñan los ejercicios de san Ignacio á todos los religiosos de Roma.—La insurreccion les arroja de sus colegios.—Entran nuevamente en ellos.— Encárgales la Propaganda del colegio Urbano. — El cólera á las puertas de Roma. — Calumnias contra el Papa y los romanos. — Precauciones tomadas por el Gobierno pontificio. — El pueblo de Roma y las procesiones. — Traslacion de la imágen de Santa María la Mayor al Gesu. — Declaracion del cólera. — Los Jesuitas durante el azote. — Gregorio XVI y los huérfanos. — Nómbrase al P. Roothaan miembro de la comision encargada de distribuir los socorros. — El cardenal Odescalchi renuncia á la púrpura para entrar en el noviciado de los Jesuitas de Verona.— Su carta al General el mismo dia en que recibió el hábito de la Órden. — Muerte del P. Odescalchi.— Encíclica del General para el año secular.— Entran los Jesuitas nuevamente en Venecia. — Los habitantes de la isla de Malta piden al Gobierno inglés que les permita un colegio de Jesuitas.— Secunda lord Stanley sus deseos. — Los Jesuitas en Sicilia. — Son los mediadores entre los partidos. — Su actitud en Nápoles. — Llama de nuevo la España á los Jesuitas. — El P. de Zúñiga, su provincial. — Restitúyenseles los bienes no enajenados. — El colegio Imperial de Madrid. — Sus resultados. — Proscribe la revolucion de 1820 á la Compañía. — Fundacion del colegio militar de Segovia. — Su objeto. — Muerte de Fernando VII. — Primeros síntomas de la guerra civil. — Se acusa á los Jesuitas de ser hostiles al Gobierno constitucional. — Para excitar contra ellos el furor popular, se hace cundir la voz de que han envenenado las aguas. — Motin contra los Padres. — Mortandad de los Jesuitas en Madrid. — El P. Muñoz, salvado por los asesinos, protege á los demás hijos de san Ignacio. — El poder constitucional ante el crímen autorizado. — La Compañía suprimida por las Cortes. — Resiste la casa de Loyola á la destruccion. — Los Jesuitas y los carlistas. —

CAPÍTULO VI.

CAPÍTULO VII.

CAPÍTULO VIII.

FIN DEL ÍNDICE.

LIBROS Y HOJAS VOLANTES

QUE HA DADO Á LUZ

LA LIBRERÍA RELIGIOSA

FUNDADA EN BARCELONA

BAJO LA PROTECCION

DE LA VÍRGEN SANTÍSIMA DE MONSERRAT Y DEL GLORIOSO SAN MIGUEL

EN EL AÑO DE 1848.

Las obras que ha publicado hasta el presente son las siguientes, advirtiéndose que muchas se han reimpreso varias veces, y una de ellas hasta treinta y dos. Se hallan de venta en Barcelona librería de *Riera*, y en provincias en casa los señores Encargados nombrados al efecto.

Obras en 8.º

—Catecismo con 48 estampas explicado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Un tomo á 6 rs. en pasta.

—Id. id en catalan: á 6 rs. id.

—Catecismo de Feller. Cuatro tomos á 24 rs. id.

—Vida devota por san Francisco de Sales: á 6 rs. id.

—Las delicias de la Religion: á 6 rs. id.

—Confesiones de san Agustin. Dos tomos á 12 rs. id.

—Historia de la Reforma por Cobbet. Dos tomos á 12 rs. id.

—Nuevas Cartas por Cobbet: á 6 rs. id.

—Preparacion para la Navidad de Jesús por san Ligorio: á 6 rs. id.

—Tesoro de proteccion en la santísima Vírgen por Almeida: á 6 rs. id.

—Armonía de la Razon y de la Religion por Almeida. Dos tomos á 12 rs. id.

—Combate espiritual. Dos tomos á 12 rs. id.

—La existencia de Dios por Aubert: á 6 rs. id.

—Las notas de la Iglesia por Aubert: á 6 rs. id.

—La conformidad con la voluntad de Dios por Rodriguez: á 6 rs. id.

—Historia de María santísima por Orsini. Dos tomos á 12 rs. id.

—Instruccion de la Juventud por Gobinet. Dos tomos á 12 rs. id.

—La Biblia de la Infancia por Macías: á 6 rs. id.

—La divinidad de la Confesion por Aubert: á 6 rs. id.

—La Tierra Santa por Geramb. Cuatro tomos á 24 rs. id.

—Guia de pecadores por el V. Granada. Dos tomos á 12 rs. id.

—Reflexiones sobre la naturaleza por Sturm. Seis tomos á 36 rs. id.

—Obras de santa Teresa. Cinco tomos á 30 rs. id.

—Reloj de la pasion por san Ligorio: á 6 rs. id.

—Católica infancia por Varela : á 6 rs. id.

—Vida de santa Catalina de Génova : á 6 rs. id.

—Verdadero libro del pueblo por Madama Beaumont : á 6 rs. id.

—¿Á dónde vamos á parar? por Gaume : á 6 rs. id.

—El Evangelio anotado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret : á 4 rs. id.

—Veni-mecum por el Ilmo. Sr. Caixal : á 7 rs. en piel de color y relieve.

—Las delicias del campo, ó sea agricultura cubana por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret : á 7 rs. en media pasta.

—Llave de oro para los sacerdotes por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 7 rs. en pasta.

—El Nuevo manojito de flores para los confesores por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 7 rs. id.

—Vida de san Luis Gonzaga : á 6 rs. id.

—Virginia. Tres tomos á 18 rs. id.

—Ejercitatorio de la vida espiritual por el P. Fr. Francisco García de Cisneros : á 6 rs. id.

—El hombre infeliz consolado, por el señor abate D. Diego Zúñiga: á 6 rs. id.

—Historia de santa Isabel de Hungría por el Conde de Montalembert. Dos tomos á 12 rs. id.

—Práctica de la viva fe de que el justo vive y se sustenta por el P. Fr. Tomás de Jesús: á 5 rs. id.

—Historia del Cristianismo en el Japon, segun el R. P. Charlevoix: á 6 rs. id.

—Manual de erudicion sagrada y eclesiástica por D. Bernardo Sala, monje benedictino: á 7 rs. id.

Obras en 8.° mayor.

—Año cristiano por Croisset. Diez y seis tomos á 160 rs. en pasta.

—El hombre feliz por Almeida : á 10 rs. id.

—Exposicion razonada de los dogmas y moral del Cristianismo por Barran. Dos tomos á 20 rs. id.

—Historia de la sociedad doméstica por Gaume. Dos tomos á 20 rs. id.

—Las Glorias de María por san Ligorio : á 10 rs. id.

—El Espíritu de san Francisco de Sales : á 10 rs. id.

—La única cosa necesaria por Geramb : á 10 rs. id.

—El Catolicismo en presencia de sus disidentes por Eyzaguirre. Dos tomos á 20 rs. id.

—Meditaciones del P. Luis de La Puente. Tres tomos á 30 rs. id.

—Del Papa. — De la Iglesia galicana en sus relaciones con la Santa Sede. Dos tomos á 20 rs. id.

—Catecismo de Perseverancia por Gaume. Ocho tomos á 80 rs. id.

—Sermones de Mision, escritos unos y escogidos otros por el misionero apostólico Antonio María Claret y Clará, arzobispo de Santiago de Cuba. Tres tomos á 27 rs. id.

Obras en 4.°

—Estudios filosóficos por Augusto Nicolás. Tres tomos á 36 rs. en pasta.

—Historia de la Iglesia por Alzog. Cuatro tomos á 44 rs. id.

—Historia eclesiástica de España por La Fuente. Tres tomos á 33 rs. id.
—Historia de las Variaciones por Bossuet. Dos tomos á 22 rs. id.
—El Protestantismo por Augusto Nicolás: á 11 rs. id.
—Pensamientos de un creyente por Debreyne: á 11 rs. id.
—Las Criaturas por Sabunde: á 11 rs. id.
—Ensayo sobre el Panteismo por Maret: á 11 rs. id.
—La Cosmogonía y la Geología por Debreyne: á 11 rs. id.
—La Teodicea por Maret: á 11 rs. id.
—Lárraga novísimamente adicionado por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 24 rs. id.
—Manual de los Confesores por Gaume: á 14 rs. id.

Obras en 4.° mayor.

—La santa Biblia en español por el P. Scio. Seis tomos á 210 rs. en piel de color y relieve.
—Las Vindicias de la Biblia. Un tomo á 39 rs. id.

Obras en 16.°

—Caractéres de la verdadera devocion por el P. Palau: á 4 rs. en pasta.
—El arte de encomendarse á Dios por el P. Bellati: á 4 rs. id.
—Las horas sérias de un jóven, por Sainte-Foix: á 5 rs. id.
—El Camino recto por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 5 rs. en piel de color y relieve.
—Id. id. en catalan: á 4 rs. id.
—Ejercicios para la primera comunion por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 3 y medio rs. id.
—La verdadera sabiduría por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 4 rs. pasta.
—Coleccion de opúsculos por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret. Cuatro tomos á 20 rs. id.

Opúsculos sueltos.

—Avisos á un sacerdote, á 30 rs. el ciento.
—Avisos muy útiles á los padres de familia, á 30 rs. el ciento.
—Avisos muy útiles á las casadas, á 30 rs. el ciento.
—Avisos muy útiles á las viudas, á 30 rs. el ciento.
—Avisos saludables á los niños, á 30 rs. el ciento.
—Avisos saludables á las doncellas, á 26 rs. el ciento.
—Avisos á un militar cristiano, á real el ejemplar.
—El rico Epulon en el infierno, á 22 rs. el ciento.
—Reflexiones á todos los Cristianos, á 24 rs. el ciento.
—Resúmen de los principales documentos que necesitan las almas que aspiran á la perfeccion, á 24 rs. el ciento.
—Los tres estados del alma, á 20 rs. el ciento.
—Reglas de espíritu que á unas religiosas muy solícitas de su perfeccion enseñan san Alfonso Ligorio y el V. P. Senyeri Juniore, á 20 rs. el ciento.
—Respeto á los templos, á 22 rs. el ciento.

—Galería del desengaño, á 26 rs. el ciento.

—La Escalera de Jacob y la puerta del cielo, á 30 rs. el ciento.

—Maná del cristiano, á 15 rs. el ciento.

—Idem en catalan, á 15 rs. el ciento.

—El amante de Jesucristo, á real el ejemplar.

—La Cesta de Moisés, á real el ejemplar.

—Religiosas en sus casas, ó las hijas del santísimo é inmaculado Corazon de María, á real y medio el ejemplar.

—Breve noticia del orígen, progresos, gracias é instrucciones de la Archicofradía del sagrado Corazon de María, para la conversion de los pecadores; junto con una Novena, para impetrarla del Corazon inmaculado de María, á real y cuartillo el ejemplar.

—Socorro á los difuntos, á real el ejemplar.

—Bálsamo eficaz para curar un sinnúmero de enfermedades de alma y cuerpo, á real el ejemplar.

—Antídoto contra el contagio protestante, á 30 rs. el ciento.

—El viajero recien llegado. Obrita muy importante en las actuales circunstancias, á 26 rs. el ciento.

—Compendi ó brèu explicació de la doctrina cristiana en catalan, á 28 maravedís uno.

—El Protestantismo por P. J. P.: á real.

—Id. id. en catalan: á real.

—El Ferrocarril por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 24 mrs.

—La Época presente por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 24 mrs.

—La Mision de la mujer por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 23 rs. el ciento.

—Las Conferencias de san Vicente para los sacerdotes por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 50 rs. el ciento.

—Cánticos espirituales por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á real y cuartillo.

—Devocionario de los párvulos por el Excmo. é Ilmo. Sr. Claret: á 40 rs. el ciento.

—*Estampas varias ó papeles sueltos, á 64 rs. resma:* las hay de varias clases, y la mayor parte se distinguen por números; hasta ahora van impresos los números 1-2-21-22-34-35-36-37-38-39-41-42.

—Cédula contra la blasfemia.

—Modo de rezar el Rosario.

—Specimen vitæ sacerdotalis.

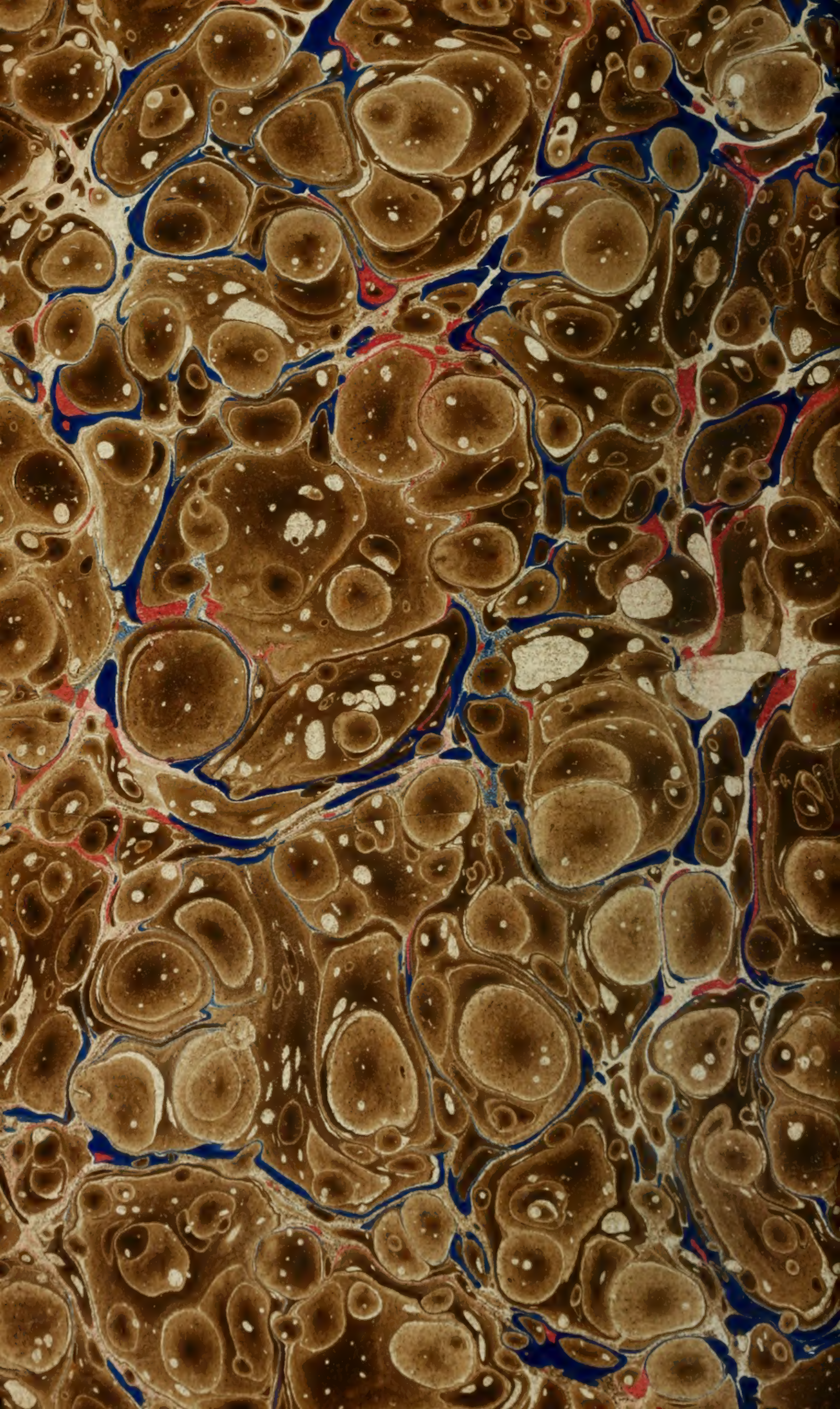
—Memoria de la mision.

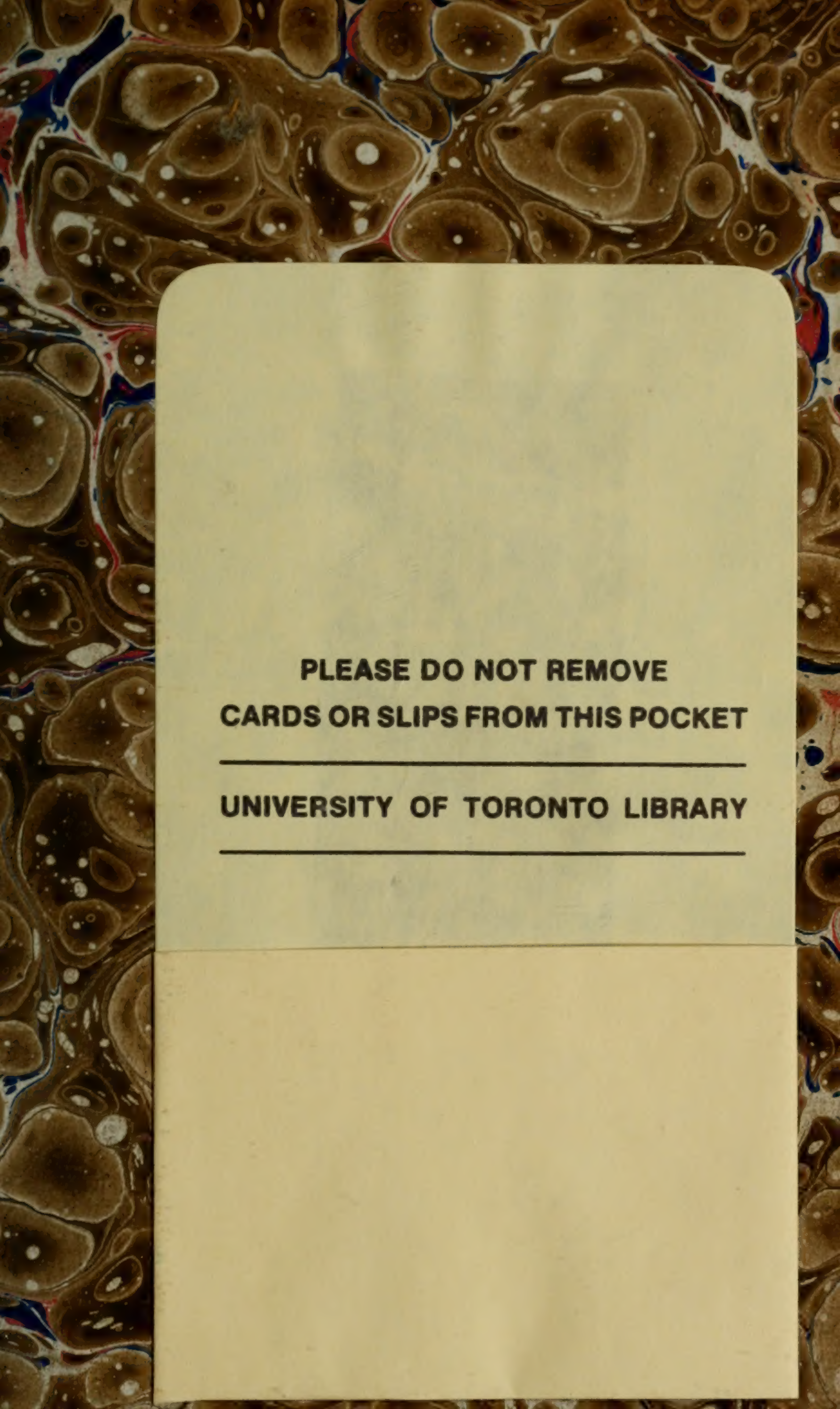
—Pax vobis.

—Aviso importantísimo.



6- 50




PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET
UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 22 04 08 013 8